

Belisario Porras

Memorias de las campañas del Istmo

1900



*B*iblioteca de la *N*acionalidad
AUTORIDAD DEL CANAL DE PANAMÁ





Memorias de las
campañas del Istmo
1900



Bajo criterio editorial
se respeta la ortografía de los textos
que presentan arcaísmos
propios de su Edición Príncipe.

Por la naturaleza de este proyecto editorial,
algunos textos se presentan
sin ilustraciones y fotografías
que estaban presentes en el original.
•••••

Belisario Porras

Memorias de las campañas del Istmo 1900



Biblioteca de la Nacionalidad

AUTORIDAD
DEL CANAL DE PANAMÁ
PANAMÁ 1999



Editor

Autoridad del Canal de Panamá

Coordinación técnica de la edición

Lorena Roquebert V.

Asesoría editorial

*Natalia Ruiz Pino
Juan Torres Mantilla*

Diseño gráfico y diagramación

Pablo Menacho

Impresión y encuadernación

Cargraphics s. a.

972.87

P838 Porras, Belisario

Memorias de las campañas del Istmo 1900

Belisario Porras.— Panamá: Autoridad del Canal, 1999.

v.11. 498 págs.; 24 cm.— (Colección Biblioteca de la Nacionalidad)

ISBN 9962-607-15-9

1. PANAMÁ- HISTORIA

I. Título

La presente edición se publica con autorización de los propietarios de los derechos de autor.

Copyright © 1999 Autoridad del Canal de Panamá.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin permiso escrito del editor.

Printed in Colombia - Impreso en Colombia

La fotografía impresa en las guardas de este volumen muestra una vista de la cámara Este de las esclusas de Gatún, durante su construcción en enero de 1912.



**BIBLIOTECA
DE LA NACIONALIDAD**
Edición conmemorativa
de la transferencia del Canal a Panamá
1999

BIBLIOTECA DE LA NACIONALIDAD

A esta pequeña parte de la población del planeta a la que nos ha tocado habitar, por más de veinte generaciones, este estrecho geográfico del continente americano llamado Panamá, nos ha correspondido, igualmente, por designio de la historia, cumplir un verdadero ciclo heroico que culmina el 31 de diciembre de 1999 con la reversión del canal de Panamá al pleno ejercicio de la voluntad soberana de la nación panameña.

Un ciclo incorporado firmemente al tejido de nuestra ya consolidada cultura nacional y a la multiplicidad de matices que conforman el alma y la conciencia de patria que nos inspiran como pueblo. Un arco en el tiempo, pleno de valerosos ejemplos de trabajo, lucha y sacrificio, que tiene sus inicios en el transcurso del período constitutivo de nuestro perfil colectivo, hasta culminar, 500 años después, con el logro no sólo de la autonomía que caracteriza a las naciones libres y soberanas, sino de una clara conciencia, como panameños, de que somos y seremos por siempre, dueños de nuestro propio destino.

La *Biblioteca de la Nacionalidad* constituye, más que un esfuerzo editorial, un acto de reconocimiento nacional y de merecida distinción a todos aquellos que le han dado renombre a Panamá a través de su producción intelectual, de su aporte cultural o de su ejercicio académico, destacándose en cada volumen, además, una muestra de nuestra rica, valiosa y extensa galería de artes plásticas.

Quisiéramos que esta obra cultural cimentara un gesto permanente de reconocimiento a todos los valores panameños, en todos los ámbitos del quehacer nacional, para que los jóvenes que hoy se forman arraiguen aún más el sentido de orgullo por lo nuestro.

Sobre todo este año, el más significativo de nuestra historia, debemos dedicarnos a honrar y enaltecer a los panameños que ayudaron, con su vida y con su ejemplo, a formar nuestra nacionalidad. Ese ha sido, fundamentalmente, el espíritu y el sentido con el que se edita la presente colección.

Ernesto Pérez Balladares
Presidente de la
República de Panamá



Obertura

I

La feliz iniciativa de reeditar las *Memorias de las campañas del Istmo*, del Doctor Belisario Porras, como una de las obras representativas de nuestra nacionalidad, hace obligante estas reflexiones liminares acerca de la figura del ilustre patricio, así como de la trascendencia histórica de aquellas campañas para el devenir del Istmo.

Sin lugar a dudas, la sola mención del nombre de Belisario Porras suscita entre los panameños, de ayer y de hoy, sentimientos encontrados; figura polémica del accionar político de nuestro país en las dos últimas décadas del siglo pasado y durante las tres primeras del presente, sobresalió no sólo como dirigente máximo del liberalismo en los primeros lustros de la vida republicana, sino como uno de los más esclarecidos teóricos del liberalismo istmeño de inicios de la República. Como dirigente político y como pensador, su figura se sitúa a la misma altura de Pablo Arosemena, Eusebio A. Morales, Carlos A. Mendoza, Guillermo Andreve y José Dolores Moscote, y como máximo estadista del Panamá Republicano su figura no tiene parangón.

Hijo de la Península de Azuero, nació Belisario Porras en el pueblo de Las Tablas, el 28 de noviembre de 1856. Vivió su niñez, su pubertad y su adolescencia en la campiña panameña, y ese ambiente campesino en que le correspondió desenvolverse en su prima edad marcaría profundamente su personalidad y su conciencia de pequeño propietario rural. En 1876, abandona el nativo lar, en búsqueda de más amplios horizontes y de las fuentes del saber que le brindaría el inagotable venero de la metrópoli bogotana y muy especialmente la Universidad Nacional. Cinco años después, egresaría

IX

de los claustros universitarios, ostentando el elevado título de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas.

A lo largo de su dilatada existencia le correspondió ejercer una brillante carrera pública, que se inició poco después de su egreso de las aulas, cuando fue designado Cónsul de Colombia en Bruselas; razón por la cual se trasladó a Europa por varios años, ocasión que supo aprovechar para profundizar, ampliar y afinar su formación de jurista y de cientista político. Posteriormente, ya de regreso al terruño, fungió como Diputado a la Asamblea Legislativa, abogado de la Compañía francesa del Canal, Magistrado de la Corte y Profesor.

Durante sus exilios, ejerció la Cátedra de Derecho en diversas universidades centroamericanas, donde dejó una magnífica estela por su honestidad y rigor intelectual.

Le correspondió jefaturar al liberalismo istmeño y ocupar el solio presidencial durante tres períodos. Y, como si fuera poco, dispuso del tiempo necesario tanto para empuñar la pluma como para organizar y dirigir la mayor Guerra Civil que ha asolado al Istmo durante los últimos siglos. Por todas estas razones, el nombre y la figura del Doctor Belisario Porras sirven de marco y punto de referencia ineludible para todo aquel que se proponga investigar sobre las primeras décadas del Panamá Republicano. Así lo expresa Roque Javier Laurenza cuando asevera: “... *¿Hay alguien, por ventura, que pueda imaginarse al Panamá de hace cuarenta años sin la figura del Doctor? ¿No fue su nombre el que escuchamos siempre en labios de nuestros mayores, para las diatribas y para los elogios para culparlo por las malas horas o elogiarlo por los buenos tiempos?*”¹.

Sin embargo, existen entre todos sus biógrafos coincidencias notables con respecto al enjuiciamiento de la compleja personalidad del Doctor Porras. Así, por ejemplo, plantea el atildado escritor Roque Javier Laurenza que: “... *No se puede hacer un retrato del Doctor Porras con un solo color. ¿Cómo reflejar, entonces, al hombre diverso, que fundó escuelas, abrió caminos y construyó hospitales y sometía, al mismo tiempo, a sus enemigos vencidos a las hor-*

1 Laurenza, Roque Javier. “El caudillo de levita”, en Revista *Lotería* de noviembre de 1956, pág. 17.

cas caudinas de las visitas a la presidencia".² En sentido similar se expresa Ernesto J. Castellero R., cuando afirma que: "...*En su larga y activa vida pública, el Dr. Porras desató a su alrededor grandes y violentas pasiones. Puede decirse que ha sido el caudillo más combatido y más ensalzado de nuestra democracia*".³ En similar sentido se pronuncia José Agustín Cajar Escala cuando indica que: "*Se ha criticado fuertemente al Doctor Porras, por la saña con que perseguía a sus enemigos y el tormento a que los sometía, cuando sitiados por hambre tenían que concurrir al Palacio de las Garzas, a doblar la cerviz, para él entonces, regocijado ante su triunfo, dispensarle alguna migaja del presupuesto*".⁴

II

Por lo general, es cosa frecuente que a la hora de destacar la personalidad y la obra de los grandes políticos y estadistas, de los caudillos y de los grandes estrategas militares, sea tan intensa y enceguedora la luminosidad que proyectan, que llega a obnubilarnos e impedimos captar otras facetas igualmente valiosas, pero no tan refulgentes. Este es el caso de la obra literaria del Doctor Belisario Porras. Obra valiosa no solamente por lo que representa desde la perspectiva de la afirmación de la cultura nacional panameña, sino también como el admirable testimonio de primera mano de uno de los más destacados protagonistas del devenir histórico de nuestro proyecto nacional.

Entre sus escritos más conocidos y altamente ponderados se destacan las *Reflexiones canaleras o La venta del Istmo*, publicado en los primeros meses de 1903, en los que dejó sentada su firme postura de rechazo a los proyectos e intenciones de quienes a inicios del presente siglo abogaban por la entrega del Istmo a los voraces apetitos del coloso del norte. Para esto, la construcción del Canal por los norteamericanos se haría pasando por encima de los obstáculos que implicaba la soberanía del Estado nacional colombiano; aunque el precio a pagar por los panameños fuera el de acceder a la condición de país

² Revista *Lotería* de noviembre de 1956, pág. 21.

³ Castellero R., Ernesto J. "Dr. Belisario Porras". En Revista *Lotería* de noviembre de 1956, pág. 30.

⁴ Cajar Escala, José Agustín. "Nuestro homenaje al Dr. Porras". En Revista *Lotería*, *loc. cit.*, pág. 35.

“independiente” con una independencia mediatizada y bajo el amparo de las tropas norteamericanas. Desde otra perspectiva, ahora la de la literatura costumbrista, ocupa un importante lugar su descriptivo y apologético ensayo literario titulado *El Orejano*, en el cual logra expresar con singular elocuencia la idiosincrasia y los caracteres más sobresalientes del campesio de la península azuerense.

Sin lugar a dudas, la obra literaria del Doctor Porras fue mucho más extensa de la que hasta ahora hemos mencionado; sin embargo, no podemos detenernos con la atención que quisiéramos y que bien lo merecería la totalidad de ésta. Debemos cuando menos mencionar las *Memorias oficiales de la Presidencia de la República*, de cada uno de los diez años en que ocupó el solio presidencial. Éstas le brindan al historiador un venero inagotable de información de quien fue el real constructor del Estado panameño, tanto en sus infraestructuras materiales como en sus instituciones.

III

Las *Memorias de las campañas del Istmo* ocupan una importante y muy singular posición dentro del contexto total de la obra literaria del Doctor Belisario Porras. Ello, en razón de que fueron escritas al calor de las conspiraciones políticas, de los preparativos de guerra y de las acciones bélicas. Tienen la frescura y la espontaneidad del texto que se escribe en volandas, sin retoques y pleno de las emociones del momento. Por supuesto, que esa frescura y espontaneidad que caracteriza el texto de las *Memorias* tuvo un alto precio que pagar en lo atinente a la galanura estilística que se vio sacrificada a favor de los requerimientos del momento. El autor lo dice mejor que nosotros, cuando a manera de explicación expresa:

“Apenas terminada la última revolución de Colombia, cuando, podía decirse, no se había disipado el humo de las vivacs en los campamentos revolucionarios y cuando el Istmo de Panamá formaba aún parte de esa República, me dediqué a escribir estas Memorias que encierran sencillamente la narración descarnada de sucesos en que me correspondió desempeñar papel principal... No encontrará el lector en estas páginas ni las galas del lenguaje ni el esmero en la forma. Escritas y recopiladas en épocas diversas, en medios

XII

*diferentes y bajo distintas impresiones, sin más tiempo que el preciso para llenar las cuartillas y recoger los documentos necesarios; ...mal podría pedirse una obra ajustada a las exigencias del buen decir y de la pompa del idioma. Y bien que me hubiera sido ahora fácil revisarlas y vestirlas con algunos atavíos, me rebeló a hacerlo, pues creo que si así hubiese procedido, les habría quitado gran parte de la sinceridad, y en documento de este género soy de opinión que la sinceridad constituye el mayor mérito”*⁵

Cabe preguntarse, además de los méritos literarios de esta obra, qué otro valor intrínseco expresan las *Memorias* que justifiquen, más allá de la simple curiosidad erudita, la reedición de las mismas en este amanecer del nuevo milenio. A qué intereses y necesidades sirve el poner al alcance del público estudioso este documento que recoge el punto de vista y las experiencias vividas por el Jefe Civil y Militar del Departamento de Panamá, doctor Belisario Porras.

Las interrogantes anteriores abren un espacio de reflexión que brevemente trataremos de acotar. En primer término cabría mencionar la gran importancia que, para los historiadores de nuestro país, de Colombia y de toda América, revisten estas *Memorias*. Ellas les permitirán “*historiar en su conjunto la última revolución de Colombia*”, tal como expresa el autor en su nota introductoria a la obra, pues, “*para que los que siguieron con interés la revolución colombiana, desde su nacimiento hasta su fin, y acaso no dispusieron oportunamente de informes precisos para la apreciación de ciertos hechos, parecerá inexplicable e inexcusable el desenlace de la encarnizada lucha*”.⁶

Sin embargo, no sólo se trata de la posibilidad de construir la historia de la Guerra de los Mil Días, desde la perspectiva del liberalismo istmeño, sino de conocer la situación del país de los panameños en los años finales del siglo XIX y en los umbrales del siglo XX en que les ha correspondido vivir. El capítulo III de las *Memorias*, bajo el subtítulo de “El Istmo y su situación antes de la invasión a Chiriquí”, nos ofrece una visión sintética de lo que era el Panamá de inicios de siglo, tanto desde la perspectiva geográfica como desde sus orígenes y desenvolvimiento histórico.

5 Porras, Belisario. *Memorias de las campañas del Istmo*. “Introducción”.

6 Porras, Belisario. *Memorias de las campañas del Istmo*, “Introducción”.

Con visión realista, no exenta de dramatismo, el autor describe las miserias y el atraso en que vivían sumidos los istmeños del interior del país en aquellos años finiseculares del decimonono. Al respecto expresaba: “*Las provincias de Chiriquí, Veraguas, Los Santos, Coclé y Panamá, se reparten esa enfilada de pueblos, y así viven o así yacen en pura inacción vegetativa, sin otra vida que la que les puede dar Panamá, que no la tiene propia sino prestada, y eso incompleta, porque la Nación (colombiana) le toma la parte más considerable*”.⁷ Tenemos, pues, que según expresivas apreciaciones del autor, “*los campos del Istmo son risueños, la sabana, las costas y el mar deleitan la vista, ¡pero sus poblaciones son tristes!*”⁸, tristes gracias al abandono en que nos mantenía la patria colombiana.

Por otra parte, la reedición de esta obra permite que un numeroso público lector acceda a la explicación de por qué los istmeños, que a lo largo de casi ocho décadas de unión a Colombia se habían mantenido al margen de las frecuentes guerras civiles que cada tres o cuatro años cubrían de sangre los campos del país colombiano, se lanzaron con el mayor entusiasmo a engrosar las filas de los ejércitos liberales, trasladando a nuestro terruño el principal escenario de la guerra, en momentos en que la revolución liberal estaba virtualmente fracasada en el resto de la patria colombiana. De igual manera, el Doctor Porras pone al desnudo las verdaderas razones que condujeron a los ejércitos liberales a la desastrosa batalla del Puente de Calidonia, que selló en gran medida el fracaso definitivo del proyecto nacional liberal, con lo cual las condiciones que ulteriormente condujeron a la separación del Istmo de la patria colombiana empezaron a madurar aceleradamente.

Importantes son los argumentos que hemos venido aduciendo, que no sólo justifican sino que recomiendan la reedición de las *Memorias de las campañas del Istmo*. Sin embargo, es llegado el momento de comentar la razón fundamental que hace obligante esta publicación dentro del contexto de la *Biblioteca de la Nacionalidad Panameña*; es que, sin ella, la proyectada *Biblioteca* estaría incompleta, pues le faltaría, quizás, el más complejo, completo, polifacético y controvertido de los constructores del proyecto nacional

7 Porras, Belisario. *Memorias de las campañas del Istmo*, pág. 51.

8 Porras, Belisario. *Memorias de las campañas del Istmo*, pág. 53.

panameño, en la etapa republicana. Para nadie es desconocido que al momento de hacer el balance final de las causas y antecedentes que explican la separación del Istmo de la entidad nacional colombiana, dos argumentos de fondo emergen como los de mayor alcance explicativo. En primer lugar, como antecedente inmediato se sitúa el desasosiego, la preocupación rayana en la desesperación y el gran descontento que causó entre los panameños, especialmente entre sus sectores económicos y sociales dirigentes, el rechazo del Tratado Herrán -Hay por el senado colombiano.

El otro argumento explicativo, de mayor trascendencia y alcance, hace alusión a la gestación y progresiva madurez del proyecto nacional panameño a lo largo de las ocho décadas de unión a Colombia, proyecto que se evidenció con nitidez progresiva en los movimientos separatistas de 1830, 1831 y 1840-1841 y durante las tres décadas de vigencia del “status” federalista (1855-1885). Con motivo de la instauración en el poder del régimen regeneracionista de Núñez y la defenestración de la Constitución federalista de 1863, nuevamente en el Istmo se desarrollaron acciones de protesta e incluso actividades insurreccionistas, encabezadas por los generales Rafael Aizpuru y Buenaventura Correoso en la ciudad de Panamá y por Pedro Prestán en Colón. Se trató de una manifestación de repulsa del nacionalismo istmeño frente al nuevo régimen político que negaba a los istmeños hasta el mínimo margen de autodeterminación nacional. Entre 1885, en que se suscitaron estas acciones de repulsa al centralismo, hasta 1899, en que se inició la Guerra de los Mil Días, se fue acrecentando el malestar de los panameños en relación proporcional a la situación de creciente abandono en que era mantenida la administración pública.

Podemos, pues, concluir en este sentido afirmando que el carácter que asumió la Guerra de los Mil Días en el Istmo y la incorporación masiva y espontánea de un crecido número de distinguidos panameños a las fuerzas insurgentes del liberalismo, capitaneada por el doctor Belisario Porras, fue expresión del nivel de maduración del nacionalismo istmeño y su contrariedad creciente con el centralismo bogotano. Por ello, el desastre final en la batalla del Puente de Calidonia, si bien significó la clausura de la única vía que percibían los istmeños para recobrar un espacio de autodeterminación nacional dentro del Estado nacional colombiano, al mismo tiempo legitimó las acciones conspirativas de sectores de las clases dirigentes que, desatendiendo las ad-

BELISARIO PORRAS

vertencias de Porras, buscarán el amparo de los Estados Unidos para su proyecto de separación del Istmo de la soberanía nacional colombiana y la constitución del Estado nacional panameño.

Algunos panameños, entre ellos el doctor Porras, advirtieron los peligros que para nuestro país significaba el buscar o aceptar la “protección” norteamericana para el proyecto separatista, pues el naciente Estado nacional panameño advendría al concierto de las naciones en condición de cuasi protectorado norteamericano. Así fue, en efecto. Apenas quince días después de la separación se les imponía a los panameños el Tratado Hay’ Bunau Varilla, según el cual entregábamos a perpetuidad a los Estados Unidos una extensa y estratégica franja de nuestro territorio, para la construcción y operación del Canal y para el establecimiento de instalaciones militares yankis, a cambio de lo cual los Estados Unidos se convertían en garantes de nuestra “independencia”.

Los panameños sabemos cuánto han pesado sobre el destino de nuestro país los acontecimientos de fines del pasado siglo y primeros del presente que estamos examinando, así como el papel protagónico que en aquella coyuntura le correspondió cumplir al doctor Porras. Por ello, en este año de 1999, cuando el país se apresta a asumir la administración plena del Canal de Panamá, a integrar bajo su soberanía afectiva la totalidad del territorio nacional y a festejar la salida de las tropas e instalaciones militares estadounidenses enclavadas hasta ahora en el corazón de la patria, cobra redoblada vigencia la reedición de la obra del Doctor Belisario Porras, *Memorias de las campañas del Istmo*.

Dr. MIGUELA. CANDANEDO O.
Panamá, marzo de 1999

XVI

Memorias de las
campañas del Istmo
1900





Introducción

Apenas terminada la última revolución de Colombia, cuando, podía decirse, no se había disipado el humo de los vivacs en los campamentos revolucionarios y cuando el Istmo de Panamá formaba aún parte de esa República, me dediqué a escribir estas *Memorias* que encierran sencillamente la narración descarnada de sucesos en que me correspondió desempeñar papel principal. Comprendí entonces que el partido liberal, que me honró con su confianza, esperaba, como era natural, que le diera cuenta de la manera como correspondí a tal confianza, y procedí a ello como el deber me lo indicaba y las circunstancias lo demandaban.¹

¹ Fue mi deseo hacer esta publicación desde 1903, y al efecto envié los originales a New York, donde se editó el primer tomo, pero en la corrección de las pruebas se deslizaron algunos errores que me impidieron darla a publicidad, y hoy, a instancias de algunos de mis amigos, que no sólo desean conocer mis relatos, sino también que contribuya con esta obra a la formación de la Historia de Colombia y de Panamá, consiento en su publicación tal cual la escribí en 1902, salvo una que otra apreciación que he corregido y que absolutamente en nada modifican mi modo de considerar las cosas y las circunstancias de entonces.

Al leer mi *Memorias* hoy, después de 18 años de escritas, encuentro en ellas algunas razones que seguramente tuvieron en cuenta mis copartidarios cuando un día, en noviembre de 1903, se decidieron a formar una nueva República. Yo, que enérgicamente censuré ese proceder, al pasar hoy la vista por estas páginas, lo encuentro en ella justificado. Desde que, en efecto, iniciamos la revolución en el Istmo con nuestro desembarque en Punta Burica, hasta nuestro descalabro en Calidonia primero, y hasta que se firmó el tratado del “Wisconsin”, después, fueron incesantes las divergencias en el mismo seno de la revolución, especialmente entre los miembros de la oficialidad, divergencias motivadas en todos los casos por rivalidades o deseos de mando de parte de quienes se olvidaban que éramos hermanos colombianos todos y miembros del gran partido liberal, para dedicarse a deprimir a quienes habíamos iniciado el movimiento revolucionario en el Istmo y a quienes lo llevábamos adelante en nuestra propia casa a costa de nuestros sacrificios. En nada de esto pensé al escribir mis *Memorias*; pero al releerlas hoy, veo entre líneas muchas cosas que no se me ocurrieron cuando las escribí y que estoy seguro se vendrán a la mente de cuantos lean este libro. A estas divergencias se debió indudablemente el fracaso de la revolución en el Istmo; a los celos, a la envidia y a la injusticia de algunos de mis compañeros de armas se debió el que el triunfo no nos hubiera acompañado no sólo en Panamá, sino en toda Colombia, pues de haber alcanzado la victoria aquí, el partido liberal fácilmente habría dominado la situación allá igualmente, y se habrían desarrollado entonces acontecimientos bien distintos a los que hemos presenciado en el primer cuarto de este siglo.

No encontrará el lector en estas páginas ni las galas del lenguaje ni el esmero en la forma. Escritas y recopiladas en épocas diversas, en medios diferentes y bajo distintas impresiones, sin más tiempo que el preciso para llenar las cuartillas y recoger los documentos necesarios; guardadas luego y separadas de mí en virtud de los nuevos acontecimientos que se relatarán en el segundo volumen de las *Memorias*, mal podría pedirse una obra ajustada a las exigencias del buen decir y de la pompa del idioma. Y bien que me hubiera sido fácil revisarlas y vestirlas con algunos atavíos, me rebelé a hacerlo, pues creo que, sí así hubiese procedido, les habría quitado gran parte de su sinceridad, y en documentos de este género soy de opinión que la sinceridad constituye el mayor mérito.

Mi propósito, además de cumplir con el deber que dejo expuesto, es también el de que, en virtud de esa misma sinceridad, sirvan mañana de derrotero o fuente de consulta a quien juzgue conveniente historiar en su conjunto la última revolución de Colombia, y le sea menester, por lo tanto, para lograr su objeto, encontrar datos auténticos, aquellos que no se confían a las veleidades de la memoria, sino que han sido tomados y consignados en el papel a raíz misma de los sucesos o en el curso de éstos y los acredita el testimonio de quienes, ya en una forma, ya en otra, tomaron en ellos parte.

Para los que siguieron con interés la revolución colombiana, desde su nacimiento hasta su fin, y acaso no dispusieron oportunamente de informes precisos para la apreciación de ciertos hechos, parecería inexplicable e inexcusable el desenlace de la encarnizada lucha. En efecto, sabían que el Gobierno que se trataba de derrocar no gozaba de prestigio alguno; que diez y seis años de mando habían demostrado la incapacidad absoluta del partido conservador para ofrecer al país algo siquiera de lo que se exige de una administración medianamente racional; que el pueblo estaba cansado de alimentarse con promesas que no se cumplían y de ser víctima de atropellos que no se habían presenciado; que al partido liberal se había negado todo derecho a tomar parte en la labor política y aun a disfrutar de sus prerrogativas ciudadanas; que se hacía indispensable un cambio radical en la dirección del gobierno a lo menos para que el existente no apareciera como una protesta contra la civilización; y que, en fin, la conciencia de los gobiernos liberales de la América no aceptaba ni podía aceptar que horizontes en los

que antes se habían respirado auras de libertad, constituyeran, bajo el régimen absolutista del más atrasado de los gobiernos conservadores, la negación de toda idea que encarnase una tendencia noble, un ideal generoso, un impulso civilizador. Gobierno en semejantes condiciones no sólo no tenía derecho de perdurar, sino que debía estar irremisiblemente condenado a desaparecer al menor esfuerzo de la indignación popular.

Sabían, además, que el liberalismo colombiano, aunque proscrito, humillado y arrastrando una existencia en la que, si no se sometía a la miserable condición de paria, no tenía otros horizontes que los del ostracismo o los de la cárcel, había logrado compactar sus filas y bajo la bandera que enarbolaba se agrupaban los mismos principios, las mismas doctrinas, los mismos ideales que sustentaron Santander y López, Mosquera y Murillo Toro; es decir, los ideales, doctrinas y principios que han hecho inmortal y excelsa la labor del partido liberal en todas naciones de la tierra.

Perseguido, burlado, escarnecido, el partido liberal de Colombia no perdió por un solo instante los entusiasmos de su fe; y es así como durante muchos años se vino preparando para la lucha armada. Todos aquellos de sus elementos que disponían de algún radio de acción, en él se agitaron con incansable actividad, tratando de allegar cuanto recurso se creía oportuno y conducente al éxito del pensamiento restaurador. Sus esfuerzos no se circunscribieron a los límites de la nación: dentro de ellos, se laboró en el sentido de uniformar la opinión; fuera de ellos, se buscaron los medios para ponerla en aptitud de combate. Tarea ardua, paciente, tenaz, propia de almas convencidas, dio al fin el resultado apetecido, no sin que se presentaran grandes escollos que vencer, amarguras que devorar, desengaños que sufrir y vergüenzas que soportar.

Creo oportuno evocar algunos recuerdos que cuadran con la índole de mi publicación, y contribuyen a ilustrar el criterio de esos que no están al corriente de importantes detalles y no pueden comprender, por lo mismo, las causas del desastre liberal que finalizó con las capitulaciones de Nerlandia y Panamá.

Hecha pedazos la Constitución del 63, por la incalificable inconsecuencia del doctor Núñez, y vencido el liberalismo en el acto de presencia que hizo para oponerse a la consumación del atentado, bien que resignado al desastre, su primer pensamiento, una vez repuesto del golpe, no fue otro que el de la reconstitución del partido, a fin de prepararlo para la lucha que, tarde o tem-

prano, había de estallar. Amigos poderosos entonces, tendieron sobre el vencido miradas de simpatía y se sintieron inclinados a apoyarlo, satisfechos al comprender que en tal apoyo estaba envuelta la salvación de una gran causa, el predominio de una gran idea.

Ocupaba en aquella época la Presidencia de Venezuela el General Joaquín Crespo. Sucesor de Guzmán Blanco, no era, como sus malquerientes han querido hacerlo aparecer, un soldado vulgar, elevado a la Primera Magistratura del país por los caprichos de la fortuna y de las armas. Lo que le faltaba de ilustración le sobraba de sagacidad; poseía inteligencia natural poco común y una energía superior. Hijo del pueblo, había hecho su carrera militar grado por grado, combatido en innumerables batallas y consagrado todos los anhelos de su vida al predominio del liberalismo en Venezuela. Comprendía que el cambio de instituciones políticas en Colombia perjudicaría grandemente los intereses de su gobierno, ya que no se ocultaba que cualquiera intentona revolucionaria que proyectasen sus adversarios, y por ende los adversarios de Guzmán Blanco — quien para aquella época conservaba toda su autoridad en Venezuela, y de quien era Crespo amigo sincero e incondicional— sería protegida y patrocinada en los revoltosos límites de la frontera colombiana por las autoridades conservadoras de esta nación; es decir, en una forma u otra, la caída del liberalismo en Colombia constituía un peligro para la estabilidad de su Administración.

Después del combate de la Humareda y a raíz de la capitulación del Salado, varios liberales colombianos, unos que habían ocupado su puesto en los campamentos, y otros que, aun no habiéndolo hecho, fueron obligados por el implacable vencedor a salir del país, llegaron a Caracas y allí cifraron su empeño en avivar en el ánimo del General Crespo las simpatías de éste a favor de la causa.

En el número de esos colombianos figuraba Alirio Díaz Guerra, quien pocas semanas después de hallarse en Caracas fue llamado a ocupar un puesto de confianza en la Secretaría General del Presidente de la República, puesto que volvió a ocupar cuando, en 1892, Crespo a la cabeza de una revolución poderosa, y ya desligado de todo compromiso con Guzmán Blanco, entró a Caracas y ocupó la Primera Magistratura de Venezuela por espacio de seis años consecutivos. En tan ventajosa posición, ese amigo que antes había dedicado todos sus esfuerzos a mantener vivo el entusiasmo en el ánimo de Crespo, a obtener de éste promesas solemnes de que al presentarse la ocasión

propicia sabría cumplir con su deber de liberal, de amigo y de aliado, y a formar en círculo oficial, esto es, en el núcleo de adictos al jefe de la nación venezolana, atmósfera de interés y afecto a favor del liberalismo colombiano, reanudó su labor revolucionaria, labor que fue secundada enérgica y activamente entre otros por el doctor Modesto Garcés, luchador infatigable, desterrado en aquella época de Colombia, y a quien el Presidente de Venezuela acogió con merecidas consideraciones.

Aun cuando el Directorio Liberal de Bogotá no quiso o no se preocupó de enviar a Caracas un representante debidamente autorizado para entenderse con el General Crespo y apresurar las negociaciones iniciadas; no obstante las diversas indicaciones que para el efecto se le hicieron, ya que el sentimiento a favor de la guerra conmovía el espíritu de las masas y se veían los horizontes halagüeños que la actitud del General Crespo abría a la revolución, el doctor Garcés, animado por inquebrantable decisión, asumió ante el Presidente de Venezuela el carácter de vocero del liberalismo colombiano, y después de haber llegado a formal y definitiva inteligencia con aquél, se dirigió a la frontera venezolana con Colombia, y allí principió a llevar a cabo su labor revolucionaria.

Se juzgaba llegada la ocasión propicia para llamar al pueblo liberal de Colombia a las armas. Garcés había obtenido del General Crespo la seguridad de que éste suministraría 15.000 rifles modernos, 1.000.000 de cápsulas, una batería de cañones de montaña y buque para transportar ese cargamento desde Hamburgo hasta el lugar que se señalase para el desembarque. El agente de la casa alemana que vendía las armas se hallaba en Caracas, y partió para Hamburgo con las instrucciones terminantes de llenar las órdenes de Crespo, quien, en su calidad de particular y no de Jefe de la Nación, se hizo responsable con sus propios bienes de fortuna por el valor de los mencionados elementos.

Previstas las dificultades que podían presentarse para armar el Departamento de Santander, pues Crespo, en el deseo natural de demostrar la más completa neutralidad, se oponía a la idea, no sólo de suministrar armas de los parques nacionales, sino de dar paso por Maracaibo a las que viniesen de Alemania, aceptó gustoso las ideas que, para el efecto, le fueron sugeridas por su Secretario.

Es sabido que el General Crespo se alzó en armas contra el Gobierno del Doctor Andueza Palacio, quien, a despecho de la voluntad popular, se obstinaba en reelegirse Presidente. Se sabe también que abandonado por sus amigos y tenientes, Andueza Palacio no pudo resistir el empuje de la revolución y abandonó el país. Puede afirmarse, sin peligro de errar, que el único partidario del Presidente caído que supo cumplir con su deber de amigo y su consigna de soldado fue el General Cipriano Castro, quien sostuvo con sagacidad y valor la causa “continuista” en el Estado Los Andes. Victorioso Crespo, no lo quedó a Castro otro recurso que el de someterse a las circunstancias y refugiarse en Curaçao.

Crespo sabía que el parque del ejército de Castro había sido escondido por éste en algún lugar cercano a la frontera de Colombia; y era Castro el único militar que inspiraba a Crespo algún recelo, por el hecho de que los partidarios de aquél se agitaban en un territorio bastante alejado de la acción del Gobierno de Caracas. ¿Por qué no habría de ser posible llevar a cabo una reconciliación entre el Jefe de Venezuela y el teniente de Andueza, y una vez lograda, obtener, para ayudar a la revolución de Colombia en Santander, las armas de que Castro podía disponer?

La reconciliación se cumplió, y en virtud de ella Castro aceptó las garantías y amistad que Crespo le ofrecía, abandonó el destierro en que se hallaba y volvió a su país.

A fin de que el movimiento revolucionario fuese simultáneo y se extendiera con probalidades de éxito a todos los Estados de la Unión colombiana, era asunto de vital necesidad armar el Departamento del Cauca, uno de los más importantes del país. A este efecto, y siempre con el deseo de contribuir al predominio del liberalismo en la América, el General Crespo, quien ya se había entendido con el General Eloy Alfaro, caudillo liberal del Ecuador, convino en facilitar a éste los recursos indispensables para que llevara a cabo sus propósitos, y es así que le autorizó para que girase contra Crespo personalmente por la suma de 200,000 bolívares. Contaba Alfaro con cierta cantidad de armas almacenadas en Alajuela, y como circunstancias imprevistas dificultaron en esos momentos el golpe revolucionario en el Ecuador, convino, mediante las insinuaciones de Crespo, en ponerlas a disposición de los liberales colombia-

nos, con lo cual se resolvía uno de los puntos más importantes, puesto que tales elementos serían de incalculable valor en el Cauca.

Cuando todo parecía estar definitivamente organizado y faltaba únicamente completar ciertos detalles, por causas que no es del momento mencionar aquí y que aun cuando lo fuera por pudor deben callarse, algunos individuos que habían gozado de la confianza de Garcés y Díaz Guerra, y habían mantenido con éstos activa correspondencia, revelaron el secreto de la conspiración, publicando infinidad de cartas que comprometían al General Crespo. Éste, apercibido de la gravedad de la situación, declaró más tarde terminados todos sus compromisos, y puso a salvo la neutralidad del Gobierno de Venezuela decretando la expulsión de Alirio Díaz Guerra del territorio nacional, sacrificio que éste aceptó con resignación y completó, como era su deber, sellando sus labios y permaneciendo indiferente a las provocaciones repetidas que se le hicieron para que rompiese el meritorio silencio.

Pocos días después de verificados estos sucesos, la revolución que al fin había estallado en el Ecuador, entraba victoriosa a Quito, y con ella el General Alfaro, quien, si no fue factor activo en ella desde su principio, estaba reconocido con el carácter de caudillo, carácter que le habían dado sus incansables esfuerzos en el exterior para que se lograra tal resultado.

Con el advenimiento al Poder en Venezuela del General Ignacio Andrade y la trágica muerte del General Crespo, serios e inesperados sucesos iban a verificarse. El desprestigio de Andrade tomaba cada día proporciones mayores; era incapaz de debelar la revolución que amenazaba su gobierno; y la revolución, por falta de elementos y sobre todo de jefe, era incapaz de derrocar al Presidente. Se hacía indispensable un golpe de audacia para cambiar la faz de la política venezolana; al General Cipriano Castro le correspondió la suerte de dar ese golpe para el cual venía preparándose.

Escaso de armas y de brazos, se puso de acuerdo, por medio de comisionados que envió al efecto, con ciertos jefes liberales de Colombia, quienes no sólo le facilitaron los necesarios elementos, sino que alistaron bajo la bandera del caudillo venezolano centenares de soldados. Éste, en cambio del servicio que se le prestaba, se comprometió solemnemente, en caso de triunfo —de un triunfo que de antemano estaba asegurado— a devolver aumentado ese parque

y a prestar toda clase de facilidades al liberalismo de Colombia para la empresa armada que iba a acometer.

De este modo se explicaba que el ejército que llevó a Castro desde la frontera venezolana hasta las goteras de Caracas, fuese formado en su mayor parte por oficiales y soldados colombianos. La suerte de las armas le fue propicia: pocas semanas de campaña y dos o tres combates de escasa importancia, bastaron al General Castro para ponerse en aptitud de proclamarse Jefe del Poder Ejecutivo de Venezuela.

Y la revolución que en Colombia estaba lista para dar el primer golpe, estalló a raíz del triunfo del General Cipriano Castro.

Además de los gobernantes del Ecuador y Venezuela, contaba el movimiento revolucionario si no con el apoyo material a lo menos con el moral del General José Santos Zelaya, Presidente de Nicaragua, quien en repetidas ocasiones había manifestado sus simpatías por el liberalismo colombiano; y no es aventurado decir que, cual más cual menos, en casi todas las repúblicas de Hispano-América se hacía sentir tal simpatía. Era imposible, pues, que en condiciones semejantes se aplazara por más tiempo el duelo definitivo a que los grandes partidos de Colombia se venían preparando, con tanto mayor razón cuanto que la desgraciada revolución de 1895, en vez de haber apagado las energías liberales, las había exaltado y hecho la lucha más necesaria e inevitable que nunca.

Aún resuena en los oídos del pueblo colombiano el grito con que en octubre de 1899 se le llamó a las armas; fresco aún está el recuerdo de los primeros esfuerzos para organizar ejércitos y dar las primeras batallas y todos, más o menos, saben bien con qué clase y número de elementos se contaba. No eran éstos tan abundantes que se pudiese pasar sin recurrir a la magnanimidad de los aliados, y recabar del de Venezuela, sobre todo, la devolución de elementos que abrieron al General Castro el camino a la capital de la República, y que autorizase el paso de armas por Maracaibo para llegar con ellas a Santander, en donde se levantaba el principal de los ejércitos y en donde se libraría uno de los combates decisivos.

No se negó el General Castro a conceder la autorización, y de sus mismos parques suministró unos pocos elementos. Su entusiasmo parecía no decaer, y vivo se mantuvo hasta que la suerte de la guerra favoreció a los defensores del Gobierno en la batalla de Palo Negro.

En esos supremos momentos para la causa liberal, cuando más indispensable se hacía dar eficaz y absoluto apoyo a la revolución, a fin de que recuperara, como habría recuperado, lo perdido, el entusiasmo y la energía del General Castro vacilaron y hasta actos de hostilidad por su parte se llegaron a cometer. Tentado se siente uno a imaginar que el Presidente de Venezuela no tenía idea bastante precisa de la naturaleza de las guerras civiles en Colombia, y suponía que la llegada de las huestes liberales a Bogotá debería verificarse del mismo expedito y rápido modo con que él tuvo la suerte de presentarse a las puertas de la Casa Amarilla, en Caracas. Aspiró a medir las enormes dificultades de la campaña en Colombia por las ningunas que le ofreció la que en Venezuela llevó a cabo en muy pocos días, contando para ello con un gobierno que no se defendía, con ejércitos traidores a ese gobierno y con un pueblo cansado y empobrecido que aceptaba cualquier cosa a trueque de disfrutar de unas horas de paz.

En ocasiones trataba el General Castro de volver sobre sus antiguos pasos; parecía querer abrir los oídos a los clamores de los combatientes que le pedían apoyo; parecía que el dormido entusiasmo tornaba a despertar en él; pero nuevas vacilaciones lo embargaban, nuevas desconfianzas lo asaltaban, y en vez de ser provechoso y oportuno el auxilio, obraba de un modo contraproducente, como sucede con todo lo que se hace a medias y con poca voluntad.

Quizás no está lejano el día en que se ponga de manifiesto la responsabilidad que le corresponde al General Cipriano Castro en la pérdida de la revolución liberal de Colombia: no está en la índole de estas líneas ni discutirla ni fijarla.

Más convencido, más resuelto, más eficaz en su apoyo, fue el General Eloy Alfaro, Presidente del Ecuador; hubo más franqueza y más energía en su actitud; lo animó más fe y hubiera hecho más si hubiese sido secundado con más sinceridad por lo que él consideraba sus aliados.

Un espíritu vacilante animó al General Zelaya. Al principio de la guerra desperdició ocasiones admirables en las cuales su apoyo a la revolución habría sido de una eficacia decisiva y no se resolvió a darlo después, sino cuando tuvo noticia del triunfo de Peralonso. Tampoco entonces fue ese apoyo decidido y sin reservas. Cuando supo el desastre de Palo Negro vaciló de nuevo,

manteniéndose a la expectativa y permitiendo la inacción, por falta de parque, del Ejército liberal de Panamá.

Por inexplicable aberración, no comprendieron o no quisieron comprender estos señores que, una vez asumida por ellos determinada actitud y dado lugar para que el Gobierno conservador de Colombia la precisase, el camino prudente, el que marcan la consecuencia, el instinto de conservación y aun el mismo deber moral no es, no podía ser otro que el de aceptar resueltamente las consecuencias y seguir con paso incontrastable y firme hasta lograr el resultado que se aspiró a conseguir desde un principio.

Empero, no sucedió así, desgraciadamente; y acaso mañana aleguen entre otras excusas una que, indudablemente, no dejará de tener peso y que, por mala suerte también, echará sobre el liberalismo colombiano una tremenda responsabilidad: el partido que se lanzó a la lucha, al empuñar el fusil arrojó lejos de sí, como estorbo mueble, la unidad en la acción: no obedeció a jefe alguno porque en dondequiera que se desenvainó una espada se levantó un jefe y se formó un partido; al fin se llegó a pelear no por los principios sino por los intereses de determinadas personalidades; los campamentos se convirtieron en pugilato de ambiciones desenfundadas, de odios mezquinos, de emulaciones soeces; se echó a un lado y se escarneció al mérito para suplantarlo con la vulgaridad bestial del primer machete ensoberbecido; y, por último, se puso más empeño en aniquilar al copartidario que en vencer al enemigo.

Estas faltas obedecieron, sin embargo, a motivos que no por ser indisciplinables, pueden dejarse de tener en consideración; la revolución liberal de Colombia, que creía contar con muchos y muy prestigiosos y expertos conductores, no tuvo, propiamente hablando, un jefe, esto es, una espada que sumara todas las aspiraciones del partido. La única personalidad que pudo quizás, en virtud de las circunstancias, haberlo logrado y haber salvado la causa, sirviendo de lazo de unión entre las diversas ambiciones, fue el General Siervo Sarmiento, a quien la muerte vino a sorprender cuando apenas se preparaba para la lucha armada, y en momentos en que la catástrofe de Palo Negro acentuaba el desconcierto de los otros jefes y ahondaba el surco en que la anarquía había sembrado sus primeras raíces. Y como quiso la desgracia que fueran pocas, muy pocas

las alboradas de esperanza que despuntaron en los horizontes de la revolución, como no hubo una sola espada que contase con el respeto del partido, pues por uno u otro lado eran más que deficientes todas, las emulaciones dieron origen al desconcierto completo, el desconcierto a nuevos reveses y los reveses a los odios. La revolución, arrastrada por un vértigo devastador, llegó al extremo de juzgar indispensable destruir algo, ya que impotente había sido para acabar con el adversario: “No teniendo laureles que disputarse se lanzó al rostro el lodo de las derrotas” como el monstruo de la fábula se devoró a sí misma.

Los partidos en desgracia son implacables consigo mismos: si no pueden arrancarse las entrañas, se despedazan las honras. Ese sentimiento de odio halló en las filas de la revolución muchas almas bajas y mezquinas que lo alimentaron con calor. ¿Qué mucho, pues, que se precipitara el estrago? ¿Qué mucho, pues, que, como cáncer mortal, dominara también a los espíritus débiles? Sin el franco, decidido, leal y oportuno apoyo con que se contaba para triunfar, el éxito no acudía al llamamiento de los combatientes: en cambio la desgracia los perseguía; y alimentado por esa atmósfera de desgracia, el monstruo de la anarquía, del desconcierto y del odio clavó sus toldas en los campamentos de la revolución: de ahí el desastre moral y material del liberalismo.

El libro de las responsabilidades queda abierto; sus páginas serán escritas por manos imparciales: la posteridad las habrá de consultar, aunque de cada uno de los caracteres salte un chorro de vergüenza. No faltarán, con todo, provechosas lecciones que aprender y nobles ejemplos que imitar.

La idea liberal, con el esplendor de sus tradiciones gloriosas, alienta hoy en Colombia a pesar de la catástrofe del partido; el tiempo y las necesidades de la época irán formando nuevos luchadores. Es de esperarse que con la experiencia tan duramente adquirida, y las enseñanzas aprendidas tan penosamente, en la labor que ellos acometan serán más afortunados: la salud de la Patria habrá de llevarlos a un campo de acción seguro, en donde las rivalidades desaparezcan y perduren inmutables los principios.

En cuanto a mí, habré realizado el objeto que me propongo, si mis *Memorias* contribuyen en una pequeña parte siquiera a servir de derrotero a la verdad.

San Salvador, junio de 1903.



Carta a *El Comercio*

Managua, septiembre de 1900.

Señor Director de *El Comercio*.

Presente.

Al leer en su importante diario de ayer, la reproducción que hace usted de un artículo del General Emiliano J. Herrera, sobre el fracaso de la revolución liberal de Panamá, algunas personas que han creído ver en ese artículo cargos simulados o encubiertos contra mí, me han excitado a que escriba yo a mi vez; y no he de hacerlo, sin embargo de que yo mismo he tenido, por momentos, ese criterio. Por lo menos no he de hacerlo ahora ni en la forma de polémica con nadie.

Me parece, en efecto, que nada más triste ni más vergonzoso que los hombres se den a la tarea de despedazarse, cuando no han podido despedazar un enemigo común; y aunque esto acontece así a menudo entre vencidos para imputarse faltas y culpas, como entre vencedores para atribuirse méritos, yo no entraré en semejante liza y no le daré gusto ni al provocador, ni a los ávidos de exhibición moral, a quienes agita y conmueve el espectáculo de ajenos reproches.

Al Partido Liberal, que me eligió popularmente en el Istmo uno de sus Directores o Jefes, y que me encargó la Suprema Dirección de la guerra en esa sección de la República de Colombia, le debo explicación y se la daré a su tiempo cuando, serenados los ánimos con el advenimiento de la paz, pueda oírme tranquilamente y conocerlo todo bien. Soy un convencido, y como tal,

aunque los hombres tienden frecuentemente a adulterar la historia, para aprovecharse del error de los demás, creo que el engaño es momentáneo, y con el tiempo, casi en el transcurso de pocos años o simplemente de meses, en sus páginas resplandece la verdad.

No ocultaré nada, pues, ni me atribuiré lo que no sea mío, ni dejaré de revelar las acciones de los otros más o menos brillantes, de amigos, auxiliares, colaboradores, agentes o servidores de todo género. Mi exposición será una relación documentada y la presentaré al Partido Liberal, no para defensa mía, porque de nada tengo que defenderme, sino para enseñanza de los nuevos, de los que vengan luego, de los de más adelante... Le pertenezco del todo al Partido Liberal, tanto como un apóstol de la ciencia le pertenece a ésta. Que aprenda de mí, aunque sea preciso desprender la enseñanza de mis propios errores. Yo sé bien que en la evolución del progreso, los hombres no somos sino simples instrumentos o factores, que pronto nos hundimos en la nada con presunción, soberbia y todo; y que lo que perdura son las ideas que surgen y van sirviendo, sucesivamente, como las antiguas piedras miliarias, de guía a la humanidad.

Mientras tanto, dejo a la consideración del lector en quien despierten algún interés los sucesos de la revolución de mi patria, el mismo escrito del General Herrera. Medítelo, y, efectivamente, verá en él algunas de las causas de la triste hecatombe del puente de Calidonia.

Soy de usted, señor Director, con la seguridad de mis mejores consideraciones, su atento seguro servidor y amigo,

BELISARIO PORRAS.

Capítulo I

Trabajos en Guatemala

Mi colaboración con Uribe Uribe

Cuando llegué a Guatemala, a mediados de mayo de 1898, Rafael Uribe Uribe estaba en la estación aguardándome, acompañado de Simón Restrepo y de José María Sánchez Mejía. Una vez que bajé del carro, me dio el abrazo de bienvenida, inquirió por mis valijas y con una de sus manazas de montañés tomó en peso una de ellas y dio otra a Restrepo; apartó el enjambre de mozos de cordel y de cocheros que nos salió al encuentro, y nos guió al tranvía que estacionaba frente a la entrada de la Plaza de Toros.

Ya en el Hotel España, en donde me había hecho preparar un cuarto al lado del suyo, con puerta de comunicación entre ambos, me dijo:

—Estamos a punto de conseguir, al fin, que el Licenciado Manuel Estrada Cabrera ratifique el convenio que tenía celebrado yo con el Presidente Reina Barrios y nos entregue las armas que éste se obligó a darme. La muerte de Reina Barrios ha sido una calamidad para nosotros, porque con él todo estaba listo y con el que lo ha sustituido me ha sido indispensable iniciar relaciones y entablar de nuevo una negociación ya concluida. El deseo de Estrada Cabrera de afirmarse en el poder y las preocupaciones eleccionarias en que se halla, son estorbos para darle pronto término. Cuando cayó Reina Barrios, andaba yo por Costa Rica y me vine enseguida. Tengo dos meses de estar de nuevo en la brecha; con todo, muy pronto vamos a llegar al logro de estos afanes.

Yo no había estado antes en Guatemala, y no conocía, pues, a nadie; sin embargo, como llevaba de San Salvador algunas cartas de recomendación, y Uribe Uribe estaba relacionado con el mundo oficial, en pocos días llegué a contar con numerosas amistades. Por esto, y ayudado de mi propia observa-

ción, en breve conocí el terreno que pisaba. El círculo gubernamental era de lo más abigarrado y reducido: Estrada Cabrera, F. Anguiano, Salvador Toledo, Domingo Morales, Joaquín Méndez, Rafael Espínola, y ... muy pocos más, liberales y conservadores, revueltos en un período de transición y de lucha, preparando el advenimiento de un gobierno personal.

No muy bien se hablaba de todos esos señores, con excepción de Toledo, a quien se reputaba como un hombre simpático, sin más vicio visible, sin más pasión que la del juego. Espínola y Méndez no eran Ministros. El segundo estaba encargado de la Imprenta Nacional, y el primero era Diputado, pero ambos aparecían como consejeros de Estrada Cabrera y se decía que dirigían los trabajos de la elección presidencial.

Particularmente de quien se hablaban horrores era del Licenciado Estrada Cabrera. Había matado a un hermano, se decía... y cometido no pocos fraudes o estafas en su calidad de abogado. Una vez venido a la Presidencia, había implantado el régimen del terror, que iniciaron sus antecesores, y había mandado dar ya, por ese tiempo, no pocas palizas y llenado de presos numerosas bartolinas. Tales historias me parecían, sin embargo, producto de la oposición y fruto de esa descomposición que se nota en nuestras incipientes sociedades, en las que a cada paso ve uno que germinan de modo prodigioso la envidia y la calumnia. Con todo, en la hermosa capital flotaba un espíritu de desconfianza que relajaba todas las relaciones; se decía que había muchos espías y que los denuncios menudeaban, probándosele con las nuevas prisiones, y ya no había otra guía para los criterios que la más refinada suspicacia.

El malestar era evidente; todos temblaban, los de arriba y los de abajo. Después de la supresión de Reina Barrios por Oscar Zollinger, Estrada Cabrera no podía menos que tener miedo, y como no salía por temor a una certera bala o a un puñal agudo, se hacía llevar la comida, que le preparaba su propia madre, en un balde cerrado con doble cerradura y custodiado por dos fieles soldados. Y, todavía así, temblaba, y cada espasmo del miedo le hacía ver un enemigo y dar una nueva orden de prisión. Temblaban por eso los de abajo, los ciudadanos; y en la calle se miraba de soslayo y se hablaba en voz muy baja.

Dionisio el Mayor, aquel célebre tirano de Sicilia, en quien, al decir de Plutarco, eran tales su desconfianza, suspicacia y cobardía, que no se cortaba

el cabello con navaja de afeitar por temor al instrumento, sino que al presentarse alguno de sus colonos se lo quemaba con un carbón, manifestaba aún más virilidad, menos pavor, más confianza en sus semejantes, que el Licenciado, Presidente de la República de Guatemala...

Un día fui con Uribe Uribe a ver a Toledo al Ministerio de la Guerra, y en el patio y por los corredores que dan a la oficina privada del Presidente, había como cincuenta personas... La mayor parte eran gentes, según me dijeron más tarde, llamadas de los Departamentos más lejanos por *orden superior*, para requerirles que se abstuvieran de votar en contra del Licenciado Estrada Cabrera, so pena de una calabocada y otros tormentos mayores, y venían allí a inscribirse en la lista de los que pedían audiencia diariamente, sin conseguirla, agotando su paciencia y soportando con resignación toda clase de humillaciones y vejámenes. Me agregaban que el que cansado de esperar día tras día, o agotados sus recursos, se alejaba de la capital, en retorno para su pueblo, era obligado a volver, por *orden superior* siempre; y que con los quisquillosos o malgeniados se hallaba siempre el medio de que tropezaran con algún pasante para provocarles gresca y dar con ellos en obscura o estrecha bartolina de la Penitenciaría.

Como se ve, por sugerencias tan diversas y sucesivas, emanadas del fondo desinteresado de la opinión pública, mi opinión se iba formando, asentada en iguales o semejantes creencias. Luchaba conmigo mismo y con la opinión de Uribe, pues éste no creía la más rebajada de esas imputaciones; al contrario, consideraba a Estrada Cabrera liberal convencido y hombre notable; y porque lo creía y porque deseaba halagarlo en cambio de sus reiteradas promesas, a menudo escribía valientes y luminosos artículos en defensa de ese Magistrado. A mí mismo se me invitó a que lo hiciera también, asegurándoseme que me darían trescientos pesos mensuales si me encargaba de la redacción de El Liberal, con el deber de escribir diariamente un artículo tan sólo; pero yo no me hice el ánimo de aceptar la propuesta que se me hacía, como un medio de asegurar mi residencia en Guatemala.

Eso de escribir por paga me repugna horriblemente; no lo he hecho nunca; he escrito por convicción, por entusiasmo, por amor; pero por paga, no. Antes, hallándome en el Salvador, Robles y Garcés habían tratado de mejorar mi situación, y por medio del entonces Ministro de Instrucción Pública de

Nicaragua, el distinguido Manuel Coronel Matus, consiguieron que me ofreciera el sueldo de \$500.00, como redactor de un periódico que iba a fundar el Gobierno de Nicaragua, en sostenimiento de sus intereses (llamado también *El Liberal*), y por encargo del mismo Garcés me había llamado a Nicaragua. No acepté la propuesta, sin embargo de que se trataba de Zelaya, a quien se representaba como el mejor amigo de los colombianos liberales, y Robles y Garcés lo hallaron muy bien. ¿Cómo iba yo a aceptar otra propuesta semejante tratándose de Estrada Cabrera?

—No —dije—, si el Presidente nos da las armas, yo escribiré de balde y tanto cuanto quiera...

El tiempo pasaba tristemente; estábamos ya a fines de Junio y no había nada de armas. El encargado de la Imprenta Nacional y de las publicaciones oficiales y semioficiales, alentaba todos los días esos esfuerzos de Uribe, sobre todo cuando llovían sobre el Gobierno los artículos de la oposición, en los que sobresalían, sesudos y sensacionales, los de don Francisco Laifiesta. Uribe no se desconcertaba ni perdía las esperanzas. El tiempo lo mataba él, como dice, trabajando. Es hombre insigne por la más extraordinaria actividad intelectual y por intachabilísimas costumbres. A las cinco de la mañana estaba ya bañado, delante del bufete, escribiendo y ordenando los apuntamientos de sus lecturas; a las nueve tenía considerable cúmulo de labor concluida: editoriales para la prensa del país, trozos de discursos, artículos literarios, cartas... Allí en ese cuarto del Hotel España, al lado del mío, preparó su famoso discurso sobre los ladrones y el impugnativo de la laudatoria a la conducta de Caro; allí bosquejó el que debía pronunciar al llegar a Barranquilla, sobre el manejo del Directorio Liberal Nacional; allí delineó el plan de campaña contra el mismo... Debo decirlo con franqueza: aunque admirador de aquella naturaleza de acero y seducido por la dialéctica y originales propósitos de mi amigo, yo no le aprobé, sin embargo, la actitud que iba a adoptar contra los *viejos* del liberalismo; reconocía en él razón para perder la guerra; pero no hallaba justo ni cuerdo cargar contra los nuestros por decréptos que estuvieran. Podían ser esos viejos unas ruinas vivientes, pero eran para nosotros sacrosantas; podían ser un estorbo para la presente generación, pero les debíamos gratitud y amor, porque ellos nos habían educado y dado grandes ejemplos que imitar, de perseverancia en la

lucha, de honradez en la administración pública, de virtud y de modestia en su vida de ciudadanos. Yo quería que Uribe se fuera a Bogotá tranquilamente, a ocupar su puesto en la Cámara, y que reservara todas las energías de su alma exclusivamente para abrumar a nuestros enemigos. Emplear algunas de ellas para desacreditar a los viejos, para eliminarlos de la dirección del partido, era producir la división del mismo y despertar envidias ocultas contra una reputación naciente como la de él. Cada uno de esos viejos representaba una tradición gloriosa y una labor de muchos años; soles apagándose, habían dado luz a muchas constelaciones y era imposible que la menor tentativa contra ellos dejara de producir sombras y desconciertos.

En fin, la actitud agresiva contra el Directorio tenía que exhibir a Uribe, aunque en él no hubiera sino patriotismo, como un impaciente y un ambicioso; y en aquella amada tierra que honra a Santander y a Murillo, que execra a Núñez y no aguantó, deslumbrantes y todo, a Bolívar y a Mosquera, tenía que perderlo todo, y nosotros sus amigos lo perderíamos a él, si efectivamente insistía en demoler, como él decía, si no daba pruebas de desinterés y modestia, y si, al contrario, levantaba en el propio seno de los nuestros la bandera de la rebelión para traer a nuestras filas diferencias y confusión que debíamos procurar más bien en el adversario.

—Yo estoy seguro, le decía, que si tú sigues estas indicaciones mías, a tu casa te van a buscar los mismos viejos para sacarte de ella y entregarte la espada con que Mosquera venció en el 63, con la cual abrirás paso a las legiones de los nuevos que escalarán el poder, en cuya cima te colocaremos sin disputa.

Un día, a fines de junio, me llamó con mucho misterio, se encerró conmigo en su cuarto y me dijo:

—Felicítame o congratúlate conmigo porque ya están arreglando las armas y el parque en sus respectivas cajas, y *el hombre* se ha mostrado tan bueno con nosotros que ha hecho arreglar dos cañones que no figuraban en el contrato. De todo esto me han informado Méndez y Toledo; al fin crearás y te veremos *cabrerista* perdido.

—Ante todo, sí, te felicito porque ganas, conforme a lo que dices, tu primera victoria, y, seguramente, me hago *cabrerista* a pesar de mis repug-

nancias y de mis propósitos de no meterme por aquí en política, porque le deberemos gratitud a este hombre todos los liberales colombianos. Puedes contar con que ahora voy a escribir en su favor.

Dos días después me aseguró que todo estaba listo: las armas en sus cajas y la dirección *convenida* en éstas; y abriendo su cartera y entregándome ciento cincuenta pesos en oro, me dijo:

—A ti te toca la labor del embarque porque a mí me deben tener más vigilado que a ti, y además, yo tengo que quedarme arreglando mis asuntos para irme. Vé a San José y encárgate de ese trabajo. Aquí tienes mis instrucciones y esta carta de recomendación del General Toledo, Ministro de la Guerra, para el Comandante del Puerto. Mañana llega del Norte el vapor, en viaje para el Sur, que ha de conducir el cargamento; no hay tiempo que perder; mañana te vas muy temprano.

Si mal no recuerdo, esto sucedió el día 1° de Julio, y, como fue convenido, el siguiente día, 2, viajaba yo para San José. Tan pronto como llegué me dirigí a la Comandancia del Puerto, y no habiendo encontrado allí sino al Secretario, a éste le hice conocer la carta del Ministro de la Guerra que llevaba.

Con cierto respeto y consideración me dijo al leerla:

—Pues ya no tendrá usted el trabajo del embarque, porque éste se efectuó y anoche mismo se fueron las armas.

Sorprendido le repliqué:

—Pero ¿cómo puede ser eso así, cuando el buque no ha llegado aún y es hoy cuando lo esperamos?

—Siendo, —me contestó—; el buque no sólo vino y se embarcaron anoche mismo las armas, sino que actualmente deben estar desembarcándolas en Ocós.

La respuesta me dejó confundido y me resistí a creer lo que oía; pero el Secretario de la Comandancia del Puerto, joven sencillo, de mirada ingenua, hablaba, según la carta que le había entregado, con quien merecía la confianza del Ministro de la Guerra, y no acertaba por qué podía estar en el deber de mentirme. Así tenía que ser, sin duda alguna, y sólo deploraba que hubiera habido algún error por no haber venido yo el día anterior. En todo caso, ya descifraré el enigma, si lo hay, cuando vea luego al señor Comandante del

Puesto, me decía a mí mismo; tal vez ese joven no esté bien impuesto de lo que pasa.

Al volver en la tarde a la Comandancia, se me hizo saber en la puerta no más, que debía hacerlo un poco más tarde, y cuando volví y me encontré con el Comandante, en breve comprendí que éste no gastaba conmigo la misma ingenuidad que el Secretario.

Quiso negarme al principio el envío de las armas a Ocosingo; mas como le hiciese saber la revelación del Secretario, un tanto contrariado pretendió darme una explicación poco congruente con la verdad que comenzaba a iluminar mi espíritu. Con sencillez campesina le manifesté entonces que iba a poner un telegrama al Ministro de la Guerra, y me dijo: “Vamos los dos al telégrafo y preguntamos a Guatemala si las armas a que usted se refiere están o no en camino”; y nos fuimos juntos; entró él por delante de mí, habló dentro de la oficina con el telegrafista y luego, volviéndose hacia mí, me dijo:

—Estamos de malas, porque la línea se ha interrumpido....

Dos o tres días, no recuerdo exactamente, quedé recluido en la desolación de ese puerto, esperando tren que me llevara a la Capital, que no lo hubo, porque llegó el aniversario de la independencia americana, o porque vinieron días de fiesta durante los cuales no traficaban los trenes entre San José y Guatemala.

Fueron éstos dos o tres días de verdadera mortificación, sin tener con quien entretenerme, sin un libro que leer, sin saber de nadie, herido por la duda más odiosa, retenido por una mano fuerte muy superior a mí.

El 5 de julio volvía a Guatemala aguijoneado por los deseos de verme entre amigos, cuando en Escuintla me encontré con Uribe. Venía a embarcarse, convencido de que las armas iban por delante de él, y de que todo había pasado conforme a sus esperanzas. Cuando le manifesté lo ocurrido, se alzó formidable y levantando la manaza de montañés que todos le conocen, me dijo:

—Si nos ha engañado, ¡ah!... que se cuide, porque mi pluma puede hacerle hechar sangre por todas partes...

Después, serenándose repentinamente, agregó:

—No, no puede ser; lo que ocurre es que el hombre es muy hábil y para despistar las averiguaciones de los espías colombianos, ha mandado las armas a Ocós, para hacerlas regresar más tarde a Corinto. No importa, cualquiera cosa que sea la que ocurra, tú vas a quedar en Guatemala en mi reemplazo; yo te mandaré las credenciales del puerto y además una carta para Estrada Cabrera que sólo entregarás en el caso de que descubras que efectivamente las armas no han sido para nosotros, y mientras eso averigues y lo sepas, me pones cablegramas a Corinto, a Puntarenas y a Panamá, sucesivamente, por conducto de tales y cuales amigos.

Nos separamos con el más estrecho y afectuoso abrazo, y apenas llegó a San José cumplió su palabra enviándome la carta de que había hablado y las citadas credenciales; yo volví a Guatemala a cumplir sus instrucciones y desde la misma noche de mi llegada solicité del Presiente, a nombre de mi amigo Uribe, la audiencia indispensable. El Licenciado Estrada Cabrera no me contestó siquiera, y al día siguiente pedí otra audiencia con igual resultado, y así sucesivamente en los días que siguieron. Mientras tanto me ocupé en buscar padrinos, y al pensar en Toledo, supe con sorpresa y dolor que no era ya Ministro. En seguida me fui a ver a Domingo Morales, Ministro todavía de Instrucción Pública; pero ocurrió lo que con el Licenciado de arriba, que se hizo negar por el portero y que otro día me obligó a aguardar más de una hora en el Ministerio en donde le era difícil negarle a nadie su presencia. ¡Qué dolor tan hondo es el que experimenta en esos casos un hombre digno! Pero nada era nada; yo procedía allí, no por mí ni para mi provecho, sino por mi partido, y eso me engrandecía a mis propios ojos. Al fin hablé con el Ministro Morales, quien me ofreció que obtendría para mí la audiencia deseada, como lo cumplió llamándome, en la noche, al Hotel Unión, en donde de paso me presentó a Rafael Espínola y me dijo que la audiencia estaba conseguida para el día siguiente.

A la hora fijada estaba yo en la puerta del Palacio y entraba, después de las formalidades del reconocimiento, por en medio de dos filas de soldados para pasar el corredor, y de éste, al salón en donde estaba Su Excelencia, por entre otra doble fila de oficiales en otro salón inmediato. Anunciada mi entrada, Su Excelencia, al sentir mis pasos, salió a mi encuentro con una sonrisa en los labios, y estrechó con ambas manos la mía que le alargaba, como un amigo de muchísimos años, a quien se vuelve a ver al cabo de larga ausencia. Se sentó

en frente de mí, muy cerca; y previo un preámbulo mío en su honor, le hice saber en pocas palabras el objeto de mi visita. Cuando le tocó el turno, no me dio ninguna explicación respecto del envío de las armas a Ocos, y partió de este modo:

—Todo el mal ha dependido del señor doctor Uribe, por la intimidad que llegó a tener con el General Toledo, y en prueba de ello vea usted que muchos han hablado de que yo voy a entregarles a ustedes unas armas con que puedan hacer la revolución en Colombia.

Aquello de que *todo el mal había dependido del doctor Uribe por la intimidad que llegó a tener con el General Toledo* me indignó sobremanera, viendo en esas frases la prueba concluyente de la poca sinceridad del *hombre* de mi amigo; y aunque dulcifiqué cuanto pude mi voz, no pude prescindir de decirle:

—Pero ¿con quién quería Su Excelencia que tuviera intimidad el doctor Uribe sino con su Ministro de la Guerra, el de más confianza para Su Excelencia, y sobre todo tratándose de un asunto de armas que se relaciona con ese Ministerio?

—Está bien— replicó algo picado—, pero siendo el asunto tan delicado como es, sólo conmigo debió siempre entenderse el doctor Uribe.

Y me miró fijamente para ver el efecto que me producía su argumento rabulesco y, creyéndome tal vez convencido, agregó:

—Además, el doctor Uribe estuvo siempre empeñado en que el embarque de las armas debía hacerse en buque americano y yo no quería que se hiciera sino en buque alemán.

—¿Por qué esa diferencia?— repuse—; ¿no viene a ser lo mismo?

—No, no es lo mismo— me dijo con fingido aire de triunfo—, porque los buques americanos tocan en los puertos de Centroamérica, y este vecino que tengo al Sur es muy quisquilloso, y si llegara a saber que van armas en algún buque de los dichos, se figuraría que van a ser empleadas para fomentar alguna revolución en su contra y quedarían expuestas aun a ser embargadas...

Como se verá, eso era ya el colmo de lo inaudito en materia de justificaciones y yo debía de ser un tonto para el señor Presidente, o debía creermelo de muy lejos poco informado de los reglamentos de las líneas de vapores que tocan en Centro América, de la situación política de los Estados centroameri-

canos, de sus leyes y de las leyes del mundo en materias internacionales. En lugar de hacerle conocer, pues, que yo estaba impuesto de que los vapores alemanes también tocaban en todos los puertos del temido vecino del Sur, de que ese vecino no tenía por qué saber que uno de esos buques llevaba armas para Nicaragua y de que, aun sabiéndolo, no podía estorbar su tránsito por mar, aunque el buque estacionara en algunos de sus puertos, en lugar de hacerle conocer todo eso, guardé silencio, dando margen para que me creyera convencido y se creyera él asimismo justificado a mis ojos. En general, tal vez sea bueno con un hombre poco sincero fingir que se le cree leal para logro de algún bien que se propone uno alcanzar de él, y batallar siempre sobre la base de una sinceridad que no existe, dándonos por engañados más bien que por descubridores del engaño. El falaz debe ser como todo criminal, sea ladrón o asesino, que nunca perdona al que lo ha descubierto en la ejecución de perversa acción. ¡Desgraciado del que ve u oye, desdichado del que sabe! Con el falaz puede suceder, además, que al cabo de tanto sometimiento a su juego, y de proceder con él como si uno tratara con hombre sincero, acaba por serlo y por otorgarnos lo que de él reclamamos.

Sin embargo, si bien me guardé de revelar en esa vez mi pensamiento, le rogué me dijera en qué quedábamos, pues Uribe, quien a la sazón viajaba para Colombia, esperaba recibir en algún puerto de su dilatado viaje un cablegrama mío que le revelara la verdad. No se me escapó el nuevo brillo de sus ojos y la viveza de su mirada con estas últimas palabras, y comprendí que me haría nuevos ofrecimientos para dilatar por el mayor tiempo posible el engaño en que quería tenernos.

—Puede usted, me dijo con firmeza, avisarle al doctor Uribe que mantengo mis ofrecimientos; y en cuanto a usted, infórmese cuándo hay buque alemán para el Sur y de todo lo relativo a gastos de muellaje, lanchaje y flete. Tan pronto como usted me avise de todo esto y de que tiene los fondos suficientes para esas diversas operaciones, la armas se embarcarán y le serán enviadas a San José.

Aunque yo comprendía que Su Excelencia mentía ya a cara descubierta, le puse a Uribe los cablegramas del caso y en seguida me fui con Sánchez Mejía, a quien impuse de todo, a la oficina de la Compañía de Cosmos, de vapores alemanes, y recogí con él los datos indicados por Su Excelencia. Acto

continuo, en el mismo día, sin pérdida de tiempo, le escribí una carta dándole el aviso de que me había hablado. Era el 10 de julio y el 15 en la mañana llegaría a San José, para salir en la noche, uno de los vapores deseados. La oportunidad no podía ser mejor: Su Excelencia iba a quedar justificado con nosotros y ligado por nuestra gratitud, y la solidaridad del liberalismo en nuestro país y en el suyo podía llegar a ser evidente. ¡Ah!, pero Su Excelencia, como de costumbre, guardó silencio y dejó pasar el 15 e irse el vapor. Domingo Morales me encontró ese día, y a mis preguntas dio tales explicaciones que bien tenía para graduarlo insigne Tayllerand.

Yo seguí fingiendo que trataba con hombres leales, y habiendo recibido encargo de R. Samper & Cía., de París, para cobrar al General M. Lisandro Barillas unos cien mil francos que les adeudaba, me fui el 16 de julio para Quezaltenango a verme con el conocido ex-Presidente. No lo hice sin anunciárselo al Licenciado Estrada Cabrera, por medio de una esquila atenta en la que le ofrecía, además, mis servicios por aquellos departamentos lejanos. Cuando llegué a Quezaltenango supe, con la mayor pena, que había estallado en la frontera mejicana una revolución encabezada por el General don Próspero Morales y ya no pensé sino en darme prisa en el arreglo de mis asuntos para regresar a Guatemala. No fue sino entonces cuando comprendí por qué el señor don Manuel Estrada Cabrera había enviado armas a Ocosingo, haciéndonos creer a Uribe y a mí y aun al Ministro de la Guerra que eran para nosotros, no estando destinadas sino al servicio de los que debían combatir una revolución que él tenía que saber se estaba tramando. También le sirvió Uribe en esa vez, porque, miedoso y suspicaz como pocos, Estrada Cabrera no le podía dejar traslucir al público que enviaba a Ocosingo tan enorme parque y tantas armas. ¿No podían ser capaces de cogérselas en el camino los mismos de la oposición, o el mismo Próspero Morales, antes de ponerlas en manos seguras?... Estimo, pues, que fue ella, la misma Su Excelencia, quien propaló que nos había entregado unas armas y nos las llevábamos para la revolución de Colombia. Y ¡cuán lejos estaba el sencillote de darnoslas!

Regresé a Guatemala a principios de agosto y seguí en la brecha con el sistema indicado que al fin advertí equivalía, para con el hombre de mi amigo Uribe, a un procedimiento parecido al del movimiento de una tuerca en un tornillo... Muy fino; cartas muy atentas y... dale que dale. Había otro buque

alemán en esos días y entonces volví a escribirle a Su Excelencia, y no contento con esto, me fui al corredor de los *vergonzantes* a pedir el honor de una audiencia. Algunas veces iba acompañado de un amigo para que aprendiera, y me inscribía en su presencia en *la gran lista del favor o lista de los pedigueños*, y rogaba y mandaba mis tarjetas, siempre sin resultado. ¡Ah!, a cuánto se somete el hombre más altivo en servicio de un ideal! ¡Días de abnegación fueron aquellos en que estrujaba en mi pecho, hasta ahogarla, a la impaciencia! ¡Decepciones amargas que apuraba como copa de triunfo!

Pero no cejaba. ¿Qué iban a hacer, al fin, conmigo los prestidigitadores? ¡Oigan y asómbrense!

He mencionado a Pepe Sánchez, y ahora diré que era un hombre sencillo, apasionado, sugestionable, y esto sabido, resultó que hallándose de corrector de pruebas de *El Liberal*, tuvo ocasión de hablar con el Director de la Imprenta Nacional y quejarse en su presencia del fracaso de nuestra negociación con Estrada Cabrera; de lo que sufriría Uribe, cuando se supiera al fin engañado, y de la venganza que tomaría indudablemente con su pluma. Méndez debió hablar de las palabras de Sánchez en el cenáculo, y de allí el giro que dieron a las cosas, desfavorables para mí.

Vivía Sánchez Mejía en el mismo hotel, como vivían en él Rafael Vergara Albis y otros paisanos. Una mañana, después del desayuno, me llamó a parte y misteriosamente me dijo:

—Debes andar con cuidado.

—¿Por qué?

—Porque en las esferas oficiales se cree que tú eres partidario de José León Castillo y que has andado por Quezaltenango ¡en asuntos revolucionarios!...

Me quedé extático, asombrado de la monstruosa imputación, y sólo mis repetidos ruegos convino Sánchez en revelarme el origen de ella.

—Iba yo en el tranvía, me dijo, y a poco andar entró Espínola y se sentó a mi lado. Después del saludo corriente, me preguntó por ti con cierta malicia y quiso averiguar por mí lo que tú andabas haciendo en días pasados cuando estalló la revolución por los Departamentos de los Altos. Me agregó que te habían visto entrar al Ministerio mejicano a visitar a José León Castillo, refugiado en esa Legación enemiga de Estrada Cabrera.

No había que contestar sino con la interjección más sonora del lenguaje castellano; pero me contenté con decirle:

—Estrada Cabrera y Espínola y Méndez y Morales y Barillas y tú y todo el mundo en Guatemala saben que yo he ido a Quezaltenango en desempeño de una comisión de la casa de Samper, con poder legal de esa casa, y que no me he metido en política más que en aquella parte que se roza con el porvenir de la nuestra en nuestro país. Comprendo el alcance de la insinuación de Espínola; sé que Estrada Cabrera no sabe cómo escaparse de la tuerca a que le doy vuelta diariamente, porque al fin tendrá que decirme: “No puedo entregarle ningunas armas”, y entonces quedará comprobada su perfidia; ahora tiene que apelar a recursos indignos para atribuirme una culpa que sólo está en su doblez. Sin embargo, el medio es vulgar, pero tratándose de mí, nada que tienda a manchar mi honra tendrá éxito, porque mi vida es pura, transparente, a la vista de todos, exenta de todo vituperio.

Y con esto, y con las explicaciones baladíes que me dio más tarde Domingo Morales, de que las palabras de Espínola no habían tenido el alcance que les daba Pepe Sánchez, me dispuse a dar por terminada mi labor cerca del Licenciado Estrada Cabrera.

Era a mediados de septiembre cuando le dirigí mi última carta, despidiéndome de él y quejándome de que hubiera eludido cumplir a Uribe y a mí las reiteradas promesas que sucesivamente nos había hecho. Concluí dándole la seguridad de que, de haberlo hecho, no habría tenido mejores amigos que nosotros.

Esta carta, como la anterior, no mereció respuesta. Si la hubiera merecido —lo que no esperé por un solo momento, ya que en estas materias la experiencia me había ilustrado lo necesario—, habría sido esto un bofetón en plena faz al sentido común, pues tanto por lo expuesto ya como por lo que aún falta por exponer y por multitud de detalles más, relacionados con el modo de ser del Licenciado Cabrera, que circulan *sotto voce*, que son del dominio público y que acaso por pudor los tipos de imprenta no se han atrevido a fijar en el papel, se sabe que nada que esté en el camino de lo lógico cuadra con el carácter, el criterio y las inclinaciones del Presidente constitucional de Guatemala.

Tomé pasaje para Nicaragua, y para que llevara impresión duradera, indeleble, eterna del Gobierno de esa República, consignaré aquí el triste incidente de la expulsión de Rafael Vergara Albis el día mismo de mi partida.

Había venido a Guatemala ese amigo querido y paisano distinguido a reunirse allí con su apreciablesima esposa, de quien lo había separado en Sonsonate, por medio de una resolución verbal odiosísima, a los quince días de casado, el Presidente de El Salvador.

La señora Luz Arce de Vergara acababa, hacía tres días, de venir al lado de su esposo, y ambos se habían ido del hotel en seguida a habitar un verdadero nido, rodeado de flores, en donde iban a renovar la interrumpida luna de miel.

Por ningún motivo tenían que presentir desgracia alguna. Cierto es que, días antes, el Director de la Policía le había averiguado quién era, de dónde venía y qué oficio o profesión se proponía ejercer; por primera vez llegaba a Guatemala y no podía tener allí un solo enemigo. Sin embargo, no fue así: el Presidente, que tanto miedo le tenía al quisquilloso vecino del Sur, recibió una carta de complacencia de éste contra Vergara, y en prueba de amistad lo expulsó como a un malhechor.

Hacía bajar ya mis valijas y me disponía a seguir a la estación en viaje para Nicaragua, cuando me anunciaron que abajo me aguardaba con impaciencia una señora. Era algo menos de las seis de la mañana. Bajé, ¡y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme a esas horas con doña Luz, en traje de casa, la cabellera suelta y la faz cubierta de lágrimas!

—¿Qué le ocurre, mi señora?

—Acaban de arrancar a Rafael de mis brazos, y se lo llevan para la estación a embarcarlo; lo expulsan del país y no le han dado tiempo ni aun para arreglar sus valijas. Vengo a ver qué piensa usted y qué cree que debo hacer.

Sin entrar en nuevas explicaciones le dije:

—Lo que pienso es que usted siga a su marido; aquí tiene mi brazo para acompañarla, y con mi brazo lo que usted y Rafael necesiten.

Para mayor desgracia, el vapor no salió el día fijado, y Rafael Vergara y su esposa tuvieron que pasar tres días y tres noches, primero en la pocilga

común de los criminales, en la cárcel de San José, y después en una bartolina en donde se sentaban y dormían en el purísimo suelo.

El 23 de septiembre llegaba yo a Managua, y hablando con Garcés de las gestiones de Uribe y mías cerca de don Manuel Estrada Cabrera, me dijo:

—Por José Pérez S., agente confidencial del General Zelaya en Guatemala, y por otros amigos nuestros de allá, sabíamos lo que estaba pasando. De un lado Estrada Cabrera le prometía a Uribe y de otro le hacía dar cuenta al Gobierno de Colombia, por medio de agentes suyos, que lo hacían a su vez con don Recaredo de Villa, de todo lo que ocurría, dando al propio tiempo la seguridad al último de que no saldría de los parques de Guatemala para nosotros ¡un solo rifle, ni una sola cápsula!..

Recobrándose Garcés, siguió así:

—Sabemos más, sabemos que cuando Estrada Cabrera le hizo creer a Uribe que las armas se estaban colocando ya en las cajas y que serían al día siguiente enviadas al Puerto para ser embarcadas, le pidió el contrato que Reina Barrios le había firmado, para ver si era conforme con lo que había dispuesto, ignorando, agregaba, dónde estaría el otro ejemplar desde la muerte de Reina; y sabemos, en fin, que Uribe se lo entregó para no volverlo a ver más.



Capítulo II

Trabajos en Nicaragua

El doctor Modesto Garcés había pasado durante su destierro algo más de tres años en Nicaragua, prestándole al Gobierno de ese país los más importantes servicios. Representaba al Partido Liberal cerca del Presidente Zelaya, a quien se consideró en Colombia, desde la infortunada expedición de Pereira Castro, como el mejor amigo que teníamos en el exterior.

La representación del partido no le quitaba tiempo. Aunque apenas pasada la revolución de 1895 se pensó por el liberalismo en la revancha de Enciso, en hacer en caliente otra revolución, todos los días se presentaban nuevas dificultades que aplazaban el rompimiento de las hostilidades, y así pudo Garcés consagrarse a trabajos de ingeniería, los cuales se conformaban con la principal de sus inclinaciones.

A poco de su llegada a Nicaragua, se fue a la costa atlántica por cuenta del Gobierno y estudió todo el litoral de esa costa y tierra adentro, desde el Cabo Gracias a Dios hasta San Juan del Norte; y más tarde llevó a cabo el trazado del proyectado ferrocarril del Rama, desde la costa del Gran Lago hasta Bluefields, y colocó, abriendo formidable y costosísima trocha por entre selvas y pantanos, el primero y único alambre telegráfico que une esta importante ciudad de la costa con las poblaciones del interior. Enfermo con el paludismo que recogió en sus excursiones, lo encontré en Managua, a mi llegada, entregado ya a labores más sedentarias. Servía entonces al General Zelaya, en cierto modo, de consejero, y ora lo inducía a conseguir el camino de la paz con el Salvador, cuando el rompimiento de la embrionaria federación, en no-

viembre de 1898, ora le daba en proyectos de decretos medidas administrativas trascendentales, como la acuñación y circulación de la moneda de níquel para las pequeñas transacciones, que tan buenos resultados ha dado.

No obstante la estimación que tenía el General Zelaya, no había recibido por sus numerosos e importantísimos servicios la recompensa a que tenía derecho, y con cierta amargura me refería que en el país no había faltado quien criticase el miserable pago de dos mil pesos que le hicieron por sus excursiones y trabajos en la Costa Mosquitia y al Norte y al Sur de ésta. Estaba enfermo y triste; y al verlo demacrado, pálido, enjuto y consumido por el paludismo, involuntariamente volvía uno los ojos al pasado y recordaba los esfuerzos suyos a favor de la causa de sus convicciones; veía el cuadro de la esposa, ciega ya de llorar desde la noche en que, en altas horas, lo arrancaron de sus brazos para llevarlo al destierro, y pensaba en sus hijas, a quienes no iba a conocer cuando las viese; palpaba la abnegación y la modestia que tan bien sienta a su nombre y oía, en fin, las vibraciones de su alma que habían hecho fuerte la convicción profunda en la doctrina liberal y el más puro amor a la Patria. Pero su fe se hallaba quebrantada, no era la misma de otro tiempo. Partidario de la guerra y contrariado por el Directorio Liberal de los viejos, se halló frente a frente de Uribe, quien le disputaba la supremacía en el Cauca, la única a que aspiraba, y venía a suceder que el hombre que más podía servirle a la revolución con su influencia y sus conocimientos en el exterior, así como por su ascendiente moral en el interior del país, quedaba aislado, en pugna con la opinión de los evolucionistas, y al propio tiempo divorciado de Uribe, el caudillo con quien precisamente estaba llamado a aunar su prestigio y sus esfuerzos. Garcés era, en mi sentir, el eslabón necesario entre la vieja generación y la nueva. Tenía de aquella toda la circunspección, el espíritu moderado, las virtudes probadas, la sabiduría y la experiencia; y de ésta resolución, el espíritu de lucha, el ardor y el tesón que sólo sienten los que comienzan a vivir y no han visto desvanecerse las esperanzas más fundadas.

En los días que estuvimos juntos, oí de sus propios labios la triste confesión de las decepciones que he bosquejado; y cuando supe que Uribe combatía por la prensa y por medio de discursos la actitud del Directorio, acumulando sobre el anciano Aquileo Parra crueles acusaciones, como sobre Diego Mendoza y José Camacho, que no obstante apoyar las ideas de aquél eran jóvenes o del

número de los jóvenes, sentía tan hondo dolor, desesperación tanta, como cuando veía que ese mismo venerable Parra y Mendoza y Camacho y muchos más se ponían a tratar con Caro y optaban por las pacíficas evoluciones.

En diciembre del mismo año, con el advenimiento de don José Manuel Marroquín al poder, y por virtud de los decretos de amnistía que entonces se expidieron, resolvió regresar a la Patria. Recuerdo que la víspera de su partida vino a mi cuarto, y entregándome dos frascos con distintos líquidos me dijo estas palabras:

—Ya usted conoce mis ideas sobre este Gobierno y sobre lo que podamos esperar de los amigos que lo componen. Es muy pobre, y difícilmente obtendremos de él la menor ayuda pecuniaria; ni un rifle, ni una cápsula. Sin embargo, lo dejo encargado de la representación del partido para lo que pueda usted hacer aquí y por si ocurriese de Bogotá algo. Estos líquidos, cuyo uso está indicado en la etiqueta, le servirán para cuando tenga que escribir o para cuando le escriban a usted...

• • • • •

Nada hay tan parecido a las Repúblicas italianas de la Edad Media, como las Repúblicas centroamericanas. Partes integrantes de una misma nacionalidad, que cuentan origen y tradiciones comunes, que son de la misma raza, que no tienen idioma ni religión distintas, y de cuya historia no hay página en la cual no se las vea compartir en esfuerzos y en esperanzas, forman, sin embargo, Estados separados, que se hacen continuamente la guerra, dirigidos por gobiernos casi siempre personales, al parecer empeñados en difundir, en avivar el odio de unos pueblos contra otros, y en ahondar las causas de separación que en lo recóndito de sus ambiciones no tratan sino de avivar en provecho propio y para su exclusivo dominio. Asechanzas, intrigas, celos, temores, suspicacias, dobleces, espionaje, delaciones, sorpresas, prisiones, torturas, desaparecimientos, lágrimas, odios y desgracias: he aquí los medios, las prácticas y los resultados de una situación anómala que hace difícil y a menudo insostenible la vida en esos pueblos, y que ha de concluir, sin duda alguna, más tarde o más temprano, con la refundición de todos ellos en uno solo bajo el dominio de una sola espada victoriosa, o bajo una federación inteligente que asegurará la dicha y el engrandecimiento a que son tan acreedores y alejará las

posibilidades y temores de absorción por parte de los Estados poderosos e insaciables que viven en el reparto de los países débiles y anarquizados.

A veces se aplacan los ánimos de esos Dux vengativos, y entonces se les puede creer en franca y cordialísima inteligencia. Esto ocurre cuando dos o más de ellos se alían contra un tercero o contra los restantes. Otras veces recrudecen sus animosidades y se hostilizan de diversas maneras, haciendo víctima de sus proceder principalmente a los habitantes de uno y otro Estado. Entonces gravan enormemente la importación de los productos de la República hermana para impedir su introducción en la propia; establecen *chambres noirs* para el examen de la correspondencia que se recibe de ella; se imponen de todo telegrama que llega o sale, o lo retienen; registran, espían, encarcelan y aun torturan a palos al nativo, pasajero sospechoso, que arriba de las playas vecinas. Una frase de una de esas cartas o de algún telegrama que no comprenden bien, es *algo*, tiene que ser *algo*, y se dice: “Aquí hay *gato* encerrad”. Tienen tan cargada la conciencia, que todo lo temen y por todas partes están descubriendo desafectos, conspiraciones, planes de guerra o de invasión.

Nadie se escapa de tan horrible vigilancia, ni aun los amigos del Gobierno. El agente de policía y el policía secreto, vestidos de cocheros o mozos de cordel, o criados del restaurante, o dependientes de la cantina, vigilan al ciudadano; el comandante los vigila a ellos; el Ministro de la Guerra vigila al Comandante; el de Gobierno al de Guerra; los empleados se vigilan mutuamente, y el Presidente los vigila a todos por medio de una red cuyos hilos sólo él conoce y en su solas manos se halla.

Yo no conocía bien este modo de ser político a mediados de 1899, pero a poco se me presentó la ocasión de apreciarlo en su armazón y finos tejidos. Yo era un amigo sincero del General Zelaya y nada tenía que temer de él; al contrario, considerándolo amigo del liberalismo colombiano, lo había defendido durante mi residencia en El Salvador, antes de haberlo tratado, y ya a su lado, con el cargo de Abogado Consultor del Gobierno, con que me había distinguido, no debía esperar de él sino amistad, ni él debía esperar de mí otra cosa que amistad también. Sin embargo, véase a continuación el relato que hago sin comentarios, sin ningún adjetivo, sin calificaciones que pudieran ser consideradas injustas u odiosas, y júzguese.

A fines de julio de 1899, fue encargado el señor don José Dolores Gámez de la redacción del Mensaje que el Presidente iba a dirigir a la Asamblea de agosto. Cuando lo hubo concluido, me llamó y me dijo:

—Tenga la bondad de revisarlo y hacerle los reparos que guste.

Para el señor Gámez (hombre por lo demás inteligente), que anda siempre en apuros, las cosas han de hacerse aprisa, lo que equivale, a menudo, a hacerlo imperfectamente; así, al decirle yo que me parecía natural llevar a mi casa aquel trabajo para estudiarlo: “No — me dijo —, no hay tiempo ya para eso”.

—Bueno— le repliqué—, voy a reducirme a hacerle observaciones sobre lo de más bulto, y esto consiste en los insultos que contiene esta pieza contra el General A. Gutiérrez, contra el General Regalado y contra el doctor don Manuel Coronel Matus. Un documento histórico como éste, de tan alto magistrado como lo es el Presidente de la República, debe tener toda la moderación, mesura y circunspección que se observa en los documentos oficiales. Aparte del respeto a sí mismo y del que se merecen los Representantes del pueblo a quienes el Presidente se dirige, se les debe tributar en tales piezas las mayores consideraciones a los jefes de los demás Estados de la tierra, cualesquiera que sean, porque el agravio que se les haga no lo será en realidad sino para los pueblos que gobiernan. Yo no veo, en fin, la razón que haya para que el Primer Magistrado de la Nación descienda en desahogos personales contra un simple ciudadano como el doctor Matus, quien, no obstante sus yerros y apasionamiento en los asuntos de la extinguida federación, de la que fue uno de sus distinguidísimos jefes, merece, por sus servicios eminentes a Nicaragua, gratitud y amor.

A pesar de mis palabras y salvo ligeras modificaciones, principalmente en lo concerniente a Matus, el Mensaje salió tal como estaba. ¿Pensaría Gámez, y haría partícipe de su pensamiento al General Zelaya, que yo le hacía tales observaciones por amor a Gutiérrez o por adhesión a Regalado? ¿No creería que en aquellos conceptos honrados (que al haberlos seguido le habrían economizado a Nicaragua la actitud de guerra en que vivió en contra de El Salvador y los gastos de frecuentes tentativas de invasión que le hizo) no creería, repito, que en tales conceptos había seguramente algún *gato encerrado*?

BELISARIO PORRAS

Yo no lo sé; pero lo cierto es que desde ese día las cartas que me venían de El Salvador eran detenidas o abiertas; que El Salvador se enviaron varios folletos con el Mensaje de que aquí se trata, dirigidos y dedicados como si fuera por mí mismo, con mi firma suplantada, a personas que se sabía eran de mis relaciones, y que de aquel país, en fin, en donde no dejé un solo enemigo y de donde en esos días se me ofrecía la Dirección del Instituto Nacional, me llegaban invitaciones burlescas o amenazantes.

Un día de los primeros de agosto, el doctor Leopoldo Ramírez M. me hizo saber con cierta malicia que Román Mayorga Rivas, emigrado de Nicaragua en El Salvador, preguntaba con mucho interés por mí y averiguaba si yo estaba o no en Managua.

Otro día recibí un cablegrama de Nueva York, sin firma, en el cual se me exigía una pronta respuesta, que no comprendí a primera vista y por el que me devané los sesos más de dos semanas tratando de explicármelo, de descubrir su autor y su significado. ¡De Nueva York! ¿Quién podía exigirme contestación de Nueva York y contestación seguramente de alguna carta que no había llegado a mis manos?

Varias semanas después recibí el siguiente telegrama.

• • • • •

Depositado en Sucursal, San Salvador, a las 2 y 15 p.m. del 26 de septiembre de 1899. Recibido en Managua a las 7 a.m. del 27 de septiembre de 1899.

Señor Belisario Porras:

Hace dos meses estoy telegrafando a usted, General Zelaya y Ramírez Mairena, averiguando residencia suya, sin obtener respuesta. A Alirio le he dirigido cables con el mismo fin. Últimamente he averiguado la seguridad de saber su residencia en Managua y por correo dirijo documentos originales. Sírvase acusarme recibo.

Su afectísimo,

J. Arciniegas.



Posteriormente recibí carta de Arciniegas y con ella una del Agente de la Revolución en Nueva York, fechada el 18 de Julio, en la cual me informaba haber sido yo comisionado para que a nombre del Partido Liberal de Colombia me entendiera con el General Zelaya y obtuviera su consentimiento para embarcar los elementos destinados a la revolución y despacharlos, llegado el caso, con destino a Nicaragua, en donde necesitaríamos embarcar la colonia de colombianos que quisieran ir a tripular un buque que nos proponíamos conseguir.

Inmediatamente dirigí la siguiente carta al General Zelaya, quien se encontraba ausente de la capital.



Managua, octubre 8 de 1899

Señor General don José Santos Zelaya.

Masaya.

Mi distinguido y respetado amigo:

Recibí ayer carta de New York, y esa carta es la que me permito incluirle, rogándole que me la devuelva luego que la lea. Había pensado ir yo mismo a mostrársela y hablar con usted respecto a su contenido; pero desgraciadamente no he podido ni puedo ir hoy, y las cosas urgen. Por eso, y sabiendo que el Coronel Zubiría sigue para ésa y que es persona de confianza, aunque no le he impuesto de todas esas cosas, he resuelto mandárselas por si usted resolviese ponerle cablegrama a Corea en el sentido que la carta indica, autorizándolo para facilitar el embarque, en cuyo caso desearía una palabra de usted, de inteligencia, escrita o verbal, dicha a Zubiría, para yo telegrafiar también a New York. Por demás está manifestarle al mismo tiempo que usted es la gran esperanza, que supongo que si de Bogotá no ha venido nada para usted, ha ser por temor de comprometerlo con la pérdida de la correspondencia. No es de suponerse que se trate de un movimiento aislado, sin la anuencia de los copartidarios del Centro de la República. Si usted deseara que vaya yo a Masaya, puede ordenarlo y me iré mañana mismo.

Belisario Porras



El General Zelaya no opuso ninguna objeción para hacernos el servicio que le pedíamos, al contrario, de muy buena voluntad expidió a sus agentes en Inglaterra la órdenes del caso, para que facilitaran el embarque de armas de que se trataba, debiendo asegurar éstos que las armas eran para el Gobierno de su país; pero su régimen, el de su suspicacia, el de la *chambre noir*, el de las sospechas y temores, el que le inspiraba dudas hasta de sus mejores amigos, el que le hacía ver *algo* en cualquiera frase que él no se explicaba, indudablemente *algo*, como que en ella tenía que haber *gato encerrado*; ese régimen que es el de las desconfianzas, progenitor del terror y del personalismo, ese régimen nos perdió, porque si la carta del Agente de la Revolución en New York, del 18 de julio, en poder de Arciniegas a fines de ese mes, hubiera llegado a mis manos al principio de agosto, precisamente cuando Román Mayorga Rivas, por exigencia de Arciniegas preguntaba por mí, y este mismo se desgañitaba gritándome, entonces las armas para la revolución de Colombia se habrían embarcado en tiempo, a mediados de Agosto, y habrían llegado a poder de nuestros hermanos de Santander, a más tardar, dos meses después, cuando esa revolución estallaba. ¡Ah! con cuántos secretos se cobija el destino para tener todavía prestigio ente los hombres, cuando ya no hay nada casual, ¡ningún efecto o resultado que no tenga su hecho determinante!

¡Cuántos no verán en los primeros desastres de Santander una obra de la suerte o los atribuirán la impetuosidad o a la ignorancia de algún jefe, cuando tal vez la causa no era otra que la falta de buenas armas en los primeros combates!



En mi carácter de Agente de la Revolución en Nicaragua, continué en mis gestiones ante el General Zelaya, y habiendo sido nombrado Cónsul de Nicaragua en Londres, desistí de mi viaje, renuncié el cargo por indicaciones del General Siervo Sarmiento, quien estaba en Londres al servicio de la Revolución y quien frecuentemente se comunicaba conmigo, y me dediqué exclusivamente al servicio de mi partido. Serví de intermediario entre los agentes de la Revolución colombiana en Londres y Nueva York, con el Presidente de

Nicaragua y con el mismo Presidente del Ecuador, de quien conseguí que por conducto del General Zelaya depositara fondos en Nueva York destinados a ayudar la causa revolucionaria; pero desgraciadamente, debido a las órdenes confusas que se daban al Ministro Corea en Washington, éste, al menos que yo haya tenido noticia de ello, jamás pudo entregar esos fondos a los agentes de la Revolución, quienes durante meses y meses estuvieron sometidos al suplicio de Tántalo, sabiendo que allí cerca estaba el dinero que se les entregaría de un momento a otro para atender al pago de armamento o la compra de un barco, y nunca se les suministraba.

En relación con esto, paso a reproducir dos cartas del doctor Temístocles Renjifo para mí, una mía para él y el informe que el mismo doctor le rindió a don Foción Soto sobre la manera como desempeñó su misión cerca de mí y en el Cauca.

Renjifo es un caucano de la mayor moderación y cultura, íntegro, enemigo de patrañas y de un valor y una serenidad en el peligro como pocos. La página que le ha dado a la campaña del Istmo es de lo más brillante, porque le prestó ayuda de todo género en el terreno de los servicios civiles y en el del honor, cuando tomó la espada y luchó al lado de los mejores soldados. Los citados documentos son los que siguen.

• • • • •

Guayaquil, febrero 21 de 1900.

Señor doctor Belisario Porras.

Managua.

Muy estimado doctor y amigo:

El 12 salí de Corinto y ayer tuve el placer de llegar a esta ciudad donde, como siempre, estoy a su mandar .

Impaciente, además, por seguir a acabar de cumplir la comisión del doctor Soto, pasé por la pena de no aguardar a usted, pero, francamente, doctor, no son para dar ánimo a nadie las demoras que nuestro asunto ha sufrido y sufrirá en esa nación. Primero, peticiones locas al General Alfaro (pedir el “*Cotopaxi*”); después, cuando ya hay dinero, en lugar de comprar el buque, enviarlo a usted, el alma del asunto, recibir un parque con el cual engañaron a Uribe Uribe, y todo esto a tiempo en que se le busca pleito a los vecinos. Ojalá

BELISARIO PORRAS

esté yo completamente errado, pero creo firmemente que servicios distintos de los que hasta ahora nos ha prestado Nicaragua, no obtendremos de ella. Es nación pobre y cree amenazada su estabilidad si la revolución colombiana fracasa...

De usted muy atento y S. S. y amigo,

T. Renjifo V.

•••••

Managua, marzo 19 de 1900.

Señor doctor Don Temístocles Renjifo.

Guayaquil.

Muy estimado amigo:

Tengo a la vista su apreciable carta del 8 de los corrientes, que recibí ayer, y a ella me refiero con el mayor gusto.

Por ella veo todo el interés que se ha tomado usted para el envío de los \$5.000 a Nueva York, y me he explicado el motivo por el cual no se remitieron a tiempo y el que probablemente existe aún que no se los hayan remitido a Díaz Guerra. Por lo que a usted toca, ha hecho lo que humanamente era de hacerse, pero ¡qué sensible es el retardo! Díaz Guerra me comunica a principios del mes que Sarmiento había llegado, que estaba necesitadísimo de fondos y que pensaba salir el 8... Fue entonces, en vista de que mis gestiones aquí encallaban, cuando me dirigí a Alfaro, seguro de que conseguiría con él siquiera \$5.000. ¡Ha sido ese amigo tan generoso! Sarmiento tuvo que salir para no perder las conexiones de los buques y la combinación de los planes, pero dejando mil y un compromisos y la súplica para mí de que mandara fondos... Alirio ha clamado y todavía resuena por aquí por aquí el eco de sus apelaciones desesperadas. Al día me ponía uno o dos cablegramas, hasta que por último me dice anteayer que Sarmiento le anuncia desde donde se encuentra (una de las Antillas) que está sin recursos y que los pida por mi conducto y se los mande en un giro por cable. No ha vuelto a hablar más, desengañado, seguramente en el colmo de la desesperación. Yo, a mi vez, sabedor o en la idea (porque ya desconfío de mi convicción) de que aquí teníamos \$30.000 que no se habían empleado en la compra de un buque, para lo que fueron enviados, ni en el fletamento de ese buque, ni en

armas, con las que se pudieran reforzar nuestras huestes, yo, a mi vez, en esa idea, digo, hice aquí las gestiones del caso. El resultado de ellas produjo la correspondiente promesa, y un día se me dió la seguridad de que ya se había dado a Corea la orden de entregarle a Díaz Guerra los \$5.000. Había visto la dilación empleada en hacerlo como se me aseguraba, y comprendiendo que pasaban estos amigos algunas dificultades, en lugar de seguir gestionando más aquí, me dirigí a usted, seguro de que aquel gran amigo Alfaro nos socorrería en tiempo y con largueza. Usted comprenderá que mis cablegramas para usted o para cualquiera otra persona y los de usted para mí, todos tienen que ser conocidos aquí, de modo que estos amigos han estado impuestos de las angustias de Díaz Guerra, y, por consiguiente, de las de Sarmiento, de las mías y de lo que usted me ha estado diciendo. ¡Juzgue usted! Yo no los culpo, porque no sé hasta qué grado sea verdad aquello de los \$30.000. ¿Fueron enviados así enteritos y verdaderos? A mí sólo me consta de los \$10.000, porque el General Zelaya me hizo saber que los había puesto a la orden de su Ministro en Washington; pero en cuanto a las £ 4.000, he estado en dudas, porque el doctor Sánchez, aún después de mi regreso de Guatemala, ha venido asegurándome que esas doradas cuatro mil andaban de viaje solamente. Así debe haber sido, pero entonces todo aquello de la compra del buque y más luego del buque fletado, ¿qué fue y por qué fue? Yo me confundo y tengo ya mi corazón encogido de puro desengaño y desesperación y duda... Lo cierto es que Alirio Díaz Guerra me dice en clave especial que tenemos, por medio del cable, que sólo ha recibido \$2.000 de Corea, y sus cartas van viniendo y voy leyendo sus desengaños. Pero no nos desconsolamos, que teniéndolo a usted allá, y contando con la decisión del General Alfaro, mucho podemos hacer. Mande, mande el dinero y cuanto pueda a Díaz Guerra. La revolución está, debe estar en grandísimos apuros. Mande, mande el dinero, buen amigo.

Ya, por lo dicho, no tengo que contestarle el párrafo referente al buque primeramente comprado, y *segundamente* (perdone ese adverbio) fletado. No hay nada, absolutamente nada, y no se le puso a usted el cablegrama con la palabra *aplauzo*, convenida en mi ausencia con el doctor Morales, por dos razones: para que no fuera usted a hacer lo que le dijo al doctor Morales haría, y porque aquí han seguido prometiendo....

Es todo un sistema de aplazamientos: a ilusión muerta, ilusión puesta, y la renovación es completa. Así no deja uno de esperar de confiar. Y mientras tanto usted sugestionado por un cúmulo de errores (perdónemelo), completando la obra con sus cablegramas que leen aquí, en los cuales me dice: ¡¡No vaya a Chiriquí, no se acerque a Panamá, véngase a Manglar!! ¡Bendito sea Dios, y que no confía usted en mi criterio! ¿Cómo vamos a decirle al mundo dónde es que voy? ¿Y si no voy nada, porque nadando no me puedo ir, ni desarmado tampoco?... ¡Oh, paisano, si usted hubiera seguido aquí! Usted que es más joven que yo tendría hondas arrugas, surcos en la frente y en las mejillas y blanca la cabellera. Lo que más me conturba es el inmenso perjuicio que recibe la causa y que recibo yo mismo con esta falta de franqueza. ¡Si usted viera!

Cuando me fui para Guatemala, fue bajo la impresión de que el buque sería comprado, y allá, en la capital de aquel antiguo virreinato, me encontré con una docena de paisanos, cuyas transacciones deshice y cuyos empleos hice renunciar, porque como había que combatir por la causa, preciso era alistarse y venirse a Corinto... ¿Qué ha resuelto? Que se vinieron; y adivine lo demás... Junto con éstos hay otros llamados y no llamados, que han venido de los cuatro puntos cardinales y que necesitan comer, vestir, calzar, fumar, etc. Y va usted a ver —oiga usted— ¡¡no he podido lograr que me suministren aquí \$1.000 para hacer frente a esos pequeños gastos!! Pronto vendrán las maldiciones sobre mí en pos de las cuentas cuyo pago he comenzado a hacer con dinero de mi bolsa ... Allá donde me han estado esperando tantas veces, ya deben calificarme de Tartarín de Tarascón... ¡Bien me lo merezco por creído y fullero! Está bien, les he dicho a estos auxiliares nuestros; no hay pendolada de buque, pues denle a Díaz Guerra ese dinerito, empléelo en armas para Sarmiento —como él me pide— y... ¡nada!, ni los mil que he pedido. He hecho más; le he dicho al Doctor Sánchez: Señor, yo no soy nada, ni nadie; si Uds. lo quieren, yo me aparto de esta jarama; yo me aparto si Uds. no quieren que yo vaya; deseo solamente que se le sirva a tiempo a la causa, y que el liberalismo triunfe al fin. Así, más o menos en el fondo, le he dicho al Doctor Sánchez, y él incide en hacerme mil protestas de cariño. Yo no sé, no me explico bien lo que pasa... ¡Bueno! Me ha de cumplir Ud. su palabra? Vendrá en el *Ricardo Gaitán Obeso* a buscarme para llevarme al Istmo? ¿Pero

me llevará cuando ya otros hayan plantado allí su tienda o vendrá para que vayamos brazo a brazo a disputarle a los godos ese famoso puente por donde lo trasladan todo para el Cauca? Ya vería usted que no tomarían al *Ricardo Gaitán Obeso* por nave pirática como en su último cablegrama me decía usted respecto a mi trasporte, en que me suponía usted ya de viaje para Chiriquí. Usted ve que para el caso de la declaración de buque pirata, lo mismo valdría ir en el *Ricardo Gaitán* que ir en un transportito sin nombre histórico ni reluciente. Pero dejemos esto. Venga a buscarme aquí cuando quiera, pues mi situación es tal que no podré moverme. ¡Si usted supiera! Sí, no se mueva usted de allá por ahora, que usted sí está prestando importantes servicios. Ojalá me hubiera yo ido también y otra cosa habría pasado...

Su atento S. S., y amigo sincero,

Belisario Porras.

• • • • •

Guayaquil, marzo 30 de 1900.

Señor doctor Belisario Porras.

Managua.

Muy estimado doctor y amigo:

No tiene usted idea del trabajo que ha costado recibir la orden de Quito para que entreguen en New York a Alirio Díaz Guerra los 5.000 dollars para Sarmiento; pero la gran dificultad ha estado en conseguir el giro por cable. Dillón se ha comprometido a situar ese dinero en New York, y de ello tendría mucha seguridad cuando me hizo ponerle a usted el cable que debe usted hacer recibido hace dos días. Aquí, como allá, tenemos personalidades que nos hacen la guerra, y son grandes opositores a toda medida tendiente a auxiliarnos. A pesar de todo esto, el General Alfaro no ha economizado dinero ni ahorrado esfuerzo por ayudarnos. Actualmente tenemos ya un vapor pronto para salir para Cabo Manglares, y hábil para enfrentársele a *La Boyacá*. Sal-dremos mañana o pasado a unirnos a Chaux...

Nuestro derrotero será el siguiente: de aquí a Cabo Manglares, allí, si *La Boyacá* nos ataca, aceptarle el combate; y si no, seguir a bloquear a los del Morro, para procurar rendirlos o vencerlos a la fuerza. En Tumaco, ponernos

BELISARIO PORRAS

de acuerdo con Tolosa para ocupar a Buenaventura y seguir en dirección a Cali, después de habernos unido con usted y los que traiga de Centro América. Seremos más de dos mil hombres bien armados y con artillería. Si por cualquiera circunstancia no se puede seguir a Cali, entraremos por el Micay a Popayán.

El hombre que más nos ha ayudado aquí es don José de Lapiere, joven liberal muy influyente. Para lo que usted necesite diríjase a él con confianza, pues es predilecto de Alfaro, de quien ha sido Ministro; el buque, el dinero para Sarmiento y cuanto Chaux ha necesitado, lo hemos conseguido por medio de Lapiere.

Ha disgustado mucho aquí a los que estaban al tanto de lo enviado a Nicaragua por el Gobierno del Ecuador para comprar un buque para la revolución de Colombia, el que éste haya sido fletado y no comprado, como se esperaba...

• • • • •

Después de la cogida de Domínguez —la que nos comunicó el doctor Soto a Managua— nada hemos vuelto a saber de la revolución en Santander. Me llama la atención el que estando, la revolución en enero en Bucaramanga, hubiera en febrero retrocedido a Cúcuta y el que en Pamplona se encuentre Pinzón con fuerzas del Gobierno. Temo que la falta de parque haya obligado al General Vargas Santos a volver a la frontera para procurárselo. En este mes habrá grandes sucesos, pues. Si Sarmiento y nosotros obtenemos éxito, está caído el Gobierno...

Soy su atento S. S. y afectísimo amigo,

T. Renjifo Villamil.

• • • • •

Informe al Doctor Foción Soto

Todavía no he podido explicarme satisfactoriamente la conducta del Gobierno de Nicaragua con el liberalismo colombiano cuando ya éste se lanzó a la guerra. Gozaba en nuestro partido de tantas simpatías el General José Santos

Zelaya, Presidente de aquella República, por la acogida generosa que había dispensado a muchos de nuestro copartidarios proscritos, que si hechos recientes, en algunos de los cuales he intervenido, no hablaran, aun continuáramos los liberales todos ufanándonos de la amistad de ese Magistrado...

El 20 de enero de este año arribé a Corinto, a donde había salido a encontrarme el doctor Belisario Porras, avisado previamente por el doctor Eloy Pareja, desde Puerto Limón, de mi viaje a Nicaragua y de la necesidad de verse conmigo. Allí le transmití las indicaciones que para él me dio usted, referentes a Panamá y el Cauca, las que acogió gustoso, no obstante ir ellas a aplazar los proyectos que abrigaba con relación al primero de esos dos departamentos, del cual podía la revolución sacar muchos recursos y en el que el prestigio del doctor Porras era y es grande. Impúsome de su labor política desde que reemplazó al doctor Modesto Garcés en el cargo de Delegado de nuestro partido en Centro América. Todo cuanto realmente se había obtenido en esas Repúblicas era la aquiescencia del Gobierno de Nicaragua para que, por medio de sus agentes consulares, fueran despachados de Europa y los Estados Unidos armas y otros elementos de guerra para los revolucionarios de Santander y el Magdalena. Después de eso la simpatía, la deferencia, la amistad que por el liberalismo colombiano decían sentir esos gobiernos, a excepción del de Costa Rica, que nunca ha sido partidario nuestro, se reducía a promesas hechas como lo aconseja Maquiavelo, para no cumplirlas en manera alguna.

Interesóse el doctor Porras en que le acompañara a Managua e interpusiera mis esfuerzos como enviado de usted para ver conseguir la entrega de las armas ofrecidas por el General Zelaya y el empleo inmediato de \$10.000 que el General Eloy Alfaro había depositado en el Consulado de Nicaragua, en New York, a la orden del Gobierno nicaragüense, pero con el exclusivo fin de emplearlo en la revolución de Colombia.

El 21 llegaron a Managua, y ese mismo día fui presentado al doctor Fernando Sánchez, Ministro de Relaciones Exteriores, y a la vez Ministro Plenipotenciario del Ecuador. Estuvo elocuente en palabras de fraternidad liberal y abundante en promesas. Refirióme de los diez mil pesos que tenía en New York para ayudarnos; la petición que él había hecho al General Alfaro del crucero “*Cotopaxi*” para llevar en él, al Cauca, la expedición del doctor Porras; lo mucho que el General Zelaya había distinguido a los doctores Robles y

Garcés y a otros colombianos que estaban o habían estado en el país; lo del despacho de las armas a Santander bajo bandera nicaragüense; lo que pensaba hacer con el cable que toca en San Juan del Sur cuando la expedición zarpara de Corinto, y otros propósitos que no eran favorables.

El General Zelaya, a quien visité a los pocos días, fue más preciso que su Ministro. Después de oír atentamente cuanto le expuse sobre la trascendencia de la victoria de Peralonso, sobre la necesidad de aprovechar el pánico y el desconcierto del Gobierno al par que el entusiasmo del liberalismo producidos por aquella batalla memorable, llevando la guerra al Valle del Cauca, para lo cual bastaba conseguir un buque de guerra y rifles e invadir por Buenaventura; sobre las localidades ocupadas por la revolución; sobre la índole y tendencias de los partidos colombianos y la suerte que correrían las ideas liberales en Hispano América si el conservatismo de Colombia alcanzaba la hegemonía en el Continente; después de dejarle comprender que el Gobierno del señor Sanclemente era sabedor del despacho de armas para los revolucionarios por los Cónsules de Nicaragua, y que, por lo mismo, en el camino de auxiliarnos, le era útil detenerse y sí muy conveniente andar ligero, me manifestó que no era reciente su buena voluntad por el liberalismo de mi patria; que al señor Porras le había hecho conocer su resolución de apoyarnos, y que si no había accedido a darle el *Momotombo* era porque Nicaragua no tenía otro buque de guerra en el Pacífico, y eso sería llevar hasta la ostentación imprudente la ayuda de su Gobierno; que al Ecuador había pedido el *Cotopaxi* para trasportar la expedición, y me contó también lo de los \$ 10.000 del General Alfaro, destinados a servirnos. Como le hiciera presente mi temor de que no enviaran el *Cotopaxi* por las mismas razones que él tenía para no dar el *Momotombo*, me aseguró que entonces fletaría un vapor alemán. Terminó diciéndome que él daría algunas armas Remington y cañones cuyo número no me fijaba, como se lo supliqué, hasta no hablar con su Guardaparque General, pero que pronto me haría saber ese dato.

Ni al doctor Porras, ni al doctor Eusebio Morales, su colaborador inteligente en la obra de preparar la expedición, ni a mí nos parecía cuerdo aquello de exigirle al General Alfaro el envío del único guardacostas que posee el Ecuador para empeñarlo en una empresa en que podía ser destruido si por acaso durante ella topaba con *La Boyacá* y no la vencía en la lucha que de

seguro había de trabar. Sabíamos, además, que en el Ecuador los conservadores tienen en la prensa voceros respetables que armarían la de Dios es Cristo cuando supieran que el “*Cotopaxi*” andaba en operaciones revolucionarias contra un gobierno extranjero, y que si por desgracia perecía ese buque, iba hacer ese hecho motivo de justo y popular enojo contra el General Alfaro. Pero el General Zelaya y su Ministro de Relaciones Exteriores no pensaban así, e insistían en pedir el crucero ecuatoriano porque, sin duda, o querían retardar la expedición por faltarles confianza en el triunfo liberal, o creían que en Ecuador, como en Nicaragua, la oposición no resuella y el pueblo no chista ante la voluntad omnímoda del Presidente.

Convencidos también de que no habría expedición posible mientras careciéramos de buque propio, nos dirigimos al doctor Alirio Díaz Guerra, a New York, comisionándolo para que averiguara por cuánto podría conseguirse en San Francisco de California un vapor capaz de enfrentársele a la “*La Bocayá*”; pronto nos avisó que por \$30.000 se compraría uno de magníficas condiciones. Fue entonces cuando yo puse a usted aquel cablegrama pidiéndole \$10.000 para ayudar a la compra de un buque con que capturar *La Boyacá*, lo que hizo que usted creyera que tratábamos, contra sus instrucciones, de expedicionar sobre el Istmo, cuando nuestro propósito no era sino dominar sin contradicción en el mar, suprimiendo la cañonera del Gobierno y así, paralizado este buque en la Costa, invadir por Buenaventura sin temor de enemigo a retaguardia.

Al mismo tiempo que me dirigí a usted, le hicimos saber al General Alfaro la necesidad del buque y la facilidad de conseguirlo en San Francisco si nos facilitaba \$20.000 más.

Todo esto lo hacíamos con anuencia del doctor Sánchez y del General Zelaya, por consiguiente, pues aparte de que obraban de acuerdo, como era natural, diariamente revisa el Presidente de Nicaragua cuantos cablegramas pasan por San Juan del Sur, sean o no procedentes del país, siendo forzoso para los escritos en clave desconocida, revelar su contenido al empleado encargado de ponerles el “Visto Bueno”, sin el cual no son transmitidos.

El General Alfaro contestó al doctor Sánchez para que nos avisara que había ordenado entregar los \$20.000 al Cónsul de Nicaragua en New York.

Contábamos, pues, con qué comprar el buque, y como ya el General Zelaya había dicho al doctor Porras que le daría 1.000 Remigtons dotados y un cañón Krupp, veíamos cercano el día de la partida para Colombia.

Confiábamos tanto en el Gobierno nicaragüense, que creíamos bastaría indicarle al doctor Sánchez encargara al doctor Díaz Guerra la compra del buque en San Francisco de California para que así lo hiciera; pero cuando le hablábamos del asunto nos manifestó que aún no tenía aviso del Cónsul nicaragüense de haber recibido los últimos \$ 20.000; que esperaríamos mientras él averiguaba por ellos a New York.

Pasando los días sin adelantar nada, volvimos donde el señor Ministro Sánchez a urgirle la compra del buque, y de nuevo nos repitió que no tenía noticia sobre la entrega del dinero; díjonos igualmente que lo que habíamos propuesto presentaba el inconveniente de hacer intervenir en el asunto para el despacho del buque al Cónsul de Nicaragua en San Francisco, sujeto que por sus ideas políticas no prestaba confianza. A nuestra vista redactó un largo cablegrama para el General Alfaro, diciéndole que aún no se habían recibido los \$ 20.000 en Nueva York. Después he sabido que esa comunicación, como muchas otras que ponía y nos mostraba para patentizarnos su interés por nuestros asuntos, no fue transmitida, pero sí fue copiada en el libro especial destinado a dejar constancia de los muchos cablegramas que escribía. Mientras tanto, el tiempo transcurría; diariamente veíamos al señor Ministro, pero nada adelantábamos porque rehuía hábilmente toda conversación sobre la compra del buque; ya nos salía con que el General Alfaro no había contestado el cablegrama que en nuestra presencia había redactado, porque anda viajando de Guayaquil a Quito; ya que el Cónsul nicaragüense en New York estaba ausente; ora que él no quería hacer la cosas con precipitación, buena sólo para despertar más sospechas en los muchos espías colombianos que diz que habían en Nicaragua; en fin, tantas y tan fútiles contradictorias excusas, que ya nos fue imposible refrenar la suspicacia que se introducía en nuestros juicios ante la inexplicable resistencia del Presidente Zelaya y su Ministro Sánchez a cumplir la honrosa comisión que, en mala hora para el liberalismo colombiano, les dio el General Alfaro.

Por ganar tiempo y por alejar al doctor Porras, al par que por utilizar sus servicios en Guatemala, le hicieron saber que el Presidente de la República

convenía en darle parte de los rifles que al General Reina Barrios había comprado el General Uribe Uribe, los cuales éste no recibió por haber muerto aquel Magistrado, cuyo sucesor, Estrada Cabrera, se había resistido de la manera más mañosa a entregar, no obstante los valiosísimos servicios que el general Uribe Uribe le prestó. Este artificio, al cual, sin embargo, hubo de someterse nuestro Delgado, acabó de convencernos del juego de que éramos objeto. Resolví, pues, continuar mi viaje, y al efecto, el 12 de febrero me embarqué para Guayaquil, a donde llegué el 20 del mismo.

Por medio de don José de Lapiere, redactor de *El Telégrafo*, hice saber al General Eloy Alfaro el objeto de mi misión al Cauca y el resultado de las gestiones del doctor Porras y mías en Nicaragua para ver de conseguir un buque, sin el cual sería imposible cumplir las instrucciones de que era portador. Por el señor Lapiere supe que no eran \$ 30.000 sino \$ 40.000 los depositados en el Consulado de Nicaragua en Nueva York para ayudar a los revolucionarios de Colombia, y que al Gobierno de Nicaragua avisaba que ya había, despachado para Santander unos cuantos miles de armas compradas con parte de esos fondos.

Como mi sola presencia en Guayaquil, a donde no habría tenido necesidad de ir si en Nicaragua hubieran facilitado el tan deseado transporte, le estaba indicando al General Alfaro que era verdad cuanto yo informaba sobre la conducta del General Zelaya y de su Ministro Sánchez, preguntó a éste qué había de buque para el Pacífico, y con la mayor frescura le contestó: “Buque llegará pronto a Corinto”, pero como yo dudara, pregunté a mi vez al doctor Porras si el buque de que hablaba Sánchez era comprado o fletado, y me respondió así: “Se nos dice que buque ha sido fletado”. Toda esto ocurría por allá el 23 ó 24 de febrero.

Basado en la respuesta que me dio el doctor Porras, le manifesté al General Alfaro la inconveniencia de embarcar la expedición de Centro América en vehículo fletado, inerte contra los seguros ataques de *La Boyacá*, en un viaje de cinco días por lo menos de Corinto a Cabo Manglares, a donde debía de venir a reunirse con el ejército de Simón Chaux, para luego obrar juntos sobre Buenaventura, conforme a las instrucciones de que era yo portador. Por otra parte, dado que se encontrara capitán de buque, de los que navegan por los mares centroamericanos, que se comprometiera a transportar la expedición a Colombia, había forzosamente que asegurarle el riesgo de su nave contra cual-

quier ataque o reclamo del Gobierno colombiano, aseguro que sería en varios tantos mayor que la suma que costaba el buque que podía comprarse en San Francisco de California, porque las Compañías de navegación en el Pacífico no emplean en Centro América un solo transporte estimable en menos de \$100.000, si como era racional suponer la nave se fletaba por un tiempo no menor de seis meses para que pudiera prestar servicio de verdadera utilidad. También le hice presente al General Alfaro—todo por intermediario del señor Lapiere— que ya lo conveniente sería comprar allí mismo en Guayaquil un vapor pequeño, armado en guerra y enviárselo a Chaux para que pudiera moverse, pues urgía activar el curso de la revolución en el Cauca.

La llegada a Guayaquil del Teniente Coronel Temístocles Díaz, con pliegos de Chaux en que manifestaba que le era indispensable el transporte para ver de conseguir el cual enviaba a su Secretario General, Comandante Díaz, vino a darles más impulso a mis gestiones sobre el asunto.

Por informes del Capitán de navío, don Enrique Estevens, sabíamos que único vapor de los de Guayaquil que podía servirnos era el “Ecuador”, propiedad de los señores Seminario Hermanos, quienes prometieron al señor Lapiere vendérselo por 25.000 sucres.

Cuando ocurría esto, me llegó un cablegrama del doctor Porras en que me avisaba que el General Sarmiento estaba detenido en New York porque le faltaban \$5.000 para completar el equipo de sus buques y que tratara de conseguirlos del General Alfaro, quien dispuso, tan pronto como le transmití el cablegrama aludido, la compra de letras para atender al General Sarmiento. Este incidente que vino a poner de manifiesto una vez más la generosidad del General Alfaro, le reveló mejor que nada la conducta del Gobierno de Nicaragua. Ya no podía dudar de mis informes. Si Zelaya y Sánchez no habían sido capaces de ordenar la entrega de \$ 5.000 cuando tenía \$ 40.000 ajenos, destinados a auxiliar la revolución, cuyo triunfo en el Atlántico dependía precisamente de ese auxilio que Sarmiento necesitaba, menos comprarían, ni siquiera fletarían un vapor para los revolucionarios del Pacífico. Ellos, Zelaya y Sánchez, dando tiempo con su morosidad a que el Gobierno de Sanclemente se repusiera del pánico que le causó Peralonso y levantara ese formidable ejército que arrojó en Palonegro sobre las huestes liberales, ellos dieron lugar a que el Gobernador de Panamá recibiera refuerzos de

Barranquilla o del Cauca; ellos permitieron la introducción a este Departamento de cuantiosos elementos de guerra de que carecía el Gobierno; ellos, en fin, son los responsables de la prolongación de la lucha y si ésta acaba en desastre completo, de la pérdida de la guerra. Todo porque no tuvieron la virtud suficiente de tener fe y aceptar la responsabilidad a que estaban ya comprometidos.

Conducta semejante es increíble... Ni la honradez ni la lealtad podrán explicarla.

Temístocles Renjifo V.

• • • • •

Los que lean los documentos que preceden, pueden ver surgir de las sombras figuras y cuadros desconocidos antes, muchos en la claridad, confusos todavía otros, en un claro oscuro, o borrajeados apenas. Cerrando los ojos, recogiendo, concentrándose en sí mismo, después de esta lectura, cualquiera oiría distintamente el reclamo de Sarmiento.

Al principio, en los primeros días de febrero, una súplica que se tornó en agudo grito al comenzar el mes de marzo; tornóse luego en clamor a medida que avanzó el tiempo y apuraron los acontecimientos, y fue angustia y desesperación más tarde, y, por último, la más cruel decepción y la más honda protesta... ¿Qué habría sido de la revolución si en los momentos en que el General Zelaya renunciaba indudablemente a la compra del buque para auxiliarla, momentos que eran precisamente los en que él adquiriría en los Estados Unidos armas para enfrentarse a El Salvador, destina diez de los cuarenta mil pesos mencionados a favor de nuestro General Siervo Sarmiento, que tanto los necesitaba? ¿No habrían sido más oportunas, activas y eficaces las operaciones de la flotilla en las costas del Magdalena y Bolívar?... La falta de recursos ¿no fue lo que retardó primero el envío de indispensables elementos de guerra al Magdalena y Maracaibo y lo que acortó los pasos del General Siervo Sarmiento? Todo eso es claro, me parece; la respuesta es perentoria y abrumadora, pero no debo darla yo: los que lean estas páginas contestarán si es lógica, si ella es conforme con la verdad de los hechos. Yo mismo, que me he visto en el seno de estas cosas, no me doy buena cuenta de lo que ha pasado.

Asómbrome del alcance que han tenido, y no queriendo ir tan lejos, vuelvo en mí, me recojo en mi pensamiento, apelo a mi memoria y recomienzo el relato.

El General Zelaya simpatizaba indudablemente con nuestro movimiento revolucionario, y la más insignificante buena nueva que transmitía el cable o las cartas que yo recibía y le enseñaba, le hacían olvidar las contrariedades del Gobierno; y el mal humor producido por algún incidente desagradable se le tornaba placidez y alegría; pero de meras simpatías no pasaba. Cuando yo le hacía ver la necesidad de ayudar de parte nuestra, como seguramente lo hacían en el Ecuador y Venezuela, me contestaba con las siguientes frases:

—Pero bien, supóngase ya con las armas que pueda yo darle, ¿qué hará con ellas? ¿Cómo las lleva a Colombia?...

—Vea—agregaba—, Colombia es grande y aguerrida; nosotros somos muy pobres y chiquitos; no podemos meternos en esa guerra.

Sin embargo, esa respuesta no me desanimaba y con alguna otra nueva buena volvía a la carga.

Le recordaba que él había sido siempre nuestro amigo; que les había hecho ofrecimientos a Garcés y a Uribe, y que el momento era llegado de que los cumpliera.

Para lanzarle por el plano inclinado del compromiso, ideé un plan en noviembre de 1899, cuando todavía Fernando Sánchez no hacía parte del Ministerio y estaba a la sazón de Ministro en Honduras; me valí del Ministro de Fomento, doctor Leopoldo Ramírez Mairena, para conseguir que el General Zelaya enviara un cablegrama a Alfaro preguntándole si él conocía a fondo el curso de la revolución y cuál era su actitud en la contienda. Al principio el General Zelaya se resistió a poner el cablegrama, según me dijo Ramírez, pero al fin lo puso, obteniendo de Alfaro espléndida y comprometedora respuesta. El mismo Ramírez me la hizo conocer. Decía, sobre poco más o menos, esto: “La revolución está de triunfo en el Sur del Cauca, por donde me amenazan a mí mismo los conservadores. Mi actitud es la de apoyar al liberalismo colombiano, y creo que ésa debe ser la de usted, como obra de defensa propia. Si no lo hacemos y la revolución sucumbe, indudablemente tratarán de derribarnos al uno en pos del otro”.

Como se ve, el primer paso estaba dado, y por la inteligente insinuación del General Alfaro, tenían que brotar, si ponía esmero en hacerlo, los prime-

ros impulsos de parte del General Zelaya. Mucho antes, en mis escritos y discursos, cuando se me presentaba la ocasión de publicar algunas noticias de la guerra, o en algún banquete cuando había que hablar del liberalismo y brindar en honor del General Zelaya, siempre traté de sembrar en todos los espíritus, particularmente en el de éste, la semilla revolucionaria, haciendo ver que el liberalismo es solidario en el mundo y para él, como para las ideas y para el progreso, no hay mojones ni fronteras. La humanidad le pertenece y también es suyo el porvenir de las naciones. ¡Con cuánto regocijo veía la corriente de ideas semejantes que llegaba del Ecuador y por cuyo medio realizaba el pensamiento de comprometer y aliar a los dos Gobernantes liberales, ambos nuestros mejores amigos! La ola había avanzado, llegado, y la teníamos de regreso. Era una comunión salvadora y no había que trabajar sino en hacerla más íntima. Con ese fin me dirigí a un grande amigo de Alfaro, residente en Guayaquil, para que hiciera saber a éste que en Centro América había numerosa colonia liberal colombiana, deseosa de tomar las armas, pero sin recursos para moverse; que esa colonia contaba con algunas armas que le ofrecía el General Zelaya y le faltaba sólo vehículo de transporte para llevar su concurso donde fuera necesario. El efecto de esta carta fue como la había sospechado. Alfaro envió \$ 10.000 al General Zelaya, y éste me hizo llamar y me dijo estas palabras: “ He recibido del General Alfaro, por cable, \$ 10.000 para el servicio de la revolución y los he depositado en poder del señor Luis Felipe Corea, Ministro de Nicaragua en Washington; ¿le parece a usted bien?” Me pareció magnífico, y desde entonces no dudé un momento de que podría realizar mi expedición.

La entrada de Fernando Sánchez al Ministerio con las carteras de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública, vino a dar a mis esfuerzos nuevo impulso. El doctor don Joaquín Sansón, su inmediato antecesor, había sido enemigo de toda intromisión en la contienda colombiana. Inteligente y simpático, combatía como hombre honrado, con franqueza, a pesar de ser mi amigo, mis sugerencias y planes. Sánchez podía pensar de modo diferente. Generalmente el sustituto trata de contrariar y deshacer lo hecho por el sustituido. Además, era el nuevo Ministro conocido rival de Gámez, otro de los que se oponían tenazmente, por causas diversas, a la violación de la neutralidad de Nicaragua. Ahora bien: ¿no proceden los hombres frecuentemente por espíritu de pugna?

¿No basta que un rival crea que una cosa es blanca, para que el contrincante crea que es negra?

¿No me decían a mí que por lo mismo que Gámez no había sido amigo de Robles, de Garcés, ni de Uribe, Sánchez lo era de los dos primeros por lo menos? La razón principal, sin embargo, para tener en Sánchez apoyo decidido, consistía en que al propio tiempo que Ministro de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública de Nicaragua, era Ministro residente del Ecuador, en el país mismo y si representaba al Gobierno del General Alfaro, en cierto modo era el órgano del General Zelaya, y acumulando en sus manos los dos cargos, en él se refundían las aspiraciones de los dos gobernantes.

Imposible me sería pintar como deseara, a este hombre extraordinario, porque mi paleta carece de los colores con los cuales podría darle todos los retoques y matices que merece. Mucho he oído hablar en su contra y con mucha pasión; nunca en su favor; pero lo que sí es cierto es que sin ser hombre muy ilustrado, sí lo es e inteligente, además, como los requería la diplomacia poco antes de Tayllerand. Para atestiguarlo, puedo reducirme a contar con ingenuidad algunos de los rasgos salientes de sus relaciones conmigo; solamente los más notables, porque si entrara en detalles sería cosa de no acabar, e incurriría en la repetición de ciertas composiciones de lugar, comunes en otros personajes. Por ejemplo: ¿cómo llevar la cuenta de las veces que Sánchez me aseguró que teníamos buque comprado; que lo teníamos fletado solamente; que había enviado cablegramas al Ministro a Washington, ordenándole de modo perentorio que lo comprara; que había recibido respuesta que le anunciaba la salida de ese buque; que estaba tomando carbón o que ya estaba llegando? ¿Cómo, si esa cuenta la perdí yo y la perdieron mis amigos copartidarios que me rodeaban en Managua y leían diariamente en mis ojos y esperaban de un momento a otro el anuncio de lo esperado? No, eso no; eso es excusable y tal vez obedecía al plan humanitario de poner a prueba mi paciencia y todo mi carácter.

Además qué de salientes tienen esos rasgos cuando el mismo amigo y hermano Leopoldo Ramírez Mairena se venía del brazo con Clodomiro de la Rocha, Secretario privado del Presidente, y no hallándome en casa me dejaba en el escritorio, escritas en presencia de Asunción Cajar, de Pedro Maitín y de Juan A. Mendoza, comunicaciones como ésta:

“¡Viva Colombia! ¡Eureka! ¡El asunto aquel pronto en el puerto que usted conoce.

Rocha.— Ramírez.”

Lo saliente y típico es el modo como el doctor Sánchez me inducía a creer que todo eso era verdad; que le dirigía, por ejemplo, en puro español, ciertos cablegramas al Ministro en Washington, porque no tenía acordada ninguna clave con él, y me los mostraba ya copiados en su histórico *remember*: “Cómprase a la mayor brevedad un buque capaz de ser armado en guerra, de \$30.000 de precio a lo más”; y cuando no era cuestión de comprarlo, otro por este estilo: “Flétese hasta por tres meses un regular transporte y mándelo a Corinto sin dilación”. Y después de esto se quedaba fresco, sonreído, con una sonrisita picarona que le es peculiar.

Lo saliente es que le hacía creer lo mismo al General Alfaro. Primeramente se ocupaba en fletar un vapor; en seguida no había buque que se prestara por ningún dinero de la tierra a transportar armas, pertrechos y hombres; y luego, en fin, surgía naturalmente la necesidad de comprarlo.

• • • • •

Tengo en mi poder cablegramas en extremo expresivos, del doctor Sánchez para Alfaro, en que, a vuelta de frases que le dan la esperanza de conseguir el buque, terminan de este modo: “Espera seguro Dillón”.

¡Era el de las cuatro mil libras!

Pero sea como sea, ingenuo o no, engañado o a sabiendas de la verdad, yo comprendía que mis auxiliares estaban cada vez más comprometidos y que no podían dejar de favorecerme en la expedición que proyectaba.

La situación, en efecto, se hizo insostenible, cuando ya no fui yo solo en el escenario, sino que tuve testigo respetables que lo vieran todo, y éstos fueron primeramente el doctor Temístocles Renjifo y el doctor Eusebio A. Morales, y más tarde Juan Antonio Mendoza, Asunción Cajar, Pedro Maitín y muchos más. Todavía recuerdo con endiablado regocijo la tortura en que puse al doctor Sánchez cuando le presenté a los últimos, en pleno Ministerio, y les

dije en su presencia que iba a oír de la propia boca del doctor Sánchez todas las cosas se nos habían ofrecido y con que contábamos.

“Estos señores, le agregué al doctor Sánchez, representan dos o tres Clubs de Panamá y pertenecen al gremio de artesanos y de la juventud liberal de aquel belicoso y entusiasta pueblo. Quiero tener la satisfacción de que usted les cuente que estamos próximos a dar el golpe más decisivo a la Regeneración con el desembarque en el Istmo”.

Era de ver después de estas palabras a aquel hombre, avezado a la diplomacia de la Edad Media, con los ojos que ponía, las inflexiones que daba a la voz, el modo como alargaba los labios y las trazas que se daba para que algún visitante o algún empleado no se retirara del recinto en que estábamos y hallar así la coyuntura de decir mucho sin decir nada, como era su costumbre.

Un día Renjifo, Morales y yo, arriesgamos dirigirnos a Alfaro, por medio de la clave de Sánchez que conocíamos, pidiéndole pusiera los fondos de que aquí se ha hablado a nuestra disposición para proceder por nuestra cuenta, y Alfaro contestó en la misma clave a Sánchez así:

“Recibí cable Porras, Morales, Renjifo. Diga deben hablar Presidente, pues lo que haga Zelaya tendrá mi aprobación”.

Tan insostenible llegó a ser aquella situación, que optaron entonces por el medio de alejarme de Managua. Estaba comprendiendo que ya era un personaje pesado para los que antes eran mis amigos; a veces me calificaban de exigente y no era tan escaso para no advertir el tedio que yo les causaba. Cuando así lo ví, me esmeré en ser intachable y más culto y decente y en hacer pública y privada ostentación y adhesión ilimitada por ellos. Pero no había remedio, íbamos por un plano inclinado, y por cada nuevo empeño de mis amigos de Panamá, la tuerca giraba y daba una vuelta más...

Fue entonces cuando me enviaron a Guatemala y cuando tuve ocasión de conocer a fondo a don Manuel Estrada Cabrera, y de juzgar en toda su intensidad lo que es el *terror blanco*.

•••••

Me mandaban con el fin aparente de recabar, del mandatario de Guatemala, las armas que el General Uribe Uribe le había comprado a Reina Barrios y

cuya entrega reclamó ese amigo en vano y solicité yo en su nombre con el mayor empeño. Para determinarme a hacer el viaje, me manifestaron que el General Alfaro lo había así indicado y se había entendido a su vez con Estrada Cabrera. ¿Por qué, si se trataba de la entrega de unas armas contratadas ya, Estrada Cabrera no las entregaba al doctor José Pérez, agente confidencial de Nicaragua en Guatemala, y a la sazón en ésta?

Interesaba que fuera yo, me decían. Pero Estrada Cabrera no es mi amigo, le replicaba a Sánchez; Estrada Cabrera es un hombre incomprensible, con quien no me podré entender jamás. Manden a otro: aquí está mi amigo el doctor Morales, o bien el doctor Renjifo; magníficos serían para esa comisión. Pero Sánchez respondía a todo esto: “Le hemos preguntado a Estrada Cabrera si sería usted persona grata allá y ha contestado afirmativamente”. No me pude resistir por más tiempo, y el 7 de febrero de 1900 llegaba al Puerto de San José y le enviaba desde allí por telégrafo al Presidente mi más cordial saludo.

Superfluo es agregar que no recibí la menor contestación, ni allí en ese puerto, ni en el camino, ni en la hermosa capital. Empero, no me sorprendía no recibirla; había conocido esos cariños y atenciones, y como no me desconcertaba, en la mañana siguiente le envié otro saludo, asegurándole que mi mayor anhelo era merecer el honor de una audiencia de él, para el desempeño de la misión que había llevado. Por toda respuesta obtuve el silencio. El 9 le dirigí la siguiente carta:

“Excelentísimo señor:

Ayer tuve el honor de dirigirme a usted por medio de una carta verbal, suplicándole me acordara día y hora para verlo, y temo que mi carta no haya llegado a sus manos a un. Mi visita, como usted mismo sabe, no tiene absolutamente nada personal respecto de mí; represento a dos gobernantes que le han hecho saber mi venida, aún partido que lucha hoy por la reivindicación de sus derechos. He venido a consecuencia de las gestiones del doctor José Pérez S., cerca de usted, después que usted le hizo saber, y éste lo anunció a Managua, que podía venir. A parte de que deseo poner en sus manos la correspondencia que traigo y que puede ser interesante, mis diligencias cerca de usted tienen el carácter de urgentes.

Soy de usted atento S. S.,

BELISARIO PORRAS”.

Fue entonces, seguramente por aquello de la interesante correspondencia que quería poner en sus manos, cuando me invitó, por medio de una tarjeta, a ir a verlo a las nueve de la noche a su casa particular. Fui a la hora indicada tal vez 4 o 5 minutos antes; mas ya había instruido a sus edecanes para que no me introdujeran a su habitación, pues uno de ellos me condujo al Palacio del Ejecutivo que se halla en frente de la indicada casa particular, con muchos aparatos de bayonetas y de espadas en la puerta de ese Palacio, y me hicieron pasar a un cuarto bajo, medianamente alumbrado, en donde me hizo esperar media hora aproximadamente. Durante ese tiempo, al golpe de las nueve, oí tocar las cornetas, formar la guardia y cerrar con grande estrépito la puerta... A las nueve y media, otro oficial vino a sacarme, anunciándome que el señor Presidente me invitaba a venir a la misma hora del día siguiente... Moderándome cuanto pude, le escribí al día siguiente de nuevo, al Excelentísimo señor, quejándome de lo ocurrido y manifestándole que, si no me recibía en esa vez, regresaría a Nicaragua con los pliegos que había llevado; y ya no me mandó tarjeta si no a un edecán que me dio las seguridades de que sería recibido. Fui en la noche y la entrada estuvo franca. Me hice anunciar y avancé a la sala. El Licenciado se hallaba en el centro de ella en actitud de espera, de levita abotonada, con una mano dentro de ella en el pecho y la otra atrás. El recibimiento fue cordial... Éramos viejos conocidos (de lo que está impuesto el lector sobradamente). Le entregué los pliegos que llevaba; hablamos de cuanto se nos ocurrió: de Centro América, del General Sierra, de quien no parecía gustar; del General Zelaya, con quien parecía estar jugando; de lo arduo del Gobierno en el país, y, por último, de la revolución de Colombia y de lo que para ella nos tenía ofrecido.

—Vea— me dijo con la mayor naturalidad—, lo que son mil rifles no puedo de manera alguna darles, pero sí les entregaré quinientos y el resto en dinero, del que estarán necesitados. Voy a darles \$30.000, ya veremos dónde se los deposito, que en cuanto a los rifles, difícilillo será enviarlos por el Pacífico. Se los mandaré a Puerto Barrios para que allí los tome usted....

—Acepto de buena voluntad y con agradecimiento —le dije— lo que Su Excelencia quiera dar. Está muy bien lo del depósito de dinero; en Managua tenemos “London Bank” y puede enviar allí los \$30.000 que Su Excelencia

nos promete; pero en cuanto a los rifles en Puerto Barrios, yo no hago nada allí con ellos, ni me arriesgaría a emprender por tierra tan penosísimo viaje...

—Bueno—agregó—, estudiaremos bien ese punto para hacerlo mejor. Es preciso andar con cautela. Usted no ignora que aquí está el Ministro Marroquín, quien puede llegar a saber, aunque su constante preocupación está lejos del campo de la diplomacia, que yo ando en tratos con usted, a quien ya señalan como revolucionario colombiano.

—Está muy bien— le dije candorosamente—; Su Excelencia me dirá cuándo puedo volver para conocer lo que ha resuelto.

—Venga cuando guste, diariamente, en la noche a la misma hora que ésta. Ya verá lo contento que va a quedar usted.

¡Tan sencillo y accesible Su Excelencia! ¡Venga cuando guste! Como si fuera fácil verlo, encerrado como vive, haciéndose conducir todavía con guardias, en un balde cerrado con doble cerradura, la comida, y poniendo las mayores precauciones para recibir a alguno, sólo después que lo ha hecho espiar y examinar hasta lo recóndito del alma.

Efectivamente, para volverlo a ver, zapatos de hierro había que romper. Era el encantado, y para entrar al Palacio preciso se hace tener que matar al gigante del Terror y la serpiente de siete cabezas de la suspicacia. Dos días, cuatro días, seis días, ocho días estuve yendo a verlo, sin ningún resultado. Seguramente mi misión estaba concluida.

De Nicaragua me habían alejado; ¡y en Guatemala había entregado unos pliegos importantes!

Desesperado le envié con Alejandro Ardila una carta de queja, en la que le decía que yo no había ido a Guatemala sino llamado por él, y no lo había hecho para que me engañara y tratara de humillarme, sino para obtener las armas que el General Alfaro le había comprado a Reina Barrios por medio del General Uribe Uribe.

Había llegado al colmo de la contrariedad, y mi sobresalto era tan hondo que por momentos me creía juguete de una ilusión o presa de horrible pesadilla. ¿Qué habían querido hacer conmigo?, me repetía a cada instante.

¡Guatemala, oh, dulce Guatemala, con todo y tus bellezas, por tus gobiernos tiránicos uno desea huir de tus brazos, alejarse de ti cuanto pueda!

Comenzaba a sentir algo extraño que no había experimentado nunca en mí; sabía que me tenían vigilado, y recordaba con tristeza la expulsión hacía más de un año de Rafael Vargas Albis. Además, desde mi llegada había oído referir en voz baja, eso sí, en el puerto, en los carros del ferrocarril y en la misma capital, leyendas horripilantes del régimen imperante. Era la historia del triste fin de Adolfo Argueta, matado a palos en la Penitenciaría, y me parecía oír sus ayes y súplicas de dolor; era la de Mariano Cruz (alias Claraboya), pobre hambriento, victimado, decían, en el Castillo de San José, porque le había dicho al Presidente que había mucha miseria y que se estaba muriendo de hambre; y era en fin, el relato de la muerte del nombrado Benjamín Solís de Ipala, a quien primero se le obligó a abrir su fosa ... La cuenta que hacían las gentes de los fusilados era enorme: trece en Ocos; dos en Esquipulas; veintiocho en Zacapa; treinta en Santa Rosa; treinta y dos en Malacatán...

Aunque en esas historias debía haber exageración sin duda alguna, podía ser sólo en el número de las víctimas, pero no en el hecho ni en la verdad del régimen sombrío que comparaban con el de Roma en tiempo de Sila, o bajo el Gobierno del Terror, en Francia, o en Turquía, cuando la persecución de los Armenios.

¿No era ostensible que a Plutarco Bowen lo habían plagiado de la ciudad de Tapachula, martirizándolo para llevarlo a San Marcos, en donde lo habían fusilado? ¿No era notorio el asesinato del apreciado e inteligente Rosendo Santa Cruz? ¿A Urbizo, el talentoso joven liberal, no lo fusilaron en el Chato los mismos que lo conducían a Chiquimula a pie y descalzo, y pinchándolo con las bayonetas?

¡Qué horror me causaba todo eso! Y pensar que el hombre sobre quien pesaba, ponderosa, la responsabilidad de tales crímenes y de muchos más, era a quien venía a hacer el reclamo de unas armas para la revolución de Colombia; el que había hecho dormir a los esposos Vergara en una pocilga de criminales; el que me proponía con el aire más risueño del mundo que fuera a Puerto Barrios a recibir dichas armas; el que me hacía vigilar, y, diariamente, cuando iba a verlo a su llamada, me hacía decir en la puerta de su casa: “¡Vuelva!”.

La sensación que yo experimentaba era de lo más extraña; vivía encerrado en el cuarto, en el mismo cuarto del Hotel España que había ocupado año y medio antes cuando Uribe Uribe estaba allí igualmente. Me parecía oír a este

amigo en el cuarto vecino: y ¡cuán lejos se hallaba! El cuarto, me habían dicho, estaba desocupado y para que no hubiera ni señal de puerta de separación, habían tendido y, clavado sobre ella un género de color y florones, muy usado para cortinas. El ruido que oía en él no podía ser sino ilusión; porque no habitaba nadie allí, según me habían asegurado. Indudablemente yo estaba nervioso; sí, muy nervioso...

Por la tarde subió de pronto mi inquietud cuando alcancé a ver en el propio Hotel a un individuo que encontré en casa de Su Excelencia, en conversación misteriosa con un extraño; y llegó al colmo cuando en la noche, al acostarme, sentado ya en el lecho, y frente a la puerta de separación de que he hablado, noté, al extinguir el foco eléctrico, que había un agujero en ella, por donde se veía que el cuarto vecino se hallaba iluminado, el cual agujero parecía como el ojo de un cíclope, y era por donde, seguramente, veían durante el día y oían en la noche.

¡Qué horror! Entonces conocía en toda su intensidad lo que era el terror blanco, mucho peor que todo otro terror, porque era un miedo a todo: a las paredes oidoras; a que los árboles que asoman por encima de los tejados acechen; a que al salir del cuarto alguien con llave falsa se introduzca en él y registre nuestro equipo; miedo al que pasa y nos mira sorprendido porque no nos había visto antes; miedo al que nos sigue, porque va por el mismo camino, en calle poco frecuentada; miedo al sueño, porque durante él os pueden sorprender el modo como respiráis, y con todo esto os creéis vendidos, denunciados, arrebatados a una bartolina en donde os tendrán a pan y agua, en la que no se escuchará ni el eco de vuestras pisadas y de donde no saldrá vuestra voz por triste que sea o por estentórea que la deis...

Al día siguiente salí para Nicaragua, huido, escapado; y sólo cuando a bordo del vapor "Chile" éste izó el ancla, me consideré tranquilo. ¡Oh, Guatemala, dulce Guatemala, por tus gobiernos tiránicos uno desea desprenderse de tus brazos y alejarse de ti cuanto pueda!...

La farsa la llevó don Manuel Estrada Cabrera hasta Nicaragua. En efecto, a Sánchez le escribió que accedía a dar lo que se le había pedido, y a Ramírez Mairena, al contrario, deplorando no poder cooperar a los propósitos indicados. De esta última carta saqué copia, que autentificaron varios de mis amigos, y es la que reproduzco en seguida.

BELISARIO PORRAS

Hay un sello que dice: El Presidente de la República de Guatemala —
América Central.

Guatemala, 12 de febrero de 1900.

Señor doctor don L. Ramírez M.

Managua.

Estimado señor y amigo:

El señor doctor don Belisario Porras, que personalmente me entregó su apreciable del 3 del corriente, cumpliendo con la recomendación suya, me hizo una visita a nombre de usted, atención que estimo sobremanera. Con ese caballero hablamos muy detenidamente acerca del asunto que lo trajo a Guatemala, y aunque en realidad yo abundo en los mejores deseos para cooperar, siquiera fuese en algo, a sus propósitos, la imposibilidad es tal que no podré ayudar a mis buenos amigos, al menos por ahora en que la situación económica y financiera del país es tirante; siento esto tanto más, cuanto que había querido atender las indicaciones de usted a este respecto, pero no faltará ocasión en que pueda demostrarle mi buena voluntad. Deseando a usted la mejor salud, me es grato suscribirme con todo aprecio y especial consideración, afectísimo servidor y amigo,

M. Estrada C.

La carta aparece puesta en el correo de Guatemala el 21 de febrero, marcada de oficio y recomendada bajo el número 2.576 el día citado.

Aparece recibida en Corinto el 27 de febrero.

B. Porras.—José A. Cajar.—Pedro Antonio Maitín.—Eusebio A. Morales.—Juan A. Mendoza.”

Capítulo III

El Istmo y su situación antes de la invasión a Chiriquí

Todos saben que el Istmo de Panamá es una garganta de tierra, extremo occidental de la República de Colombia, que une la América del Sur a la del Norte. Está estrechada por el Mar de la Antillas y por el Océano Pacífico, y en toda su longitud no tiene más de un grado geográfico de ancho, excepto en su parte central, en la que se dilata al Sur un grado más, formando la Península de Azuero.

No tiene sino dos límites terrestres: con el Departamento del Cauca, al Oriente, y con la República de Costa Rica, al Oeste. La punta de Mono y el río Golfito marcan la línea de separación con la última, por el lado del Mar de las Antillas y por el del Pacífico, respectivamente.

Del Cauca le entra el ramal occidental de la Cordillera de los Andes, llamada también, en esa sección de la República, Cordillera de Baudó. Recorre toda su longitud de Este a Oeste hasta encontrar a Costa Rica por la Serranía de Cruces, y forma el dorso principal del Istmo. Un desprendimiento de ella, al Sur, penetra en la Península de Azuero y va a morir en sus costas meridionales, bifurcada, y cercando o formándole valla al Norte, Este y Oeste al famoso Valle de Tonosí.

Pocas alturas sobresalen en esa Cordillera. En el lomo principal, El Pichacho, La Horqueta, el Volcán de Chiriquí, el Tuto y el Cerro Negro; en el ramal de la península de Azuero, el Canajagua, el Tebujo, la Lima Larga y la Montaña del Loro. El Pichacho sólo alcanza a tener 2.150 metros de altura; el Volcán de Chiriquí, algo más de 3.500.

Por lo dicho, puede ya juzgarse lo que serán las vertientes a uno y otro mar, en una garganta tan estrecha, por cuyo centro se alza la muralla de cerros y lomas de que se ha hablado. A uno y otro lado de esa muralla se derraman las aguas recorriendo generalmente poco trecho, por lo que forman ríos de corto curso, torrentosos, que se secan en verano, que crecen a menudo y repentinamente en la estación de lluvias.

La vida está concentrada al Sur, en la vertiente meridional; más claro, casi todas las poblaciones del Istmo se levantan en las vertientes del Pacífico. Los españoles, temerosos de los bucaneros que infestaban el Mar Caribe, fundaron en el Istmo ciudades y establecimientos coloniales donde no pudieran ser inquietados, y les opusieron a sus incursiones las murallas de los Andes que los separaban de aquel mar y las vastas soledades de la costa septentrional. La traslación de Panamá o sea de Nuestra Señora la Antigua del Darién, como se llamaba, de esta última costa, en donde estaba, al lugar que hoy ocupan en el Pacífico las ruinas de Panamá La Vieja, fue el primer paso en la adopción de esa medida, y nunca más desde entonces volvieron a levantar otras en tales costas, dejando a Chagres y a Portobelo en ellas, más bien como fortalezas o como lugares de tránsito o de escala en viaje para el Sur. La famosa región del Atrato, que codiciaban los ingleses, la costa de San Blas y la sin rival de Bocas del Toro y Bahía del Almirante, siguieron desiertas o habitadas sólo por indígenas, y aunque la vida se desarrollaba al Sur mientras tanto, no era vida conquistadora, expansionista, de sojuzgamiento de la naturaleza, sino parásita, gracias a las riquezas del Perú, a las que daba paso el camino de Chagres, del mismo modo que el enjambre de aventureros que las codiciaban. De suerte que cuando estas fabulosas riquezas se acabaron o fue más difícil su extracción del suelo y vino la emancipación de Hispanoamérica, las poblaciones del Istmo fundadas en las vertientes del Sur se vieron no ya tan sólo separadas de los bucaneros, de que habían quedado limpios los mares, sino del antiguo mundo que les había dado su sangre porque les había dado su población, su idioma, su religión y sus artes; y en poco contacto con la civilización que en ese viejo mundo tiene asiento, permanecieron, además, sumidas en la ignorancia y la miseria.

A mediados del pasado siglo se fundó a Colón, sin embargo, en la citada costa desierta, allí donde concluía el ferrocarril. Por su medio, Panamá sintió

las vibraciones del progreso, pero sólo sus vibraciones, porque el ferrocarril ha sido una arteria abierta para alimentar todo el litoral del Pacífico, menos al Istmo, y por esa arteria se ha escurrido la vida fecundante que le ha llegado por Colón, nueva y pura.

Algo más de medio siglo ha, se descubrieron unos establecimientos en la Isla de Bocas del Toro, fundados para la explotación del banano. Habían venido allí antillanos de la religión morava; y a la manera como lo han hecho en toda la Costa de Mosquitos, colonizaron la comarca por cuenta propia y tan sólo para especulaciones mercantiles. El descubrimiento fue un hallazgo para Colombia, que vivía entretenida en luchas políticas, y los tomó sin los tropiezos con que Nicaragua llegó a tomar Bluefields, residencia del Rey Mosco, y llevó a ellos lo único que entonces sabía dar: la vida burocrática, sus agitaciones eleccionarias, un foro convulso por cierta fiebre malárica, las intriguillas de puestos, unos pocos sueldos y otros tantos tributos. Por lo demás, aunque puerto, el mejor puerto del mundo, continuó siéndolo de él mismo, aislado de todo lo demás del Istmo, a un paso de Chiriquí, a través del dorso, sin poder tender el brazo y sin poderle arrojar a manos llenas las semillas del Progreso que podrían traerle sus innumerables barcos bananeros.

Por tanto, hecha excepción de la citada Bocas del Toro y de Colón, que es un barrio o apéndice de Panamá, por el hecho del ferrocarril, en las vertientes septentrionales que bajan al Atlántico no hay sino soledades, bosques y selvas vírgenes, cañadas y valles riquísimos, pero desiertos. Las poblaciones demoran, como he dicho antes, al Sur de la muralla de granito que las aleja siglos de la civilización europea.

De trecho en trecho, como de 5 a 10 leguas unas de otras, las poblaciones se van espaciando en la llanura y cerca de la Costa, desde Alanje, que está a 20 leguas de la garganta de la punta Burica, hasta Chepo, tan antiguo como aquél. Todas buscan a Panamá como a ciudad madre, fundadora, a la que dan vida en parte y de la que la reciben. Forman como un cordón a manera de viajeros por un desfiladero, pues tienen por un lado el mar, por donde no pueden dilatarse, y por el otro la cordillera, y después de ella confines desiertos e ignorados. En Panamá se halla, de la expresada sucesión de poblaciones, el término de la vida en el Istmo, en donde para todo movimiento, pues Chepo, poco distante de ella, aislado como está de todo otro pueblo, anémico y triste, es un disgregado,

un desborde de la existencia sedentaria de la capital, contenido con un *alto ahí* del Bayano, que marca al Este los dominios de lo ignorado y de las tribus salvajes. Yaviza, Pinogana y El Real, sobre el Tuira, más allá de Chepo y en la región más rica del Istmo, son restos ruinosos de establecimientos caucheros y mineros que no se dan la mano con Chepo, más aislados que éste, que no oyen ni el menor rumor de las olas del mar del Norte, y que si viven aún el régimen de pura burocracia que les proporciona o propina la Regeneración, debido es solamente a cierta actividad que les imprimen los establecimientos mineros de Cana.

Las Provincias de Chiriquí, Veraguas, Los Santos, Coclé y Panamá, se reparten esa enfilada de pueblos, y así viven o así yacen en pura inacción vegetativa, sin otra vida que la que les puede dar Panamá, que no la tiene propia sino prestada, y eso incompleta, porque la Nación le toma la parte más considerable. Metafóricamente, esa vida prestada es la que le deja a su paso el progreso que se escurre por su arteria; y sin metáfora, en términos inequívocos, esa vida son las rentas del ferrocarril, el producto de sus prórrogas... ¿Cómo podrán progresar si no conocen nada del exterior, si a ellos no llega ni el ruido que producen otros pueblos en su afán de conquistar el bien, de vivir mejor, de engrandecerse, de dilatar los dominios de la inteligencia?

Hará un lustro que no conocían el telégrafo ni el teléfono, sin embargo de su arrimo al puente universal que todos saben; ni el vapor, a pesar de que todos los días veían desvanecerse a lo lejos por sus costas los penachos de humo de innumerables buques que desde hace tiempo navegan por el Sur y Centro América. Verdad es que algunas poblaciones cuentan ya con el alambre telegráfico y que de quince en quince días arriba un vapor a alguno de sus puertos; pero aparte de eso que es comunicación con Panamá, tan sólo, ninguna otra tiene si no es la que le prestan las lentas embarcaciones de vela, con el mismo Panamá. A Costa Rica no llegan su alambre telegráfico, ni sus caminos; las fronteras con esta República son ciertamente el *de aquí no pasarás* de la leyenda, porque entre uno y otro territorio se interpone todavía lo inexplorado. Para el Cauca, está dicho, el Bayano, el Darién y el Atrato con sus imponentes soledades, detienen los anémicos esfuerzos, y para el mar Caribe, que es donde se oye el rumor de la civilización, no tiene sino unos senderos perdidos en las malezas y en los desfiladeros: el de David a Chiriquí Grande sobre la

bahía del Almirante, por Caldera y Casita de Piedra; el de Horconcitos a Guariviara, sobre la misma bahía, por Soloi; el de Santa Fe a Calobévora; los de Penonomé a Bocas de Coclé y a Miguel de Laborda, sobre la boca del río Coclé, y sobre la del río Indio en el Atlántico, respectivamente.

¿Cuál puede ser, pues, así, la participación del Istmo en las luchas del progreso, estancada la iniciativa local, recortadas las aspiraciones, muerta o adormecida la actividad de sus poblaciones?

Como se ha visto, todos dependen en absoluto de Panamá, y como en Panamá no se hace otra cosa, en términos generales, que servir de intermediario a esas poblaciones con el mundo, a Panamá están encadenadas, y son por causa natural, fatal, inevitable, víctimas de *trusts*, voraces en lo comercial y en lo político. El viajero que las recorra las encontrará en supremo atraso, con los solos caminos que ofrece un suelo naturalmente plano; sin puentes (salvo el de barcas en el Santa María, el de hierro en el Majagua y el de madera y piedra en el San Pedro) en ningún otro de sus innumerables ríos; sin una calzada en sus pantanos de invierno; sin más agricultura que la rudimentaria (el en la que no se emplea el arado!). Cultivan el plátano, arroz, el maíz, el café y los frijoles, la caña de azúcar y los pastos; pero no hay fincas propiamente dichas. Los cercados de caña de azúcar son retiros y entretenimientos del verano, cuando no molineras que producen raspaduras, panela y miel para aguardiente; y los de café, en el mayor de los cuales no alcanza a haber diez mil matas, se cuentan con los dedos de la mano y sobran dedos. La ganadería es abundante, pero sin el mejoramiento de las razas; las fábricas son en la generalidad, de aguardiente, dos de fideos, una de baúles y otra de chocolate en la ciudad capital; y el comercio, en fin, no pasa de ser costanero y de víveres, por lo común. Es verdad que se exporta ganado a Costa Rica, pero en cantidad cada día menor, porque Nicaragua, más hábil, le disputa el mercado, y acabará por echar de allí a sus débiles competidores del Istmo. También es cierto que de Bocas del Toro salen cargamentos de bananos para New Orleans, pero sin gran provecho para el Istmo, porque la explotación de ese fruto es obra de una empresa particular que ha absorbido el negocio, y lo abarca como un pulpo, por las condiciones especiales del aislamiento en que se halla esa comarca. En fin, San Blas es un machón en la costa septentrional, de tribus indígenas, casi independientes, que venden, sin que nadie de ello se dé cuenta, sus cocos y

carey a los buques que los visitan, y que compran de los mismos las baratijas de que han necesidad.

Conforme al cuadro que precede, los habitantes del Istmo no viven en la miseria, pues, ni pasan hambre, pero es porque sus tierras son fértiles y en cada hogar la familia cuenta siempre con un granero repleto para el año, de grano y sal, y completa su bienestar con la cría del marrano, aves de corral y con una bestia para los trajines a distancia. Nada es abundante entre ellos, y es poco decir que, si bien nada temen para el día de mañana, tampoco disponen de sobrantes para goce y disfrute de lo superfluo o para el refinamiento de ciertas necesidades. Tan ajustados tienen esos cortos bienes a sus necesidades que, si se les privara de ún solo de ellos, de la sal, por ejemplo, como lo hizo la Regeneración, o si se gravara con nuevos tributos alguno o algunos de los demás, tal como lo hizo el mismo régimen con los llamados *inmuebles*, que no son sino ranchos o miserables cercados y potreros, sobre los cuales estableció impuestos, la miseria no tardaría en tocar a sus puertas como ha sucedido últimamente.

Los campos del Istmo son risueños; las llanuras ensanchan el corazón; las alturas y collados, desde los cuales se dominan las cañadas, la sabana, las costas y la mar, deleitan la vista; ¡pero sus poblaciones son tristes!

Recorriendo la angosta faja que es dable recorrer, se sueña involuntariamente con el engrandecimiento de esa tierra privilegiada. No hay en ellas fríos polares, pero sí tiene climas bastantes frescos para dar todas las frutas de las zonas templadas. Casi rodeada de mar por todas partes, y en puesto avanzado respecto de regiones alejadas de los grandes centros comerciales e industrias, indicado tiene lo que podría y debería hacer para alcanzar su riqueza y felicidad. Es una comarca de las que, según Leroy Beaulieu, tienen superioridad económica natural sobre aquellas que están lejos del mar. ¿Quién no ve que el Istmo ha podido y está llamado a ser lo que soñó Bolívar y quería que fuera: *centro del comercio universal*, emporio en donde se dieran cita todas las naciones?

¡Ah!, pero entrando a las poblaciones, sin exceptuar otras que las de Panamá y Colón, las emociones son bien diferentes. La vista de edificios mal construidos y ruinosos, de calles hendidas por zanjonés o convertidas en lodazales o lagunas, la quietud y el silencio que interrumpen solamente el ladri-

do de los perros o el canto del gallo, y en las noches la absoluta obscuridad, le hacen creer a uno que allí no se agita la vida, sino que más bien son el dominio de la muerte.

Sería monótono y prolijo hacer el recuento de sus necesidades; baste saber que, exclusión hecha de las dos poblaciones citadas, Corporación Municipal no hay propiamente en ninguno de los Distritos, y que si no fuera por el cobro de los tributos, por el reclutamiento o por las triquiñuelas eleccionarias, en ninguno de ellos se tendría idea de la existencia de las autoridades.

La raza no es distinta de la de los demás pueblos hispanoamericanos que han tenido mejor suerte y disfrutan de mayor civilización que en el Istmo. Salvo Pacora y Chame, Natá, Santa María y Antón, en los que prepondera la raza negra, los habitantes del interior-mediterráneo son uniformemente o blancos o mestizos, y practican en el más alto grado la hospitalidad. En Panamá, en Colón y en la línea férrea que une estas dos últimas poblaciones, se han dado cita todas las razas y todos los tipos de la tierra, formando la población más heterogénea que pueda darse.

El comercio al por mayor está circunscrito a las ciudades de Panamá y Colón y en poder de extranjeros. Los intereses que representa, al parecer transitorios, del propio modo que los de las Compañías del Ferrocarril y del Canal, más permanentes y circunscritos también a aquellas ciudades, dan a las colonias extranjeras una influencia que a menudo se hace sentir en las esferas oficiales. El tratado celebrado por Colombia con los Estados Unidos en 1848, por el cual esta República garantiza la *neutralidad del Istmo*, afirma en la colonia americana, por medio de su Cónsul, indisputable prestigio. A pesar de eso, allí no se siente la pugna de los intereses. Se producen éstos y se desarrollan, evolutivamente, sin choque. Seguramente esa evolución se cumple por la asimilación del elemento extranjero, menos el refractario chino, al nativo que prepondera por el número y por la riqueza de la propiedad urbana.

Apenas se recuerdan dos grandes complicaciones internacionales, la primera, a mediados del siglo último, cuando los navieros de un buque de guerra americano que habían saltado a tierra provocaron la cólera de los panameños, por causa de *una tajada de sandía*, y una tarde, en 1885, cuando el incendio de Colón y la ocupación de ese puerto y el de Panamá por tropas americanas, a solicitud del Ministro de la Regeneración en Washington.

Es fama, sin embargo, que el Istmo ha sido piedra de escándalo, teatro de numerosas sediciones armadas, y, como cuando ocurren estos actos suceden con daño de vidas y de propiedades, podían haber dado origen a gravísimos reclamos y sido ocasión de peligro para la integridad del territorio; pero no ha sido así, y han servido solamente para afamar al Istmo de belicoso e inquieto, estigma que no merece. Esos levantamientos lo han sido comúnmente de cuartel y resultado de la pugna de ciertos intereses nacionales con otros de la localidad.

El carácter de los habitantes del Istmo es, por regla general, pacífico, de costumbres apacibles y piadosas y amigos de la poesía, de la música y del canto.

Sabido es que allí se cuenta con una ingénita e inspirada poesía popular, y no hay pueblo que no tenga dos o tres ministriles o trovadores, delicia de las bellas, que abundan, y niños mimados en las deliciosas fiestas campestres.

De guerra no han sabido ni allá en los tiempos de la epopeya emancipadora. Panamá sólo se alzó al tener noticia de que los españoles iban de capa caída por todas partes, y no lo hizo tampoco con picos, lanzas, espadas, rifles y cañones, sino pacíficamente y cuando ya contaba con los jefes de la plaza. Desde entonces, y por virtud del éxito de ese esfuerzo, obra exclusiva de la opinión, en el Istmo se aguarda todo de fuera o de las circunstancias creadoras únicas. Mejor es indudablemente que otros hagan, que los demás se impongan los sacrificios y los esfuerzos; pero con toda seguridad los istmeños no son así por cobardía, pues en varias ocasiones han dado pruebas de valor heroico, sino que son retraídos y tardíos naturalmente en todas las cosas, en toda iniciativa, ya se piense en sacudir un yugo ominoso, ya se trate de una obra de progreso. Cabe recordar lo que se ha dicho de la vida y desarrollo de las poblaciones del Istmo. Es claro que ahogada la iniciativa en al Panamá, por fuerzas dominadoras, difícilmente habrá de resurgir en las demás poblaciones que dependen de ella.

¡Qué causas tan hondas no será preciso, pues, que militen para que en un momento dado esas poblaciones se alcen y rompan el dogal que llevan!

Todavía en el Istmo ocurre la necesidad de llevarle tropas del interior de la República para la guarnición de sus propios cuarteles, porque no hay nadie que quiera sentar plaza de soldado, y en tiempo de guerra o conmoción interior el

reclutamiento es infructuoso. Se citan casos de reclutas que se han inutilizado un brazo, sacado un ojo o arrojándose al mar para evadirse del servicio militar tan odiado y temido.

Cuando las guerrillas armadas de los Guardias y Fábregas, con los Goytías, allá por los años de 1850 a 1855, por el predominio en Parita (que convirtieron en ruinas), al jefe de los últimos, don Pedro, le bastaba hacer disparar en la plaza de la Villa de Los Santos o en la de Guararé uno o dos cañonazos, que retumbaran en las sierras y campos vecinos, para que se le aparecieran y congregaran alrededor de su bandera muchos voluntarios armados de espadas y escopetas; pero en tales desórdenes, que podrían calificarse de guerras de familia, el prestigio del jefe no pasó de dos o tres distritos y la adhesión que le rindieron fue exclusivamente personal.

Lo mismo podría decirse en cuanto a la importancia de los primeros acentuados movimientos del liberalismo para abrirse paso en el Istmo. Se conocen principalmente dos, y no partieron de las provincias sino de combinaciones nacionales, y con todo y la intervención de este elemento, mucho más poderoso que el de la localidad, en el primero el combate que le puso término se redujo a unos cuantos tiros que no hicieron más víctimas que el Gobernador del Estado, don Santiago de la Guardia. Como en la batalla de Brenneville, ¡sólo pereció un hombre!

El otro, el de 1866, tomó el carácter sangriento que se le conoce, por la intervención en ambos bandos de elementos nacionales. Fuerzas caucanas invadieron el Istmo por la Provincia de Los Santos, y tropas veteranas de la Guardia Nacional las batieron en Veraguas. Las dos Provincias citadas, que fueron el teatro de la lucha, permanecieron extrañas a la rebelión, y de lo que a ésta atañe no les tocó sino la alarma que produjo el paso de la gente armada por ellas.

Después hubo dos levantamientos, verdaderamente populares, únicos, surgidos exclusivamente en el Istmo. Nacieron en la provincia de Chiriquí y amenazaron con algunas probabilidades de éxito la existencia del Gobierno entonces dominante. Ambos, sin embargo, fueron de proporciones escasas y efímeras, porque el primero, si bien apareció rodeado de prestigio, en el primer encuentro fue batido y el caudillo muerto; y el segundo, si bien armó a su gente con las primeras armas de precisión que se introdujeron al Istmo, no

contó con más de 300 hombres, y pronto desmayaron los jefes cuando fracasó el plan de sorprender y apresar sin sacrificios al Jefe de Estado: no obstante tener mejores armas, prefirieron aceptar entonces los términos de un tratado que les concedió unos cuantos puestos en el Gobierno.

En fin, si algunos creyeran que la rebelión de Aizpuru, en 1885, tuvo en importancia todo lo que resonó en el mundo por el incendio de una ciudad de madera, fatalmente condenada, como Moscou ocupada por los franceses, a ser presa de las llamas, así como por el desembarco de tropas yankees en el territorio, se engañaban, porque no tuvo nexos en las provincias, las que permanecieron tranquilas, ni con Prestán en Colón, ni contó con todo el apoyo que hubiera podido tener en el liberalismo.

Se circunscribió a Panamá y no hizo sino una campaña de quince días, de Farfán a esa ciudad.

Las condiciones sociológicas del Istmo son tales, como está ya dicho, que no por cualquier causa han de preferir sus habitantes los azares de la guerra a la quietud que les proporciona la mediocridad de su existencia. Apacibles, todo lo han soportado; pobres, no han tenido medios para alzarse nunca seriamente; y estrechados en la faja que habitan, sin salida al mar Caribe, se les ha tenido sujetos a un dogal y por medio de él se les ha aquietado. Sin embargo, ni su piedad ni su mansedumbre han sido parte a seguir siendo parias o esclavos de la Regeneración. A los pueblos, dice Montesquieu, se les puede, sin gran riesgo, privar de su libertad, pero no se les puede hacer sentir el ultraje, porque entonces se hacen fieros y todo lo arrostran por vengarlo.

Así fue con el Istmo: se le sometió a un régimen especial; se le impusieron gobernantes extraños; se le quitó la sal que el mar le da en sus aguajes, y se gravaron sus cortísimos bienes con enormes impuestos. Como en los demás Departamentos de la República, no hubo prensa libre, ni libertad electoral, ni facultad de asociarse y moverse; todo eso lo aguantó el Istmo resignado; pero cuando estalló la guerra en Santander y el impuesto de degüello triplicado lo privó de carne, comenzó a dejar oír sus quejas, y cuando la soldadesca desbordada por los campos aprehendía labriegos para obligarlos a servir en el ejército a la fuerza, y se daba a violar los ranchos y los cercados cometiendo en ellos innumerables desafueros, entonces el descontento reboseó la medida y rugió el pueblo y pidió un jefe o caudillo y se alzó como un solo hombre,

proclamando la restauración de la república y en puñados el arma tan decidida y ardorosamente como nunca antes se había dado de ello ejemplo.

• • • • •

En el Istmo de Panamá, como en los demás Departamentos, se habían practicado elecciones populares para el nombramiento de Jefes o Directores del Partido Liberal en él. Habían obedecido esas elecciones a la propaganda que había hecho Uribe en *El Autonomista*, en contra del Directorio Nacional que existía, y, por consiguiente, en contra de los Directorios Seccionales. Uribe sostenía que el partido había estado mal dirigido en los últimos tiempos, porque había querido la guerra a todo trance, había habido ocasión de hacerla y sus Directores se habían opuesto, aplazándola cada día más y tratando de evolucionar sin ningún éxito con una de las fracciones del partido adverso. Consideraba viciada esa Dirección desde su origen, y pedía que se purgara el vicio de ella por medio de una elección popular, de la cual debía surgir la verdadera voluntad del partido.

Así se hizo, pues, y aunque después de comenzado el movimiento eleccionario en algunos Departamentos y concluido en otros, las partes o fracciones disidentes del partido, en Bogotá, acordaron escoger al General Gabriel Vargas Santos como Director único, con facultades de nombrar él a su vez sus Tenientes o Directores en los Departamentos, esto último no tuvo efecto por la manera como se precipitaron los sucesos de la guerra. Ésta estalló en Santander y en Bolívar el 18 de octubre de 1899, pocos días después de salidos de Bogotá Uribe Uribe y José María Ruiz, en comisión de aquellas fracciones, para poner en manos del General Vargas Santos el pliego con la designación que se le había hecho. Como estalló la guerra se interrumpieron las comunicaciones y este General no pudo hacer los nombramientos que le correspondía hacer, y las cosas quedaron en los Departamentos conforme la elección popular.

El Cronista de Panamá había estado publicando, en todo el mes de junio y a principios de julio del año citado, el resultado de la elección en las Provincias del Istmo, y en todas ellas, salvo en la de Los Santos, había yo obtenido mayoría de votos. Ese mismo periódico publicó en su número de 13 de julio el suelto que dice:

“El doctor Belisario Porras ha sido nombrado por el voto popular para Director del Partido Liberal en el Departamento”.

“Entendemos que este honor obedece a su adhesión absoluta a la causa liberal y corresponde también a los esfuerzos hechos por el triunfo de esta causa en el campo de la inteligencia, en su doble condición de escritor, etc. Felicitamos al doctor Porras por haber alcanzado victoria tan espléndida, como una prueba visible de que la distancia ni el tiempo apagan el entusiasmo ni debilitan las simpatías en el corazón de sus numerosos amigos”.

Mientras reinó la paz en Colombia, la designación de que se trata fue considerada por mí como un honor simplemente, “como una prueba visible de que ni la distancia ni el tiempo apagaban en el corazón de mis amigos las simpatías que les había merecido”. Lejos del Istmo, ¿cómo podía cumplir con el deber de colaborar en la dirección del partido? Mas al estallar la guerra llegó a ser diferente, porque aparte del llamamiento que se nos hacía a las armas a todos los liberales de dentro y fuera del país, los Directores o Jefes que estábamos libres y en actitud de empuñarlas no podíamos hacerlo en menor escala que los simples copartidarios. El deber es correlativo del derecho, y el honor de un cargo, de los riesgos y trabajos que su desempeño implica; de modo que yo no podía contentarme a secas con el honor del cargo, sino que debía corresponder a él, asumiendo las responsabilidades consiguientes.

La colonia liberal colombiana en Centro América, y particularmente en Managua, me instaba vivamente para que tomara el mando de una expedición sobre las costas colombianas, y muchos de los miembros de esa colonia iban a Nicaragua, de Costa Rica, de El Salvador y de Guatemala, a excitarme de cerca a que lo hiciera. ¡Cuántos de esos individuos que no estaban en los secretos de mi labor no podían apreciar la gravedad de las dificultades de empresa semejante, se quejaban amargamente de mi conducta y empleaban la crítica y aun la diatriba para apaciguar su impaciencia!

Ya se ha visto cómo el Agente de la Revolución en New York me hacía saber que se consideraba necesaria y de la mayor importancia esa expedición sobre el Istmo, y se verá también cómo, desde principios de noviembre, me solicitaban en Panamá por cartas apremiantes. Mi adhesión por la causa liberal ha sido, por otra parte, absoluta, y no era verdad que hallándose en peligro esa causa, como se hallaba, en lucha mis copartidarios y amigos, yo le negara mi

esfuerzo y prefiriese las distinciones, los sueldos crecidos y las comodidades que tenía a los temidos azares de la guerra, tras de los cuales veía la redención del partido y el restablecimiento de los principios que han sido mi ideal desde los claustros del colegio.

Mejor de lo que yo podría pintar el estado de los ánimos en el Istmo, lo harán las cartas que reproduzco, porque muestran, sin artificios de retórica, las perspectivas de los días que pasaban, a cuya luz se escribieron; y siendo el producto de la correspondencia que mantuve, harán conocer también los grados de fermento de la expedición proyectada.

Esas cartas, en lo pertinente, son como se leerá a continuación.

• • • • •

Panamá, noviembre 6 de 1899.

Señor doctor Belisario Porras.

Managua.

Estimado amigo:

Hace algún tiempo le escribí y le remití unos folletos políticos, seguro de que le agradecería su lectura; pero hasta la fecha no he recibido una palabra escrita de parte suya. Quiero creer que se han perdido y no que usted haya olvidado a sus buenos amigos. A pesar de su silencio, vuelvo a la carga otra vez para comunicarle que la revolución estalló el 20 del pasado en Santander, Magdalena, Bolívar, Tolima, Bocayá y Cundinamarca, y aunque creen que el movimiento ha sido descabezado y loco, yo creo lo contrario, y debemos apoyarlo cada uno y todos como mejor podamos...

Necesitamos sus consejos y su influencia en estos momentos críticos, y por eso me he decidido a escribirle de nuevo. Han tomado presos a tres de nuestros consejeros y jefes, y naturalmente esto nos ha debilitado. Don Domingo está preso y Temístocles en Guayaquil, en comisión secreta. Hasta la fecha no me han tomado a mí, por estar empleado en una Compañía americana, pero me tienen muy vigilado...

Caso que desee mandar alguna carta, sírvase dirigirla de la manera siguiente...

Soy su afectísimo amigo,

J. A. Jiménez.

BELISARIO PORRAS

• • • • •

Panamá, noviembre 27 de 1899.

Estimado amigo:

Sin novedad llegó a mis manos su muy grata de fecha 15 del presente, y me alegró mucho saber que mi carta ha sido oportuna y que no me equivoqué al dirigirme a usted en busca de consejo y apoyo; pero han pasado tantos acontecimientos en esta ciudad y en el interior del Departamento desde mi última, que tendremos que andar con mucho cuidado en lo sucesivo. Cuando le escribí mi primera carta, verdad es que Temístocles, Arango, etc., habían capitulado o simulado un tratado de paz (por supuesto que el tratado sólo se refiere a la ciudad de Panamá, no al resto de la República, donde pueden seguir luchando si así lo desean), pero, mi amigo, si usted supiera cómo pasaron las cosas, diría que tuvieron razón.

A principios del mes de septiembre, viendo la honda división que existía en nuestras filas, entre Parristas y Uribistas, y faltos de toda clase de noticias ciertas del interior de la República, dispusimos algunos de nosotros (no el Directorio) mandar un Comisionado al General Uribe a Bogotá para que nos pusiera al corriente de la verdadera situación y para hacerle saber a éste que a causa de la división no se habían podido lograr armas, ni fondos, ni nada. El Comisionado, Domingo de la Rosa, llegó aquí de regreso el 18 de octubre en la noche, y nos comunicó que había tenido que demorar su viaje por motivos extraordinarios; que sentía tener que comunicarnos que el día 20 del mes en que estábamos era la fecha convenida para que estallara la revolución, y, en fin, que el General Uribe decía que, aunque se careciera de armas, era preciso hacer algo para que no sacaran las tropas de aquí para Cartagena. He aquí la verdad amarga, y digo amarga, porque apenas logramos reunir quince rifles y diez y ocho revólveres mal dotados, y, naturalmente, no habiendo armas ni probabilidad de conseguirlas, difícil fue encontrar gente, y mucho menos con dos día de plazo. Sin embargo, como la orden era evitar terminantemente que salieran tropas, el levantamiento se llevó a cabo, y 25 jóvenes mal armados y dispuestos a morir se lanzaron a la buena de Dios y tuvieron en jaque a más de 140 hombres del batallón “Colombia” por espacio de diez días...

Aquí estuvo el General Palacios, procedente de Barranquilla, en busca de gente y armas, y no logró llevarse un solo hombre; en el siguiente vapor vino el célebre General Román, de Cartagena, y tampoco pudo llevarse nada, pues

era tal el terror que tenían aquí en la capital, que ya creían que estos jóvenes formaban una fuerte legión de demonios. Al fin, mi amigo, de monte en monte, y acosados por la guardia, empezaron a enfermarse y dispersáronse algunos, quedando apenas ocho de los veinticinco que salieron. Viéndose solos, se dispusieron a morir, vendiendo caramente sus vidas; pero, por suerte, Eduardo Icaza, que estaba en la montaña de Bique y que previó la catástrofe, hizo creer al Gobierno que eran muchos y que mejor sería hacer un arreglo, a lo cual convino el Gobierno...

Que se conserve bueno son los deseos de su afectísimo,

J. A. Jiménez.

• • • • •

Panamá, noviembre 27 de 1899.

Muy estimado señor y amigo:

Nuestro común amigo don Juan Antonio Jiménez me ha hecho el honor de permitirme leer la importante comunicación que usted se sirvió dirigirme a principios del presente mes. Es consoladora en extremo la carta de usted, doctor; cualquier movimiento que tienda al restablecimiento de los principios republicanos en nuestra desdichada patria, tendrá el apoyo de todos los liberales sin distinción de círculos personalistas. Los esfuerzos que se han hecho en este Istmo para sacudir el yugo ominoso, si no han tenido el éxito que todo pecho patriota espera, sí han servido para demostrar que los istmeños no queremos que se nos entregue nuestro suelo por inventario...

Nosotros no hemos podido hacer más; primero, porque desgraciadamente estábamos separados en grupos de Parristas y Uribistas, y... nos pasó lo que a los conejos de la fábula, que fueron atrapados mientras discutían si eran galgos o podencos los de la canina raza que los perseguía. Segundo, porque carecimos enteramente de elementos de guerra, falta que subsiste aún. ¿Qué se puede hacer sin dichos elementos? Solamente lo que se ha hecho; la protesta viva y desesperada; desesperada, porque nunca creyó la juventud que la sustentó, que ella nos daría el triunfo definitivo. El pueblo desea armas; si usted las trae, habrá quienes las lleven y quienes lo aclamen...

Consérvese bien y mande como guste a su atento amigo y copartidario,

Aizpuru.

• • • • •

Panamá, diciembre 5 de 1899.

Amigo don Belisario:

Sus dos cartas llegaron a mis manos sin novedad. Puede estar seguro de que irán llegando del mismo modo; y para mayor garantía, me permito remitirle una clave que ni el demonio podrá entender, y que podrá emplear solamente en los renglones donde tenga algo grave que comunicarme, por ejemplo, lo de las armas con que cuenta, etc., etc. Yo haré lo mismo, si usted lo desea y teme traición de parte de alguno de los empleados de la Agencia Postal de allá. Aquí se puede conseguir buena gente, pero, como le dije en mi anterior, es imposible pelear con las uñas, y eso es lo único que existe aquí. Le escribiré por todos los vapores que salgan con rumbo a Corinto, aunque sean dos renglones, y pierda cuidado que serviré de buen intermediario con los demás. Yo creo necesaria la expedición, pero es preciso esperar un poco hasta saber algo seguro del Centro y venir armados hasta los dientes, pues estos malditos lo están, y no duermen pensando en invasiones.

Si se pudiera conseguir un cañón de dinamita, ¡qué bueno fuera!, porque ya que se va a jugar el todo por el todo, es preciso pegar para vencer. ¡Lástima da tener tanta gente dispuesta y que tenga que retirarse por falta de elementos! Sepa usted que en Sabanalarga había cerca de dos mil hombres victoriando al General Urueta, cuando llegó a ponerse al frente de ellos para atacar a Barranquilla, pero sólo tenían ochenta rifles mal dotados, y el General se negó a entrar en combate hasta tanto que se consiguiera el armamento que se ha pedido. Él se ha escondido, y lo buscan día y noche los regeneradores, pero puede usted estar seguro de que no lo encontrarán, y que se esconde para salir tan pronto como llegue el armamento.

Pierda usted cuidado, que apenas triunfemos sabremos darle a los hombres de talento —que como usted se han visto obligados a emigrar— el puesto que se merecen.

Con un fuerte abrazo se despide su afectísimo,

J. A. Jiménez.

•••••

Panamá, diciembre 8 de 1899.

Estimado amigo:

Desde que en Santander estalló el 18 de octubre el movimiento reivindicador, ansié escribirle, porque mi pensamiento, repleto de esperanzas al par que temores, se fijó en usted como la sola personalidad ... capaz en mi concepto de hacer algo, llegado el momento de prueba. Me abstuve, sin embargo, por miedo a los violadores oficiales de la correspondencia, y hoy, para satisfacer este deseo, confío ésta a la mano amiga de un empleado de la Agencia de vapores.

•••••

Sólo Panamá permanece tranquilo. El entusiasmo aquí es grande y la decisión es mucha: a la juventud se le vió deseosa de compartir hasta de la calaverada de Bique y de las correrías de Filós por Coclé. Sobre usted convergen las ansiedades de los istmeños; sobre usted, que es carácter y todo amor para la causa liberal.

Su afectísimo amigo,

Juan B. Sosa.

•••••

Panamá, diciembre 8 de 1899.

Amigo don Belisario:

Son las diez de la noche...

Aquí nos estamos preparando para proceder según sus planes, que esperamos ver realizados pronto.

Carlos Clément me ha prometido hoy que le escribirá en ese sentido, diciéndole el punto bueno para un desembarque en la actualidad. Si acaso lo hace le mandare la carta junto con la mía.

BELISARIO PORRAS

Yo creo que podemos contar con 500 hombres seguros en Panamá, fuera del interior. Ojalá pueda usted salir con una base para el desembarque y bastantes armas para la gente que le espera aquí. Es preciso obrar con cuidado y darle un golpe de muerte, no como el de Bocas del Toro ...

Su afectísimo,

J. A. Jiménez.

• • • • •

Panamá, diciembre 9 de 1899.

Mi querido Belisario:

Más vale tarde que nunca, pero siempre el mismo; no he dejado de preguntar a menudo por tí a Juan y a Llorente, con quienes sabía mantenías correspondencia.

Hace once días salí de la prisión pagando \$200; pero allí están los jefes, menos Aizpuru, contando con que si puedes organizar expedición seria, vendrías a ser su libertador.

Hace tres días llegó Manuelito Quintero V. y me dijo que en David corre el rumor de tu pronta llegada. Él cree que si cuentas con 200 hombres, vehículo y 500 rifles bien dotados, deben llegar directamente al Pedregal o por lo menos a la boca de Los Espinos, Distrito de Alanje, donde toda su población es amiga. Panamá lleno de buena voluntad, pero sin un rifle.

J. A. Arango es un joven valeroso y decidido; dice que le des tus órdenes y que si quieres que vaya allá, le escribas, pues puedes contar con él.

El doctor Julio Icaza me encarga decirte que sale de este puerto el 18 del presente, y que ojalá te vea a su llegada a Corinto; lo acompañarán cuatro buenos amigos valerosos...

Para ti un abrazo de tu amigo,

C. Clement.

• • • • •

Panamá, diciembre 9 de 1899.

Estimado señor y amigo:

Juan Antonio me ha enseñado las últimas letras de usted, las que, como las primeras, han sido para nosotros causa de viva satisfacción, pues por ellas, sin ver

la firma que las suscribe, se reconoce al patriota y al soldado vigoroso de la idea y de la acción. Sí, doctor; creo que es llegado el momento de ayudar a los valientes de Santander y del Cauca. Tal es la tensión de los ánimos en este Departamento, que a pesar de todas las bribonadas del Gobierno y de todas las medidas preventivas que han tomado, no dejan de haber disturbios y asonadas en el interior ...

No desmaye un solo instante; ¡mire que en usted tenemos puestas todas nuestras esperanzas! No atienda las indicaciones maliciosas y enervantes de los que, como cierto liberal de por acá, se atrevan a hacerle a un patriota de la talla de usted. Esperamos con ansia carta suya.

Afectísimo amigo y copartidario,

Aizpuru.

•••••

Panamá, diciembre 19 de 1899.

Amigo don Belisario:

Su carta de fecha 5 del presente llegó a mis manos y ojalá continúen llegando, pues el Gobierno ha recibido cartas de Nicaragua en que le comunican que usted vive en continuo movimiento, y esto lo tiene alarmado; también me aseguran que saben que usted y yo nos comunicamos, pero ignoran el conducto. Me tienen muy vigilado, pero no importa; tendré más cuidado en lo futuro, y si acaso me tomaren preso, puede usted seguir la comunicación con Aizpuru...

Es preciso sobre todo que su expedición sea hecha en vapor, y ojalá me escribiera usted sobre este asunto detalladamente por medio de la clave, para según la gente y armas, etc., etc., que usted tenga, decirle dónde y cuándo debe desembarcar y también para estar todos listos aquí.

Agustín Arango desea salir para Venezuela, Ecuador o Nicaragua, con ocho más de los que estaban en Bique, y yo lo he aguantado hasta ahora con la idea de que lo ayuden a usted cuando salga; pero si usted lo desea, puedo hacer que salgan para Nicaragua a ponerse a sus órdenes. Todos son jóvenes y decididos y le ayudarán mucho, aunque sí me temo que produzca su viaje alarma aquí ...

Soy su afectísimo de corazón,

J. A. Jiménez.

• • • • •

Panamá, diciembre 26 de 1899.

Amigo don Belisario:

Me es grato acusar recibo de sus apreciables cartas, fechadas 12 y 14 del presente, por las que veo al hombre de pluma y de espada, que deja puestos halagüeños por servir a la patria, cuando se halla ésta amenazada. He recibido con gusto sus líneas y puedo apreciar la gran empresa que ha tenido usted que realizar para conseguir el apoyo del General, como que estos asuntos son harto graves. Como le dije en mi anterior, él goza de popularidad inmensa entre los colombianos liberales. Todos lo queremos y ojalá algún día podamos reciprocárle sus buenos oficios a favor de nuestra causa.

Es preciso que usted se disponga ya a salir y me comunique en su próxima todos los planes que pueda comunicarme por medio de la clave, para tener yo preparada la parte que me corresponda hacer. Si acaso cuenta con buen vapor y artillería, Panamá es el lugar de desembarque, pero si no, a Chiriquí. En Chiriquí apresada usted a todo Dios, no deja salir ni un gato, manda cortar las comunicaciones telegráficas que haya cerca, se apodera del vapor de la Compañía cuando llegue al puerto, y pone rumbo a Panamá, donde podemos levantar una fuerte legión si tiene usted las armas suficientes. Le incluyo una carta del amigo Quintero, que sigue hoy para Chiriquí, sobre invasión, la cual es explícita por sí sola y puede servirle caso que decida hacer su movimiento por ese lado...

Hace unos tres días recibió el Gobierno un cable de Nicaragua en que le comunicaban que usted está para salir, si acaso no ha salido ya, y fue tal el terror que les entró, que han hecho trincheras de arena en el cuartel. Antes de anoche se apagó la luz eléctrica como a las doce de la noche, y creyendo que era la hora de su arribo y que la luz había sido apagada por nosotros, se armó un bullón imposible de pintárselo. Figúrese que llegaron hasta el extremo de apuntarles a los diez o doce presos que hoy día están en Las Monjas, a hombres indefensos y en calidad de detenidos políticos...

Vea usted si tenemos que andar con cuidado...

Su afectísimo,

J. A. Jiménez.

• • • • •

Amigo don Belisario:

Sumamente alarmado estoy por su profundo silencio, que no me explico, pues en caso de haber tenido que salir por cualquier motivo fuera de Nicaragua, en comisión de aquel Gobierno o en marcha para ésta, ha debido comunicármelo, como estaba convenido ...

En el último vapor llegado de New York, arribó a estas playas el señor don Simón Arboleda, Secretario privado del Presidente de El Salvador, quien estaba en los Estados Unidos en comisión privada de aquel Gobierno.

Este joven marcha por el vapor San Blas, que llegará al puerto de Corinto como el 15 del actual, de paso para El Salvador. En una entrevista que tuvimos, me dijo que pensaba entrevistarse con usted en el puerto de Corinto, lo que yo desearía de todo corazón. Le he dicho que le ponga un cable de Puntarenas para que usted lo espere...

Es muy posible que mañana salgan para Managua, comisionados por Aizpuru y por mí, los doctores Eusebio A. Morales y Julio Icaza, para que ellos le pinten a usted la verdadera situación de la revolución y para que salgan con usted, si es que piensa salir ya. Les he entregado una carta para usted sobre invasión, escrita por persona de mucha confianza y de alta posición en el partido...

Su afectísimo amigo,

J. A. Jiménez.

• • • • •

Panamá, enero 12 de 1900.

Querido amigo y compatriota:

Reina aquí grande entusiasmo y todos lo aguardamos, cada cual en su puesto. El doctor Morales ... quien para ésa siguió en el vapor próximo pasado, es carta viva y podrá mejor informarlo de todo, pintarle la situación con detalles. A su turno, nuestro común amigo Jiménez, brioso y decidido copartidario, detallará a usted las conveniencias del desembarque, sin perjuicio de las indicaciones del práctico que para ésa seguirá, las diversas fuerzas

BELISARIO PORRAS

diseminadas que existen, las acantonadas aquí, etc., etc. Considerando innecesario en esta inteligencia extenderme más, concluyo aquí enviándole un buen abrazo, mientras que el éxito de nuestras armas me da el placer de hacerlo personalmente.

Estimador y amigo leal,

J. A. Arango J.

• • • • •

Panamá, enero 12 de 1900.

Mi apreciado amigo:

Me he impuesto con toda extensión de tus últimas cartas, especialmente de las de 28 y 31 del pasado mes de diciembre, cuya lectura me ha inspirado de nuevo la esperanza de que podremos contribuir en algo a la restauración de la República en esta tierra. Los planes que maduras tienen plena aprobación de nuestro partido, y al realizarlos, hallarán absoluta compensación. No veo cómo pudieran sobrevenir complicaciones internacionales, que sólo soñarán espíritus meticulosos, aquellos que están amañados con la intolerable situación que priva hace quince años. Cualquiera que sea el resultado de tus patrióticas gestiones, nuestra gratitud será para el noble Presidente de Nicaragua.

Buena suerte en todo te desea de corazón tu afectísimo amigo.

Carlos A. Mendoza.

• • • • •

Panamá, enero 18 de 1900.

Amigo don Belisario:

Tengo a la vista sus tres últimas cartas, fechadas diciembre 28, 31, y enero 7, y estoy perfectamente entendido de su contenido. Como el doctor Morales debe haber llegado allí el día 15 de este mes, y como él lo pondrá a usted al corriente de la situación exacta, como también de la opinión de todos nuestros jefes en el sentido de invadir el Istmo, creo innecesario mandarle las cartas que me pide, a menos que en su próxima las exija...

El General Aizpuru, don Domingo, Carlos Clement, Carlos Mendoza, Julio Icaza, etc., etc., están listos a secundar sus planes, lo mismo que el que

suscribe, y no esperan sino que el amigo ofrezca y cumpla sin futuras variaciones... Recuerde que ha de traer buena artillería, muchas armas, buen transporte, una base de 100 hombres y la dinamita como indispensable...

Soy su afectísimo,

J. A. Jiménez.

•••••

Panamá, enero 23 de 1900.

Muy estimado doctor y copartidario:

La comunicación de usted que nos llegó por el correo de la semana pasada ha llenado de júbilo nuestros pechos, y confiamos, conociendo el temple de su carácter, en que la expedición se llevará a cabo, a menos que no se presenten obstáculos insuperables.

Posiciones de la tropa en este Departamento

Las cabeceras de Provincia siguen guarnecidas por 30 o 40 hombres voluntarios, inclusive David. La tropa sólo guarnece a Panamá y Colón.

Hay acuartelada en Panamá la siguiente tropa:

Batallón "Istmo N°1", plazas	280
Batallón "Colombia".	300
Total	580

Como usted ve, el batallón sólo consta a la fecha de 300 hombres; esto consiste en que 120 soldados al mando del Coronel Ortiz han salido esta tarde para Cartagena. Esta tropa, según se dice, es de lo mejor que tienen. En Colón hay 100 hombres solamente...

Ha sido, pues, suerte para nosotros el haber encontrado en nuestro distinguido doctor Eusebio Morales un comisionado digno del cargo que aceptó con entusiasmo; él llevó la misión de dar a usted una vez más la seguridad que ya tiene usted de que la masa del partido liberal y la mayoría de sus jefes apoyarán decididamente el movimiento armado que usted, ayudado por algunos amigos de allá, se propone hacer contra el partido o partida que es nuestro señor feudal acá...

Afectísimo servidor y copartidario,

Aizpuru.

BELISARIO PORRAS

• • • • •

Panamá, febrero 18 de 1900.

Querido amigo:

Con apretado abrazo saludamos a usted muy cariñosamente. El portador está encargado de darle ese abrazo y de manifestarle nuestros anhelos, nuestro entusiasmo y nuestra fe. Y como estamos seguros de que usted obrará en las actuales circunstancias como el deber lo exige y como lo reclama la suerte del partido y el porvenir de la Patria, el mismo portador, que es de los esforzados, decididos y entusiastas, le significará a usted nuestra adhesión firme y sincera. Queremos que usted no vacile influido por cobardes sugerencias; que proceda por su cuenta, contando con el apoyo de los pueblos y la justicia de la causa que debemos defender, y que corresponda a usted el honor de haber conducido a los colombianos que en el Istmo ansían contribuir a la restauración de la República. Confiamos en que no defraudará usted nuestras esperanzas, y desde ahora le anticipamos nuestro humilde aplauso.

De usted adictos amigos,

Francisco Filos.—César Fernández.

• • • • •

Panamá, febrero 18 de 1900.

Estimado amigo:

¡Con cuánto placer leí su carta de fecha 31 de enero, y la del amigo Morales de la misma fecha! Ellas fueron como un bálsamo para mi angustiado espíritu. Tiene usted razón, mi amigo, cuando dice que la labor del conspirador es labor inmensa. Ésa es mi vida; como usted, sueño, dejando ir mi mente por en medio del humo y la metralla; también veo la lucha cuerpo a cuerpo y creo formar parte de esa tragedia majestuosa de la muerte; y como quiera que sea, los grandes obstáculos que se presentan para llevar a cabo nuestra soñada expedición llenan mi espíritu de tristeza. Dice el General Uribe en uno de sus grandes discursos políticos: “La lucha es buena y sólo la temen los perezosos y los débiles de espíritu”. Estas palabras vibran en mis oídos de continuo, y cuando la debilidad humana cree hacer cama en mi espíritu, sus palabras me levantan y vuelvo dispuesto a luchar con más bríos. Se me acaba de decir que

siguen para ésa Juan Antonio Mendoza, Pedro Maitín y José Asunción Cajar. Conste que no soy yo quien los apoya y que, por el contrario, les notifiqué que ya en carta anterior, cuando pensé mandarlos con Agustín, me había usted dicho que no debían ir sino permanecer aquí por ahora. Lástima que no quieran oír mis palabras, que, simplemente, son sus instrucciones. El vapor francés llegó ayer y fue portador de grandes noticias que el amigo Aizpuru le comunicará, pues yo tengo mucho que hacer en estos días y no estoy bien de salud para trabajar de noche, que es la única hora que tengo disponible. Este vapor francés trajo 77 bultos de artillería para el Gobierno del gran amigo General Zelaya, y yo he hecho que sigan viaje en el vapor *Newport* pensando que pueden serle muy útiles a su Gobierno.

El vapor *Darién* no siempre está aquí, de modo que la combinación que usted propone con ese buque puede y no puede llevarse a cabo; así, pues, no es cosa segura. El golpe debe ser en Chiriquí primero y después marchar sobre punta de Chame, donde irán los que puedan, una vez que sepan la presencia de usted allí. Ya tendremos gentes para que nos avisen su llegada, esto es, usted nos comunica su partida, por medio del cable, como está convenido.

Tumaco fue tomado, y *La Boyacá*, que se encuentra aquí ahora, diz que sale mañana a recobrar el puerto, lo que creo posible, pues ahora sí se encuentran bien armados y hasta con cañones.

Varios de los tripulantes y el ingeniero se negaron a seguir viaje, y han estado locos buscando uno que al fin parece encontraron. El mapa me ha sido imposible conseguirlo, pues no hay más de dos en Panamá, y no han querido aceptar ningún dinero por uno de ellos. Si acaso usted desea una carta naval desde el Golfo Dulce, eso sí creo que puedo conseguir, pues me han ofrecido una.

Suyo,

J. A. Jiménez.



Capítulo IV

Justificación de la guerra

Los motivos justificativos de la guerra que hacíamos, podrían llenar volúmenes de demandas, acusaciones y quejas fundadas, de un partido que ha sido acosado sin tregua ni descanso, y al cual se ha tratado como agrupación de leprosos “descastados” o siervos, no obstantemita, por lo menos, de los habitantes de la nación; haber producido muchos hombres célebres y haberle dado a la Patria muchos días de gloria. Sin embargo, ni hay espacio en estas páginas para tan delicada exposición, ni pueden ser mejor argumento en favor de dicha tesis otras alegaciones que aquellas mismas con que se han increpado, una a otra, las dos fracciones del partido opuesto.

Escogeré dos, una por cada fracción, de dichas alegaciones, porque no sería posible tampoco reproducirlas todas, sin llenar otros tantos volúmenes, y para el indicado objeto dos son más que suficientes. Sean el discurso del señor don Emiliano Isaza, de 5 de agosto, y la protesta de don Marco Fidel Suárez, de 1º del mismo, a los que agregaré, como pieza complementaria, austera, de sabor absolutamente liberal, la proclama del Director Supremo del Partido Liberal, de 29 del propio mes. Léanse a continuación y se verá cómo se desprenden de las primeras los lógicos e irrefutables conceptos de nuestro derecho, de nuestra razón y de nuestra actitud.

• • • •

BELISARIO PORRAS

DISCURSO

del señor don Emiliano Isaza, con motivo de la manifestación pública efectuada el 5 de agosto de 1889 en Bogotá, al señor Vicepresidente de la República.

Excelentísimo señor Vicepresidente de la República:

Vengo en nombre de esta multitud de patriotas y en el mío propio a saludarlos en el aniversario de vuestro nacimiento, que, puede decirse, coincide con el aniversario de la batalla de Boyacá, la cual dio en tierra con un régimen político.

Soy ajeno a toda clase de manifestaciones populares, pero hay ocasiones solemnes en que hasta el más humilde debe contribuir con su grano de arena para formar una montaña de opinión. Tanto por mi origen, pues nací en un Departamento en que se rinde culto a la honradez y a la laboriosidad, como por haber pasado una gran parte de mi vida en países verdaderamente civilizados, me he acostumbrado a mirar la política desde muy elevados y serenos puntos de vista.

Claro es que no vengo a poneos pauta de Gobierno, porque por una parte ya la tiene quien en su corta pero brillante administración probó ser capaz de colocar su nombre al lado de los Mallarinos y Berríos, y, por otra, opino que toca a los que mandan la responsabilidad plena del Gobierno, y a los que obedecen, el apoyo decidido y eficaz a todo acto justo.

Soy, como el que más, partidario del respeto a la autoridad, sin la cual se va derecho a la anarquía; mas para poder exigirlo debe empezarse por fundarla en la justicia y en la opinión pública sensata, y depositarla siempre en personas respetables.

Se debe meditar profundamente sobre la equidad y conveniencia de toda medida, y una vez tomada una resolución, ejecutarla con firmeza incontrastable: estas ideas tengo yo del ejercicio de la autoridad y la energía, adquiridas de mi maestro don Pedro Justo Berrío.

No pedimos represalias, aunque pudiera haberlas muy fundadas: pedimos justicia de que está sedienta nuestra pobre tierra, y perdón y olvido hasta donde el decoro lo permita.

Hay dos modos de resolver las contiendas civiles: o acribillándose unos a otros los ciudadanos a balazos, cosa que por desgracia sucede frecuentemente

entre nosotros, o practicando los principios republicanos con absoluta honradez, lo que toca a nuestros hombres civiles, para separar con una línea honda un pasado bochornoso, de una nueva era de justicia y de grandeza, que es lo que buscamos con nuestro Gobierno.

Cuando termine esta sangrienta revolución, lo que espero en Dios sucederá pronto, que no haya vencedores ni vencidos, sino hermanos valerosos que se tiendan mutuamente mano generosa, y trabajen de consuno en poner remedio a los males de la Patria. Es tiempo de que cese la malhadada costumbre, introducida en los últimos años, de hablar y proceder los gobernantes como jefes de partido: la autoridad suprema debe estar por encima de toda bandería.

Compañeros: comencemos hoy, en esta fausta fecha, a mostrarnos dignos y educados no dando un solo *muera* ni un bajar a nadie, sino aclamaciones y vítores a nuestros guerreros vencedores en los campos de batalla, y a nuestros hombres civiles vencedores en los comicios.

El 31 de julio de 1900 marcará época en los anales de nuestra agitada historia. No hubo ese día un golpe de cuartel ni una sedición militar, ni un tiro de fusil, ni un ultraje a nadie, ni un soborno que empañe el buen nombre del Ejército, como lo ha reconocido públicamente, con franqueza de soldado leal que le honra, nuestro adversario de un momento el ex-Ministro de Guerra: hubo un torrente formado por la opinión que todos tenían guardada y que surgió en las plazas públicas, e invadió calles, casas y cuarteles, y ante el cual, por lo justo, inopinado y universal, se paralizó la enérgica voluntad, quedó estupefacta la reconocida bravura y cayeron inertes los férreos brazos del General Manuel Casabianca.

No hay que temer que los golpes de cuartel se aclimaten en un país en que la espada anda unida a la pluma; ni el movimiento del 31 se repetirá, porque fue una consecuencia necesaria de circunstancias especialísimas, hijas legítimas de un régimen oprobioso que pasó.

Don Manuel Antonio Sanclemente, venerable anciano de cuyo buen nombre ha abusado con escándalo un círculo corrompido, y el señor Rafael María Palacio, funesto ex-Ministro de Gobierno, aceptaron ayer de mañana la autoridad de que el pueblo os invistió.

BELISARIO PORRAS

El 1° de agosto de 1900 comenzó la verdadera responsabilidad histórica del partido conservador en el Gobierno: *lo anterior fue un interregno de vergüenza* que no le pertenece.

¡Viva el Vicepresidente de la República, en ejercicio del Poder Ejecutivo!
¡Viva la Patria! ¡Viva la Paz!

• • • • •

PROTESTA

El infrascrito, Ministro de Instrucción Pública, encargado del Despacho de Hacienda, consigna en este Libro una protesta formal contra el atentado que, según es notorio, cometieron anoche varios individuos armados y el señor don José Manuel Marroquín, usurpando la Primera Magistratura del Estado y desconociendo al Excmo. doctor Manuel A. Sanclemente, quien desde el 3 de noviembre de 1898 se halla ejerciendo constitucional y legalmente dicho cargo.

El suscrito protesta contra ese crimen político:

Porque es una usurpación de las más altas funciones del Poder Público;

Porque es una violación manifiesta de la Constitución y las Leyes;

Porque es un golpe de muerte a las instituciones representativas que rigen en la Nación;

Porque es un flagrante perjurio, una vez que muchos de los autores del hecho han jurado repetidas veces cumplir la Constitución y las Leyes que han quebrantado;

Porque es una traición al Jefe del Estado, al Gobierno legítimo y al pueblo cuyos derechos han sido arrebatados por sorpresa, a mansalva, y empleando para ello elementos al servicio de aquella persona y entidad;

Porque es un acto de bajeza, desde luego que elige como título de poder y autoridad la fuerza bruta ante la cual y por obra y aquiescencia de la cual arrebató el señor Marroquín el puesto de Presidente;

Porque es un hecho contrario a todo sentimiento de patriotismo, si se consideran las consecuencias que puede producir en el caso de que la Nación no reconozca la usurpación, y si por lo mismo se desencadena una guerra civil, cuando aún no ha terminado la rebelión que hace diez meses arruina y ensangrienta al país;

Porque ese atentado será el baldón más ignominioso en la historia patria, supuesto que no puede parangonarse con el mismo 23 de mayo de 1867, día en que algunos liberales desconocieron a un Presidente que se había declarado superior a la Constitución y Dictador del país, mientras que en la noche del 31 de julio de 1900 se desconoció al Presidente Constitucional y legítimo de la República;

Porque aquel hecho es incompatible con todo sentimiento de civismo y caridad, especialmente hacia las clases desgraciadas que gimen bajo el azote de la guerra y que debido a este atentado pueden ver prolongar sus padecimientos;

Porque asesta profunda herida a la moralidad pública y escandaliza la sociedad, especialmente si se tienen en cuenta los merecimientos y respetabilidad del Presidente desconocido y la devoción, posición social e ilustración del ciudadano que ha usurpado el poder;

Porque en vista de antecedentes notorios y de las circunstancias en que se inicia el régimen de la usurpación, es de temerse que él sea tumultuario y agitador, que obre como juguete de la opinión pública, es decir, de las pasiones de las turbas, y que en vez de ser Gobierno efectivo se reduzca a la negociación práctica de las garantías, aun de niños que no han nacido o que se hallan en la cuna;

Porque aquel hecho deshonrará al país y menoscabará, por lo mismo, el concepto de nuestra soberanía ante el extranjero, donde tendrán que admirarse de que, sin haber concluido una formidable rebelión contra el Gobierno legítimo, haya militares que abandonen en momentos críticos el campo de batalla, y civiles que a última hora se improvisan soldados para desconocer al Primer Magistrado y arrebatárle proditoriamente sus derechos, después de haberlos él defendido del modo más enérgico contra un enemigo, franco y poderoso;

Porque inicia nueva faz, para que los infortunios y dolores que presenta nuestro pasado se añada la calamidad de los golpes de cuartel, el régimen pretoriano, el poder delirante de la fuerza pública, todo lo cual rebaja las naciones al grado tal vez íntimo de malestar político;

Porque el atentado de 31 de julio constituirá, si la Nación lo acepta, una plena justificación de la rebelión que aún no ha terminado, siendo claro que si

ha habido razón y se ha obrado bien en desconocer por sorpresa y sobre seguro el Gobierno legítimo, entonces la revolución ha obrado del modo más justo y loable al atacar este Gobierno con heroísmo y franqueza en los campos de batalla;

Porque se ha roto el programa y se ha despedazado la bandera de un partido que, según dicen, ha representado aquí ideas de orden, legalidad y justicia;

Porque la traición del 31 de julio quebranta los principios religiosos que ese mismo partido suele ensalzar en relación con la política y la cosa pública, dado que el crimen de anoche socava el principio de autoridad y arruina toda noción de legalidad y derecho fundados en la justicia, poniendo en vez de ella las doctrinas de los hechos consumados;

Porque aquel atentado, además de injuriar al pueblo y al Gobierno, concierne su agresión a un anciano de 85 años, enérgico, activo y varonil, de precedentes inmaculados y lleno de días ofrendados a la Patria y florecientes desde el principio hasta el fin por las persecuciones que le ha ocasionado su amor a la justicia.

Secretario del Presidente Ospina, a quien arrebató el Poder un gran guerrero en lucha franca y tenaz de tres años; ciudadano cuya probidad reconocen sus mismos adversarios y cuyo valor sube a tal punto, que se posesionó de su cargo ejecutando acción sublime, sin temer a un tumulto parecido o casi idéntico al que le arrebató el poder anoche, estando él ausente; hombre de gran carácter, cuyos actos se inspiran en el criterio de un Juez, cuyo corazón predica el perdón y cuyas ideas y aspiraciones políticas se traducen en hechos prácticos de concordia y no *en fugas ignominiosas*, ni en *complacencias con la demagogia*; ciudadano, en una palabra, honrado, desinteresado y patriota, aunque nunca se aplica tales calificativos.

No pudiendo consultar esta protesta con el Excmo. señor Presidente ni con mis colegas, véome obligado a formularla solo, lo cual hago, no por solemnizar el papel de víctima, ni para levantar la opinión en contra del atentado de anoche, ni por hacer mal a persona alguna, sino porque creo que un deber inexcusable me obliga a levantar mi voz, aunque ella sea débil, contra la interrupción del régimen constitucional y contra el desconocimiento del Gobierno legítimo.

(Protesta escrita en el *Libro de posesiones* del respectivo Ministerio.)
Bogotá, agosto 1º de 1900.

Marco Fidel Suárez.

• • • • •

MANIFIESTO

del General Gabriel Vargas Santos a la Nación.

Aunque impuestos del cambio de personal ocurrido en el Gobierno, contra el cual se levantó en armas el Partido Liberal de Colombia, ha sido, después de un mes de consumado aquel suceso, cuando hemos obtenido datos y documentos para formar conciencia de las causas que lo determinaron y de los medios por los cuales se efectuó.

No fue por muerte o por renuncia del Presidente titular de la Nación como vino al solio la honorable personalidad que se halla hoy al frente del Poder Ejecutivo. Por un golpe de Estado dejó de ser el Gobierno del señor Sanclemente y surgió el del señor Marroquín. Fue la indiferencia a la potente voz de la opinión pública que de tiempo atrás viene clamando por el restablecimiento de un Gobierno justiciero, probo y enérgico para el bien, lo que determinó al actual mandatario, según él mismo lo expresó, a asumir el Poder, desconociendo al Gobierno constituido; ese mismo clamor debió de ser el que cambió la dirección de los brazos que sostenían un régimen contra el cual tan de improviso se volvieron.

El Gobierno de hoy consagra, pues, la revolución. Los títulos que invoca no son los de una legalidad, dentro de la cual la Dictadura se hallaba como en su propia mansión.

Sus credenciales vienen de otra fuente que del estricto cumplimiento de la carta política de 1886.

El vocero de la opinión, a la cual se inclinó respetuoso el señor Marroquín, en su discurso de 5 de agosto, califica de *régimen* oprobioso y de *interregno de vergüenza* la etapa política a que puso fin el golpe de Estado de 31 de julio de 1900. No distinto calificativo le merece ese sistema a la idea revolucionaria que ha sostenido a nuestros ánimos, armado nuestros brazos y defendido nuestro propósito. A quien como al señor Marroquín busca la justificación de sus actos y la refrendación de sus títulos en la opinión de las gentes sensatas y patriotas, no puede serle indiferente el juicio de los pueblos civilizados y el

fallo de la Historia. Para esa Historia, para esos pueblos, el Gobierno del señor Marroquín *se halla incapacitado* moralmente para combatir a los revolucionarios colombianos. La honradez, la equidad, la conveniencia a coro, forman una sola voz para decirle:

“Puesto que reconocéis que había una enfermedad social de la cual os presentáis como facultativo, no podéis condenar los lamentos del paciente.

“Puesto que encabezasteis una revolución y consagrasteis sus clamores, calificado sus anhelos.

“Puesto que evocasteis la opinión como fuente de vuestra autoridad, recogedla toda, llamando al país a una Convención, Justificad el 31 de julio, haciendo justicia a todos los clamores y consagrando el derecho de todos los ciudadanos. Romped las barreras que circunscriben las facultades del ciudadano a los miembros de una nación.

“Haced que vuestra administración sea aurora de una nueva era, y dejad que el incendio consuma los cercos que anulan la libertad en los colombianos y las impurezas que manchan y avergüenzan a la Patria”.

Si nuestro reclamo no es oído; si a poder de la metralla y de la fuerza queréis ahogar el fermento de las ideas y de la acción de las conciencias que piden para media nación lo que la otra media se abrogó por hecho propio; no os presentéis a los contemporáneos ni a la Historia como restaurador de la República. No presentéis como noble la conducta de quienes os apoyan, que son los mismos que con sus brazos sostuvieron la Dictadura y con sus voces la ensalzaron.

La nueva bandera que presentéis no sería enseña de redención, sería el trapo sucio de los pretorianos en las agonías del Imperio.

Gabriel Vargas Santos.

El Pedregal, agosto 29 de 1900.

Capítulo V

Expedición al Istmo

A mediados de marzo de 1900, estaba visto ya que no dispondríamos de un vapor comprado ni fletado para la expedición, y el mismo don Fernando Sánchez tuvo que considerar, no obstante sus inagotables artificios, como cosa imposible el prolongar por más tiempo el espejismo que hacía surgir a nuestra vista, cada vez que lo apremiábamos para que nos consiguiera uno. Los cablegramas a Corea con el perentorio *cómprese un buque* de tal precio y tales dimensiones, o *flétese un transporte hasta por tres meses*, no podían repetirse ni era hacedero infundirnos la creencia, una vez más, de que aquel buque se hallaba ya de viaje o de que estaba tomando el carbón necesario para ponerse en camino.

Alentado por las esperanzas que en mí forjaban semejantes patrañas, no sólo había retenido en Managua a los copartidarios que habían venido en mi busca, sino que había llamado a otros de diferentes partes, y sus exigencias conmigo tenían que redoblar las mías con Sánchez y con el General Zelaya. Afluían las mismas de New York, de Guayaquil y de Panamá, y supongo que a esos señores no les quedaban explicaciones y evasivas; como el guerrero indio que se batía en retirada con el *carcaj* exhausto de flechas, en el espíritu dúctil de ellos no hallaban qué oponer para defenderse de mi tenaz representación. La crisis era aguda y el General Zelaya la resolvió, al fin. Por conducto del doctor Eusebio A. Morales, que fue a verlo, me hizo saber a mediados de marzo que estaba decidido a darnos el auxilio prometido y que podíamos contar con *La Momotombo* para el viaje.

Por esto no más de facilitar *La Momotombo*, podía verse que la expedición no se emprendería por el Norte, sobre las costas del Magdalena o

de Bolívar, porque era en Corinto, sobre ese mar, donde estaba surta dicha cañonera.

Desde el principio me había inclinado a que la expedición se realizara sobre el Istmo, pero no lo decidí yo así, ni lo impuse. El doctor Foción Soto era opuesto a tal expedición y me lo hizo saber por conducto del doctor Renjifo y directamente por carta de 17 de febrero. Me decía así:

“Quedo enterado de sus proyectos sobre Panamá, y me parecerían superiores si no mediasen, para dejar de ejecutarlos, consideraciones muy superiores de otro orden y que a su inteligencia no se escapan. No desconozco de ninguna manera la conveniencia de que la revolución se adueñara de la mayor parte del Departamento, y las grandes ventajas que el Gobierno tiene en hacer uso del Istmo y nosotros no; pero todo esto me parece poco delante del temor de nueva intervención yankee en nuestros asuntos domésticos, y no quiero que el partido cargue jamás con la responsabilidad de haber hecho lo mismo para que nuestro territorio se desmembre, y esto en la parte más valiosa de él. Querrá decir que soy más patriota que revolucionario. Distinta sería la cosa si ya estuviéramos triunfantes en todo el país, pues como Gobierno no podían meterse los yankees sin que los llamásemos”.

No era don Foción Soto el único opuesto a que la expedición se hiciera sobre el Istmo; Alfaro y Sarmiento participaban de sus temores, seguramente porque aquél les hizo conocer su pensamiento, y lo aceptaron sin examen y sólo porque los antecedentes de un conflicto en Panamá habían estado llenos de complicaciones internacionales. Alfaro me envió sus indicaciones por conducto de don José Lapiere, adicto amigo nuestro, y por el del doctor Renjifo, quienes emplearon el cable y el correo para mayor seguridad. Me decía:

“La ocupación de Chiriquí no tiene importancia política ni militar, y, al contrario, creo que la expedición se pone en peligro de ser atacada por *La Boyacá*, buque construido con las condiciones necesarias para la guerra. La ocupación de Panamá sería de utilidad inmensa; pero como no está reconocida la beligerancia del Gobierno provisional de Colombia, se expondría también la expedición a que cualquier buque extranjero surto en el Golfo la aprese, declarándola pirata. Sería temeridad punible sujetarse al capricho de la marina extranjera, amagar siquiera a Panamá”.

“Las instrucciones dadas desde Santander son acertadas y las únicas que pueden ejecutarse. Debe la expedición tomar las precauciones del caso y dirigirse rectamente a Manta, en donde apenas tengamos noticias se enviará el *Cotopaxi* para darle protección y auxilio. De Manta podría dirigirse con toda seguridad el aludido buque a Cabo Manglar para tomar las tropas de Chaux y conducir las a Buenaventura u otra caleta conveniente del Cauca”.

En fin, Sarmiento, aunque menos tímido que don Foción y que Alfaro y con ideas más claras y precisas de las leyes internacionales, vaciló, sin embargo, en sus consejos, y ora me apoyaba en el plan de invadir a Chiriquí para operar más tarde sobre Panamá; ora en el de invadir el Cauca; ora, en fin, me proponía que fuera más bien en su auxilio al Departamento de Bolívar.

Las razones que tenía yo para querer ante todo invadir al Istmo, provenían de la falta de vehículo propio de transporte. En buque ajeno no se podían emprender operaciones dilatadas. De ir al Cauca, habría de ser en buque propio para operar sobre Buenaventura, bloquearlo o efectuar un desembarque en combinación con nuestros amigos de Tumaco y Guapí, por un lado, y con los de San Juan, por otro, y hacerle frente a la cañonera del Gobierno, llegado el caso. De no tener ese buque y de ir al Cauca en transporte ajeno, no lo podíamos hacer sino a Tumaco, ya en poder de la revolución, y ¿qué mayor fuerza le íbamos a dar a ésta en ese puerto, con los cien hombres de que podía, a lo sumo, componerse nuestra expedición?

¿No era evidente que de Guayaquil le podían llegar más elementos y mejores de los que pudiéramos llevarle?

¿No corría más peligro esa expedición surcando aquellos mares frecuentados por *La Boyacá*, en buque de madera y por mar abierto, menos al abrigo de la Costa?

La única importancia de una expedición sobre el Cauca estaba indudablemente en Buenaventura, que es el punto mejor del Departamento, en donde, una vez tomado, se pueden introducir al Valle, a la parte poblada y rica de él, elementos de guerra con que armar miles de hombres, capaces de devolverle al liberalismo el predominio y la victoria; pero para hombres hábiles, Panamá vale más aún para el Cauca, mucho más que Buenaventura, y dejarlo, como quien dice, a retaguardia en poder del enemigo, cuando se intenta llevar la guerra al interior del Cauca, sería exponerse a ver frustrados los mejores

esfuerzos, porque desde Panamá, y con acopio de elementos formidables, se pueden llevar a cabo sobre Buenaventura las expediciones que se quieran. Hablo en el supuesto de que el Ecuador sea nuestro amigo, o perfectamente neutral.

En ese supuesto, nada podrá esperar el Cauca de ese país ni de ninguna otra parte, una vez tomado Panamá, porque se le privaría del cable, del tránsito para los Departamentos de la Costa Atlántica, para los Estados Unidos y Europa, y de los arsenales de New York. La misma cañonera *Boyacá* tendría que entregarse porque carecería de carbón, de víveres y de lugar de refugio.

Todo esto era inteligible para los adversos al proyecto, pero el miedo cervical que tenían venía de que la toma de Panamá podía provocar, según ellos, algún conflicto, y, dada la rapacidad de los Estados poderosos, alguno de ellos, los Estados Unidos, por ejemplo, con el pretexto de garantizar el libre tránsito por el Istmo, se posesionarían de él. Yo no lo temía así, como no temía tampoco la aplicación de los insólitos principios sobre piratería que profesaba el General Alfaro. Sabía bien que un ejército que se distinguiera por su moralidad y disciplina no podía dar pretexto para conflictos internacionales, sino inspirar confianza y excitar más bien la simpatía general.

¿No sabíamos todos que la guardia dictatorial, formada de batallones de línea, despertaba antipatías y el terror por donde pasaba? Nosotros, al contrario, podíamos ser tales, por nuestros principios y por nuestra conducta, que nos favoreciera el juicio de la generalidad, como resultado de las comparaciones, y conseguir por esto mismo que las colonias extranjeras interesadas en el restablecimiento del orden y en la aseguración de todos los derechos desearan nuestro triunfo.

La tarea para alcanzarlo no podía ser difícil: ser severos siempre en el castigo y reparación de toda falta, y resolvernos, a nuestra aproximación a Panamá, a no tocar un solo clavo de la Compañía del Ferrocarril, poseedora de la línea del tránsito interoceánico.

En fin, a los que echábamos sobre nuestros hombros la responsabilidad de tamaña empresa, nos precedían honrosos antecedentes, y por esto, como porque en Panamá, casi sin excepción de extranjeros, todos deseaban el cambio de Gobierno, consideraba lejanos los peligros y hasta huero el mero temor de extraña intervención.

Con todo, cuando el General Alfaro, don Foción Soto y el General Sarmiento manifestaron su oposición a mi proyecto, renuncié a él, y me propuse secundar los esfuerzos de mis copartidarios donde aquellos amigos lo indicaran.

Resultó que el General Alfaro prefería que nuestra expedición se hiciera al Cauca, y el General Sarmiento a Bolívar. Dada esta oposición, sometí el caso al verdadero árbitro sobre el asunto, al General Zelaya, que era quien iba a dar el vehículo de transporte. En mi carta a este General, de 15 de marzo, le hice conocer las opiniones encontradas de aquellos amigos, copiándole literalmente lo que ellos me habían comunicado.

Sin dilación, y como lo había presumido, decidió que la expedición sería sobre Chiriquí, porque su intento era que “La Momotombo” nos desembarcara en la primera tierra colombiana que avistara, y esa primera tierra no era otra que la de Burica, en jurisdicción de esa Provincia.

Había pasado, además, la oportunidad de operar audazmente sobre el mismo Panamá, cuando estuvo casi desprovisto de tropas, que ya habían vuelto, y que sólo cabía ir a la Provincia que de más recursos disponía.

Al conocer la resolución del General Zelaya, la comunicué inmediatamente al General Alfaro por conducto del notable amigo suyo establecido en Guayaquil, y al General Sarmiento y a don Foción Soto, por conducto de Alirio Díaz Guerra. Después no había ya sino que prepararlo todo para la campaña y averiguar cuántos éramos y con qué auxilios contábamos.

El General Zelaya me había ofrecido anteriormente 1.000 rifles Remington ordinarios, 200.000 tiros y 2 cañones. ¿Sería ése el auxilio a que había aludido cuando habló con el doctor Morales? Yo quise cerciorarme de ello y obtener del mismo General los detalles relativos a la entrega y embarque de esos elementos; pero no quiso recibirme más, y con uno de sus edecanes me hizo saber que debía entenderme para todos los demás particulares con don Clodomiro de la Rocha, su Secretario privado.

De la Rocha me dijo:

—El General ha mandado entregarle 600 rifles, 120.000 tiros, un cañón y 150 tiros de éste. El Coronel Francisco Torres está encargado del cumplimiento de la orden y de hacer embarcar el cargamento en uno de los vapores del lago el día de la partida. El General Nicasio Vásquez es el Jefe escogido para

comandar *La Momotombo*. ¿Cuándo cree usted estar expedito para salir de Managua?

—Es imposible —le dije a Rocha— tener éxito con tan exiguo armamento; tentado estaría a no aceptar el auxilio y renunciar a la empresa si yo me perteneciera, pero yo soy ya todo del Partido Liberal y tendré que resignarme. Conste, no obstante, mi protesta. Para dar tiempo a la venida del correo de Panamá y a que mis cartas logren venir oportunamente a Chiriquí; anunciando que es llegada la hora, señalo el día 27 del presente para la partida.

De la Rocha, a instancias mías, hizo agregar al armamento acordado unos 30 revólvers, 40 cutachas, 10 albardas, 300 salveques, 100 cantimploras, un saco con mecates, 2 carpas y 40 alforjas de pita. El Coronel Francisco Torres agregó, bajo su responsabilidad, 20 rifles Level y 2.000 tiros para éstos. Habría también mejorado la calidad del armamento, pero era imposible. Yo sabía que los rifles carecían de baquetas y había exigido su reposición, pero a esas horas, en vísperas de la partida, no era posible mandarlas fabricar. El armamento era viejo, usado, y sabido es que el soldado lo primero que bota o inutiliza es la baqueta, empleándola frecuentemente de bastón o de azador de carne.

También recibí \$ 2.000 en billetes del Tesoro Nacional, que distribuí entre aquellos, que sentaron plaza en la expedición, desde la suma de \$350 que entregué al General Emiliano J. Herrera, hasta la de \$10, mínimo que entregué al simple soldado. Puedo asegurar que de los \$2.000 fueron perdidos unos \$600, poco más o menos, porque muchos zánganos acudieron atraídos por el cebo de la dádiva, con recomendación de Herrera o de algunos otros de los ya presentados por éste, recibieron su anticipo y no volvieron más o se quedaron escondidos en Corinto el día de la salida.

El Agente de la Revolución en Panamá, nombrado por mí, don J. A. Jiménez, me envió más de \$ 800 en plata colombiana, suma que, como la anterior, fue destinada al enganche y equipo de los ciento diez hombres que se embarcaron conmigo. Y es del caso poner de manifiesto que, siendo insuficientes tales recursos en efectivo para atender a los crecidos gastos de la expedición, mi bolsillo particular cubrió la no pequeña diferencia.

Durante los días 24 y 25 de marzo, hubo en mi casa flujo y reflujo de hombres que entraban y salían continuamente, y tal como se oía en ella rumor

como de colmena, así debía circular por las calles de Managua la noticia de mi marcha. A todos, paisanos e hijos del país, se les recomendaba mucha discreción, pero los hombres, cuando pasan de tres, guardan un secreto contándolo a otros en voz baja y con las mismas recomendaciones que se les ha hecho. El General Zelaya debió tener noticia del alboroto, y se dejó arrastrar de la violencia y de su espíritu autoritario. Me mandó llamar el 25 a las diez de la mañana, y me dijo:

—¿Dicen que usted ha fijado el día de mañana para la partida?

—Sí, señor, mañana.

—Pues sepa usted que si no sale hoy, daré contra orden a lo que se ha dispuesto, y no se hará ninguna expedición.

—Está bien, señor: en el dilema ineludible en que nos pone usted, no podré optar por la negativa, porque no son asuntos personales míos; Ud. se servirá decirme a qué hora debo hallarme en el muelle.

—El embarque será a las cuatro de la tarde aquí, y de Corinto mañana en la mañana.

—Entendido, señor, y sea ésta la ocasión de despedirme de usted.

Alargándole en seguida mi mano, la estreché sin expresarme una sola palabra de esperanza, de buena ventura, de feliz augurio o de prosperidad.

Salvaje, torpe, grosera es la violencia e inconsecuente: no ve, no oye, no reflexiona, no tiene en cuenta las consideraciones que les debemos a los demás, no da asidero a la estimación y ciega las fuentes de la amistad; ordena, previene y resuelve sin examen ...

¡Cómo estaría de fastidiado el General Zelaya! Dejaba ver que el auxilio que nos daba era a su pesar, ¡impulsado por móviles extraños que reducían y esclavizaban su voluntad!

¡A las cuatro de la tarde en el muelle de Managua! A las cuatro, es decir, a la luz del día, a la vista de todos, de amigos y enemigos, y eso ¡para poner remedio al rumor que circulaba de nuestra partida! ...

¿No era agravar el mal el suministrar semejante remedio? ¿No se hacía más público lo que no pasaba de ser un dicho callejero?

A las cuatro de la tarde concurrimos a la cita precipitadamente; pero, como sucede con todo lo de nuestra raza y con las obras de la violencia, nada se había dispuesto para el embarque del armamento ni para la impresión de los

manifiestos y proclamas, y no fue sino a las diez de la noche cuando todo estuvo listo. Las horas perdidas las emplearon los zánganos de que he hablado en proveerse de aguardiente para el paseo nocturno que ideaban, y poco a poco fueron convirtiendo el vapor en una gallera y batahola infernal, en donde a la hora de la partida no era posible entender a nadie ni aun oírle distintamente: tales y tan grandes eran la gritería, los *vivas* y las vociferaciones de entusiasmados y ebrios.

Naturalmente, nuestra llegada a Corinto se efectuó con el sol afuera, y nuestra salida del puerto, previo el trasborde del armamento y de los hombres, del ferrocarril a *La Momotombo*, a las diez de la mañana... Más publicidad, pues, no podía dársele a la expedición, ni mayor podía ser tampoco el escándalo, cuando todo pudo realizarse mejor bajo las sombras de la noche, en el sigilo.

Confieso mi rubor y mi pena ... ¡Cómo habría sido mi satisfacción si aquella empresa se hubiera llevado a cabo en buque propio y a la medida de mis planes! ...

Un bote nos recogió al pasar la cañonera y salimos.

El *Philadelphia*, buque americano de guerra, estaba surto a la entrada del puerto y pasamos cerca de él, alumbrados por el brillante sol de marzo.

Estábamos en plena mar.

Capítulo VI

El desembarque

Nuestra travesía fue lenta y llena de incertidumbres y desazones. El buque no estaba en condiciones de viajar rápidamente, porque tenía el casco sucio y la maquinaria muy usada. El manejo de él, además, no era firme, preciso; y parecía resentirse de las órdenes dadas a sus conductores. Por la noche se abrían mar afuera y por el día ponían rumbo al Norte en busca de la Costa.

Desde que pasamos el Golfo de Nicoya y se presumía la cercanía de las costas colombianas, se hablaba mucho de *La Boyacá* por aquellos conductores y por los jefes de la guarnición del buque. Todos comprendimos que le tenían terror a esa cañonera, a pesar de los buenos cañones de *La Momotombo*. A bordo de aquella seguramente los regenerantes sentían lo mismo por ésta, y ambos buques venían a ser, por esta reciprocidad del miedo, el terror de esos mares, terror para los unos y terror para los otros, según el caso.

La consigna de *La Momotombo* era rehuir todo combate con “*La Boyacá*,” si la encontraba, y contentarse con avistar la primera tierra colombiana que hallara para echarnos en ella y regresar inmediatamente, *sin volver la vista atrás*.

Con estas instrucciones, hasta la mano de los timoneles tenía que ser vacilante, y a menudo nos ocurría estar perdidos en esos mares tan frecuentados y conocidos. En una ocasión nos sacó de dudas el rumbo de un vapor de la Compañía americana que divisamos, y otro día, la isla Montuosa, que fue tomada por la propia Punta Burica, al Sur de la cual se puso rumbo.

Eran dos nuestros conductores y capitanes, ambos sencillos hombres de mar, propiamente *capitanes de agua dulce*. Discutíamos con ellos a cada paso y a veces con calor. ¿Qué fuertes podían ser en el conocimiento de la costa, cuando todos o casi todos los puntos que les pusimos en tela de juicio se los ganamos? Uno de ellos, Félix Berlac, mereció de parte nuestra el apodo o sobrenombre de *Barba Azul*, por la peculiaridad de la suya, entrecana, y particularmente por sus enormes bigotes, aunque también por ironía, porque no podía darse otro hombre más inofensivo, y las desazones que le producían frecuentemente nuestras preguntas sobre el meridiano en que estábamos o la tierra que veíamos, apenas servían para poner de manifiesto que a nadie había hecho un mal jamás. ¡Al recordarlo después, su solo nombre, su fantástico apodo, hacía asomar la sonrisa en los labios de los más serios de los que lo conocieron!...

La isla Montuosa es una masa rocallosa, desprovista de vegetación, refugio de aves marinas; se halla al Sudeste de la Punta Burica, entre ésta y la isla de Coiba, y como a treinta millas de la primera. Vésele de lejos, herida por los rayos del sol, deslumbradora, cual un enorme témpano de hielo. Las olas se alzan sin cesar a su alrededor, amenazadoras; sus chorros espumantes parecen brazos desnudos que momento por momento pretenden rebajarla, abatirla, sumergirla en las profundidades del Océano; pero cuando la nave se acerca y se oye el clamoreo que lanzan, como de lamentos y gemidos, más parecen que están encadenadas y que los desnudos brazos piden en lugar de amenazar, y se alzan en súplica ante el inflexible y mudo gigante que las retiene.

Una vez que *Barba Azul* y demás empleados de *La Momotombo* se hubieron convencido de que la Montuosa no era la punta de nuestro derrotero, reviraron al Norte y cuando avistamos la verdadera Punta Burica, en dirección de ésta, al Noroeste.

A las dos de la tarde del día 30 de marzo, llegamos cerca de ella y fue entonces conato innoble de los jefes y capitanes de *La Momotombo* el de arrojarnos primero en la punta de Balza y en seguida en la del Guanábano, que están dentro de la bahía y hacen parte de la citada de Burica. Debido a mis ruegos y a la cordura del General Nicasio Vásquez, no se consumó aquel atentado.

Arrojados en esas especies de promontorios, a cuyas espaldas crece la selva virgen y en cuyo frente se rompen con estrépito las olas, habríamos sucumbido irremediamente porque no habríamos podido salir de allí jamás. Yo les mostraba en el horizonte y delante de nosotros la Boca de los Espinos, pero ellos contestaban con las órdenes terminantes que habían recibido. Con todo, había que buscar un buen desembarcadero y el buque iba costeano. Cuando ya el sol llegaba al horizonte, estábamos en el *Charco Azul*, brazo de mar profundo en el recodo de la bahía o golfo, en la propia garganta de la Punta o península de Burica, en donde la serranía que forma el dorso de aquéllas revira en busca del Golfo Dulce. Allí anclamos para que una comisión fuera a tierra a inspeccionar si el sitio era a propósito para el desembarque. Se había alcanzado a ver un rancho en la costa y el sitio debía estar habitado.

Compusieron esa comisión Carlos A. Mendoza y los dos Morales, Eusebio y Paulo Emilio. Un bote manejado por cuatro nervudos remeros los llevó a tierra. Con las últimas luces del crepúsculo y ayudados de anteojos de larga vista, vimos cómo el bote era juguete de las olas, cómo orillaron por diferentes lugares para poder allegarse a la playa, y cómo, en fin, entre tumbos y marejadas que los alzaban y hundían en los senos de las olas, tocaron tierra y montaron por la playa a la barranca. La reventazón era horrible, y a pesar de la distancia se oía el alboroto de ella. Con las negras envolturas de la noche, dejamos de ver a los amigos que se habían desembarcado, y las horas transcurrieron hasta la una de la mañana, unas en pos de otras, sin la menor señal de ellos.

En vano dirigíamos nuestra vista a la costa y tratábamos de penetrar la profunda oscuridad que reinaba en ella, en el mar y en el espacio, desde la borda del buque. Ningún rumor, ninguna luz, nada que indicara su presencia o su existencia.

Tal debía ser esa una tierra de antropófagos, la *irás y no volverás* de la leyenda. Cuando imaginábamos que podían haber sido devorados por algunas fieras o naufragado a su regreso, caíamos en el mayor abatimiento.

A la una regresaron los marineros solos, y, por un momento, mientras pudieron explicarse en la cubierta del buque, se hizo más intenso nuestro dolor. Resultó que en vista de lo que habían sufrido en el desembarque, aún de día, no habían querido exponerse a mayores peligros, embarcándose de no-

che. La rompiente de las olas producía en la playa ruido infernal, ensordecedor, y a la vista eran temibles, cuando, al volver sobre sí mismas, se precipitaban desde lo alto, mostrando a manera de fauces oscurecidas por la arena y el lodo. Al día siguiente les echamos bote para que regresaran, y nos contaron que, no obstante haber hallado señales de seres humanos, la playa y la costa un poco al interior eran de lo más ingratas y que habían tenido que dormir enterrados en la arena para escapar así de la persecución de los insectos. Entonces redoblamos nuestras tentativas de navegar más adelante, pero todo en vano, y a la una de la tarde del día 31 de marzo se dio principio al desembarque de la gente y del armamento. Lo hicimos en el mismo lugar en donde habíamos visto un rancho, y habían desembarcado la víspera Mendoza y los dos Morales. Disponíamos de tres botes para hacerlo y con ellos pusimos en tierra, sin haber perdido un rifle, ni una caja de cápsulas, 600 de los primeros y 120 de éstas. Llenos de ardimiento y de entusiasmo, algunos se arrojaban al agua, antes de que el bote diera en la playa, lo sostenían e iban sacando poco a poco la carga. A las seis de la tarde, con el regreso del último bote, que me condujo a mí, *La Momotombo* alzó anclas y fue alejándose hasta perderse en el horizonte, con las primeras sombras de la noche.

Teníamos ya cinco días de mala alimentación y de no poder dormir, hacinados, primero en dos carros del ferrocarril de Corinto, y luego, en la cubierta de *La Momotombo*; pero éstas habían sido privaciones de poca monta, en comparación de la infernal noche del 31 de marzo que pasamos en la boca del San Bartolomé, en donde nos hallábamos. Había dos ranchitos escuetos en el lugar, y ni dentro ni fuera de ellos, ni a la sombra, debajo de los árboles, ni a la luz de las candeladas que hicimos, nos fue posible cerrar los ojos, pero ni estar quietos. Los zancudos, de trompa descomunal, se cernían sobre nosotros en nubes negras y se dejaban caer sobre la cara y las manos, las piernas y el cuerpo todo, con ansia y rabia insaciables, y herían al través de los vestidos, de los sacos de henequén con que se cubrían algunos, y aun de la lona de las carpas que llevábamos. La música de que venían precedidos era inquietante, capaz por sí sola de alarmar y de mantenernos en vela. Risa y desesperación, todo junto causaba verse uno y ver a los demás, huyendo de un lado para otro, azotando el aire con largos ramos de escobilla y con la camisa doblada, guerrero acobardado ante un enemigo tan pequeño...

En uno de los ranchos vivían dos mozos de apellido Guadamuz, que habían huido abandonándolo todo, y en el otro, anciano ya, valetudinario, Silvestre Lozada, antiguo mayoral de un hato de ganados que alguien había tratado de aclimatar en esas soledades. Por este hombre, de tostada y curtida piel, supimos que para escapar de la plaga hacían uso allí de ingeniosa estratagema. Consistía en dejar los ranchos y retirarse al zarzo del chiquero de puercos... Los insectos se entretenían picando y atormentando a los marranos y dejaban a las gentes libres y tranquilas.

Al día siguiente todos nos preocupamos desde temprano por conseguir modo de pasar la noche en mejores condiciones que la primera. Yo fui uno de los últimos en encontrar lugar adecuado; finalmente entré a uno de los ranchos, que estaba lleno hasta el techo con las cajas de parque que traíamos y con las cuales muchos de mis camaradas habían formado sus camas; yo logré hacer otro tanto y, como mis compañeros, procuré el modo de salvarme de los mosquitos cubriéndome con una fuerte lona que protegía el parque contra la lluvia, pues la choza estaba muy destartalada.

Había llegado allí sin que nadie se diera cuenta de ello; el calor me sofocaba y en un instante en que aparté la lona de mi rostro para poder respirar mejor, oí que varios individuos que se habían instalado en el mismo rancho, del otro lado de las cajas que yo ocupaba, pronunciaban mi nombre. Eso me llamó la atención y traté de escucharlos. Hacían referencia a las penalidades, a que estábamos sometidos en esa playa desierta, donde nos encontrábamos como abandonados, sin medio de movilizarnos por agua a consecuencia de la carencia de embarcaciones, y sin poder hacerlo por tierra por falta de bestias para llevar las numerosas cajas de parque que no podíamos dejar allí, como tampoco el cañón y algunos rifles de que disponíamos para armar a otros de nuestros adeptos cuando avanzáramos sobre David. Se quejaban de esa triste situación agravada por la falta de provisiones, pues lo único con que contábamos en alguna cantidad eran galletas secas, tiesas como bejucos, de la clase que en Nicaragua llaman totoposte y de las cuales veníamos regularmente provistos.

—Porras tiene la culpa de todo esto. Vea que meternos aquí de donde no podremos salir —decía uno.

—Es que no debimos habernos confiado de un simple abogado— decía otro— que lo más que podrá será ganar pleitos.

—Lo peor —decía un tercero— vaya a ser que ni se atreva.

—Eso no —dijo otro— yo he sabido que él se ha batido dos o tres veces.

—Hombre, eso de los duelos me lo como yo en sebo. Esos duelos son de mentira; los padrinos los arreglan como quieren, en ocasiones llegan hasta a sustituir los plomos de las balas por masa de pan.

—No, a mí me consta que en un duelo que tuvo en Bogotá, el otro duelista salió herido. En Panamá también tuvo un duelo con un individuo muy valiente, y el duelo fue de verdad.

—Hombre, puede ser todo lo que usted quiera; pero no es lo mismo un duelo que un combate; en el duelo no hay sino tres o cuatro plomos, mientras que en el combate son miles y miles.

La anterior conversación me impresionó profundamente. Yo no podía soportar que mis subalternos dudaran de mi valor. Verdad es que yo, como ellos decían, no era militar, ni pasaba de ser un simple abogado; pero me sentía con ánimos para todo, capaz de luchar como el que más. Me fue imposible conciliar el sueño y me dirigí a la playa a matar el tiempo; Mendoza y Morales, quienes se encontraban metidos en la arena hasta el cuello, para librarse así de los zancudos, sintieron mis pasos, me reconocieron y me llamaron a su lado. Me llegué hasta ellos y les relaté todo lo que había oído. Mendoza al oírlo me dijo: “No hagas caso ni te preocupes por eso”; pero bien comprendí yo por el tono de su voz, que del propio modo él estaba impresionado como yo.

Capítulo VII

Primeros actos de la expedición

Una vez en tierra colombiana, mi primer acto fue asumir el carácter de Jefe Civil y Militar del Departamento de Panamá; designar a Emiliano J. Herrera Jefe de las operaciones militares, y nombrar a Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales, Secretarios de Gobierno y Hacienda, respectivamente, de la Jefatura Civil y Militar. También expedí un manifiesto a los istmeños en justificación a la guerra, y de nuestro participio en ella; di mi aprobación a una circular que Mendoza, en su calidad de Secretario de Gobierno, dirigió a los extranjeros, particularmente a los Cónsules y a los Directores o Superintendentes de la Compañías establecidas en el Istmo, para que observaran, conforme a la ley internacional, estricta neutralidad, ofreciéndoles, por parte de la revolución, acatamiento a la misma ley de las naciones.

El General Emiliano J. Herrera, una vez que hubo aceptado y jurado el cargo, organizó los 100 hombres, de ellos 40 extranjeros, más o menos, 3 costarricenses, Velarde, Jaime Víquez y Granados; 3 hondureños, Lozato Sot, Petit y Víctor Pabón; un peruano, Albarracín; un ecuatoriano, F. Villamarín; 4 salvadoreños, entre los cuales figuraba Palomeque, y como 30 de Nicaragua. Formó cuatro cuadros de oficiales, tres para la infantería, al mando de Miguel Hoyos, Nicholson y Luis Salamanca, con el grado de Coroneles, y uno, de reducido número para la artillería, comandado por F. Morales y M. Laredo, respectivamente, Coronel y Teniente Coronel.

No obstante mis insinuaciones a Herrera, no hubo juramento de banderas, ni de obediencias y respeto a las autoridades supremas de la revolución y del nuevo Gobierno.

BELISARIO PORRAS

Tampoco hizo el nombramiento de Jefe de Estado Mayor, que yo consideraba de primera necesidad, como encargado de desarrollar y dar forma a todo pensamiento sobre ejecución de las operaciones. La razón que nos dio a Mendoza y a mí, cuando lo requerimos para hacerlo, fue la de la conveniencia de someter a todos a pruebas previamente para no proceder con ligereza. Paulo Emilio Morales fue nombrado primer ayudante General. En fin, Herrera tampoco mando a la Jefatura Civil y Militar copia de la Orden General que expidió para la organización de la fuerza, a pesar de que se lo suplicámos, y ésta es la razón por la cual no hago conocer en sus detalles aquella organización, y por qué no consigno en estas páginas los nombres todos de los sufridos y abnegados compañeros que tuvimos.

La resolución citada arriba, el manifiesto a los istmeños y la circular de Mendoza al Cuerpo Consular, son los que van a continuación.

• • • • •

BELISARIO PORRAS

Jefe del Ejército Expedicionario sobre el Departamento de Panamá,

CONSIDERANDO:

1° —Que las necesidades de la guerra civil que actualmente existe en la República, han hecho indispensable una invasión al Departamento de Panamá para obrar en combinación con los copartidarios en armas en otros Departamentos;

2° —Que el suscrito, al llevara efecto esa invasión, ha procedido como miembro del Directorio Liberal del Departamento, siguiendo además instrucciones de un Jefe connotado y prestigioso de la República;

3° —Que por esas razones, y por la voluntad de los jefes y oficiales que forman el Cuerpo expedicionario, el suscrito Jefe tiene autoridad para proceder a la organización militar y civil del Departamento; y

4° —Que además de las operaciones de la guerra, hay necesidad de arbitrar recursos indispensables para proseguir la campaña, de atender a la administración pública y de garantizar del modo más completo los derechos de los asociados,

RESUELVE:

1° —Asumir el carácter de Jefe Civil y Militar del Departamento de Panamá;

2° —Designar al señor General Emiliano J. Herrera para dirigir las operaciones militares y atender a la organización del Ejército;

3° —Nombrar Secretario de Gobierno de la Jefatura Civil y Militar, al señor doctor Carlos A. Mendoza, y Secretario de Hacienda de la misma al señor doctor Eusebio A. Morales.

Dado en Punta Burica, a treintiuno de marzo de mil novecientos.

• • • • •

MANIFIESTO

Istmeños:

Con alegría, con esa alegría sentida sólo por los desterrados que ven aproximarse el día de su regreso a la Patria, o por el esclavo, desposeído de derechos, cuando tiene ya cercano el de su redención, así oímos hace más de cinco meses el grito que lanzaron nuestros hermanos en el Norte contra el ominoso yugo regenerativo; y con angustia, bajo la tortura de lo incierto, en la imposibilidad de poder volar a los campos de batalla, a donde el deber nos ha llamado, así hemos vivido también en todo ese tiempo, mientras los guerreros despertaban al coraje y a la dignidad, del uno al otro confín de la República, oyendo los gemidos escapados de las cárceles atestadas de presos, las quejas y exclamaciones de las víctimas sacrificadas en las ondas del río Magdalena, los rumores, todos los rumores de verdaderos o supuestos reveses y desastres y los clamores vuestros con que nos habéis llamado con insistencia.

No hemos vacilado un instante, y al fin vamos a ver realizados nuestros anhelos. Venimos a vuestro llamado, en acatamiento a las órdenes de nuestros jefes nacionales, que nos excitan a hacer todo género de esfuerzos y sacrificios, y siguiendo los dictados de nuestro corazón. Venimos de fuera porque fuera nos hemos hallado, y venimos a restaurar la República, a liber-

tar a la Patria aherrojada, a devolveros la justicia, escarnecida en tantos días de oprobio como han pasado, y lanzada de la hermosa y amada tierra en compañía de los buenos hijos que le rindieron el culto fervoroso que le tributaron nuestros padres.

No nos anima ningún espíritu de venganza, ni en nuestras filas hay un solo vicio que agujee nuestras almas. Perseguimos un ideal cuya realización buscamos ya sin descanso por las vías pacíficas y doctrinarias, y hoy, si nos es preciso empuñar el acero, tan sólo es para oponer a la fuerza de nuestros adversarios nuestras fuerzas, y a su empuje nuestro coraje.

Probaremos con nuestro definitivo triunfo que sólo ambicionábamos la restauración del derecho en nuestra patria, para que en ellas no haya parias o ilotas como nos consideraron.

Hemos visto desaparecer la fraternidad de los colombianos con el implantamiento del espionaje que relajó todos los vínculos y que abrió las almas a todas las suspicacias y temores; y queremos que esa fraternidad no sea una farsa para que no sea precursora de nuestro fraccionamiento y ruina. Hemos visto cómo fue ahuyentada la igualdad, cómo fueron perseguidos, embrocados y eliminados los unos, en tanto que los otros acumularon riquezas y se dieron dictados para distinguirse y se sobrepusieron a los demás, ante la ley, amparando sus crímenes con el poder; y queremos que la igualdad vuelva a ser la reina incomparable de nuestra democracia. En fin, hemos visto apagarse el brillo de nuestras hermosas instituciones, el que informa nuestras modestas costumbres, nuestros anhelos de engrandecimiento por medio del trabajo, nuestro orgullo en el honor; y queremos el restablecimiento de la virtud y de la verdad entre todos; que vuelvan los hermosos tiempos del carácter y del deber, aquellos en que fue puro el manejo de los caudales públicos, en que el Juez fue amparo del ciudadano y que la Ley tuvo un templo espaciosísimo y en él el culto más fervoroso para todos los colombianos.

¡Extranjeros! Nada tenéis que temer de vosotros si observáis los principios de la neutralidad. Vosotros merecéis de parte nuestra todas nuestras consideraciones, porque venís a traernos vuestros brazos y a fecundar nuestro territorio con vuestro esfuerzo. Creed que si no os inmiscuís en nuestra

contienda, seréis vosotros los llamados a recibir de nuestras manos todas las ofrendas de la hospitalidad.

¡Viva el Partido Liberal!

Punta Burica, marzo 31 de 1900.

*Belisario Porras.—Eusebio A. Morales.—
Carlos A. Mendoza*

• • • • •

Departamento de Panamá. Secretaría de Gobierno. Circular número 1. —
Punta Burica, marzo 31 de 1900.

Señor:

Tengo el honor de poner en conocimiento de usted los documentos incluidos, por los cuales se impondrá usted de la resolución adoptada por una parte muy considerable de los habitantes del Departamento de Panamá, para alzarse en armas, como ya se han alzado, a fin de cooperar, con sus copartidarios del resto de la República, a que se restablezcan en Colombia las libertades públicas, cambiando el existente sistema de Gobierno por uno que sea representante genuino de la voluntad popular, y positiva garantía de los intereses de los extranjeros y de los colombianos.

Obedece el designio del Gobierno de la Revolución, que encabezan en el Departamento de Panamá el señor doctor Belisario Porras, como Jefe Civil y Militar, el suscrito como Secretario de Hacienda, y el señor doctor Eusebio A. Morales, como Secretario de Hacienda, y el señor General don Emiliano J. Herrera como Jefe de las operaciones militares, al intento de restaurar, por medio de las armas y de toda suerte de sacrificios, si menester fuere llegar a tan dolorosos extremos, el imperio de las instituciones republicanas, para lo cual cuentan con los necesarios medios de acción, rápidos y decisivos.

Se propone la Revolución observar fielmente las leyes de la guerra, y como una de esas leyes obliga a los extranjeros a la más estricta neutralidad en las contiendas civiles que ocurran en el país en donde vivan, tengo especial encargo del señor Jefe Civil y Militar de comunicar a usted que las autoridades, el ejército y la marina revolucionarios respetarán y protegerán

BELISARIO PORRAS

en mar y en tierra a los extranjeros y sus propiedades, siempre que las personas se mantengan neutrales y que no haya motivo para que los bienes de extranjeros se reputen, conforme al Derecho de Gentes, como contrabando de guerra, sujetos a detención y confiscación, mediante la visita y el examen de los buques, cargamentos y sitios donde se hallen tales bienes.

La Ley de las Naciones será estrictamente cumplida por la Revolución, no tan sólo por ser esto de conformidad con las prácticas de la civilización, sino también con el propósito de poner, cuanto antes, término a la guerra, con una campaña rápida, y privando a los adversarios de los medios de transporte y de los recursos ofensivos que prolonguen por más días la existencia en el poder de los que han arruinado a la República y conducídola, con el mayor desprestigio, al borde de su completo aniquilamiento.

Ruego a usted, a nombre del señor Jefe Civil y Militar, que dé su atención a la presente Carta Oficial, cuyo contenido se servirá usted participar a los señores Agentes de las Compañías de vapores que residen en ese puesto, con el objeto de que los buques de las Empresas que ellos representan, no transporten en lo sucesivo tropas, ni armas, ni municiones, ni carbón, ni los demás artículos estimados como contrabando de guerra, si quieren evitarse las molestias que les ocasionaría el desprecio o el simple olvido de las obligaciones impuestas a los neutrales.

Con sentimientos de consideración, soy de usted muy atento servidor,
Carlos A. Mendoza.

Capítulo VIII

El filibusterismo

“Miranda, Precursor de la Independencia de la América del Sur, viajó por la América del Norte, por Asia, por Europa y por África en la propaganda de sus ideas. Para captarse el favor ajeno en sus propósitos y allegar elementos que sirviesen a la libertad de su patria, luchó con denuedo por la libertad de pueblos extraños.”

(Inscripción al costado derecho del pedestal de la estatua de Miranda, en Caracas).

En todo tiempo y en todas partes los partidos políticos se han denigrado mutuamente, aplicándose calificativos odiosos, dictados groseros, distintivos irónicos o apodos infamantes, y, sin embargo, de eso han vivido siempre, sin mayor mengua, deshonra ni vergüenza, cumpliendo su misión, por ley superior a todas las voluntades humanas, dándole a la asociación de que hacen parte, hombres de todas las virtudes, patriotas, guerreros, literatos, sabios, estadistas, en una palabra, grandes ciudadanos que sirven de modelo a los jóvenes que luego y llenos de ardimiento, se lanzan a la liza a perseguir la grandiosa labor de sus antepasados.

En Inglaterra, por ejemplo, a pesar del genio flemático de sus habitantes, se denominó *tory* a uno de los partidos políticos del país, que corresponde al Conservador nuestro, partidarios en un principio de Carlos II, y *tory* quiere decir ladrón, asesino y pícaro en toda la extensión de la palabra.

En Francia, la insolencia aristocrática llamó *sansculottes*, es decir, sin calzones o descamisados, a los del partido popular, o sean republicanos, y se aplica aún ese calificativo a agrupaciones que cuentan en su seno, sin embargo, con hombres pudientes, de muchos bienes, haberes y fortuna. En Holanda

se apostrofó un día de *vagamundos*, (*gueux!*) arrojándoles a la cara el vocablo como una injuria, a los hombres serios, al grupo de los descontentos que más tarde conquistaron, a fuerza de valor y constancia, la independencia y la libertad de su patria; y así con muchos más.

Se ve, pues, que nada puede darse de más injusto y al mismo tiempo de más insignificante que esto, porque nadie, partido u hombre, tiene el vicio que se le atribuye por el sólo hecho de que se le denigre con él. Bien puede afearse a toda una agrupación política, que es parte considerable, tal vez la mitad de la nación, con nombres o calificativos propios sólo del crimen; y al mismo tiempo reservar para la agrupación a que se está afiliado las más sonoras frases, los adjetivos más simpáticos: eso no valdrá nada, absolutamente nada, ni influirá en lo mínimo en los destinos de esas agrupaciones, ni en los de la nación. Llámese “descastados”, “anarquistas”, “ravacholistas”, “dinamiteros”, “esclavistas” o “filibusteros” a unos, y resérvese los de “héroes cristianos”, “regeneradores”, “defensores del hogar” para otros, y no habrá más crimen ni más virtud, según el caso, por esta profusión de dictados, pues la verdad es la ley moral, por excelencia, y está por encima de toda pasión, de toda soberbia y de todo encono; ni habrá más adeptos tampoco para los últimos por la adopción de enseñas atrayentes, ni menos para los contrarios porque se les rebaje. Muchas veces la apropiación de un nombre que no merecemos, se ha vuelto arma contra nosotros mismos, se ha perpetuado así y ha seguido figurando a despecho nuestro, como una ironía irritante e insoportable; y al contrario, el apodo, el odioso mote con que apellidamos al enemigo, ha llegado a ser ennoblecido por él, perdiéndose u olvidándose su origen grosero e infamante.

La Historia nos suministra a cada paso ejemplos elocuentes. Cicerón, el glorioso orador romano, hizo ilustre el nombre con que ha pasado a la posteridad, y que no fue el de sus antepasados, sino el apodo con que la emulación, el odio o la envidia quisieron estigmatizar a alguno de aquéllos. A este propósito dice Plutarco:

“El primero de la familia que se llamó Cicerón, parece que fue persona digna de memoria; y que por esta razón sus descendientes no sólo no dejaron este sobrenombre sino que más bien se mostraron ufanos con él, sin embargo de que para muchos era objeto de sarcasmos; porque los latinos al

garbanzo le llaman *Cicer*, y aquél tuvo en la punta de la nariz una verruga aplastada a manera de garbanzo, que fue de donde tomó la denominación; y de este Cicerón, cuya vida escribimos, ha quedado memoria de que proponiéndole sus amigos, luego que se presentó a pedir magistraturas y tomó parte en el Gobierno, que se quitara y mudara aquel nombre, les respondió con jactancia que él se esforzaría en hacer más ilustre el nombre de Cicerón que los Escauros o Cátulos”.

La Regeneración, o sea el Partido Conservador de Colombia, ha llamado a los liberales de distintos modos, todos canallescios, imitando con eso la insolencia aristocrática europea; y obsérvese que el liberalismo se ha contentado con llamarlos a ellos simplemente *godos*, con que se les distinguió en la época colonial, y, posteriormente, después de la emancipación, para indicar primero que eran nativos de España, y luego, que profesaban en materias políticas, los principios autoritarios y de exclusión o contrarios a la libertad que éstos practicaban siempre. A veces se ha dejado esa designación para darles otra, pero ha sido irónicamente, para restregarles los mismos adjetivos retumbantes o hipócritas que ellos se han dado con la mayor frescura. Así, se les dice *regeneradores*, porque ellos se nombran de tal modo, de la voz Regeneración que le dieron ellos a su “sistema administrativo fundamental”, y *regenerativos* y *regenerantes* que son derivados de esa voz. En fin, han merecido ser llamados *dictatoriales* por ser partidarios de la dictadura, y cuando sin rubor ni fórmula, se han dado a la tarea de violar la Ley y de desacreditar la República.

En cambio, los liberales hemos sido “descastados,” “dinamiteros,” “ravacholistas,” “demagogos” y “anarquistas,” y ya se verá si porque tengamos algunos elementos malos, como los tienen todos los partidos, o porque ingenuamente exageramos algunas de nuestras doctrinas, vamos a merecer esos epítetos ofensivos o infamantes y a dejar de ser lo que fuimos, somos y seremos: precursores del progreso y genuinos sostenedores de la libertad.

Ultimamente nos han llamado, con reconcentrada cólera, *filibusteros*, y han calificado de *filibusterismo* nuestras expediciones armadas sobre las costas o sobre las fronteras colombianas. De todos los epítetos, ninguno como éste, que revele mejor la forma atávica de nuestros enemigos. *Filibustero*, del inglés *free booter*, que quiere decir *libre merodeador*, era el nombre de ciertos

piratas, que por el siglo XVII, infestaban el mar de las Antillas. Claro es, pues, que no se nos aplica en esa acepción, sino en otra. La misma voz suena en la historia contemporánea, pero no aplicada a esos feroces piratas de quienes Voltaire decía que “eran tigres con un poco de razón”, sino a los que eran enemigos de España en las Antillas, a los partidarios de la independencia de Cuba y Puerto Rico. Por analogía, los liberales colombianos, partidarios de la emancipación del régimen regenerador, debemos merecer también el epíteto de *filibusteros*, pues *godo* por *godo*, aquí y allá, valen el uno por el otro, como pueden compararse, proporción guardada, los emancipadores antillanos con los del continente.

Nosotros no nos creemos rebajados por haber dado puesto en las filas de nuestro Ejército a extranjeros que han sentado plaza como soldados del liberalismo, sobre todo, cuando estos titulados extranjeros no lo son propiamente, sino hombres de nuestra raza, que hablan nuestro idioma, que profesan la propia religión, con idénticas costumbres, vienen del mismo origen y siguen con nosotros en pos de unos mismos salvadores ideales. ¿Por qué podríamos considerarnos deshonrados, cuando la historia está llena de ejemplos semejantes que la ilustran en vez de mancharla?

En todas las épocas y en todos los pueblos, los hombres han servido libremente a su país o a un país extranjero. La mayor parte de los héroes griegos fueron ilustres voluntarios de esta clase, y su gloria fue siempre igual, indiscutible, no importa dónde consumaran sus hazañas. En los tiempos modernos, los héroes legendarios no han surgido sólo sirviéndole a su país, sino a la causa santa de otro. Turena, Condé, Vendome, Villars, Miranda, Garibaldi, Máximo Gómez, Manuel Roger de Serviéz, y muchos más hicieron su aprendizaje en su patria y fuera de ella, enganchados en los ejércitos extranjeros.

Lafayette, Rochambeau y multitud de jóvenes y oficiales brillantes, tomaron parte en la guerra de la independencia americana, y no eran ni americanos ni ingleses mucho menos, y Bolívar, en fin, no se humilló, ni arrojó baldón sobre su patria recibiendo los auxilios que le dio Petion para librarla del régimen en que se encontraba encadenada. Sin embargo, para España, fueron de *filibusteros* las expediciones del Libertador, compuestas de aventureros antillanos, que, sin patente ni comisión de ningún Gobierno, invadían a mano

armada su territorio colonial. Ella podía calificarlos así en su rencor y en su despecho; pero los criollos aherrojados, al contrario, los denominaban, como a su invicto Jefe: ¡Libertadores!

Los que opinan así pretenden que herimos a la patria misma cuando atacamos los medios o regímenes de esclavitud que mantienen contra nosotros, y no ven que Patria no puede haber donde no hay Justicia ni Libertad, y que no podemos llamar hermanos en ella a los que hacen de amos y como a siervos nos tratan. Quiere esto decir que existe una fraternidad superior a la de aquellos que nacen dentro de ciertos límites geográficos convencionales, sin nada de común tal vez, y esa fraternidad es la de las ideas que forman vínculo más firme e indisoluble que el de la sangre.

Bossuet decía “que no hay extranjeros para el cristianismo y ciertamente, Jesucristo, como buen pescador de almas, las recogía para engrosar su gran ejército de apóstoles y de mártires, sin fijarse en los caracteres esenciales de la raza o de la nacionalidad; pero otro tanto se puede decir de todas las grandes causas. Encogimiento del corazón que se llama egoísmo, o estrechura de horizontes para nuestras acciones, que son límites territoriales, se avienen mal con la grandeza de la idealidad humana. Allí donde gime un oprimido, hay un hermano, y donde hay un opresor, un enemigo.

A Cuba, al África del Sur, se han ido, por centenares, los guerreros inflamados por una ira santa. ¿Son filibusteros? ¿Mancillan a su patria los luchadores que los acojen y les dan puesto en las filas del Ejército de la Libertad? Pues bien, si lo creéis así, sinceramente, oid ¡oh godos! toda esa *Legión británica*, con que se ilustra nuestra historia patria, fue una legión de libres merodeadores o *free booters*, esto es, de *filibusteros*; y Colombia, que consideráis patria nuestra cuando queréis que os sirvamos de pedestal y respetemos vuestros dominios, ¡esa desventurada tierra se encuentra ha tiempo deshonrada!(*)

* Para debelar la revolución de 1840, en Colombia, el Presidente conservador José Ignacio de Márquez solicitó y obtuvo el auxilio del Ecuador, el cual envió al Cauca un Ejército a las órdenes del General Juan J. Flores; éste ayudó a vencer a Obando y luego se dio a la tarea de hacer propaganda en favor de la anexión al Ecuador de las actuales provincias colombianas de Pasto, Túquerres, Obando, Barbacoas y Núñez. En Pasto y Barbacoas se publicaron entonces manifestaciones favorables a la anexión, lo que sabido en Quito, produjo tanto contento que se organizaron fiestas de plaza para celebrar tal nueva. Tan grande fue la ostentación del Gobierno ecuatoriano y de Flores en su propaganda, que el entonces Ministro de Colombia en Quito,

BELISARIO PORRAS

Doctor Rufino José Cuervo, hubo de llamar la atención del Gobierno del Ecuador para que corrigiese la conducta de su General en Colombia (entonces Nueva Granada). La exigencia del Ministro colombiano dio origen a una de las polémicas más brillantes de que hay memoria en la diplomacia colombiana, entre el Doctor Cuervo y el Ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador, Dr. Francisco Marcos. (En uno de los volúmenes de la colección Pineda, existente en la Biblioteca Nacional de Bogotá, puede leerse la citada controversia).

II

En 1885 el Sr. Rafael Núñez solicitó y obtuvo la ayuda del Gobierno americano para recuperar a Panamá que estaba en poder de los revolucionarios liberales. Tropas americanas desembarcaron en el Istmo colombiano en auxilio del Gobierno.

III

No ha habido una sola de las revoluciones que los conservadores del Ecuador han hecho contra el Gobierno del General Eloy Alfaro, que no haya sido con la protección descarada de los conservadores de Colombia y la tolerancia del Gobierno de la misma. Centenares de colombianos conservadores, de todas las clases sociales, desde los Angulos de Popayán, hasta los indios más infelices de Pasto, han engrosado las huestes revolucionarias que Sarasti, Rivadeneira y el Obispo Shumacker han lanzado en más de tres ocasiones (desde 1895 para acá) contra el Gobierno liberal del Ecuador. En la batalla de las cabras fue derrotado el Batallón Cazadores, el cual fue licenciado en Pasto y enganchado íntegro, con jefes y todo, en servicio de Sarasti, Rivadeneira y Shumacker.

En 1900, mientras en las filas de la revolución, en el Sur del Cauca, no alcanzan a veinticinco los ecuatorianos en ella alistados, son más de un centenar los que militan con el Gobierno conservador.

IV

El Doctor Carlos Ranjel Garbiras, eterno conspirador contra los Gobiernos venezolanos que se han sucedido de Andueza Palacio para acá, ha encontrado siempre en las autoridades conservadoras de la frontera colombiana, auxiliares que le han facilitado dinero, armas y hasta hombres. No son pocas las armas que con el nombre de un batallón de línea de Colombia, le han quitado los Gobiernos del Táchira al Doctor Ranjel Garbiras en las muchas derrotas que le han hecho sufrir. En 1898 organizó el dicho Doctor una expedición contra el Presidente del Estado de los Andes, General Espíritusanto Morales, y era voz pública en San José de Cúcuta, que el Alcalde de esa ciudad, el Sr. Carlos García Vega, asistía a las juntas revolucionarias ranjelistas ¡diz que para hacer guardar el orden!

En la guerra actual, 1900, sí ha habido venezolanos en las filas revolucionarias, también y en gran número, los ha habido en las filas de “los héroes cristianos”. La partida que asaltó al Doctor Rodolfo Rueda, en Buenos Aires, cerca de Chinacota, y que asesinó cobardemente a más de veinte de los compañeros de dicho Doctor, era compuesta, en su mayoría, de venezolanos ranjelistas al servicio del Gobierno colombiano. También en el Departamento de Bolívar hay, sirviéndoles a los conservadores, un cuerpo de venezolanos partidarios del General Hernández (alias *el Mochó*).

V

En fin, el Gobernador de Panamá, Sr. Don Carlos Albán, nombró por Decreto del 13 de noviembre de 1900, publicado en la *Gaceta* número 1.307, al General Heriberto Jeffries, Comandante del vapor “Tabogá” en operaciones sobre Buenaventura, y al Sr. Manuel Calderón, tesorero del mismo buque; y ninguno de estos señores es colombiano. Jeffries es americano que ha estado al servicio de todos los Estados Centroamericanos, y Calderón, conservador nicaragüense.

MEMORIAS DE LAS CAMPAÑAS DEL ISTMO 1900

VI

PARA LA HISTORIA

Bogotá, 16 de diciembre de 1840.

Excmo. Sr. General Juan José Flores. (1)

Mi estimado amigo:

La revolución que los demagogos han extendido en algunas provincias de esta República, no sólo atenta contra la existencia de este Gobierno, sino que amenaza muy directamente la paz y la tranquilidad del Ecuador. Los negocios se han complicado en términos que se hace urgentemente preciso un auxilio de dos mil hombres, con Ud. a su cabeza, para que 800 obren por el Cauca, sobre Antioquia, dirigiéndose el resto con Ud. a esta capital (Bogotá).

Las bases del convenio para recibir este auxilio, serán las mismas del que celebró con Ud. el General Herrán para admitir el que Ud. dio tan oportunamente en Pasto; pero no debemos aguardar que se celebre para que las tropas se muevan. Ellas deben venir volando, volando, porque cualquiera dilación las haría llegar inoportunamente y cuando el auxilio fuese infructuoso.

A Ud. lo esperan aquí, en Bogotá, los laureles que su valor y su pericia segarán en el campo de Marte, y muy particularmente las glorias que le granjearán su moderación y sus nobles procedimientos.

Al dar este paso, presento a Ud. un testimonio espléndido de ilimitada confianza, de que estoy seguro no tendré de qué arrepentirme, y que Ud. hará sea digna de la eterna gratitud de mis compatriotas.

Soy de Ud. muy fiel amigo y leal servidor,

J. I. Márquez (2)

(Tomado de *Los Hechos*, de Bogotá, número 357).

(1)—Presidente del Ecuador.

(2)—Presidente de Nueva Granada (Colombia).



Capítulo IX

Marcha de San Bartolo al interior y combate en David

Como es de suponer, y vistas las cartas de Jiménez en uno de los capítulos que preceden, no habíamos llevado a cabo la expedición sin el concierto indispensable con nuestros amigos de la provincia. Manuel Quintero (hijo) debía hallarse, con numerosos copartidarios, en la isla de Las Paridas, pronto a prestarnos ayuda a la llegada, y estaba con ellos convenido que así fuera, dado que podríamos desembarcar en San Pedro, en la boca de Los Espinos o en el mismo Pedregal, y que, desde la expresada isla, como de un observatorio, se podía distinguir el vapor cuando se acercara con nosotros a cualquiera de esos puertos. Pero está dicho que ni con la buena voluntad del General Nicasio Vásquez, fue posible efectuar el desembarque sino en las propias playas de Burica.

Ahora, ¡de qué dificultades no nos veíamos allí rodeados! Eso es casi increíble. Nos hallábamos en un sitio casi desierto, en la boca de un estero pantanoso criadero de chitras, *zancudos* y *mosquitos*; sin más víveres que cuatro sacos de *totoposte* y dos de *queso*; sin una bestia para nuestro transporte y como a 40 millas de todo regular poblado. Nos rodeaban también serios peligros, pues con un enemigo avisado y valiente, allí mismo o en el curso de nuestra marcha, podíamos haber sucumbido obscura y tristemente, víctimas de la celada y del mampuesto.

En medio de estas tribulaciones y angustias, cuando era forzoso reconocer que nuestras esperanzas de éxito se vinculaban únicamente en el valor, decisión y espíritu abnegado de mis compañeros de armas y en los escasos

elementos adquiridos a fuerza de larga y tenaz labor, en la que no fueron pocos los sacrificios personales hechos, los desengaños sufridos y las amarguras apuradas, acaso como nota cómica, para dar matiz de solaz a nuestras naturales pesadumbres, venía a mi memoria el recuerdo de una carta que J. A. Jiménez me remitió de Panamá, y fue recibida por mí en Managua, cuando trabajaba en los preparativos de la expedición y no pasaba una hora sin presentarse algún nuevo obstáculo, en la que uno de esos guerreros urbanos, por desgracia bastante comunes en nuestra tierra en términos precisos y concluyentes, lacónicos e inequívocos me ordenaban lo siguiente:

“Consiga un buque, ármelo con buenos cañones, tripúlelo con buenos marinos y artilleros; diríjase luego sobre estas aguas; busque *La Boyacá*, y una vez que dé con ella, atáquela, aprésela o húndala!”

•••••

La casualidad sigue siendo, indudablemente, mensajera de la fortuna. En esa vez de angustias, se allegó a nosotros en la tarde del 31 de marzo, en la figura de Martín Beitia, indio de esos contornos solitarios, que venían de Alanje con un motete al hombro tan tímido como discreto y veraz. Sorprendido por uno de nuestros retenes, cuando menos lo esperaba, lo llevaron a mi presencia, y el solo descuido o abandono de su marcha, sirvióme de base para juzgar en sus respuestas de su veracidad. Era claro que en Alanje, y por todo el trayecto, ignoraban el desembarque de gente armada, pues de otro modo él no se habría arriesgado a ir; ni para espiar nuestros movimientos le era indispensable dejarse coger, una vez que tenía el monte para vernos y contarnos y aun para oír nuestras conversaciones, sin ser visto y sin ningún riesgo.

No tuve necesidad de mucho para convencerme de su sinceridad. Nadie sabía efectivamente nada de nuestra llegada. Él había estado en la tienda de don Rosendo Herrera y había puesto cuidado en las cosas que allí se conversaban, ninguna de las cuales fue de guerra, y no necesitaba agregar más, porque la tienda de don Rosendo, una de las dos únicas del pueblo, es en donde se recogen todas las noticias.

La cita de ese amigo y copartidario, era por sí sola una demostración, y con eso y asegurarme de que Beitia lo había visto en el pueblo, le propuse

que fuera a darle aviso de nuestra llegada. Previo el depósito del *motete*, púsose a tales horas a desandar el camino que había hecho, prometiendo que volvería temprano, al día siguiente; pero todavía a las dos de la tarde del 1º de abril, no daba señales de dar por cumplida su promesa.

Hallábame ese día con algunos compañeros en observación, en un barranco saliente de la costa, dejando ir la vista por la playa, cuando de pronto apareció a diez pasos de nosotros un hombre de tamaño gigantesco, ancho de espaldas y de color bronceado. La camisa abierta dejaba ver un pecho velludo y curtido por el sol.

Traía sombrero de paja *a la pedrada*, pantalones arremangados sobre las nervudas pantorrillas y una escopeta terciada al hombro.

Rodeado inmediatamente por nosotros, no dio señales de sorpresa ni de temor, y a todas nuestras preguntas contestó con naturalidad. Indudablemente había sabido que en tal sitio estábamos, quiénes éramos, qué propósitos traíamos, y venía como en nuestra busca. Debía ser uno de los nuestros, y para convencernos arrojó bruscamente la escopeta al suelo, se alzó la manga de la camisa y mostró una cicatriz en el brazo.

Esta herida, nos dijo, me la hicieron esos condenados, persiguiéndome para reclutarme. (*) Quisieron rodearme en mi cerco de “Canta-Gallo”, cuando lo limpiaba para sembrar y me les escapé; al emprender la fuga me dispararon, y una maldita bala me alcanzó en este brazo. Desde entonces ando por los montes... .

Le averiguamos por la situación del interior y si tenían allí noticias de nosotros; nos confesó que Beitia, que sabía lo quejoso que lo tenía el Gobierno, le había dado la buena nueva de nuestro arribo, pero nadie más estaba impuesto de ello. A estarlo, ¡cuántos habrían volado a encontrarnos! pues la desesperación del pueblo había llegado a su colmo. “Nadie comía carne en el país, porque la sal estaba muy cara y los impuestos de degüello eran enormes; por todos los campos se veían ranchos vacíos, huertas depredadas, cercas destruídas por el ganado y rozas a medio tumbar o apenas quemadas o con la fagina a media asta... Los mozos andaban por montes como animales y las mujeres lloraban su soledad”.

(*) En el Istmo, el reclutamiento es la aprehensión de los ciudadanos para obligarlos a la fuerza a servir de soldados.

Brígido Ceballos (así se llamaba nuestro hombre errante) fue desde entonces nuestro mejor amigo; enrolado en nuestras filas, cambió su escopeta, que le dejó al viejo Silvestre, por un Remington, y no paró el pie hasta dar ese mismo día con dos caballos que pastaban en lugar cercano. Cuando regresó con ellos, se resolvió la marcha del General Herrera y de la mayor parte de la gente. Cuidando el parque y en espera de medios de transporte, quedaría yo con diez hombres, entre quienes recuerdo al Coronel Nicholson y al Capitán Hernández. A las seis de la tarde de ese día 1° de abril, Herrera alineó a los expedicionarios y en mi presencia distribuyó a cuarenta y cinco de ellos, cuarenta y cinco granadas de cañón y potes de metralla. Me pareció ese un paso desacertado, y así se lo dije. Esos hombres iban a pie y cargados de maletera, rifle, zalveque con 150 cápsulas, etc., etc.; pero Herrera no lo juzgó del mismo modo, y la verdad es que todos recibieron su sobrecarga y entusiastas emprendieron la marcha.

Mendoza me contó después lo penosa que fue la travesía. No había más camino que la playa que el mar deja a descubierto en la vaciante y que cubre y azota en las pleamares. Lugares hay que son verdaderos pasadizos, en donde si no se llega con la marea vacía, la ola amenazante estrecha e impide el paso y moja irremisiblemente a quien intente pasar. Preciso era, además, viajar en silencio, porque sólo a intervalos puede oírse lo que se habla. La marejada retumba horrisona y en cada tumbo inunda y rebasa espumosa el valladar que la contiene.

A las doce de la noche llegaron a la boca del Majagual, ancho estero de curso rápido y bullicioso. Llegaron en vaciante y había que aprovechar los momentos. Con el agua hasta la rodilla empezaron a efectuar el paso y a medida que avanzaban iban palpando nuevos peligros. El lecho era movedizo, el pie se hundía y la arena, de que está cubierto, se iba escurriendo por debajo de la planta, haciendo perder el equilibrio al más diestro. La bestia que llevaba el cañón no pudo resistir y cayó sin ser posible salvarla. Con los pataleos que dio y el grito del primero que rodó al agua, se formó una batahola espantosa; unos resbalaban y caían, otros regresaban a la ribera de donde habían partido; quién soltó el rifle; a quién se le escapó la chamarra; quién dejó ir el zalveque, y todos, en fin, se llamaban con voces que resonaban de modo extraño a esas horas de la noche y en tales sitios, raramente frecuentados por el hombre.

Poco faltó para que se hubiera consumado el mayor desastre con la muerte de algunos hombres, la pérdida del cañón y de muchos otros elementos; pero allí estaba Brígido, vigilante, inspirado por el patriotismo, sirviendo de guía, de consejero y de zapador esforzado. Para todos tenía indicaciones, palabras de aliento y vigorosos brazos, y después de salvar a muchos, corrió en pos de la bestia caída con el cañón bajo el agua, desenvainó el cuchillo montés, cortó los lazos y sacó en triunfo la pieza principal; volvió presuroso en busca del resto, aguas abajo, y lo extrajo de igual modo. Ya en la ribera opuesta, mojadados, transidos de frío, los expedicionarios se dieron por muy felices con haber salvado la vida. Las cuarenticinco granadas y potes de metralla habían quedado en el Majagual, sepultadas. Al primer paso en falso, cada cual soltó la que llevaba y aligeró la carga ...

La boca del río de Los Espinos, poco arriba de la cual confluyen el Chiriquí Viejo, el Piedras, el Duablo y el Divalá, fue pasada en botes con el auxilio de Rosendo Herrera y de veinticinco hombres más venidos a nuestro encuentro con el aviso de Beitia. El día los sorprendió en la maniobra, y después de ocho horas más, por la playa primero, en seguida por el cauce de un largo estero e internándose luego por las llanuras de “Canta-Gallo”, llegaron a las cinco y media de la tarde a Alanje, llamado también *Río-chico*, por el río de este nombre que baña sus alrededores.

Rosendo Herrera, activo y diligente como pocos, había regresado a mi lado, llevando bestias, y cuando las tropas se acuartelaban en Alanje y se establecía el servicio de rondas, salía yo de San Bartolo con él. El parque, a cargo de Nicholson y Hernández, comenzó a ser transportado por tierra al interior, desde ese mismo día, con las dificultades y molestias que son de presumirse.

A medida que avanzábamos, iba engrosando el acompañamiento. Las gentes salían a la vera del camino a ofrecernos tortillas, chicha, café o licores, y mujer hubo que vino a la barranca, cerca del Majagual, a ofrecerme un hijo y un sobrino para que combatieran a mi lado. Por las sabanas de Canta Gallo se veían jinetes galopando, con alegría de fiestas, y así, los sencillos y los tímidos labriegos que huían a los montes como venados, a la aproximación de las fuerzas del Gobierno, salían ahora a ofrecernos su concurso, sus víveres, sus enseres, bestias y brazos.

Como de continuo la novedad movía a muchos, y esos tales, en amaestrados caballos, se daban el placer de pasear a poca costa y satisfacer su curiosidad para poder decir lo que habían visto y mucho más; otros debían ser baladrones que, juzgando el triunfo asegurado, veían llegar el momento de sus jactancias y heroicidades de boca. Pero con todos y éstos, que son muy comunes por todas partes, Alanje parecía de gala a nuestra llegada. Más de 500 hombres nos abrieron paso por las calles victoreando a la Revolución y al Partido Liberal.

Eran las dos de la tarde del día 3 de abril y no había tiempo que perder. David está a tres horas de Alanje y el enemigo debía estar ya informado de nuestros movimientos. Salimos, pues, con tres de nuestros cuatro cuadros de oficiales, engrosados de modo extraordinario.

De David salían piquetes montados a recibirnos: Aníbal Ríos, Silvestre Quintero, Rafael Díaz, Nicolás Alvarado, Aníbal Martínez, R. Barraz, E. Esquivel y cien más, todos resueltos a tomar parte en la lucha.

Para engrosar sus filas el enemigo, decían, había armado a los presos de la cárcel, prometiéndoles la libertad con el triunfo; se había atrincherado en la torre de la iglesia principal y en el cuartel, dejando libre el resto de la ciudad, que podíamos tomar sin tropiezo.

David, asentada sobre un llano y a orillas del río de su nombre, es toda una fortaleza, porque no hay casa que no tenga su huerto cercado de tapias de árboles o piedras, detrás de las cuales se puede hacer la más cruda resistencia y aun impedir la entrada. Así, si el enemigo abandonaba las tapias y cercas de las boca-calles, debía ser por su reducido número o porque no se hallaba tan seguro de ellas como detrás de los espesos muros del cuartel y de la torre ...

Al caer las primeras sombras de la noche, llegamos al peligroso paso de "Los Ladrillos." Consiste en una hondonada, lecho profundo de un estero que se llena de agua con la mar crecida y que queda luego seco cuando la marea baja. Estaba lleno cuando lo abordamos; los de a pie tuvieron que pasarlo con el agua al pecho, y los jinetes mojándose hasta las rodillas. Seis hombres bastan allí para contener y dispersar un ejército de quinientos, pero nosotros no encontramos de ellos uno solo, y después de flanquear el cerro de San Cristóbal, dejando a la izquierda los llanos de David, nos dirigimos al llamado del Cuarto, desde donde dominábamos la población, cuyas primeras casas teníamos a cuatrocientas va-

ras de distancia, y principalmente la iglesia y el cuartel que nos quedaban al frente, a unas mil. Acampámos allí sin inquietudes, casi seguros de que no irían a atacarnos, anhelando el apareamiento del nuevo día para pedir al enemigo la entrega de la plaza bajo condiciones honrosas. Tan firme era mi resolución de no combatir, sino obligado por la temeridad de los regenerantes, que al tener conocimiento de la discusión que se produjo entre el doctor Mendoza, Secretario de Gobierno, y el General Herrera, sobre ataque inmediato, apoyé al último en sus negativas de hacerlo, ante todo, debíamos evitar, si estaba en nuestras manos, el derramamiento de sangre, y bien podía suceder que el espectáculo de nuestras considerables fuerzas indujera a los contrarios a capitular. Un ataque de noche, con fuerzas colecticias, de novicios, ignorantes todavía de la disciplina militar, podía tener consecuencias fatales: en caso de derrota, pararía en total desastre, y caso de triunfo, en escenas de desafuero y de violencia. Había que evitar en fin, a las familias del poblado, la alarma consiguiente a una lucha sangrienta por las calles, en altas horas de la noche. Oíamos distintamente el lúgubre ladrido de numerosos canes que anunciaban en la ciudad, como otros tantos históricos gansos, y tal concierto bastaba por sí solo para infundir pavora en el espíritu de los niños, de las mujeres y de los ancianos.

En desarrollo de esos propósitos, y por ofrecimiento espontáneo de Paulo Emilio Morales, fue designado éste para servir de parlamentario; y sólo esperábamos que amaneciera para enviarlo con la intimidación, pero ni el Coronel A. Gutiérrez Viana ni el Capitán Roberto Cuevas, que mandaban, respectivamente, los piquetes de la fuerza regeneradora en el cuartel y en la torre, nos dieron tiempo de realizar ese designio.

Con el primer toque de diana de nuestras cornetas, a las cinco de la mañana, contestaron desde la torre con un disparo de cañón, al cual siguieron otros de fusil; de modo que no había ya que pensar en parlamentos ni capitulaciones. Nuestras huestes, enardecidas con ataque tan inesperado como banal, sólo quisieron ya el arremeter, y Herrera dio la señal para contestar el saludo de fuego. Aclareando luego, fueron dispuestas las fuerzas de infantería en dos alas, a cargo de los Coroneles Hoyos y Salamanca. La pieza de artillería debía desde la loma proteger el asalto.

Cuando estuvimos listos para emprender el ataque, le pedí a Rosendo Herrera el caballo colorado que él tenía y al disponerme a montar para dirigir el

asaltó por el centro, Mendoza que me vio, corrió hasta mí y me preguntó:

—¿A dónde vas?

—Ya puedes suponerlo —le dije—. ¿No te acuerdas lo que decían de mí en Burica nuestros compañeros, que a lo sumo yo sería un buen abogado para ganar pleitos, pero no para hacer frente a las balas? Pues hijo, hoy es el día del deber. O gano la autoridad que todos ustedes necesitan tenga yo, o sucumbo en la pelea.

Entonces Mendoza, con lágrimas en los ojos, me dijo: “Pues yo te acompañaré. Donde tú caigas, caeré del propio modo”. Y no valió que le hiciese ver la necesidad de que se reservara para sustituirme en caso de muerte, porque él del propio modo buscó su caballo, montó y se vino a mi lado. Mendoza y yo, únicos combatientes a caballo, desfilamos por la calle denominada “Los Gallegos”, calle de tapias y cercas de piedra que ofrecían admirables parapetos al enemigo para barrernos a nuestro paso, y mientras Salamanca rodeaba el cuartel por los lados del sudeste, nosotros vinimos a dominar la plaza por el poniente. El fuego se sostuvo animado por ambas partes, durante hora y media, y en ese tiempo, no sé por qué artes, circulaban por nuestras filas, compasivamente pronunciados, los nombres de los que iban cayendo en el combate. Cuando oí el de Feliciano Morales, mi sorpresa fue tan grande como mi dolor, porque, ¿cómo podía haber muerto hallándose fuera del alcance de los Remingtons? Había caído en la esquina de la plaza, apuntando precisamente con el Krupp, y esto lo explicaba todo. Habían bajado, por orden del General Herrera y con consentimiento del citado Coronel Morales, la pieza de artillería con que contábamos, de la famosa loma de Cuarto, en donde estaba, para ponerla a tiro de pistola, en la plaza y frente al atrincherado cuartel. Tal error debía tener esas terribles consecuencias. Había muerto el jefe de la pieza, retiraban heridos a Loredo y a Juan Antonio Mendoza, y eran tantos los claros en el cuadro de artillería, que no quedaba de él uno sano para dirigir o manejar el cañón. Es indudable que con enemigo más audaz, valiente y entendido, habríamos perdido aquél irremediamente, y como resultado final, habríamos recogido la derrota. El caso no admite discusión, y ya se verá más tarde, en Caledonia, la obcecada reincidencia que tuvo; pero allí, en David, los enemigos cejaron, lo que advertido por nuestros soldados, hizo que cargaran con más firmeza.

Al lado uno de otro, Mendoza y yo encabezando la columna del centro avanzámos hasta la Plaza del Carmen que asaltamos y tomamos haciendo rendir al enemigo que estaba en la iglesia y en la torre, y a consecuencia de ello, de una de las ventanas del cuartel asomó una bandera blanca anunciando la rendición incondicional. Al verla, se precipitaron los nuestros a la plaza, y recibieron del modo más alevoso una descarga cerrada de otra de las ventanas del cuartel, por lo que estuvo a punto de que sacrificar a los que se rendían, si no hubiera sido por mi intervención y la de Paulo Emilio Morales. El soldado no reflexiona; objeto de una agresión infame y cegado por la cólera, repele la alevosía sin miramientos. Creí entonces, y lo creo todavía, que no hubo traición ni felonía en esa descarga final del enemigo, como lo creyeron en aquellos supremos momentos Salamanca y otros. Es posible que la gente apostada en la ventana de la cual salió la descarga, no hubiera visto la bandera blanca puesta por sus compañeros en la otra ventana distante.

Dueños del campo tuve la satisfacción de que muchos de los que me motejaban la segunda noche que pasamos en el puerto de San Bartolomé, vinieron hasta mí, encontrándome en medio de la plaza, a felicitarme por la victoria alcanzada, y varios de ellos llegaron hasta a besarme las manos. En esos instantes nos hicieron una descarga desde una de las casas de alto de la plaza, en donde se habían refugiado algunos adversarios; varios de los que me rodeaban fueron heridos y resultó muerto el valiente voluntario chiricano Aurelio Zamora, así como también el oficial costarricense Jaime Víquez, quien cayó en el momento en que me daba un apretón de manos.

Imposible hacer elogios del valor de unos más que de otros de mis conmlitones, particularmente de los voluntarios chiricanos. Todos, con sola una excepción, cumplieron gallardamente con su deber. Sólo un cobarde vi, un tal D. Navas, peluquero de Masaya, en Nicaragua, quien tomó parte en la expedición con el único objeto de proporcionarse pasaje para ir a buscar en otras playas mejor vida. Todavía recuerdo cuando Palomeque, el de las cicatrices, disparó a quema-ropa sobre él para hacerlo entrar con otros por una boca-calle ...

Mendoza estuvo a tiempo para socorrer al bravo Miguel Hoyos, herido, y sacarlo de la línea de fuego; y Eusebio A. Morales, que hacía sus primeras

BELISARIO PORRAS

armas, hubiera podido vengar a Viquez impunemente, si disparara sobre los miserables asesinos a quienes sorprendió descuidados, y persiguió hasta capturarlos en la casa de la señora Arias de Milligher, pero no lo hizo, y arrojó más bien lejos de sí el Level que llevaba, convencido de que su noble repugnancia sobrepujaba a su encono vengador.

He aquí el parte dado por Herrera:

BOLETÍN LIBERAL NÚMERO 1

Parte del combate librado en David, República de Colombia. Departamento de Panamá. —Comandancia en Jefe del Ejército Expedicionario. —David, abril 4 de 1900.

Señor Jefe Civil y Militar del Departamento.

Señor:

Cumplo con el deber de dar parte a usted del resultado de las operaciones que se han verificado después del arribo feliz de la expedición a las playas de la Patria.

En la tarde del día 3 del presente salimos en marcha para esta capital, llegando a las afueras de ella a las 11 p.m., donde tomé posiciones que me pusieron en condiciones de observar las del enemigo y preparar el combate.

A las 5 a.m. del día siguiente, di la orden de tocar diana en nuestro campamento, la cual fue contestada por el enemigo con un disparo de cañón que hizo exclamar a nuestros soldados, ávidos de combatir, con un ¡hurra! formidable al Partido Liberal.

Minutos después di orden al malogrado Jefe del Cuerpo de Artillería para responder al reto de las fuerzas dictatoriales, y pasado este primer disparo, dispuse otro para observar el efecto que causara en las mencionadas fuerzas que se encontraban atrincheradas en el cuartel y torre de la ciudad, y luego ordené el avance de parte de nuestra infantería que se hallaba desplegada en guerrillas, al pie de la falda del “Cerro del Cuarto”, haciendo descender inmediatamente la pieza de artillería en combinación con el ataque que se efectuó a paso de carga y con una intrepidez digna de la causa porque venimos a combatir.

Llegado que hubimos a las principales calles de la población, fuimos recibidos por diferentes direcciones, y desde atrincheramientos inexpugnables, por los certeros fuegos del enemigo, a los que contestaron nuestros soldados, a pecho descubierto, con el arrojo y decisión de los que no trepidan ante ningún obstáculo que se oponga a la salvación de la República.

Pocos fueron los momentos de la resistencia por parte de nuestros adversarios, y en breve, las puertas de la torre y las del cuartel volaron en pedazos a los golpes de las culatas de nuestros fusiles, dejando así en nuestro poder toda la Provincia y los siguientes elementos de guerra: 50 rifles, 3.000 tiros, una bandera, un cañón, algunos otros enseres de menor importancia, y como prisioneros al Prefecto de la Provincia, Coronel Aníbal Gutiérrez Viana; al Jefe de la Policía, Teniente R. J. Martínez (herido); Atencio Capitán J. M. Rodríguez, Teniente Manuel Roy, Rafael Atencio (herido) y 25 individuos de la policía, entre los cuales hay 6 heridos, habiendo además dos muertos: el Capitán Roberto Cuevas, en la torre, y Miguel Portocarrero, en el cuartel.

Por nuestra parte tenemos que lamentar la pérdida del denodado Coronel Feliciano Morales, primer Jefe de la artillería, el valeroso Capitán Jaime Vásquez, tres individuos de tropa y varios heridos, entre los voluntarios y soldados.

Debo anotar que después de haber suspendido los fuegos y tomados los atrincheramientos, los presos y los heridos, cuando ya la confianza en el triunfo era absoluto, de varias casas, se dispararon tiros sobre el señor Jefe Civil y Militar, sobre el señor doctor Eusebio A. Morales, y sobre otros individuos del Ejército, entre los que resultaron muertos el Capitán Víquez ya mencionado y otros dos más.

¡Gloria a los héroes de la Revolución en esta jornada, y baldón eterno a los que así atropellan en su exterior todas las leyes de la humanidad!

Quedo de usted atento S. S. y copartidario,

Emiliano J. Herrera
General en Jefe del Ejército Expedicionario sobre el
Departamento de Panamá



Capítulo X

Nuestros actos y nuestra conducta en David

Tomada la plaza y restablecido el orden, expedimos un Decreto de honores a los muertos y a los heridos, y de recompensa, además, a los últimos, y las familias de los primeros. (*)

Los heridos fueron instalados en el hospital y en algunas casas particulares, al cuidado del distinguido doctor Manuel González Revilla y de varias enfermeras, a quienes se autorizó respectivamente, para proveer las medicinas y apropiada alimentación.

(*)—Ese Decreto publicado en el *Boletín Liberal*, número 2, dice así:

DECRETO NÚMERO 5 DE 1900

(DEL 4 DE ABRIL)

sobre honores a los muertos y heridos en el combate para la toma de la ciudad de David.

EL JEFE CIVIL Y MILITAR DEL DEPARTAMENTO,
CONSIDERANDO

Que en combate de hoy murieron heroicamente en esta ciudad varios de los defensores de la causa de la Revolución;

Que otros servidores de la misma causa, voluntarios unos y otros pertenecientes al Ejército, fueron heridos en el mismo combate;

Que la Revolución tiene contraída deuda de gratitud con los abnegados servidores que han ofrendado su vida noblemente en aras de la victoria liberal, y con los que sufren en lecho de dolor por el triunfo de sus ideales políticos;

Que en el campo, —enemigo halló la muerte, cumpliendo su deber, el Capitán del Ejército Nacional, Sr. Don Roberto Cuevas;

DECRETA:

Artículo 1º El Gobierno de la Revolución inscribe en el martirologio de los defensores de la República, los nombres de los que recibieron muerte gloriosa en el combate de hoy, a saber: Coronel Feliciano Morales, Sargento Mayor Jaime Víquez, y voluntarios Aurelio Zamora y Juan Miranda.

Artículo 2º. —Los funerales de los defensores de la Revolución se harán a costa de ella y con los honores de la ordenanza.

BELISARIO PORRAS

La muerte de Morales y de Víquez nos contristó sobremanera, porque ambos eran excelentes muchachos que habían ido en nuestra com-

Artículo 3°. —A los herederos de los que murieron gallardamente en el campo de batalla, se les declarará el derecho que tienen a una pensión, de acuerdo con las leyes y de conformidad con los grados y sueldos que les corresponden.

Artículo 4°. —Los heridos señores Coronel Miguel Hoyos; Sargentos Mayores Manuel Loredó, Juan Antonio Mendoza y José Gonzalo Moreno; Capitanes Benito Prado y Enrique Espinosa; Tenientes Serapio Montalván y Aquilino Vásquez; Cabo 1° Gabriel Amador y Cabo 2° Miguel Martínez, y voluntarios Isabel Ardines, Antonio Quintero, Acisclo Albarracín, Emanuel Sosa y Simón Esquivel h., serán atendidos y curados por cuenta de la Revolución, y se les reconocerá la pensión a que tengan derecho, como inválidos al Servicio de la Patria.

Artículo 5°. —Al cadáver del Capitán Roberto Cuevas, adversario muerto cumpliendo su deber, se le harán los honores que corresponden a su jerarquía en la Milicia.

Artículo 6°. —Copia de este Decreto se le enviará al Sr. General en Jefe del Ejército de la Revolución en el Departamento, excitándole a que dé conocimiento de él a las fuerzas de su mando, como reconocimiento del Gobierno por sus meritorios servicios, y para que se sirva comunicar a las familias de los fallecidos las disposiciones que respectivamente les ciernen.

Publíquese.

Dado en David, a 4 de abril de 1900.

Belisario Porras.

El Secretario de Gobierno,

Carlos A. Mendoza.

El Secretario de Hacienda,

Eusebio A. Morales.

Jefatura Civil y Militar. — Secretaria de Hacienda. Número 124. David, abril 16 de 1900.

Sra. Doña María Isabel Víquez, viuda de Miranda,

Presente.

A su memorial de fecha 16 de abril del presente año, ha recaído la resolución siguiente:

Jefatura Civil y Militar del Departamento David, a 16 de abril de 1900.

Visto el memorial que antecede, y considerando que son ciertos los hechos en que se funda, pues el soldado voluntario Juan Miranda perdió la vida valerosamente en el combate del día 4 del actual, y que es un deber de los Jefes de la Revolución dar una muestra de la gratitud que han de esperar más tarde del Partido y de la Patria los que por ellos luchan y sucumben;

SE RESUELVE:

Asígnase a la viuda e hijos del valeroso soldado Juan Miranda, una recompensa provisional de cien pesos, que se le entregarán por el Sr. Comisario General del Ejército. Y cuando se restablezca el orden público por el triunfo de las armas restauradoras, la Jefatura dictará las órdenes del caso para declarar la recompensa definitiva.

Comuníquese y publíquese.

Belisario Porras.

El Secretario de Hacienda,

Carlos A. Mendoza.

Soy de Ud. Muy atento S. S.,

Eusebio A. Morales.

pañía por convencimiento y por adhesión a la causa liberal, que se hacían el deber de defender donde quiera que se la viera en peligro. Víquez tendría 21 años y era de carácter suave, sufrido, valeroso, de correcta conducta y muy culto. Feliciano Morales tenía 36 años, a lo sumo, y tendría uno de casado. Por una de esas resoluciones irreflexivas, comunes en los caracteres vivos, de impulsos repentinos y generosos, abandonó el hogar, apenas levantado, la familia en formación, y se fue en busca de la gloria, que es lo desconocido. El recuerdo de la joven esposa y del tierno hijo, con que ésta había recompensado su amor, enturbiaban por momentos su natural alegría, tal así como la sombra de una nube pasajera.

En poco tiempo conquistó las simpatías de todos sus camaradas. Comunicativo, alegre, franco, generoso, era distinguido con el apodo de coqueto; y realmente usaba de cierta coquetería en sus relaciones con los demás, porque ponía empeño, sin falsía, en ganarse a quien quiera que lo tratara, en subyugar y hacer suyo el corazón de todos.

La herida de Benito Prado nos conturbó de igual modo. Recibió el balazo en el ángulo izquierdo del maxilar inferior y le salió por la cavidad bucal, desgarrándole la lengua, el labio superior y rompiéndole la dentadura. Nos había merecido el mayor cariño por su bondad exquisita, su serenidad ante el peligro, su lealtad y discreción en todo tiempo. Tal “filibustero,” joven aún, tenía en Managua buena posición y un sueldo de algo más de \$100, que despreció por seguir en las filas del liberalismo la noble carrera de las armas.

Cumplidos para con nuestros compañeros muertos y heridos los deberes esenciales de humanidad y de honor, nuestros ciudadanos se dirigieron entonces a dar seguridad en la Provincia que dominábamos.

Nombramos las autoridades del orden administrativo y judicial, y desde el mismo día 4 de abril comenzaron a funcionar tan regularmente, que no parecía sino que el nuevo orden de cosas había existido siempre en el país. Las familias recobraron sus ocupaciones domésticas; los agricultores se entregaron de nuevo a sus faenas de campo; las casas de comercio, salvo las de Lastra y Bayó, abrieron sus almacenes, y los campesinos, ahuyentados con el reclutamiento y la *exención venal*, vol-

vieron a llevar a la cabecera de la Provincia los granos y víveres de que la tenían privada. (*)

Aníbal Martínez, Aníbal Ríos, Armando Terán (hijo), Guillermo Tribaldos, los Alvarados, los Jurados, los Quinteros, Esquivel, los Herreras, formaron el personal del Gobierno de la Provincia.

Ríos nació en el Departamento de Bolívar, pero ha venido a ser chiricano por el corazón. Marmier dice que el hombre no es del lugar de donde nace, sino de aquel en donde tiene sus primeros amores y funda su hogar. Ríos, en efecto, ha levantado en Chiriquí su hogar. Una familia conservadora de David le dio esposa, y sus propios brazos fortuna. Ya es chiricano, porque sus hijos son como ramas de un árbol que echa tantas raíces que ahondan la tierra cuantas de aquéllas brotan. No creo que aumente mucho su fortuna, porque como es de jovial y franco, así tiene Ríos de generoso; pero la mujer sí resultó ser la mejor compañera que pudo ambicionar y la más ardiente amiga del liberalismo.

Es un fenómeno que debiera herir a todos los ultramontanos y reaccionarios: el liberalismo extrae adherentes por selección espontánea del seno mismo de las familias conservadoras. Cuando no es un Terán, un Obaldía, un Fábrega, un Orillac o un Arango, que al entrar a la vida se hacen liberales, sorprendidos de que no lo hayan sido sus familias, es una hija de conservadores, que al dar su corazón a un liberal, se convierte en sacerdotisa de ese credo. De los seminarios han salido también convencidos propagandistas de nuestras doctrinas, y no hay señal, en cambio, ningún ejemplo, de que el conservatismo reclute adherentes del seno de las familias liberales, ni de las aulas en donde se enseñan esas doctrinas. ¿Por qué? Porque el liberalismo es la verdad, es luz y es calor, y así como va mostrando nuevos horizontes cada día, así va fortaleciendo el ánimo y proporcionando energías superiores, a los que avanzan por esos horizontes trabajando por el bien y acumulándolo.

(*) —Esta *exención venal* no fue otra cosa que la *redención a metálico*, según la cual, el Estado, en los países en que es obligatorio el servicio militar, dispensa de prestar servicio activo a todos aquellos mozos que satisfacen cierta cantidad al Erario público. Aparte de la inmoralidad del sistema, en general, en el Istmo fue aquélla una industria de pingües rendimientos de que se aprovecharon algunos regenerantes.

Reconozco que muchos desean siempre un cambio en el orden político para vengarse y saciar en sus enemigos antiguos rencores. En Chiriquí no faltaron quienes hicieran sus posibles para que fuéramos duros e inflexibles con los vencidos; pero sus nombres, que callo, no figuraron en la lista de los escogidos en las legiones de la restauración, y ni por un momento dimos oídos a sus sugerencias. Al hablar de nuestros antagonistas, se mentaba a algún sujeto como hombre de malas costumbres, forzador de mujeres en los apartados corregimientos; de algún gamonal violento y vengativo; de algún tal o cual, instrumento criminal de otros, y jefe de la guerrilla que mató aquí o allá; de fulano, perencejo y sutanejo, con epítetos denigrantes que envolvían ideas de rebajamiento, de perversidad o de agresiones injustificadas... Contra algunos fue como explosión de iras populares contenidas, como sucedió contra dos sujetos del campo de Las Lomas contra quienes pidieron más de cien vecinos de ese campo que los extrañáramos de la Provincia. Y ¿qué hicimos? Pasados los cinco siguientes días al combate, pusimos en libertad a los mismos prisioneros que cogimos con las armas en las manos, a unos con fianza y a otros bajo su palabra de honor de no tomar más parte en el conflicto.

Personas de posición habían pedido rifles al Prefecto la noche antes del combate, para armar en su casa a cinco buenos tiradores, y libres estuvieron luego, y sin molestias cuando quisieron salir de su escondite. (*) Como ellos, fueron y volvieron para donde quisieron, veinticinco o treinta más, porque son pocos los conservadores conocidos de la citada sección.

Notorio es, en fin, que en la noche del 7 de abril, un grupo de enemigos, como de veinte o treinta que iban en retirada, atacaron un pequeño destacamento compuesto de un oficial, un soldado y cuatro peones, a quienes habíamos mandado a Los Remedios a reparar la línea telegráfica. Debían estar bien impuestos del número de los asaltados; sin embargo, se repararon en dos grupos que debían obrar simultáneamente por la puerta de la

(*)—Entre los papeles que se le cogieron al señor Coronel A. Gutiérrez Viana estaba la carta a que he aludido y que dice:

“Señor Prefecto:

“Si Ud. desea, mándeme con el portador cinco rifles con sus correspondientes pertrechos para cinco amigos que, llegado el caso, haremos algo”.

calle y por el patio de la oficina telegráfica en donde aquellos se hallaban, y poco faltó para que en su rencoroso arrojo, se destruyeran ellos también, porque, a más de dos de los nuestros, mataron a cuatro de los suyos. El valeroso Clemente Barsallo cayó herido con dos balazos y en el suelo le infirieron seis heridas más... (*)

El día 8 en la mañana supimos en David, por carta de Don José María de la Lastra para el doctor Abadía, lo sucedido, pero de modo distinto. Le rogaba que fuera a ver a su hermano Ramón que estaba gravemente herido, y que consiguiera y le llevara garantías para todos.

Lamentamos vivamente la desgracia de la familia de la Lastra, y como el doctor Abadía no podía ir, llamamos al doctor Manuel González Revilla y le dimos instrucciones, medicinas y los salvo-conductos pedidos para que marchara sin demora. El doctor González ocurrió a Los Remedios en embarcación que le dimos, cumplió con los deberes de humanidad, y su testimonio luego, robusteció los que por otros conductos habíamos recibido. Extraída, en efecto, la bala del brazo del señor Ramón de la Lastra, se comprobó que era de Winchester, rifle con que iban armados sus compañeros, y esto por sí sólo, esta prueba real, decía más que todas las declaraciones y testimonios humanos.

(*)—El parte de este ataque fue publicado en el *Boletín Liberal*, No. 3, y dice así:

TELEGRAMA

Horconcos, 10 de abril de 1900.

Señor Jefe Civil y Militar,

David.

Situación Remedios buena, quedaron establecidas autoridades. Habiendo en cuartel seis hombres, fue atacado por enemigos en número de 35 a la una de la mañana. Gente nuestra casi desarmada por estar en comisión los otros compañeros.

Muertos seis; dos nuestros: Clemente Barsallo y Manuel Álvarez; del enemigo: José Andrés Álvarez, Enrique Gaitán, Adolfo Jurado y otro, que no sé el nombre. Ramón Lastra herido gravemente; hasta ayer a las 2 p. m., hora en que yo salí estaba vivo, pero bastante grave. Lominé fue preso por los Lastras, quienes quedaron dueños de la plaza, habiendo abandonado ésta en retirada sobre Soná, anteayer, dejando en libertad a Lominé. Jesús Martínez andaba en comisión cuando el asalto. No había regresado. Conservadores propalaron en Remedios la especie del desembarco de 200 hombres en Soná y dijeron que se marchaban a reunirse con ellos, pero expreso mandado por el señor Jaramillo que llegó hasta Tolé, me informó en el camino que no se sabía nada cierto a este respecto. Hoy me he encargado de la oficina telegráfica por orden del señor Jaramillo.

Atento Servidor,

F. Olaciregui G.

En cuanto a don Nicolás Victoria J., que hacía parte del grupo de que hemos hablado, valido del salvo-conducto que enviamos, se trasladó a David en compañía del herido, y anduvo por donde quiso. Apenas llegó fue a visitarnos, recibiéndonlo nosotros del modo más cortés. Mostrándose agradecido, nos declaró que nada podía darse mejor que la compostura de nuestras tropas, ni nada más honorable que nuestra conducta.

Pero ¿qué mejor prueba en abono de nuestra conducta que el testimonio de don Eugenio Loeffler, Agente Consular de Francia, quien en carta publicada en el *Boletín Liberal*, número 2, encomia el comportamiento de nuestras fuerzas y se asocia a nuestro vitor por la República y por la Patria? (*)

Tres individuos, sin embargo, permanecieron en la cárcel, después de otorgada la libertad a los prisioneros de guerra, y esos individuos fueron don José Domingo de Obaldía, don José Modesto Molina y Ambrosio de Gracia.

Obaldía era nuestro amigo personal... Al día siguiente del combate lo denunciaron, con acopio de pruebas, como autor de la temeraria resistencia que tanta sangre había costado. Se nos dio a conocer una carta que él dirigió el 2 de abril al Coronel Gutiérrez Viana, por la cual se ve que preconizaba

(*)—La carta del señor Loeffler, publicada en el *Boletín Liberal*, N. 2, dice así:
Agencia Consular de Francia en David David, abril 5 de 1900.

Señor:

Recibí los impresos que Ud. tuvo a bien comunicarme con cartas, circulares números 9 y 12, con fecha de hoy.

Impuesto del contenido, tengo el honor de contestarle que ya, según órdenes recibidas del señor de Boutaud, Cónsul General de Francia en Panamá, avisé a mis compatriotas residentes en la Provincia de Chiriquí, de observar la más estricta neutralidad, a la cual estamos obligados, como huéspedes de Colombia.

Creo, según he visto, desde su llegada aquí, que ustedes cumplirán lo que prometen en su manifiesto con fecha 27 de marzo de 1900.

El orden y buen comportamiento de sus tropas después del combate, es una garantía.

Con ustedes digo: ¡Viva la República! ¡Viva Colombia!

Con alta consideración me es grato suscribirme del Jefe Civil y Militar de la Revolución, muy atento y seguro servidor,

Eug. Loeffler.
Agente Consular de Francia.

Sr. DON BELISARIO PORRAS
Jefe Civil y Militar de la Revolución.

E.L.C.

enérgicamente que había necesidad de cumplir los sagrados deberes que tenemos con la causa de nuestras *convicciones*, todo lo cual es verdad mucha y nos parecía muy bien. (*) En sus filas, él y algunos de sus hijos, que son conservadores, cumplían un deber sagrado ciertamente, disparando sobre nosotros. ¿Quién podía negar que Obaldía era el Jefe de la Regeneración de la Provincia y el sustentador de Cuevas y de Gutiérrez Viana? Fue, pues, reducido a prisión para que diera fianza, como la habían dado los demás, y para no dejarlo a él, nuestro mayor adversario, en mejor condición que a los otros que no habían hecho otra cosa que seguir sus inspiraciones. Entonces se violentó y no quiso otorgar la fianza, y cuando más tarde se le gravó con un empréstito, tampoco quiso pagar... Un día cedió a los ruegos de los que le aman, y se mostró razonable, con lo cual le fueron abiertas las puertas de la prisión y se le dejó ir, sin forzarlo a pagar lo que tuvo a bien.

Molina no fue seguramente sino un sugestionado que se encaprichó en su resistencia.

De Gracia también permaneció en la cárcel, como debida satisfacción a los pobladores del campo de Las Lomas, y como un medio de precaverlo contra cualquiera agresión o asechanza de sus enemigos.

En fin, Venero, Clément y Práxedes Palma, con los cuales se completa la suma de los conservadores chiricanos, vivieron en nuestras relaciones, visitándonos cuando lo creyeron bueno y gozando de los privilegios y derechos de hombres libres. A nadie se persiguió, a nadie se ultrajó, a nadie se le hizo daño. Al contrario, no hallaron los vencidos mejores defensores que en nuestras propias filas.

(*)—Esa carta fue encontrada entre los papeles del Sr. Gutiérrez Viana, dice así:

Amigo Coronel:

Se han ido sin decirme una palabra, temerosos, quizá de mi negativa, que no la habrían tenido, dos hijos míos y tres amigos guapos para el lugar a donde está el enemigo, para dar informe verídico y pormenorizado de lo que haya, en realidad, a Ud., la primera autoridad de la Provincia, que bien merece se le ayude con interés y lealtad.

Van bien montados, armados y decididos a prestar servicio al País. Preferiría un pequeño percance a que hubieran seguido el ejemplo de los que lo abandonan todo, olvidando que hay deberes sagrados que cumplir con la causa, la amistad y el compañerismo.

Dios permita que usted coseche sin la cooperación de los que huyen antes de la víspera.

Yo no me muevo de aquí y como el susto me tiene mejor, puede contar con mi buena voluntad y con mi vergüenza que nada menoscaba. Nada nuevo puedo comunicarle. Sigo dando pasos para hacer luz.

Suyo Affmo.,

J. D. de Obaldía.

Abril 2 de 1900.

Salvador Jurado, generoso y compasivo con los enemigos, censuraba las cuantías de las contribuciones de guerra; Aníbal Ríos fue protector de Clément; los dos Quinteros, de Arias; Barraza, de Venero; Rosendo Herrera no se diga; para él no había sino amigos y compadres, y así los demás. Pudo creerse, en virtud de eso, por los estrictos o irreconciliables que lo presenciaron, que la formación de nuestra escuela política era incipiente aún y que no había en la Provincia propiamente liberales. Algunos decían que los citados y sus favorecidos se arropaban con la misma manta; pero ¡cuán equivocados estaban! En nuestras pequeñas poblaciones del Istmo los hombres se hallan ligados generalmente con los vínculos de la afinidad o de la sangre, y tratan, sin duda ninguna de favorecerse; los móviles no estaban sino en la índole del liberalismo, pronto al perdón, benévolo, indulgente y magnánimo. Y si no ¿por qué no han obrado nunca con igual fuerza esos móviles sobre los conservadores para inducirlos a ser del propio modo?

•••••

Con la mira de asegurar el orden y de mantener la mayor disciplina en el Ejército, prohibimos la venta absoluta de licores. Un borracho vale por quinientos escándalos, y el recuerdo que teníamos de la noche en que nos trasladamos de Managua a Corinto, nos asediaba como una horrenda pesadilla. En Alanje donde tomámos tierra propiamente, volvimos a ver hombres caminando en zig zags y a oírlos hablar, con la lengua entorpecida y gritar con entusiasmo, echando peroratas al aire libre y vivas al partido liberal y a todos los principios de ese partido.

En David, después del triunfo, aquello parecía natural; pero, al día siguiente vimos que no sólo se bebía por alegre, sino por triste, y que si un triunfo inducía a hacerlo, los lamentos del camarada herido o el duelo por el camarada muerto, movían con igual intensidad. Antes no teníamos idea cabal de tan abominable vicio; cuanto sabíamos de él lo debíamos a pura referencia, a escasas lecturas sobre la materia, o por haber visto, al paso, alguno de los tantos beodos dirigiéndole apóstrofes a lo invisible, o empuñados por los guardianes de la seguridad, o caídos al suelo, desgarrada la cara y cubiertos de sangre, en la actitud humillada de hombres vencidos por enemigo implacable. No conocíamos los estragos morales que causa, cómo

rebaja todos los deberes, cómo domina la voluntad y perturba la razón, cómo degrada y envilece. Dicen que el alcohol mueve a los hombres al empuje en los combates o a la resistencia, pero conozco más bien los que se han aflojado el día de la goma, apagándose su valor de la víspera, como lámpara falta ya de combustible. Si da coraje, debe ser como da inteligencia, una efímera luz, como de luciérnaga, en la obscura noche del cerebro. Se turba o se pierde la razón, y con esto está dicho todo, pues, sin razón, sin ningún discernimiento, no puede haber valor, ni honradez, dignidad ni discreción, constancia ni virtud alguna. Para conocer bien ese vicio y sentir por él la repugnancia que merece, no creo yo que valga ni el ejemplo que daban los espartanos a sus hijos, embriagando a los ilotas; es preciso haber tenido viciosos a su cuidado, sometidos a reglas, bajo su dirección o mando.

Pero una prohibición sobre venta de licores es como una jaula para el viento, porque el borracho procura siempre el modo de beber. Donde hay quien beba y quien venda aguardiente, no hay poder humano que descubra las confabulaciones del vicio y del interés; y si se logra suprimir éste con el decomiso, el embargo o la expropiación de los licores, todavía queda aquél en asecho, vigilante, inquiriendo, husmeando y sorbiendo algo que le queme el paladar y la lengua, como Kananga, Agua Florida o Bayrum. Se cree reducir el vicio, someterlo, aminorar sus efectos, gravando la venta de licores, estableciendo un impuesto, por ejemplo, de un peso o dos por el litro, y los más pobres de esos desequilibrados se procuran lo suficiente y beben y se embriagan.

¿De qué medios valerse? ¿En dónde hallar el correctivo?

La detención del vicioso era un recurso tan ineficaz como todos los otros de que habíamos hecho ensayo. Encerrados hubo en la torre de la Iglesia de San José, en David, que se descolgaron de ella, con peligro de la vida, para correr delirantes a buscar alcohol, allí donde ellos sólo, con delicado olfato, sabían que podían hallarlo.

Sin que hubieran hasta entonces, sin embargo, causado más penas que a nosotros mismos, un día, cuando acordamos nuestro avance a Panamá, tomamos una resolución suprema, radical, con los borrachos que teníamos en el ejército. Habían venido, decían ellos, a compartir con nosotros las penalidades de la campaña, pero habían venido sin que se lo

pidiéramos, movidos indudablemente por la esperanza de hallar mucho que beber. ¿No dicen que en los campos de batalla no se puede vivaquear sin aguardiente? La idea está generalizada, en efecto, de que es en campaña donde más aguardiente se toma. Pero aunque hubieran compartido con nosotros algunas penalidades, ni podían seguir en nuestras filas ni mucho menos podíamos dejarlos en David, como un castigo para esta población, o como víctimas, en caso de que el enemigo recuperara la plaza. Resolvimos, pues, expulsarlos del país, y mandarlos, a costa de la revolución, a Golfo Dulce, para que de allí, con fondos de que los proveímos, siguieran a donde mejor les pareciera.

Manuel Calero tenía un bongo y lo llamámos, le dimos setenta pesos por el viaje y le entregámos a bordo al titulado doctor Chévez, (estilo regenerante) a Luis Quintero, colombiano, a Enrique Lozano Soto, hondureño, y a Carlos Gómez, Francisco Flórez, Clodoveo Candia, Miguel Fornos y Horacio Alvarado, todós hijos de Nicaragua. ¡Cuál no sería, sin embargo, nuestra contrariedad y nuestra pena cuando ocho días después teníamos a los citados de regreso, trazando curvas en el camino del Pedregal! Calero aseguraba que el Jefe Político de Golfo Dulce no les había querido dar asilo en el territorio de su mando; pero no vacilamos en insistir en nuestra primera resolución, y los mandamos entonces hasta el propio Puntarenas... Parece que, ausentados ya nosotros de la Provincia, cuando avanzábamos a la de Los Santos, los extrañados lograron intimidar al piloto del bongo y regresar al Pedregal, entrando a David en vísperas de la recuperación de la plaza por las fuerzas regenerativas. Así se explica cómo Alvarado, en una borrachera, fue desjarretado, mancado, desorejado, hecho un ecce homo por un su compinche de tragos; y cómo Candia cayó en poder de aquellas fuerzas y corrió la voz de que lo habían ahorcado...

Sólo fue eximido de la pena de destierro José Hilario Hoyos, nombrado también el Chiriguaco, por la índole apacible de sus monas, y en consideración a su hermano el valeroso Miguel Hoyos. Con todo, se le dio de baja, y cuando fue notificado de ello:

—Vea, mi doctor —me dijo— en balde saca usted a Chiriguaco del ejército porque bebe, pues su amor al aguardiente es superior a Chiriguaco, y seguirá bebiendo y bebiendo mientras viva, y con todo y no quererlo

usted, se irá detrás, y cuando haya un combate, va usted a ver todo lo que vale el Chiriguaco.

Como lo dijo, lo hizo: siguió detrás, a pie, bebiendo siempre que halló qué, y cantando alegre, con humor igual, sin ración, sin rifle, ni morral, sin mantas y sin ropas. Su sombrero, arrugado por delante y por detrás, los botines rotos, retostados por el sol o como una esponja de agua, y sobre la camisa de lana un chaleco desabrochado, abierto.

Fue ciertamente una excepción. En Chame, cuando en la mañana del 8 de junio, comenzó el combate, sin haber espantado el diablo aún, se me acercó con la mayor tranquilidad y me dijo:

—Quiero cumplirle mi palabra; déme un rifle y va a ver, mi doctor, lo bueno que es para todo esto el gran Chiriguaco.

Se le dió el rifle y peleó como un loco, en pleno llano, de pie, sentándose, acostado, bailando y cantando, como sólo podía hacerlo, ciertamente, el *Chiriguaco*.

•••••

Como es de suponer, no fueron todos nuestros actos absolutamente un bien o fecundos en bienes. Luchábamos por la buena causa y, por tanto, aspirábamos a no causar quebranto alguno ni a hacer lanzar una sola queja; pero el cambio introducido en el orden político producía necesariamente otro ídem en las relaciones sociales y en las transacciones de la vida. Los mandatarios, enemigos nuestros, explotadores del pueblo por muchísimos años, al par que poseedores de la tierra y de todo lo que ella da, habían absorbido los negocios, y por ley social y moral inevitable, sobre ellos tenían que recaer, antes que sobre cualesquiera otros, las consecuencias de la guerra. ¿No hacíamos ésta, después de agotados los medios políticos de que hicimos uso, por la prensa, por la tribuna y en las asambleas, precisamente para quitarles, empleando ya la fuerza, todo lo que habían usurpado? Por ventura ¿no queríamos que, prevaleciendo nuestras ideas en la dirección y manejo de los intereses nacionales, predominaran nuestros hombres distinguidos, de un modo absoluto o siquiera al lado de nuestros enemigos o por igual con ellos?

Primeramente hicimos fuego sobre ellos, y lo hicimos a buen seguro, con intención inequívoca de matarlos o ponerlos fuera de combate, en la imposibilidad de hacernos daño; y como efecto de nuestro triunfo y de la fuga que emprendieron, nos posesionamos, privándoles a ellos de los puestos públicos que el pueblo no les había dado y que retenían en su poder, mediante los engaños y violencias del sufragio. También les expropiamos bestias y monturas, les tomamos ganados y les impusimos contribuciones de guerra.

Todos estos fueron males, indudablemente, que les causamos a los conservadores, a quienes no hay que confundir con las poblaciones, a las que no hicimos daño alguno y de las que no son en el Istmo sino una minoría; pero esos males, directos o primordiales unos y derivados otros, provinieron de la guerra misma o de sus necesarias consecuencias.

La guerra —¿quién lo ignora?— es una calamidad verdadera, el mayor acto de barbarie de los hombres. Un grupo de éstos se dispone a eliminar o a someter a otro grupo de los mismos y ambos viven consagrados a estudiar y prevenir las sorpresas, las marchas, el ataque del enemigo, la defensa, la cohesión y disciplina de las propias filas, las posiciones de combate, la moralización del ejército, el manejo de las armas, la retirada, en fin, la victoria. De modo que se quitan muchos brazos a la agricultura, al comercio, a la industria, y se destinan a un trabajo especial que, a primera vista, no produce nada, preparatorio del exterminio o de la destrucción. Esos hombres, mientras obtienen el resultado final que implica el triunfo, deben vivir, esto es, deben satisfacer ciertas necesidades esencialmente individuales; y aparte de éstas, otras cuya satisfacción es de igual modo indispensable para el logro de las operaciones militares. En una palabra: en la guerra, entre tanto que unos trabajan con las armas, en la brega de vencer a sus enemigos, otros deben proveerlos de cuanto necesitan. Ésa es regla deducida del principio moral de la existencia, y no se conoce ni sería posible hallar otra mejor que la sustituya.

No es la de que unos trabajen para que otros vivan, sino la de la distribución de los servicios en la guerra, el mayor y más noble de ellos, a menos que escépticamente se niegue la existencia de los gran-

des ideales por los cuales se empuñan las armas y se sacrifican la hacienda y la vida.

Cuando la guerra es internacional, cada beligerante ocurre a su propio tesoro para sostener sus ejércitos, y no es sino al fin, con la liquidación de la victoria, cuando se deducen contra la nación vencida los gastos hechos y las indemnizaciones consiguientes. En guerras civiles y contra gobiernos usurpadores, explotadores, como lo ha sido en Colombia el régimen regenerativo; que ha consumido las contribuciones ordinarias y empeñado, malbaratado, disipado las del porvenir, vendiendo por anticipación o hipotecando el goce, el uso, y aun el abuso de los monopolios establecidos y de todas las rentas, ¿quién ha de proveer el mantenimiento del ejército que se alza a restablecer la verdad, el derecho y el honor en la República? Claro es, indiscutible, que si las primeras necesidades de la guerra son atendidas por los mismos revolucionarios, a medida que el triunfo va coronando los esfuerzos de éstos, es contra los vencidos, en proporción a la significación pecuniaria y política de cada uno, de quienes se van deduciendo los gastos, nada más que los gastos, sin indemnizaciones que no dejarían de ser muy justas. Esto explica por qué llamándonos defensores del derecho y haciendo la guerra, precisamente para que sea respetado el nuestro, nos servimos de la propiedad y bienes de nuestros enemigos, afectando el derecho de ellos, todo esto en el terreno de los principios jurídicos, plenamente justificados. Sólo haciendo mal uso de esos bienes o exagerando su exacción, sólo así, habríamos infringido el derecho de la guerra y échonos indignos de tremolar la bandera de las reivindicaciones; mas no fue así. Chiriquí, provincia ganadera por excelencia, la más rica del Istmo, la que cuenta con más dehesas de ganado y con mayor número de grandes propietarios, apenas rindió un tributo de \$ 35.000; sólo le tomamos para el ejército 200 acémilas y cosa de 70 novillos.

Esto, se dirá, vino a ser siempre un daño, un mal confesado, un perjuicio evidente; concedido; pero lo que habría que probárenos, es que lo hiciéramos para llevar a cabo una guerra injusta contra un gobierno legítimo, en un país bien gobernado, y, eso, ya lo hemos visto,

no podrían probarlo jamás, ni históricos ni nacionalistas, ambos regenerantes. Habría que probársenos que haciendo uso de la propiedad y bienes de los conservadores, lo hicimos para nuestro regalo, y esto también les será de imposible demostración. Obligados, constreñidos a hacer la guerra, hicimos lo posible por aminorar sus desastrosos efectos, consumiendo apenas lo preciso para llevarla a feliz término, pues teniendo ella, a pesar de sus depredaciones y tristezas, su parte de virtud, no habíamos de exhibirla en su desnudez repulsiva, cuando por nuestra elevación de miras y nuestra buena fe, podíamos y queríamos hacerla aceptable y atrayente. (*)

Esto es tan cierto, que en esa nuestra buena fe resolvimos devolver las caballerías, desde donde pudiéramos reponerlas; y así se hizo en cuanto fue dable, (**) prometiéndonos también reintegrar el valor de las contribuciones de guerra con el producto de la venta de licores, tal como teníamos el proyecto de organizarla. En todos los países centro-

(*)Algún conservador dijo con fecha 4 de julio en "El Mercurio" de Panamá, cuando estábamos en Chame, que a J. P. Palma, de una cría de bestias le tomámos las yeguas madres, dejando los potrillos para que sufrieran los efectos de una prematura orfandad; que a los Lastras, al contrario, les tomamos los potrillos con el deliberado propósito de matarlos y dejar a las yeguas madres sin sus hijos; que a Nicolás Jované, en Remedios, le quitamos, "para darle carne gorda al pueblo", hermosas vacas de cría en lugar de novillos; que en casa de Obaldía en David, el abuso llegó hasta el punto de que un oficial se apoderase de sus espuelas de plata, que el señor Obaldía conservaba con religioso cariño, por haber pertenecido a su padre, y que en Tolé y Horconcitos "aquello fue horroroso", porque la soldadesca no respetó en casa de Cayetano Castrellón y Francisco Victoria, "ni las ropas de familia". Puedo asegurar bajo la fe de caballero que lo anteriormente aseverado es, salvo el caso de las espuelas, absolutamente falso, y constituye una violenta exageración.

El Jefe supremo de la Comisión permanente encargado de la requisita de bestias fui yo, como lo fui de la Comisión de informaciones, y nunca supe ni habría permitido, sabiéndolo, que se causaran iniquidades semejantes. El señor Palma me visitó diariamente y jamás se presentó en queja, como víctima de atropello tan inaudito. Está fuera de discusión la infamia que se nos atribuye de la deliberada destrucción de los potrillos de los Lastras, pues claro es que los que éramos compasivos con los humanos, como lo fuimos con esos mismos Lastras, mal podíamos ser crueles con los irracionales.

Superfluo por demás es contestar lo de las vacas de cría y lo de las ropas. La detracción y la calumnia no mienten porque aseveran, a sabiendas, hechos falsos, cuanto porque abultan o exageran sus aseveraciones. Bien pudo algún ratero del Ejército, que no faltan de ellos en todas partes, robar alguna manta o pantalón; pero esa acción reprehensible, con todo, no es ni puede ser "horror" de la soldadesca.

(**) Tres caballos del señor Obaldía, los de silla, de él y de sus hijos, de que nos servimos durante nuestra estadía en David, le fueron devueltos, con sus monturas respectivas, el día de nuestra salida de esa ciudad.

BELISARIO PORRAS

americanos esa renta produce millones, y proporción guardada con la población del Istmo, ridículo nos parece el producido de ella en éste. Bien podíamos por un sistema, si no igual, semejante al que tienen esos países, establecerla sobre mejores principios, con provecho para el Fisco, sin mengua de la industria ni del consumo, y sin gravar a nadie más que al insociable e incontinente vicio (*).

(*) Léase en la *Gaceta de Panamá*, del 25 de febrero de 1901, la lista de la contribución de guerra, impuestas a los liberales de la provincia en el solo mes de mayo de 1900, y se conocerán lo que son las bondades y magnanimidad de los conservadores.

La reproduzco para enseñanza del porvenir y para consideración y remembranza de las víctimas:

PROVINCIA DE CHIRIQUÍ

—LISTA—

de la contribución de guerra hecha en el mes de mayo de 1900.

Acosta Julián.....	\$ 100	Espinosa Alonso.....	\$ 150
Albarracín Asisclo.....	\$ 200	Gaitán Fransisco.....	\$ 600
Almengor Andrés.....	\$ 50	Gallegos Juan Manuel.....	\$ 100
Almengor Gregorio.....	\$ 100	García Cecilio.....	\$ 100
Almengor Juan José.....	\$ 100	Guzmán Domingo.....	\$ 100
Alvarado Albino.....	\$ 2.500	Gómez Juan.....	\$ 100
Alvarado David.....	\$ 100	Gómez Julio.....	\$ 500
Arajos Gabriel.....	\$ 100	González Jesús.....	\$ 200
Araúz P. Corcino.....	\$ 2.500	González Juan.....	\$ 200
Araúz Dionisio.....	\$ 50	González Pablo.....	\$ 100
Araúz Faustino.....	\$ 634	Guerra Agustín.....	\$ 100
Araúz Gabriel.....	\$ 4.000	Guerra Sixto.....	\$ 100
Atención Laureano.....	\$ 150	Guerra Matilde.....	\$ 300
Barraza Rodolfo.....	\$ 200	Guibaut Carmen José.....	\$ 1.500
Barroso Fermín.....	\$ 100	Gutiérrez Juan.....	\$ 100
Barroso Pedro.....	\$ 200	García Felipe.....	\$ 40
Bastos José María.....	\$ 100	González Pablo.....	\$ 150
Batista Antonio.....	\$ 100	González Casimiro.....	\$ 50
Caballero Lorenzo.....	\$ 200	García Antonio.....	\$ 50
Calancha Francisco María.....	\$ 2.000	Hernández Catalino.....	\$ 100
Candanedo Agustín.....	\$ 100	Hernández Cecilio.....	\$ 50
Candanedo Francisco.....	\$ 500	Hernández Dionisio.....	\$ 1.000
Cano Bonifacio.....	\$ 100	Hernández José María.....	\$ 400
Castrellón Eustaquio.....	\$ 200	Hernández José María (reincidencia).....	\$ 400
Castrellón José.....	\$ 50	Jaramillo Carlos F.....	\$ 2.000
Castrellón Victoriano.....	\$ 100	Jurado Isaías.....	\$ 1.000
Concepción José de los Santos.....	\$ 200	Jurado Hermanos.....	\$ 9.000
Contreras Silverio.....	\$ 50	Jurado Juan.....	\$ 1.000
Cosani Pablo.....	\$ 200	Jurado Miguel.....	\$ 500
Castrellón Mateo.....	\$ 150	Justiniano Manuel.....	\$ 300
Castillo Gavino.....	\$ 300	León Anastacio.....	\$ 150
Delgado Nicolás R.....	\$ 2.000	León Gaspar (reincidencia).....	\$ 800
Delgado Joaquín.....	\$ 100	Martínez Aníbal.....	\$ 200
Esquivel Eliseo.....	\$ 100	Martínez Aníbal.....	\$ 200
		Méndez Santos.....	\$ 500

MEMORIAS DE LAS CAMPAÑAS DEL ISTMO 1900

Fue Paulino Emilio Morales el encargado del cobro del empréstito, y tampoco por la persona del recaudador puede reprocharse en nada nuestra conducta.

A mi vez, yo no sabía qué hacer con él.

Tenía el grado de Coronel ganado en muchos años de servicios y estaba acostumbrado a mandar y a estar ocupado y no a que lo mandaran, ni a vivir ocioso..... Le nombramos, pues, Comisario General, le señalamos casa para oficina y le enviamos la lista de contribuyentes.

Pasaron los días y Paulino Emilio no había dado un solo paso; en David no había quien ignorara lo que a cada uno le correspondía; los más de los gravados se escondían y los otros hacían valer sus influencias de diversos modos. Supimos, en fin, que el mismo Paulino Emilio había sido llamado por la esposa de don Domingo de Obaldía para que abogara en beneficio de éste.... Alarmado con el retardo y con la falta de recursos a que nos hallábamos sometidos, llamé a Paulo Emilio y lo excité para que procediera cuanto antes al ejercicio de sus funciones.

Miranda Anselmo.....	50	Navarro Nieves.....	200
Miranda Jerónimo.....	50	Piti José.....	500
Miranda Rosendo.....	00	Quintero e hijos.....	2.500
Montenegro Dionisio.....	50	Ríos Alejandro.....	50
Montenegro Emerito.....	250	Ríos Anibal.....	1,000
Montenegro Evaristo.....	250	Ríos Manuel.....	500
Morales Agustín.....	200	Ríos Buenaventura.....	50
Morales Apolinar.....	25	Ríos Valentín.....	100
Morales Asunción.....	120	Samudio Ursulo.....	100
Morales Ceferino.....	250	Sánchez Gaspar.....	100
Morales Espiritusanto.....	700	Sánchez Navidad.....	200
Morales Eusebio.....	50	Saval Nicolás.....	100
Morales Eustaquio.....	150	Serracín Esteban.....	1.500
Morales Félix.....	250	Serrano Francisco.....	100
Morales Juan.....	50	Silvera Raimundo.....	200
Morales Santiago.....	100	Tejada Sabas.....	200
Moreno Santiago.....	200	Valdés J. Ángel.....	100
Moreno Victorio.....	100	Valdés Ruperto.....	100
Muñoz Cenén.....	100	Valdes Félix.....	100
Muñoz Matilde.....	400	Valdes Félix.....	100
Núñez Manuel.....	100	Valdes Saturnino.....	100
Navarro Ambrosio.....	200	Vega Pablo.....	100
Navarro Agustín.....	50		
			\$ 63.469

BELISARIO PORRAS

DISTRITO DE ALANGE

Acosta Julián	50
Acosta Manuel	50
Aguirre Francisco	100
Aparicio Francisco	100
Aparicio Gregorio	100
Aparicio Juan	150
Aparicio Julián	200
Aparicio Manuel	200
Aparicio Paulino	200
Araúz Candelario	300
Araúz José de los Santos.	1,000
Araúz Dionisio	100
Araúz Doroteo	200
Arracera hermanos	150
Arracera Tomás	100
Artunduaga Ramón	200
Araúz Benito	100
Beitía Pablo	400
Beitía Carmen F	100
Bonilla Pedro	200
Bonilla Pedro (reincidencia)	500
Bonilla Nestor	125
Carreño Ramón	150
Cedeño José	100
Centeno Pedro	200
Concepción Angel	300
Espinosa Valentín	250
Gómez Manuel	1,000
Herrera Rosendo	5,000
Herrera Gerardo (reincidencia)	2,000
Marín Angel	100
Morales Escolástico	200
Morales Félix	1,000
Morales Ildefonso	500
Morales José Braulio	300
Morales Manuel Lara	400
Olmos Alberto	1,000
Olmos Alberto (reincidencia)	1,000
Olmos Manuel	300
Olmos Lázaro	200
Olmos Gertrudis	50
Orocú Antonio	500
Orocú Manuel	200
Orocú Manuel Antonio	100
Orocú Evaristo	200
Orocú esteban	50
Orocú Venancia	150
Olmos Miguel	150
Peña Andrés	500
Rivera Victorio	300
Rojas Manuel	350
Ruedas Hilario	200
Ruedas Joviano	200

Ruedas Nicolás	200
Ureña José de los Santos	150
Ureña Idelfonso G	50
	26.775

DISTRITO DE BUGABA

Acosta Damián	50
Bautista Bernabé	500
Beitía Brígido	300
Cepeda Eseeéfano	100
Cepeda J. De la Trinidad	300
Coba Marcos (reincidencia)	400
Chávez Concepción	200
Espinosa Valentín	250
Espinosa Pablo	200
Gómez Eulalio	100
Gómez Manuel Salvador	500
Grajales Isabel	100
Grajales Quintero	100
Grajales Tomás	200
González Tiburcio	200
Gómez Rufino	150
Justavino Silvestre	200
Morales Simón	100
Martínez Antonio e hijo	3,500
Morales Simón	100
Morales Catalino	350
Ríos Juan J	50
Saldaña Felipe	300
Saldaña Abdulio	250
Tribaldo Antonio	50
Villarreal Ciprián	100
	\$ 8.300

DISTRITO DE DOLEGA

Araúz Gregorio	\$200
Cabrera Baltazar	200
Castello Catalino	300
Castillo Félix	300
Castillo Jesús	200
Castillo José Ángel	100
Castillo Manuel	200
Cid Antonio	100
Espinosa Inés	100
Gómez Martín	300
González Aniceto	100
González Enrique	200
González Juan (a). Blanco	100
González Juan B	100
González Julián	100
González Julián (a) P	200

MEMORIAS DE LAS CAMPAÑAS DEL ISTMO 1900

—Yo desearía, me dijo, que me revelara del cargo; no me hallo con ánimo bastante para proceder contra individuos a quienes debo favores.....

Paulo Emilio necesitaba que otro le infundiera calor, ánimo, energía a sus resoluciones. Con todo, fue así como lo creí bueno para el puesto, no inflexible e inhumano, “hombre de pelo en pecho” como él mismo me había dicho ser. Confirmándole el nombramiento le repuse:

—Diga usted a todos que yo soy quien grava con esta o la otra suma, y que a mí deben dirigirse cuando soliciten rebaja; écheme el muerto a mí, que para eso vine y acepté estas grandes molestias que los enemigos llaman “ambición de mando.” Estoy resuelto a sobrellevar hasta el fin los duros calificativos que suelen darme los deslenguados: “enemigo del hogar cristiano”, “fili-bustero”, “pirata”, “ladrón” y todo lo demás.

Con estas o semejantes razones y con adjuntarle al distinguido y pulcro R. Agüero, Paulo Emilio se tranquilizó y fue buen empleado, escrupuloso, activo, oculto y moderado.

Como recuerdo histórico, reproduzco a continuación el modelo de los recibos que dábamos como comprobante del pago de la contribución de guerra:

(Talón) Número.....
 Bonos del empréstito voluntario ordenado por Decreto No.....
dede.....de 1900.
 Por la suma de \$.....
 Talón
 Recibido del Sr.....en la fecha
 (Recibo)
 Por \$Departamento de Panamá. No.....

Guerra Norberto	200	Serrano Araúz Pedro	200
Jaramillo Encarnación	300		
Lara Antonio	100		\$ 5.050
Miranda José	50	DISTRITO DE GUALACA	
Morales Teófilo	50	Esquivel Anibal\$	50
Peralta Maximino	200	Miranda Juan Eloy	300
Ponce Samuel	400	Miranda Sautana	300
Saldaña Antonio	50		
Saldaña Pedro O	200		\$ 650
Sarracín Asunción	500		

BELISARIO PORRAS

Bonos del empréstito voluntario ordenado por Decreto No.....
dede.....de 1900.

El Tesorero Departamental reconoce adeudar al señor.
 la suma de. pesos, que
 será pagada en cuotas anuales con la renta de licores extranjeros del Depar-
 tamento en la forma que posteriormente se determinará.

El Secretario de Gobierno,
 El Jefe Civil y Militar,
 El Secretario de Hacienda,

(Hecho en nítida plancha litográfica).

•••••

La reparación de la línea telegráfica de la Provincia y el mantenimiento de
 una Comisión de Informaciones fueron, desde que entrámos a David, objeto
 de nuestros constantes cuidados. Ambos el telégrafo y la comunicación de-
 bían manternernos al corriente de cuanto podía afectar nuestros planes.

Habíamos ido a combatir a un enemigo posesionado hacía má de tres
 lustros del país, y teníamos que subordinar nuestros procedimientos a lo

DISTRITO DE SAN LORENZO	
Bonilla José del Rosario.....	200
Cuevas José Trinidad.....	400
Franceschi Abigari.....	750
Polanco Candelario.....	100
Polanco Gabriel.....	100
Rodríguez José María.....	300
Sanjur Manuel.....	100
	<hr/>
	\$1.950
DISTRITO DE SAN FÉLIX	
Sagel Federico.....	750
Sagel Federico (reincidencia).....	750
Juárez Nicolás.....	400
Pinzón Juan.....	250
Pinzón Claro.....	150
Rodríguez Diego.....	100
Rodríguez Juan.....	50
Romero Ricardo.....	150
Romero Aquileo.....	200
Zapata Cecilio.....	50
	<hr/>
	\$2,850

DISTRITO DE REMEDIOS	
Ballestero Felipe.....	200
Marcucí Vicencio.....	100
Marquines Eleuterio.....	100
Marquines Segundo.....	100
Morales Carlos.....	100
Sanjur Rosendo.....	100
Sandoya Simón.....	50
Terrado Martín.....	300
¿.....?.....	50
	<hr/>
	\$1.000
DISTRITO DE TOLÉ	
Abrego Damián.....	200
Arjona José Visitación.....	200
Díaz Fidel.....	600
Santamaría Isabel.....	600
	<hr/>
	\$ 1.600

MEMORIAS DE LAS CAMPAÑAS DEL ISTMO 1900

que supiéramos de la situación, fuerzas, movimiento y medios de ese enemigo, y aun a lo que supiéramos de la conducta de nuestros agentes, del estado y acrecentamiento de nuestros recursos y de la marcha de nuestras mismas operaciones. En los resultados de la guerra influyen tanto las informaciones, que hoy nadie las hace sin la verificación de toda clase de noticias a cargo del Jefe del Estado Mayor. Arte o ciencia, las reglas de toda conducta, toda teoría o sistema tiene que fundarse necesariamente en el conocimiento de la verdad. El arte de la guerra no puede eximirse de esta necesidad. La verdad es el eje de las operaciones humanas. Sin la verdad no es posible alcanzar éxito en nada, ni dar paso en firme, y vamos cayendo como ciegos sin lazarillos, recogiendo, a medida que ponemos en ejecución nuestro planes, una serie consecutiva de fracasos.

El telégrafo lo entregámos por entero a Carlos Jaramillo L., en quien reconocimos no sólo competencia, sino discreción y lealtad, cualidades indispensables en cargo tan importante. Habíamos llevado tres telegrafistas de Managua, pero salvo Guillermo Reyes, que habiendo sido herido se hallaba incapacitado, los otros dos eran viciosos incorregibles. Ya hemos mencionado a uno de ellos, a Clodoveo Candia, el mismísimo que aseguró cuando estuvo preso en poder del

LISTA ADICIONAL

De la contribución de guerra de la Provincia del Chiriquí, del 10 de octubre de 1900.

REMEDIOS		Silvera Pedro.....	500
Adames J. del Carmen.....	\$ 120	Serrú Dionicio.....	150
		Serrú Pedro.....	150
DAVID		SAN FÉLIX	
Alvarado Balbino.....	\$1.000	Albarda Carlos.....	\$ 100
Candanedo Rafael.....	400	Juárez Nicolás.....	300
Castillo Gabino.....	150		
Castillo Manuel.....	100	SAN LORENZO	
Díaz J. del Rosario.....	200	Cuevas J. de la Trinidad.....	\$ 800
Jurado H.....	2.100		
Miró Arturo.....	50	GUALACA	
Morales Gregorio.....	200	Samuel Fidel.....	\$ 50
Navarro Emiliano.....	100		
Núñez Antonio.....	300		
Ríos Aníbal V.....	\$ 400		\$7.170

El Coronel encargado del Despacho,

A.GUTIERREZ VIANA.

El Secetario,

Horacio Benítez

Gobierno, que le habíamos llevado con engaño. ¡Qué horror de hombre! José Santos Ramírez, el director de Correos y Telégrafos de Nicaragua, nos lo recomendó como inmejorable, y cuando el doctor Eusebio A. Morales volvió a Managua y le afeó por esto su conducta, le dijo con la mayor frescura:

—¡Lo di a ustedes para ver si salíamos de él!

Jaramillo no era bien estimado por los liberales de Chiriquí, casi todos lo consideraban enemigo, y a poco de rendido el cuartel, el día 4, lo redujeron a prisión; Mendoza, al saberlo, corrió a la cárcel y lo puso en libertad. Herido en su amor propio, quiso retirarse del teatro de los acontecimientos, pero lo retuvimos. Su prisión había sido obra conjunta de su tibieza y de la intransigencia regional. Fue un yerro, yerro en que han incurrido muchos hombres, el de creer que los partidos admiten en su seno apóstoles o sacerdotes pasivos o imparciales, que en la hora tremenda, cuando ya se oyen las vibraciones de las trompetas de Marte, se pueda permanecer indolente, sordo, al somatén que las convoca. La revolución es un torrente, engrosado con todos los agravios y amenazas de reparación, y no hay que quedarse a verlo pasar desde la ribera que va a cubrir con su oleaje. El que es miembro de la agrupación política cuya imagen representa ese torrente, debe retirarse lejos de los sitios por donde ha de pasar el turbión, o lanzarse desde luego en sus mugientes olas.

Jaramillo quedó, pues, encargado del telégrafo, en Horconcitos, y en tres días, con la ayuda de F. Olaciregui G., tan discreto y leal como él, la línea fue restablecida hasta Tolé, límite oriental de la provincia que dominábamos.

La creación del Cuerpo o Comisión de Informaciones vino a ser una gran revelación para nosotros. Ella era, en suma, pura y simplemente, el *espionaje*, cuya utilidad reconocíamos entonces, cuando la habíamos criticado tan acerbamente en tiempos de paz y en calidad de opositores. Reconocíamos también ingenuamente que el Liberalismo, como partido nuevo, o por su ingénito modo de proceder leal y franco, o por su escaso poder disciplinario, o en fin, porque precisamente constituía la oposición, acusaba la mayor ignorancia acerca de la utilidad de tales medios.

Bisoños de la encrucijada, odiábamos al espía, y nuestra preocupación contra él era legítima, pues habíamos sido víctimas en muchas ocasiones de sus artificios. La Regeneración los había empleado constantemente como medio eficaz de asegurar la posesión del poder. A la manera de Calígula y

Nerón que dicen tuvieron de ellos, por decirlo así, ejércitos invisibles, la Regeneración los tuvo por millares. Cuando menos lo pensábamos, los habían acreditado cerca de nosotros, con títulos supuestos, los habían deslizado en nuestra intimidad, provocando nuestras confianzas y nos habían arrancado por su conducto, íntimos secretos.

Como recurso o medio de Gobierno, nada hay más inmoral ni abominable. La sola idea de que nos observan sin saberlo, de que nos asechan, labra nuestra inquietud y desconfianza. Víctimas una vez del espión, nuestras prevenciones se hacen generales y recaen sobre los más inocentes. En una sociedad donde se viva bajo las asechanzas del espionaje, se puede decir que han sentado sus reales los recelos, la duda, la incredulidad, la mala fe, el miedo, la desconfianza, y que ha perdido un noventa por ciento la fraternidad humana. Ya no ha de haber más concordia ni armonía entre los hombres. Todo individuo que no nos sea bien conocido, será necesariamente sospechado de enemigo y nos guardaremos de él como de la peste; su actitud amistosa será un lazo; sus manifestaciones de adhesión, hipócritas; lo que nos cuente, será mentira; su cólera, fingida; su tristeza o su desgracia, falsa, y cuando sintamos que brota la compasión en nuestro pecho, acallaremos sus latidos e impulsos a fin de no ser engañados por quien sabe aparentar la pobreza y el desamparo para mejor penetrar en nuestros íntimos designios.

Como el espionaje nace del miedo y de la necesidad de tranquilizarse respecto de los enemigos que se temen, es un estado de guerra, y así sí se halla plenamente justificado. Un Gobierno probo, honrado, cuyo poder emana de la nación y que se asienta sobre las bases de la opinión pública, nada tiene que temer; no emplea, por consiguiente, nunca el espión, salvo en calidad de policía, como auxiliar preventivo y represivo contra los delitos comunes. Su uso, en materias políticas, es, pues, como la ascensión del mercurio en el termómetro, indicación inequívoca de que se ha entrado en pugna con la sociedad. Con el primer agravio, desmán o violación de la Ley, se inicia el estado de guerra con ésta, y con la guerra, el deseo de sorprender al enemigo para aplastarle sin riesgo, sobre seguro. ¿No relaja el espionaje todos los vínculos sociales? La guerra es eso. ¿No es la sociedad el temido enemigo de los gobiernos personales o tiránicos? Importa, pues, romper la

cohesión entre sus miembros para debilitarla, introduciendo el espionaje y la delación por todas partes.

Así se explica que en tiempo de guerra el espionaje sea de necesidad capital. Una vez declarado su estado, concluye toda relación de bando a bando, y como a cada uno de ellos le interesa conocer lo que ocurre en el otro, es claro que tiene que recurrir a los medios ocultos, a la ficción, a la estratagema y a la astucia, reconocida entonces más que nunca la insuficiencia de los medios francos y leales para conseguirlo.

Ocurrir a esos medios ocultos es evidentemente valerse de la hipocresía también; pero en el *espionaje militar*, aparte de ésta, son indispensables valor, desprendimiento, audacia y mucha sagacidad. De modo que no puede colocársele en la misma categoría que al *espionaje civil*. En aquél, quien lo desempeña tiene que arrostrar mil peligros y aun arriesgar la vida, y su misión no puede, pues, estar afectada de la bajeza y de la infamia que hacen tan despreciable la de éste. Cuentan que Alfredo el Grande no temió disfrazarse de bardo, tomar una arpa e ir a sorprender los secretos del campo enemigo. Agregan que a semejante acto de arrojo, que no fue sino espionaje militar, debió la victoria que lo subió al trono de Inglaterra.

Por supuesto que lo que nosotros pretendíamos con nuestra Comisión de Informaciones, era apenas hacer saber nuestra situación a los amigos del exterior y del resto del Istmo, y no dejarnos sorprender por nuestros enemigos. Nos hallábamos completamente aislados por todas partes, a un paso del mar, y, sin embargo, sin comunicación por medio de él, con nuestras *naves quemadas*; sin informaciones de Costa Rica, nuestra limítrofe y la más cercana de las Repúblicas de Centro América; sin el menor rumor de Bocas del Toro, y sin saber nada, absolutamente nada, del resto de Colombia ni del mundo.... Sólo de Veraguas nos llegaba, repetido de pueblo a pueblo, desde Santiago hasta Tolé, el eco de las vociferaciones y denuestos de los que huían, gritando como Sámáno al escapar de Bogotá: “¡¡Cobardes!!”

En el logro del primero de los objetivos indicados, fuimos desgraciados, porque no hubo un solo espía correo de los que empleamos que no padeciera de miedo e ineptitud. Dos mandamos a nuestros amigos de Bocas del Toro y dos a Golfo Dulce, los cuales se devolvieron de la mitad del camino. El encargado de llevar la correspondencia a las demás provincias, nos fue presentado

por nuestros copartidarios de David como un verdadero Tío Conejo, con encomios que se consideraron débiles para los que merecía en justicia, y, sin embargo, en Montijo se dejó sorprender y secuestrar por nuestros enemigos, tan insulsamente, como sólo a un Simón el Bobito habría podido acontecerle.

Cuanto al segundo objeto de nuestra Comisión de Informaciones, habría sido fácil conseguirlo, por nuestro mismo aislamiento, porque no teníamos que resguardarnos, ni distraer nuestra atención por el Norte ni por el Oeste, pues nos protegían por esos lados las montañas y las fronteras con Costa Rica, y podíamos contraer nuestra vigilancia por la enfilada de pueblos a Veraguas y por los lados del mar del Sur. Para saber cuanto quisiéramos por el primer punto, bastábamos el telégrafo y hombres en él, toda actividad y firmeza, como Jaramillo y Olaciregui; pero por los lados del mar teníamos que emplear vigías en la costa con la consigna de avisar la aproximación de toda nave.

Esos hombres no necesitaban ser Argos, porque con sus solos dos ojos, con un poco de serenidad y con paciencia, y colocados en puntos salientes de la costa, podían distinguir perfectamente, por distante que estuviese, el buque que se fuera acercando a ella. Colocado un vigía en cada uno de los puntos de Boca Chica, San Pedro y Los Espinos, ya nos creímos en seguridad; pero qué lejos estábamos de ello! ¡Cuán cierto es que las precauciones engendran la alarma y los temores! Desde el día siguiente a aquel en que lo hicimos, comenzaron a llegar avisos diversos sobre el paso de embarcaciones a lo lejos, ora de un vapor con chimenea blanca, ora del humo espeso que el otro iba arrojando mientras hendía las olas con gran velocidad, y así sucesivamente.

Se comprenderá que cada uno de estos avisos estuvo siempre seguido de movimientos de tropas y de preparativos de defensa, y que nuestra vida estuvo sujeta, por consiguiente, a sobresaltos e inquietudes, noche y día, a todas horas. Dice De Segur que lo que envejece más es un beneficio o una noticia. El desmayo de un hombre, dice Víctor Hugo, aun cuando sea el más entero y enérgico, ante un brusco golpe de la fortuna, nada tiene de sorprendente: lo imprevisto aplana al hombre como el mazo al buey. Francisco de Albescola, el mismo que arrancó a los puertos turcos su cadena de hierro, quedó privado de sentido un día entero cuando lo eligieron Papa. Con razón, pues, basándola en la influencia que las noticias ejercen en el ánimo, se ha

creado un arte o ciencia nueva intitulada *Táctica de las Noticias*. Si un primer informe bueno excita nuestro entusiasmo y provoca nuestra alegría, y uno malo nos abate y entristece, claro es que las reglas que enseñen la manera de producir tan encontrados sentimientos constituyen un estudio o aprendizaje de influencia decisiva en la guerra. ¿No se persigue en ésta la verdad para vencer al adversario? ¿No será consecuencia de esta suprema necesidad el interés de hacerla ignorar al enemigo? Parece fuera de toda duda que si el espionaje le da a uno de los beligerantes el medio de averiguar la verdad de lo que ocurre o tiene el otro, en cambio, bien manejada la *Táctica de las Noticias*, ha de llevarlo a hacérsela ignorar de lo que acontece en el suyo a su contrario.

Debemos confesar ingenuamente que en todo esto ha sido nuestro experto enemigo muy superior a nosotros. Nos ha engañado a menudo, gracias a la posesión del telégrafo y del correo; nos ha hecho ignorar lo cierto o ha llevado nuestro ánimo por los grados de abatimiento que ha querido. A su vez, el Partido Liberal ha vivido de ilusiones, de espejismos, de exageraciones que lo han hecho festejar dentro y fuera del país imaginarios triunfos. Su táctica ha consistido en alterar en su favor la verdad, y, ¡triste engaño para él mismo! ha olvidado que en estos tiempos, como ya lo tenía observado Tayllerand, a los hombres se les puede hacer comulgar con ruedas de molino sólo diciéndoles la verdad, toda la verdad, tan acostumbrados así están a todo género de mentiras!

Debe reconocerse, sin embargo, que esto no ha sido siempre obra intencional. En la producción del testimonio humano entra por mucho como factor o pregonero, la imaginación. Quien desea una cosa, está inclinado a creerla y a sostener su certidumbre. La imaginación combina, ordena, desarrolla y decora las cosas, no como son en realidad, sino como el espíritu quiere que lo estén para realizar su idealidad. Los soldados de Cortés, enviados para reconocer la ciudad de Zampaola, persuadidos de que encontrarían allí, en su ávida codicia, masas de metales preciosos, ¿no se imaginaron que las murallas de esa ciudad estaban construidas con ladrillos de plata?

¿Cómo podía, pues, no ser así, y acaso más, entre nuestros sencillos labriegos encargados de vigilar la costa? La soledad y silencio de sus atalayas, la inquietud del alma proveniente del peligro, la obsesión constante de

descubrir buques de vela o de vapor acercándose a la costa, todo eso debía excitarles la imaginación, propensa siempre a toda clase de alucinaciones, y como quien es juguete de éstas y oye voces donde no las dan y ve lo que no se produce, está muy lejos de poseer la realidad, y de hacerse cargo de ella, bien habría podido suceder que el Gobierno nos hubiera sorprendido en David, asando mazorcas, como dicen, por causa de nuestros inexpertos y cándidos vigías.

En efecto, el 13 de abril, sin prevención ninguna anterior, nos sorprendió la noticia de que se hallaban en la ciudad oficiales de un buque de guerra extranjero surto en el puerto. Eran los del crucero *Philadelphia*.

Esos oficiales solicitaban con empeño una entrevista con nosotros, y en el acto les fue acordada de buena voluntad.

El *Boletín Liberal* número 5, hizo conocer lo relativo a la llegada de ese buque americano, y por eso vale reproducirlo:

•••••

LLEGADA DEL CRUCERO NORTE-AMERICANO *PHILADELPHIA*

El 13 del actual, a medio día, ancló en San Pedro el crucero *Philadelphia*, Comandante W. W. Mead, y a la una y media de la tarde llegaron a esta cabecera, a saludar a la primera autoridad del Departamento, en nombre de aquél, el Teniente Scofield y el médico de a bordo.

Después de un cuarto de hora de agradable y amistosa conversación, nuestros huéspedes regresaron al Pedregal, acompañados de los Agentes Consulares inglés y francés.

El 15, a las cuatro de la tarde, regresaron nuevamente a David el señor Scofield y el médico, esta vez acompañando al señor Comandante Mead, recibido en los salones de la Prefectura por el señor Jefe Civil y Militar del Departamento y sus Secretarios.

Después de las presentaciones y saludos de estilo, se entabló el siguiente diálogo entre el señor doctor Porras y el Comandante Mead.

—He venido aquí en nombre de mi Gobierno y en beneficio de mis conciudadanos, para saber cómo han quedado después de los acontecimientos ocurridos en esta localidad, con motivo de la invasión. Deseo saber cómo han quedado los ciudadanos americanos residentes en la Provincia, donde sé que tienen algunas propiedades y buenos capitales inver-

tidos en ella. Además, ofrezco a usted mi mediación amistosa en sentido pacífico, es decir, que pueda tener por fin un arreglo sin más derramamiento de sangre. Así mismo desearía saber cuáles son las tendencias o propósitos de la Revolución.

—Como puede usted averiguarlo aquí con el señor Cónsul inglés, que se halla presente, y con el señor Cónsul francés, todos los extranjeros han gozado de plenas garantías, y no se ha tocado un solo objeto de su propiedad. Somos partidarios de la inmigración y en especial de la americana, con la que nos unen vínculos de simpatía y cuya nación admiramos. Nuestro propósito es derribar el orden de cosas que impera en el país y restablecer las prácticas republicanas; y si esto fuere posible sin más derramamiento de sangre, tanto mejor. Su bondadosa proposición la aceptaremos quizás en Panamá, después de que estén en nuestro poder las poblaciones del tránsito.

—Yo no he hecho proposición alguna, simplemente he ofrecido mi mediación amigable.

—Tiene usted razón. Y ¿hasta qué punto alcanzaría esa mediación? Eso dependería de las propuestas de alguno de los beligerantes. ¿En cuantos días creen ustedes llegar a Panamá?

—Suponemos estar en sus alrededores unos quince días después de nuestra salida de David.

—Y ¿no podrían arreglarse estas cuestiones de otro modo que no fuera por medio de las armas? En mi país, que es una República como la de ustedes, estos asuntos políticos o constitucionales, se someten al pueblo para que los decida por medio del sufragio.

—Pero es que el Gobierno conservador que tenemos no permite la libertad en las elecciones, porque sabe que saldría derrotado en ellas.

—Entonces esto no es una República.

—Por eso hemos venido a restaurarla, y aunque se dice que hemos traído el concurso extranjero para ello, viniendo del exterior, hemos aceptado la ayuda de algunos amigos, entusiastas por nuestra causa, pero la mayoría de invasores somos colombianos.

—Y, volviendo a otro punto, ¿con qué elementos cuentan ustedes para garantizar el prometido respeto a los residentes extranjeros?

—Con el apoyo del pueblo, casi en su totalidad y con la gente que hemos traído, toda respetuosa al mandato de sus jefes, como lo comprueba la conducta que ha observado en consonancia con mi Manifiesto.

—¿Cuál es la situación del movimiento en el resto del país?

—Contamos con casi toda la República; Santander, Bolívar, el Magdalena y casi todo el Tolima son nuestros, y como usted ve, ya tenemos medio Panamá. La importante ciudad de Barranquilla debe haber caído ya en nuestro poder a esta fecha.

•••••

Como una satisfacción al clamor de los pueblos, suprimimos el impuesto que gravaba el degüello de ganado para el consumo privado, y declaramos libre la elaboración y venta de sal marina. Ambos eran lo que Proudhon llamaba *impuestos homicidas*. La Regeneración, voraz e insaciable, los había establecido sobre todos los consumos, sobre lo de comer, beber y arder, y creado los monopolios para su recaudación.

El impuesto llamado de degüello había sido antes establecido por el Gobierno liberal sobre las carnes dadas al expendio; pero jamás sobre el consumo privado, que es excepcional y propio de las clases desvalidas y más trabajadoras.

Echando una ojeada sobre el estado de nuestras poblaciones, se le puede comprender muy bien. Allí, donde una agrupación de habitaciones ha alcanzado la categoría de pueblo, hay vida ciudadana y clases acomodadas; existe el comercio, y cada uno puede canjear el sobrante de sus producciones por el sobrante de las producciones ajenas. De manera que en los pueblos no se conoce o es raro el consumo privado. El que degüella una res no está obligado a quedarse con el sobrante, una vez satisfechas sus necesidades, porque hay muchos compradores que lo solicitan. Pero la vida no se desarrolla en el Istmo por todas partes bajo el régimen de las ciudades; hay muchos habitantes que han nacido en los campos y continúan residiendo en ellos. Al comenzar la existencia doméstica independiente, desde que escogen compañera, se alejan del hogar de sus progenitores y en apartado sitio apropiado al cultivo de la tierra y a la cría de ganado, levantan, como estos últimos lo hicieron, el rancho y el cercado, sus posesiones señoriales. Allí

viven consagrados al pequeño cultivo, sin grandes necesidades, pero también sin muchos medios de satisfacerlas. Distantes de los pueblos en donde se expende carne, no la comen sino cuando apurados por la necesidad degüellan alguna de sus reses para su propio gasto. Inútil que piensen en expender el sobrante, una vez satisfechas sus necesidades, porque no hay compradores en los apartados lugares que habitan. No conocen, pues, al revés de lo que pasa en los pueblos, sino el consumo privado y a él están obligados, realizándolo, aun así, en contados casos, porque tampoco disponen de amplios medios para sostenerlo sucesiva y perennemente.

Esto sabido, cábele con toda propiedad al impuesto sobre el consumo privado el calificativo de Proudhon. *Homicida*, porque equivale a una prohibición y tiende a privar al labriego del mejor y más necesario alimento. Como ataca a su propia conservación, hace su suerte, por sí bastante triste y llena de escaseces, más miserable y triste aún.

El monopolio sobre la elaboración y venta de sal marina era otra iniquidad imperdonable de los regenerantes, porque la sal se produce en el Istmo en toda la extensión de la costa del Pacífico, en donde están las poblaciones, de un modo tan prodigioso, que si en otras partes del mundo es grande la baratura de su producción, en el Istmo, en donde se consume sal ordinaria, no tiene parecido, porque se elabora con exiguo trabajo. Las costas son bajas y el mar entra en ellas y las inunda en los aguajes; de modo que si en la seca se les abren canales a las aguas y se ahondan zanjas en donde se depositan, después no hay más que esperar que el sol complete la tarea. Evaporadas las aguas, la sal queda en los depósitos que aquéllas bañaron.

En el Istmo, pues, la sal es verdadero don del mar, que arroja sus olas a la playa, mucho más gratuito que en Inglaterra y en Francia, en donde la fabricación de ella es una industria que requiere grandes capitales y costosas máquinas.

Ante todo, apenas establecido el impuesto, el Gobierno reconoció su incapacidad como fabricante y cedió el monopolio, mediante cierto precio, a aquel a quien quiso enriquecer a costa del pueblo.

El *Monopolio* es eso; viene de dos palabras griegas que significan uno sobre muchos o sobre todos, y si no en sólo lo relativo al impuesto de sal,

regístrese el monopolio de ese artículo entregado al infame escamoteo o artificio de engrosar la bolsa propia con los dineros de la bolsa ajena, patentado siempre por los gobiernos malos. En Francia, por ejemplo, patria originaria del impuesto de sal, había antes de la famosa revolución que acabó con todos los oprobios de su gobierno, 224 graneros de los cuales sacaban los arrendadores o monopolistas *treinta y ocho millones*, pagándole al Gobierno arrendador y amo aparente tan solamente *siete* ...

Aparte de su carácter acaparador y expoliador odioso, el monopolio no podía ser eficaz si no se concentraba la elaboración en un solo punto, y se le hizo así en Aguadulce. Por consiguiente, en ninguna otra parte del Istmo fueron aprovechables más los despojos salinos del mar. La venta tuvo que concentrarse en el mismo punto, y allí también tuvieron que levantar los monopolistas los grandes almacenes o graneros. De éstos estableció sucursales en todas las provincias, pero la venta de sal no estuvo ya en proporción con el pedido sino con el suministro de los monopolizadores.

Para una provincia lejana, como Chiriquí, el sistema no podía ser una calamidad peor, porque el abastecimiento no dependía de la cuantía del artículo en los depósitos centrales, ni del interés de la ganancia, sino del tiempo variable, del vehículo de transporte y de otras varias circunstancias. Los vendedores podían tener buena voluntad y asegurar que había sal con qué inundar la provincia y que se les enviaría de ella muy pronto; pero el comprador no podía quedar satisfecho con esa buena voluntad, ni la perspectiva de aprovisionarse equivale a la inmediata provisión.

Lo cierto de esto es que con tantas trabas, como las que lleva consigo todo monopolio, el consumo de sal, que es por excelencia artículo de primera necesidad, disminuía considerablemente en el Istmo, con perjuicio de la agricultura, de algunas industrias y del bienestar general. Esto es así siempre por todas partes. Ha bastado, en efecto, el solo aumento del impuesto, sin el monopolio, para que ese consumo se contraiga.

También disminuía en el Istmo la producción, porque ése es en todas partes uno de los desastrosos efectos del gravamen. Basta la analogía para demostrarlo. En el Istmo no había Estadística, y no podían, pues, citarse las cifras, que no admiten discusión: pero en Francia, en donde existe el impuesto, sí la

tiene, y no obstante poseer las costas del Mediterráneo, tan particularmente favorables a la elaboración de sal, no puede competir con Inglaterra, que no las tiene iguales, y la razón es porque ésta mantiene el régimen de la libertad que aquélla ha rechazado en este ramo de la producción. Otro tanto se puede decir de la calidad del artículo, siempre inferior allí donde se le ponen trabas o gravámenes a su elaboración. El Istmo, llamado a ser, en efecto, explotador recibe más bien de los Estados Unidos la sal de primera calidad, que no elabora, para el uso de las clases superiores.

Serían incontables los males que ocasiona esta famosa *gabela*, si pretendiera consignarlos todos; innumerables han sido también los conflictos a que ha dado lugar donde quiera que se la ha establecido. Los hombres no pueden ciertamente resignarse a ver la sal, que es del número de los grandes y gratuitos bienes de la naturaleza, como exclusivo patrimonio de unos pocos. Los antiguos la ofrecían como símbolo de hospitalidad, y con ello significaban la acogida gratuita y benévola que nos brinda la naturaleza. Es verdad que lo que poseemos nos viene de ella, pero no todo en igual grado de preparación. El fuego ha requerido cierto ingenio para proporcionarlo a los hombres. La fábula presenta a Prometeo arrebatándolo del cielo a fuerza de grandes sacrificios, pero la sal marina no requiere habilidad ni sacrificio; el mar la da con sólo dejar estancadas sus aguas en la costa. Es, pues, más gratuita que el fuego y casi tanto como el agua potable, que apenas requiere estar al alcance de los que la necesitan.

Costando poco, por consiguiente, y siendo tan general su consumo, por su medio, esto es, poniendo a escote a la generalidad, exprimiéndola, se pueden escamotear los ahorros individuales mejor guardados. ¡Si al menos fueran a parar estos ahorros a las cajas del Tesoro Público y sirvieran para fomentar el bienestar general! Pero el impuesto sobre la sal nunca ha servido sino para reparar los déficits de un mal Gobierno, para enriquecer áulicos o para engrosar la fortuna de aquellos que han participado en los teje-manejes. Parece que la sal así acaparada va impregnando las manos que la tocan y todo lo que tocan esas manos, palacios, haciendas, dotes, bodas. Ella ha franqueado a muchas magnificencias la barata ostentación, a la grandeza improvisada y a las dilapidaciones insensatas.

El pueblo, eterno pagano, con su innato buen sentido, ha encontrado *saladas* todas las obras realizadas con su concurso. Dicen que en Bogotá hay un palacio de ese sabor, y que Elena Miralla Zuleta lo averiguó llevando a la boca el dedo húmedo con el cual había tocado sus muros. Antes, mucho antes, había habido en Francia unas bodas que merecieron el mismo expresivo mote: las celebradas en Chatelleraut, de Juana de Albret, sobrina de Francisco I. En ellas, dicen los historiadores, se ostentó un fausto tan extravagante y se desparramó el dinero con tal profusión, que los Ministros de aquél, no hallando otro medio de colmar el déficit ocasionado, aumentaron enseguida, de un tirón fenomenal, la cuantía de la gabela... ¿Cómo no creer que en el Istmo haya también propiedades *saladas*? ¡No ha habido quien haga la prueba, como la célebre doña Elena Miralla, pero debe de haberlas! La liberación que hicimos, pues, de la elaboración y venta de sal marina, fue obra de convencimiento íntimo. Las angustias y escaseces del pueblo nos decían con claridad a dónde habían ido a parar la plétora de sus graneros y su bienestar de otros tiempos.

•••••

Seguramente el fondo de nuestro pensamiento, en lo anteriormente expuesto, pugna con las teorías hoy tan en boga, de los vegetarianos. Éstos quieren que el hombre *no coma carne*, y aducen ejemplos y razones numerosas para demostrar la superioridad del régimen vegetal puro sobre la del régimen animal.

Los antiguos, dicen, vivieron años de años alimentándose de frutas, granos y legumbres, sin tener que preocuparse de la carne; y en la actualidad, en la India y en la China, viven cientos de millares de hombres casi sólo del arroz; en la Arabia y en Turquía, otros tantos de maíz y trigo, y en Escocia e Irlanda, innumerables que emplean únicamente la harina de avena, la cebada y las papas.

Luego citan las opiniones de algunos sabios que prefieren el régimen que proclaman, a Humboldt, por ejemplo, que sostenía que diez frugíveros podían vivir allí donde un carnívoro; al doctor Nichols, que cree haber lanzado su *eureka* cuando exclama que “la carne no crea nunca carne”, y a otros.

Sosteniendo nosotros, al contrario, la necesidad de eliminar las trabas que en el Istmo impiden al campesino, con crecidos impuestos, que coma la carne de los ganados que mata para el consumo de su casa, nos afiliamos, sin duda alguna, entre los partidarios del régimen animal. Sin embargo, lo hacemos así sin pretensiones científicas ningunas.

Sabios, por quienes, al hablar, nos descubrimos, Virchow, por ejemplo, tan universalmente conocido, dicen que un régimen dietético estrictamente científico es del todo imposible; pues si bien es cierto que debiera saberse con exactitud cuánto y qué *es* lo que un hombre necesita para su subsistencia, los conocimientos que se tienen hoy no bastan para resolverlo.

En la duda, y entre opiniones encontradas, todas respetables, los ejemplos que se citan no nos convencen. Están muy lejos de nosotros para que los podamos verificar, y acá, muy cerca, en el Istmo, a nuestra vista, hemos tenido otros en que el campesino vive de sólo yuca, ñame, arroz, frijoles y maíz, y precisamente esos ejemplos, que son a los que aludimos, forman nuestra convicción en favor del régimen animal.

Durante la guerra y antes de ella, en trabajos agrícolas, hemos tenido ocasión de comparar la energía de los que han vivido de sólo legumbres y granos con la de los que han vivido de vegetales, y son, además, comedores de carne, y hemos encontrado que es superior la de los últimos. En los trabajos agrícolas recordamos haber oído emplear la frase *hombre, usted no come carne*, como un apóstrofe o reproche contra aquel que sucumbía bajo un peso que no podía alzar o contra una fuerza que no podía resistir o vencer, como un animal enlazado que no detenía la rama de un árbol que no podía quebrar o un tronco que no podía hender con el hacha.

Son los campesinos las gentes relativamente más sanas, pero no proviene esto de que se alimentan puramente de vegetales, sino que en el campo hay menos gérmenes de raquitismo o enfermedad que en las ciudades. Al contrario, de los soldados que tuvimos, al menor contra-tiempo estaban enfermos aquellos que antes de la guerra estuvieron acostumbrados a sólo comer yuca y ñame, arroz, frijoles y maíz, y al igual de los caucanos habilitadores de la costa, en donde se alimentan sólo de pescado y plátano, con cualquier golpe que recibieran se les formaban peladuras y llagas.

Son también la experiencia y la observación las que nos hacen desmentir el concepto de que los campesinos herbívoros vivan sin preocuparse de la carne. Lejos de eso, la carne es su sueño constante y más vivo cuando gasta días y se desvela noches acechando el venado cuyas huellas descubrió en la arena; por ella se desvive cuando busca la iguana por piñolares y playas; ella, el mejor regalo que se le puede hacer y con el que se le puede ganar. Cuando no come carne es porque no la tiene, porque carece de medios de adquirirla.

En fin, para que nos hiciéramos prosélitos de la causa del vegetarianismo, sería necesario que sus sostenedores nos explicasen satisfactoriamente, de modo diferente a como lo hemos venido entendiendo, el fin para que han sido creados tantos animales que existen en el globo.

Mientras tanto, nos atenemos a la ley de Moisés y a sus sabios preceptos:

“Todos esos animales que habitan los bosques, que pastan en las praderas, que cruzan los aires y que se mantienen en las aguas, han sido creados para alimento, uso y servicio del hombre.”

“De los cuadrúpedos, comerás todos los que tengan dividida la pata y sean, al propio tiempo, rumiantes”.

“De los peces, todos los que tengan escamas y al propio tiempo aletas.”

“De las aves, todas menos los cuervos (gallinazos o zopilotes) el águila, el gavilán, el avestruz, etc., etc.”

•••••

En la organización de nuestro pequeño Ejército, hallamos dificultades casi insuperables. Por una parte el General Herrera, encargado de llevarla a cabo, no tenía cuándo comenzarla, y por otra, de cuatrocientos voluntarios que se nos presentaron, llenos de entusiasmo, en los primeros momentos, no quedaban en los cuarteles, una semana después, la mitad. Unos se iban porque, hombres ocupados, tenían abandonados sus intereses; otros porque no tenían idea de la solidaridad del partido en el país, y una vez vencido el enemigo en la provincia, creían que ya había concluido todo y estaban colmados sus anhelos; la mayor parte lo hacían por ignorancia y por temor a lo desconocido: no sabían cómo era la guerra más allá de su comarca y cuando se les excitaba a seguir se denegaban, ofreciendo su concurso y, si era preciso, la vida allí, pero no más lejos, ni en

ninguna otra parte. En fin, muchos se retiraban por odio a la disciplina militar o por maltrato recibido... Creían que la guerra consistía sólo en hacerle fuego al enemigo, vencerlo o ser vencido por él, pero no admitían el desempeño de los graves deberes que implica el mantenimiento de un ejército. Independientes, movibles y de cierto espíritu bohemio, con todo y su amor al liberalismo y su odio a la Regeneración, de la guerra aceptan las peripecias y la heroicidad, mas no la sujeción, y la tomaban por el lado de la novedad y el divertimento no por las cargas del servicio o la monotonía de la vida cuartelaria. Formación, centinelaje, marchas y rondas, una vez conocido todo esto, les cargaba la paciencia y no comprendían cómo para poner fuera de combate al enemigo, hubiera necesidad de saber terciar el arma, presentarla o llevarla al hombro en dos o más tiempos. Imposible que pudieran llevar el paso, o que ejecutaran, simultáneamente, los movimientos de táctica. Estaban fastidiados, y frecuentemente iban a pedirme permiso para irse a su campo o a su monte por algunos días. Se valían de las madres o esposas para obtener el licenciamiento; se referían a sus hijos que eran huérfanos y no podían abandonar; ya era que tenían la socola en barbecho, bien su milpa o arrozal en espera del chapeo o de la limpia. En fin, cuando a su aburrimiento vino a juntarse la aspereza de sus jefes, y de éstos, Salamanca y Palomeque comenzaron a repartir cintarazos y apóstrofes por cualquiera falta, entonces se les hizo insoportable la campaña y comenzaron a desertar uno a uno, dos a dos y aun por partidas, de los retenes y puestos de facción. Situación terrible aquella. Habíamos llevado 600 rifles y ese mismo número teníamos poco más o menos, repuestos los de calibre 43 que de entre ellos resultaron con los que le tomamos al enemigo; pero de esos 600 sólo de 100 a 150 quedaban en mano de chiricanos una semana después de nuestra entrada a David. El número de voluntarios decrecía, pues, en vez de aumentar, y el problema de colocar los rifles restantes, parecía de muy difícil si no de imposible solución. Cuando insinuábamos al General Herrera el poner término a la dispersión por medio de una organización adecuada, se excusaba con la dispersión misma y con la falta de gente.

Tengo hoy el convencimiento de que instigaban la deserción esos enemigos nuestros que andaban libres. Palma, Martínez, Madriñán y otros, pero influía más que todo la falta de organización y de cohesión, y por consiguiente, de cierta moralidad y espíritu militar. Nuestro Ejército continuaba siendo una masa de oficiales con pocos soldados, cuadros sin

reglamentación ni deberes generalizados. Además, los jefes superiores, inclusive el mismo Herrera, no conocían la índole del *orejano* (*) ni observaban esa supuesta disciplina. ¡Cuán lejos estaban de poder hacer amar las tiranteces disciplinarias de la campaña, írritas y disparejas, con morbosas biliosidades y cintarazos!

Al habitante del interior del Istmo, se le puede conducir a donde quiera, siempre que se le trate con suavidad, halagándolo con promesas o esperanzas, realizándole, no deprimiéndole, pero nunca haciéndole sentir la inferioridad de su condición. Hasta para comprometerlos a jornalizar en labores campestres, antes bien requieren las amables instancias que la exigencia, y si consienten, por favor, en alquilar sus fuerzas, las niegan, si le damos a la oferta carácter de protección. Presentaré un ejemplo de los muchos que se pudieran citar en comprobación de este aserto. Érase Basilio Baules, un garzón garrido que renegaba de la vida de cuartel y vivía con el pensamiento fijo en su nativo monte. Revelaba condiciones para la guerra por la exuberancia de juventud. Tendría veintiún años y sobre su robusto tronco exhibía una cabeza como de estudio, con su cabellera ensortijada y fisonomía oriental y dulce. Diariamente iba a verme para que le dejara ir ...

—Aguarda un poco, un par de días —le dije la primera vez—; te prometo que vas a estar contento y que no te reprenderán más.

—Nada tendrías de qué arrepentirte si vinieras con nosotros, —le dije en otra ocasión, estrechando su mano familiarmente—; estoy seguro de que harías gran papel con nosotros, y al volver, con conocimientos de que hoy careces, y algún gradito militar, serías en tu campo de “Las Lomas” personaje importante, temido o respetado de los hombres y favorito de las muchachas ...

Cuando me hablaba de su arrozal, le demostraba que el producto de su cosecha, al cabo de seis meses de duro trabajo, no equivaldría a un solo mes de nuestra soldada, y cuando se quejaba de los maltratos que le inferían, le prometía ponerlo bajo mi guarda. Por último, cuando vi que disponía de sus simpatías, le rogué que se quedara a mi servicio en la campaña, para que fuera de los que estuvieran a mi lado... Acabó por quedarse gozoso con nosotros y ser de los mejores soldados, de los

(*) Así llaman en Panamá a los habitantes del interior del Istmo.

más sumisos y valerosos. En las marchas y acantonamientos, en los combates de Bejuco y Corozal, por todas partes se distinguía siempre. Ileso salió de la hecatombe de Panamá, no obstante su arrojó en la toma de la iglesia de San Miguel; y de paisano, desde el día siguiente del desastre, andaba cabizbajo, rondando mi casa de habitación sin atreverse a entrar. Alguien le preguntó su intento, y le contestó que quería verme, que no se hallaba en ánimo de ausentarse sin despedirse de mí. Alentado por el otro, entró, y al verlo emocionado:

—Ahora sí, querido Basilio, —le dije, ahora sí te doy permiso para regresar a “Las Lomas—. Y él, recordando los días de promesas y esperanzas de David:

—¡Ah! señor, —repuso cariacontecido y arrojándose en mis brazos—: ahora no quiero yo dejarlo a usted ...

Con él fueron también Ursulo Samudio, Adolfo Acosta y muchos más a quienes conquistamos con cariño, lo que nos probó que soldado voluntario no lo hace sólo su amor a la causa, sino el aprecio y consideración de sus superiores. El que abandona las comodidades y delicias del hogar por perseguir un ideal, no ha de hallar en su camino como recompensa, nada que lo humille o le haga descender de posición, nada que le haga sospechar que marcha en pos de una quimera: ha de encontrar, al contrario, para acendrar su entusiasmo, atmósfera propicia para ese ideal, ambiente moral bastante donde respire las virtudes que anhela y persigue.

Antes que todo, se lo indicó a Herrera el modo mejor de agrupación, el de formar la *infantería* con batallones de a cien hombres, de cuatro compañías de a veinticinco cada una, y dos secciones de a doce; la *caballería* con dos escuadrones de a treinta, y la *artillería* con un cuerpo de otros tantos para el manejo de la única pieza que teníamos.

La Regeneración no formaba tampoco sus batallones con el número de plazas que aconsejan los tratados modernos. Entendida en todo lo que se roza con la Táctica de las Noticias, a falta de número, manejaba con habilidad las vocablos, sacando el mejor partido de ellos. De compañías hacía batallones y de esqueletos de batallones medios batallones, brigadas y divisiones, distinguidas con los nombres de circunscripciones territoriales.

Impresionaba así los ánimos y *metía los monos*, como dicen, porque con sólo seiscientos u ochocientos hombres, decía disponer de la División

tal o de la División cual, dejando sospechar que contaba para el caso con mil quinientos, dos mil o más soldados.

Nosotros estábamos obligados a imitarla, pero por razones distintas.

Éramos revolucionarios, y con esto queda dicho que teníamos muchos coroneles, tenientes coroneles, mayores y excesiva oficialidad, y a todos había que darles colocación de mando; y luego, si bien estos gallardos auxiliares podían ser capaces de todo, no los creíamos bien veteranos para confiarles las masas de hombres que en los ejércitos de hoy forman las compañías, los batallones y las brigadas. Es obvio considerar que uno de nuestros coroneles manejaría mejor un cuerpo de cien hombres que otro de quinientos, y un capitán improvisado se desempeñaría mejor, en un momento dado, con una compañía de veinticinco que con otra de ciento.

Y procediendo así, no se hacía recordar a Tito Quincio Flaminio, quien decía a los Embajadores de los Aqueos cuando le ponderaban la muchedumbre del Ejército de Antíoco y sus variadas y numerosas denominaciones de “lanceros”, “azconeros”, “pezetairos”, etc.: “No os maravilléis vosotros, ¡oh Aqueos! les decía, de las grandes fuerzas de Antíoco, al oír nombrar lanceros,” “azconeros”, etc., porque todos éstos no son más que Sirios y sólo en las armaduras se distinguen”.

La organización de nuestro Ejército venía a ser así típica, especialista, pero fundada en la situación y perfectamente práctica.

Herrera aceptó las expresadas indicaciones, y con los cuatro cuadros de oficiales que había agrupado en San Bartolo, engrosados con voluntarios, formó un cuerpo de artillería y tres batallones de infantería que denominó César Conto, Robles y Uribe Uribe, según predominaban en cada uno de ellos nativos del Magdalena o de Bolívar, del Cauca o de Antioquia, etc., etc. (*)

(*) Recuerdo que al organizar Herrera nuestros cuatro cuadros en Burica, había en el grupo de invasores tantos oficiales que ello dio lugar a picante ocurrencia del célebre antioqueño La Puerta. Preguntábase Herrera a cada uno de los del grupo:

—¿Ha militado Ud.? ¿Qué grado tiene? Y cada uno iba contestando según el caso:

—¿Yo?....

—yo soy ¡Coronel....!

—¿Yo?....

—yo soy ¡Mayor....!

—¿Yo?...

—yo soy ¡Teniente Coronel....!

Ninguno resultaba ser alférez, ni teniente, pero ni siquiera capitán; y al llegar a nuestro antioqueño: ¿Y Ud., ¿qué es Ud., preguntó Herrera— y con la mayor seriedad contestó:

—¿Yo?....¡yo soy Mariscal.....!!

Faltaba llenar los claros en esos cuerpos, y con ese fin establecimos tres cuarteles de enganche que encomendamos a Rafael Urriola, Juan Chávez y David Villadiego, graduados de Capitán. Decían los dos últimos organizar un batallón de cívicos y una guardia urbana, recibiendo en sus respectivos cuarteles, sin estricta sino gradual sujeción a la disciplina militar, a los neuróticos y levantiscos voluntarios. Urriola quedó encargado de levantar un *escuadrón de lanceros* y de la requisa de bestias. Todos tres, particularmente Urriola y Chávez, reunían condiciones para cargo semejante, a causa de su espíritu democrático y popular, grato a las clases inferiores. Chávez es hombre estricto, desembarazado y violento, pero dueño de un corazón de oro, franco y leal, que encubre la hojarasca de sus exageraciones. No disimulaba su prevención contra *los godos*, y en su vocabulario guasón, su mejor frase para indicar lo que haría con ellos, una vez en sus manos, era para él acción ordinaria, vulgar, mientras que mordiéndolo, creía poder sentir el goce prolongado de una satisfacción feroz. Cuando alguien contaba alguna perfidia reciente de tal o cual enemigo, decía gesticulando y apretando los dientes:

—¡Que lo coja yo y le muerdo las orejas! ...¡Déjemelo a mi solito, doctor...!

Cualquiera podía creer que se lamía la boca, saboreaba la sangre y se engullía los pedazos....

Llegaron de Golfo Dulce a tiempo de favorecer tales enganches, Adolfo Rodríguez y Manuel Mena, antiguos buzos que contaban en la costa y en las islas cercanas con numerosos camaradas. (*) Los graduamos de capitanes y los mandamos con algunas armas a Bocachica y Horconcitos para que organizaran sendos piquetes de a veinticinco hombres. José J. Castillo y Carlos Jaramillo, levantaban, mientras tanto, en Los Remedios y Tolé, delante de aquellos pueblos, la vanguardia exploradora para la movilización terrestre del Ejército. También llegaron de Puntarenas con seis u ocho compatriotas más, Santiago Vergara, Eugenio Porras y Eduardo Vidal, y tanto porque nos traían noticias del exterior, cuanto porque construían nuevo y valioso concurso, los recibimos con sincero y natural regocijo. Vergara venía, además, precedido de

(*) Alguien aseveró que Rodríguez fue cómplice del asesinato cometido en Las Paridas; pero esto es completamente falso. En David supimos al darle el cargo de que aquí se trata, que no tenía ninguna culpa en él, y ya era público en la provincia quién era el autor de ese atentado.

cierta fama de entendido en cuestiones de guerra, y pensámos recomendarlo de modo especial. Estábamos en escribirle un papelito a Herrera, que se hallaba en lugar cercano, cuando fuimos sorprendidos por la presencia de éste, que desde a caballo y con grandes y retumbantes voces, comenzó a injuriar a Vergara de modo procaz y humillante. Herido éste por los adjetivos y las interjecciones de aquél, no acertaba a contestarle, ni a darle ninguna explicación, ni el otro le daba tiempo tampoco.

Quisimos intervenir y fue inútil, porque Herrera no daba oídos, y tan pronto como satisfizo los impulsos de su ira ciega, hincando las espuelas, en los ijares de su bestia, fuese para su, cuartel que estaba a unas cuantas cuadras de nuestra habitación. La escena fue en extremo desagradable y penosa y dejó en nosotros impresión honda y duradera. Era el primer disturbio que ocurría en el Ejército, entre hermanos en ideas que se buscan para unirse y combatir en contra de un enemigo común. ¿Qué había sido aquello? ¿Qué agravio de parte de Vergara había podido inspirar en Herrera enemistad tan capital? ¿Qué sentimientos hacían quebrantar a éste las reglas de las conveniencias sociales y militares y abatir en el ánimo la benevolencia, la tolerancia y todo espíritu de concordia? Parece que Herrera y Vergara habían militado juntos en el Cauca, cuando el primero era apenas oficial subalterno, a tiempo en que Vergara era superior a Herrera; y ahora, ya por caprichos de la suerte o por obra del esfuerzo y del mérito, Herrera iba a ser jefe de aquél. Como sucede con las dolencias o, achaques del alma, Vergara, al desembarcar en el Pedregal, y apurar con sus amigos una copa de licor, se puso a hacer reflexiones y a mostrar los contrastes que ofrecen la fortuna y los tiempos, agregando su sorpresa y admiración porque Herrera figurara ya de General. Alguno de esos chismosos mensajeros de la discordia, le sopló a Herrera, y éste no pudo contenerse ante aquella impertinencia y falta de reserva imperdonables.

Al fin calmamos a Herrera y conseguimos que dejara a Vergara en el puesto que le correspondía por su grado: el de primer jefe del batallón Conto. Porras y Vidal entraron en el Robles en calidad de oficiales.

El 18 de Abril, contando con algo más de trescientos muy buenos hombres, dimos término a nuestro trabajo de enganche. Las noticias que a la sazón circulaban, eran de que el enemigo había desembarcado en Aguadulce

y pretendía moverse sobre Santiago de Veraguas. Se hacía preciso movernos también, salir de la provincia, avanzar, no a tomar la ofensiva propiamente, sino hacernos de posiciones inexpugnables, que las hay en la enfilada de pueblos de la vía hasta Santiago. Quedarnos en David era exponernos a total ruina, porque una vez el enemigo en sus alrededores, no podríamos resistirle por el número y por la calidad superior de sus tropas, como tampoco evolucionar en el corto espacio de aquella circunscripción sin salida, por el camino de Tolé. Moviéndonos, al contrario, antes de que el enemigo tomara esta ruta, bien podíamos alcanzar cierta superioridad sobre él. Si avanzaba por mar, nuestro sería el campo libre por tierra; y si lo hacía por ésta, podíamos impedirle todo avance, constriñéndolo al combate desventajoso para él, en lugares en donde no tendría recursos para sostenerse mucho tiempo, o habría de retroceder con pérdidas equivalentes a derrota.

Aceptado unánimemente el pensamiento subordinado al movimiento del enemigo, la movilización por tierra empezó el 20 de abril. Jaramillo tenía listos en los pueblos de Tolé y Remedios, algo así como 60 mulas y caballos, y en David contábamos con algo más de cien.

El 23 salió Herrera, después de concertar conmigo sus movimientos y de recibir por escrito el plan meditado. (*)

(*) —*El Orden* de Panamá dice en su número del 24 de noviembre de 1900, lo siguiente:

“La invasión, al salir de Chiriquí en los primeros días del mes de mayo, llevó quinientas diez y siete (517) bestias, entre caballos y mulares; y si se tiene en cuenta que dichos animales resultaron lo mejor que a ese respecto había en la Provincia, habrá que convenir que ese número representa un valor mínimo de veinticinco mil ochocientos cincuenta pesos (\$ 25.850) calculando un valor por cabeza de cincuenta pesos.

“Bueno es que el país vaya sabiendo cuánto representa en valores el sin número de beneficios que la invasión nicaragüense y el Ejército Restaurador trajeron al Istmo”.

Salvo la caballería de Urriola, compuesta de 20 o 25 lanceros y del General Herrera y sus ayudantes, que componían el Cuartel *General* con diez o quince oficiales, ningún individuo más del Ejército salió a caballo de David. Esos lanceros y estos oficiales tomaron por el camino de Chorcha, y el resto de las tropas, esto es, la mayor parte, por mar, embarcados en el *Euribiades*, el *Gustoso* y seis u ocho bongos y botes, con dirección a Remedios, Bocachica y Horconcitos. Cuando ya se habían ido se les enviaron algo más de cien caballos que quedaron en David. No fueron, pues, con los 60 recogidos en Tolé y Remedios ni 200, mucho menos la cifra que le asignan a la invasión los alegres estadistas de *El Orden*. Con todo, estímesese el valor de esas bestias en la suma que se quiera, y dígase si después de la matanza de Calidonia fue o no la delicia y el beneficio de los liberales o de los mismos regeneradores.

Algunos hicimos la campaña en caballos propios y notorio fue que esos caballos acrecentaron el patrimonio de la regeneración.

Quedaríamos treinta o cuarenta para salir en cuatro bongos, por mar, llevando \$ 2.000, 200 rifles y 20.000 tiros, todo lo cual fue preparado en el mayor sigilo y con la debida antelación. Nombrámos a Rosendo Herrera Alcalde en reemplazo de Aníbal Martínez, a quien deseábamos llevarnos, y luego que acallamos los temores y exigencias de aquél, que quería le dejáramos tropas de las escasas nuestras, le entregamos 70 rifles y 6.000 tiros para su resguardo. Eran estos elementos bastantes para infundir respeto a los enemigos locales, pero exiguos para hacer frente a los veteranos que irían de Panamá. De modo que lo instruimos para que se uniera con los amigos que lo acompañaran al grueso del Ejército, tan pronto como tuviera noticia del arribo de éste al Puerto.

El 24 de abril dejamos a David, y previo embarque en Pedregal de nuestros elementos y provisiones, distribuida la gente en cuatro frágiles esquifes, dimos comienzo, con la bajada del estero, a la famosa aventura que por más de una vez puso en peligro nuestra vida y a prueba irrecusable nuestra temeridad y constancia.



Capítulo XI

De Pedregal a Tonosí, Los Santos y Aguadulce, por Coiba e Hicarón

Aunque disponíamos de dos buques de vela de regular tamaño, el *Euribíades* y el *Gustoso*, justamente los desechábamos porque eran grandes, visibles desde largas distancias. Los mares que íbamos a atravesar estaban cruzados por *La Boyacá*, y debíamos hacernos para ella tan invisibles como fuera dable. El *Euribíades* y el *Gustoso* eran, además, buques rodantes, pesados, propios para pontones en las bucerías a que los tenían sus dueños destinados; de modo que nos convenían esquifes que uniesen a su pequeñez la ligereza y que pudieran ser manejados a la vela y a los remos, para que las calmas temidas no nos ataran en un solo punto y cuando tal vez más necesitáramos ocultarnos o huir. Verdad es que en tales naves tendríamos que hallarnos muy incómodos y ser juguete de las olas; pero así pequeñas, era como podían asegurar nuestros intentos.

Las cuatro de la tarde del 24 de abril serían cuando salimos de Pedregal. El tiempo no podía darse más hermoso: el sol radiante; el cielo, despejado, azul; el viento, fresco y rumoroso en los manglares del estero.

Bogábamos sin tropiezos, a la medida de nuestros anhelos, llevados por la vaciante y por la brisa que inflaba nuestras lonas. Todo hacía creer que íbamos a tener navegación feliz. Había tal ajuste y concierto entre la naturaleza y nosotros, que nos creíamos dueños del mañana, con el éxito asegurado; pero nada hay tan variable como el mar, nada tan expuesto a mudanzas inesperadas como la vida de a bordo. Navegábamos en un estero dilatado,

extenso, en cuyas cabeceras crece la marea cuando en la mitad de su curso o en la boca ha bajado ya, y así, a las tres horas de descenso, al favor de la corriente, nos hallamos de pronto con que el flujo tornaba una vez más a subir. El viento cesó también, y el fresco que sentíamos se trocó en calor y sofocación, anuncios de lluvia. Por el Oriente se amontonaban nubes negras que luego se esparcieron por los otros puntos cardinales. La noche se acercaba y quedaba solamente en el ocaso la luz crepuscular, amarillenta y triste, apagada al fin; y entonces, cegados por las sombras, no vimos más que el brillo de los relámpagos rasgando el cielo y un enjambre de luciérnagas pululando a nuestro alrededor.

Cuando cayeron las primeras gotas de agua, gruesas y heladas, echamos anclas y nos dispusimos a aguantar el chubasco a nuestras incubiertas naves, y a pasar la noche en vela, encogidos, sin podernos tender ni estirar. Ruidosa empezó la lluvia que luego se trocó en sorda y constante. Por momentos cesaba, a la manera de quien toma alientos, y azotaba de nuevo asaz violenta.

No fue sino al amanecer, con los primeros claros del día, cuando cesó el agua y cuando nosotros volvimos a dejar oír nuestras voces, a cambiar nuestras ideas y pensamientos, mudos como habíamos estado, sorprendidos y ahogados en contrariedades.

Cambiado que hubimos nuestras ropas y provistos de marañones, guayabas, plátanos y naranjas que hallamos en un frutal de la ribera, reanudamos el interrumpido viaje, unidos ya los botes que en la noche habían anclado por diferentes lados. Por la sola fuerza de la corriente, llegamos al lugar nombrado “Cuatro Calles”, en donde confluyen otros tantos esteros, y entonces, como en brazos de la mar, izamos la velas y virando de cuando en cuando, a la bolina, navegamos hasta echar fondo frente a Bocachica, de cuatro y media a cinco de la tarde.

Allí supimos que el *Vencedor* hacía agua y había estado a punto de zozobrar. Era, como otros, de sólo nombre, arrogante, sin mérito y teníamos que abandonarlo. Habíamos visto muchos como él: *Modestos* que eran soberbios; *Blancos*, de color bronceado; *Palomos* sin apacibilidad; *Guerras*, y *Guerreros* que no sembraban la discordia, y algo así nos pasaba con el *Vencedor*, vencido. Casi siempre los que más prometen son los que más pronto desmayan y sucumben.

Felizmente a Bocachica, a donde desembarcáramos por cortos instantes, acababa de llegar de Coiba el *General Córdoba*, bote aunque pequeño, sólido y de mucho andar. Lo tomamos y transbordamos a él las armas y municiones que llevaba el *Vencedor*.

La noche la pasamos a bordo todos, para evitar en tierra abusos del licor de parte de algunos compañeros; y en la madrugada del 26, nos botamos fuera, al mar, aprovechando, para evitar los banco y arrecifes, el flujo de la creciente. Navegamos cuatro horas con viento favorable, oyendo regocijados cómo resonaban en la quilla las ondas espumosas, por nuestro rápido avance. Durante esas cuatro horas, pasaba a la derecha y quedaba atrás un archipiélago de numerosas islas: las Paridas y todas la que, al parecer, de ellas nacen: Palenque, San José, Game, Bolaños, Icacó y otras; pero el trasponer Las Secas rocallosas y distinguir Las Contreras, el viento cambió, y contrario en lo sucesivo e impetuoso, se puso a silbar terriblemente y a levantar montañas de olas enfurecidas. El sol se perdió entre un montón de nubes; la mar, azulosa en la mañana, se tornó gris, como el día y del cielo se desgajaron nuevas cascadas de agua, recogidas, podía creerse, hacía largos años. *Guayaquil*, con Ramón Campos de piloto, y *El Aguila*, con Bárbaro Virgen, al mando de Villadiego, cual si quisieran tomar las de este apellido, se alejaron veloces como gaviotas en busca de la costa. El *General Córdoba*, al contrario, luchaba denodado, maniobrando con rapidez en un voltejeo continuo. Las olas amenazaban tragárselo, hundirlo en sus cóncavos senos, pero no bien lo perdíamos de vista, volvía a parecer encaramado en el lomo del torrente. Ese no podría devolverse, porque en él iban con Manuel Quintero, Juan Chávez, Gregorio Albarracín, Florentino Rivera, los dos Silveras, De Puy, el pequeño De Puy, escapado de la casa paterna, endeble y dulce, pero de alma inquebrantable y firme, Manuel de J. Matínez, Francisco González Nuira, el Cholo Arias, Faustino Rodríguez y Faustino Guerra, todos valerosos, sufridos y avezados a las privaciones y peligros del océano. El bongo, el modesto *Caracaballo* en que íbamos, crujía a cada embate de las resonantes olas, y a cada paso que daba se cubría, y nosotros con él, de un amplio cortinaje o velo húmedo. Largo y angosto, no se estaba quieto un solo instante; e imposible que uno pudiera moverse ni cambiar de sitio en él; en cambio, era fuerte, de una sola pieza, fabricado del tronco de un robusto

espavé, y, sobretodo, cabalgaba en él y conducía sus riendas, Cedeño, Marcelino Cedeño, superior al celebrado Frontis, piloto del Atrida, y sin rival en el Istmo para esto de regir una nave en las borrascas. Incontables fueron nuestros padecimientos y torturas. Inmóviles, arrebujados en grupos informes, soportamos veinte horas de temporal, al cabo de las cuales, al amanecer del día siguiente, vinimos a reconocernos y a tratar de desembararnos y desentumirnos. El viento había caído, el agua quedaba en calma, sosegada, y con el aparecimiento del sol las neblinas se desvanecieron, dejándonos ver el horizonte y un tanto cerca de nosotros una isla cubierta de bosque. Ansiosos de alcanzar algún reposo, nos dirigimos a ella validos de nuestros remos, y cuando ya estuvimos a la distancia en que oíamos el sordo rumor con que en las peñas se rompía el mar, distinguíamos en un remanso y oculta en la sombra de los árboles de la ribera, una embarcación de alto bordo. Hacia ella nos encaminamos.

Nos hallábamos en Coiba y frente a Coibita, dentro de la ensenada del Machete, y el buque que distinguíamos era *La Holda*, de la bucería de Piza, comandada por Domingo Pedeslade, el cual nos recibió con muestras de la mayor solicitud. Nos dijo que *La Boyacá* había llegado allí donde estábamos el día anterior en la tarde, con grandes precauciones, y le había inquirido si por esos mares andaba *La Momotombo* o el vaporcito *Ecuador*. Esto, si bien nos hizo gracia por las frágiles embarcaciones en que podríamos oponernos a los enemigos, nos hizo recordar sugestivamente el empeño con que el Comandante del *Philadelphia* y sus oficiales trataron de averiguar si contábamos con *La Momombo* o con cualquier otro buque...¿Dependería de esta falta de certidumbre la lentitud de las operaciones militares de los regenerantes?

Concertamos con el simpático y generoso Pedeslade nuestra travesía en *La Holda* hasta la bucería de Pinel, en los remansos de Hicarón, y previo el envío de Cedeño a Remedios en el *San Francisco*—velero bergantín en miniatura de que nos apoderamos—con comunicaciones para Herrera, alzamos anclas, y seguidos de nuestros botes, pusimos proa, primero a la punta Baltazar, que doblamos, y luego a la Santa Cruz y a la Hermosa y por toda la redondez de la isla.

El resto del día 27 y todo el 28, lo empleamos en esta vuelta y al amanecer del 29 entramos en el canal llamado de Manila, entre Coiba e Hicarón.

Allí, en una revuelta de la última, estaban las embarcaciones de Pinel, el *Colombia* y la *Eloísa*, y doce o catorce botes con máquina de bucería. El *Colombia* era la nave capitana, y a ella fuimos unos cuantos a entendernos con Indalecio de Gracia, jefe de la armada. Con pena tuvimos que imponérsle, porque, muy distinto de Pedeslade, se negó a conducirnos a las costas de la península de Azuero. Llenadas las formalidades salvadoras de lo que de Gracia llamaba su responsabilidad, dispusimos la partida, no sin haber ido a tierra antes a bañarnos en el único ojo de agua que tiene la estéril, seca y rocallosa Hicarón.

Quedamos instalados en el *Colombia* los mismos huéspedes del bon-go, entre quienes estaban Juan Goitía y Juan Lambert, buenos muchachos que habían dejado en sus casas la abundancia y el amor de los suyos para cambiarlos por la precaria suerte de la guerra; ambos sufridos, de humor alegre, inalterable, de una pieza. Era Goitía el que narraba, cuando más maltrechos y desmadejados nos hallábamos, el diálogo entre el General Guerrero y los *indios de Penonomé*, cuando aquel General perseguía la guerrilla de Fernández y Filós: “Se fue el General a Penonomé, en donde, según rumores, estaba esa guerrilla, y desde luego a las boca-calles, fue haciendo disparos. Cayó un pobre ebrio, errante, y entró Guerrero en la plaza soberbio y victorioso. Al ocupar el cuartel, halló en el suelo, sentados, con las piernas cruzadas, sin armas, mudos y tranquilos, unos cuantos cholos a quienes se dirigió diciéndoles:

“—¿Quiénes son ustedes y qué hacen en este sitio?

“—Nosotros —diz que contestaron aquellos con flema y desembarazo—, ¡nosotros somos liberales!

“Guerrero, riéndose a carcajadas, los mandó a cortar hierba para su caballo.”

Goitía nos hacía recordar con esa historia, en medio de las torturas del viaje, que había muchos que se titulaban liberales, y mientras otros sacrificaban la bolsa, la salud y la vida, ellos se estaban sentados, con las piernas cruzadas, como los cholos, mudos y tranquilos, repitiendo con flema y desembarazo, cuando venía en ocasión. ¡*Nosotros somos liberales!*

Cuando izamos velas para salir de Hicarón, vimos aparecer por la Brígida, desalado como un pájaro, al “San Francisco”, en donde venía Cedeño. Lo

esperamos a la capa y en poco tiempo lo tuvimos al costado del buque, entregándonos las comunicaciones de Herrera y los rifles y municiones con que se había descompletado el armamento. No había habido ninguna novedad en el Ejército. La concentración seguía efectuándose sin tropiezos en los puntos concertados, y era verdad que se habían devuelto los pusilánimes Ramón Campos y Bárbaro Virgen, causando en todos, con los medrosos cuentos que echaban del horror de la sufrida borrasca, las más tristes y hondas inquietudes.

Felizmente, el viento era propicio y nos alejamos del canalón, poniéndonos en pocas horas a la altura de las Anegadas, y con la prima noche, en las corrientes del revuelto golfo de Montijo. El espectáculo de nuestra armada era pintoresco: todas las embarcaciones con sus velas abiertas, sin rizos, y a toda escota; catorce botes adelante y el “Eloísa” y el “Colombia” en pos, sin orden, regados en la movable llanura. A la hora de comer, estos últimos por distantes que se hallaran, volaban al costado de las naves mayores, como polluelos al lado de la clueca, y, con hábiles maniobras, se mantenían a babor y estribor mientras recibían el *pré*. ¡De noche parecían un altar de luces que reflejaba y desaparecía según el vaivén de las olas!

¡En tan espaciosa nave podíamos dormir y guarecernos, comer con comodidad, holgarnos! Nuestras angustias habían cesado, tal creíamos, y si no llegábamos a dar de hocicos contra *La Boyacá*, estábamos salvos y seguros de lograr al fin nuestros designios. Pero en esa vez también fue inconstante la fortuna y de efímera duración nuestra dicha. Muy avanzada la noche y cuando apagadas la últimas voces del buzo que nos había entretenido con leyendas marinas, nos habíamos entregado al sueño, oímos este grito angustioso: ¡se hunde el buque! Entontecidos todavía por el sueño, y no creyendo oír lo que oímos, Mendoza y yo nos sentamos sobre los petates que nos servían de cama y nos miramos como interrogándonos. La noche estaba lóbrega, los botes muy distantes de nosotros y no podrían oírnos. Los compañeros habían puesto a un lado sus cobijas y se habían alzado, sobrecogidos, en silencio, como paralizados. De Gracia pasó en un momento a mi lado, casi llorando, con las manos en la cabeza, y balbuceando apenas:

—Señor—dijo—, el agua nos da ya a la rodilla en la bodega de roa, entra a borbotones; óigala usted...

Echándome entonces sobre el caramanchel e inclinándome sobre la escotilla de la bodega, me puse a escuchar, y, efectivamente, oí en cada tumbo del buque algo así como el ruido de una corriente de agua....Mendoza, que la oyó también, se levantó, bajó a la bodega y volvió a aparecer, amarrándose a al cintura su daga y su pistola.

—¿Qué haces?—le dije cuando volvió a mi lado.

—Yo no sé nadar—me contestó con lúgubre voz.

Eusebio Morales no se movió siquiera, resignado, según me dijo, luego, a todo lo que pudiera suceder. A mi vez, aunque sentía flaquear mis rodillas y mi corazón, me levanté y fui a palpar la gravedad del caso. Seis hombres estaban ya ocupados en sacar el agua de la bodega, con cinco baldes que se pasaban de mano en mano. Maquinalmente me senté cerca de ellos, y mientras reparaban unos la avería del buque y otros componían la bomba, yo observaba la maniobra y alentaba a los marineros... En la mañana, salvos y tranquilos, supimos que en la tarde del día anterior, un bote, al acercarse en busca de su ración, había, en un choque, abierto brecha en el costado del viejo y ya podrido buque.

Ningún nuevo incidente tuvimos, si no fueron las calmas irritantes que nos encadenaron en mitad del golfo todo el día 30. El 1° de mayo, al fin distinguimos a Mariato, y en la tarde nos acercamos a él hasta cubrimos en la noche con la costa que va hasta Morro de Puerco. Fue esa noche cuando estuvimos a punto de chocar con *La Cisterna*, tomada en Panamá, con veinte o treinta liberales más, por José Agustín Arango J. Había salido ese día de Tonosí, en donde se proveyó de leña, y al distinguir tantas luces las de nuestros botes apagó las suyas y se alejó de nosotros. Más tarde supimos que nos había tomado por la cañonera del Gobierno y que había llegado a Chiriquí sin retardo ni dificultad.

Al declinar el día 2, después de doblar el Guánico, dimos fondo frente a la boca del Tonosí, y en el acto dispusimos saltar a tierra. Al hacerlo, se produjo a bordo, entre tripulantes y buzos de la armada, un movimiento extraordinario; todos querían irse con nosotros; eran de oírse los ruegos de Indalecio de Gracia para que le hiciéramos la ídem de no dejarlo solo. Escogimos la mitad de la tripulación y resistimos el enganche del resto, porque, aunque tal concurso era de lo más valioso, por la calidad de vo-

luntarios, hombres robustos y valientes, avezados a todo género de peligros, no podíamos aceptarlos todos sin ingratitud y mal pago a Pinel y al mismo de Gracia, aunque hubiera sido forzada la hospitalidad que éstos nos dispensaron.

Gozosos, con goce que creo nunca pudo nadie sentirlo igual, el mismo día subíamos, con la creciente, el río Tonosí, que la marea rebalsa, hasta el Higuerrón, contemplando al paso, sorprendidos, la hermosura de las laderas y la exuberancia de las tierras de aquel precioso y casi ignorado valle.

• • • • •

Llegados al puerto y desembarcado el armamento, sobraron brazos para llevarlo al poblado. Huyendo de las persecuciones del Alcalde de Las Tablas, estaban en él asilados Rafael Neira, Abelardo Tapia, Federico Barrera y Gerardino de León, siendo ellos los primeros en presentarse; después fueron todos los demás residentes del lugar, con excepción de uno, el único conservador que hay en Tonosí: don Narciso Villalaz. No hubo mozo útil que no fuera a encontramos y a ofrecernos lo que podía; unos daban sus bestias y aparejos, otros sus bueyes y carretas, quiénes su asistencia. La bienvenida dejó de ser patriótica para ser cariñosa: iluminación a nuestra entrada a la modesta plazuela, reunión de ciudadanos y música. Con emoción y con la dulce melancolía que se tiene por las cosas muertas, pasadas, recuerdo la fina y obsequiosa hospitalidad que nos brindaron. Surgen en mi mente los nombres de don Nicolás A. D' Anello y su esposa. En Pilos y en Lacedomonía, celebrados por el poeta griego, no dieron nunca mejor acogida a guerrero o a simples peregrinos, como nos la dio a nosotros Tonosí alborozada.

Sin pérdida de tiempo, esa misma noche, enviamos aviso a Herrera de nuestra llegada al Continente y de las risueñas perspectivas de nuestra empresa, y a Panamá, para que ante todo pidieran de allí más armas y pertrechos a nuestros amigos del exterior, en vista de las pocas nuestras en relación con la afluencia de voluntarios. Llevó el primero a Tolé, Manuel Cedeño, digno hijo de Marcelino, y el último, Ramona Mendoza, patriota y arrojada chiricana, que iba compartiendo con nosotros las torturas de la campaña.

Como teníamos número suficiente de voluntarios, organizamos el primer batallón, al cual dimos el nombre de *Libres de Chiriquí*, por contar en

su mayoría hijos nativos de esa provincia y en honor de Manuel Quintero, a quien nombramos Jefe, y del pequeño De Puy, a quien encomendamos la bandera; del dulce Juan Lambert, del sufrido Gregorio Albarracín y de Florentino Rivera, a quienes dimos grado de tenientes. David Pardo, viejo militar caucano, retirado allí desde la derrota del 85, fue nombrado segundo Jefe con el grado de Sargento Mayor.

A Juan Goitía lo elegimos en calidad de Capitán, para Habilitado General, y a Tapia, a quien conocimos entonces, con igual grado, para la requisita de bestias. El tiempo nos lo iba a hacer conocer mejor y a él le iba a permitir también desplegar y aquilatar sus excelentes prendas.

Pagamos el valor de unos cuantos artículos de primera necesidad que tomaron en la boca del Tonosí, Arango y los demás copartidarios que pasaron en *La Cisterna*, y por segunda vez en el curso de nuestra campaña, vimos que los frutos de la buena fe no siempre promueven en los otros sentimientos de rectitud. Lo habíamos notado ya en San Bartolo, con el increíble reclamo que los Guadamuz nos hicieron de una piedra de moler que aseguraban no había habido igual en toda la provincia, y lo volvíamos a ver entre los oscuros moradores del Guánico. Ropas de campesino, ollas, tiras de cuero, redes de pescar, hachas, sogas de Manila, Churrucas, tinajas y totumas, todo un ajuar de rancho, sin contar animales, formó la lista de una de las descomunales demandas.

Veían que éramos asequibles al reparo de las espoliaciones de algunos copartidarios y aprovechaban la ocasión para abusar a su vez. El hombre es así por todas partes, inclinado a abusar cuando halla asiderao en la ingenuidad y buena fe de los otros; pero ni esos ejemplos ni otros muchos que tuvimos, nos indujeron a cambiar de línea de conducta. Como hombres convencidos, sabíamos que para ser rectos y justos es preciso ser constantes, firmes y valerosos en la práctica del bien, no desmayar, no dejar extinguir la fe, no temblar ante la acometida de la primera alimaña que nos salga al encuentro.

Nos confirmó en esta opinión, es decir, en la idea de que uno debe ser constantemente honrado, a pesar de los asaltos de la mala fe, un rasgo de extraordinario despecho y de amarga decepción de uno de aquellos campesinos de que tuvimos ejemplo. Si mal no recuerdo se llamaba Juan Miranda, de nuestros

más entusiastas adeptos en el pueblo, de los que decían creer en nosotros más que en su *mae* y en la *Santísima Trinidad*. Espontáneamente nos había llevado dos caballos aparejados para trasportar el parque, reservándose, de cuatro que tenía, los otros dos para el trajín o trabajo doméstico; pero resultó que en el arrebatación de aquella primera marcha, faltando caballos en el lugar, le tomaron los que había retenido, y no hallaba modo de recuperarlos. Consideraba que era una injusticia, una verdadera iniquidad dejarlo, como decía bien, a pie, y después de discutir con Tapia, ambos vinieron a mí como un recurso de apelación. Tapia argüía con evidente razón, que el parque no lo podíamos dejar, y como Miranda me viese inclinado a semejante parecer, me dijo, con amargura:

—Bueno, Dotor, así no va mi gallo; ¡yo me *devuedbo*!

Y con esto quería decir, que faltando nosotros a las reglas de la equidad, ¡él dejaba de ser liberal!

Tratando de nombrar las autoridades del Distrito, por primera vez vimos bullir el germen de las miserias de arriba, la latente disolución, la triste infelicidad de lo pequeño. En Chiriquí no lo habíamos visto, porque el cuidado de nombrarlas lo dejámos a las autoridades provinciales y ése era el orden estricto. Pasando por Tonosí teníamos que hacerlo nosotros necesariamente, pues no se concebía que deponiendo las autoridades conservadoras que tenía, no las sustituyéramos con las de la Revolución. El pueblo era todo liberal, y, sin embargo, estaba dividido en varios bandos locales, para ninguno de los cuales eran buenos los nombramientos recaídos en individuos de cualesquiera de los otros. Al oírlos a ellos, a juzgar por su apasionado criterio los habríamos tenido en muy mala reputación a todos, a nadie con honradez ni rectitud. Bien se comprende que en un país en donde se oye a toda hora a la fracción política dominante apellidar de asesinos y malhechores a los de la otra, debe haber echado hondas raíces el espíritu de la mentira, y calumniarse sin cortedad. Pero es claro que no eran como se pintaban ellos mismos, y el ejemplo de *Ricardito*, que los honra, es prueba elocuentísima de esta aserción.

Olvidado tengo el apellido de este soldado del liberalismo pero recuerdo que le dan el diminutivo y le nombraban *Ricardito* simplemente por lo endeble, pequeño y enfermizo, y no sin cierta socarrona e irónica bondad. Considerábanlo sus malquerientes como el eterno embrollador del pueblo, el tinterillo, y era porque sabía escribir y conocía las leyes del país.

Ninguno de sus contrarios resistía su dialéctica en los Juzgados ni en la Corporación Municipal, y así tenía que ser, irremediablemente, el Consejero y el Secretario de todos, del Alcalde de la Municipalidad y aun del Juez. Al conocerlo, nos pareció de lo mejor, pero no sé, francamente, cómo, con qué mañas, se hizo dar el cargo de Colector de Hacienda, y ¡triste de él! Eso fue bastante para que cayera sobre su conducta toda dura y acre impugnación. Alarmados con la pintura que nos hacían de él revocamos el nombramiento y lo llamámos para notificárselo.

Ya en ese tiempo comenzamos a ver que la idealidad en el Distrito, con el ejemplo corruptor de la Regeneración, estaba fija en la Colecturía de Hacienda, y contrariados al no hallar más levantados ileales, queriendo contender con una realidad imposible de evitar, le hablé del siguiente modo:

—Ricardito: usted ve que la lucha está empeñada y no ignora que no hay lauros sin hazañas. Bajo el régimen de libertad que estamos implantando, la recompensa ha de ser el resultado del esfuerzo, los puestos del mérito. Venga usted con nosotros y volverá a este pueblo a ser lo usted quiera; ¡antes, no!

Con esto nos separamos, y no volví a saber de él sino en Chame. ¡Estaba allí en el campamento! ¡Había venido enrolado en el *Libres de Chiriquí*, y se había distinguido en las marchas como un soldado sufrido! ¡Había peleado en Bejuco! Y no había más que decir. Mendoza, si mal no recuerdo, fue quien me lo mostró, y me dijo:

—¿Lo conoces?

—¿Ricardito? ¡Cómo no!

Me parecía ver, en efecto, distinguir, salidas de la mochila que le colgaba atrás, ¡las orejas de la Colecturía de Hacienda!... ¡Cómo hubieran sido así los pretendiente de La Atalaya, Macaracas y Pedasí! ¡Cómo hubieran tenido la dignidad de Ricardito! Ésos sí eran tipos del verdadero Colector. Habían nacido de la Regeneración en ésa su vida alegre y fácil, en ancho molde, que es ancha conciencia, con largas uñas, bajo la influencia del *coje tú para que coja yo*. Viniendo de nosotros, salían a nuestro encuentro, llenos de loco entusiasmo, gritaban desafortadamente, se insinuaban a nuestro lado, nos hablaban de su Distrito, ponían sus caballos *andones* a la par de los nuestros; pero no se enrolaban nunca en las filas. Eran clérigos sueltos, voluntarios de salón, dulces y melifluos, o no estaban bien en ningún puesto. Cuan-

do dejaban ver las *gachas* o los apremiaba comprometedor situación, entonces aflojaban las piernas y se escurrían con suavidad. Se iban y no se les volvía a ver.

La afluencia de voluntarios de Tonosí, no era ni podía ser, con todo la buena voluntad de sus escasos pobladores, tanta cuanto nos era preciso para poner en mano las armas que llevábamos. Resolvimos, pues, avisar a los amigos de adelante para que salieran a nuestro paso, y en hacerlos estábamos, cuando alguno de los que más cerca de nosotros figuraban, dijo:

—Dicen por ahí, que el señor Ignacio Quinzada ha dicho que no tomaría parte en la Revolución, porque es el doctor Porras quien la encabeza en el Istmo, y ya ustedes saben que Quinzada ha actuado de jefe de partido en la provincia y cuenta con amigos en Los Santos.

—¿Quién, quién dice por ahí?

—Gerardino de León—contestaron.

La expresión venía emboscada, temerosa, con embarazo: *dicen por ahí*; pero llamé a de León, le interrogué y me dijo que el caso lo había oído de Rafael Neira. Aunque por lo visto aquello revestía las formas de un dicho por referencia, con que a menudo se encubre la calumnia o el artificio, ambos eran, de León y Neira, mis personales amigos, y quise conocer el fondo de la verdad. A ser cierto lo que de León aseveraba, la repulsa era evidente y podía no ser aislada además. Ya en David había sentido la punta de ese agudo puñal. Un hombre tan sincero como bueno don Ildefonso Preciado, me había dicho:

—Calancha le ha hecho creer a Herrera que es él quien debe gobernar el Istmo, y lo anda diciendo así a todos aquellos en cuyo corazón se imagina pueden hallar cabida sus sugerencias. “Ya verán, dice, ya verán cómo el que va a gobernar el Istmo vendrá a ser el General” (*)

¿Por qué he de ocultarlo, si en este libro no he de hacer sino una exposición de la verdad? Sentí cierto pesar con el decir de de León, una amargura intensa y honda, y resolví apurarla toda. Las pasiones son así, buscan lo que las alimenta, y para ellas no puede haber dulce ignorancia: el miedo ama

(*)—De vuelta a Managua recibí del joven Guillermo Reyes, bien conocido en David, la carta que copio a continuación:

la idea del peligro; los celos, el descubrimiento neto de la cruel realidad; el dolor, la vista de la espina que se ha clavado en el pie.

Llamé, por tanto, a Neira y me confirmó el aserto de de León. Él mismo lo había oído decir o lo había entendido así. Entonces hice lo que en David, sobreponerme a todo sentimiento personal, concretarme al ideal que tenía por delante y seguirlo sin trepidaciones. En el curso de esa empresa, toda ella obra de sacrificios espontáneos, había visto siempre que al cabo del deber cumplido se hallaban las satisfacciones, y que no hay virtud que al ser practicada no diese las mejores recompensas. No vacilé, pues; le escribí a Quinzada invitándolo para que colaborara en la redentora obra común y tomara puesto en nuestras filas.

Neira no quiso ningún cargo. Le dimos a escoger y se mostró contento—así nos dijo—con sólo estar a nuestro lado. A de León le reservamos para Jefe de un nuevo batallón, el que se organizara en Las Tablas y Los Santos. Debía ser así, siguiendo los principios adoptados en la formación del Ejército. Él era hombre visible en la provincia, de los más populares, caudillo en cierto modo, y tenía abierto el camino del mando.

• • • • •

El 3 salimos de Tonosí y el 5 amanecimos en Las Tablas. Yo no creía entonces salir del cansancio de ese terrible viaje. Todavía me parece al recordarlo, que lo siento. Cierro mis ojos y todo se reproduce en mi me-

“Señor Dr. Don Belisario Porras,

“Managua, septiembre 26 de 1900.

“Presente.

Muy respetado Doctor:

Ayer llegué de Puntarenas y como supe que Ud. está al separarse del país, no quiero dejarlo ir sin darle mi adiós de despedida y mi apretón de manos.

Sé que Ud. se dirige a Puntarenas y quiero avisarle que allí se encuentra don Francisco M. Calancha, quien se ha declarado abiertamente su enemigo, tratando de desprestigiar a Ud. y ponerlo mal ante sus partidarios y amigos. En la cárcel de David, estando yo preso, supe que este señor había sembrado la zizaña entre el señor General Herrera y Ud. haciéndole ver a éste que no debiera ser Ud. el Jefe Civil y Militar de Panamá sino él (Herrera) por despecho o venganza de no haber obtenido el nombramiento de Prefecto de la Provincia de Chiriquí. Esto lo supe por boca de don Balbino Alvarado en esa ocasión y más tarde a mi llegada a Puntarenas, fue referido por Manuel Gallegos.

Deséole feliz viaje y quedo de Ud. su affmo. Amigo y S. S.,

“V. Guilleremo Reyes”

moria con fidelidad. Oigo la gritería espantosa de los monos en la selva, y veo en ésta, extasiado, los enormes troncos de árboles gigantescos que daban oscurísima sombra. Vamos andando por terreno plano, atravesando el valle. En los Bajos de Flores nos sorprende la noche; las luminarias guían nuestros pasos. Pie a tierra, al fin, ¡hemos llegado a los ranchos! José Ignacio Baltuano, el noble campesino, nos brinda allí la mejor hospitalidad. Ha matado un puerco gordo para festejar nuestra llegada, y convidado para la fritada, como es de uso, a las mujeres de la circunscripción. Bailamos hasta media noche, y oímos el canto melancólico del trovador montañés. En la mañana la escena fue distinta; comenzamos a subir interminables cuestas, desfiladeros terribles, empinadas lomas. A trechos no se podía subir sino prendido de la cola del caballo. La carga rodaba con animal y todo, o se descomponía o se caía sola. A veces se iba para atrás con la misma enjalma; otras chocaba con un tronco y se iba para un lado. La caravana entonces forzosamente tenía que detenerse, y de uno en uno, escalábamos la empinada y oblicua posición. Respirábamos al subir a la cumbre; en pos de ésta venía otra; en pos de otra, otra después; ¡pero qué satisfacción tan honda al coronar una de ellas! Todavía me parece contemplar con éxtasis insaciable, desde la Loma de Flores, o desde La Larga, o desde la del Loro, atrás y en el fondo, el vasto valle que dejábamos, uno como golfo azul oscuro, cercado de cerros y bordeado al Sur por una faja plateada y brillante que era el mar. ¡Región incomparable aquélla; asiento prometido a generaciones venideras; futuro brote de imponderables riquezas!

Estábamos en Vallerico al anoecer el día 4. Nos esperaba allí lo más granado de la juventud tableña: Carlos L. López, Justo P. Espino, Eulalio Villarreal, Esteban Tejada, Horacio González, Ezequiel Hagámez, Matías Tejada, Clemente Céspedes, Francisco González S., José Antonio Saavedra, Manuel Iglesias, Elías Dorado, M. Madariaga, Cecilio Sugasti, y muchos más que formaron como subtenientes la base del *Escuadrón Patria*, en el cual figuraron luego Dídimo Goitía, equitador incomparable; Octavio López, tan suave como fuerte y animoso; los dos Robles, Luis y Sebastián, muchachos de virtudes; Vianor Bellido y algunos otros de lo más saliente, de lo que formaba la crema de los pueblos.

Llegados a Las Tablas, los voluntarios afluyeron de Pocrí, de Guararé y los Santos. Quinzada llegó el 6. Su presentación con un grupo de amigos fue la respuesta que dio a la carta mía de que antes he hablado. Se le nombró por sus servicios anteriores y por antiguo grado de Coronel, Jefe de Estado Mayor de la Segunda División. Ángel Terrientes llegó el 6 también y se le destinó de Capitán al batallón “Libres de Chiriquí”, con M. Martínez, N. Jiménez, José del C. Saavedra, Darío suárez y Justo Casorla. Igualmente se presentó Rodolfo Pardo con Remigio Muñoz, y fueron destinados al “Escuadrón Patria”, el primero como Jefe de él, con el grado de Sargento Mayor.

Imposible es citarlos a todos por sus nombres, porque fueron innumerables los que luego se fueron presentando. En la provincia de Los Santos, salvo Pesé y Ocú, las poblaciones son todas liberales o predomina el elemento liberal.

Por todas ellas fuimos recibidos con palmas, como libertadores. De la villa de Los Santos se desgranaba la población. El Prefecto la había abandonado, abriéndole la puerta de la cárcel a los presidiarios, y no había en ella autoridades regenerativas que contuvieran las explosiones del sentimiento popular. Llegaban las comisiones invitándonos a hacernos cargo de ellas, o como dicen los conservadores en su literatura chinesca, a entregarnos las llaves de la ciudad. El 7 nos abrió sus puertas, que eran los brazos de todos sus ciudadanos. Como en Guararé, por donde pasamos, se fueron a recibirnos en las afueras de la población sin distinción de sexo, edad ni estado. La villa de Los Santos tiene tan corto número de conservadores conocidos, que de seis u ocho mil habitantes se cuentan de ellos con los dedos de la mano y sobran dedos: Monteza, Moreno, Castillo, Villalaz y pare de contar.

El liberalismo es proverbial en la histórica villa. Fue en ella en donde se dió el primer grito de libertad en 1821, cuando los conatos de emancipación. Nuestra marcha a través de las poblaciones del Istmo fue siempre triunfal; el enemigo huyendo por delante y nosotros en pos de él entrando a los pueblos que desocupaba, llevados en peso, por decirlo así, por las multitudes que nos victoreaban; pero sólo allí en la villa de Los Santos y más tarde en Aguadulce, se dio el ejemplo de que el liberalismo se congre-

gara para darnos, no sólo su contingente de sangre, sino también de dinero. Francisco Villalaz, Vicente de León, Mauricio Correa, Pedro Cedeño Villalaz, Manuel María Correa, Manuel Vásquez Ortega, Elías Arosemena y otros que siento no recordar, ofrecieron su óbolo y lo dieron para el sostenimiento de la causa: quién doscientos pesos, quién ciento cincuenta o ciento, como en Aguadulce, Suárez, Barichovich, los Robles, Campos y Fernández.

El que no pudo dar dinero dio sus bestias o los aparejos de éstas. Salvador Salado me dio su caballo, la niña de sus ojos, sin rival para cuestras y llanuras, y en el que hice toda la campaña.

Desde Las Tablas, en donde Nemesio Medina y Ambrosio González sufragaron liberalmente el mantenimiento del Ejército, hasta Aguadulce, en ningún pueblo de la provincia de Los Santos tuvimos que hacer uso de reses ajenas para alimentar las tropas. Lo que no compramos nos fue dado, y sin embargo de que todo esto era público notorio, y de que el regocijo de los pueblos se oía a lo lejos como un himno en honor nuestro, algunos conservadores aseguraban impunemente que nosotros cruzábamos la provincia como hordas de salvajes, rompiendo muebles en las casas, talando los campos, matando animales domésticos e incendiando las inermes poblaciones. Ésta es otra clase de guerra en la cual no tienen los conservadores competidores. A nadie encarcelamos, y todos los que fueron detenidos por sospechosos, dadas las necesidades del momento, cobraron luego, con mansedumbre evangélica, salvo-conducto y regresaron a sus casas y a sus ocupaciones de costumbre.

El clero del Istmo no ha sido nunca, ni es aún, clero ilustrado; tampoco ha sido ni es fanático y místico, pero ha sido siempre un clero honrado. Generalmente el sacerdote ha cumplido sus votos de pobreza y humildad, y no ha hecho del confesionario instrumento de las intrigas o patrañas políticas. El orden político ha sido para él distinto del orden religioso, y creo sinceramente que en el Istmo todos los sacerdotes tienen más del célebre Abate de Lemire que de aquel que quiso estampar en el pabellón francés la imagen del Corazón de Jesús. Por eso a través del Istmo no encontramos adversarios en el clero. En el Istmo es imposible hacerles creer a las gentes, a las mujeres sobre todo, que nosotros somos enemigos de la religión. El

distinguido Melitón Martín, el probo Padre Navas, el franco Cura Quinzada, el inteligente Arrue, Vásquez, Laborde, y numerosos otros, si no bendijeron nuestras banderas, no las maldijeron tampoco, y nos vieron pasar como convencidos que buscan un ideal, como luchadores, dignos de la hora del propio esfuerzo, del desinterés y de la abnegación, como héroes de una causa, no como explotadores del Poder ni de la Ley.

No bien acuartelados en Los Santos, dirigimos nuestras miradas a Santiago, en donde se hallaba acantonado el enemigo. Nada sabíamos de sus movimientos, pero conforme al plan de campaña, debíamos llamarle la atención para que retrocediera o se fraccionara, dejando paso libre al ejército que teníamos en Tolé. Empezamos, pues, a enviar por diferentes vías correos a Herrera, supuestos y verdaderos, aquellos con pliegos para que cayeran en manos del enemigo, y éstos para que informaran a Herrera de nuestro avance a Aguadulce y del éxito de nuestras operaciones. Para los últimos escogimos a Ángel Santos Quinzada, a Don Pablo Rodríguez, al notable *changue*, o sea José Ángel Campos, y a Juan Saavedra, el afamado. El primero y el último no cumplieron con su cometido; sin embargo, Herrera conoció nuestro avance por Rodríguez y por Campos. Saavedra, cuyo nombre legítimo no es ése, es hombre de antecedentes liberales, pero hostigado por ideas extrañas.

Sin dilación, sin pérdida ninguna de tiempo, quedaba definitivamente organizado el batallón “Azúero”, así designado en obsequio al nombre de la península que atravesábamos. A Gerardo de León lo hicimos Jefe de este batallón, con el grado de Teniente Coronel y a Correa Segundo Jefe, con el de Sargento Mayor.

Para entonces no quedaba rifle sobrante, y ¡cuántos no íbamos a necesitar cuando avanzáramos sobre Veraguas, Coclé y Panamá! ¿Tendríamos en lo sucesivo que hacer devolver a sus casas a los voluntarios que se nos presentaran? ¿No iba a ser del todo ineficaz la campaña con los únicos 500 hombres para los cuales habíamos tenido rifles? ¿Podríamos, por ventura, apoderarnos de la capital con esa sólo fuerza? El viaje, pues, de un comisionado al exterior, a conseguir armas, se imponía necesaria e imperiosamente, y quedó acordado que ese comisionado sería el doctor Eusebio A. Morales. El *San Francisco*, que había pasado de Tonosí a Las Tablas, acababa de fondear en Chitré, y en él podría seguir el noble compañero hasta Taboga,

desde donde iría a tomar con sigilo el primer vapor que saliera de Flamenco para el Sur.

Con alborozo y confianza, como guiados por estrellas de vivísima luz, salimos de Los Santos el 10, sobre el Santamaría y Aguadulce. Una sola pena llevábamos, la de dejar en Chitré, con destino al puerto, al amigo querido, a Morales, con quien habíamos compartido tantos peligros y zozobras. (*)

Al amanecer del 11 habíamos pasado por dos puntos distintos del Santamaría, hallando humeantes todavía las hogueras del enemigo en la ribera opuesta.

Había desaparecido. Dieciocho o veinte conservadores que avanzaban de Santiago a unirse a la fuerza del Coronel José María Nuñez Roca, en Aguadulce, fueron sorprendidos y aprisionados en el llano de Los Canelos, por el escuadrón "Patria". El grueso del Ejército regenerador, al mando de dos o tres generales, había dejado Santiago y embarcándose en Soná para ir a ocupar, según fue fama, a David, abandonada por nosotros. La columna *Campo Serrano*, en fin, al mando del citado Coronel Nuñez Roca, evacuaba en Penonomé después de abandonar a Aguadulce, se refugiaba en Antón y se embarcaba, por último, en dirección a Panamá.

Con cierto dolor los veíamos alejarse porque no podíamos perseguirlos. Teníamos que atender a nuestra unión con el ejército de Tolé y esperar a Herrera en el punto convenido para la concentración. A éste le quedaba el camino expedito y a nosotros no nos tocaba sino aguardar. Por nuestro arrojo

(*)

Chitré, mayo 11 de 1900.

Señores Doctores Belisario Porras y Carlos A. Mendoza,

Donde se hallen.

Queridos amigos:

Es la una de la mañana y voy a embarcarme. Imposible me ha sido conciliar el sueño pensando en las molestias y peligros de la marcha emprendida por Uds.; molestias y peligros que hasta hoy habíamos compartido juntos con serenidad y hasta con alegría. El instante en que los vi partir fue para mí una prueba más dolorosa que todos los males sufridos antes. ¿Qué hacer? ¿Crean Uds. que cumplo un deber imperioso separándome de mis queridos compañeros? Yo tengo fe en la corriente que nos viene impulsando y que nos ha salvado hasta ahora en mares y tierras y por eso dejo que me arrastre. Yo he de volver, estoy seguro de ello; he de volver con lo que necesitamos y esa esperanza me conforta. Valor, pues, y adelante. Yo voy ahora mismo a meterme en el buque y a volar, si es posible.

Reciban un abrazo del compañero y del amigo,

Eusebio A. Morales

MEMORIAS DE LAS CAMPAÑAS DEL ISTMO 1900

nos habíamos colocado a gran altura, y nuestra sombra, como en noches claras con la luna en el horizonte, se extendía por el campo, proyectándose lejos, muy lejos, cubriendo larguísimo espacio. Inmensa, era bastante para ahuyentar por sí sola al *godo* fugitivo.



Capítulo XII

El Plan de Campaña

Damos a conocer en seguida el plan ideado en David para realizar nuestro avance a Aguadulce por sobre un enemigo superior que nos cerraba el paso. Sin creer que ese plan merezca analizarse como obra de estrategia, lo damos con todo a la estampa por ser un documento auténtico que pertenece a la historia. Su mérito, aparte de su autenticidad, consiste en haber sido cumplido como tal vez no lo fue jamás ninguno en el curso de otras guerras.

•••••

REPÚBLICA DE COLOMBIA

Ejército Restaurador — Plan de Campaña

Como el objeto que perseguimos es el de acercarnos a Panamá, para hacerla nuestra —después de apoderarnos de todas las provincias—, tendremos que marchar sobre Aguadulce, que está en el camino y es la llave de las tres provincias de Coclé, Los Santos y Veraguas, y la única plaza en donde el Gobierno ha situado —según se dice— alguna fuerza.

Habremos de prescindir de la vía marítima, como única vía, por no tener un buque armado en guerra que pueda combatir con “La Boyacá”, llegado el caso, ni con un buque de vapor, para transporte de las tropas y del parque. El camino terrestre está indicado pues. Pero por tierra, con el parque y las armas que no hemos podido poner en manos amigas, nuestra

impedimenta es considerable, y bien puede ocurrir que, no pudiendo con la celeridad indispensable ocupar a Santiago (en donde podíamos armar a nuestro amigos de Veraguas y de Los Santos) antes de que el enemigo lo haga, nos veamos atajados en el único camino que conduce allí como en un callejón, que estrechan el mar por un lado y la cordillera de los Andes por otro.

En ese riesgo, y persiguiendo como objetivo inmediato armar a nuestros amigos de las demás provincias, y considerando que de éstas las más próximas a Chiriquí son Veraguas y Los Santos, ¿qué habría que hacer para conseguirlo? Propongo llevar por mar, mientras el Ejército avanza por tierra a Veraguas, las armas sobrantes a nuestros amigos de Los Santos. El puerto a donde puede dirigirse la expedición es Tonosí, pues es el más próximo a David, el más escondido y menos frecuentado de esa provincia, y la expedición contaría, además, dirigiéndose a él, con los auxilios de las bucerías de Coiba e Hicarón que están al paso.

Estoy seguro de que una vez desembarcada en Tonosí la expedición, podría marchar en triunfo sobre Las Tablas, Guararé, Los Santos, Chitré, Parita y Santamaría, incorporando en cada uno de estos pueblos a nuestros amigos decididos que harían la unidad de fuerza requerida para nuestras armas. Esta marcha podría hacerse simultáneamente, como se ha dicho, con la del resto del Ejército sobre Santiago, pero si fuera muy lenta, siempre el Ejército podría esperar en Santiago el avance de las partidas levantadas en Los Santos, y entonces, ya en contacto las dos fracciones, avanzarían sobre Aguadulce, la una desde Santamaría, último pueblo de Los Santos, y la otra desde Santiago, capital de Veraguas.

No creo indispensable entrar en más detalles. El éxito de la movilización por tierra, en combinación con la marítima hasta Los Remedios, queda a cargo del General Herrera. Yo en persona dirigiré la expedición por mar.

Tolé será la zona de concentración del Ejército, en caso de que el enemigo haya ocupado ya a Santiago. El General Herrera debe en ese caso disputarle el paso del Tabasará y aguardar noticias nuestras. Nos propondríamos entonces armar doscientos hombres en Los Santos y salirle al enemigo por retaguardia, llamar su atención, dividir sus fuerzas para facilitar el avance del General Herrera y su unión con nosotros.

Si el enemigo no ha avanzado a Santiago cuando salgamos de David, el General Herrera debe activar su marcha y ocuparlo, atrincherándose como para resistir un corto sitio, que nos dé tiempo de llegarle a dicho enemigo por detrás. Si lo consigue, debe establecer el mejor servicio de espionaje y tratar de ponerse cuanto antes en relación con nosotros en Los Santos, apoyarnos o defendernos, según el caso. Si por desgracia la expedición por mar cayera en poder de *La Boyacá*, el General Herrera no tendría sino que seguir, investido de todas las facultades y prescindiendo de nuestro concurso, sus propias inspiraciones. Aspiremos a sitiar al enemigo en Aguadulce y procedamos en consecuencia, pues sitiándolo allí podemos vencerle sin grandes sacrificios. Encerrado, en efecto, en esa población, carecería de víveres y de agua durante todo el verano, y, en cambio, nosotros lo tendríamos todo y contaríamos, además, con el auxilio eficaz de nuestros amigos de Coclé que irían a incorporarse en nuestras filas.

Si el enemigo saliera de Aguadulce a nuestro encuentro, en lugar de enfrentársele al grueso del Ejército, nosotros, más débiles, lo evitaremos hasta estar al habla y en combinación con el General Herrera.

La clave de este plan está, pues, en que el Ejército que comanda el General Herrera, mantenido a la defensiva, rehúya el combate hasta el paso del Tabasará, o en combinación con las fuerzas que organicemos en Los Santos, una vez que se aleje de ese paso. Contiene ideas generales sobre el curso que debe imprimírsele a los sucesos, sin pretender hacer de él un cartabón. Las circunstancias imprevistas lo podrán hacer modificar y ser las hábiles consejeras de detalles.

David, abril 17 de 1900.

Belisario Porras.

•••••

Managua, julio 4 de 1900.

EL COMERCIO

Director Propietario, José María Castillo.

Revolución de Colombia—Datos importantes que no se conocen.

Ayer estuvimos a visitar al doctor Eusebio A. Morales, Secretario de Hacienda del Gobierno del doctor Porras, que acaba de llegar a Managua. Con el caballero en referencia, tuvimos la siguiente entrevista:

Repórter. —¿Podría usted decirme cuál es el estado de la Revolución en lo que concierne al Departamento de Panamá?

Morales. —La revolución en Panamá está pujante y la considero invencible. Después del triunfo en David el 4 de abril, tuvimos necesidad de organizar tropas, y en esa labor empleamos quince días. El doctor Porras preparó entretanto un plan de campaña que ha producido el desconcierto del enemigo y aumentado nuestro prestigio y nuestra confianza. Ese plan, que es necesario estudiar con el mapa del Istmo en la mano, era el siguiente:

El General Herrera, con el grueso del Ejército, que ascendía a 350 hombres próximamente, debía seguir por el camino de tierra y por la vía escabrosa de la cordillera en dirección a Santiago, ciudad en la cual se hallaba el Ejército enemigo para cerrarnos la vía de Panamá. El General llevaba instrucciones para avanzar hasta donde hallara resistencia, y caso de que el enemigo, en número superior, le saliera al encuentro, ocupar las formidables posiciones de Tolé y esperar el cumplimiento del plan que a nosotros correspondía.

Nosotros, el doctor Porras, el doctor Mendoza y yo, salimos del Puerto de David (Pedregal) el día 24 de abril con 35 hombres y 200 rifles en cuatro botes de bucería, con el propósito de atravesar en esos vehículos una distancia de 240 millas, invadir la Provincia de Los Santos, reunir allí 200 o 250 hombres y marchar sobre Santiago para atacar por retaguardia al enemigo que le daba el frente al General Herrera.

Después de una navegación peligrosa de nueve días, en que sufrimos todo género de privaciones y torturas, pasando por mares en los cuales cruzaba constantemente el buque enemigo *La Boyacá*, llegamos al puerto de Tonosí, en el extremo Sur de la Península de Azuero, el día 1° de mayo. Ascendimos la cordillera, descendimos a los llanos de Las Tablas, y el 6 teníamos ya los 200 hombres que deseábamos. Con ellos marchamos sobre Santiago por la vía de Aguadulce para verificar la combinación proyectada; pero nuestra sorpresa fue inmensa cuando supimos en el camino que el Ejército enemigo había desocupado a Santiago, se había embarcado en varios vapores y se dirigía a buscarnos en la ciudad de David. Es decir, que aquellos estratégicos admirables se dirigían a *presentarnos* combare en el único punto en que ya no podían encontrarnos.

Entretanto, el Gobierno de Panamá no quería creer lo que se le decía. Le era imposible convencerse de que nosotros habíamos ejecutado el extraordinario acto de audacia de lanzarnos al propio corazón del enemigo, y cuando el convencimiento se impuso por la toma del pueblo de Aguadulce el 12 de mayo, el desconcierto fue inmenso.

Advertido el General Herrera de aquella nueva faz de los sucesos, avanzó sin obstáculo y se nos reunió algunos días después.

Como resultado de aquel plan ideado por el doctor Porras y secundado eficazmente por el General Herrera, quedaron en nuestro poder las Provincias de Veraguas, Los Santos y Coclé, que tienen posiciones importantes y en las que había recursos de todo género.



Capítulo XIII

Nuevos planes

Correspondencia con Herrera

República de Colombia.—Departamento de Panamá—Ejército Restaurador.—Santiago.
Señor Jefe Civil y Militar del Departamento.

El Roble.

En estos momentos llegué y está entrando la artillería; el parque estará aquí con el batallón Conto al amanecer.

He nombrado Alcalde de Soná al señor Juan Manuel Carranza y en esta ciudad al señor Juan Manuel Pino, ocupándome actualmente en nombrar espionaje sobre el puerto de Montijo, pues lo probable es que los chasqueados de David vuelvan a sus anteriores posiciones.

Conceptúo urgente la unión de nuestras fuerzas a fin de dar el golpe de gracia al enemigo que puede presentarse de un momento a otro, y opino que a Núñez Roca se le debe destrozar picándole la retaguardia hasta que termine en completa desbandada. Del mismo modo creo urgente recoger todos los bueyes de carga y carretas para inutilizar al enemigo, y a ese respecto doy mis órdenes aquí, mientras el señor Díaz se presenta a hacerse cargo de la Prefectura de la Provincia o usted nombra otro.

El Gobierno parece que hace alarde de elementos de guerra, según aseguran, con la pompa de cañones y ametralladoras y el pago de artilleros americanos; es preciso quitárselo para obligar a que le paguen a su familia el seguro de vida.

Por lo demás todo bien, y esperando verlo cuanto antes, como siempre quedo su amigo afectísimo,

E. J. Herrera.



República de Colombia.—Departamento de Panamá.—Comandancia en Jefe del Ejército Restaurador.—Santiago.

Señor doctor Belisario Porras, Jefe Civil y militar del Departamento.—Aguadulce.

Después de 72 horas de haber arribado a esta capital, por fin tengo el gusto de recibir noticias auténticas de usted, y me congratulo altamente por el modo feliz con que ha operado en esas Provincias donde el Partido Liberal tiene su primer baluarte en el Istmo. Mis parabienes, pues, también en mi nombre y en el de todos mis compañeros para los amigos que lo acompañan.

Contestando su atenta nota, veo por ella que su disposición es seguir a la capital sin demora ninguna; ya en correspondencia anterior me permití explicar mis ideas a este respecto, pero lo hago nuevamente a fin de que haya cohesión completa en el futuro plan de nuestras operaciones.

La falta de rifles para poner en mano me obliga a pensar que la organización de las Provincias es un problema difícil de resolver, pues no podemos distraer un solo rifle para hacer efectiva esa organización después de nuestro abandono de ellas.

Nuestra fuerza disgregada, así como está, no deja de tener también sus inconvenientes, pues esto nos obliga a mayores atenciones. Por otro respecto, juntas las dos fuerzas, formaremos una unidad táctica de 600 hombres efectivos a quienes es indudable respetaría el enemigo; no hay, pues, otra disyuntiva que seguir a la capital con la gente que tenemos, pero a este respecto, va también mi opinión. Es natural que el gobierno trate de reconcentrar todas sus fuerzas allí, con las que indudablemente podría resistirnos, y entonces, sin poder aumentar nuestras tropas por la carencia de rifles, nuestro asedio sería completamente inútil; ésta es la faz mala que se presenta hasta ahora, fuera de que podríana faltarnos recursos para el sostenimiento del Ejército. Esto lo conoce usted mejor que yo.

Pero si nosotros logramos, al llegar a los alrededores de Panamá, conseguir por alguna vía el aumento de los elementos de guerra, ya sea trayendo armamento de los Estados Unidos o del Ecuador, para ponerlo en mano de los amigos de la capital que se presenten, entonces nuestra combinación sería brillante.

Nuestra permanencia en las provincias es sumamente pernicioso y seguramente de fatales consecuencias; por esto he resuelto definitivamente seguir mañana a reunirme con usted, buscándole el mejor lado al asunto de que venimos tratando.

Apenas se ha logrado la adquisición de algunos recursos con dos presos que hice venir de Cañazas y a un señor González a quien trajeron de San Francisco (once mil pesos poco más o menos). Es imposible hacer más recaudaciones aquí, pues todas las personas pudientes del enemigo han huido. De modo, pues, que nuestra estadía aquí sólo servirá para consumir esos recursos con riesgo de que nos mate la anemia.

En mi carta anterior le doy noticia de las referencias que tengo con respecto a David, y estas mismas se las podrá comunicar verbalmente Francisco González, a quien le envié con un aparato telefónico a sus órdenes.

Incluyo tal como me han entregado los datos adjuntos, y en presencia de ellos, he mandado un piquete de caballería en inspección sobre Puerto Mutis y Montijo, el que tiene orden de regresar en la mañana para seguir marcha a esa población.

La provincia queda organizada, y ésta como las otras del Departamento, no tendrán gran cosa que temer del Gobierno.

El conocimiento íntimo y antiguo que tengo del Coronel Aguilera (o Juan Saavedra), su lealtad, su valor y el estudio que tiene hecho de estas provincias, me da derecho para pensar que él, con una guerrilla de 50 hombres, no sólo tendría en jaque a cualquier enemigo que se presentara, sino que serviría para aumentar el armamento que esté en manos de los desertores del ejército del Gobierno, los que indudablemente son una amenaza para la tranquilidad pública y social; además, dicho Jefe podría reunirse con nosotros con los elementos que le dejemos y los demás que pueda reunir.

Propongo, pues, al Coronel Nepomuceno Aguilera para Inspector General del Ejército del Istmo, nombramiento que se merece por sus antecedentes y por las otras cualidades ya apuntadas que acompañan al expresado Jefe.

Sírvase ordenar el envío de algunas carretas al Río Santa María, a fin de que los elementos que llevamos puedan ser conducidos con prontitud y no haya mayores tropiezos en la marcha.

Al Mayor Cano he tenido que rebajarlo a soldado raso por falta gravísima que ha cometido, llegando al extremo de intentar hacer armas contra mí, por

BELISARIO PORRAS

represiones que le hice. Del mismo modo a los Capitanes Fornos, Sebastián Silva, Moquín y Subteniente Marín, quienes han cometido grandes atropellos.

Soy de usted con toda consideración muy atento servidor y afectísimo compatriota. El General en Jefe,

E. J. Herrera.

•••••

República de Colombia.—Departamento de Panamá.—Jefatura Civil y Militar del Departamento.—Aguadulce, mayo 14 de 1900.

Señor General en Jefe del Ejército Restaurador.

Santiago.

En estos momentos que son las siete de la mañana acabo de leer su apreciable nota sin fecha y que calculo del día de ayer, por la cual me da la gratísima nueva de su llegada a esa ciudad, que ya conocía por otra de sus expresos. Estimo el hecho como un triunfo y veo por ello que nuestro plan de campaña ha quedado cumplido en forma. Con gusto lo felicito por la valiosa colaboración de usted y de los bravos compañeros que con usted sostienen el honor de nuestra bandera. Quédanos sólo por hacer, ocupado como tengo a Aguadulce, dominada toda la Provincia de Coclé y organizada la de Los Santos, una tercera parte de nuestra campaña. Salvo su mejor opinión, debemos, manteniendo toda la reserva del caso, marchar hacia Panamá, preparándole así al Ejército de la tiranía, un nuevo fiasco cuando desembarque, desorientado, en cualquiera de nuestras Provincias. Esta marcha hará parte de un nuevo plan de campaña que tendrá término en Chame, en espera de oportunidad de apoderarnos de Panamá o de los nuevos elementos que necesitamos para atacarla.

Desde luego aplaudo las medidas que ha tomado, nombrando Alcalde en Soná y en Santiago y estableciendo el mayor, más vivo y constante espionaje en Montijo y Puerto Mutis, y me imagino que el enemigo no vendrá a desembarcar tan cerca de usted, por que comprenderá el riesgo que correrá haciéndolo. ¿Recuerda usted del desembarco nuestro en San Bartolo? Necesita de la protección de muchos cañones; y si usted logra establecer estricta vigilancia y obtener noticias verídicas, hijas de la buena información y no fraguadas por el miedo, tan común de las gentes, usted puede darles en el mismo desembarque, si lo hacen por allí o ya en camino para Santiago, una lección inolvidable.

Santiago es, además, un reducto con sus dos torres, y usted puede, llegado el caso, atrincherarse en su cuartel de calicanto, de modo tal que lo haría intomable o me daría tiempo para llegar en su auxilio. En Puerto Mutis hay muelle en uso ya; pero esto no obsta para que se tenga en cuenta las advertencias y afirmaciones que le hago.

Ruégole que se fijen en que Montijo o Santiago y Aguadulce son las llaves de una garganta o Istmo que tiene la península de Azuero. Dueños hoy nosotros de esas posiciones los godos no podrán vencernos aunque desembarquen por uno de los tres puntos a su alcance, a saber: por Mensabé, en la Provincia de Los Santos, porque podemos converger a un punto dado y sorprenderlos con emboscadas y escoger sitio para el combate; por Puerto Mutis o Soná, porque usted podría atrincherarse y hacernos un llamamiento, al que corresponderíamos en el acto, tomando a los enemigos que lo rodearan, de afuera para adentro; y por Antón, porque yo podría replegarme a la margen derecha del Río Santa María, que es la suya, y llamarlo a usted en mi auxilio.^(*) Esto, mientras usted descansa, se organiza aquella Provincia y se cobra parte del empréstito decretado en esta fecha, pues nosotros, repito, debemos marchar hacia Panamá que es *nuestro objetivo*.

Espero su completa conformidad con mi parecer, o que me haga las observaciones que le sugieran su experiencia y su saber. En la organización del cuerpo de vigilancia e informaciones sobre Puerto Mutis, Montijo y Soná, no economice.

Van nombramientos para la Administración Pública de la Provincia y autorización al Comisario General para cobrar empréstito. Preciso es, si usted acepta mis advertencias e indicaciones, que no se pierda tiempo en ese cobro y se ponga en marcha renunciando por el momento a efectuar el de las personas ausentes o renuentes, operación que puede dejarse al Administrador de Hacienda Nacional.

He enviado al Inspector de Telégrafos, señor Caro, a reconocer la línea, e importa mucho que ésta quede restablecida cuanto antes para comunicarnos a cada momento. Aquí no hay telegrafista. Vea que el distinguido Jaramillo provea el mejor servicio a la mayor brevedad.

^(*) El río Santamaría es una posición formidable en cuyos márgenes se han librado combates favorables a los primeros que se han hecho dueños de ella...

BELISARIO PORRAS

No concluiré sin manifestarle que el enemigo ha huido a nuestra llegada, tanto de Las Tablas a donde llegué con 100 hombres, como de aquí en donde ya cuento con doscientos y más.

Ayer evacuó a Penonomé la columna Campo Serrano del comando del Coronel J. María Núñez Roca, y se embarcó, por Antón, para Panamá. Desguarnecida como parece estar, acaso van a reconcentrar en ella todas las tropas para resistirnos. Me preparo a ocupar la cabecera de Coclé y a organizar en seguida la Provincia. Aunque quisiera comunicarle algo más, no hay ya tiempo. Acepte la seguridad de mis consideraciones, y con un caluroso abrazo para usted, Paulo Emilio, Nicholson, Vergara, Montes, Julio, Castillo y Arango, que me dicen está ya a su lado, y tantos buenos más, quedo suyo afectísimo S.S. y amigo.

Belisario Porras

•••••

República de Panamá. —Comandancia en Jefe del Ejército Restaurador.—
Santiago, mayo 13 de 1900.

Señor Jefe Civil y Militar del Departamento.

Aguadulce

Respetado y querido amigo:

Como le noticié por mi expreso anterior, llegué anoche a esta ciudad con la mayor parte de la fuerza, esperando tan sólo al batallón Conto que debe llegar hoy y veinte hombres que quedaron a retaguardia con 14.000 tiros, porque, por falta de vehículos, no he movido con la rapidez que el resto que he conducido a esta capital, y como yo lo deseaba.

A marchas forzadas he traído esta tropa y ese parque de Tolé, de donde he salido el 9 de los corrientes, recibiendo los aguaceros más torrenciales que usted pueda imaginarse; pero no obstante todas las dificultades y las inclemencias del tiempo, el entusiasmo no ha decaído un solo segundo, y nuestro deseo es terminar la campaña cuanto antes con el desbaratamiento completo enemigo.

En mi concepto, la retaguardia de Núñez Roca debía perseguirse para desbandarla y hacernos a esos elementos; pero si no es posible esto, debemos concentrar nuestras fuerzas a fin de acabar con los *valientes vencedores* que

probablemente se tornarán de David en nuestra busca. Tengo la creencia de que podríamos ahogarlos en la zona que del Montijo se extiende hasta el puerto de Soná, aproximando nuestras fuerzas a estos lugares para movilizarlas rápidamente tan luego empiece el desembarco de ellas. Concluido esto, habremos hecho la campaña del Istmo y nuestra aproximación a Panamá no la detendrá nadie y nos quedará la retaguardia cubierta, completamente libre. De otro modo, avanzando nosotros sobre la capital, tendremos a retaguardia todas las Provincias en poder de los enemigos, las fuerzas de ellos y el dilema de quedar encerrados acaso sin recursos.

Todas estas indicaciones me las sugiere el deseo de salir lo más airosos posible y en la convicción de que dando el golpe final, quedaremos inexpugnables en el Departamento.

Villadiego desembarcó en el Pisbat, puerto debajo de Soná, y se dejó tomar 14 rifles y 2.000 tiros, trayéndolos ya en conducción a la población de Soná.

Él se me presentó al campamento, y aunque negó el hecho al principio, al fin tuvo que confesarlo. Bien se comprende que este hombre no podría desempeñar una comisión de esta naturaleza.

Ésta ha sido una verdadera campaña alpina, y es milagro, si los tales existen, haber podido conducir hasta aquí ese parque que es el elefante blanco de nuestros movimientos, y para que nada faltara, un rayo vino inesperadamente, y cuando cumplía una comisión importante, a quitarnos al Capitán Joly, oficial de grandes prendas que me hace notable falta, y cuya muerte ha sido sentida por todo el Ejército.

A Jaramillo lo dejé en Remedios arreglando asuntos personales, y tan pronto llegó allí Morales, se fue a Horconcitos y David en comisión expresas que le di respecto del vapor y la minada de los esteros. Después del 8 nada he vuelto a saber de él.

Hoy descansará mi tropa y estará lista para cualquier movimiento que combinemos, sólo que los momentos son preciosos y no debemos perder un solo instante en lo que se determine.

Abrazo a usted, Morales, Mendoza, Quintero y amigos que lo acompañan, y quedo su amigo afectísimo,

E. J. Herrera.

BELISARIO PORRAS

Adición.—Hora 3 p.m.: acaba de llegar don Juan J. Díaz, a quien daré posesión de la Prefectura de esta Provincia.

Afectísimo, *H.*

•••••

República de Colombia.—Departamento de Panamá.—Comandancia en Jefe del Ejército Restaurador.—Santiago, 14 de Mayo de 1900.

Señor doctor Belisario Porras, Jefe Civil y Militar del Departamento.

Aguadulce (o donde se halle).

Querido amigo:

Desde mi llegada a La Mesa escribí a usted dándole conocimiento de mi llegada y de la disposición que tenía de avanzar sobre Santiago. Esta correspondencia se la dirigí a Los Santos y el propio regresó hoy con la carta diciendo que usted no estaba en aquel punto, lo que me ha mortificado bastante.

A más de ese expreso, y cuando ya sabía que usted avanzó del Roble sobre Aguadulce, le he despachado dos expresos fuera de éste, de los que no he tenido noticia alguna, y como los momentos son preciosos, mi sorpresa es grande por tal silencio, y por esto despacho a mi Ayudante, Capitán Luis García, a fin de obtener noticias de usted, pues estoy con las alas recortadas y no me atrevo a efectuar ningún movimiento hasta no saber en qué condiciones están allá. Toda mi fuerza está ya aquí, y noticias que acabo de recibir por referencias, me avisan que hasta antier nuestras autoridades seguían funcionando de Remedios para acá.

He establecido autoridades, espionaje, etc. Y hoy tomó posesión de la Prefectura de la Provincia don Juan J. Díaz.

Espero saber cuanto antes lo que usted piense para obrar en consecuencia y como las circunstancias lo requieren.

De David, y también por referencias, sé que el Ejército enemigo tomó la plaza por medio de un tratado. Ignoro si sea verdad y las condiciones de él, pero en todo caso debió de ser deshonroso; desde luego que el Jefe de la Plaza era el borrachín Luis A. Quintero, quien regresó con los demás deportados. Si Rosendo Herrera hizo tratados, no sé con qué autorización los llevó a término; le dijimos que salvara los elementos de guerra, pues conceptuamos siempre que él no podría resistir el día que el Gobierno se resolviera a atacarlo.

Haga luz, y sea lo que sea, procederé como es mi deber, siempre de firme.
Abrazo a los amigos, y soy su afectísimo amigo,

E. J. Herrera.

•••••

República de Colombia. —Departamento de Panamá.—Jefatura Civil y
Militar del Departamento. —Aguadulce, mayo 14 de 1900.—3 p.m.
Señor General en Jefe del Ejército Restaurador.

Santiago.

Mi querido amigo:

Tengo a la vista su apreciable comunicación de ayer, por medio de la cual me da cuenta, ya con más calma, de su importantísima marcha desde Tolé, que estimo, según lo he dicho, como un verdadero triunfo.

Deploro con el alma la pérdida de nuestro bravo compañero Joly, y a su tiempo se harán, en memoria de su adhesión incondicional a nuestra causa, los honores que merece. Sensibles son también las pérdidas materiales de parque que hemos tenido.

Ya he tenido el gusto de hacerle saber que ayer temprano se embarcó en Antón el Coronel Núñez Roca con los restos de la columna diezmada por el miedo a medida que le picábamos la retaguardia, y a la que no me fue posible alcanzar. Aunque el señor Tomás Arias, Secretario de Gobierno, anuncia el envío del Valencey, estimo que la retirada de Núñez para Panamá significa que esa Plaza está completamente desguarnecida. Me lo hace creer así también un suelto de *El Tiempo*, de Guayaquil, de fines del pasado mes, en el cual se dice que a Panamá la guardaban sólo ochenta hombres; lo creo también porque cuando avanzábamos a Las Tablas, Núñez Roca solicitó auxilio del gobierno y éste le remitió como único auxilio un piquete de 18 policiales. Grandes acontecimientos deben estarse cumpliendo también en Barranquilla y en el Cauca, que impidan enviar de allá los socorros que de acá les piden con instancia para aplastarnos.

Permítame que le discuta el pensamiento de la concentración en Santiago. *Nuestro objetivo* es Panamá, y lejos de hacer que la División accidentalmente a mi cargo, hallándose de vanguardia en ese camino, retroceda en busca de la suya, creo que usted, después del natural descanso y de dejar ya a las autori-

dades que ha nombrado funcionando, debe venirse en mi busca. Aparte de eso, el río Santamaría, como se lo he manifestado, corta la distancia entre aquella ciudad y ésta, y permite la mejor defensa en su ribera izquierda contra un enemigo que viniese de esos lados y que tendría que tropezar con la ribera derecha. Si el enemigo desembarca en Soná y *usted está todavía allí*, puede emprender la marcha para acá, tomándole siempre la delantera de una jornada y privándolo de caballerías y carretas. Sabido por mí, volaría a su encuentro y escogeríamos nuestros sitios de resistencia en los lugares que dan paso en el río. Si el enemigo desembarca en Soná o Montijo *después de la salida de usted de allí*, las autoridades ya constituidas por nosotros podrían seguir vigilando e informando y darnos tiempo para una de dos cosas, según el caso: o situarnos como dejo dicho arriba, o seguimos imperturbables nuestra marcha a Chame por Penonomé y Antón. El enemigo, una vez nosotros en Chame no tendría más remedio que regresar mohíno a Panamá, y si no estuviéramos en Chame aún, desesperarse, porque no tendría tiempo para alcanzarnos ni para hacer saber a Panamá su situación en el corazón del Istmo, ni para darnos alcance en Aguadulce.

Examinada esa hipótesis de desembarque por Soná, sólo restaría examinar las relativas a un desembarque por Antón, y que considero poco menos que imposible.

Tengo organizado un cuerpo de vigilancia e información que nos permitirá saberlo, y si se verificara hallándose usted aquí o cerca de aquí, siempre podríamos retroceder al Santamaría y apoderarnos, no ya de la ribera izquierda, sino de la derecha del río para resistirles o escoger una de tantas buenas posiciones que hay por estos lugares para librar el combate.

Debemos marchar a Panamá con escala en Chame, así:

Al día siguiente de su arribo a esta ciudad, nosotros marcharíamos a Penonomé, y cuando ocupáramos a Antón, que está a dos horas de Penonomé, la primera División a cargo de usted podría ocupar aquella capital de esta Provincia. Así no habría peligro, pues el desembarque por Antón lo impediríamos y estaríamos en aptitud de reunirnos en un momento dado.

Con igual separación podríamos hacer la jornada de esta División de Antón a San Carlos, y la de usted de Penonomé a Antón, pasado lo cual, ya marcharíamos juntos hasta Chame en donde estaríamos a cubierto de todo ataque,

MEMORIAS DE LAS CAMPAÑA DEL ISTMO 1900

muy cerca de Panamá, recibiendo diariamente noticias, socorros y adherentes, y en una comarca rica e inaccesible a los desembarques.

Todas estas marchas son terribles ¿pero qué hacer?

Hemos *sido obligados* a realizar esta campaña en tal forma, cumpliendo esfuerzos y sacrificios extraordinarios. Privados del vehículo de transporte *que pudimos tener*, comprándolo o fletándolo, no nos ha quedado más que hacer el gasto de energías.

Dejo aquí el relato de mi nuevo Plan de Campaña que ojalá merezca su aprobación, y con sentimientos de mi mayor consideración, quedo de usted atento S. S. y amigo de corazón,

Belisario Porras.



Capítulo XIV

Operaciones militares de los regeneradores

Boletines Oficiales.

Alocución del Jefe Civil y Militar del Departamento.

Conciudadanos:
El día 29 del mes pasado fui penosamente sorprendido con la noticia que se me comunicó por telégrafo de que ese día obcecados hijos del Istmo —en unión de advenedizos de países vecinos —invadieron la floreciente Provincia de Chiriquí, trayendo así la guerra al Departamento, so pretexto de restablecer libertades que no han sido conculcadas.

Digo que fui sorprendido, porque esperaba que, dadas las excepcionales condiciones de esta faja del territorio colombiano y la conducta conciliadora que he observado desde que me hice cargo del puesto oficial que ocupó, esperaba, repito, se hubieran tomado en consideración estas circunstancias para no turbar el orden y evitar a los pueblos las funestas consecuencias de la guerra; pero no ha sucedido así: mis esperanzas han sido defraudadas; el Istmo es hoy teatro de acontecimientos lamentables; y los que —cegados por la ambición de mando y obedeciendo a innobles pasiones— han buscado apoyo en el extranjero para hollar y ensangrentar el suelo de la Patria, han deshonorado la causa que pretenden servir y serán responsables ante la Historia de las desgracias que sobrevengan y de la sangre que se derrame.

En defensa del Gobierno legítimo amenazado en el Departamento, y para compartir los azares de la campaña con los veteranos del Colombia, han llegado a esta ciudad los batallones Quinto de Cali y Ulloa, que forman parte del valeroso y aguerrido Ejército del Cauca, cuyos hijos —convertidos voluntaria-

BELISARIO PORRAS

mente en soldados de la Legitimidad— acuden solícitos a cualquier punto de la República en donde su contingente se hace necesario. Esos cuerpos merecen vuestra estimación y gratitud: sean bien venidos.

Las operaciones militares se han emprendido ya contra los invasores; van a ser dirigidas por jefes expertos y valerosos, para quienes no ha sido nunca esquivada la victoria.

Istmeños:

Cooperad al restablecimiento del Orden y afianzamiento de la Paz; ayudad al Gobierno constituido a devolver la tranquilidad a vuestros hogares, y rodead la bandera de la Legitimidad, cuyos pliegues llevan consigo la honra nacional, que es la vuestra y la de vuestros hijos.

Soldados:

El Gobierno confía en vuestro probado valor y lealtad, y en que tendréis presente que —en esta hora de prueba— representáis la Patria, porque sois los defensores de su honor y de sus leyes.

Panamá, 17 de abril de 1900.

J. M. Campo Serrano.

•••••

ÓRDENES GENERALES

de la Comandancia Militar de las Provincias de Coclé, Los Santos y Veraguas.

Aguadulce, Abril 8 de 1900.

Artículo 35.—La Comandancia saluda al Capitán Acosta y a los bravos soldados del batallón Colombia, que junto con él han venido a esta plaza a reforzar la guarnición. Esos intrépidos soldados han probado ya, más de una vez, que son dignos del nombre que llevan, y que en sus manos la bandera de la patria flameará siempre con gloria y con honor. Y en estos momentos, en que a favor de naciones extranjeras el filibustero ha hollado el suelo de Colombia, alentado por extraviados hermanos —ciegos por la ambición y el odio— la indignación rebosa en todos los corazones patriotas, y no omitiremos sacrificio por conservar limpia y hermosa la enseña que con tanto heroísmo nos conquistaron nuestros padres en los campos de Boyacá, Ayacucho, Junín y Carabobo.

Artículo 36.—Con patriótico entusiasmo reproduce el infrascrito Comandante, como una autorizada voz de aliento, el siguiente telegrama del señor General, Comandante Militar del Departamento. Dice así: “Oficial.—2 p. m.— Coronel Núñez R.—Aguadulce.—Leí complacido su telegrama de hoy. La Patria, particularmente el Istmo, espera mucho de usted, Ortiz y compañeros. Dentro de cortos días tendremos aquí para acompañar a ustedes, los más famosos cuerpos del Cauca. Esperen esta tarde refuerzo que siguió esta mañana. Salúdoslos. — General,

Belisario Losada.

•••••

Abril 11 de 1900.

Artículo 43.—La Comandancia saluda al señor Prefecto de la Provincia de Los Santos y a sus compañeros llegados hoy a esta Plaza con el objeto de unificar las operaciones de la campaña.

Artículo 44.—Saluda también a los señores José María Aristides de la Lastra, Oscar Terán y demás soldados de la Legitimidad, quienes han venido espontánea y patrióticamente a enrolarse en la expedición que muy en breve partirá a la Provincia de Chiriquí a restablecer el imperio de la ley y del derecho, avasallado allí por nacionales y extranjeros asalariados.

Artículo 45.—En el combate librado en David en la noche del 3 del que cursa, por un puñado de valientes contra las fuerzas invasoras, perecieron con heroísmo digno de encomio el valiente Capitán Cuevas y el denodado Teniente Miguel Portocarrero.

Ambas pérdidas tienen que ser sentidas por la Patria, pero celebradas por la Gloria.

Esta Comandancia lamenta profundamente tan sentidas desgracias, así como los demás valerosos soldados que sucumbieron en una acción en donde no se buscó el triunfo, porque no era posible contra fuerzas superiores, sino únicamente firmar con sangre la protesta augusta que en aquellos solemnes momentos escribieron con sus vidas los representantes de un Gobierno legítimo contra la más infame de las afrentas inferidas a la Patria, hollando su suelo con legiones filibusteras y asalariadas.

BELISARIO PORRAS

Copia de este artículo se publicará en el periódico oficial de la guerra y se remitirá a las familias de los expresados finados.

•••••

Aguadulce, abril 13 de 1900.

Artículo 51.—Con positiva satisfacción anuncia esta Comandancia que en la tarde de este día o en la mañana del siguiente, estará entre nosotros el denodado y valeroso General Belisario Losada, Comandante Militar del Departamento. La presencia de ese anciano cuyas canas no alcanzan a enumerar sus merecimientos, redoblará en nuestras filas el entusiasmo patriótico y el ardor bélico que inflaman todos los corazones, y nos demostrará que se acerca la hora de la expiación para los enemigos de la Patria que también por esta privilegiada zona han querido amenguar el brillo de nuestro glorioso iris nacional.

Se recomienda a todos los oficiales y tropa, presenten particularmente sus respetos y consideraciones al señor General, Comandante Militar del Departamento. Separadamente se dispondrá lo que se estime más acertado para el recibimiento oficial.

•••••

Abril 17 de 1900.

Artículo 61.—La Comandancia presenta cordial saludo de bienvenida a las fuerzas caucanas que llegarán hoy a esta Plaza y que formarán entre las que dentro de poco restablecerán el imperio del Orden y de la Justicia en este Departamento.

•••••

Santiago, Abril 20 de 1900.

Artículo 67.—El decidido y valeroso Capitán Mario Ramírez viene prestando a esta Comandancia su inteligente y activo servicio desde el día 6 del presente mes, y en tal virtud ha hecho fatigas y desempeñado comisiones importantes.

Esta Comandancia, reconocida de su desprendimiento y entusiasmo, tiene a bien darle de alta desde el día de hoy, en su grado de Capitán, con destino al

puesto de Comandante de la Guardia de esta Comandancia, y reconocerle sus sueldos desde la expresada fecha.

•••••

Artículo 69.—Se hace presente, así a todos los empleados militares como a los del Cuerpo de Policía, *que somos representantes de su Gobierno legítimo*, que garantiza y protege los derechos de los ciudadanos hasta donde lo permiten las necesidades de la guerra; que los desórdenes y atropellos pueden tener explicación en hordas revolucionarias, pero jamás entre los sostenedores del orden, a quienes el Gobierno ha confiado su defensa, que es la de la Libertad en la Justicia. Esta Comandancia espera que se le ahorre la pena y la vergüenza de tener que aplicar castigos por faltas que se cometen en los Cuarteles o fuera de ellos. Es en las marchas en donde mejor se deja conocer el soldado disciplinado, sufrido y de orden. Los que sobresalgan por su buena conducta, serán recompensados al fin de la jornada.

Encárgase mucho a los Jefes y Oficiales, hagan constantes observaciones a la tropa, con relación al punto importante de que trata este artículo.

•••••

Artículo 70.—Esta Comandancia se complace en reconocer y recomendar la conducta digna de encomio que ha observado el señor don Aníbal García, actual Prefecto de esta Provincia, así como particular, como empleado público, conducta que ha tenido por norma el cumplimiento más exacto del deber y la decisión y actividad requeridas para alcanzar la completa confianza de sus superiores.

•••••

Santiago, 29 de abril de 1900.

Artículo 71.—Como acto de justicia, esta Comandancia se complace en dejar constancia entre sus órdenes generales de la conducta digna y valerosa observada por el Teniente de Policía señor Emilio Linares V., en el motín que amenazó a esta plaza en la noche del 8 al 9 del corriente; conducta tanto más recomendable, cuanto que las autoridades superiores y algunos miembros del Cuerpo de Policía abandonaron despavoridos la población, sin que hubiera nada serio que pudiera justificar semejante proceder.

BELISARIO PORRAS

El Teniente Linares, por su educación, disciplina y denuedo, se ha hecho acreedor a la consideración de sus superiores, y se dispone por lo mismo remitir copia de este artículo al señor Secretario de Gobierno y al Comandante de la Policía del Departamento.

El Coronel Jefe,

Jose María Núñez R.

Dios guarde a usted,

Anibal García.

•••••

NOTICIAS GENERALES

La comunicación telegráfica con la Capital de la República está perfectamente establecida y en Panarná se reciben despachos del día. Esto sólo basta para patentizar que no queda enemigo en armas en la mayor parte del territorio de la República.

El brazo fuerte de la revolución está reducido a una pequeña parte del Departamento de Santander. Ese ejército, que era la única esperanza de los que en su ambición de mando no han vacilado en ultrajar y ensangrentar la Patria, está diezmado por la peste y la falta de recursos, y cercado por un poderoso ejército al mando de Jefes expertos y aguerridos. Persuadido el Gobierno de que aniquilará a los rebeldes, sin necesidad de mayores desgracias, ha resuelto que no sean atacados, reduciéndoles a un verdadero sitio, en el cual no podrán menos que rendirse a discreción.

De Antioquia salieron ya numerosos batallones para la costa, y suponemos que a esta fecha hayan llegado a Cartagena y Barranquilla.

Las fuerzas del Cauca están en su mayor parte completamente desocupadas, y a Buenaventura deben haber llegado ya otros batallones con destino a Panamá.

•••••

NOTICIAS LOCALES

Jefatura Civil y Militar de la Provincia. —Circular número 24.

Santiago, abril 26 de 1900.

Señor...

El señor Secretario de Hacienda en telegrama circular del 23 del presente, me dice lo siguiente:

El Decreto número 60 de 13 del actual, ordena:

Artículo 1°—A partir de esta fecha hasta el 31 de diciembre próximo venidero, dóblase el valor del impuesto sobre la producción y rectificación de aguardiente en este Departamento.

Artículo 2°—Ninguna persona podrá destilar o rectificar aguardiente sin el previo pago en la respectiva Administración de Hacienda del impuesto doble, en las Provincias donde no se hubiere rematado esta contribución, del aumento que se establece por este decreto en aquellas donde se haya rematado. Resto de derechos legales a los rematistas sin perjuicio de pagar éstos el impuesto que les corresponde.

Artículo 5°—Los Prefectos de las diferentes Provincias del Departamento quedan encargados del estricto cumplimiento de este Decreto. Transcribale para que usted dé estricto cumplimiento a tales disposiciones.

Comuníquelo respectivas autoridades. Sírvese acusar recibo.

Adolfo Alemán.

Secretario de Hacienda.

Lo que comunico a usted para su conocimiento y fines legales.

•••••

Santiago, abril 26 de 1900.

Llegaron a esta plaza parte del Batallón Colombia, el Quinto de Cali y muchos voluntarios de estas Provincias. En Aguadulce está aún el Batallón Ulloa y muy pronto llegará el resto del Colombia. Con estos valerosos soldados se ha abierto ya la campaña de pacificación del Istmo, y se restablecerá dentro de pocos días el imperio del orden, trastornado en la Provincia de Chiriquí, por invasión preparada y consentida por la perfidia.

Se sabe que muchos de los que en momentos de entusiasmo trataron de incorporarse a las fuerzas invasoras, han desistido de su propósito y aun se han devuelto del camino. Queremos creer que ese procedimiento ha nacido de un sentimiento de patriotismo, porque para todos los corazones grandes, la dignidad y la honra de la Patria están por encima de todas las aspiraciones de partido. Ojalá esa conducta sirva de ejemplo a los que tienen aún los ojos cerrados a la verdad.

De un momento a otro llegará la cañonera “Boyacá” con la artillería y demás elementos necesarios para abrir operaciones definitivas sobre los rebeldes. En ella vendrán también los Jefes expedicionarios designados por el Gobierno.

Los invasores han reconcentrado sus fuerzas en David, y destacado algunas de poca significación para el centro de estas Provincias. Así, está bien: la vanguardia será escarmentada por nuestras avanzadas, y la mano severa de la Justicia les reserva tremendo castigo en el mismo teatro del delito.

•••••

República de Colombia. —Ejército Permanente.— Comandancia General de la “Columna Sucre”, número 4.

Puerto de San Pedro (Provincia de Chiriquí), mayo 8 de 1900.
Señor General Comandante General de la 5ª División.

Panamá.

Aprovecho el regreso del vapor Taboga para enviaros una relación de los sucesos que se han verificado en la flotilla, y para daros parte de las novedades ocurridas en la fuerza de mi mando, desde el día en que salí de ese puerto.

En la noche del 30 de abril me trasbordé del vapor Morro al Taboga, en Flamenco, y a eso de media noche, después de haber pasado a bordo todo el parque y un resto de víveres, me di a la mar con dirección al puerto de Aguadulce.

El día 7 amanecimos por fin al frente de las islas Paridas. A trece millas de la Boca de San Pedro ordené que pasaran los buques. Hice poner a remolque del Taboga a la Luisa y al Telégrafo, y mandé que “La Boyacá” pasara la barra y buscara un sitio apropiado para efectuar el desembarco. Pasada la barra, y ya frente a la isla de San Pedro, en el lugar denominado “Los Indios”, se vió una tolda grande rodeada de trincheras. “La Boyacá” hizo fuego de cañón y destruyó aquello, sin resistencia, pudiendo desembarcar la gente que llevaba a bordo, con entera felicidad.

Hoy en la marea de la mañana, arrimó el Taboga a la isla de Los Indios y principiamos inmediatamente el desembarco, penosísimo y largo por lo que respecta a los caballos que traíamos. Antes de desembarcar recibí un posta de los Coroneles Soto Mayor y Ortiz, anunciándome que, con los doscientos (200) hombres que desembarcaron ayer, han avanzado hasta cerca de Alanje,

conforme a mis instrucciones, y según noticias que tienen, los enemigos han abandonado a David y a Pedregal. Por otro conducto sé que en David hay todavía tropas revolucionarias.

Dios os guarde,

C. M. Sarria.

•••••

República de Colombia. —Ejército Permanente.— Comandancia General de la “Columna Sucre”, número 6.—Isla de San Pedro, mayo 9 de 1900.

Señor General Comandante General de la 5ª División.

Panamá.

Terminada mi nota anterior, vino al campamento, a las doce de la noche, un hermano del Coronel Sotomayor, quien salió ayer de David y trajo las siguientes noticias.

En David no hay sino sesenta (60) hombres al mando del Coronel Quintero, los cuales están dispuestos a entregarse en vista del avance mis fuerzas. Creo, pues, que a la fecha los Coroneles Ortiz y Sotomayor hayan seguido de Alanje sobre David con los doscientos hombres que llevan. En el puerto de Pedregal no hay gente, por lo cual en vez de seguir con el resto de mis fuerzas, por tierra, la reembarcaré en “La Boyacá” y los dos ubquecitos para llevarla a Pedregal.

El enemigo se ha movido hacia las Provincias de Veraguas y Los Santos. El grueso de las tropas está en Tolé; y Porras con su Estado Mayor se hallan en Las Tablas.

Sin más novedad que comunicaros, quedo vuestro atento servidor.

El General Jefe de Operaciones,

C. M. Sarria.

•••••

República de Colombia. —Ejército Permanente. — Comandancia General de la “Columna Sucre.” — San Pedro, mayo 9 de 1900.

Señor General Comandante General de la 5ª División.

Panamá.

En este momento, 8 a. m., escritas mis dos notas anteriores, he tenido noticia de que las fuerzas revolucionarias que ocupaban a David se desbanda-

BELISARIO PORRAS

ron anoche, sin disparar un tiro, a la aproximación de mi vanguardia. Sin esa prudente determinación, hoy los hubiera atacado simultáneamente por Alanje y por el Pedregal y estuvieran en mi poder. No obstante, muchos, casi todos extranjeros, han sido capturados y están en la Cárcel. Se les han tomado sesenta rifles y bastante parque.

Creo firmemente que contando con los elementos que están en mi poder, y, más que todo, conociendo la clase de enemigos que tengo al frente, muy pronto habré acabado con los malhechores que han arruinado esta próspera región.

El General Jefe, vuestro servidor,

C. M. Sarria

•••••

República de Colombia. — Departamento de Panamá. — Prefectura de la Provincia de Chiriquí. — Distrito de Alanje — San Pedro, mayo 9 de 1900. Señor Secretario de Gobierno. — Panamá.

Tengo el honor de poner en su conocimiento que en esta fecha y en esta península he tomado posesión del puesto de Prefecto, Jefe Civil y Militar de esta Provincia, para que fui nombrado por el señor Jefe Civil y Militar del Departamento, por Decreto número 56, de 25 de abril del año en curso.

Dios guarde a usted,

J. M. De La Lastra.

(Imp. *El Mercurio*, 11-5-900).

Capítulo XV

En Aguadulce y Natá

Incidentes personales

En espera de Herrera, en Aguadulce, con el grueso del Ejército, acabamos de organizar el batallón Azuero y el escuadrón Patria, poniendo a la cabeza del primero al Coronel Genaro Mendoza y trasladando al último a De León, a quien notamos desde entonces repugnancia por el servicio militar propiamente dicho. También dimos comienzo, con el contingente armado y desarmado que nos llevó César Fernández y con el personal de Alfredo Patiño, Julio Bernal y otros, a la organización del Tiradores de Coclé, del cual nombramos Jefes como Coronel y Sargento Mayor respectivamente, al expresado Fernández y a Adam Leitón. Establecimos de igual modo las autoridades de la Provincia de Coclé, llevando al primer puesto de la Administración en ella a Plácido Suárez, joven de la nueva generación, y como Celio Cedeño, a quien hicimos Prefecto de Los Santos, de bellas prendas personales. El viejo patriota infatigable, José Angel Carranza, Modesto Rangel y Benigno Andrión, ocuparon los demás puestos importantes. En fin, quedó definitivamente dispuesta la Brigada, con el mismo Tapia a quien se nombró además aposentador y conductor general de equipajes, con José Antonio Saavedra, hábil, abnegado y fuerte, y el negrito Cheno, sufrido y valiente.

Nuestro acantonamiento allí, por lo demás, fue de lo más azaroso y lleno de alarmas. En la Provincia de los Santos habíamos gozado de absoluta tranquilidad, y en Aguadulce volvimos a los tiempos de inquietudes pasadas en David. Teníamos una Comisión de Informaciones (en buen castellano, de espionaje) y el Jefe de ella era un apreciable joven del lugar a quien por sus vinculaciones de familia y posición, juzgamos en mejor aptitud que ningún

otro para saber cuanto pasara en diez leguas a la redonda. Empero no correspondió a nuestras esperanzas; gastábamos considerables sumas de dinero en vigías y exploradores, y con todo, pocas veces lográmos saber la verdad, y esas pocas a destiempo. La gente del pueblo, que era la que se podía emplear en tal servicio, se componía de iluminados. Algunos hubo que nos juraban haber visto pasar por la Albina, orillando el monte, de uno en uno, un batallón de enemigos recientemente desembarcados. Otros habían visto con sus propios ojos “que se los había de comer la tierra”, el lugar en donde pernoctaban a orillas del Santamaría, y tenían sus conciliábulos ciertos grupos que iban a proceder, sin duda alguna, en combinación con las tropas de línea que de Panamá debían llegar.

Vivimos, pues, en la mayor inseguridad y en número sólo de 235 hombres que el enemigo hubiera podido sorprender y despedazar; pero no lo hizo así, seguramente por falta de audacia y por ineptitud.

El 17 de mayo a las ocho de la mañana, cuando menos alarmados estábamos, se nos hizo saber que los espías del Cerro de la Vigía, desde donde se domina el puerto, decían ver cuatro vapores que se acercaban. Inmediatamente nos aprestamos a la defensa yendo con el Libres de Chiriquí y el escuadrón Patria a impedir el desembarco (porque no podían ser otros que nuestros enemigos), y dejando el batallón Azuero en la población para que cubriera nuestra retaguardia. Quisimos observar mejor los movimientos desde el mencionado cerro, y al subir a él vimos con asombro que los vapores no se acercaban ya, sino al contrario, se alejaban, a punto de doblar casi, para esconderse en ella o regresar a Panamá, la Punta de Antón. Era evidente que habrían podido desembarcar en la mañana, al amanecer, y cogernos desprevenidos; pero se habían contentado con recoger informes de nuestro acantonamiento en el lugar, echando un bote al agua, que volvieron a recoger una vez que regresó de tierra. Eran esos vapores “El Taboga”, de la Compañía inglesa, “La Boyacá”, “La Luisa”, de la Compañía del Canal, y “El Telégrafo”, de Piza, en los cuales transportaban seiscientos hombres.

Cuando regresamos del puerto, a mediodía en punto, Herrera había llegado ya y ocupaba con su Estado Mayor la casa que le habíamos hecho arreglar de antemano. No me había desmontado aún cuando Mendoza me lo dijo, y acto continuo me fui a darle la bienvenida y a congratularme con ellos por el

éxito de la campaña. Entré a la salita que ocupaban cuando don Francisco Robles que me había precedido unos pocos instantes, tomaba asiento, y después de saludar a Herrera, me vi rodeado de diez o doce oficiales que preguntaban por mi salud, se informaban de mi viaje y me contaban algunos de los incidentes del suyo. Entretenida así mi atención, no dejé por eso de ver cuando el señor Robles sacó del bolsillo la fotografía de Endara con el grupo en el que figurábamos Uribe Uribe, Herrera, Mendoza y yo, y se la mostró a Herrera. Éste, que parecía impaciente por verla y le alargaba la mano, mientras aquél se esforzaba en sacarla del bolsillo entre un paquete de papeles, le dirigió tan sólo una mirada, devolviéndola en el acto, casi con violencia ... Yo la conocía ya y me impresionó por lo que vi hacer a Herrera, no comprendiendo, empero, por qué su vista le causaba desvío. En ella estaba Uribe Uribe dominando el cuadro, y más pequeños, arriba de él, a mi derecha y a mi izquierda, Herrera y Mendoza, respectivamente. ¿Proveniría de la colocación que se nos había dado?

Esa noche tuvo lugar otro incidente de lo más desagradable. Entre los jóvenes que yo había llevado a Nicaragua de Guatemala, a todo costo personal, figuraba uno muy culto y simpático, y esa noche estaba de adjunto del Jefe de día don Rafael Neira. Era David Juliao, de Barranquilla, oficial ya con el grado de Capitán. Yo lo había distinguido mucho en David y él había demostrado no poca adhesión por mí. El día del ataque a esa ciudad había combatido a mi lado y comprendí que temblaba por mi vida. Cuando alguien desde una esquina pronunció mi nombre y yo intenté acercármele, Juliao cogió la brida de mi caballo y me rogó no me moviera del sitio en que me hallaba mientras él no averiguara quién era y lo que quería conmigo. Se fue en compañía de Pedro Maitín, que no me desemparaba, y no volvió sino cuando supo y comprobó que el interesado, antiguo amigo mío, no era otro que Salvador Jurado.

No tenía Juliao, a mi ver, sino un defecto: el maldito vicio del licor, el fantasma odioso que nos perseguía por todas partes. Mientras más odiábamos la embriaguez, más la veíamos a nuestro lado y aun en aquellos a quienes más queríamos.

Resultó, pues, que hallándose de adjunto del Jefe de día, en compañía de Neira, comenzó a beber, y cuando eran las nueve de la noche había perdido su cultura y amabilidad habituales. A mediana noche se vinieron a mi cuarto a darme cierto informe con motivo de los temores de aproximación del enemigo,

que creían allí a la sazón, y tomó parte de un modo inconveniente en las órdenes que yo dictaba. Lo requerí a la moderación, y al día siguiente supe que en su excitación iracunda había atropellado al centinela del batallón Libres de Chiriquí y azotado a un oficial del escuadrón Patria, uniendo a la acción palabras que revelaban el fermento de ciertas pasiones lugareñas y divergencias de parte de algunos oficiales que llegaban con Herrera y de que antes no se me había alcanzado la menor sospecha, tales como éstas: “¿*Qué se creerán estos panameños? ¡No son en realidad sino unos pretensiosos! ¡Valen mucho menos que nosotros!*”. Sorprendido con tan inusitadas maneras, lo manifesté así; entonces se me dijo por muchos soldados y oficiales inferiores de la Primera División, en la cual se hallaba Juliao, que éste y los demás Jefes los castigaban cruelmente, y me pedían pusiera término a semejantes desafueros para no verse en el caso de abandonar el Ejército. Resolví poner remedio a semejante mal, poner coto ante todo a la embriaguez, sin contemplaciones, y en la misma mañana le ordené a Herrera se sirviera dar de baja a uno de sus oficiales. Herrera no lo hizo así, antes bien, algunas horas después, cuando ya estaba de marcha con la Primera División, me lo mandó con comunicaciones que me entregó a la puerta de mi casa, desde a caballo y con tono altanero y descomedido. Indignado le hice saber qué había ordenado a Herrera el darle de baja y que si éste no lo había hecho por olvido, lo hacía yo y se lo hacía saber para su gobierno.

Hallándome en Natá, recibí una carta de ese oficial en la que me revelaba el resentimiento que le dominaba. También me dejaba ver que germinaban ya celos extraños entre los que no eran panameños y los nativos del Istmo, como si no fueran unos y otros igualmente colombianos, y como si enrolados en el mismo Ejército no fueran todos liberales, soldados de una misma causa.^(*)

(*) El primer párrafo de esta carta dice así: “Faltándole a Ud. razones para deshacerse de los soldados que no sean *panameños*, se funda Ud. en el abuso del licor; bastante me ha extrañado que Ud. haya dicho que por tal motivo me dio de baja en el Ejército”.

El Coronel Miguel Hoyos, me dirigió, de vuelta yo a Managua, la carta que copio a continuación:

“Managua, 28 de Agosto de 1900.

Señor Doctor Don Belisario Porras.

Presente.

Ya Ud. comprenderá cuánto lamento el fracaso de Panamá, y sin meterme a analizar nada, diré a Ud. que sí le echo la culpa al General Herrera, por la siguiente razón: como a los tres o cuatro días de estar yo herido en David, mandé a hablar al General Herrera y le dije: — General, yo estoy imposibilitado para seguir la campaña y creo que sería mejorirme a Nicaragua; así es que espero que Ud. hable con el Dr. Porras y lo convenza que me proporcio-

Pero ese oficial era bueno, se arrepintió de su conducta y me escribió en tono más tranquilo al día siguiente. No vacilé en llamarlo inmediatamente a mi lado.

No recuerdo en dónde se nos unió y cuántas veces lo volví a ver en nuestra marcha, pero es lo cierto que Herrera lo distinguió en seguida con el mando del escuadrón que traíamos desde David, el organizado por Urriola, y al cual nombramos Libres de Colombia.

En las relaciones de Herrera conmigo se veía ya que había lagunas, soluciones de continuidad, pero yo no me daba cuenta de la causa de ello, ni percibía quiénes de los que le rodeaban podían fomentar divisiones entre él y yo. Estimo que uno de los motivos que lo excitaron fue el nombramiento que hice en Quinzada para Jefe de Estado Mayor de la Segunda División; acto sencillo, sin reservas y hasta generoso, puesto que me lo habían bosquejado en Tonosí como mi enemigo personal. Lo nombré, porque habiendo organizado yo la mencionada División creía que debía tener su Jefe de Estado Mayor, y nadie mejor para ello que Quinzada en los pueblos por donde pasábamos. Al organizar los pequeños batallones y nombrar los Jefes, había tenido en mira que cada uno de los primeros tuviera el mayor número de hombres de la Provincia en donde se les organizaba, y por Jefes a los que en esas Provincias aparecían como caudillos del liberalismo.

Obedeciendo a esa norma de conducta, el batallón Libres de Chiriquí, compuesto en su mayoría de chiricanos, tuvo por Jefe a Manuel Quintero V. y en sus filas como oficiales a los distinguidos jóvenes de Puy, Lambert y Albarracín. En Los Santos pensé en Gerardino de León para el Azuero,

nen cómoirme lo más pronto posible, pues, aunque estoy viendo el prestigio de la revolución, temo un fracaso y, con no poder defenderme, mejor es irme. El General Herrera me contestó —Hombre, Hoyos, no pienses en eso; según me ha dicho el Dr. Abadía tu herida no es tan grave, antes de un mes, a lo más, estarás completamente bueno y ya para entonces habremos llegado a Panamá si no nos descalabran pronto, e inmediatamente mandaré por tí, pues me serás muy útil en Panamá, pues como antioqueño cuento contigo porque lo que son los panameños, no son sino pretensiosos y no valen conmigo; así es que nosotros seremos dueños de la situación y valdremos. Conque no hay más que ánimo y esperar. Cuando estemos en la ciudad de Panamá, el Dr. Porras y yo seremos otra cosa. Con lo cual me daba a entender que él sería el Jefe de todos, pues agregaba que contaba con todos. Esto lo saben Montes, Cano, y demás colombianos, pues él siempre procuró ganarse a los que allí llaman *centranos*. Con esto quiero satisfacer mi conciencia, como militar pundonoroso, y manifestarle que yo soy de los que creen que su honor está completamente ileso en lo tocante a la hecatombe de Panamá.

Soy de Ud. atto. S. S.,

Miguel Hoyos.”

y en Coclé en Fernández para el batallón Tiradores de Coclé. Quinzada, sea dicho en honor de la verdad, era muy superior por sus antecedentes militares y aun por su edad a De León y a Fernández, y así ¿qué puesto podía darle? Era indudable, pues, que el que le convenía era el de Jefe de Estado Mayor de la Segunda División. Pundonoroso, discreto, leal, Quinzada no tenía más defecto que ser cojo, y eso por causa de herida recibida en una de las revueltas anteriores, defecto que le hacía ser lento en sus movimientos. Los sufrimientos que le proporcionó la herida y que lo retuvieron por mucho tiempo en el lecho del dolor, lo habituaron a la vida sedentaria, y, atrofiándole la pierna, le quitaron considerable porción de energía o actividad.

En Aguadulce se lo presenté a Herrera en el cargo que le había dado, y Herrera no pudo disimular cierto aire o sentimiento de disgusto, que según me dijo Quinzada después, no pasó inadvertido para él. ¿Por qué creería Herrera que ese nombramiento lo debía él hacer? Pero ¿y por qué no había nombrado aún el que le correspondía a la Primera División? Como sea, Herrera tomó pretexto de la organización de la Segunda División para provocar un rompimiento conmigo, como lo provocó hallándonos todavía en Natá, a poco de llegado el expreso que mandó David Juliao con la primera carta para mí y probablemente con alguna otra para Herrera también.

Y fue así: nos preparábamos para almorzar, cuando me dijo en presencia de más de cuarenta personas, entre oficiales y particulares:

—Vea, señor doctor, esa Segunda División que ha traído de Los Santos, tiene usted que ponerla a mi disposición para yo arreglarla.

—Pues no entiendo lo que usted quiere decir, porque esa Segunda División está de hecho arreglada y bajo sus órdenes desde que se la organizó, y se le hizo saber por órdenes generales y por los boletines publicados, que usted es el Jefe de operaciones, General en Jefe de todo el Ejército Restaurador en el Istmo. Le he presentado oficialmente al Jefe de Estado Mayor, Coronel Quinzada, y lo demás es de usted y de este oficial.

—Sí—agregó, casi sin poner atención a lo que acababa de decirle—, porque hay necesidad de nacionalizar el Ejército y hacer una fusión de los diversos elementos que lo componen.

—No entiendo tampoco lo que quiere usted decir con la nacionalización del Ejército. Tenemos en nuestras filas unos treinta oficiales entre nicaragüen-

ses y salvadoreños, y ya ellos andan confundidos con nuestros paisanos, y en cuanto a los centranos de nuestro país también andan mezclados con los llamados istmeños.

—Pero yo tengo necesidad de reorganizar esa Segunda División— agregó— y no veo por qué quiere usted oponerse a que lo haga.

—No me opongo —le dije— pero sí lo sentiría vivamente, porque esa División la he organizado yo y le tengo el cariño que se le tiene a lo que uno forma; se compone de hombres que yo conozco mejor que usted o de que usted no conoce absolutamente porque no los ha tratado nunca, y en fin, porque yo sé mejor para lo que sirve cada uno de ellos.

—Pues es que yo no acepto que mande nadie donde mando yo— replicó con altanería.

—Apenas me atrevo a creer que usted diga eso por mí; no acierto a comprender por quién lo dice.

—Por usted no lo digo yo, porque usted puede mandar todo el Ejército y a mí mismo; pero aparte de usted, a nadie más admito que mande donde mando yo.

—Pero, amigo, se enfurece usted por nada y ve usted visiones. ¿En dónde está aquí, fuera de mí, el que manda con usted o más que usted ?

—Pues, sí señor; yo sé que usted trata de suplantarme con otro, y es preciso que nos entendamos definitivamente sobre esto para saber yo a qué atenerme; yo he venido aquí por puro patriotismo y por deferencia a usted, porque yo he podido más bien irme al Cauca de donde me llamaban...

—Niego los propósitos que me supone; yo no he soñado en sustituirlo con nadie, y asombrado estoy de su lenguaje y del tono que usted emplea conmigo, sobre todo por haberme tratado usted antes de la campaña y desde que me conoció, con respeto y consideraciones. Agradézcole la deferencia de que habla, pues, si por una parte, usted pudo cuando quiso y desde octubre que estalló la revolución irse para el Cauca, por otra, yo lo he traído a usted —y usted no lo ignora— con el mayor cariño y decisión, a despecho de muchos que no querían lo hiciera, y han quedado en Nicaragua resentidos conmigo.^(*)

^(*) Se me ha hecho el cargo de no haber escogido para Jefe de Operaciones al General, veterano, Don Abraham Acevedo, posponiéndolo a Herrera, que no llegó en Colombia a ser siquiera Coronel. En Europa se discute aún qué condiciones personales ha de tener el General en Jefe para gobernar acertadamente un Ejército. Lo quieren unos joven, otros de edad madura,

—Todo esto puede ser, pero usted ha criticado mi conducta en la campaña de Tolé. Usted ha dicho en presencia de Neira, que yo no la llevé a cabo en forma, y usted no la hubiera desempeñado mejor que yo. Si su marcha por Los Santos fue admirable, no lo ha sido menos nuestra marcha por Las Palmas y Santiago.

—Es falso todo eso— le contesté herido en lo íntimo, y aprovechando de la presencia de Neira en el lugar de la disputa, le demostré con el testimonio de éste que mis expresiones no habían tenido ese alcance. Efectivamente, una o dos veces, hablando de la fuga de Núñez Roca desde el Santamaría hasta Antón, me había lamentado de no haberlo podido perseguir, dispersándole la gente, por no alejarme de la nueva zona de concentración convenida con Herrera. A pesar de tales explicaciones, Herrera continuó con una violencia tal, que le era imposible disimular:

—Es que si usted cree que yo estoy de más, quiero saberlo a ciencia cierta para proceder. Usted debe tener entendido que yo tengo mil campos en donde hacer brillar mi espada.

La amenaza y el recalcado arranque de vanidad, el tono, el gesto y esa especie de imposición a que quería Herrera sujetarme, me hicieron decirle con suavidad, pero al propio tiempo con firmeza:

—Vea, Herrera, he sido y soy su amigo y por eso está usted a mi lado; pero yo no puedo detenerlo caso que usted quiera irse. Usted puede hacer lo que quiera.

Con lo cual se levantó y se fue, diciéndome antes:

—Usted lo va a ver ...

Y acto continuo mandó tocar a su corneta de órdenes llamada a los cuarteles, y en seguida *marcha* ...

Comprendiendo Mendoza que lo que Herrera pretendía hacer era irse con los batallones dejándonos solos en Natá, se adelantó a su acción, y a sus

algunos que pertenezca a las más elevadas clases de la sociedad y no pocos prefieren que haya tenido humilde origen para que los méritos solos le hayan elevado. “Es muy raro y difícil, decía Napoleón, reunir todas las condiciones necesarias para formar un buen general. Lo que es más de desear y que saca a un hombre de la esfera ordinaria, es que el talento esté en equilibrio con el carácter o el valor-cuadrado-tanto de base como de altura”. Yo estaba ignorante de que Herrera no había llegado en Colombia a ser siquiera Coronel; lo creía de igual grado a Acevedo, y, además, infinitamente menos viejo que él, con cuerpo y alma en plena actividad; al contrario de Acevedo a quien no creía con todo y la serenidad de juicio necesaria, capaz de resistir a caballo o a pié, tanto cuanto era preciso en la campaña.

hermanos Juan Antonio, Jefe de la Artillería, y a Genaro, Jefe del Azuero, así como a Manuel Quintero V., a De León, a Vergara y a otros más, les impuso de lo que había ocurrido y les previno que en caso de un conflicto, era a mí a quien debían la obediencia. Mendoza me lo contó después, agregándome que el acatamiento a sus palabras fue general, pues sólo un oficial se había negado a obedecer, alegando que él era ayudante general de Herrera y tendría que seguirle.

El lamentado Agüero, J. José Díaz y Paulo Emilio Morales me rodearon con solicitud, y hablándome de patriotismo, de abnegación y de desinterés, me pidieron renunciara a todo amor propio y volviera a ver a Herrera. Convine en ello, y sin vacilar, me fui a casa de éste con los expresados amigos, me eché en sus brazos y le dije:

—Olvidemos lo que acaba de pasar; yo fui su amigo y sigo siéndolo. No volvamos a pensar sino en que tenemos un enemigo que vencer y una gloria común que conquistar..



Capítulo XVI

A Chame por la Cordillera de los Andes

Las fuerzas del Gobierno habían ido efectivamente a desembarcar a Antón. Rangel, Andrion y otros amigos de Penonomé nos lo hicieron saber cuando todavía no habíamos salido de Natá, y aunque, al parecer, volvían los regenerantes a buscarnos donde nos hallábamos, su táctica en esa vez se explicaba mejor. Traslucían seguramente nuestras intenciones de avanzar a Panamá y pretendían cerrarnos el paso, situándose en Antón, por donde lo creían obligado. Nosotros pensamos en combatir. Un momento estuvimos inclinados a aguardarlos en la histórica ciudad y hasta recorrimos sus alrededores en busca de posiciones mejores que el recinto de las casas, y examinamos su antigua iglesia y su famosa torre con numerosas aspilleras y escaleras de caracol. No pareciéndonos aquello bastante para una resistencia vigorosa, y deseosos de pasar el temido Río Grande antes de que el enemigo desde la ribera opuesta nos lo impidiera, salimos de Natá el 19 de mayo.

Herrera se precipitó adelante, sin exploradores, atenido al cálculo de que el enemigo, desembarcando el 18 en las Pescaderías, no podía haber pasado de Antón el día de nuestro avance. Los batallones iban uno en pos de otro y casi siempre de uno o dos en fondo. Formábamos un cordón de regular longitud que culebreaba por las llanuras y se oscurecía a la sombra de los matorrales y bosques. Llegaron los primeros, que fueron el Uribe Uribe y el Conto, a la orilla del Río Grande y lo pasaron con Herrera sin dificultad. La lluvia se desgajaba a la sazón a torrentes y entenebrecía el horizonte en la montaña. De pronto se oyó un sordo rumor; las claras linfas del río, apenas manchadas con el derrame de las aguas borrosas de los barrancos, se entur-

biaban completamente, y un gran volumen de ellas que arrastraba piedras, ramas, troncos y árboles, inundó el cauce, lo engrosó e hizo que el río se desbordara, interceptando nuestro paso, fraccionando nuestras fuerzas e interponiéndose entre unas y otras. Así pernoctamos: unos en la ribera izquierda, otros en la derecha, casi a la intemperie, bajo el agua del cielo, aguardando los últimos para cruzar el río que bajara la crecida, que apareciera el nuevo día y que calmara el temporal.

El 20, muy temprano, vadeamos el río, entrando con alborozo al caserío y haciendas del lugar, en donde nos esperaban con solícito cariño individuos de la familia de César Fernández. El mismo 20, después de pasar el río Coclé, afluente del anteriormente mencionado, acampamos en las llanuras que llevan su nombre, a un paso de Penonomé y a tres o cuatro horas del campamento enemigo, que se decía tener sus avanzadas a orillas del río de La Chorrera.

No fue sino allí, el 21, donde modificamos el nuevo plan de campaña en el sentido de avanzar desde Aguadulce a Chame, pasando por el camino real que va por Antón y San Carlos, y allí donde pensamos en un juego estratégico para burlar mejor al enemigo.

La guerra es siempre una lucha armada, mas el objetivo no es siempre la matanza. La consideramos como un arte de inteligencia y de audacia, de ardid a la vez que de fuerza, en el que prepondera el contingente de la primera a medida que progresa más. La victoria misma que corona un ataque o una resistencia, no la creemos sino un medio. El fin es otro; colocarse en aptitud de dominar al enemigo, o reducirlo, si posible es, sin combatir, sin sacrificar un solo hombre, sin perder un solo elemento de los que poseemos. Matar, destruir, eliminar del todo al enemigo, pudo ser antes la mira, cuando el odio armaba el brazo de los desavenidos. Para los hurones, por ejemplo, la piel del cráneo humano era el mejor trofeo de guerra; no hoy, no en estos tiempos de redenciones, de rehabilitaciones y de progresión moral, cuando se persigue el triunfo de una idea a cuyo amparo creemos sean más felices todos los hombres. Escudarse tras inexpugnables posiciones, apoderarse de un desfiladero, desaparecer a la vista de un enemigo superior que nos encierra, atraerlo a lugares de tropiezos y dificultades, cortarle una retirada, todo eso tiene más virtud en el difícil arte que las hecatombes paganas. Ulises fue, sin duda alguna, mejor guerrero que Aquiles, y si el vencedor en Cannas merece ser consi-

derado como el primer guerrero de los tiempos antiguos, no es porque mató ochenta mil hombres en esa memorable batalla, sino justamente por su astucia y su extratagema extraordinarias. *Contemporizador* llamaron a Fabio los censores de Roma (semejantes en alabanzas necias y en críticas estultas a los holgazanes del presente, que guardan en las ciudades su cobardía y su envidia, mientras otros combaten y sobrellevan en despoblados el peso de la lucha), pero eso no impidió que los hombres sensatos de su tiempo lo considerasen, como la posteridad lo ha considerado, militar sagaz y experto por haber sabido hostigar a Aníbal sin presentarle combate una sola vez.

Bajo el influjo de estos pensamientos, resolvimos eludir el combate en cuanto de nosotros dependiera. Habíamos hasta allí adoptado la ofensiva marchando intrépidamente sobre el enemigo, mas no podíamos continuar en ella porque éramos inferiores a éste por el número, por las armas y por la posición. Además, se había conseguido nuestro objeto: desde que el enemigo había contenido su avance, estaba intimidado en Antón, y esperaba más bien en actitud defensiva. Sabíamos que en todo organismo individual o colectivo, el espíritu más agresivo se recoge bajo el ímpetu de una amenaza, se mantiene en acecho, aguarda paralizado el ataque y se defiende. En la situación en que estábamos, si, aparte del de Antón, había otro camino para salir adelante y marchar sobre Panamá, podíamos hacerlo con la seguridad de que el enemigo no iría a disputárnoslo, no lo sabría siquiera, y cuando advirtiera nuestra extratagema, podría, desorientado, apenas creerlo. Llamamos entonces a tres hijos del lugar: a Neira, a Patiño y a Fernández, y les inquirimos por ese otro camino y por el guía que pudiera conducirnos por él, y todos tres, comprendiendo con inteligencia nuestros planes, nos dieron los datos que necesitábamos y nos trajeron a Jacinto Lombardo, “el mejor *baqueano* de la comarca”.

Había, efectivamente, según éste, un camino abrupto por la cordillera que iba a salir a Chame, y él se comprometía a sacarnos por ese camino. Tendríamos que llegar a Chigoré, aldea vecina, a un paso de la cabecera de la Provincia, y seguir por Sonadora y Churuquita Chiquita al Rincón de Las Palmas y al Valle, trepando cuestras y empinados montes, bajando por resbaladeros, orillando abismos, cruzando ríos torrentosos, pasando bosques, bajo la lluvia de un invierno continuo y teniendo que acampar en despoblados y en terre-

nos ásperos. En cambio, podíamos hallarnos al tercer día de marcha en Chame, a tres jornadas de Panamá, a la que podíamos también llegar mucho antes que el enemigo, si, ocultándole nuestros movimientos, conseguíamos retrasarlo, buscándonos, con su impedimenta enorme, por los dilatados llanos que dejábamos.

El proyecto requería, como se ve, el mayor secreto, y detuvimos a Lombardo con nosotros para que no lo revelara a nadie. Lo hicimos conocer de Herrera, y no habiéndole opuesto reparo, dimos órdenes para emprender la marcha a prima noche. Íbamos a dejar hogueras encendidas en el campamento y escurrirnos en la oscuridad, de frente al enemigo, en desfilada por la vasta llanura, precedidos por el guía, único que debía llevar en alto una lámpara reflectora cubierta por todos lados menos por detrás. Al cabo de tres horas pasaríamos rozando por Penonomé, en donde ostensiblemente habíamos hecho preparar cuarteles, y a media noche, por Chigoré, a cuyas casas no nos acercaríamos. Luego, entraríamos en la montaña, por la que íbamos seguramente a andar iluminados por la luna, hasta Churuquita, que alcanzaríamos al amanecer.

A pesar de todas nuestras precautelativas, sucedió que Lombardo, tímido al fin, nos extravió en la llanura, haciéndonos dar vueltas en ella durante toda la noche, acercándonos tanto al campo contrario, que en la mañana, roto el cordón de nuestras filas, nos sorprendió la alborada, barranca abajo del río Hondo, a tiro de ballesta del río de La Chorrera, en donde el enemigo tenía sus avanzadas.

Indescriptible marcha ésa, en el silencio y la oscuridad, sin percibir más el bulto que nos precedía, y a lo lejos la brillante luz del reflector que nos guiaba; sin oír más que nuestros pasos, el resoplido de las bestias que pastaban, el canto de alguna agorera lechuza o el relincho de los briosos caballos. La noche, en cambio, estaba fresca, serena, deliciosa, y la brisa, extendiendo sus alas por sobre el llano, atomizaba y difundía a su paso el polen y las fragancias acres de la montaña. A la medianoche surgió la indiscreta luna cuando menos lo queríamos, rojiza. Aparecía en el horizonte y forcejeaba por quitarse la densa toca que le ponían las nubes, para mostrarnos su luminosa faz. Por intervalos, a cada asomada suya, se borroneaban nuestras sombras, movibles, deformadas, y por doquiera sur-

gían confusos bultos entre los matorrales que decoraban la vasta llanura. Era época de invierno, de murrientas noches, pero, al fin, la descocada logró desasirse del oscuro nimbo que la rodeaba, alumbrando entonces la senda de nuestra silenciosa caravana.

Pasada la media noche, a cada estacionamiento del Ejército, cuando el guía buscaba el perdido sendero o probaba mejor paso por los barrancos, era imposible evitar que los sufridos soldados cayeran a tierra rendidos por el cansancio y por el sueño. Tocábanos entonces despertarlos uno a uno, rogarles, sacudirlos, ponerlos de pie, y recomenzar enseguida la azarosa marcha.

A las nueve de la mañana pasábamos por Chigoré, en donde era ya imposible ocultar nuestros movimientos. Las buenas mujeres de Penonomé, refugiadas allí por el temor a la soldadesca regenerante, salían a la puerta de los cercos de sus casas a ofrecernos yuca asada, café, chicharrones y, es fin, de cuanto se componía su propio condumio. A las once pasábamos por Sonadora, en donde el batallón Conto, como enjambre de hormigas arrieras, devoraba las naranjas de que estaban cuajadas sus huertas. A las dos estábamos en Churuquita Chiquita, donde supimos con la mayor contrariedad que Herrera había quedado extraviado atrás.

Se veían frustrados, pues, nuestros planes, defraudadas nuestras esperanzas. Perdida la noche, teníamos perdido el día también, y no era ya posible que pudiéramos llegar antes que el enemigo a Panamá. A lo sumo podíamos llegar primero a Chame, y, conformes con realizar siquiera este intento, nos dimos a averiguar por el paradero de Herrera y de su Estado Mayor.

En la mañana del 23 supimos que se hallaba en Churuquita Grande, de donde prometía salir en el acto a unírse nos en el Rincón. No fue, sin embargo, sino en El Valle en donde nos volvimos a ver, el 24 en la tarde, después de dos días y dos noches de innumerables y horribles padecimientos, marchando por terrenos tan ásperos que era preferible andar a pie, a veces de noche, orillando los derrumbaderos a la luz de los relámpagos. Durante ese tiempo tuvimos sólo frutas para alimentarnos, por cama, el suelo húmedo en alguna claridad de bosque o en la ribera selvosa; de algún río crecido que nos cerraba el paso.

En El Valle pudimos descansar y recobramos. Las asperidades del terreno fueron paulatinamente suavizándose. Lo abrupto apareció menos rudo, menos

rígido lo escabroso. Las cuestras tomaron aspecto de mesetas, el clima se hizo fresco y tónico, y la vista, aprisionada por los árboles del bosque, comenzó a extenderse por faldas apacibles y planicies y a espaciarse por amplísimos horizontes que se dilataban hasta el mar. El Valle mismo surgió a nuestros ojos como un paraíso escondido. De pronto habíamos llegado al borde de la muralla que lo circunda y lo descubríamos en el fondo, como, a través de un lente cosmorámico, el cuadro de un risueño paisaje.

Cesaban también las privaciones, pues el mango, la naranja y la guayaba del indio, se trocaban en casa de Salvador Coronado y de Quintín Pérez por pernils suculentos de puerco y de becerro que habrían codiciado en su rústica cena los héroes cantados por Ossían.

Allí supimos por primera vez de José Agustín Arango J. y de las torturas infligidas a Modesto Rangel. Arango se había extraviado la noche de nuestra salida de Coclé. Ignorante de nuestros planes y creyéndonos en vía para la cabecera de la Provincia, se dirigió a ella sin demandar las reglas de la marcha, y al día siguiente, sorprendido de no vernos llegar, voló en compañía de Rangel al abandonado campamento, en donde, por no hallarnos, su sorpresa fue mayor. Entonces, errante por la llanura, buscándonos en todas direcciones, cayó en poder del enemigo. Dijéronnos que lo habían amarrado como a un malhechor, y que a Rangel lo habían descoyuntado en cepo de campaña, dejándolo por muerto a la sombra de un árbol. No podíamos creerlo. La acción era cobarde y vil, tanto más cuanto que los muy salvajes descargaban su furia sobre el inofensivo amigo, padre de familia, hombre netamente civil que no les había hecho ningún mal; y con el brioso joven, arrojado oficial que llevaba al cinto espada, ¡con ése se mostraban indulgentes!... Semejante sevicia repugnaba a la proverbial hidalguía colombiana; pero era verdad, ¡oh godos!, rivales de los crueles encomendadores del pasado, renombrados héroes cristianos, descendientes de Bóves y de Sámáno.^(*)

(*) —Hallándome en Chame, recibí la carta de Rangel que reproduzco a continuación:

“Penonomé, junio 17 de 1900.

“Apreciable Doctor:

El 22 de mayo último, el célebre Sarria y el valiente Ortiz me pusieron en cepo de campaña por varios minutos, bajo la presión de 20 rifles y dos hombres montados uno de cada lado, dando por resultado que la cuerda con que se me ató los dos dedos mayores formara anillo y los brazos y las piernas recibieran una contracción nerviosa que impedía acción ninguna, resultando después la dislocación de la muñeca y el brazo derecho.

A las once de la mañana del día 28 de mayo, veíamos desde las mesetas de El Jobo las humeantes chimeneas de la flotilla del Gobierno que cruzaba la bahía de San Carlos, doblaba la Punta de Chame y se perdía a lo lejos en dirección a Panamá. Sin zozobras, como quien llega a su casa, bien informados por nuestros exploradores de la situación de Chame, bajamos a sus hermosas campiñas, decididos a aguardar en ellas los elementos que habíamos encargado a la pericia del doctor Morales.

Hasta la fecha la mejoría consiste en la parte descompuesta del codo; pero la muñeca sigue caída lo mismo que los dedos de la misma mano e insensibles los dedos mayores que experimentaron la trincada cuerda, y también insensible la pierna izquierda de la rodilla para abajo”.

.....
Disimule Ud. la molestia que le causa su copartidario que lo aprecia. Por mandato de mi padre Modesto Rangel, que está incapacitado para firmar, lo hago yo,

M. Horacio Rangel”.



Capítulo XVII

De Chame a Capira

Incidentes personales

Después de las penosas ocurrencias de Aguadulce y de Natá, no había vuelto a presentarse ocasión para que trascendieran las animosidades de Herrera. A pesar de su persistente deseo —en nuestra marcha de Coclé a Chame— de avanzar siempre adelante con su Estado Mayor, sin cuidarse del soldado enfermo, del merodeador, del agobiado a la vera del barranco, del parque abandonado en el camino, ni de nosotros que sobrellevábamos todo el peso de la retaguardia, lo creíamos tranquilo y satisfecho de nuestra conducta. No era así, sin embargo; algo rugía sordamente en su corazón y le hostigaba a rebelarse.^(*) Al mismo tiempo que huía o se apartaba de nosotros, se le veía atraer con solícito empeño a todo oficial descontento; pero sin poder reprimir, por otra parte, su invencible enojo contra los que me mostraban adhesión y simpatía: chocaba con ellos y los alejaba, consiguiendo sólo anarquizar, desunir el Ejército, creando una línea divorcial entre él y yo.

Con más inteligencia y más fuerza moral de las que posee, habría conseguido Herrera profundizar la división e imponérsese, convirtiendo los círcu-

* Concluida la campaña, recibí en Puntarenas la carta que copio a continuación:

“Puntarenas, 30 de septiembre de 1900.

Señor Dr. Dn. Belisario Porras,

Presente.

Muy estimado señor:

“En días pasados vino a mis manos un número de *“El Mercurio”*, periódico que se edita en Panamá, y en una de sus columnas vi publicada una carta suscrita por el General Emiliano J. Herrera, en la cual hace aparecer a Ud. como único responsable del fin desastroso que tuvo la revolución en el Istmo de Panamá; y como quiera que en mi sentir y en el de todo aquel que cual yo conozca medianamente; la realidad de los hechos, esa responsabilidad que sobre Ud. pretende hacer pesar el señor Herrera es desde todo punto de vista injustificable; desde aquel momento obró en mi ánimo la idea de poner en sus manos los datos que adelante le transcribo

los en agrupaciones respetables de adeptos. Muchísimas causas de antipatía y alejamiento hay generalmente entre los hombres; y en un Ejército de voluntarios, como aquél, le habría sido más fácil a él atraer por el relajamiento y la parcialidad, que a nosotros por medio de la disciplina y la ecuanimidad. Pero su inteligencia y su índole, en desproporción con sus designios, descalabraban sus planes. Además, maniobraba entre hombres a quienes no conocía bien. Yo mismo, no obstante el conocimiento profundo que tenía de ellos, no hacía otra cosa que apaciguar los ánimos crispados predicando unión y concordia y contemporizando a cada paso.

Nunca he visto más motivos de divergencias y separación entre los hombres como en un Ejército de voluntarios. Concurren de todas partes a un centro común, y debiendo refundirse en él, se alejan, al contrario, apartándose en sus tendencias y opiniones, como los lados prolongados de un ángulo. El pundonor vive excitado por el mismo efecto del espontáneo sacrificio que llega cada cual a ofrecer, y la delicadeza, degenerando con frecuencia en susceptibilidad, por cualquiera nimiedad, con la menor insinuación de la suspicacia, que es gemela suya, se siente herida e irritada.

Conocí un oficial istmeño, de méritos, que no tuvo más motivos para apartarse de mí y buscar la compañía de Herrera, que la emulación: el haberse acercado a vivir a mi lado otro tan distinguido como él, de quien no era amigo... La lógica del odio es así, generalizadora y pesimista. Arguye por medio de un silogismo de proposiciones aparentes. Es como gota

para que haga uso de ellos caso que Ud. los estime necesarios en su vindicación. Nunca es demás abundar en pruebas y razones.

Era yo ayudante del General Herrera que en compañía de éste y de los señores Dr. Dn. Ezequiel Abadía, Rogerio de Agüero, Alejandro Ardila y Pablo E. Morales pernocté en la casa del señor Manuel de J. Grimaldo en la hacienda denominada Churuquita Grande.

“Cuando aún me hallaba despierto en el *jorón* de dicha casa, el primero de estos señores (Herrera) y los dos últimos, en el cuarto, se dieron a la labor de entrar en apreciación de las dotes morales que Ud. reúne, y fue entonces cuando oí que al tocar hacerlo el General Herrera se expresó así: “—El Dr. Porras no pasa de ser un buen abogado que es para lo único que sirve. No es un hombre como el que él se las echa; y sepan Uds., Ardila y Pablo Emilio (dándole aquí más entonación a la voz), que el Dr. Porras se viene haciendo muchas ilusiones, pero va a sufrir una muy grande decepción”. Antes de terminar esta carta debo consignar aquí que si suministro a Ud. estos datos, lo hago porque creo que está en mi deber hacerlo, como lo haría con el General Herrera en igualdad de circunstancias.

Con sentimientos de alta consideración y respeto quedo de Ud., obediente y S. S.,

Narciso González”.

de aceite en el alma. Teniendo un objetivo hace blanco de su acometividad a lo que llega a rodearlo.

La sorda rebelión de Herrera daba pábulo indudablemente a las maquinaciones de la discordia. En Chame se veía nuestra situación cargada de rivalidades y amenazas. Había muchos oficiales descontentos. Juan Antonio Mendoza, separado de la artillería que comandaba;^(*) Samuel Ruiz, resuelto a separarse; el Batallón Tiradores de Co c l é, disuelto, y Patiño, Fernández, Suárez, Bernal, Bernaza, Carranza y Leitón, sin cargo. En fin, habíamos llegado a las diez de la noche, poco más o menos, y encontrábamos que Herrera, que nos había precedido algunas horas, había arrastrado el Ejército a Bejuco, contrariando el plan acordado para concentrarnos en Chame, dictaba órdenes para seguir con él a Capira en la mañana... Le hicimos por escrito las observaciones del caso; pero fue todo inútil, porque no revocó sus órdenes; los batallones desfilaron muy temprano, y nosotros que lo supimos tarde, tuvimos que aceptar de grado los hechos consumados. Contra la razón, contra lo convenido y contra mi voluntad, seguí a Bejuco con Mendoza, resuelto a marchar también, y me dirigí a casa de don Juan Remón, que ocupaba Herrera.

Quedaban ya muy pocos individuos en el campamento en los últimos preparativos de marcha. Entré a la casa, y cuando me entretenía con Remón, se dejó oír de afuera un rumor de voces ásperas y despectivas. Alguien insultaba evidentemente a otro, cuyas respuestas, débiles y apagadas, llegaban a nosotros ininteligiblemente.

—Usted vale mucho menos que el último de mis oficiales— decía el uno, y con las fuertes interjecciones agregaba:

—Usted pretendió cogerse la montura, y no permitiré que lo haga en perjuicio de ningún oficial del Ejército.

Cuando llegué al portal donde esto ocurría, me hallé con Herrera que se paseaba, teniendo en mano un rifle, y dirigiéndole las últimas palabras a Julio Bernal. Era éste un joven apreciable, voluntario de Antón, quien para unírse nos había arrojado mil peligros, fugándose de la cárcel de Panamá, en donde lo tenían como preso político desde los primeros días de la revolución.

^(*) En un memorial de renuncia concluía así: "Estoy dispuesto a sacrificar mi vida en aras de la causa liberal, pero nunca en un cuerpo en el cual se me mira con el más profundo desprecio".

Bernal se mantenía a caballo, y en la palidez de su rostro más que en las palabras de protesta, entrecortadas por la estupefacción, se descubría su pena. Herrera, a mi llegada al portal, aflojó el rifle y se dirigió a su caballo ya listo, montó y se fue seguido de un grupo de ayudantes que galopaban a su lado y en pos de él Bernal, llorando entonces como un niño, volteó, al contrario, grupas a su rocín, y acompañado de Alfredo Patiño y de César Fernández, al paso de la aflicción, se fue por los patios en busca del camino por donde regresar a su casa.

Eran todos ellos mis amigos, de la actual brillante generación del Istmo, y no los podía dejar ir así. Me había quedado solo, y monté a mi vez y los seguí. Cuando a mi llamado se hubieron parado, les dije:

—¿A dónde se dirigen?

Confusos, me contestaron:

—Por aquí no más ...

—Pero a dónde es por aquí no más, cuando todos vamos para Capira y ustedes van con rumbo opuesto, a San Carlos.

Patiño osó decir al fin:

—Doctor, usted ha visto las maneras que el General Herrera usa con nosotros, y ahora mismo cómo ha insultado a Julio. Nosotros no tenemos puesto en el Ejército y nos vamos...

Entonces les hice ver que ninguno de ellos había ido a la campaña sino por la causa liberal; que Herrera no era sinónimo de ésta; que la causa nos merecía toda abnegación, el renunciamiento de nosotros mismos y el olvido de toda susceptibilidad y amor propio; y, por último, siendo yo amigo de ellos y por las circunstancias Jefe Supremo de la Guerra en el Istmo, los requería a seguir en nombre de la amistad y por virtud del juramento de adhesión al liberalismo que habían ellos prestado.

Nada contestaron, pero acogiendo mis razones, volvieron sobre sus pasos, confundiéndose a poco con un grupo de la retaguardia.

Seguí en pos, animando a los retardados de a pie y a los conductores de parque que quedaban en medio camino arreglando la carga y los aparatos de ella.

Pasados los llanos de Bejuco, de Las Paredes y del río Lagarto, que están unidos entre sí con cortas interpolaciones de matas, el trayecto se hace pesa-

do, pues entra uno en un callejón pedregoso por donde la mejor bestia tiene que ir al paso. En el invierno en que estábamos, la sofocación era muy grande. A uno y otro lado crece, en efecto, virgen todavía, el bosque exuberante y por él no se cuele un solo soplo de viento. No hay siempre posibilidad de cubrirse con la sombra de los árboles, porque el camino es hondo y obliga a andar por el centro. Se camina con cuidado, agobiadas las bestias, recogidos los hombres, en silencio, sin más ruido que el de las chicharras chillonas y holgazanas.

En Sajalices la naturaleza es más sombría, el camino más desapacible, pero al menos se levanta allí en la barranca, pasado el río que corta el camino, una vivienda humana que interrumpe la soledad e invita al descanso. Maquinalmente me dirigí a ella; pero no bien me había desmontado a su puerta, cuando, a todo escape, con el caballo jadeante, llegóse a mí Narciso González y me dijo:

—Vengo a avisarle que en este momento se están baleando, en el puro camino, allí adelante, dos batallones de los nuestros...

—Y Herrera—le pregunté—, ¿no está con esos batallones? ¿Dónde está Herrera?

—No, señor; el General Herrera pasó adelante hace más de dos horas y debe estar ya en Capira.

Sin esperar más razones, monté y corrí al lugar en donde se cumplía el desastre. Mi dolor era inmenso, mi angustia mayor a medida que iba encontrando grupos de gente nuestra que se devolvía y contaba, con la exageración propia del caso, horrores de lo que estaba sucediendo. Había habido un altercado, voces, gritos e insultos: de pronto había sonado un tiro y en seguida otros y otros, Juan Antonio Mendoza había herido a uno, y seguramente lo habían asesinado a él, porque le habían caído encima luego.... Algunos me rogaban no avanzara más porque podía ser víctima también. Muchos habían oído gritos: *Vengan todos juntos los Porras y los Mendozas*. Pero no podía detenerme. Al galope, despeando el noble bruto, seguí a donde el deber me llamaba, allí donde las bajas pasiones estaban enterrando la revolución del Istmo. Cavaban su fosa los que excitaban las rivalidades y fomentaban la excitable envidia. ¡Qué horror! Allí cerca, a un paso de nosotros, estaba el enemigo, y las armas dirigidas sobre él eran desviadas y esgrimidas contra nosotros mismos. Un enemigo peor, más temible, había entrado a la sordina en nuestro campamento y ¡consumaba nuestra ruina!...

Andando, vi acercarse al Coronel Salamanca, quien me dijo al ponerse a mi lado:

—No hay ya ningún peligro: usted puede avanzar ya conmigo.

Galopando ambos, me refirió que no había habido combate entre los dos batallones, sino un choque entre Juan Antonio Mendoza y un soldado del Uribe Uribe, contra un grupo de desconocidos del mismo batallón que habían querido vengar al último; que había habido un verdadero motín y vociferaciones torpes e incongruentes; pero que él con algunos más del Robles habían logrado restablecer el orden.

Deseoso de conocer toda la verdad, avancé hasta alcanzar batallón Uribe Uribe. Nicholson y Montes, *centranos*, como decían, y Jefes de él, aparecían como culpables del suceso, por haber desatendido un reclamo justísimo de Mendoza; pero en ninguno de ellos hallé excitación ni señal de violencia. Al contrario, me parecieron tristes y casi arrepentidos. La lección no era para menos: había sido cruel, de emoción intensa, y seguían oyéndose sus vibraciones. Habían llegado al borde de un abismo y habían retrocedido espantados. No habían visto antes ese abismo, y se les veía retroceder palpablemente delante de él...

El batallón marchaba silencioso, de a uno en fondo por el sombrío camino, y a la cabeza de él, para provecho del sangriento drama, y llevado por dos hombres en una hamaca cubierta con una manta roja, el pobre joven herido...

Llegados a Capira, impuse a Herrera del suceso, y él negándole importancia, me dijo:

—No haga caso a nada de eso...

Capítulo XVIII

De Capira a Chame

¿Por qué retrocedimos?

Desde que llegamos a Capira le demostré a Herrera, de modo irrefutable, el error de nuestro avance. Capira, en efecto, es un pueblo de casas pajizas y de bahareque, asentado en la garganta que forman el cerro de Cermeño y el de la Trinidad, en el fondo mismo de un bosque que lo rodea por todas partes, sin horizontes ni paisajes, sin más abras que el boquete del camino que sigue a Chame o el del que conduce a la Chorrera.

Ese avance habría tenido objeto en el intento de proseguir la marcha a Panamá para atacarla enseguida; pero con nuestros pocos rifles habíamos conseguido armar sólo 500 hombres, con cuyo número era imposible tomarla, defendida como estaba por fuerza veterana y en número mayor. Aguardar en Capira los auxilios en cuya busca había salido el doctor Morales del país, por cuya adquisición escribimos al exterior continuamente, era absurdo, porque podíamos ser encerrados en su recinto tan pronto como tomara el enemigo los caminos de la Chorrera y de Chame y nos privara así de toda comunicación con los demás centros poblados del Istmo.

Recorrimos los contornos en busca de buenas posiciones para la defensa; pero no hallamos sino el bosque tupido, lleno de misterios y sorpresas, y diferentes senderos por él, por donde podía acercarse el enemigo sin necesidad de grandes precauciones. Subimos a Cermeño y tampoco hallamos lo que deseábamos. El caserío disfruta en la meseta de buen aire y de temperatura suave; pero vive con limitados granos y muy pocas raíces, y no nos podía brindar seguridad ni abundancia.

BELISARIO PORRAS

Es claro, pues, que el lugar era a propósito únicamente para sufrir el más desastroso asalto o para sucumbir sin combate, por el solo efecto de la prolongada permanencia en él. Su población es de mil o mil doscientos habitantes a lo sumo, y con esto puede calcularse cuán limitados son los víveres de que dispone en un momento dado y cuán escasa es la cantidad de sal que tiene, desde luego que los conservadores la acapararon toda en Aguadulce.

En estas preocupaciones nos hallábamos, cuando recibí de Panamá las comunicaciones que siguen:

•••••

“Estimado doctor y amigo:

Recibida su comunicación del 2. En mi carácter de Agente sustituto de la Revolución en ésta, he recibido dos notas importantísimas del General José Cicerón Castillo, Jefe de Operaciones en el Pacífico. La una, que es la que tengo el honor de remitirle, y la otra para los Generales Sarmiento y Durán. En esta última se les transcribe la nota para usted y desarrolla un plan de ataque por el Atrato en combinación con las fuerzas de Castillo que están en el río San Juan, y para armar a Antioquia y al Tolima.

En obediencia a las instrucciones que nos da usted en su comunicación para el General Zelaya, he escrito a Centro América.... dando cuenta de todo, etc., etc., y a José Cicerón Castillo y Simón Chaux lo mismo. No tiene nada de particular que antes de que ésta llegue a manos de usted, llegue él primero, conforme a lo que promete a ustedes en su dicha comunicación. He mandado copia de mi carta por Esmeraldas también.

Lástima que su carta fechada en Tonosí el 2, no se hubiera recibido en ésta sino el 14, pues se ha perdido un tiempo precioso. Yo hago cuanto esfuerzo puedo, y aunque se ha extendido orden de prisión contra mí tres veces, no he sido encarcelado sino por 24 horas nada más. Juan Antonio Jiménez sigue preso. El pánico aquí es indescriptible.

A. Aizpuru.”

•••••

Número 9.—Estados Unidos de Colombia. (Estado Sur del Cauca).—Comandancia General del Ejército de San Juan. —Guayaquil, a 5 de mayo de 1900.

El Jefe de Operaciones sobre la Costa del Pacífico, al señor Jefe Civil y Militar del Istmo de Panamá. Chiriquí.

Después de cuatro meses de campaña defensiva y estratégica en el Valle del Cauca, en unión del General Clodomiro F. Castillo, se resolvió en Consejo de Jefes y Oficiales en Operaciones que yo debía salir al Pacífico en busca de elementos de guerra para dar a la campaña el carácter compatible con la situación desastrosa de los dictatoriales en todo el territorio caucano.

Al efecto, con un cuadro de 36 oficiales descendí por el río Calima, desde su nacimiento hasta su desembocadura en el San Juan, atravesando toda la cordillera occidental. En esta travesía por región abrupta nunca antes transitada, las penalidades físicas llegaron al colmo, bastando decir que la mitad de mi comitiva quedó en la vía, todos muertos de hambre y de fatigas.

Al llegar a Palestina (boca de Calima) que era Cuartel General de los revolucionarios del San Juan, se me entregó espontáneamente el mando del Ejército, quedando refundidos en él los pocos individuos de mi Estado Mayor que habían sobrevivido a la catástrofe de la Cordillera.

Después de organizar un movimiento de reocupación de la plaza de San Pablo, que habían ocupado los dictatoriales recientemente, me embarqué el 11 del pasado en una lancha hacia Tumaco, a donde llegué el 19, en carácter de Jefe de Operaciones sobre la Costa del Pacífico. Allí, el Jefe de la plaza, General Simón Chaux, convino conmigo en la reunión de mi Ejército con el suyo en el río San Juan, para atacar simultáneamente a Buenaventura y tomar posiciones en Juntas de Dagua, cortando así definitivamente todo paso a fuerzas gubernativas que bajaran del Valle, o a las que de Buenaventura buscaran retirada por el ferrocarril. Pero como es mi plan de campaña invadir el Valle con elementos suficientes para dar en tierra con la dictadura de San Clemente, resolví venir hasta aquí, autorizado como estoy, ampliamente, por la Revolución en Antioquia y Cauca para conseguir a cualquier costo elementos de guerra.

Contamos en Tumaco con 1.000 Maussers, 1.000 Manlichers, 300.000 tiros, 3 Krupps calibre 6 y un transporte de vapor, artillado, que puede recibir cien hombres a bordo. Y tengo el honor de anunciar a usted que en fecha que no puedo fijar, pero que no pasará del 20 del presente, tendré en el río San Juan cinco mil fusiles, un millón de tiros y algunos elementos de artillería moderna.

Comprendiendo que, con motivo de la disolución de la columna *Figueredo* a mi salida del Valle, los dictatoriales del Cauca han tenido descanso relativo y hasta cierto punto holgura de fuerzas de Marzo acá, he llegado a pensar que las operaciones de usted pueden ser interrumpidas seriamente por un contingente de fuerzas dictatoriales caucanas sobre Panamá. Sé de buena tinta que, por falta de dinero, no se embarcaron por el caletero pasado, en Buenaventura, 200 hombres con rumbo al Istmo. Por todo eso he resuelto usar estratégicamente del cable apenas el General Tolosa ocupe por mi orden a Buenaventura, y enviar *ipso-facto* fuerzas por mar a la misma bahía de Panamá, y por tierra a Pacora. Esta última fuerza será procedente de Baudó, que está en mi poder, y su movilización se hará de acuerdo con las circunstancias.

Aun en medio de todas las eventualidades a que estoy sujeto, con motivo de la falta de transportes marítimos, puedo asegurar a usted que antes de terminarse este mes, sentirán los dictatoriales panameños la proximidad o presencia de mis fuerzas, que irán probablemente al mando del General Salas.

Sugiero, pues, a usted la idea de que, caso de ser amenazado por fuerzas respetables, no aventure acción definitiva, y tome posiciones ventajosas para mantener su Ejército a la defensiva, hasta que mis movimientos en Pacora — inesperados en Panamá — lleven el desconcierto al enemigo y nos permitan avanzar hacia la capital, apoyando mutuamente nuestros movimientos.

Se ignora aquí el número de fusiles que usted introdujo a esa región. El doctor Rengifo — actualmente en Tumaco — me había puesto al corriente de ciertas interioridades relativas a la expedición de usted. Yo deploro, naturalmente, que debiendo usted haber venido en buque propio, que alejara a “La Boyacá” a distancia respetable, haya llegado de un modo distinto al que era de esperarse.

Sea de ello lo que fuere, cumplo con el deber de comunicarle mis propósitos, y espero que, por buque de vela, se ponga usted en comunicación con mi Estado Mayor en el río San Juan, pues yo sigo al Valle a hacer personalmente la invasión, de acuerdo con el plan de operaciones dictado por mí y aceptado por el General Chaux.

Patria y Libertad.

José Cicerón Castillo.

•••••

Yo no conocía a José Cicerón Castillo. Por primera vez había visto su nombre, hacía algún tiempo, al pie de un colosal proyecto de utilizar el Salto de Tequendama como fuerza motriz, y me había parecido sujeto inteligente y de progreso. Por segunda vez lo hallaba —en el propósito espontáneo de secundar mis esfuerzos— en lo justo y en la verdad. ¿Quién es él? —pregunté a Mendoza. ¿Quién es ese General que tan bien aprecia la situación de los demás, por el solo cálculo, por inspiración de lo alto, como instintivamente? ¿Quién es ese hombre de talento cuyo pensamiento venía así a abrazarse con el mío, a través del espacio, confundándose con él en uno solo? ¿Cómo había contestado a mis secretas y calladas apelaciones! ¿Cómo lo veía grande y generoso, justamente cuando los más obligados a auxiliarme se abstenían de hacerlo guardando silencio a mis reclamos...! Mendoza no me lo quiso decir; pero Herrera, que no lo conocía tampoco, concibió terribles celos y comenzó a temer que Cicerón Castillo le arrebatara sus lauros y se le viniera por Pacora a Panamá y se apoderara de ésta.

Sin cuidarme de estas nuevas emulaciones, contesté a José Cicerón Castillo en el acto, pintándole nuestra situación, aceptando sus ofrecimientos e instándole para que no demorara en cumplirlos, y como Marcelino Cedeño, después de conducir al doctor Morales a Taboga en el “San Francisco”, había venido a nuestro encuentro a Chame, lo envié hasta el Río San Juan con la respuesta. En cambio Herrera intrigaba para nuestro avance a La Chorrera, y esto precisamente en los momentos mismos en que el enemigo se acercaba allí también, precedido de una partida de hábiles exploradores comandados por el conocido Jefe de la Policía de Panamá. Llegó a requerirme para el avance por medio de un escrito, a imponérmelo casi. Entonces le contesté pidiéndole, un plazo: y mi nota es ésta:

•••••

Capira, mayo 30.

Estimado Emiliano:

Tengo a la vista su apreciable carta de esta noche relativa a la marcha del Ejército sobre La Chorrera. Aunque en ella no me fija la fecha de la partida, me imagino que la señala para el día de mañana, porque su nota tiene el carácter de urgente.

Nada tendría que objetar a esta resolución de usted, si no mediaran algunas circunstancias que me obligan a suplicarle aplace la marcha para pasado

BELISARIO PORRAS

mañana, y me permito contrariar esa resolución particularmente por la duda que deja escapar cuando me pide le haga las observaciones que se me ocurran.

Ante todo, usted sabe que debemos esperar para aceptar combate, por lo menos una semana, y que nuestro plan de campaña obedece a la necesidad de aguardar refuerzos de fuera o la eficacia de una combinación con fuerzas amigas que han de venir del Cauca.

Nuestra marcha sobre La Chorrera puede tener por resultado entrar inmediatamente en combate con el enemigo. Numerosos rumores y muy persistentes nos aseguran que en La Chorrera hay fuerzas o se las espera de un momento a otro, y desgraciadamente hasta la fecha no hemos podido precisar su número o saber toda la verdad sobre esos rumores. Precisamente en investigación de ello se han tomado varias providencias cuyos resultados se esperan mañana o han de ponerse en práctica mañana, y ¿cómo podría ser conocida aquélla o practicarse estas últimas si mañana mismo emprendiéramos la marcha y ésta podría ser comprometedora?

Aparte de lo dicho, deseo llamar su atención al fraccionamiento del Ejército. Está muy bien que la Primera División, precedida de la caballería, siga adelante; pero temo mucho que ordenando la marcha de la Segunda División por otras vías distintas de la adoptada para la Primera, se vea expuesta a luchar con un enemigo superior en número y parapetado, no por donde transita la Primera División, sino por donde siga ella, y sin esperanzas de que esa Primera División la socorra.

En consecuencia, espero de su buen juicio se sirva aguardar todo el día de mañana para resolver definitivamente sobre nuestro avance a La Chorrera, sobre la vía y modo de realizar este avance.

Quedo de usted con toda consideración y cariño atento S. S. y amigo.

Belisario Porras

•••••

Obtenido el aplazamiento, conseguí someter la resolución definitiva a un Consejo de Oficiales Superiores, y en la noche del 3 de mayo fue celebrado ese Consejo con la concurrencia de Herrera, Quinzada, Carlos A. Mendoza, Pablo Emilio Morales, R. de Agüero, Ezequiel Abadía y el Capitán R. Urriola. La discusión fue sostenida por mí para demostrar, con el acopio de razones de que fui

capaz, la necesidad de retroceder a Chame. Ante todo no podíamos combatir con un enemigo superior en número, en armas y en disciplina; *debíamos esperar los auxilios solicitados al exterior*, y caso de vernos obligados a combatir, debíamos hacerlo en posiciones tales que nos aseguraran el triunfo. Ahora bien, en Chame teníamos todo lo que podía despertar nuestra confianza y darnos esa seguridad: posiciones para defendernos, víveres en abundancia para aguardar el tiempo que nos fuera preciso.

Abandonando a Capira, dejábamos al enemigo una población agotada de víveres y un camino sombrío y sin recursos para provocarnos por él... Si nos quería abordar por agua, en Chame sobraban las alturas desde las cuales podíamos vigilar el Golfo y espiar sus movimientos. En fin, en Chame iba a cesar nuestro aislamiento. Un camino por la costa nos pondría en relación constante con San Carlos, Antón, Penonomé, Natá y demás pueblos, y otro que el enemigo no podría dominar jamás, nos brindaría fácil retirada a la cordillera, poblada de indios amigos, y a sitios que eran por sí solos posiciones infranqueables. Pero mis argumentaciones fueron inútiles, porque unánimemente, todos, absolutamente todos los presentes, optaron por el avance a La Chorrera. Por primera vez en la campaña me vi superado, mas como yo no me creía en el Ejército sino la resultante de la voluntad de los demás, con todo y mi convencimiento de que iríamos derecho y precipitadamente a nuestra ruina, me sometí al dictado de aquéllos y me retiré, dejando a Herrera el encargo de dar órdenes para la marcha.

Ya en la casa de la telegrafía, que ocupaba, me sentía ahogar por presentimientos funestos, y sentado en la cama, teniendo a mi lado a Neira que parecía interesarse por mi estado de ánimo, contaba neurósico las horas de la madrugada que nos acercaban el temido momento de la partida. No podía evitar esa marcha impremeditada e incongruente: la suerte estaba echada al capricho de la casualidad. Sin duda alguna marchábamos al desastre. ¡Cómo me acuerdo de aquellas horas de ansiedad! Conté las doce, la una, las dos... El recogimiento era profundo. Reinaba el silencio de las pesadas horas del sueño. De pronto oímos a lo lejos chapotear a un jinete y la voz del ¡quién vive! de un centinela. En seguida un ¡alto! y voces apagadas de reconocimiento, pasado el cual, sentimos de nuevo el golpear de las patas de una bestia en el agua de la calle. La bestia se detuvo abajo de la casa, y un hombre comenzó a subir la

escalera, avanzó por el balcón y tocó a la puerta...Cualquier aviso en esos momentos podía alterar los planes decididos, y el visitante inesperado que se nos presentó no podía ser sino un expreso portador de ese aviso. Así lo pensaba interiormente. A una señal, Neira corrió a abrir, y un hombre, por cuyo capote se escurría el agua lluvia que le había caído, apareció a mi vista. Era el señor don Juan Remón, venido de Chame y portador de una carta de José Juan Icaza, de Panamá, urgente, con otra incluso de Guayaquil, de nuestro Comisionado el doctor Morales. Al fin íbamos a saber de él, ¡y en qué momentos tan decisivos! Leí la carta y comprendí que estábamos salvados. Morales significaba que había tenido completo éxito y que vendría pronto a nuestro lado. Hice llamar a Herrera, a Mendoza, a Abadía, a Paulo Emilio Morales y a todos los Comandantes de los Cuerpos, les impuse de los sucesos, les di la carta del doctor Morales y les insté a retroceder a Chame, como medida estratégica. Tan unánimemente como habían resuelto el avance en el Consejo de la prima noche, así fue resuelta nuestra retirada.

Tiempo era ya, porque el enemigo, conocedor de nuestro número y de la calidad de nuestras armas, desembarcaba en La Chorrera, y sus batidores avanzaban con audacia, apresando a todos los que enviábamos adelante por vía de exploración. Aquiles Guerrero, el negrito Cheno y otros, pagaban su audacia torturados en la cárcel, y ya ni Leandro Solano, ni Ramón González, ambos monteros hábiles, del ojo más perspicaz y del más fino oído, osaban aproximarse a recoger noticias de sus movimientos, de su número y de sus proyectos. El Jefe de esos batidores era, como he dicho, Pedro Sotomayor, el Comandante de la Policía de Panamá, quien se hallaba en su propio patio, asiento de sus posesiones rústicas y teatro de sus hazañas femeniles. No hubo más que cambiar el itinerario. Todo estaba listo y salimos con las primeras luces del alba. A medio día en punto entrábamos a Bejuco, y nos repartíamos entre ese barrio y Chame.

He aquí la carta del doctor Morales:

•••••

Guayaquil, mayo 25 de 1900.

Señores doctores B. Porras y Carlos A. Mendoza.

Queridos amigos:

(Donde se hallen.)

Ayer, después de una navegación demorada por la cuarentena a que sometieron el vapor que me conducía, llegué a esta ciudad a respirar un poco libremente.

Son muy largas de narrar las peripecias de mi viaje. El 16 en la noche salí de Taboga (a las 7 menos 20) con los temores consiguientes, pues sabía que el crucero “Ancón” guardaba la costa y la bahía. A las 9 llegamos a Flamenco, y comenzaron los *pourparlers* para conseguir que me aceptaran como *pavo* en el vapor “Imperial”. Al fin quedó cerrado el trato y a las 4 de la mañana del 17 me trasbordé escondiéndome enseguida en un cuarto de metal contiguo a la cocina y frente al corral del ganado. Las penas que he pasado yo allí son indecibles; encerrado en aquella habitación, soportando la temperatura atroz que se desarrollaba por la proximidad de las hornillas y respirando una atmósfera impregnada de los olores que se desprenden de un corral de ganado; tal era mi situación. Por último, el vapor que debía salir en la tarde del 17, no salió sino en la mañana del 19. Imagínese usted mis agonías: temeroso de ser descubierto y muriéndome en el encierro. Al fin salimos, y volé a pagar mi pasaje de primera. Al que me escondió le di 20 soles, además le pagué 15 a los que me trajeron de Taboga. El pasaje del vapor me costó cuarenta y cinco *dollars*.

He llegado, pues, y eso es lo importante. Creo que no tendré dificultades y que me despacharé sin demora. Siento no poder ser más explícito por falta de una clave; pero las diligencias que he hecho desde la hora de mi llegada ayer, hasta ahora que son las doce del día, me demuestran que el éxito será completo, como habíamos pensado...

Ayer vi una revista de las tropas de aquí, con motivo de ser el aniversario de la batalla de Pichincha. El Ejército está armado todo de Manlicher y parece que el Remington no lo usan en ningún Cuerpo, ni lo conservan siquiera en los almacenes. En cuanto a la artillería, pude ver y oír la de calibre 6 ½ Krupps (igual a la nuestra). La falta de clave es una gran contrariedad; pero yo conozco la gente inteligente a quien me dirijo.

Ustedes no pueden imaginarse los malos ratos que paso pensando. El martirio que sufro, la agonía que experimento por no estar allá, son terribles; pero no me arrepiento de mi viaje, sin embargo. Comprendo que puede tener formidables consecuencias, y entonces me animo, me alegro, me embriago en la contemplación del futuro, y, sobre todo, me conmuevo al imaginarme la

BELISARIO PORRAS

hora en que nos reunamos otra vez para vencer. Confianza, amigos queridos: entre nosotros hay una fraternidad que nada destruirá jamás. Y siendo hermanos, yo debo volver al lado de ustedes y a mi puesto.

Los abraza, así como a todos los compañeros, su amigo del corazón,
Eusebio A. Morales.

Capítulo XIX

El combate en Bejuco

En la mañana del día 2 de junio, Herrera y yo recorrimos los alrededores de Bejuco en busca de posiciones militares convenientes, y hallamos las que creía haber visto como en sueños a nuestro paso por ese caserío el 27 de mayo.

Consistían en cinco colinas de alturas diferentes, desde la de 5 metros hasta la de 20, tendidas en el llano, casi en línea horizontal, frente al camino de Capira, desde el cerro de Chame hasta el de Mena. Estos dos cerros son como dos baluartes o murallones, al sudeste el uno, sobre la ribera del mar, tapando la entrada de la Punta de Chame, y al noroeste el otro, a manera de contrafuerte de la cordillera. El camino de Capira a Chame pasa por en medio de los dos y los collados intermedios le interceptan el paso.

Era, pues, el terreno como un libro abierto de instrucción sin igual, lleno de máximas de guerra y de consejos para aprender a guardar el frente y los flancos con fuegos cruzados, y a construir atrincheramientos que podían hacer recordar los colosales de los campos romanos de que habla César en sus *Comentarios*.

Las posiciones tenían, sin embargo, para nuestro pequeño Ejército, el defecto de presentar una línea de batalla demasiado extensa, de manera que en cualquier punto de ella la resistencia podía ser débil si el enemigo cargaba en masa a ese punto. Una vereda llamada *Camino del Reparadero*, podía ser un peligro porque comunicando a Bejuco por detrás de nuestras posiciones, con el Espavé por delante de ellas, podía el enemigo efectuar un movimiento envolvente y desconcertarnos y vencernos si al mismo tiempo nos atacaba de fren-

te. Pero este defecto podía subsanarse, cubriendo el camino, como lo hicimos, con medio batallón Azuero que emboscamos en él.

En fin, una de las lomas, la más saliente o cercana al lugar por donde arremetería inevitablemente el enemigo, iba a morir a una cañada, cubierta de bosque, comprendida entre esa loma y los últimos estribos escabrosos del Mena.

Para precavernos de cualquier daño por ese lado, indiqué a Herrera la necesidad del descuaje de ese bosque; pero se opuso a dar las órdenes del caso, considerando que serviría más bien para ocultar a los exploradores enemigos la posición de los nuestros. Sólo en la apariencia no era esta objeción un gran disparate. No iba a servir el bosque para ocultar a los exploradores enemigos la posición de nuestras fuerzas, al contrario, exponía al Ejército a ser cogido de improviso con una marcha escondida, o la observación asidua del espía enemigo, que se arrastraría entre las matas o se escondería detrás del tronco o del pliegue del terreno. Es sabido, y se puede leer en cualquiera historia de guerras de este siglo, que en materia de posiciones militares, es siempre circunstancia desfavorable el bosque, la altura o cualquier otro accidente del terreno que, a vanguardia, sirva de pantalla para ocultar las operaciones del adversario. Con todo, el frente de la loma quedó así cubierto de bosque. En la tarde del expresado día 2, acordados los detalles de la vigilancia, nuestro Ejército acampó en alturas y parapetos desde donde podía medirse con otro aguerrido y valeroso, doble por el número y mejor armado. El *Conto* ocupó la loma dicha, el *Chiriquí* la de La Cruz, la *Artillería* la Negra Vieja, el centro el *Robles*, y la derecha y un poco más distante, el *Uribe*.

La vigilancia quedó a cargo de Antonio Jované en la propia Punta de Chame, y de Tomás Noriega, con Leandro Solano, Ramón González, y cuatro o seis más, en el resto de la circunscripción. Se colocaron espías en el Líbano, en el Higueronal, Las Pavas y Cerritos, Lagarto y Aguabuena, Yegualita y Soledad; y en esa vez, gracias al asiduo cuidado y a la inteligencia de Jované, cuanto al buen juicio y al patriotismo de Noriega, el espionaje nos dio todo el resultado que deseábamos. Escribía, por ejemplo, el primero, en la tarde del citado día 2, haciéndonos saber la aproxi-

mación de “La Boyacá” a la costa, cuando el vigía del Líbano lo anunciaba igualmente y Hortencia, buena mujer de La Soledad, corría a decírnoslo también. Cada uno estaba en su puesto y era imposible una sorpresa. “La Luisa” se hundió el día 3 en el Cabezo de la Punta, y cuando le ocurría al Gobierno ese fracaso, en su deseo de asaltarnos por diferentes lados, nosotros nos aprestábamos a caer de improviso sobre la fuerza que se proponía desembarcar por ese sitio.

En cambio no andaban lerdos los regenerantes. Desde que entraron a Capira se llegaron a saltos de mata a nuestro campamento, como quien se escurre o se resbala, ganando terreno, poco a poco, avanzando con la mayor habilidad. Consideré tan sabias sus exploraciones que las llamé *cacería con buey*. Sotomayor, tan conocido ya, superior al Javert de Víctor Hugo, al Corentín de Balzac y al Gribassier de Dumas, ése era el hombre. Echaba por delante a dos de sus subalternos a quienes instruía bien, y en pos de ellos a cuatro más, y a retaguardia de éstos con cierto espacio de separación, el resto de la patrulla con él a la cabeza.

¡Se iban indudablemente así pegados, como ocultos tras el lomo del manso buey! Daban quince, veinte o treinta pasos y se detenían a ver y a escuchar. Andaban a veces agachados, arrastrándose. Al llegar a cierto punto, alzaban la cabeza, miraban a todas partes, de frente y a los lados, observaban la rama que se movía, el tronco del árbol; en seguida avanzaban otros quince, veinte o treinta pasos más. Ganado el terreno por los de la vanguardia, pasaban adelante los que les seguían, y por último, el resto de los batidores. Entonces el terreno era ya de ellos y su Ejército entero podía adelantar sin ningún riesgo...

Lo hicieron de este modo hasta que cayó Florencio Casio. Era este famoso monteador semejante a un *piel roja*, o iroqués, pero perdió a las últimas su serenidad. Hallándose muy cerca de nuestras posiciones, le gritaron ¡alto! y contestó con un tiro de su arma. Entonces los del Conto dispararon también y pereció.

El 5 ocurrió que yendo en exploración al Espavé, Herrera y yo con veinticinco oficiales, hacia el mismo punto se dirigía también Sotomayor con sus sabuesos. Unos y otros caminábamos ignorantes de que íbamos a darnos de bruces, y estábamos al habla casi, separados sólo por un recodo del camino, cuando por causa de un aguacero torrencial, reviramos a nuestro respectivo

campamento. No lo conseguimos sin riesgo, porque los ríos crecieron y las dos patrullas hallaron desbordados, de bote en bote, interceptándoles el paso, la una al río Lagarto y la otra al Sajalices. Detenidos por el torrente debíamos presentar aspecto lastimoso. Apostura cómica, sin duda, la de aquellas dos partidas iban a encontrarse sin darse cuenta de ello; que al llegar a un punto en que se pueden hacer la venia, se devuelven, y que al pretender tomar sus puestos, se ven forzados a esperar —mojados hasta el hueso— uno a uno, sin moverse, ¡en el hondo encajonado camino! ... Dijéronnos que los de la facción regenerante temblaban, seguramente del frío, y con tamaños ojos no los quitaban de atrás, removidos hasta el alma a cada ruido misterioso del bosque... el día 7, al fin, el Ejército enemigo, constante de 800 plazas, acampó libremente, sin dificultad ninguna, en el mencionado Espavé, a tres o cuatro millas de nuestro campamento, y vimos cercano e ineludible el día del combate.

En la esperanza de hallar en “La Luisa”, hundida en el Cabezo de la Punta, algún parque del Gobierno, habíamos consentido en que Paulo Emilio Morales, R. de Agüero y E. Abadía, retuvieran en tal lugar algo más de la mitad del batallón Uribe; y por vía de seguridad manteníamos también en San Carlos quince o veinte hombres de guarnición al mando del Mayor Rodolfo Pardo, separado del escuadrón Patria, y diez al mando del Teniente J. Bernal, en Antón. De modo que contábamos con un total apenas de cuatrocientos veinticinco hombres para oponerlos a los ochocientos veteranos que venían a nuestro encuentro.

Era el momento, indiscutiblemente, en que hallándose el enemigo sin “La Boyacá” que había seguido al Cauca, y a tres jornadas forzadas de Panamá, habríamos podido burlarlo, yéndonos a la capital por agua y dejándolo a él en nuestro campamento; pero tropezábamos con la eterna dificultad de la falta de transporte. Los servicios de Morales en La Punta habían consistido en apresar unos cuantos botes y bongos carboneros —algunos en muy mal estado— la “Helvecia,” “Galileo,” el “Pensamiento,” “Pirueta,” “Caraecaballo” y “La Redoma”; pero en ellos cabrían apenas 100 hombres reducidamente y no había para qué pensar en semejante empresa. ¡Qué hermoso habría sido, si hubiéramos contado entonces con un vapor por pequeño que fuera, el “Darién,” por ejemplo, que hubiera remolcado nuestras lanchas y bongos para desembarcar directamente en Panamá, dejando en Bejuco el enemigo con un palmo de narices!

Pero si no podíamos burlarlo, sí habríamos podido sorprenderlo y destrozarlo en donde acampaba, en medio camino, entre Bejuco y Sajalices, tomándole por detrás de la del Tigre el flanco izquierdo, y el derecho por el camino del Reparadero, y luego, de improviso, en la sombría noche, caerle cuando menos lo pensara. Allí habrían concluido los lucidos batallones de la Regeneración y su dominio odiado en el Istmo, pero Salamanca y Palomeque, encargados del asalto, se dieron —a la discusión del proyecto y no lo realizaron.^(*)

A media noche, no quedándonos otra cosa que la defensiva y presintiendo el ataque para el día siguiente, envimos un expreso a Morales a La Punta, requiriéndolo para que regresara con el medio batallón Uribe; y listos para la sangrienta liza, dimos orden para que nuestros bravos voluntarios aguardaran alertas y a pie firme al enemigo, en sus naturales parapetos.

Amaneció el día 8, de tan nobles recuerdos para los pueblos del Istmo, y como nos hallábamos en Chame, a milla y media de Bejuco, y a dos, poco más o menos, de la línea de fuego, no oíamos los primeros tiros de las avanzadas que se tiroteaban desde el alba. Numerosos rumores corrían sobre las intenciones que llevaba el enemigo, particularmente contra mí y contra Mendoza; y así, al ver defraudados los cálculos que habíamos hecho sobre el ataque en las primeras horas de la mañana, irónicamente nos congratulábamos al disponer, como creíamos disponer, de un día más de vida, cuando he allí que un campesino llegó a avisarnos que desde una altura cercana se oían descargas de fusilería, señal de que había comenzado el combate.

^(*) —República de Colombia. — Departamento de Panamá. — Comandancia en Jefe del Ejército Restaurador.—Número 17.—Bejuco, junio 7 de 1900.

Señor Jefe Civil y Militar del Departamento.

Chame.

Como parece que los acontecimientos determinan una situación favorable para nuestras armas, toda vez que la cañonera “Boyacá” ha abandonado las aguas del Istmo para dirigirse a Buenaventura, me permito ratificar a Ud. oficialmente lo que en conversación tuve el honor de insinuarle ayer sobre el avance de nuestras tropas a la Capital. Creo que un plan bien combinado, nos daría en el término de 24 horas la ventaja de interceptar al enemigo en su centro de operaciones; fijando al efecto un punto que a retaguardia del “Aguacate”, nos llevará a tino de los puestos que demoran sobre la Capital.

No creo arriesgado en nada que 300 hombres de nuestra fuerza, incluída la Artillería, siguieran con todo el parque al lugar que se designara al efecto, mientras que el resto del ejército se dirigiera por tierra en las bestias de la brigada, convergiendo al mismo punto. Esto nos daría inmensas ventajas, y el pánico del enemigo tendría que ser indescriptible al vernos aparecer por su retaguardia y en las goteras de la Capital. Tenemos para ello embarcaciones suficientes por un lado y probada abnegación e interés para que se diera término a esta combinación de imponderables resultados.

Montamos a caballo inmediatamente, acompañados de Ignacio Quinzada, Juan Goitía, Juan Antonio Mendoza, A. Cajar, Pedro Maitín, César Fernández, H. Vernaza, Nicolás Alvarado y V. Pabón, quienes formaban entonces, con algunos más, nuestro Estado Mayor, y nos dirigimos a Bejuco.

El día estaba diáfano, fresca la mañana, la llanura verdecida y risueña. En Bejuco hallamos pocos retrasados — por el camino a las trincheras, algunos andando perezosamente y como enfermos— a un lado un caballo desbocado que había derribado al jinete; a lo lejos, dos mujeres al ocultarse detrás de unos matorrales, huyendo para el monte con tamugas de ropa en la cabeza

Llegámos a la Negra Vieja, en donde estaba Herrera, y desde su cumbre, que dominaba nuestras posiciones y el frente por donde avanzaba el enemigo, contemplamos un espectáculo sublime. La naturaleza había enmudecido en sus armonías, y aunque el sol brillaba en todo su esplendor, mostrándonos los preciosos paisajes del lugar — los cerros distantes, la sabana interrumpida

Si nosotros lográsemos esto antes que la cañonera regresara del Cauca, podríamos disputar al enemigo con las mismas embarcaciones que nos llevaran al punto que se conviniera, el que pidiera medios de movilizarse para hacer su concentración a la Capital por la vía marítima. El señor Coronel Paulo Emilio Morales, entiendo, ha propuesto a esa Jefatura el proyecto de ir a la bahía de Panamá con 15 hombres a tomar un vapor que venga a remolcar nuestra flotilla; el pensamiento es encomiable bajo el punto de vista de su resolución, pero me permito objetarlo como peligroso para nuestro ejército, toda vez que, en caso que se llevara a cabo con felicidad ese acto, del cual tendría conocimiento inmediato el Gobierno, podría éste muy bien armar uno o dos vapores y venir en alcance del capturado, antes acaso de que nuestras tropas hubieran tenido tiempo de ocuparlo.

Como a pesar de haber sido el Coronel Morales nombrado para la Comisión de la Punta de Chame, éste no ha dirigido a esta Comandancia ningún informe ni pedido instrucciones como era de su deber; e ignorando el cometido de su comisión, en la que retiene las tres cuartas partes del batallón “Uribe Uribe”, que hacen gran falta en el campamento para resguardar la línea de batalla, caso de que se determine la combinación sobre el “Espavé”, me permito solicitar de Ud. algún informe referente a las órdenes que tenga el Coronel Morales sobre su permanencia en la Punta antes mencionada.

Aún no han regresado los vaqueanos, que deben poner en práctica el plan que trazado en un planito me presentó, de orden de Ud., el Coronel Salamanca. Por ese motivo también me permití solicitarle me enviara a Lucero, a fin de informarme sobre las circunstancias de tiempo distancia sobre las dos vías marcadas en él.

Según informes que he recogido, aunque con algunas penalidades, muy bien podría llegar la expedición terrestre a donde llegara la marítima no obstante, eso sería motivo de una seria investigación antes de resolver este punto.

Tan luego como regresen los vaqueanos dispondré poner en práctica la combinación del “Espavé”, anunciándole desde ahora que la Comisión del camino del “Guayabo” la ejecutará el Coronel Salamanca y la del Palmar el Coronel Palomeque. Al mismo tiempo haré avanzar la caballería del “Libres de Colombia”, hasta un punto conveniente, de modo que al tener lugar el suceso en cuestión, pueda éste avanzar a pasi-trote sobre el enemigo y en refuerzo de los nuestros.

Soy del señor Jefe Civil y Militar con toda consideración su afmo. amigo,

E. J. Herrera.

por la vegetación, el palmar, las chozas de paja— parecía que esos campos silenciosos esperaban el desenlace del sangriento drama que iba a desencadenarse. Con secreta inquietud tendimos la mirada a uno y otro lado, y nuestro atrincheramiento y todo estaba en orden. A la derecha, a mil doscientos metros, en la punta selvosa del alcor que domina la llanura, el batallón *Robles*, agazapado entre el bosque; a la izquierda como a quinientos, en la Cruz, el *Libres de Chiriquí*, sus hombres echados de bruces, como dormidos, el arma preparada, la mirada fija, viva, escudriñadora; más lejos, en la misma dirección, el Conto, en lo alto de Las Paredes, descubiertos para nuestro flanco, y sin ver al enemigo, oculto por el bosque todavía...

¡Supremos momentos fueron esos para nosotros, reclutas, por decirlo así!

El silencio absoluto absorbía nuestros sentidos en intensa melancolía, sintiendo sólo el agitado tic-tac de nuestro corazón, y en todo nuestro ser, un sacudimiento extraño y misterioso. Absortos, dejábamos ir el pensamiento alado a mejores tiempos y a lugares queridos del alma.

A la sazón desembocaban las tropas regenerantes en el pequeño llano convecino de un palmar, y aunque se les distinguía apenas, a los oblicuos rayos del sol se veían brillar sus armas fulgentes. Inclutados nuestros hombres, con el rostro pálido, el labio seco y apretado y la mirada centellante, esperaban impacientes con la mano en el cordel del estopín.... Mandamos apuntar a dos mil seiscientos metros, y el silencio fue roto, retumbó la pieza, y de todos los pechos se escapó la clamorosa greguería de la lucha. La gloria con sus promesas arrastraba nuestras íntimas nostalgias.

El combate comenzó por la izquierda con el Conto. El enemigo avanzaba por el frente, en dos alas, unos cuerpos por el propio camino, a cara descubierta, sin trepidar; a los gritos de ¡Viva el Colombia! ¡Viva el Ulloa! ¡Viva el Quinto de Cali!, arrollando y destrozando la caballería, en mala hora y torpemente colocada en descubierto; y otros por la cañada, ocultamente, escuriéndose, como las calladas aguas que corren por el fondo de ellas, hasta envolver la loma.

Al principio fue imposible comprender lo que pasaba en esa loma. El enemigo tiraba con rifles de pólvora sin humo, y los nuestros con Remingtons ordinarios, quedando envueltos a cada descarga en densa huma-

reda. La lucha encarnizada se prolongaba, produciendo hondo sacudimiento en los que éramos simples espectadores. Los tres batallones de la guardia pretoriana cargaban terriblemente sobre nuestro batallón de cien plazas; pero éste se sostenía a pie firme. Las horas pasaban e indicado estaba que debíamos reforzarlo. ¿Cómo? ¿De dónde, si no podíamos desguarnecer los otros parapetos, si no teníamos recursos y si Morales no llegaba? (*) Nos acordamos del Azuero, emboscado en el camino del Reparadero, y convencidos de que el enemigo no atacaría por retaguardia, lo hicimos venir en auxilio del Conto. De pronto se despejó la loma y vimos sobre ella el tricolor que tremolaba en la mañana, y a su lado un grupo que considerarnos ser el mismo de los heroicos defensores de la altura. Desde ese momento, sin embargo, comenzamos a oír sobre nuestras cabezas el siniestro silbo y traqueteo de las balas explosivas, y en seguida vimos cómo una columna enemiga se desplegaba sobre nuestro flanco derecho: evidentemente nos flanqueaban sin saber nosotros de dónde e intentaban envolvernos. Herrera tuvo entonces un malhadado cuarto de hora que nos hubiera costado la derrota si Salamanca, atento al movimiento del flanco, no resiste sus órdenes; y fue aquel en que dispuso la concentración del *Robles*. La carga por ese flanco fue desesperada. Allí donde el enemigo halló malezas se guareció; donde el campo estuvo raso, se arrastró por el suelo. Nuestras granadas los dispersaban como gorriones ariscos; pero de nuevo avanzaban con empecinamiento.

El combate se hizo general en toda la línea, y el retumbar de las detonaciones parecía tan unísono y solemne como un trueno prolongado, algo como ronquido de tempestad. Nuestros tiradores disparaban sin tregua y al acaso, dirigiendo la mosquetería a donde se suponía al enemigo, sin alcanzar a distin-

(*)—Estimado Doctor:

Son las 6 a. m.; desde las 5.30 a. m. se está oyendo fuerte tiroteo por el lado de Panamá. Todos estamos impacientes por volar a ayudar a nuestros hermanos. ¿Aprovechamos esta marea? En este momento nos asegura una viejita que desde las 5 ha estado oyendo fusilería. Afmo. y sincero,

Paulo E. Morales.

Estimado Doctor:

10.15 a. m.

En estos momentos estamos desesperados, pues creemos oír disparos como de cañón. ¿Será posible que lleguemos tarde al lugar del combate? Fue imposible salir con la marea de ahora; pero a las 3 a. m. espérenos; y como tenemos la convicción de que el triunfo es nuestro, la flotilla nos servirá para marchar inmediatamente a Panamá, sin más demora... Afmo. amigo,

Paulo E. Morales.

guirlo, vestido como estaba con ropas sucias color de paja. De cuando en cuando el estruendo era más ensordecedor, el eco más profundo, cuando a nuestras granadas contestaba el enemigo con dos piezas de artillería moderna. Con todo y esta generalización del combate, en la loma que ocupaba el Conto todo continuaba sosegado: el tricolor ondeando al viento, el grupo al lado en aparente calma. Debían ser, sin duda, los valientes del Conto, los que habían rechazado la embestida del enemigo y lo habían ahuyentado de su flanco. Empero el silbo siniestro y el traqueteo seguían más fuertes y sostenidos sobre nuestras cabezas. Algunos de los nuestros habían caído a nuestro lado. De repente una humareda espesa en la expresada loma, seguida de un silbo más grueso y resonante, pasado sobre nosotros, nos vino a revelar la verdad. ¡Son ellos! exclamaron todos; y, en efecto, eran ellos, que se desenmascaraban con el disparo de una de sus piezas de artillería, para la cual no tenían la misma pólvora sin humo que para sus rifles. El Azuero, que llegaba en ese instante, recibió orden de ir, no a reforzar ya el batallón Conto, probablemente vencido y sacrificado, sino a recuperar la loma.

¡Qué horas aquellas de inconcebible incertidumbre! El Azuero llegaba a pasi-trote, y de pronto, helo allí que acorta el paso, que no avanza, que se para, que retrocede... Algún peligro se interpone entre él y las faldas de la loma de La Cruz por donde ha de seguir camino. ¿Qué pasa? Herrera, todavía a mi lado, me llama y me dice entregándome el antejo:

—Mire por esa mata — y me señala con la mano—. Los godos envuelven a los chiricanos

Y acercándose al grupo de los que con él dirigíamos el combate, Mendoza, Quinzada y sus propios edecanes, inclusive el valiente Juan Goytía, Herrera agregó:

—Mi doctor, ¿no cree Ud. mejor ir a Bejuco a arreglar las maletas? ¿No quiere usted hacerlo?

—No, amigo — le respondí—. Mi deber está aquí. Aquí debo caer o aquí debo triunfar.

Con voz sorda me dijo Quinzada, que no se movía de mi lado;

—Yo lo acompaño, doctor. Aquí caeré con usted.

—Ya tú me conoces — dijo Mendoza — y no necesito agregar nada a lo que ha dicho Quinzada. Caeremos juntos aquí envueltos en nuestra bandera.

Mientras Herrera se alejaba hacia Bejuco, convencido de que la suerte nos sería adversa y de que lo mejor que podíamos pensar era ponernos en salvo, yo, dirigiendo el antejo en la indicada dirección, alcancé a ver, efectivamente, un cuerpo del enemigo que cercaba nuestra segunda loma. Son dueños de las del Conto y pretenden apoderarse de la del Libres de Chiriquí. En medio del grupo se distingue un pabellón tricolor, el glorioso tricolor colombiano, ondulando al viento, mantenido con dignidad y defendido con audacia. Han avanzado demasiado, y se ve bien que no hay quienes los secunden. Disputan el terreno a nuestros soldados y han hecho retroceder al Azuero; pero son pocos y en breve los del Chiriquí lo han comprendido así. Un oficial avanza con seis u ocho más por un corte del cerro, buscándolos. El recuerdo es tan vivo que reproduce el episodio sin alteración. Se agazapan, van andando inclinados, se detienen y observan, tienden el arma al fin, y apuntan, mientras a nosotros, en la Negra Vieja, se nos va la vida, en cada latido de nuestro corazón.... Un estruendo se dejó oír, y una nube de humo los envolvió a todos. Cuando se hubo disipado esa nube, volvimos a ver, ondeando siempre al viento, el glorioso tricolor, clavada el asta en el lado, en tanto que los héroes oscuros e ignorados que lo defendían, nadaban por tierra sobre charcas de sangre.... —El bravo Estribí Gavino desprendió enseguida la enseña y corrió a llevárnosla. Era el pabellón del Ulloa, y su entrega fue acogida como nuncio de victoria, con aclamaciones de gozo.

Quedó con ello el camino despejado y franco; pero los del Azuero lo ignoraban, y habían retrocedido tanto que andaban por las primeras casas de Bejuco. Entonces llamamos a Juan Antonio Mendoza, bravo entre los bravos, le encargámos secundar a su hermano Genaro, Comandante de ese cuerpo, entrar por un potrero adyacente a aquellas casas, con acceso a un cerro —que dominaba la perdida loma, y recuperarla a todo trance. El ardor de ese gallardo joven y, sobre todo, su firmeza, lo subyugaba todo, y en un momento se vio que el tímido Azuero dejó de serlo, avanzó resuelto por donde antes había retrocedido intimidado, y en menos de una hora coronaba la altura y hacía sobre ellas las señales convenidas.

Entretanto el enemigo, que se cree todavía dueño de nuestro flanco izquierdo, carga sobre el derecho, y el Robles, privado a la sazón de Salamanca, herido, a duras penas le disputa la llanura y resiste su terrible

empuje. Han avanzado con un cañón a ese punto, y colocándolo a tiro de metralla; pero se han alejado tanto del grueso del Ejército, que Juan Goitía, Víctor Pobón, Vianor Bellido, Toribio Salgado, José J. Castillo, Guillermo J. Ruiz y algunos más nos piden permiso para ir a quitárselo. Los momentos son supremos; se ve bien que ese avance de enemigos a más de una milla de sus líneas, es una audacia estéril, una ineptitud militar; y dándole a Roberto Cano el mando de 20 a 30 del pelotón de arrojados que se ofrecen, los dejamos ir; con lo cual, sin más prevenciones, bajan de la Negra Vieja en donde estaban; penetran en la ceja del monte vecino, asoman luego por un cantil del llano, se derraman en él como un ribazón, vuelan al matorral más próximo, y mientras tanto los del Robles, que han visto el movimiento, salen en su apoyo de su selvosa punta y arremeten. El clamoreo es inmenso, el entusiasmo indescriptible, los cornetas han tocado a la carga y los cerros repercuten los resonantes ecos. Es un momento arriesgado y decisivo. Los enemigos se han parado y vacilan; nuestras filas han entrado a otro monte y los envuelven; no los ven, pero los sienten, oyen sus disparos y el silbo de las balas, creen cortados y retroceden con espanto, corren como perdices por el llano, ¡y son como doscientos! Un paso más y el cañón es nuestro; pero imposible, lo han desmontado de la cureña y lo llevan en hombros, y es un absurdo suponer que cuarenta puedan derrotar a doscientos. Si salen a la claridad del llano en donde pueden contar su número, van a estar perdidos. Con todo, la temeridad ha sido siempre ciega e irreflexiva, y, nada contiene a alguno de ellos, entre otros a Ortiz, el celebrado Cabo Pechincha, Segundo Comandante del Robles; avanzan, y los enemigos, que han alzado en alto sus culatas, en señal de rendición, gritando: ¡nosotros somos liberales! advierten que son pocos, vuelven hacia ellos la boca de sus rifles, apuntan y disparan. Ortiz cae para no levantarse más, y entonces los nuestros se detienen y vacilan. Terribles instantes de excepcional zozobra para los que presenciamos la escena. Podía creerse que no iba quedar uno solo de los nuestros o a ser todos prisioneros—; sin embargo, su ardor es mucho y su principal poder está en la potencia moral que es invencible, y el enemigo, que carece de ella, a quien le tiemblan las quijadas, ha saboreado el pánico, vuelve a huir, entonces para siempre, desafortadamente, para no volver a hacer frente jamás...

Serían las cuatro y media de la tarde y el fuego había cesado. El enemigo se agrupaba entonces en el llano convecino del palmar por donde en la mañana

había embestido. Llegaban de distintas direcciones e intentaban formarse a la carrera en pelotones. Se les distinguía apenas, pero a los oblicuos rayos del sol que se iba hundiendo en el ocaso, se veían brillar sus armas refulgentes. De pie entonces con el rostro enrojecido, el labio convulso y húmedo, la mirada viva y centellante, los nuestros en la loma esperaban, apuntando, la mano en el cordel del estopín...

Dijimos que apuntaran a dos mil seiscientos metros, en señal de despedida, y el silencio que reinaba fue de nuevo roto; retumbó la pieza y de todos los pechos se escapó el hurra atronador de la victoria... La bomba cayó en el centro de las desordenadas filas de los enemigos, dispersándolos como gorriones ariscos, definitivamente en esa vez. El sol, rojizo y deslumbrante en el ocaso, prestábales compasivo sus últimos rayos, y a su fulgor nosotros podíamos verlos deslizándose fugitivos, como sombras en el bosque...

Habríamos podido concluir con ellos entonces, cargándoles por detrás, pero carecíamos de bestias. Las de la caballería habían sucumbido en la jornada o se habían extraviado, internándose en el monte, y las de la brigada, con las extraordinarias marchas por la cordillera estaban inservibles, reponiéndose en los depósitos del valle, de Bejuco y de Chame.

El sol se ocultó, y momentos después reinó un silencio sepulcral en nuestros atrincheramientos, el triste silencio de la prima noche, que oprime el corazón. Bajaban las tinieblas de las selvosas faldas del Mena y tendían sus negras alas por el llano, cubriendo grupos callados llevando a cuestras, a Bejuco, sus muertos o heridos amados

•••••

Véanse a continuación los partes oficiales del combate, de los Generales Emiliano J. Herrera y Carlos M. Sarria, respectivamente, Jefe de Operaciones del Ejército Revolucionario, y General Jefe de Estado Mayor Regenerante:

PARTE OFICIAL

Bejuco, junio 9 de 1900.

Señor Jefe Civil y Militar del Departamento.—Chame.

Como lo preveíamos desde días atrás, el enemigo, fuerte de 800 hombres, compuesto de los batallones *Colombia*, *Ulloa* y *Quinto de Cali*, al mando de los

Generales Belisario Losada, Carlos María Sarria y Miguel J. Guerrero; Coroneles Pedro Sotomayor y Alejandro Ortiz, se presentó en batalla a las 7 a.m. del día de ayer, memorable en los fastos de la Historia.

Cuatrocientos veinte hombres de nuestro Ejército fueron bastantes para contener el arrojido de las fuerzas enemigas, y más tarde para arrollarlo por nuestro flanco derecho, de donde salió desbandado, dejando en nuestro poder heridos, muertos, prisioneros en número de 80 hombres e infinidad de elementos de guerra, entre ellos, una pieza de artillería que quedó inutilizada y el pabellón del *Ulloa*, que tuve el honor de haceros entregar por uno de mis ayudantes.

Setenta hombres del batallón *Conto* sostuvieron al principio dos horas de fuego nutridísimo, resistiendo todo el empuje del enemigo y los fuegos de una de las piezas de artillería que presentaron en el combate, hasta que al fin tuvo que ceder la posición que recuperamos más tarde y que ocupa el batallón *Azuero*.

Las heridas del Coronel Luis Salamanca, Primer Jefe del batallón *Robles*, y la muerte del Sargento Mayor Juan de Dios Ortiz (Cabo Pichincha) así como las heridas del Capitán Luis Moquín y otros, prueban de modo evidente el heroico comportamiento del batallón *Luis A. Robles* que, dirigido por mí, la mitad fue a reforzar una compañía del batallón *Uribe Uribe* que sostenía nuestra ala derecha, y la otra a contener el empuje del batallón *Colombia*, que intentó romper nuestro centro, alcanzando sólo a llegar a donde los nuestros contuvieron su bravura, y dejando al efecto en nuestro poder muchos prisioneros y heridos.

Ocho horas de combate consecutivo probaron bien a las fuerzas regeneradoras lo que puede un Ejército patriota y abnegado como el nuestro, a quien la victoria empieza a señalar rumbo a los más grandes destinos para bien de la Patria y honor de los ciudadanos que lo componen.

Vos fuisteis testigo del arrojido con que el Teniente Coronel Toribio Salgado, los Sargentos Mayores Roberto Cano, José J. Castillo y Enrique Espinosa, los Capitanes Miguel Fornos, Nicanor López, Juan Goitía y José R. Mena y los Tenientes Guillermo J. Ruiz, Víctor Pabón, Vianor Bellido, Jacinto Carranza y otros cuyos nombres sería largo enumerar, apoyados por el medio batallón *Robles*, al mando entonces del Sargento Mayor Juan de Dios Ortiz, hicieron la

desbandada del *Quinto de Cali*, que intentó en vano, apoyado por una pieza de artillería, llevarnos a un movimiento envolvente, movimiento intentado tres veces, pero que los certeros tiros de nuestra artillería, secundando el arrojo de estos valientes, lo hicieron completamente nugatorio. El Sargento Mayor David Juliao y el Capitán Agámez, Jefes respectivamente de las caballerías *Libres de Colombia y Patria*, recibieron gloriosas heridas en el campo de batalla, habiendo el segundo sobrevivido a ellas apenas unas pocas horas; y el Sargento Mayor Lubín Manrique, a quien le tocó en suerte recibir dos heridas, la una en la cara y la otra en el pulmón derecho.

El medio batallón *Robles*, a la orden del Coronel Palomeque, quien contuvo el empuje del Ejército enemigo, es digno de mención por haber sido herido ahí el Jefe enemigo, Mayor Preciado, en momentos en que nos herían al Capitán Moquín.

Después de esto tuvo lugar la magnífica carga del Mayor Cano y sus impetuosos compañeros, que vos mismo ordenasteis y que decidió la victoria.

Difícil sería hacer mención especial de tantos Jefes y Oficiales como se portaron con bizarría en el combate, y podría decir, sin equivocarme, que cada uno de los miembros que componen nuestro Ejército cumplió con su deber.

Después de las jactanciosas promesas y de los ruines propósitos que a voz en cuello han gritado en Panamá nuestros enemigos, de que cortarían nuestras cabezas, sólo llevan tras sí la vergüenza de haber sido derrotados por un número mitad del que ellos presentaron en combate.

A haber estado todo nuestro Ejército en él, ninguno de los tristes personajes que deshonran a Colombia en aquel Ejército, con sus atropellos y crímenes, estuvieran libres, pues las circunstancias de haber estado el *Uribe Uribe* en comisión al mando de los Coroneles Paulo E. Morales y Ricardo Nicholson, así como medio batallón *Libres de Chiriquí*, impidieron la persecución de los derrotados.

Nuestros muertos son relativamente menos que los del enemigo, y los heridos de ambos combatientes se cuidan con igual solicitud en la Ambulancia del Ejército, bajo la dirección del hábil cirujano doctor E. Abadía.

¡Honor al Ejército que así enaltece las armas liberales, y gloria a la Patria a quien se rinde en holocausto el sacrificio de vidas preciosas por su restauración!

El General en Jefe,

Emiliano J. Herrera.

•••••

REPÚBLICA DE COLOMBIA

Departamento de Panamá.—Ejército Restaurador.

LISTA

de los muertos y heridos habidos en el combate del día 6 del presente mes, en el sitio llamado la “Negra Vieja”, jurisdicción del caserío de Bejuco, en el Distrito de Chame.

Primera División.—Estado Mayor

Heridos: Sargento Mayor, Lubín Manrique.

Escuadrón.—“Libres de Colombia”.

Heridos: Capitán David Julio, Primer jefe; Sargento 1º, Agustín Rodríguez; Soldados: Antonio Samudio, Cecilio Sugasti y Luis Montenegro.

Muertos: Cabo 1º, Tomás Malespín.

Cuerpo de Artillería.

Heridos: Sargento 2º, Julio Silvera; (*) Soldados: Eusebio Aguilar y Germán López.

Batallón “César Conto”.

Muertos: Capitán Alberto Chacón; Teniente, Miguel Solís; Cabo 1º, Tito Bonilla; (**) Soldados: Pedro Pinzón y Félix Hurtado.

Heridos: Capitán, Leovigildo Lapeira; Subteniente, Raimundo Riascos; Cabos Primeros, Isaas Araúz y Luciano Almengor; Soldados: Silvestre González, Leandro Montenegro, Pedro Rodríguez, Rafael Ortega, Isidro Sánchez, Gregorio Camarena, Miguel Gutiérrez y José María Martínez.

(*) —Murió.

(**) —Desequilibrado que se pasó al enemigo.

Batallón “Luis A. Robles”.

Muertos: Sargento Mayor, Juan D. Ortiz, 2º Jefe; Soldados: Cristóbal Cedeño e Isidoro Rubio.

Heridos: Coronel Luis Salamanca, Primer Jefe; Capitán Luis A. Moquín; Teniente, Lucio Molinares; Soldados: Felipe Cosme, Ulises Pérez, Gerardo Navarro, Brígido Caballero, Gregorio Méndez y Pedro González.

Batallón “Uribe Uribe”.

Muertos: Tenientes, Juan Valle y Gregorio Romero; Soldados: Timoteo Osorio y José del C. Campos.

Heridos: Tenientes, José A. Jiménez; Soldados: Serafín Jiménez y Manuel Rodríguez.

Segunda División.—Estado Mayor

Muerto. Capitán, Ezequiel Agámez.

Escuadrón “Patria.”

Muerto, Teniente, Oscar Durán. Herido, Subteniente, Luis Robles.

Batallón “Libres de Chiriquí.”

Muertos: Teniente, Manuel Martínez; Sargentos

BELISARIO PORRAS

Primeros, Cristóbal Cuevas y Nepomuceno Jiménez;
Cabo 1º, José de la C. Saavedra; Soldado, Joaquín
Zamora

Heridos: Sargento 1º, Juan Ledesma; Cabo 2º
José María Martínez; Soldado, Ursulo Zamudio.

Batallón "Azuelo."

Muerto, Soldado, Pedro Bejarano.

Resumen:

Muertos: Jefes, 1; Oficiales, 7; Tropa, 13; Total: 21.

Heridos: Jefes, 3; Oficiales, 6; Tropa, 28; Total: 37.

•••••

PARTE OFICIAL

República de Colombia.—Ejército del Atlántico.—Estado Mayor.—Quinta División.

Señor General, Comandante General de la Quinta División del Ejército del Atlántico y Jefe de Operaciones en el Istmo.

Presente.

Cumplo con el deber de daros parte del hecho de armas ocurrido el día 8 del presente en el punto denominado "Las Paredes", cerca de Bejuco, entre las fuerzas de nuestro mando y las de los revolucionarios, encabezadas por Belisario Porras y Emiliano J. Herrera.

Nuestro Ejército acampó a las cuatro de la tarde del día 7 en el punto denominado "El Espavé", y sabedor vos de que el enemigo se encontraba fortificado milla y media distante de nuestro campamento, dispusisteis que al día siguiente muy temprano se hiciera un formal ataque. Al efecto, se convino en que yo tomara la vanguardia del Ejército, compuesta de tres compañías del batallón *Colombia* y una del *Quinto de Cali*; que el centro, compuesto de dos compañías del batallón *Colombia* y dos del *Quinto de Cali* y la Artillería, lo comandara el General José Miguel Guerrero G., primer Ayudante General de la División; y que la retaguardia, compuesta del medio batallón *Ulloa* y una compañía del *Quinto de Cali*, quedara bajo vuestras inmediatas órdenes.

A las seis de la mañana del día 8, avanzó sobre el enemigo un piquete de exploración de veinticinco hombres de a caballo, comandados por el Coronel Pedro Sotomayor y el Capitán Rolando Linares y el Teniente Belisario Valencia.

No bien hubieron pasado el río Lagarto, cuando el enemigo rompió sobre ellos un fuego nutrido, desde un cerro, que situado un poco a la derecha del camino real que de Capira conduce a Chame, domina todos los llanos comprendidos entre la cordillera y el río Lagarto. Oído —el fuego en nuestro

campamento, despertó grandísimo entusiasmo y apresuró el desfile de las tropas en el orden en que se habían dispuesto.

Apenas la vanguardia puso el pie sobre las llanuras antes mencionadas, la artillería enemiga rompió sus fuegos desde el cerro de “Las Paredes,” y la nuestra, que ya había llegado, se puso en baterías y las contestó. Mientras el cañón continuaba, hice avanzar mi fuerza y ordené que dos compañías del batallón Colombia hicieran un formidable ataque por los flancos, sobre el cerro que a la derecha ocupaba el enemigo, y sin tomar el cual era imposible el paso de nuestra fuerza. Se entabló así una lucha terrible entre los doscientos hombres que defendían la posición enemiga y las dos compañías que la atacaban. Mientras tanto, los fuegos de artillería se hacían cada vez más nutridos, y el centro y la retaguardia de nuestra fuerza aguardaban en la llanura la hora en que deberían entrar en acción. Hora y media bastó para que la primera posición enemiga quedara en nuestro poder. A las ocho de la mañana el pabellón del batallón Colombia tremolaba sobre la cima del primer cerro e indicaba que la fuerza podía avanzar.

De acuerdo con vos, dispuse entonces que el batallón Quinto de Cali hiciera una conversión sobre el flanco izquierdo nuestro; que una parte del Colombia y la Artillería avanzaran por el cerro y la otra dejara treinta hombres en la posición conquistada; que el resto avanzara por nuestro flanco derecho y que el batallón Ulloa constituyera nuestra reserva y esperara órdenes. Media hora después el combate estaba generalizado y se peleaba por una y otra parte con verdadero encarnizamiento. Nuestras fuerzas, con un valor rayano en heroísmo, avanzaban sin descanso sobre las posiciones enemigas. Estas, que las constituían cerros elevados y pequeñas colinas todas fortificadas, arrojaban fuego y metralla de una manera espantosa y terrible. La línea de batalla se había extendido en casi dos millas, y nuestras fuerzas, cuando eran las doce del día, habían desalojado al enemigo de todas las pequeñas colinas que rodeaban a los cerros grandes de “Las Paredes”; nuestra artillería, que se había también aproximado a tiro de rifle del enemigo, sostenía un nutrido cañoneo, que era contestado de la misma manera desde los atrincheramientos enemigos. En este momento empezó a sentirse falta de municiones en nuestras filas, y parece que en las del enemigo también, pues

hubo una especie de tregua entre los combatientes que duró casi media hora. Con la mayor celeridad hice avanzar el parque que había quedado de reserva-22.000 tiros-y mientras se le distribuía a la tropa, hice que el medio batallón Ulloa, que aun no había entrado en acción, reforzara las dos compañías del batallón Colombia, que atacaban por nuestro flanco izquierdo y que estaban muy avanzados sobre el enemigo.

Una vez distribuido el parque, el fuego volvió a avivarse de uno y otro lado, pero vos y yo, que en ese momento nos encontramos, comprendimos que nuestra situación era muy comprometida - por la escasez de municiones -y fue entonces cuando me hicisteis saber que el General Guerrero había contramarchado a Capira para pedir el parque que habíamos dejado en La Chorrera, y solicitar el envío de más a esta plaza.

Era como la una p. m. cuando nuestras fuerzas empezaron a suspender sus fuegos y a sobatar más cartuchos; el enemigo, por el contrario, con tenacidad y constancia, avivaba sus fuegos, y la artillería de uno y otro lado vomitaba metralla sin descanso. Entonces se comunicó orden a los jefes de los cuerpos que, sin hacer cesar del todo el fuego, hiciera que éste, por nuestra parte, fuera menos nutrido, limitándose a contestar muy lentamente el del enemigo, con el objeto de ver si era posible sostenernos en las posiciones que ocupábamos hasta la entrada de la noche.

El batallón Quinto de Cali se había avanzado mucho sobre el flanco derecho del enemigo; estaba al pie de las colinas que defendían, y recibía un fuego nutrido. Así las cosas y teniendo ya nosotros heridos a los bravos Comandantes Preciado, Guerrero y Hernández y un gran número de individuos de tropa, y con vuestro permiso, impartí las órdenes del caso a los Jefes respectivos.

Comprendió el enemigo nuestra situación, y con un considerable refuerzo que a nuestra vista le llegó, hizo un movimiento de flanco para cortar el batallón Quinto de Cali; pero éste, reforzado por una compañía del Ulloa y comandado por el valeroso Coronel Espinosa, se defendió del nuevo ataque batiéndose en retirada con las poquísimas municiones que para el caso conservaba (4 cápsulas cada soldado) hasta unirse al Colombia y al resto del Ulloa. En esta retirada fue preciso desmontar un cañón, porque el enemigo avanzaba sobre él rápidamente, y su defensa era imposible porque todos los artilleros que lo

servían estaban heridos. Las ruedas y las cureñas quedaron en el campo, pero el ca-libre y los cartuchos se salvaron en hombros.

Al pie de la primera posición del enemigo hicimos alto, se reorganizaron los cuerpos, se recogieron todos los heridos, se desmontó la artillería; y 2.500 cápsulas que se pudieron reunir, se distribuyeron a la 5ª Compañía del batallón Colombia para que cubriera nuestra retaguardia si acaso el enemigo pretendía perseguirnos.

Sin explicarme la causa, el enemigo suspendió su ataque sobre el batallón Quinto de Cali y se retiró a sus atrincheramientos. Únicamente la artillería continuó arrojándonos bombas, de las cuales tres cayeron en medio de los batallones Colombia y Quinto de Cali que estaban ya formados, sin causar más daño que una herida leve a un soldado, y otra cayó en la Ambulancia e hirió levemente a una pobre mujer.

A las 5.30 p. m. emprendimos nuestra marcha hacia atrás en presencia del enemigo, quien nos despidió con tres bombas más. Media hora después acampamos en el mismo lugar en donde habíamos dormido la noche anterior, es decir, a dos millas del lugar del combate y a una de la avanzada del enemigo. No es, pues, verdad lo que personajes de alta posición en el Gobierno, de aquellos que sólo viven defendiendo el sueldo y atrapando las granjerías, y que incapaces del más pequeño sacrificio por causa alguna, no comprenden, no pueden comprender lo que otros hacen por la suya, han dicho que nuestra fuerza huyó de pánico, poseída de espantoso terror. Ellos, los valientes de parque y oficina, los que sólo quieren convertir el Ejército en guardián de sus propios intereses y de sus personas, que no tienen más consejeros que el interés y el miedo, serán quienes tienen que responder de nuestra retirada hasta aquí, y no aquellos que desde un principio fuimos opuestos a ella, una vez que recibimos parque en cantidad suficiente para un nuevo combate y que teníamos fe absoluta en el valor y decisión de nuestras tropas.

Jefe vos de las fuerzas y Director de las Operaciones Militares, podéis estar tranquilo, porque jamás en acción de armas alguna hubo más lujo de valor, ni creo que en Ejército alguno se haya ejecutado una retirada en presencia del enemigo en tanto orden y con tan buena disposición para volver al combate.

BELISARIO PORRAS

Las críticas de los necios no deben atormentaros y la censura de los imbéciles y cobardes tal vez sean vuestro mejor elogio.

A continuación os hago una relación detallada de nuestras bajas. Por ella veréis que consistieron en tres jefes heridos, un oficial herido que murió y veinte muertos de tropa, cuarenta y seis heridos de idem y tres extraviados.

No hago recomendación especial de ninguno de los jefes y oficiales que combatieron ese día. Vos, que con valor sin igual, a todas partes donde hubo peligro acudisteis, fuisteis observador de la conducta de todos vuestros subordinados, y tal vez mejor que yo podéis discernir a cada cual la recompensa a que se haya hecho acreedor en esta jornada memorable.

Por disposición vuestra fueron ascendidos a los grados inmediatos los oficiales que comandaban la fuerza que tomó la primera posición enemiga y el Capitán Rolando que los acompañó y los que fueron heridos en la pelea.

Yo me permito ahora pedir os igual distinción para los intrépidos y bravos Comandantes Lucas Espinosa, Primer Jefe del batallón Quinto de Cali y Pedro Sotomayor, Ayudante de Campo mío.

Entre los muertos fue reconocido por los prisioneros, el Sargento Mayor José Antonio Chacón.

Soy vuestro atento servidor.

El General Jefe de Estado Mayor de la División,

Carlos M. Sarria

Capítulo XX

Nuestra situación en Chame

Concluido el combate, cuando el sol estaba a punto de ocultarse en el ocaso, imposible se hizo recoger de tan vasto campo en que se le había librado, todos los muertos que quedaron de uno y otro bando; y al día siguiente, con la caída de un aguacero torrencial, fue más imposible aún conducir los restantes al cementerio de Chame, en donde se les estaba enterrando. Herrera optó entonces por quemarlos; lo mandó hacer, y se le hizo tan torpe y desgraciadamente, que no hubo uno solo que fuera totalmente consumido por las llamas, lo que dio lugar a la exhibición de tristes y repugnantes espectáculos en el bosque, en la zanja, en la falda, en el llano y en el propio camino.

En Bejuco, a donde habían sido llevados los heridos, las escenas eran de dolor y desesperación. A la vista de todos estaban los que habían caído lesionados; quién con la pierna destrozada o con un brazo menos, quién con el pecho abierto y ensangrentado; podían oírse también los lamentos, los ayes desgarradores y las tiernas apelaciones a los seres queridos...

Pero allí, en el mismo campamento, cerca de la línea de fuego en donde se había combatido, las escenas eran de desolación y horror. Bandadas de cuervos se cernían por todo el campamento y se precipitaban con sus graznidos lúgubres sobre algún residuo de restos humanos, y podían verse los cadáveres engarabitados, retorcidos por el fuego, con un brazo o una pierna descarnada, con las cuencas vacías o con el ojo abierto y fijo...

Puede calcularse el efecto que producían esos cuadros en la exaltada imaginación de aquellos nuestros voluntarios, de carácter tan apacible y piadoso, para quienes no faltó nunca una sepultura, por pobre que fuera, en

el cementerio del pueblo. En el día, y durante la prima noche, no hablaban sino de eso triste y horroroso que habían visto u oído, y su mente vivía, portanto, poblada de los fantasmas de la muerte y excitada de un modo extraordinario. El miedo que no habían sentido antes en presencia del enemigo, se iba apoderando de ellos poco a poco, como penetra el frío en la carne durante las noches de nevada, y se iban yendo, desertaban uno a uno, y dos a dos y por pelotones.

En impedirlo nos esforzábamos tanto como antes y siempre lo habíamos hecho en la necesidad de imponer la moralidad en el Ejército. Claro es que la lucha en la guerra no es sólo contra un enemigo al cual combatimos por una sola causa, sino con el amigo mismo y por causas varias y distintas: para que no nos abandone, para que cumpla con su deber, para apaciguar sus recelos, rivalidades y envidias y para poner coto a sus desmanes y abusos.

Casi todos eran de nuestras relaciones y amistades y con todos usábamos de la prédica constante, promoviéndoles los estímulos de honor y recordándoles que habían contraído un compromiso no menos solemne por el hecho de no haberlo elevado a escritura pública, pues era entendido que nos reuníamos, contando, unos con otros, a luchar por un ideal común, y en tales circunstancias, nadie podía desertar, abandonando a los demás sin el consentimiento de éstos.

Los claros que quedaban, sin embargo, iban colmándolos nuevos voluntarios que llegaban uno a uno también, y dos a dos y por pelotones, de la línea del ferrocarril y de Colón, de las islas del Archipiélago de las Perlas, de Taboga, de La Chorrera, del Darién y Panamá. Primeramente fueron Franco, Pareja, Urueta, Francisco Manzano, y seguidamente fueron Damián Escala y Alberto Icaza; Manuel Vásquez, con un grupo de San Miguel; Hurtado y Benjamín Quintero A.; Manuel Patiño y Samuel Rostrup; Fabio Tejada, con sus hijos; Luis Muñoz y veinte o treinta de Chepigana y Yaviza; Carlos Clément, Julio Icaza, Juan B. Sosa, Araúz, los dos Botellos —Edmundo y Dámaso— y cuarenta, sesenta y cien más de la capital.

Diariamente ingresaban partidas nuevas de voluntarios, arrojando para llegar a nosotros mil peligros en el mar o en tierra, burlando ante todo la vigilancia de los cancerberos del Gobierno, andando a pie, escondiéndose en los bosques, navegando en frágiles cayucos, en los que eran juguete de las olas y el viento.

Llegaban alegres, satisfechos, frescos y decididos, y nos llevaban acopio de coraje y esperanzas. Inspiraban la idea de muchedumbre, de compañerismo incalculable, de que seríamos invencibles, de que ahogaríamos al enemigo con nuestro solo número. Su entrada al campamento era siempre un acontecimiento, una fiesta, y de su entusiasmo y deseo de combatir hacían partícipes a los que ya empezaban a echar de menos las dulzuras del lugar y soñaban con escenas tranquilas y apacibles. Volvió a sentirse así el espíritu guerrero y nadie se acordó más de los temidos cuervos y de sus lúgubres graznidos, de los cadáveres engarabitados, retorcidos por el fuego, con un brazo o pierna descarnada, las cuencas huecas o el ojo abierto y fijo...

El enganche de nuevos voluntarios y los claros dejados en nuestras filas por la desertión y la muerte, no fueron bastantes a obligarnos, con todo y el movimiento que había de altas continuas, a la reorganización del Ejército. Habíamos ascendido a algunos oficiales y soldados por su brillante comportamiento en el combate, mas esto no había modificado los comandos. Todo continuaba lo mismo, salvo el Mayor J. Silva; que obtenida licencia so pretexto de enfermedad, se había largado para Veraguas con ánimo de quedarse; Ortiz y Agámez, que habían sucumbido en la refriega, y Gerardino de León que había pasado a la Ambulancia con motivo del crecido número de heridos a que no podía atender el doctor Abadía solo.

No era de León titulado, pero médico de afición, de talento extraordinario, deseaba ejercer la noble profesión de la cual se apartan a menudo desencantados los fallos de vocación. No había rehuído el servicio militar activo; como Ayudante General había comandado el Azuero y el escuadrón Patria, a plena satisfacción, si bien por obediencia y acatamiento a los estímulos del honor. Cuando Abadía y sus ayudantes Alvarado (Rosendo) y Verbel (José María) andaban desazonados por servir en comisiones propiamente militares, de León en la Ambulancia se hallaba como en su centro; caso excepcional, porque precisamente a causa de su capacidad intelectual hubiera debido ambicionar cualquiera otra posición. Los médicos, casi siempre, han querido ser otra cosa mejor que médicos. Parece que la medicina es una vasta ciencia llena de lagunas, que deja en el alma de los que la estudian hondo vacío o decepción. No llenan sus anhelos y por esto llevan

su actividad y sus talentos a otras partes: a las finanzas, a la usura, a la política, a la magistratura, o se convierten en músicos o pintores, anticuarios o filósofos. En nuestra rebelión han pululado de jefes o Comandantes de buques o escuadrones, renunciando así a su humanitario y noble sacerdocio para empuñar la espada vengadora del derecho.

Los voluntarios que quedaban, después de llenar los claros en los antiguos batallones, fueron formando base para la organización de nuevos cuerpos. Muy a principios de Julio estaban llenos esos claros y contábamos con una Sección del llamado Panamá, al mando del Coronel Vásquez y del Mayor Hurtado, que estuvo pocos días en él.

La brigada al mando de Tapia recibió más vigor. La posesión incondicional de bestias, por individuos del Ejército, abría de par en par las puertas del abuso. El procedimiento para la provisión de bagajes que teníamos, era errado. Como la tendencia entre nosotros se dirigía a disponer de una infantería montada y no propiamente de un Ejército de línea, cuando alguien quería un caballo y había sobrantes, se le daba sin reparo, y no volvía a saberse del animal. Llegaban a creerse tan dueños de la cabalgadura, que sin recelo la vendían si les venía en ocasión. Por primera vez se vio el caso en Capira y después se reprodujo en Chame. Entonces dispusimos que los Jefes de Estado Mayor de la Primera y Segunda División reglamentaran sus brigadas particulares según la orden general siguiente:

“Cada División tendrá su brigada independiente y cada Jefe de Estado Mayor levantará dato exacto del número de bagajes que tenga cada cuerpo de los que la componen; y otro con la debida escrupulosidad de las bestias que sean necesarias para cada batallón, es decir, las exclusivas para los Jefes y Oficiales, así como las que necesiten para la movilización de parque, con lo cual se entregará a los Jefes de batallón las bestias necesarias, de las cuales serán ellos directamente responsables ante los respectivos Jefes de Estado Mayor.

“Es entendido que solamente los Escuadrones de Caballería podrán tener los individuos de tropa montados; en ningún caso los de Infantería, a cuyos cuerpos sólo se dará, como se ha dicho antes, las bestias suficientes para los Jefes y Oficiales.

“El excedente de las bestias de los batallones será entregado escru-

pulosamente al Jefe de la Brigada General, Capitán A. Tapia, quien las conservará en depósito para reponer las que se cansen o inutilicen.

“Ningún Jefe, Oficial ni soldado del Ejército podrá disponer de las bestias de éste, y se impone el deber estricto de entregar las cansadas al referido Jefe de la Brigada, a fin de que éste dé el debido repuesto cuando sea necesario.”

El mantenimiento del Ejército llegó a ser trabajo colosal, labor enorme, complicada y difícil, porque aparte de las raciones diarias en dinero tenían que proveerlos de vestuarios y de víveres.

Por lo que toca al dinero, ya no lo teníamos. Habíamos cobrado hasta entonces, en nuestro deseo de no ser gravosos a los pueblos y en el de reducir los empréstitos a lo estrictamente necesario, \$ 60.000 a lo sumo, y con tal cantidad habíamos sostenido tres meses la campaña sin dejar de pagar al soldado un solo día de ración. Tuvimos que recurrir a los nuevos contribuyentes que se nos indicaron, y puedo asegurar que la cuantía de lo cobrado en esta vez no pasó de \$ 13.000 en Veraguas, \$ 3.000 en Aguadulce, \$ 2.000 o \$ 3.000 en Los Santos, \$ 2.000 en Penonomé y \$ 3.000 o \$ 4.000 entre Capira, Chame, San Carlos y Antón; por todo, *veinticinco mil pesos*.

Prestaron con tal motivo los más importantes servicios, Plácido Suárez y Celio Cedeño, Prefectos de Coclé y de Los Santos; Julio Bernal, Agente en Antón, y el Capitán Mariano Lemos, en San Carlos; pero muy particularmente fue a Carlos Jaramillo, Rafael Urriola y a Silvestre Quintero, a quienes debimos los más eficaces servicios en la colecta de casi el total de la suma apuntada.

El Gobierno de la Regeneración, con la excepción de Chiriqui y de las ciudades de Panamá y Colón, había desaparecido de todas partes; pero en Veraguas, no obstante el apagamiento del conservatismo, se nos había dificultado organizar Gobierno. Esa Provincia ha sido la nidada del conservatismo istmeño, y aunque de su juventud estaban saliendo entusiastas y decididos liberales como Rogelio de Fábrega, José Manuel López Urrutia, Luis García Fábrega y otros, estos jóvenes, bien por temor reverencial o por sentar plaza heroica y dignamente en nuestro bando, prefirieron empuñar las armas a empuñar las riendas del Gobierno local que les ofrecimos, y andaban con nosotros cumpliendo el deber de

soldados. Los viejos liberales de la localidad como don Juan José Díaz, Manuel y Santiago Pinilla, Juan Manuel Pino, Joaquín Aquilino Vega, José María Goitía, Manuel C. González, Pedro Luna y algunos más, eran pocos relativamente y tenían en Santiago, capital de la Provincia, demasiadas vinculaciones para que se arriesgaran a asumir la responsabilidad del caso. De modo que, aunque a casi todos estos copartidarios les extendimos nombramientos de funcionarios administrativos, no los ejercieron y dejaron la Provincia sin representación liberal hasta fines en que llegaron a ella, huyendo de Chiriquí, Carlos Jaramillo y Silvestre Quintero que establecieron las autoridades.

Nosotros, mientras tanto, no sabíamos lo que estaba pasando en Veraguas. Teníamos al enemigo al frente y estábamos en la preocupación de combatirlo. Nombradas las autoridades en dicha Provincia, creíamos que funcionaban con regularidad, como las de Los Santos y Coclé, y no fue sino después de Bejuco cuando nos impusimos de lo ocurrido. Por supuesto que aprobamos la conducta de Jaramillo y Quintero y nos dimos por felices contando, precisamente cuando más necesitábamos de cooperación administrativa, con Agentes de tanto mérito. Los nombramos, además, Comisarios especiales del Ejército, y superfluo es decir que llenaron su cometido con probidad, mesura e inteligencia. Jaramillo hizo más: cuando llegó el momento de marchar sobre Panamá y dimos la orden de concentración en Bejuco, se presentó en nuestro campamento con 60 hombres armados, que fueron la base del batallón *Justo Arosemena*, del cual lo hicimos Jefe. Dignos de recordarse son Juan Brea y José María Méndez, como *prestamistas liberales*, con \$ 1.000 cada uno, y Pedro Antonio González, patriota distinguido, el mejor auxiliar, el más activo y desinteresado que tuvimos en Veraguas.

Por lo que hace a víveres, medicinas y vestuarios, nuestras poblaciones del interior, con pocas excepciones, no pueden soportar por más de una semana un Ejército de 500 hombres. Viven con el día y si algo reservan para los días de escasez, en el verano, un consumo inesperado desequilibra sus economías y las somete a privaciones. Con mes y medio de acantonamiento dejamos agotados al mismo Chame con sus campos, Capira, Antón y San Carlos, de donde hacíamos traer lo que buenamente nos podían dar. A medida que se fueron consumiendo los recursos cercanos, extendimos nuestra esfera de acción a otros pueblos distantes, y en buques de vela llevábamos sal de

Aguadulce, arroz y miel de Los Santos, aves, huevos y maíz de Las Tablas y Chitré. El calzado, las frazadas, las medicinas y los vestuarios nos llegaban de Penonomé y Veraguas; y cuando ya todo escaseó por esos lados volvimos nuestros ojos al mismo Panamá.

Dominando la saliente Punta de Chame, por donde necesariamente tenían que pasar los buques que hacían el comercio de cabotaje, a menudo nos fue dado tomarlos en nuestros botes veleros y constreñir a sus dueños a vendernos los comestibles que llevaban, con lo que conseguimos mantener, además, en cierto asedio al enemigo, acuartelado en la Capital, desmoralizado por el hambre y perturbado con el clamor de todos los que sufrían por su causa.

La Proveduría General, a cargo nuestro entonces, era un vasto almacén de comestibles de donde se sacaba día a día una cantidad suficiente para el Ejército y para las mismas poblaciones agotadas; depósito incolmable o tonel sin fondo, no bien lleno cuando exhausto o seco, y para cuyo abastecimiento nuestros propios esfuerzos eran exiguos sin la desinteresada ayuda de otros. ¿Cómo habríamos podido salir de dificultades sin agentes como Damián Escala, Alcalde de La Chorrera; Gregorio Fernández, de Capira, y Wenceslao Guial, de Chame? No creo que se encuentren en ninguna parte empleados mejores que éstos, sobre todo Guial, tan lleno de bondad como enérgico, tan paciente como activo, igual cuando menos al mejor de los hombres. ¡Cuántas veces nos proveyeron de la misma Capital del modo más patriótico Rodolfo Chiari, José J. de Icaza y Juan Antonio Jiménez! ¡Cuántas no vimos arribar, trayéndonos verdaderos cargamentos a las playas de San Carlos, a los abnegados Elías Arosemena y Pedro Cedeño Villalaz!

En medio de tan múltiples ocupaciones y cuidados, cuando más nos desvelábamos por el bienestar del Ejército, cuando eran mayores las atenciones del Gobierno que manteníamos en todo el Departamento, con excepción de Chiriqui y de las ciudades de Panamá y Colón, Herrera vivía en acecho, excitando rivalidades entre los oficiales, ganándose con ascensos inmerecidos a los que habían merecido alguna reprensión mía o se mostraban desafectos a mi persona, despertando recelos entre mis allegados y preparando, como una levadura en fermento, el conflicto final.

Tan anómala situación llegó a ser al fin intolerable. Mendoza y yo vivíamos en Chame, con un grupo de empleados civiles y militares, a milla o milla y media de Bejuco en donde vivía Herrera con su Estado Mayor y la Ambulancia.

Como los dos caseríos son muy pequeños, así distribuidos estábamos mejor servidos y con mejor habitación. Había una razón más, y era que a Chame no se le podía desocupar totalmente, sobre todo, por la necesidad de mantener estricta vigilancia en la costa cercana, y alguno tenía que dirigir ese servicio, como nuestro Gobierno accidental, el servicio de Correos y Telégrafos, la Proveduría, el Tesoro y la Brigada General.

El mejor servicio y la mejor habitación de que he hablado eran naturalmente relativos, pues nuestro Palacio de Gobierno consistía en tres casitas de diez a doce varas de largo por seis u ocho en fondo, en cada una de las cuales posábamos diez o doce personas. Nuestro ajuar o mueblaje se componía de una o dos sillas, algunos cajones, una mesa alta como jirafa, un tinajero con su tinaja en él y dos jarros, más dos catres, una palangana de lata y cuatro hamacas de lona fabricadas por el Sargento Toto.

En tal habitación y con tal menaje, comíamos de pie, en platos de lata y sirviéndonos de sopera la citada palangana; los primeros días sin cucharas, y durante todo el tiempo de residencia en Chame con un solo cuchillo... ¡Salvo Mendoza y yo, todos dormían en las estrechas hamacas, y aun con trozos de madera por almohadas.

Pues bien, todo eso lo calificaba Herrera de Corte y llamaba *adulones* y *cortesanos* a todos los que se nos acercaban.

Una tarde, al regresar del Campamento —al cual iba diariamente— pasé por Bejuco, y como de costumbre, fui a ver a Herrera, no obstante que él jamás me visitaba a mí. Me acompañaban Quinzada, Goitía, Pabón, Alvarado, uno de los Arosemenas y Acosta, y encontramos a Herrera rodeado de Abadía, de Neira, a quien él había nombrado a última hora Jefe de Estado Mayor de la Primera División, Alejandro Ardila, Palomeque, Loredo, Salgado, Castillo y quince o veinte más. Mi llegada atrajo a algunos otros que deseaban verme o hablarme, y por todos podía haber presentes cuarenta o setenta Oficiales del Ejército.

Era ésa una de las situaciones que envidiaba Herrera para provocarme, para agriar divergencias, para suscitar dificultades por cualquiera causa. En esa vez rompió en insultos groseros, de modo inesperado, llenándonos de pesar y asombro. ¡Pretendía que mis asistentes, cuando iba yo a Bejuco, no hacían otra cosa que robar los caballos y las monturas a sus oficiales!... Y así resultaba que yo, que era quien les procuraba a todos todo, aun al ritmo Herrera, no tenía sino un mozo, un tonto que no montaba porque no sabía montar. Adrede buscaba Herrera, hasta en el lenguaje, las contraposiciones entre él y yo. Hablaba de sus oficiales y de mis asistentes, haciendo resaltar en toda ocasión, oportuna o inoportuna, cómo los últimos se sobreponían a los llamados *de él*, con mengua del Ejército y de la Revolución. Le hice ver la injusticia del cargo y la inconveniencia del lenguaje, reconocido así por muchos otros, y no conseguí sino irritarlo más, tratando entonces de *chisgaravises* a los que me rodeaban, y además a Mendoza, conocido en el Istmo y fuera de él, a Saavedra, Tapia, Arosemena, Vernaza, Fernández y Maitín, todas personas estimables, apacibles y llenas de bondad.

Herrera parecía un poseído, y la situación que me labraba era de un todo intolerable. Aconsejábame Mendoza que no hiciera caso a nada, atendida la lealtad de nuestros adictos, que eran en el Ejército los más; personalmente, no me importaba aquella rebelión en ciernes; yo no tenía apego al puesto, tan lleno de responsabilidades y disgustos, blanco de todas las exigencias y de pocas envidias. Estaba cansado, hastiado, y por momentos me entraban vívimos anhelos de alejarme, de huir del desenlace de aquella temeraria colisión; mas no lo podía hacer ¡qué horror! me retenían así como grillos en el alma, eso que llaman sentimiento del honor, el deber, la responsabilidad y el qué dirán.

Debía aguantar, pues, dar pruebas de virtud, de entereza y de resignación, a un tiempo mismo; renunciar a mí mismo, dejarme llevar por la corriente y someterme a todo lo que pudiera sobrevenir; sobrellevar la cruz resignado, mentir satisfacción y andar, andar hasta el fin ...

Las iniquidades de que eran víctimas los liberales por donde quiera que se hacía sentir la mano de los regenerantes, moviéonos a dirigirle al Gobernador, General José María Campo Serrano, la nota que reproduzco a continuación, en la cual se le puntualizaban unos cargos, todos ciertos

BELISARIO PORRAS

e innegables, salvo el de la ahorcada de unos dos sujetos, a que aludimos por pura referencia. Monstruoso nos parecía lo que bajo el Gobierno del señor Campo hacían los regenerantes; pero ¿cómo sería eso luego bajo el Gobierno del piadoso Albán, cuando los que luchaban eran no ya sólo filibusteros, sino forajidos, pandilla de malhechores! ¿Cuántas infamias no cometían esos amos crueles cuando *El Orden* las llama con beatitud, *represalias*, y habla de la moral que las aconseja y del Código que las consagra! ...

Ésta es la nota:

Chame, 11 de junio de 1900.

Señor General don José María Campo Serrano.

Panamá.

Señor.

Razones de alto interés para Colombia, la honra de la Patria y la buena fama y el prestigio del nombre colombiano, y elevadas consideraciones de humanidad, me mueven a dirigiros el presente oficio, en la creencia que el conocimiento de vuestros antecedentes me hace abrigar de que os dignaréis recibirlo con atención y que me oiréis con calma y espíritu sereno.

Dícese, señor, que sois de carácter moderado; que vuestro corazón es bueno; que no sois capaz de hacer o de consentir males innecesarios y que, con entereza que va en honra vuestra, os habéis atrevido a poner algún coto a los innumerables actos de salvajismo a que con frecuencia se entregan las fuerzas que sostiene en este Departamento la apellidada Regeneración; y sin embargo de que, respecto de vuestra persona se hacen referencias de las cuales puede decirse que, cualesquiera que sean vuestras opiniones políticas, erradas o no, no os habéis hecho indigno del título de caballero, algunos de vuestros agentes civiles y militares, que proceden o debieran proceder por órdenes vuestras, acatando y respetando vuestras instrucciones, se entregan a actos de bandolerismo y ejecutan con saña hechos que desdican de las condiciones morales que se os atribuyen, del ascendiente que es de suponerse tengáis sobre vuestros subalternos y del respeto con que éstos deben observar vuestras determinaciones. Si los agentes vuestros a quienes aludo, obran contrariando vuestros deseos, y si a pesar de ello no los separáis de vuestro servicio, ni castigáis sus crímenes como merecen; si continuáis en

el desempeño ilusorio de la Jefatura de un Departamento en el que sólo domináis el territorio que ocupan militarmente vuestros soldados, a cuya proximidad huyen espantadas las gentes, es porque admitís la complicidad en sus delitos, y no seréis más que uno de tantos de los que, para vergüenza de la patria, detentan el Poder con los solos fines de enriquecerse ellos con los despojos de los pueblos, aunque se consume la perdición del país.

Para que en ningún tiempo podáis rehuir la responsabilidad en que incurris, voluntariamente, si sois sabedor de la depravada conducta de vuestros agentes, o sólo por la tolerancia y condescendencia con que veis impasible la ejecución de las mayores atrocidades, voy a mencionar algunas de ellas. En primer lugar, debo hablar de la procacidad con que el periódico asalariado por vos, *El Mercurio*, trata a quienes como la mayoría de los compañeros míos y como yo mismo —excusad esta mención personal— en toda época hemos merecido de nuestros conciudadanos y aun de naciones extranjeras, las distinciones públicas que se conceden a los verdaderos patriotas, y consideraciones sociales de las que sólo se dan a los ciudadanos que son fieles a los principios de la moral y de la virtud. Por consiguiente, llamar piratas y filibusteros y apellidar traidores a quienes como los Mendoza, Herrera, Quinzada, Morales, Neira, de León, Alvarado, Quintero, Goitía, Robles, Maitín, Cajar, Navarro, Botello, Arosemena, Araúz, etc., etc., llevan nombres perfectamente conocidos por su honorabilidad, es, no sólo insultar a esas personas gratuitamente y a distancia tal que no es posible exigir satisfacción por el insulto, sino también es ultrajar a las sociedades que les han discernido repetidas distinciones honoríficas, o que los consideran como miembros útiles suyos. Junto a la obra de difamación y del insulto asalariado, pondré la envilecedora tarea del espionaje. En todo tiempo se ha mirado con desprecio a los espías, aun por los que se sirven de ellos. Os ha tocado a vos, hombre de honor y de vergüenza, recibir en vuestro Palacio, alojar en él y escanciar con ellos copas de champagne, los que, haciendo el infame tráfico de la traición, vos mismo no podéis menos que menospreciar en su baja de espías y delatores.

Os llamáis, señor, representante de un Gobierno legitimista, conservador y católico; pero estos dictados pugnan de modo abierto con los actos de los que proceden en vuestro nombre y de quienes sois superior jerárquico en lo civil y en lo militar. No es legítimo un Go-

bierno que, conscientemente, deja de cumplir las leyes escritas en los Códigos y las grabadas en la conciencia humana.

No es conservador Gobierno como el vuestro, cuyos subalternos rompen los lazos sociales, hasta aquellos que los pueblos semisalvajes respetan; y la religiosidad de que alardeáis vos y vuestros agentes, pudiera afirmarse que no es mas que refinada hipocresía, por cuanto no cumplís con los mandamientos del credo católico, ni respetáis los templos, convertidos en atalayas y fortaleza militares, ni guardáis miramiento alguno a los sacerdotes sino cuando se convierten en vuestros cómplices, apadrinadores y aplaudidores de vuestra torpezas, de vuestras liviandades y de vuestros desmanes.

No es Gobierno legítimo, es decir, amparado por las leyes humanas y por las divinas, aquel que, como el vuestro, da a cada paso y todos los días, muestras de crueldad y de barbarie, tales como las que siguen:

En David fue violada una niña de catorce años por varios de vuestros soldados, pereciendo la triste víctima de la lascivia regeneradora. Allá mismo, una señora respetable por su posición social y por sus virtudes, y que pasaba en el lecho los augustos dolores de la maternidad, vio su casa allanada por Federico A. Madriñán y otros que, puñal en mano, se introdujeron hasta la alcoba de la matrona y registraron el aposento en su sitio y útiles más secretos. También en Chiriqui los almacenes de los señores Herrera (Rosendo y Gerardo) establecidos en Alanje, fueron saqueados por vuestros soldados y por sus mujerzuelas, y destruidas las mercancías que no pudieron llevarse.

A los prisioneros, no tomados siquiera con las armas en la mano, sino en sus casas, en las calles o en el campo, se les ha tratado inicualemente; han sido amarrados, puestos en cepos y flagelados duramente, tanto en David como en Penonomé, y como donde quiera que han pasado las hordas de facinerosos que llevan la librea de soldados de la Regeneración. Por ejemplo: en Penonomé se vio dar tormento a un ciudadano que, aunque liberal, ha guardado actitud pacífica, como sucedió con el señor Modesto Rangel, a quien por ser, además de lo dicho, hombre de edad madura y de constitución enfermiza, no se le debió maltratar como se le maltrató, hasta dejarlo inválido por mucho tiempo si no de por vida.

Parece increíble, señor, pero es ciertísimo, que aun las infelices mujeres que han preparado los alimentos para mi Ejército y lavado sus ropas, por las

poblaciones por donde pasábamos, cuando a ellas llegan vuestros soldados, son insultadas, aprisionadas y sometidas a duros y vergonzosos tratamientos.

Somera es la enumeración que he hecho; sombrío y negro el cuadro de horrores: acompañan a vuestros agentes —que diz que son enviados a restablecer el orden— el robo y el martirio de los pueblos, su ruina, su miseria y su desolación; y con ser tan espantosas las escenas a que me he referido, faltan todavía algunos toques que llevan a su colmo el horror y la ignominia de la conducta de vuestras tropas y de sus jefes. Se me ha afirmado que en Penonomé se alzó una horca en la cual se arrancó la vida a uno de los militares que servían a mi lado, y se me dan informes que durante el combate del 8 de los corrientes, en que derrotamos y pusimos en fuga el Ejército que mandaban los Generales Losada, Sarria y Guerrero, volvió a alzarse la siniestra horca para asesinar a otro de los que militaban a mis órdenes.

En el mismo combate del día 8, vuestros soldados llevaban la divisa nuestra que es la roja; victoreaban al Partido Liberal y hacían señales de paz y amistad a los nuestros, para luego que se les acercaban disparar sus armas traicioneramente. También en el propio combate, y contrariando las leyes que regulan las guerras en las naciones civilizadas, dispararon contra nosotros vuestras tropas con balas explosivas, cuyo uso está prohibido.

Por donde pasan vuestros soldados, ellos, sus oficiales y sus jefes, hacen gala de sentimientos feroces; aullan cual hambrientos lobos, ávidos de la sangre de mis amigos y de la mía, y se placen en gritar que os llevarán como trofeo de sus hazañas, para beber con ellos, los cráneos de Herrera, de Mendoza y el mío. Tenemos hecho el propósito de sacrificar hasta la vida en defensa de la causa que nos ha puesto las armas en la mano, y poco cuidado nos da lo que después de muertos hagan con nuestros cadáveres.

Pero lo que sí nos aflige, con aflicción patriótica, es que en pechos colombianos y en hombres que portan al cinto espada, símbolo de honor, de lealtad y distintivo de caballeros, se abriguen ideas de que sólo hacen gala y ostentación los salvajes desprovistos de todo sentimiento moral.

¡En qué país estamos, señor, cuando el Jefe Superior del Gobierno tolera y consiente que el General Losada dispare los tiros de su revólver sobre un grupo de jóvenes desarmados, por el solo crimen de que portaban la divisa liberal! Y cómo habéis tolerado, señor, que en la ciudad asiento de vuestro

Gobierno y a presencia —puede decirse así— del mundo civilizado, el mismo General, que en el campo de batalla no se expone a las balas enemigas, amenaza con su revólver y lo dispara sobre una inerme mujer!

En contraste con los sentimientos de odio y exterminio de que están dominados vuestros agentes, que difunden el pavor entre las gentes tímidas y humildes, os digo con orgullo que mi Ejército es recibido en su marcha con júbilo y entusiasmo por los pueblos, y que nuestro camino lo señalan las buenas obras que ejecutamos y las bendiciones de las masas, a las cuales redimimos de los más pesados tributos.

Hacemos la guerra, no por el placer de exterminar vidas y consumir riquezas, sino como último recurso para restaurar en Colombia las libertades y el honor nacional.

Los males que la guerra trae consigo y que naturalmente deben ser más gravosos para los adversarios que para los que con nosotros comulgan en ideas, procuramos aminorarlos aún teniendo la persuasión de que los enemigos, a quienes nuestra magnanimidad favorece, serán ingratos en la ocasión primera que se les presente. Apresamos a aquellas personas que nos parecen peligrosas, siempre por corto tiempo, poniéndolas en imposibilidad de dañarnos, sin imponerles ningún exceso que agrave su prisión y sin degradarnos hasta maltratarlas de obra.

Cierto es que recaudamos empréstitos para el sostenimiento de la guerra, pero no lo es menos que nuestra contabilidad es rigurosa, que la casi totalidad de nuestros gastos los pagamos de contado (excepto la provisión de reses y de caballerías) devolviendo a las poblaciones en cambio de los servicios que nos prestan y de los víveres que nos suministran, el dinero que obtenemos de los pudientes amigos y enemigos.

Amparamos la propiedad y damos garantías en las Provincias de Veraguas, Los Santos, Coclé y parte de las de Panamá y Chiriqui, en donde ejercemos jurisdicción efectiva, no recusada por nadie.

Esperamos, pues, que cualquiera que sea la suerte que quepa a nuestras armas, no desmerecemos del buen concepto a que nos han hecho acreedores nuestro pasado honroso y los más honorables precedentes.

Para ser consecuentes en el amor que le tenemos al bien, a la virtud y las acciones generosas, y para demostrar que no son vanos los sentimientos de

humanidad que proclamamos, ponemos en libertad a los prisioneros mediante la sola promesa de guardar en lo sucesivo actitud pacífica mientras dure la presente guerra civil y a veces bajo simple palabra de honor; recogemos y curamos a los heridos del enemigo con la misma atención y el mismo interés que los nuestros, y sepultamos los cadáveres y aun les tributamos los honores de su grado, como sucedió en David con el cuerpo del Capitán Eduardo Cuevas.

Es, señor, que consideramos que, aunque los colombianos estamos divididos en bandos políticos y por las armas nos disputamos el derecho de mandar en la República, ambos partidos contendores hijos son de la misma patria, tienen por igual el derecho a que su pabellón los cobije y los proteja, y por igual también la obligación de velar porque ni la más leve sombra oscurezca el buen nombre del país ni empañe el lustre de sus tradiciones.

Movidos de estos sentimientos, llamo a vuestra inteligencia y a vuestro corazón para pedirlos que vuestros agentes civiles y especialmente vuestras tropas, sus oficiales y sus jefes, se sometan estrictamente a las leyes de la guerra. Peleemos, señor, pero como se pelea en los Pueblos civilizados. Si por desventura no tuviere eco en vuestra alma el presente llamamiento patriótico, cerraréis de un modo triste vuestra carrera política, de la cual recuerdo con satisfacción, la firma que pusisteis al pie de la Constitución de Ríonegro y, hago memoria de que en Panamá, gracias a vos quizás, todavía no se haya dado muerte a los presos políticos, a los que sé positivamente que sus guardias tratan de modo indecoroso y para quienes exijo toda clase de miramiento.

Soy de Vos, señor General, atento servidor y compatriota,

Belisario Porras

El Secretario General,

Carlos A Mendoza



Capítulo XXI

Nuestras ansiedades en Chame

Los que nos supieron triunfantes en Bejuco no se explicaban porqué no habíamos en seguida avanzado sobre Panamá. El pánico que había precedido en su fuga a los vencidos reinaba allí y todo era anarquía entre los regenerantes nacionalistas. Sin embargo, estábamos en incapacidad de marchar sobre Panamá, pues, si antes retrocedimos por falta de elementos suficientes con qué asediar y ocupar la ciudad, después del combate, agotadas las granadas y la mitad de nuestro parque, militaban, para quedarnos en nuestros atrincheramientos, más poderosas razones.

Sucedía también que a poco de librado el combate de Bejuco, recibíamos carta del doctor Morales con más vivos ofrecimientos de ir a Guayaquil con armamento y parque en nuestra ayuda.

Había conseguido mil rifles, nos decía, doscientos mil tiros y dos Cañones. Carecía, es cierto, de vehículos de transporte. Los había pedido a Nicaragua y se los habían negado con fútiles pretextos; pero confiaba en que podría disponer del “Ricardo Gaitán”, vaporcito de la Revolución, a la sazón en Tumaco, que había solicitado con urgencia. (*)

(*) “He conseguido mil rifles Manlicher, doscientos mil tiros y dos cañones. La falta de vehículo ha sido una gran calamidad.

“Apenas llegué dirigí a Managua un cable así: “He venido comisión Porras solicitar armas; pero carezco buque. ¿Pueden UDS. enviarme “Osorno” a puerto Limón, recibirme con armas llevará “Cotopaxi”, y conducirme Istmo?” Contestaron: “Caldera “Osorno” rota. Está en reparación. Vapor no puede darse a la mar. Aquí estamos preparando una expedición de colombianos para engrosar Porras.” Repliqué: “Amigos Panamá corren peligro por falta armamento”. Contestaron: “Imposible reparación caldera antes 25 días.” Al mismo tiempo que se cruzaban esas comunicaciones, yo esperaba efectuar otra combinación y por eso me había dirigido a Temístocles Díaz indicándole traer el “Gaitán” a Limón con 75 hombres para trasbordarme a él con el armamento. Espero de un momento a otro aviso indicado. Creo mi viaje muy próximo, pues todo está listo”.

(Carta del Dr. E. A. Morales)

En tan grande ansiedad estábamos cuando un día Jované nos dio desde La Punta el aviso de que dos vaporcitos del canal intentaban poner a flote la “Luisa”. Inmediatamente mandamos a Nicholson a aquel lugar con cincuenta hombres y la orden de apresar esos vapores si se acercaban a la costa. La Compañía del Canal había facilitado al Gobierno sus embarcaciones contra nosotros y estábamos en el derecho de servirnos de ellas igualmente. Nicholson tuvo la buena suerte de verificar la captura sin ninguna dificultad. Volvió el 13 de junio al puerto de Agua Buena con una lanchita a vapor y una de las Cisternas del Canal.

Agrandada así nuestra flotilla, ¿qué debíamos hacer? Poner nuestro óbolo en la obra de transportar el armamento que se nos estaba ofreciendo. Nuestra actitud de espera, antes tan pasiva, tan dependiente del éxito que el Dr. Morales pudiera alcanzar, consiguiendo el vehículo de transporte, iba a entrar en cierto período de actividad, pues podíamos enviarle ese vehículo. Seguiríamos esperando el armamento; pero entonces no ya de modo problemático, sino que en un tiempo dado, relativamente corto, lo tendríamos con nosotros.

Una hipótesis sólo nos había hecho vacilar y habría acortado nuestros pasos, y esa hipótesis era la de que se cruzasen en el mar, sin verse, el “Ricardo Gaitán” y “La Cisterna”; pero para que no nos quedara ni esa duda recibimos nueva carta del Dr. Morales en la cual nos pintaba sus angustias por no haber podido conseguir el vaporcito de la Revolución (*)

(*)—“Esperando inútilmente venida vapor “Gaitán”. Asuntos Tumaco en el mayor desorden y no atienden observaciones ni indicaciones de nadie. Si a eso se agrega la dificultad en las comunicaciones, pues no hay telégrafo, ni cable, ni vapores, se tendrá idea de la situación. Por último, ayer me informaron que el “Gaitán” no puede venir por estar, desde hace muchos días, en Guapí con la fuerza a órdenes del General Ramírez que lo necesita constantemente.

Desde que manifesté mi propósito de irme en el “Gaitán” nuestro amigo se ha opuesto por considerarlo inadecuado al objeto. Sólo después de muchas instancias mías y de ver la imposibilidad de obtener algo mejor ha consentido en que yo me arriesgase con parte de los elementos, pues el buque en el mar no puede cargar más que 20 toneladas y ése es casi el peso del carbón necesario para el viaje. He estado en comunicación constante por cable con Managua, para ver si consigo que envíen el “Momotombo” a Chame, con elementos. Los he interesado vivamente y espero de un momento a otro respuesta decisiva y favorable. Para hacer eso he tenido en cuenta, además, que aquí no hay parque de rémington, pues esa arma no la usan ya. Es tal mi desesperación que estoy tratando un buque que se halla en Esmeraldas para irme al Archipiélago de las Perlas y allí esperar la oportunidad de pasar a la costa. Ésta es mi resolución extrema y pueden confiar en mi decisión inquebrantable.

“Afmo. amigo,

Eusebio A. Morales”.

También José Cicerón Castillo volvió a escribirnos de Guayaquil. Decía así:

“En el término de la distancia situaré en el punto del Istmo que indiqué en mi nota del 5 de mayo, una fuerza que coadyuve a las importantes operaciones de Ud. y que sean cuales fueren las dificultades haré llegar hasta Ud. un parque.”

Indicaba, además, haber estado en relaciones con el Dr. Morales y nos urgía más que nunca para que nos comunicáramos con el río San Juan.

El lenguaje de ese colaborador espontáneo que hablaba con tanta seguridad, me llamó en esa vez mucho más la atención y volví a preguntarle a Mendoza quién era él. ¡En el término de la distancia! Sea cuales fueren las dificultades haré llegar hasta Ud. un parque! Mendoza, riéndose, me dijo:

—Es un hombrecito buen mozo, con bigotitos así... —y me indicaba cómo, retorciéndose los suyos.

Como la pintura, lejos de tranquilizarme me desconsolaba, Mendoza repuso que no creyera, por eso, que Castillo era un cualquiera, pues podía asegurarme que era hombre de talento y audacia.

Efectivamente, la idea era buena, la ayuda espontánea, generosa, inteligente y patriótica, y debíamos hacer como indicaba. Entonces resolvimos enviar “La Cisterna” a Esmeraldas a comunicarse con el doctor Morales, a quien suponíamos todavía en Guayaquil, y con nuestros amigos de Tumaco, y además, la lancha a vapor al expresado río San Juan; a donde habíamos mandado ya a Cedeño.

Para el desempeño de estas dos comisiones contábamos respectivamente con Paulo Emilio Morales y con Rafael Urriola. Ambos se habían ofrecido para llevarlas a cabo, sobre todo Morales, con un tesón tal que temimos su descontento si no aceptábamos. Morales reunía condiciones apreciables; pero ya en ese tiempo dejaba ver una inconsistencia de carácter rara. Tenía los cargos de Comisario y de Proveedor General del Ejército, y a menudo descargaba el peso de ellos en Agüero o en nosotros mismos para poder desempeñar, sin renunciar aquéllos, el de Ayudante General de Herrera o cualquier otro que, llegado el caso, solicitaba con empeño.

No parecía contento en ningún puesto. Cuando se hundió “La Luisa”, quiso ser él el que dirigiera la buceada del cargamento de ésta, y aunque no logró sacarlo, mantuvo alejado de Bejuco, el día del combate, a más de 50 hombres que nos habrían sido muy útiles para perseguir al enemigo, tomarle prisioneros o dispersarlo. Y cuando tuvo noticia de la captura de los dos vapores, soñó con el nombramiento de Comandante General de la Flotilla, y a modo de iniciación en tal cargo, pidió con insistencia se le mandara a buscar el armamento al Ecuador o al Cauca.

Sin pérdida de tiempo y antes de que en Panamá conociesen a ciencia cierta la captura de los vapores y se pusieran sobre aviso, dimos a Rafael Neira el encargo de ir a Taboga en la lancha a vapor, con la “Helvecia” a remolque, a proveerse de carbón en la cuantía necesaria para el viaje, y capturara de paso, cualquier vapor de aquellos que habían servido al Gobierno contra nosotros, si lo encontraba en la isla. Neira regresó a la Punta, en donde yo lo esperaba, con diez o doce toneladas de carbón, pero sin los buques, no obstante haber encontrado dos de ellos, el “Taboga” y el “Morro,” anclados y sin guardias en el puerto de la isla.

Un día más nos bastó para la provisión de leña en la misma Punta, y cuando esa leña y el carbón estuvieron convenientemente distribuidos en *La Cisterna* y en la lancha, se dio orden de partida. Guardando la reserva, Morales con Manuel Patiño de segundo y 25 hombres que formaban entonces el *Panamá*, salió en *La Cisterna* con dirección a Esmeraldas, y Urriola con Remigio Quintero y cinco hombres armados, en la lancha, en dirección al río San Juan.

Quedámonos contando las horas y los días, calculando las etapas y las peripecias del viaje y para mayor seguridad, agitamos a nuestros amigos de Panamá con el fin de que escribieran a Managua, y por conducto de ellos escribimos también. Nos valimos en Nicaragua, como dicen, de las once mil vírgenes, pues no sólo le escribimos al General Zelaya, sino a todos los que tenían influencias con él. Excitamos su patriotismo, y con delicadeza, su ambición; le recordamos sus antiguos y recientes compromisos, apelamos a sus sentimientos sobre el deber, y aun tratamos de despertar en su corazón los más vivos y aun imperiosos de la piedad y del honor.

Esperando, y casi seguros de que por algún lado nos llegaría socorro, del Ecuador, de Nicaragua, de Tumaco o del río San Juan, hicimos elevar sobre uno de los picos del cerro de Chame y sobre un promontorio del puerto de San Carlos, el pabellón rojo como señal adecuada para guiar a los navegantes amigos que se aproximaran.

Nuestra vigilancia fue entonces mayor, no tanto para precavernos del enemigo, cuanto para estar prontos a favorecer el desembarque del amigo.

Pasó así en esta expectativa sombría, en esta honda y amarga ansiedad, todo el mes de junio; un mes íntegro, durante el cual, para colmo de males, la disciplina tendía a relajarse cada día más. Napoleón decía que las largas campañas corrompen la disciplina, lo peor para nosotros no era una campaña dilatada, sino un acantonamiento largo y fastidioso, que favorecía el desarrollo de todo género de enfermedades bajo el crudo invierno en que vivíamos.

En nota del 25 de junio, decía Herrera:

“Tanto aquí como en Tumaco nos devanamos los sesos por llegar cada uno al objetivo propuesto, y resulta que el Ecuador y Nicaragua en vez de hacer fuerte una de estas dos fuerzas, remolcando aquellas para acá o éstas allá, se cruzan de brazos, y henos aquí estacionarios esperando a que la fortuna se muestre esquiva en algunos de estos puntos para que el otro sea más luego aplastado. No hay tampoco en los Directores Generales de la Campaña del Pacífico quienes comprendan esta evolución salvadora, rápida y decisiva para la campaña nacional...No me extrañará que el Gobierno traiga mejores cañones; los puede pedir y los tendrá cuando quiera. Sus parques serán no sólo repuestos sino aumentados, y nosotros entre tanto nos consumimos pidiendo una limosna y agotando los pequeños recursos de que podemos disponer, dando tiempo al tiempo, que es la fatalidad de las revoluciones. Sé que usted, que Morales, que yo nos agotamos pidiendo a Zelaya 800 rifles y una pieza de artillería. Con esto estaríamos hace tiempo en las goteras de Panamá; pero no fue posible esto ¿y ahora? Ahora quisiera yo que sonara a los oídos de Zelaya esa voz de reconvencción ...”

En nota del 28 de junio, decía el mismo Herrera:

“Me abrumba la noche que rodea al doctor Morales y la noche de todos los puntos del horizonte; en cuanto a refuerzo de armas, me abrumba más. ¿Qué hacer?”

Todos los días eran esas inquietantes angustias; pero no éramos los únicos que las teníamos, pues vivían en ellas también los infatigables Chiari, Jiménez e Icaza, en Panamá, y en Managua, los treinta o cuarenta colombianos que con Nicolás Tejada, Manuel Patiño, Andreve, Nelson H. Juliao y otros, habían ido hasta mediados de abril en nuestra busca.

Claramente se veía que nuestra situación era difícil; lo había sido antes del combate de Bejuco y no podía ser un enigma pasado el combate. Estábamos paralizados por falta de elementos de guerra y clamábamos por ellos en todos los tonos y por todos los conductos. Los nuevos expedicionarios, contenidos en Managua, se consumían, hacía dos meses, suplicantes, con la cabeza cubierta de ceniza, como lo fueron más tarde los Generales Aizpuru y Lugo para poder auxiliar a Uribe en Corozal, víctimas de la política de vacilaciones, timideces y aplazamientos que ha sido nuestra ruina.

Patiño, que logró al fin salir de Managua y unírseos en Bejuco, nos hizo un relato de lo que les había ocurrido allí hasta mediados de junio, el cual copio literalmente en su parte pertinente:

“El amigo Guillermo Andreve, del número de los emigrados, fue el primero que me contó el por qué de la llegada de él y sus compañeros a Nicaragua.

“Me dijo: ‘Salimos de Panamá en número de cinco, con peligro de ser descubiertos, el 19 de abril, en el vapor *New Port*, con destino a Puntarenas. Esperábamos que al llegar a este puerto podríamos ingresar en las filas del Ejército que comanda el doctor Porras, embarcándonos en un *bongo* que fletaríamos al efecto en aquel lugar..

“Llegamos a Puntarenas el 21 del mismo mes y allí encontramos tres jóvenes colombianos que tenían las mismas aspiraciones que nosotros. Eran éstos Nelson H. Juliao y Nelson Moré, bolivarenses, e Ismael Vásquez, antioqueño, nos pusimos de acuerdo e inmediatamente contratamos el bongo, y nos disponíamos a partir para Chiriqui (la noche del 24 del propio mes) en número de nueve, con un salvadoreño de apellido Manzano, que espontáneamente se nos ofreció, cuando fuimos detenidos por la policía al servicio del

Gobernador Samuel Uribe y en nombre del Gobierno de Iglesias. Se nos impidió el viaje, pues, como se sabe, es Iglesias un amigo del Gobierno de Colombia, y fuimos llevados a la cárcel de detenidos, hasta segunda orden. En esta prisión estuvimos malamente aposentados hasta las 7 de la noche del día siguiente, hora en que se nos levantó la detención, y en seguida nos llevó a la Gobernación a prestar juramento de no salir de Puntarenas hasta tanto lo dispusiera el Gobierno. Así nos vinimos obligados a hacerlo por nuestro honor y quedamos, por consiguiente con la ciudad por cárcel.

“El 26 arribó a Puntarenas el vapor *Colombia*, en viaje al Norte. En este vapor nos embarcó el Gobernador Uribe, en condición de expulsados, con destino al puerto de Corinto. Sin embargo, no fue el Gobierno quien pagó nuestros pasajes. Llegados a ese puerto nos trasladamos a Managua.

“Éramos ya, con un oficial costarricense, liberal convencido, Adolfo Mc. Adams, que sigilosamente se había embarcado en Puntarenas en unión de los jóvenes dichos con el fin de luchar en favor de los liberales colombianos, y con cinco más que habían llegado en el expresado vapor con el mismo propósito que los primeros, diecisiete que bien hubiéramos podido conducir al lugar donde se encontraba el doctor Porras, el armamento que Zelaya nos había dicho tenía dispuesto.

“Inmediatamente se comisionó a Juliao para que arreglase el asunto. Por su medio se nos dieron halagadoras esperanzas. y entre tanto se arreglaba la expedición, el Gobierno dispuso favorecernos dándonos de alta como oficiales del Cuartel Momotombo del que era Jefe el señor Zubiría. Aceptámos, vislumbrando la pronta realización de nuestros vehementes anhelos.

“Pocos días después llegaron 25 jóvenes panameños más, con los cuales completamos el número de 42. Este grupo en breve creció a 50, poco más o menos, incluyendo los colombianos dispersos en el ámbito de la República, quienes apenas supieron que se intentaba una segunda expedición, pidieron se les tomara en cuenta.

“Así las cosas, se dispuso nombrar Jefe de la expedición al señor Nicolás Tejada. Y bien, ¿qué?

“Que desgraciadamente no hubo de parte del Gobierno sino promesas estériles. Zelaya, rehacio para resolverse; Tejada sin actitud en

las gestiones, nos dieron a conocer al cabo que si el primero no quería auxiliarme a usted, como era de su obligación, el segundo no era suficientemente caracterizado para darle un aspecto apremiante al asunto.

“A veces dejaban entrever que nos darían *La Momotombo*, otras que fletarían un vapor de la Compañía del Cosmos, y, por último, que nos darían un buque de vela. Nos mecían así entre desilusiones y esperanzas, esperando algún nuevo futuro e incierto que debía suceder para resolverse...”

¿Qué esperaban?...Habían oído hablar de la derrota del liberalismo en Santander; el liberalismo la negaba, y dudaban. ¿Qué querían?... Querían convencerse de la verdad... Impulsar nuestros esfuerzos cuando ya estos esfuerzos hubiesen sido coronados por la victoria: apartarse luego de nosotros a la menor flaqueza, con la primera derrota... Su ayuda no era decidida y eficaz, sino vacilante y pírrica. Convenían en que entráramos en el camino de la lucha y en seguida nos desamparaban. Por más que nos habíamos esforzado en elevarlos a la contemplación de las vastas posesiones del futuro, sus horizontes se estrechaban. Pensaban demasiado en ellos mismos y se aconsejaron por el temor. Su vacilación siempre dio tiempo al enemigo para rehacerse haciéndonos perder la victoria. Si un día volvieron en nuestra ayuda, fue movidos, sacudidos hasta el fondo del alma por nuestras quejas y clamores; aun entonces fue tarde: el enemigo se nos había ya sobrepuesto. No obraron oportunamente y atraieron sobre nosotros la desgracia...

Un día, el memorable 4 de julio de 1900, se oyeron cañonazos por el lado de Aguabuena y Taborcillo, y casi en seguida se acercaron a avisarnos que había llegado el *Gaitán*... ¡Al fin! Al fin concluían nuestras ansiedades e íbamos a ser fuertes, tan fuertes como lo queríamos. ¡El auxilio había llegado!

Una hora después entraba por la calle principal de Chame un grupo de jinetes, entre quienes no conocí sino a Paulo Emilio Morales. Había ido en *La Cisterna* a Tumaco y regresaba en el *Gaitán*. En Tumaco había encontrado a S. Chaux, José A. Ramírez, J. Cicerón Castillo, Ricardo Gómez, Temístocles Rengifo, Ternístocles Díaz, Domingo de la Rosa y otros, preparándose para ir al Istmo. Conocían nuestra situación por el doctor Morales, y aunque éste había seguido para Nicaragua, cansado de esperar, se decidieron a aguardarnos: iban a obrar con todo y su ausencia. La llegada de nuestro comisionado los había decidido enteramente, no sin cierta resisten-

cia de parte de José Cicerón Castillo, que proponía acercarse primero al río San Juan. El General Ramírez era, parece, antiguo amigo de Paulo Emilio Morales y por esto se inclinó la balanza a nuestro favor. Algo le había dicho decisivo a éste. Públicamente había hecho el bosquejo que estaba acostumbrado a oírme hacer de la importancia de llegar a dominar el Istmo. Domingo de la Rosa fue quien me lo dijo cuando acabó la campaña. Decía que Morales había hablado al terminar, de este modo:

“...Allá en Chame se necesita sangre nueva y ustedes la llevarán...

El doctor Porras es demasiado bueno y esto ha causado muchas divergencias; cuando se impone un empréstito de tanto o cuanto a algún godo reaccionario, basta el menor ruego de una vieja para que el doctor Porras lo rebaje; y si cogemos a alguno de los esbirros de Sotomayor, espía del Gobierno, por nada consiente en que el General Herrera le averigüe la verdad por medio del palo. Es un utopista y muy... Siempre está con que *palitos no, mi amigo, palitos no; el liberalismo no hace uso del palo....* Como ustedes pueden comprender, todo se resiente en el Ejército de estas lenidades...”

Cuando estuvo la cabalgata más cerca, reconocí a Temístocles Rengifo y a Domingo de la Rosa. Aquél se había unido al fin con Chaux y había combatido en Tumaco; éste había sido compañero del mismo Chaux desde el principio de la campaña.

Bajaron a la puerta de mi casa y con ellos muchos más: Simón Chaux, Temístocles Díaz, José Cicerón Castillo, el Comandante Gómez, Llorente y Solís...

A Chaux le había conocido en Panamá hacía muchos años, a su paso de Estados Unidos para el Cauca; pero no lo reconocía porque estaba flaco, pálido, viejo, consumido por el paludismo. Temístocles Díaz, persona de mi aprecio en Panamá, estaba inconocible, pero no enfermo. Cuando abandoné el Istmo lo dejé joven imberbe, y lo volvía a ver entonces hecho un hombre; sólo conservaba la pequeña estatura, la fácil sonrisa, el ojo zarco, la mirada brillante y la dulzura habitual de otros tiempos. Por lo demás, había engrosado y lucía una barba espesa, enlazada, del color del bronce. De José Cicerón Castillo tenía el esbozo que me había hecho Mendoza; aquel *en el término de la distancia*, propio de él, y lo de *los bigotitos así*, retorciéndoselos Mendoza para decirme cómo, me lo habían representado claramente. Creo

que La Bruyere no cayó en cuenta de esto, si no, lo habría agregado *a sus caracteres*. Un rasgo tan saliente de la fisonomía, como el descrito por Mendoza, es todo un bosquejo moral: “Es un hombrecito buen mozo, ¡de bigotes así!”... De modo que, al ver bajar del caballo a un hombrecito buen mozo de bigotitos retorcidos, lleno de bandas rojas, de divisas, escarapelas, cintas y barboquejos del mismo color, me dije: ¡éste tiene que ser el hombre del *término de la distancia*! Ricardo Gómez era el tipo del caballero, suave, servicial, fácil, sincero, valiente, y, en fin, Solís, de quien entonces no me formé idea cabal, era un muchacho en la edad de todas las ilusiones y entusiasmos, de todos los esfuerzos, sacrificios y heroicidades y con alma capaz de realizarlas.

En medio de mi alegría me sentí sobrecogido, sin embargo, por las repentinas reflexiones que desfloraban mi espíritu cuando algunos de nuestros oficiales preguntaban:

—¿Por qué se ha venido el señor Chau? ¿No es el Jefe del Cauca? ¿Cómo o en poder de quién ha dejado a Tumaco?

Chau no se llamaba Jefe del Cauca sino *Jefe Civil y Militar de la Costa del Pacífico*, y así figuraba en los papeles timbrados que usaba para sus notas y su correspondencia. Cuando me lo hizo saber oficialmente me sentí cortado, intimidado, casi constreñido. No adivinaba bien si él pretendía que dentro de la línea territorial de su mando estaba comprendido el Istmo. La Costa del Pacífico se extendía por toda la garganta, así llamada, que une la América del Norte a la del Sur. Había habido una sugestión y después nada más. ¿No podía haber ido al Istmo porque creyera que hallándose éste en la esfera de su mando, era en la costa del Istmo en donde debía operar de preferencia? ¿No era la Jefatura que representábamos dependiente de la que él había asumido. Como fuera, y agradeciéndole a Chau con toda mi alma el socorro valiosísimo que nos llevaba, su presencia en Chame me dejó intranquilo por lo que tocaba a la suerte de la Revolución en Tumaco. ¿Qué sucedía allí? El doctor Morales nos había escrito: “Asuntos Tumaco en el mayor desorden”; ... pero los recién llegados aseguraban, al contrario, que todo marchaba muy bien. Había dejado a Placita (julio) con 800 hombres en el Puerto y a Juan Jacobo Restrepo en Barbaocoas con una fuerza apenas la mitad menor. Llegaban con parque en el “Gaitán” y con 250 hombres al mando de Ramírez.... ¡Muy bien! El parque llegó efectivamente, y lo mandé sacar del “Gaitán.” Eran

300 Mausers y 40.000 tiros; pero en cuanto a los 250 hombres estaban todavía en Nuqui

—Nuestros buques —me decían—, no podían andar sin combustibles, nos faltó leña y tuvimos que arribar allí para cortarla. Están cortándola actualmente y “La Cisterna” espera. Mientras tanto nos hemos venido adelante a traerles la buena nueva.

—Pero, hombre, —le repuse a Morales—, ¿cómo es eso de los 250 hombres, cuando en “La Cisterna” no caben sino 80?

—Siendo, doctor, —me replicó—, porque hemos remolcado un buque de vela llamado “La Rosa del Charco” muy capaz, en donde cabe el resto. Desembarcarán en Chepo, si usted quiere. Son negritos tintos y brillan como el ébano pulido, tienen dientes y ojos blancos como el marfil... ¡ingleses, doctor!

Todos me dieron la misma seguridad. ¡Doscientos cincuenta! ¡Qué hermoso refuerzo! Y no eran hombres cualesquiera, sino caucanos; y ya se sabe lo que son estos hombres de seis pies, robustos e imponentes, de reír blanco en medio de la noche, al agua y al sol.... De tal modo me hablaron Rengifo, de la Rosa, Díaz, Chau, Gómez, Cicerón Castillo, Llorente y Solís.

Pues bien, si son 250 hombres, dije, que desembarquen en Chepo. ¿No lo insinuaba así Morales? Temístocles Díaz lo pedía también. Yo había vislumbrado el pensamiento de éste: quería avanzar por ahí porque anhelaba ver y abrazar a sus parientes quienes, es bien sabido, poseen propiedades rústicas entre Pacora y Panamá.... En fin, hacía días que Herrera me excitaba a enviar 50 hombres por ese punto y yo no había querido. (*) Entre Chepo y Chame o

(*) —Estimado Doctor Porras:

Se me ocurre que podríamos mandar 50 hombres al mando de Jaramillo y algún segundo bueno, al otro lado de Panamá a llamar al enemigo por allí la atención y quitarle elementos de vida. Así tendría que distraer sus fuerzas el Gobierno y esto, si es verdad que nos afloja un poco a nosotros, a ellos los debilita, pues no sabrían qué hacer, tanto más si el Jefe que vaya es hombre avisado que les sepa ocultar la verdad. Esta expedición puede ir por la vía de Otoque, mar afuera, a Pacora, o por La Chorrera, atravesando el Aguacate o Emperador por cualesquiera de los caminos que conoce el capitán Apolayo. Mientras tanto nosotros podríamos llamarle la atención por La Chorrera, La Evelia, etc., teniendo vigilado el camino de Cermeño al Puerto de Capira, de modo que nuestra fuerza, esta última, pueda reconcentrarse por el camino directo que hay a Sajalices sin tocar con Capira. Si el pensamiento vale la pena se puede estudiar ahora que “La Boyacá” no está por estos mares.

Afmo. seguro servidor,

E. J. HERRERA.

entre Chepo y La Chorrera, a donde avanzaríamos, estaba el enemigo, en Panamá, y aunque quedáramos interceptados por él, 250 hombres, no 50, sí podían llamar la atención por ese lado, sostenerse, combatir con éxito, obligarlo a fraccionarse o a no salir de sus cuarteles de la ciudad.

Comenzó así a bosquejarse el plan de ataque a Panamá; y como el *Gaitán* debía volver a Nuqui para convoyar la expedición caucana, hicimos conocer a Ramírez nuestro pensamiento por medio de una nota:

“Desembarque en Chepo en donde hallará auxiliares, le decíamos, y devuelva *La Cisterna* y el *Gaitán* una vez que extraiga de ellos los dos cañones que los defienden. Descanse un día en esa población y emprenda en seguida la marcha sobre Panamá. Estimamos que podrá llegar a los alrededores de ella en donde se dará la mano con nosotros en cinco o seis jornadas lentas. Nuestro avance a estrechar a la ciudad al mismo tiempo —que usted corresponderá a su movimiento. Estaremos en La Chorrera en aptitud de recibir su aviso, el dieciseis”.....

Era el 6 de julio. El 8 debían salir de Nuqui y el 10 emprender la marcha sobre Panamá.

Confieso haber tenido entonces un momento de vacilación en cuanto a dejar ir a Temístocles Díaz que comandaba el *Gaitán*. Nadie, me había dicho Chau, nadie conoce ese servicio mejor que él. Morales, Comisario; Morales, Proveedor; Morales, Ayudante General, no podía ser comandante de la flotilla al mismo tiempo, y bien podía evitarlo reteniendo al distinguido joven, a quien abonaba sobre Morales mayor antigüedad en el cargo. Pero Díaz no quiso. Todavía en el Puerto, al despedirse, me dijo:

—Excúseme; me quiero ir por aquel lado: nos veremos al entrar allá Y mostraba con la mano... Como el bote se alejaba, al doblar un recodo del estero, se volvió a mirar para decirme el último adiós. Estaba de pie, sombrero en mano, destacándose en el verde oscuro del manglar su pequeña estatura y dejando ver la fácil sonrisa, el ojo zarco, la mirada brillante y la dulzura habitual...

Mientras tanto se desarrollaba este plan preliminar, nosotros preparábamos nuestra marcha: nuestros dos escuadrones de caballería llegaban de avanzada a La Chorrera y la dominaban; los batallones *Robles*, *Uribe* y *Conto* cambiaban sus rémingtons ordinarios por los nuevos mausers

y se ejercitaban en su manejo: y Jaramillo, a quien ordenábamos por telégrafo la concentración, entraba de Aguadulce al Villorrio que ocupábamos, con sus sesenta hombres armados, al son de una vieja caja de guerra y con bandera ondeando al viento.

No esperábamos para emprender la marcha sino el regreso de *La Cisterna* y del *Gaitán* con el aviso de hallarse ya en Chepo, sin novedad, Ramírez con los 250 caucanos; y el 11 en la mañana llegaron esos buques, asegurándonos Morales y los que venían en ellos que todo quedaba en orden, las tropas alistando sus bagajes el mismo día 10 para seguir el itinerario indicado.

Como dos días antes había regresado la lancha en que había hecho viaje Urriola y nada dejábamos pendiente, se dieron las órdenes del caso para el avance, y el día siguiente comenzó el desfile de los batallones.

En ese tiempo trabajaban todavía los labriegos de Bejuco, Chame y Cabuya en la limpia de bosque en nuestros atrincheramientos y ahondar zanjas en ellos, como medida de defensa, en previsión de que tuviéramos que resistir allí mismo nuevo ataque de los enemigos. Lo hacían por patriotismo y sin otra retribución que la soldada de carne; y era de ver el tesón con que llenaban su labor y la paciencia y abnegación de sus mujeres, llevándoles en la cabeza, diariamente, las ollas de comida al campamento, desde los sitios apartados que habitaban.

El día anterior a aquél en que iba a desfilarse el último de los batallones acantonados en Bejuco, con las últimas luces vespertinas en que concluía el trabajo y los labriegos se retiraban a sus casas, Herrera los llamó y los hizo encerrar en uno de los cuarteles del lugar, notificándoles que quedaban enrolados en las filas del Ejército Restaurador. Los infelices, entre los cuales varios habrían ido con nosotros llevados del entusiasmo, sintieron como un golpe de maza en sus cabezas, y cabizbajos, agrupados como ovejas, dejaron pasar la noche en vela, sin pronunciar palabra. Al día siguiente, sin embargo, se quejaron amargamente del engaño, y no bien abierta la puerta de mi casa, en la mañana, entraron en tropel, veinte o treinta mujeres llorando, a suplicarme les soltara sus maridos, hijos o padres. Yo los había comprometido a un trabajo y yo, decían ellas, los había retenido con maña hasta el último día para reclutarlos y llevarlos a la matanza; y al contrario, enemigo yo de forzar a nadie a defender el ideal que a mí me arrastra y considerando el enganche militar forzado como

una iniquidad que le había combatido mil veces a la Regeneración, ordené en el acto la libertad de los labriegos; pero Herrera que preparaba ya ese día su propia marcha, desatendió mis órdenes y los dejó en el cuartel, bajo la custodia de oficiales del depósito. Su número era de 53 y Herrera quería que unidos a los 25 voluntarios del Coronel Vásquez que custodiaban “La Cisterna”, formasen el Batallón *Panamá*.

Marché enseguida a Bejuco y me hallé con que allí no quedaban ya sino un parque y los presos, entre quienes estaba el famoso *Chalao*, espía regenerante peligroso, Blas Velásquez y un hermano de Sotomayor. Los 53 labriegos, ya armados, custodiaban ese parque y los presos, y aparentaban en el servicio la mayor tranquilidad. ¿Cómo dejarlos ir en esas circunstancias? ¿Quién conduciría el parque y custodiaría los presos? Morales, Abadía y algunos otros me hicieron ver que no quedaba otro camino que el impuesto por Herrera, y se esforzaron en convencerme de lo que ellos creían ser gran verdad, a saber: que a los reclutas les pasa en el servicio militar lo que a los desgastados de comer, que les van tomando gusto a los manjares a medida que los van masticando.

Sabía bien lo contrario de esto; pero me sometí porque no había otra cosa que hacer. Con un gobierno constituido que domina sin contraposición todo el país, el recluta forzado no tiene más camino que resignarse. Comienza por ser sorprendido y cazado como un gamo, y llevado luego entre lazos a un cuartel; luego sujeto allí, sin salida, sometido a reglas y a voluntades extrañas, vigilado, perseguido si se escapa, y castigado si es vuelto a coger, no ve a su alrededor ningún amparo, ningún refugio, ni la más mínima esperanza. Pero con un Ejército revolucionario, de dominio precario e inestable, que está en continuo movimiento, acampando diariamente en distintos lugares, preocupado del mañana, en lucha abierta con un enemigo poderoso cuyas vinculaciones externas trata precisamente de romper, el soldado forzado es indudablemente un absurdo. ¿En dónde se le guardará? ¿qué reglas observables se le impondrán? ¿quién se encargará de vigilarlo en las marchas y acantonamientos? ¿quién lo perseguirá si huye? ¿cómo se le volverá a prender y cuál será el castigo que podrá imponérsele?

La revolución, además, debe tener algún programa de justicia y es claro que la justicia no es la fuerza. La revolución es un sacudimiento popular que mueve los espíritus y los induce a obrar sin respicencia de

sacrificios. Su fuerza estriba en la espontaneidad y en que cada uno de los que la proclaman sea un convencido para quien vale mucho más que la vida o los bienes lo que trata de recuperar y haya perdido o trata de alcanzar y se lo impiden. ¿Cómo podría, pues, vencer si para tener adeptos o soldados tuviera que forzarlos?

Sabiendo a qué atenerme respecto de la aparente conformidad de los soldados de cordel que había dejado Herrera, y temiendo que cuando menos pensaríamos se irían abandonando los presos y el parque, obtuve de ellos el solemne compromiso de quedarse para conducirnos éste e impedir la fuga de aquéllos.

En la tarde fui a ver a Chaux que estaba enfermo, y hablándome del suceso le dije:

—Cuando entraron a mi casa las mujeres y les oí decir que yo había engañado a sus hombres, que los había cogido con maña y se los arrebatado para llevarlos a la matanza, dejándolas desamparadas a ellas y a sus hijos, vi surgir en mi mente, no como un vago recuerdo, sino como una realidad indubitable, un cuadro que había visto en Bruselas hacía tiempo y me había causado viva impresión. Era el de *Napoleón en el infierno*, del famoso Wirtz, pintor de genio, aunque loco, extravagante, con cuyas obras ha formado el Gobierno Belga un Museo sorprendente y admirable, cuadro original y extraordinario que no se puede ver sin horror. Está el guerrero en medio de las llamas, impasible y de pie, y en frente millares de mujeres, madres, hijas, esposas y hermanas, inclinadas hacia él, ofreciéndole mímicamente diversos miembros humanos en pedazos y chorreando sangre. Claro es que no hay comparación; pero el reproche es el mismo... ¿Con qué derecho puedo, en efecto, forzar a nadie a que venga a matar y a que lo maten?

Cuando así me oyó hablar, Chaux sin poderse contener botando a un lado la frazada, se alzó en la cama y repuso:

—Pues del modo que usted dice y piensa, de ese modo, ¡oh no! no se hace la guerra. Es preciso reclutar para tener Ejército...

Me quedé aterrado y no quise agregar más. Era evidente que no era Chaux el hombre que yo me había imaginado. Me había parecido un doctrinario, de principios rígidos, convencido liberal y hasta creía haber leído

algo de él, de altísima moralidad. Cambié de conversación y me retiré del cuarto con una pena nueva, viendo bien que cada día que pasaba surgía a mi alrededor algo más opuesto a mi manera de pensar, que se iba haciendo hostil.

Al principio se creía en mí como en un oráculo, todo obedecía a mi pensamiento, todo recibía el impulso de mi voluntad, y ya en esa época, con cualquier pretexto, con el que intentaba hacer castigar los daños causados en “La Evelia”, o con el de que me oponía al apaleamiento del *Chalao*, se comentaban mis humanas lenidades y se desconfiaba de mi acierto. Sin embargo, siempre había sido así, siempre había sido hombre de principios, inflexible cuando se trataba de éstos; fácil y asequible en todo lo demás.

Un caso muy curioso con R. Neira puso en evidencia esa situación. Hallábase en La Chorrera encargado de acoger y organizar a los voluntarios que llegaban y de proveer de lo necesario a las tropas que iban presentándose. Un día apresó a un tal Montilla, llamado también *corazón de cocobolo*, y me lo envió a pie, cayendo y cojeando, para que le *sacara* un empréstito, seguro de que ese hombre disfrutaba de una fortuna de 90.000 pesos. Al verlo, no más, pude colegir que eso era falso, que Montilla era un pobre viejo infeliz, y lo dejé ir. ¿Qué podía tener, en efecto, un sembrador de yucas como ése? En todo el Istmo son raros los que poseen fortunas semejantes, y éstos son muy conocidos. ¿A dónde van a ir, ni cómo ocultar lo que tienen sin que todo se sepa? De vuelta Montilla a La Chorrera le echaron de nuevo mano, y cuando estuvo asegurado, Neira por teléfono me preguntaba:

—Sabe usted, doctor, ¿en dónde está Montilla? (*)

De débiles que habíamos sido resultamos al fin siendo fuertes, y comprendiendo que en esa vez, si lográbamos atraer al enemigo a campo raso, teníamos que ser muy superiores a él y vencerlo, nos dirigimos a los Cónsules

(*) —Cuando el 19 de Julio salió el Ejército de La Chorrera y me quedé allí a esperar el aviso que me debía dar Herrera de su salida del Arraiján, Damián Escala, Alcalde del Distrito, se me acercó y me dijo:

—¿Dr. ¿qué hacemos con Montilla?

—¿Cómo con Montilla? ¿Lo han vuelto a poner preso por ventura?

—Pues, cómo no; Dr., si ese viejo es casi millonario Ahora verá, se lo voy a traer

—y diciendo y haciendo, se fue a la cárcel y me trajo a *corazón de cocobolo*, para que lo interrogara. ¡Qué barbaridad! Era el viejito de tal temple que no se le sacaron palabras y las que soltó las dijo con la mayor mesura.

—Suéltelo —le dije a Damián; y después que Mendoza le hizo dar de comer, se fue cojeando y cayendo sin mostrarse agradecido ni airraviado.

de la Capital para excitarlos a intervenir en nombre de la humanidad para que se nos entregaran las plazas de Panamá y Colón o para que las tropas regenerantes salieran de sus cuarteles a combatir en despoblado.

También teníamos el propósito de no tocar un solo clavo a la Compañía del Ferrocarril para evitar pretextos de reclamaciones extranjeras o la intervención armada de alguna potencia. Evidentemente podíamos conquistar a Panamá sin tener que hacer nada con la vía trasatlántica; pero sabiendo que el ferrocarril es el vehículo de transporte más rápido que se conoce hoy, y que del de Panamá a Colón disfrutaría el Gobierno, impidiéndonos sorprender a esta última ciudad, que era nuestro mayor anhelo ensayamos arrancar del Superintendente de la Compañía la promesa que mantendría la neutralidad de la expresada vía interoceánica, no dando al enemigo trenes ni carros para el transporte de sus tropas, a fin de no hacernos a nosotros, a quienes no nos los facilitaría tampoco, de peor condición que a él.

Parece que los Cónsules sí excitaron a los regenerantes a salir a combatir fuera de la ciudad, ofreciendo organizar una guardia urbana que la cuidaría mientras tanto y la entregaría al que de la lucha resultara triunfante; pero el Superintendente del Ferrocarril, sugestionado por el señor Facundo Mutis Durán, ex' Gobernador que había llegado a ser su abogado, no accedió a nuestra demanda.

Dicen nuestras notas así:

Número 726.—Jefatura Civil y Militar del Departamento de Panamá.—
Secretaría General. — Chame, julio 14 de 1900.

Señor Cónsul:

No son desconocidos de usted los graves sucesos verificados en esta República desde fines de octubre del año próximo pasado, cuando una gran mayoría de colombianos se alzaron en armas para derrocar al Gobierno existente, y cambiar las retrógradas instituciones dictadas en 1886 por otras concordantes con los progresos de los tiempos modernos y con los sacrificios que los ciudadanos de Colombia han hecho en toda época por el afianzamiento de la libertad, del orden y de la civilización.

Tampoco ignora usted que el Departamento de Panamá hace más de tres meses está conmovido por la revolución y que el Ejército Restaurador ha reco-

rrido triunfante el Istmo, desde Punta Burica hasta las goteras de la ciudad de Panamá, dejando a su paso establecido un Gobierno que domina sin contradicción un territorio continuo cuya extensión comprende más de tres provincias. Para obtener este resultado, nos hemos visto en la precisión de derramar sangre colombiana en los campos de combate de David (4 de abril) y la Negra Vieja (8 de junio) en los que las disciplinadas y orgullosas fuerzas dictatoriales fueron impotentes para contrarrestar el arrojo y el entusiasmo de las huestes restauradoras.

La campaña en el Istmo toca a su fin con la próxima ocupación de las ciudades de Colón y Panamá. Siempre nos hemos propuesto ahorrar a esas populosas poblaciones que encierran en su recinto valiosas propiedades neutrales, ingentes riquezas y vidas preciosas de mujeres, de ancianos y de niños, el sangriento espectáculo de una lucha en sus calles y las escenas y desgracias que son consecuencia obligada de las guerras. Por esta razón hemos esperado en alejamiento relativo, que las tropas de la Dictadura salgan de ellas a batirse con las nuestras. Desgraciadamente los que en Panamá mandan se han encerrado dentro los muros de la ciudad, al parecer rehuyendo combatir en despoblado, lo que nos pondrá en la necesidad imprescindible de ir a la Capital a arrojarlos de sus cuarteles.

Fácil es comprender la repugnancia que el señor Jefe Civil y Militar del Departamento, quien me ha ordenado dirigir a usted el presente oficio, siente al considerar que las ciudades de Panamá y Colón sean teatro de operaciones bélicas que han de resultar desastrosas para las personas y las propiedades, por los destructores elementos que posee el Ejército Restaurador; y es por esto por lo que el Magistrado, en cuyo nombre hablo, ruega a Ud. que en asocio del honorable Cuerpo Consular de Panamá y Colón, se digne interponer sus buenos y valiosos oficios y los de sus dignos colegas, para obtener: o que las fuerzas dictatoriales salgan a batirse en despoblado con el Ejército Restaurador o que se entreguen a discreción las plazas de Panamá y Colón con los elementos de guerra que en ellas existen.

Ofrezco en nombre del Gobierno de la Revolución, garantías a los extranjeros residentes en Panamá y Colón, como se las hemos dado en todas partes, y las seguridades para sus bienes, como siempre se las hemos hecho efectivas.

Me anticipo a expresar a Ud. los agradecimientos del señor Jefe Civil y Militar del Departamento y los del Ejército Restaurador, por la humanitaria intervención de Ud. y de sus honorables colegas de Panamá y Colón, pues no vacilo en creer que ella será otorgada en la forma en que tengo el honor de solicitarla.

Ruego al señor Cónsul se sirva aceptar las consideraciones con que me suscribo su obsecuente servidor,

Carlos A. Mendoza.

• • • • •

Número 723.—Jefatura Civil y Militar del Departamento de Panamá. —Chame, 13 de 1900.

Señor Coronel J. R. Shaler, Superintendente de la Compañía del Ferrocarril. —Colón.

Hace nueve meses que estalló en el país una revolución cuyo único objeto ha sido, conforme a la propaganda de la prensa liberal de más de catorce años, el cambio de las actuales instituciones por otras que reconozcan y garanticen los derechos políticos de todos los colombianos y no los derechos políticos de unos pocos destructores elementos que posee el Gobierno dictatorial; y es por esto por lo que el Magistrado, en cuyo nombre hablo, ruega a usted en asocio del honorable Cuerpo Consular de Panamá y Colón, se digne usted interponer sus buenos y valiosos oficios y los de sus dignos colegas, para obtener: o que las fuerzas dictatoriales salgan a batirse en des poblado con el Ejército Restaurador o que se entreguen a discreción las plazas de Panamá y Colón con los elementos de guerra que en ellas existen.

Ofrezco en nombre del Gobierno de la Revolución, garantías a los extranjeros residentes en Panamá y Colón, como se las hemos dado en todas partes, y las seguridades para sus bienes, como siempre se las hemos hecho efectivas.

Me anticipo a expresar a usted los agradecimientos del señor Jefe Civil y Militar del Departamento y los del Ejército Restaurador, por la humanitaria intervención de usted y de sus honorables colegas de Panamá y Colón, pues no vacilo en creer que ella será otorgada en la forma en que tengo el honor de solicitarla,

Esta revolución es poderosa. El solo tiempo que hace que estalló y que ha transcurrido sin que el Gobierno haya podido vencerla lo está demostrando claramente. No es obra de un grupo de descontentos, sino de todo un gran partido que ha ilustrado su historia desde la lucha por la emancipación del país del régimen de España, y con largas épocas de dominio durante las cuales fomentó el progreso en todas formas, organizando la instrucción popular, otorgando la libertad de los esclavos, abriendo las primeras vías de comunicación por tierra y por las aguas de sus grandes ríos con el empleo del vapor; disminuyendo la deuda pública y tendiendo el alambre telegráfico entre sus principales ciudades, para todo lo cual ha necesitado ser un partido de hombres de carácter, de virtudes y de luces.

Es poderosa también la Revolución por los ejércitos que ha levantado, todos de voluntarios, por el movimiento progresivo de esos ejércitos y por el territorio que hoy alcanza a dominar en diferentes secciones del país. En el Departamento de Panamá comenzó por la invasión de un puñado de colombianos que, la mayor parte, vivían alejados de su patria por razones políticas, y al cabo de tres meses, próximamente, cuenta ya con un ejército de voluntarios que ha vencido al disciplinado y veterano del Gobierno, y con el territorio de más de tres Provincias en donde domina por medio de sus autoridades y en donde se acatan sus resoluciones.

En cambio el Gobierno no ha podido aumentar sus fuerzas ni aun por el sistema de reclutamiento que convirtió en objeto de lucro y de negociaciones, y sólo cuenta con auxilios de los Departamentos vecinos, porque en el propio no lo apoya la opinión.

De lo dicho se desprenden dos hechos culminantes: (a) que Colombia se halla bajo el estado de guerra civil o intestina; y (b) que el partido que ha hecho la revolución con el objeto de alcanzar y garantizar mediante un cambio de instituciones, sus derechos políticos conculcados, es un partido poderoso que el Gobierno no ha podido vencer con todos los recursos del tesoro y de los parques nacionales en nueve meses de guerra, y que cuenta con territorio continuo y poblado en diferentes secciones del país, en el cual domina con gobierno establecido y en el que se respetan y cumplen los decretos y resoluciones de su mandato.

De hecho y de derecho el partido en armas ha alcanzado la categoría de beligerante, conforme a las doctrinas y leyes internacionales que respetan los gobiernos civilizados de la tierra; pero si no se le reconociere ese carácter, siempre sería verdad que constituiría gobierno de hecho o *de facto*, allí donde efectivamente impera.

Estoy seguro de que usted no ignora ni desconoce lo que acabo de exponer, porque éstos son hechos de notoriedad universal en que se ocupa la prensa nacional y extranjera de todos los países. Tampoco ignorará usted ni desconocerá que una revolución de las condiciones apuntadas adquiere ciertos derechos en relación con el Gobierno que pretende derribar, con los que secundan a ese Gobierno como aliados o cómplices y con los terceros que han de permanecer neutrales.

Desde luego es ley internacional que los extranjeros residentes en el país para conservar las inmunidades propias de ese carácter deben abstenerse de toda participación en los asuntos políticos del país; y que lo que se dice de sus personas es aplicable a aquellos de los bienes que se aplican a la guerra y que, como las naves, carros, trenes y todo vehículo que sirva para transportar o conducir elementos de guerra, son reputados buena presa si se los emplea en los indicados fines. El extranjero, sea individuo o compañía puede por su libre arbitrio inclinarse del lado de sus simpatías o conveniencias y prestar auxilios al partido que quiera, pero en ese caso, perdida su inmunidad de extranjero, queda expuesto a todas las contingencias de la guerra, y considerado como nacional por ambos bandos y como enemigo por aquel contra el cual ejerce sus actos.

En la persuasión de que usted no ha olvidado estas reglas internacionales, que son leyes de la Gran República de los Estados Unidos, quiero convencerme igualmente de que usted no permitirá que los trenes del ferrocarril interoceánico entre Panamá y Colón, del cual es usted digno Superintendente, sirvan en lo sucesivo para transportar elementos de guerra o conducir tropas del Gobierno de la una ciudad a la otra o a cualquier punto de la línea con el objeto de combatir al Ejército de la Revolución en el Istmo; pues la condición de extranjería de que goza la Compañía que usted dirige, es inseparable de las inmunidades inherentes a esa condición. No querría usted seguramente que perdiera esas inmunidades y se viera expuesta ella

o sus propiedades, a todas las contingencias de la guerra y que el Gobierno de la Revolución la considere aliada o cómplice del Gobierno que combate y la trate a ella y sus propiedades como tal.

La Compañía está obligada a mantenerse neutral en las contiendas civiles que ocurren en el país, no sólo por su condición de extranjera, sino también porque la línea del Ferrocarril que le pertenece ha de permanecer, conforme a los tratados internacionales, neutral en todo tiempo, y la neutralidad ha de ser tal que no se confunda con la imparcialidad, lo cual quiere decir que se abstendrá en absoluto de toda ingerencia en la contienda y no facilitará a uno de los combatientes lo que niega al otro, porque no se lo debe acordar a ninguno de los dos.

Y no podría decir, para justificar sus simpatías en favor del Gobierno (caso de tenerlas) que conforme al contrato del Ferrocarril la Compañía está obligada a transportar al Gobierno sus tropas, armas y equipos, porque tal contrato viene a ser mera ley local que no puede derogar la ley internacional reconocida también por otros contratos con la nación, que son tratados públicos, en los cuales se establece la neutralidad. Los deberes que aquel contrato impone a la Compañía sobre transporte de tropas, equipos y armas, seguramente son para el tiempo de paz, porque teniéndolos la Compañía contrarios de guardar la neutralidad en tiempo de guerra, claro es que el conflicto de deberes tiene que resolverse según los tratados, conforme a la razón y a las leyes primordiales internacionales que especialmente afectan a la Compañía.

En mi carácter de Secretario General del Gobierno de la Revolución en el Istmo, tengo instrucciones del señor Jefe Civil y Militar, cuyo órgano soy, para decir a usted que el Gobierno de la Revolución respeta y respetará los intereses y las propiedades de la Compañía del Ferrocarril y ofrece a esta Compañía la fuerza suficiente de que dispone para garantizar el libre tránsito de uno a otro mar por la línea del ferrocarril y puede asegurarle que lo garantiza; pero que al mismo tiempo espera que le niegue en adelante al bamboleante Gobierno que está a punto de desaparecer, los medios de transporte de que dispone por no verse expuesto a combatir a ese Gobierno en esos medios y a causar a la Compañía, por razón ineludible de la guerra, daños incalculables que está lejos de quererle irrogar.

No querría, en efecto, tener que dirigir la boca de sus cañones para los carros y trenes del ferrocarril por la necesidad de dispararlos contra el enemigo que iría en ellos; y no querría, en fin, valerse de esos mismos carros y trenes, con perjuicio de la Compañía y del libre tráfico, por culpa de ella misma en ejercicio de derechos que no sólo reconoce el Derecho natural sino el positivo que es la ley de las naciones.

Requerida para que preste sus trenes, máquinas y carros de transporte por un Gobierno que agoniza, como es el que combate la Revolución, bien puede denegarse a hacerlo, segura de que no la constreñirá a ello por ningún motivo.

En tal virtud, resumiendo las ideas y principios expuestos en la presente comunicación, aguarda el señor Jefe Civil y Militar del Departamento, en cuyo nombre tengo el honor de hablar a usted, que sea estricta la neutralidad que la Compañía observe en la actual guerra civil, negando a uno de los contendores lo que no concedería al otro.

Si se recuerda que la Empresa que usted honorablemente representa ahora, en la época de predominio del partido liberal en el Gobierno siempre tuvo garantías, protección y trato generoso sin menoscabo de los intereses del país, es de esperarse que usted tendrá en cuenta tales antecedentes históricos para dar atención al contenido de este oficio, acordando lo que a usted pido con acopio de razones irrefutables.

Tengo el honor de suscribirme de usted Atto. S. S.,

Carlos A. Mendoza.



Capítulo XXII

El plan de ataque a Panamá y su ejecución Corozal

Desde mucho antes que empezara la movilización del Ejército, el General Herrera estuvo siempre excitándome para que enviara 50 o 100 hombres por los lados de Chepo, a hostigar, decía, al enemigo; y siempre me negué a hacerlo por creer el paso no sólo inútil sino evidentemente peligroso.

¿Qué podían, en efecto, hacer 50 o 100 hombres? El mismo Herrera reclamaba: “Hostigar por ese punto al enemigo”, con lo cual se ve que no se trataba de una operación importante. El enemigo situado entre esas fuerzas y el resto del Ejército, en Panamá, entre Chepo y Chame, equidistante, casi a seis jornadas de uno u otro, podía quedarse en sus cuarteles imperturbable, despreciar la estéril provocación, dejar a la guerrilla merodeando y consumiéndose, o echarle encima doble número, arrinconarla en los confines de Chepo, últimos de la parte poblada, sin espacio donde maniobrar y aplastarla allí o hacerla internar en la selva de Bayano de donde no saldría más.

Ya en La Chorrera el General Herrera siguió inquietado por la misma obsesión. Quería no ya tan sólo que mandáramos los 50 o 100 hombres indicados sino toda nuestra fuerza.

—Vamos —me decía— en nuestra flotilla y desembarquemos por Paitilla.

Por teléfono le contesté desde Chame objetándole la idea. Era, en efecto, absurda y además superflua. (*)

(*) Los partes se copiaron en un libro que reposó después en poder de D. Rodolfo Chiari, y que el Sr. Albán creyó justo apropiarse.

Ante todo, en nuestra flotilla no podíamos ir, pues ella apenas era capaz de conducir 300 hombres y no era factible llevar a cabo un desembarco por el punto indicado. Paitilla es la punta oriental que encierra la parte interna de la bahía de Panamá, a tiro de cañón de las Bóvedas sobre la otra punta. Alta como un cabo, a flor de agua se extiende luego semi-rocallosa, a distancia de dos o tres cuadras más, lo que la hace de casi imposible acceso. Por detrás de Paitilla, un poco al Este por la Boca de la Caja, podía llevarse a cabo el desembarco; pero ¿qué objeto había en eso? ¿No se acercaba Ramírez por allí? ¿Para qué ir a engrosar sus filas? ¿Qué ventajas había en adelantársele?

Las insinuaciones o propuestas de Herrera me demostraron que desconocía el terreno en que estaba y dieron por resultado que yo no descansara ya en manera alguna en él. Herrera había vivido en Panamá, hacia mucho tiempo, como oficial subalterno de un batallón acantonado allí; pero vivir en un lugar no implica necesariamente el conocimiento de él y de sus alrededores. Depende esto del carácter, de la clase de vida que se lleve, más o menos de ciudad o de campo, más o menos agitada o sedentaria, y de mil circunstancias ocasionales de difícil enumeración. ¿Había Herrera vivido encerrado en su cuartel? ¿Le fue dado como oficial de un batallón de línea hacer frecuentes excursiones alrededor de Panamá? ¿Podía al cabo de quince años de ausencia recordar distintamente las vagas impresiones que había recibido?

Seguro de su ignorancia, mandé hacer un mapa indicativo de los accidentes naturales y artificiales del campo que iba a ser teatro de la movilización y de la lucha, y de él se sacaron las copias necesarias. Con la paciencia y la habilidad que le distinguen, Juan B. Sosa lo llevó a cabo, reuniendo para ello, a sus personales conocimientos, mis indicaciones generales y las especiales de aquellos que conocían en sus nimios detalles determinados sitios; quién, por ejemplo, a Bella-Vista y a Perry's Hill, por haber vivido allí; quién a Curundú por haberse servido de sus baños; quién a Corozal por haber trabajado en la línea; quién a Peña Prieta, a Tívoli y a Punta Mala por haberlos frecuentado. Había entre nosotros muchos que habían veraneado en el Arraiján y conocían como sus manos a Bique, La Boca, Cocolí y Farfán.

El 13 de julio quedábamos en Chame Mendoza y yo con un grupo de empleados y oficiales, el tesoro, el parque y los presos; Simón Chaux y los 78

hombres de Panamá, formado por los 25 istmeños llevados por Vásquez y los 53 reclutas de Chame.

La flotilla en la cual íbamos a dirigirnos a La Chorrera, estaba organizada. Paulo Emilio Morales, acomodado en el “Gaitán” de hecho quedaba nombrado Comandante de ella. Capitán de marina encargado del detalle, fue nombrado José María Estévez, hombre de mar, lleno de cualidades para el cargo, resistente, valeroso, conocedor de la costa, astuto y veraz. Equivalía a segundo de Morales, y cada balandra, bongo o bote tenía un piloto a las órdenes del expresado Estévez.

Estábamos listos para partir, cuando he aquí que el 14 en la mañana llegó “La Momotombo” a San Carlos. Incontables son las emociones que precedieron a su reconocimiento. Desde las primeras luces del alba, José Asunción Cajar, oficial encargado entonces de esa plaza, anunció por teléfono la aproximación de un buque.... Primero no lo distinguían bien y temían fuera algún vapor del enemigo; estaba pintado como el “Taboga”, y a más de eso se iba acercando con calculada cautela. Había ido muy cerca de la Punta en donde ondeaba nuestra enseña roja, y luego resueltamente entraba a la ensenada. Después.... el oído no percibía la bocina sino simples murmullos, algo como un eco distante. Inútil agitar la campanilla y gritar con todos los pulmones. La línea parecía interrumpida o la oficina de San Carlos desierta. Nadie se movía a nuestro alrededor; se habría oído volar una mosca. Al fin, después de prolongados instantes, para nosotros como un siglo, volvió el murmullo y rompió la voz:

—El buque es “La Momotombo” y aquí está el doctor Morales.

De manera que Zelaya se había apiadado, y, aunque tarde, al cabo de dos meses de espera, mandaba el auxilio que le habíamos pedido con instancia.

Sobre todo, había llegado Morales. Después de Bejuco, podíamos haber dicho a semejanza de Enrique IV a Crillon: “Hemos peleado en Bejuco y tú no estabas allí”; pero llegaba a tiempo para estar en Panamá...

Llegaban también los 40 o 50 colombianos, en su mayoría panameños, detenidos en Managua desde mediados de abril, y en fin, un cuadro de dieciocho oficiales extranjeros... De éstos mencionaban uno, Toledo, que al principio no daba yo con el que podía ser. ¡Era nada menos que el General

Salvador Toledo, ex-Ministro de la Guerra del Lcdo. Estrada Cabrera! Lo conocía muy bien. Hombre vivo de genio, inquieto, azogado, y con todo esto, sencillo y bueno, brusco a veces, pero siempre sin afectación. Le había tenido simpatías sinceras; sin embargo, declaro que su llegada al campamento me produjo cierto malestar. Aunque de polvo y lodo, era un auxiliar demasiado encumbrado y nuestro ejército muy pequeño para poderlo ocupar en él.

El general alborozo fue turbado por una contrariedad insuperable. Llevaba “La Momotombo” parque (600 rifles Remington, un cañón Krupp y 100.000 tiros) y no quisieron desembarcarlo adelante en la vía de Panamá. ¡A la manera que en Burica, debían ver la tierra, echar el cargamento a la playa sin detenerse a contemplarla siquiera y regresar enseguida sin volver la vista atrás! ¿Qué les costaba allegarse en tres o cuatro horas a La Chorrera? Nos habrían evitado en el desembarque, embarque y transporte de ese parque, la pérdida de dos días más, dos días preciosos que se hundían en el pasado infructuoso, de lo fatal, como en un abismo, llevándose de viaje muchas de nuestras caras esperanzas. ¿Qué hacer? ¡Ni el Coronel Carlos Zubiría, que figuraba entre aquellos conductores, accedió a nuestros ruegos, y ayudados por nuestros peones de San Carlos, botaron lo que llevaban en la playa, levaron anclas y se largaron arrebatadamente, mar afuera, sin siquiera volver la vista atrás!

Fue entonces, cuando pensamos en Victoriano Lorenzo, el Gobernador de los indios de La Trinidad, Las Churuquitas, Cacao, La Pintada y Sorá, para el transporte del parque. ¿Cómo no debían tener esos indios hambre de reparaciones? Son una raza de proscritos en la Cordillera, a donde los arrinconan cada día más la codicia de la torpe autoridad de nuestra tierra. Claro nos parecía, por tanto, que siendo ellos así y nosotros *descastados* y *filibusteros* sin patria, había cierta similitud en nuestra común desgracia y bien podíamos haberlos de nuestra propia mesnada. Los requerimos por medio de una embajada en toda regla, ofreciéndoles redimirlos del inicio pago del diezmo y de otras cargas, y quedó hecho el pacto. Lorenzo ofreció 200 o 300 hombres y bajar a Capira o a la misma Chorrera.

No había tiempo que perder. Era el 16 de julio y de Panamá nos llamaban con instancia. Campo Serrano había salido para Barranquilla desde me-

diados de junio en busca de refuerzos y no podía tardar. Ya anunciaban su regreso; debía estar llegando. (*)

Salimos a las diez de la mañana y fuimos a desembarcar al puerto de La Chorrera el mismo día a las cinco de la tarde. Habíamos invitado a Herrera a ir allí, considerando el caso de la mayor urgencia, a fin de acordar sin pérdida de tiempo el plan de ataque a la ciudad; pero a pesar de estar tan cerca, no fue, y no nos detuvimos a averiguar el motivo que tuvo para no hacerlo. Entonces nosotros nos dirigimos a donde estaba él en la población, perdiendo, por supuesto, en idas y venidas, dos días más.

El General Chaux, que quedaba en el puerto por enfermo, al saber que partíamos, me llamó a la casa que ocupaba, por medio de Paulo Emilio Morales, y me habló así:

—Deseo, señor doctor, que reunamos a los Oficiales del Ejército del Istmo y a los que han venido conmigo para que elijan al General Herrera Comandante General de las fuerzas unidas del Cauca y Panamá, y goce por tal modo de las legítimas credenciales que le son necesarias.

—Yo no veo —le dije—, ni la necesidad ni la urgencia de hacer esto. He nombrado a Herrera Jefe de nuestra expedición, y por lo que toca a mí, concluida la campaña, bien puede ser el Jefe de la del Cauca, si lo quiere usted.

—No, así no —me repuso—. Actualmente tenemos dos fuerzas de origen distinto: las del Istmo y las del Cauca; cada una con sus Jefes separadamente, y para la unidad de mando y el éxito de las operaciones, deben tener un Jefe único, y yo propongo que ese Jefe, del cual dependan todas las demás, sea el General Herrera.

—Está bien; que sea Jefe el General Herrera, pero para llegar a semejante resultado ¿qué necesidad hay de reunir a los Oficiales del Ejército y a los que ha traído usted?

—Porque es así como se hacen las cosas ...

Y basado en no sé qué principios del Código Militar, quemado del calor de la fiebre, con voz sacudida y el ojo brillante, habló por largo rato para demostrar la necesidad de hacerlo así.

(*) La Colonia Liberal de Costa Rica transmitió a Nicaragua, y el Dr. Morales llevó al Campamento, la seguridad de que nada debíamos temer de los lados de Barranquilla y Cartagena.

Le contesté manifestándole que creía haber leído el Código Militar alguna vez, y no encontraba en mi memoria razones suficientes para proceder como quería él; que a Herrera lo había nombrado yo por mi sola autoridad, por ser yo, por elección popular, Jefe del Departamento en que estábamos, por haber organizado yo y no otro la expedición, asumiendo la Jefatura Suprema, y por tener, en fin, el mandato de otros Jefes del Partido en la Nación.

—Entonces, ¿cómo vamos a hacer?

—Me atrevo a indicar a usted esto: nombre usted a Herrera Comandante General de las fuerzas del Cauca y me lo comunica a mí. Como ya es el Jefe de las del Istmo, tendrá de tal modo el comando de las dos..... Usted comprenderá que si se quisiera hacer como usted indica, actualmente no se llevaría a cabo en toda forma, porque el General Ramírez y otros Jefes caucanos, que no ha tomado usted en cuenta, están lejos de nosotros y no podrían hacer parte de la reunión...

En el pueblo de La Chorrera, el 17 de julio en la noche, nos reunimos al fin en Consejo de Guerra para acordar definitivamente el plan de ataque a la ciudad de Panamá. Estábamos en el salón de la casa de alto de la familia Escala: Mendoza, Eusebio A. Morales, Herrera, Toledo, J. Cicerón Castillo, Quinzada, Paulo Emilio Morales, Neira y yo. No concurrieron Chaux, Agüero, Icaza, Clément ni Gómez, por hallarse en el puerto y enfermo el primero; ni Abadía ni Rengifo, no obstante hallarse en la población, por causas que ignoro. Herrera no quiso que invitáramos a los Jefes de Cuerpo porque, según él, sólo debían saber obedecer.

Cuando se abrió la sesión, distribuí entre los concurrentes algunas copias del mapa que se había levantado y extendí y fijé uno de sus ejemplares en el tabique de madera, a fin de que todos pudieran verlo.

Con la claridad que me fue posible expliqué enseguida a todos las líneas, puntos y diversas señales que marcaba. El mapa contenía, especialmente, la descripción del terreno que íbamos a recorrer, y siendo nuestro objetivo la conquista u ocupación de la ciudad de Panamá, contenía además la descripción de ella con todos sus detalles la de sus alrededores. Caminos, ríos, llanos, cerros, pantanos, esteros, costas y bosques, todo estaba marcado con precisión.

Naturalmente, figuraba La Chorrera, que era nuestro punto de partida, y saliendo de él, dos caminos: uno directamente a Emperador, en la línea del

Ferrocarril, y otro al Arraiján, antes de llegar al cual se desprendía un sendero que conducía a Culebra, sobre la misma línea del Ferrocarril. Del Arraiján la vía se prolongaba sin más bifurcaciones a Miraflores, como Emperador y Culebra en la citada línea por el punto denominado Cocolí. Una trocha lo comunicaba igualmente con Farfán, sobre un estero de la costa, a dos mil varas de la Boca y a la vista de Panamá.

Para ir a Colón había el camino que sale a San Pablo, pero el más rápido era el que guiaba a Emperador, y desde este punto por la vía férrea. Para ir a Panamá el trayecto corto era el de Miraflores por el Arraiján, y desde ese punto, por la vía férrea también por Corozal. Los caminos confluían todos a esta vía, como vértebras, y después de ella no quedaba nada: era el bosque impenetrable en terreno accidentado y había que seguirla necesariamente, como el carrizo o tubo de un acueducto. Se quería, en efecto, ir a Colón, y preciso era seguir por el carrizo; y por el mismo carrizo, en sentido opuesto, si se quería ir al otro extremo.

Desde Corozal a Panamá la vía va estrechada a la derecha por un pantano que la salpica, formado por los derrames en los días de aguaje del Río Grande, que es el cauce en ese punto del Canal. Tiene ese pantano casi la forma de un triángulo cuyo vértice está en el expresado Corozal y cuyos lados son: el río hasta el caserío de La Boca, sobre la boca del Canal; la línea férrea hasta la entrada a Panamá, y las faldas del Ancón desde la citada Boca hasta la misma entrada. Ancón es un cerro que se interpone entre Panamá, La Boca y el pantano. Panamá está allí del otro lado del cerro en una península de granito desde sus faldas opuestas hasta el mar. Ahondando éste la costa para formar la ensenada, ha pretendido acercarse al pantano, unirse con él para cortar la península, hacer de ella una isla y aislar de tal modo a la ciudad. De modo que para entrar a Panamá hay que acercarse a una estrecha garganta, siguiendo la línea del Ferrocarril por toda la orilla del pantano. (*)

En Corozal se espacia un poco el horizonte *a la izquierda* por una serie de colinas que van a morir a 4.000 yardas de la costa.

(*) Cuando fue escrita esta Campaña no se habían iniciado siquiera los trabajos de construcción del Canal por los americanos. Concluido y abierto al comercio del mundo ha cambiado totalmente la topografía de su vecindad.

Son las de Corozal, Schuber, Cangrejo, Perry's Hill y Bella Vista. Podría decirse que el espacio comprendido entre ellas, la línea del Ferrocarril en dirección a Panamá y la ribera del océano, forman otro triángulo cuyo vértice se halla en la tentativa de unión del mar con el pantano. Es un triángulo adyacente al primero, con vértices opuestos y con un lado común que es la línea del Ferrocarril. Quien va de Panamá a Corozal se acerca a una estrechura; quien va en sentido opuesto, de este último punto hacia aquél, se encuentra con lo angosto de un embudo.

Está este último triángulo caracterizado así: por la línea de lomas que sería la base y por dos caminos distintos, el férreo ya descrito y el de herradura de la sabana a Panamá. Estos dos caminos parten separadamente, pero convergen fatalmente a un punto: el férreo se desprende de la loma del Corozal, sigue orillando la línea del pantano, se ahonda al entrar a la ciudad y pasa por debajo de un puente; el de herradura se escurre por entre Bella Vista y Perry's Hill, sigue paralelo a la costa, penetra en Calidonia, calle larga de casas de madera y cercas de alambre a uno y otro lado, y pasa, en fin, por encima del citado puente.

Desde las lomas se domina la garganta y se ve que, aunque se tienen dos caminos a derecha e izquierda, para entrar a la ciudad inevitablemente hay que acercarse a la estrechura, porque esos dos caminos se juntan en ella. O pasa uno por debajo del puente, por entre los barrancos de Pueblo Nuevo y San Miguel, o pasa por encima de ese puente, siguiendo a Calidonia encajonada. De no hacerlo así, habría que bregar por entre el pantano hacia las faldas del cerro, o por la playa hacia los muelles del Ferrocarril sobre la misma estrechura. Entre las casas de la banda izquierda de la calle de Calidonia y el mar, están las cercas de alambres, de cada una de ellas, algunas ciénagas y enmarañados manglares.

.....
 Por lo visto, pues, Panamá no tiene acceso por el lado de tierra, sino por donde se acaba de decir, por una estrechura de 700 a 800 metros; fuera de ésta no queda, hallándose sobre una península, sino el mar que la rodea por todas partes casi.

Todavía, por los lados de la Boca, la solución de continuidad en el terreno es sólo el Canal. Antes era el Río Grande, pobre de aguas, que se

secaba con la marea baja; pero ahondando el cauce de él para la gran obra interoceánica, ahora aquel río escuálido, que se podía pasar a pie enjuto, (*) es un foso profundo que corta el territorio en esa parte. En frente de La Boca está Farfán; La Boca en la península panameña, Farfán del lado opuesto. Desde La Boca, la costa se extiende con ligeros accidentes en una longitud de más de 4.000 yardas antes de llegar a la ciudad; alta en La Boca, baja en San Lázaro y Gavilán; alta de nuevo en Punta Mala y seca y arenosa luego en Barraza, hasta encontrar el Matadero.

Salvo en La Boca y en la casa de San Lázaro, la costa toda está desierta y brinda por todas partes, en la pleamar o con media creciente, arrimo fácil.

Después no ofrece ya más esas ventajas sino del otro lado en la ensenada interior, sobre una playa, la de Peña Prieta próxima y correspondiente a Bella Vista y Perry's Hill; pero llegar a esa playa equivale a buscar el acceso por tierra e intentar el paso por la estrechura de que he hablado.

Sabido todo lo que precede, dije a los miembros del Consejo: *propongo asaltar la ciudad en nuestros botes por los lados de Farfán*. El grueso del Ejército avanzaría al Arraiján, en seguida a Cocolí, y al acercarse a la vía férrea, cruzaría a Miraflores con la rapidez que fuese dable, seguiría luego a Corozal y se apoderaría de sus lomas; ya en ellas, se daría la mano y se pondría al habla con Ramírez y sus 250 caucanos, que ocuparían las otras lomas hasta el mar, Cangrejo, Bellavista y Perry's Hill. Ostentarían entonces sus fuerzas desplegándolas en las lomas; le harían ver al enemigo que íbamos todos por ahí y atraerían su atención con cañoneo constante; fingirían un ataque, y noche y día lo hostigarían con la amenaza. Mientras tanto, 300 hombres, que son los que caben en la flotilla, a lo más, ocultos en Farfán, (en el estero los botes, y los hombres en los ranchos) aguardarían el aviso de aquel simulacro de ataque para asaltar de noche la costa —por la Boca, San Lázaro, Punta Mala, Barraza y Gavilán— y subir con igual sigilo al Ancón, atacar por detrás en la mañana al enemigo en la estrechura y favorecer la entrada de los aparentes atacantes de las lomas...

Nadie combatió directamente el proyecto enunciado. Paulo Emilio Morales propuso que fuéramos a desembarcar a Peña Prieta o a Paitilla, o a la

(*) Así lo pasaron los alzados con Aizpuru en 1885.

Boca de la Caja, y en esta idea lo apoyó Herrera con calor y abiertamente. Superfluo me parece reproducir lo que se dijo. Esos contrincantes se exhibieron tenaces, pero pobres de argumentos o ignorantes del terreno, sobre todo. Se comprendía bien por el mapa que lo que proponían era un absurdo simplemente: querían llevar las tropas hacia un solo punto, precisamente a la estrechura o garganta por donde la Península está unida al Continente, a lo angosto del embudo, allí donde estaría (y sabíamos que estaba) el *godo* atrincherado; y matemáticamente la lucha en tales condiciones tendría que resolverse en nuestra contra. Por la sola fuerza de la oposición o resistencia iríamos fatalmente al descabro. Avanzaríamos de la base del triángulo a su vértice, de lo amplio a lo angosto, del campo de fáciles maniobras, a donde el solo obstáculo natural sería resistencia incontrastable y de donde nos rechazarían fácilmente.

El Consejo de Oficiales tuvo el buen juicio de rechazar esa barbaridad y adoptar mi plan. Entonces Herrera, encargado de su desarrollo y ejecución, indicó que las fuerzas acantonadas en el puerto y que eran los batallones *Columbe* e *Iturralde*, de 100 plazas cada uno, y el Panamá de 78 (los 25 isleños de Vásquez y los 53 reclutas de Chame) serían los encargados de obrar por Farfán. Las fuerzas acantonadas en el pueblo (de La Chorrera) serían el centro y marcharían con el mismo Herrera al Arraiján, de donde avisaría éste el día y la hora de su salida a Corozal, para que su llegada a ese punto coincidiera con la entrada sigilosa de las otras fuerzas que irían por agua a situarse en frente de La Boca, y de las que haríamos parte Mendoza, Morales y yo.

En fin, a punto ya de disolverse el Consejo, requerí a Herrera para que asignara un puesto a cada uno de los Generales Castillo y Toledo, en concordancia con sus grados, y nombró al último Comandante de la Artillería. Respecto a Castillo, se quedó pensativo un instante, y luego sonriendo y mirándome de un modo vago, me dijo:

—Estoy seguro de la satisfacción de usted al nombrar, como nombró, al General Castillo, Jefe de las fuerzas que han de operar por los lados de Farfán, así será testigo usted de su empuje cuando asalte a la cabeza de esas tropas la costa y las faldas del Ancón...

La ironía era clara; pero no comprendí bien el pensamiento que la dictaba. Herrera era opositor empecinado del plan adoptado; pero no

llegué a imaginarme que obrando como si lo ejecutara, quisiera hacerlo fracasar.

Mi contrariedad era grande, sin embargo, y no pude menos que manifestárselo a Mendoza y a Morales cuando me vi solo con ellos.

—Ustedes ven, les dije, cómo el General Herrera señala al Panamá, compuesto de soldados de cordel, entre las fuerzas que han de operar por La Boca, y luego asigna a Cicerón Castillo el puesto de más juicio y más audacia ...

Mendoza que se hacía optimista a medida que avanzábamos, me contestó:

—No importa; allí vas tú para corregir las faltas ...

—Tal vez tengas razón, repuse, halagada mi vanidad y sin fijarme en que en la guerra un yerro es siempre irreparable.

Al día siguiente, 18, comenzaron a salir los batallones en dirección al Arraiján, y el 19 concluía el desfile con el Justo Arosemena. Herrera cerró la marcha, dejando la población en la mañana de ese día con ciento veinte Oficiales de a caballo que forman su Estado Mayor.

Quedamos en La Chorrera esperando el aviso convenido sobre el día y hora del avance del Ejército a Corozal, para converger nosotros a Farfán, y en la mañana del 20 recibí un papelito de Herrera, de la noche anterior, en que decía lo siguiente:

“Doctor Porras: Camino infernal. “El Conto” apenas llegará hoy (19) a Arraiján. El “Justo Arosemena”, mañana. Mucha bestia cansada. No podré avanzar sino el 21.—Herrera.”

Quedaba establecido, pues, que las fuerzas que constituían el centro no saldrían sino el 21 del Arraiján, y en tal virtud dimos las órdenes del caso para poder salir también con la marea del día indicado, seguros de hacer el corto trayecto de La Chorrera a Farfán en el tiempo que emplearía el Ejército de Herrera en llegar a Miraflores. (*) Partiendo de esa base, era seguro que Herrera avanzaría el 22 en la mañana a Corozal, y de ello tendríamos el aviso, no ya en La Chorrera, sino en nuestro escondite frente de La Boca. Por consiguiente, todo iba bien, desarrollándose por sí mismo con la mayor precisión.

Considerándolo estaba en la noche del citado 20, cuando he aquí que recibo una nota de Herrera, de crítica del plan adoptado, repleta de noticias sensaciona-

BELISARIO PORRAS

les sobre distribución de fuerzas enemigas por La Boca, y en la cual concluía pidiéndome las escasas tropas que iban a operar por este punto. Contestéle, con el convencimiento que me animaba, oponiéndome a sus designios y demostrándole del modo más benévolo que pude, la necesidad de mantener la estabilidad del discutido acuerdo.

Mi nota de entonces, que repasó el doctor Abadía, amigo de Herrera, sin hacerle reparo ninguno, dice de este modo:

Chorrera, 20 de julio de 1900.

Señor General don Emiliano J. Herrera.

Arraiján.

Apreciado General y amigo:

Hará una hora recibí su atenta comunicación de ayer noche. Congratúlome con usted por el ingreso de los nuevos voluntarios (once) cuyos nombres me da. Creo que de ese punto a Miraflores se le presentarán muchísimos más, y los rifles que le mandé ayer (25) quedarán colocados. Si así fuere, podrá usted contar para amenazar la ciudad por el centro, con una fuerza efectiva poco más o menos de 900 hombres, pues ya tiene, si se cuenta el número de los del batallón *Chiriquí, del Azuero, Conto, Uribe, Robles, Justo Arosemena, Artillería, Estado Mayor y Escuadrones de Caballería*, lo mismo que los oficiales en depósito, como 850. Jaramillo, no sólo

(*)

Chorrera, Julio 20 de 1900.

Sr. General D. José Cicerón Castillo,
General en Jefe del ala derecha del Ejército

Puerto.

Estimado General y amigo:

Transcribale lo que con fecha de ayer me comunica del Arraiján el Sr. General Herrera:

“Camino infernal. El Conto apenas llegará a Arraiján; el “Justo Arosemena”, mañana; mucha bestia cansada; no podré avanzar sino el 21; mande ganado”.

Tengo por objeto que Ud. se imponga de la lentitud de la movilización y que no será sino mañana en la noche, al amanecer del 22, cuando el General Herrera se situará con el centro en Miraflores y Corozal. Nuestra partida del puerto, pues, no puede ser sino mañana, una vez que el pensamiento que ha inspirado el plan de ataque a la ciudad capital, en lo que toca al ala derecha en la cual figura Ud. con su flotilla, ha sido el que esa ala logre hallar expedita la vía de La Boca al Cerro de Ancón, mediante la amenaza del Centro.

Nuestra presencia en Farfán, antes de que el enemigo sienta la aproximación por Miraflores o Corozal del Centro, no producirá los resultados apetecidos; y es innecesario hacer ver de nuevo la importancia de la toma del Ancón. Al centro como se ha dicho ya muchas veces se le dificultará en extremo apoderarse de esa posición, porque todos los terrenos que tendrá a su derecha, desde Corozal hasta el propio cerro, son pantanosos.

llevó esos rifles en disponibilidad, sino parque de reserva (de Mausers) para su tropa y unos 15.000 tiros Remington para los nuevos rifles, y de reserva del cuerpo que se forme con ellos.

No sé cómo calificar el informe que me trasmite de alguno o algunos de los voluntarios presentados. Le dicen a usted que los dictatoriales tienen 50 hombres en Punta Mala, 200 hombres en La Boca, 60 hombres en Peña Prieta, 60 en el Guabo y 100 en Calidonia, de donde se desprende lo siguiente:

1°.—Que los dictatoriales han sacado de sus cuarteles para hacerlos tomar posiciones alrededor de la ciudad 50 más 200 más 60 más 60 más 100 igual a 470 en conjunto; cuatrocientos setenta hombres; y

2°.—Que no han situado tropas en Pueblo Nuevo, o sea por los lados por donde ha de avanzar usted.

La noticia me parece a todas luces falsa e inverosímil, y de no, ¿cómo explica usted que los dictatoriales pretendan atacarlo y que la batalla haya de tener lugar en Miraflores, como usted me dice? ¿No recuerda usted que los dictatoriales no tienen arriba de 700 hombres de combate, los mismos con los cuales nos atacaron en Bejuco, probablemente diezmados por nuestras balas y por las enfermedades que reinan por este tiempo en la Capital? ¿Cómo podrían atacarlo a usted en Miraflores, si 470 hombres de los 700 están distribuidos en los diferentes puntos que usted me cita? ¿Crée usted que los dictatoriales se desentenderían de Ramírez, cuya aproximación conocen ya, para correr al encuentro de usted, cuya aproximación les debía ser desconocida ayer aún?

La noticia que me trasmite de la distribución de fuerzas alrededor de la ciudad, tiene que quedar bajo el filo de un dilema ineludible: o efectivamente están distribuidos tal como le han dicho, y entonces no saldrán tropas a ata-

(Importa mucho, pues, tener preparada la fuerza para su movilización mañana. Como Ud. sabrá, en Farfán se carece casi en absoluto de víveres, y deben tomarse hoy mismo las providencias del caso para obtener alguna provisión de ellos. En el puerto hay sal y por tierra han seguido para aquel lugar diez reses. El mayor Tapia ha recibido mi, órdenes para enviar a ese puerto dos sacos de arroz, uno de frijoles y una carga de yucas. En fin de Chame se remitió al cuidado del Capitán de Marina, José Mercedes Estévez, una cantidad regular de víveres de los cuales debe haber aún a bordo de una de las balandras que componen la flotilla. Sírvase informarse de esto último y ponerse de acuerdo con el Comandante de la flotilla para la formación del presupuesto respectivo que asegure la alimentación de los hombres de mar, al propio tiempo que la de los de tierra.

Quedo de Ud. con toda consideración, su muy atento S. S. y amigo.

Belisario Porras

carlo a usted en Miraflores, o no están distribuidos de tal modo y para atacarlo a usted, como se dice, necesitan disponer de todas sus fuerzas, en cuyo caso el ala derecha que obraría por Farfán, no desempeñará un papel de *mera estrategia*, como usted dice, sino que hallando débil o sin fuerza las posiciones de La Boca, podrá tomarse, sin esfuerzos ni sacrificios, la posición especial de esta batalla, que es el Ancón, el cual da acceso al camino de La Boca y desde donde podrá no sólo favorecerse la entrada de usted, sino la de Ramírez mismo. También éste tendrá expedito el camino de la Sabana y Calidonia, porque no habrá tropas para oponerle y podrían, no sólo sin esfuerzo ni grandes sacrificios, apoderarse primero de Bella Vista y de las eminencias del Perry's Hill y del Cangrejo, sino avanzar a Guachapalí y Calidonia.

Estimaría, pues, que no les diera crédito a las noticias que le dan los que llegan, porque no concuerdan con la verdad, y vale más analizarlas para convencerse de que no tienen absolutamente ningún fundamento o tienen apenas una pequeñísima parte de verdad. En prueba de ello, le diré que han llegado a nuestro Campamento del puerto unos cuantos individuos, muchos de los cuales salieron anoche de Panamá, y cuentan que ayer tarde, cuando el combate naval del vaporcito "Ancón" con el "Ricardo Gaitán", los dictatoriales creyeron que había llegado el momento decisivo y movieron sus tropas por diferentes puntos de la ciudad. Si esto es así, como lo es, ¿cómo es que los dictatoriales tienen distribuidas sus tropas fuera de la ciudad? Seguramente los voluntarios llegados al Arraiján, salieron de Panamá mucho antes del combate naval, y tienen que saber menos que los que salieron después del combate y están recién llegados acá...

El plan de ataque a la ciudad fue discutido y acordado ya; y aunque bien podría modificarse, esto no podría ser, me parece, sino en virtud de hechos positivos que nos constriñan imperiosamente a hacerlo así.

En virtud de ese plan, debemos avanzar formando usted el centro y nosotros el ala derecha, en juego con el General Ramírez, a quien hemos considerado el ala izquierda. Su avance de usted debía ser sigiloso y lleno de precauciones al atravesar la línea del Ferrocarril y hasta tanto que se apoderara de las lomas de Miraflores y Corozal, o de una u otra estación; y ya en este punto, desde donde trataría usted de comunicarse con Ramírez, sin ocultarse, y antes bien, amenazando a la ciu-

dad. Nuestro avance, al contrario, calculando su salida del Arraiján, debía ser sigilosamente a Farfán y mantenernos allí lo más ocultos e ignorados que pudiéramos, hasta saber de usted y de la ocupación de Miraflores a Corozal, y cuando la supiéramos, verificar un desembarco por San Lázaro o Gavilán y tratar de apoderarnos del Ancón....

Resuelto así nuestro avance y en conexión con Ramírez, que correría de cuenta de usted (de los dos, usted y yo, el único que podría ponerse al habla con él es usted) los dictatoriales, sin refuerzos hasta la fecha, tendrían que abandonar sus retenes y concentrarse en la ciudad, en la cual los estrecharíamos día por día, hora por hora y momento por momento. Estoy, pues, muy lejos de creer con usted que esta ala derecha no preste sino un servicio meramente estratégico y que no pueda desembarcar ni combatir con ventaja. Al contrario: si usted por el lado que viene, no puede tomarse el Ancón porque se lo impide la inmensa zona de pantanos que tendrá a su lado, desde Corozal hasta Pueblo Nuevo, ¿quién quedará encargado de hacerlo si efectivamente se considera ese cerro (Ancón) como verdadera llave principal de la ciudad? ¿Quién, sino quien avance por el lado de La Boca, por donde únicamente hay acceso a ese cerro, quién, sino ese, puede tomárselo? Si usted pretendiera hacerlo, tendría que tomarse primero una parte considerable de la ciudad para acercarse a dicho cerro, y entonces ya no habría ningún objeto en tomárselo, porque el cerro tiene sólo importancia para una de estas dos cosas: o para apoderarse de la ciudad, o para proteger el avance de otros que vinieran a hacerlo. Respecto del primer punto de esta disyuntiva, ya está dicho que si usted avanza a Pueblo Nuevo y se apodera de este barrio de la ciudad y del de la Calzada, por donde tendría que pasar para ir al Ancón, ya no tendría objeto en tomárselo, porque el cerro serviría para tomarse la ciudad y la ciudad estaría en parte tomada, tomados los barrios citados. Respecto del segundo punto de la disyuntiva, es evidente que sólo el ala derecha podría proteger el avance de los otros dos cuerpos: el de usted y el del General Ramírez, porque tiene positivo acceso al expresado cerro. ¿Quién sabe si a esa ala le corresponderá la enorme tarea de despejarle a usted el campo y de ayudarlo en su avance? No dudo de su empuje; al

contrario: como conozco su valor y su impetuosidad, temo que vaya a estrellarse con el grueso de las fuerzas del enemigo atrincherado, cuando éste se convenza que con usted va el mayor número de los nuestros; y ese convencimiento lo adquiriría si yo mermo las fuerzas del ala derecha por mandar de ellas a usted; si nuestro empuje es débil, como tendría que ser en ese caso, o si no se realiza nuestro desembarque, como usted dice, y realmente no se realizaría si yo me quedara con cien o ciento cincuenta hombres solamente. ¿Qué sucedería entonces? Que el plan de ataque acordado sería eliminado, que tendríamos una fuerza inútil que no tomaría parte en la acción, y que el enemigo podría despreocuparse de uno de los flancos para cargar por el centro con vigor, lo mismo que por el otro flanco. Tan cierto es todo esto, que más abajo agrega usted en su citada carta lo siguiente: “Pienso llamar la atención por el cerro de San Juan, mañana, para que al enemigo se le debilite más el ala de la Sabana.” Y resulta que este cerro está frente a La Boca y al lado del cerro de Bella Vista, que se levanta a la margen izquierda del estero de Farfán. Quiere usted que le envíe fuerzas de Farfán para reforzarse y mandarlas a Farfán; porque el cerro de San Juan está en la expresada jurisdicción y corresponde a lo que hemos llamado el ala derecha.

No podré tampoco enviarle el cañón del “Ricardo Gaitán”. Aparte de lo dicho y de que ese buque, ayer vencedor del “Ancón”, es protector de nuestra flotilla, en Farfán no hay ni bueyes ni mulas, ni caballos ni carretas en qué hacer el transporte; y caso de haberlos, el retardo del envío daría al traste con nuestras operaciones. Farfán lo separa del Arraiján un gran estero, y ya puede usted calcular el paso de él con un cañón.

Está bien que me envíe a Farfán sus ideas sobre el ataque. Tengo la seguridad de que una vez impuesto usted del terreno que va a atravesar y del que ocupará el ala derecha y por donde esta ala maniobrará, así como del terreno que puede disputarnos el enemigo, sus ideas serán luminosas y será poseedor de la verdad, de toda la verdad. Vaya, pues, a Velásquez; pero sepa que Velásquez está rodeado de manglares y no tendrá usted allí todo el horizonte que necesitará para el estudio que propone. Esté usted seguro de que el enemigo no se le irá por los lados de Cocolí, porque para esos lados el camino es naturalmente malo, y los fangales del río le harán ver de antemano el terror de la derrota. Sólo a nuestros soldados les es dado atravesar lagunas, pantanos, ríos creci-

dos y trasmontar cerros, cuestras y desfiladeros.

Ojalá no mande ningunas fuerzas al cerro de San Juan, como me dice. Está muy separado de usted, y esto, además de debilitar el centro, cansaría a nuestros soldados sin objeto, porque el enemigo, conocedor del terreno, comprenderá que aquello no pasa de ser un simulacro, seguro de que no podría usted pasar el Canal por allí., y sería un procedimiento inútil.

En fin, amigo, ruego a usted sobre toda la confianza que merece nuestro triunfo ineludible. Seguro estoy de que basta que usted mida sus pasos; que, cuando se halle en Cocolí, recoja todas sus energías y cruce rápidamente la línea del Ferrocarril; que en seguida se apodere de las lomas de esa estación o avance sobre Corozal, donde también las hay; que trate de darse la mano luego con el General Ramírez y de ponerse en relación conmigo: de no combatir sin el concurso de nosotros dos o de uno de los dos, por lo menos, y no olvidar en su avance que el concurso de los tres será lo que nos permitirá obligar al enemigo a encuevarse en la ciudad, temeroso de que uno de los tres se le entre a ella. Para su conocimiento, debo decirle que para comunicarme con el General Ramírez, de Miraflores hay camino a la Carrasquilla y al Acueducto, en donde se dice que estaba ayer aquel amigo.

Espero hallarme identificado con usted, y me regocijo desde ahora con las consecuencias de esta uniformidad de ideas entre nosotros.

Quedo con toda consideración su muy atento S. S. y amigo,

Belisario Porras.

El día 21 de julio en la mañana, cuando estábamos en La Chorrera calculando que en ese instante estaría saliendo Herrera con el grueso del Ejército del Arraiján y nos preparábamos para ir al puerto a salir nosotros también, numerosas personas del pueblo llegaron a decirnos que desde el alba habían estado oyendo tiros de rifle y de cañón por los lados de Corozal.

Nuestro primer impulso fue de burla. Los campesinos siempre estaban oyendo extraordinarias cosas por todas partes y para nosotros era muy conocida su superstición. ¿Cómo podía Herrera andar a esas horas por Corozal? No nos había escrito diciéndonos: *no podré avanzar sino el 21*. Ése era el aviso convenido, pues. Quería decir: no se muevan ustedes antes de esa fecha; el 21 es cuando podemos movernos nosotros. Por otra parte, ¿tan cerca

estaba por ventura el Arraján de Corozal que fuera cosa de salir y llegar? Los disparos podían ser más bien los que Herrera llamaba *retozos del Gaitán*, esto es, algunos tiros cambiados por nuestro buquecito con el vapor “Ancón,” armado en guerra por los dictatoriales. Pero después de uno llegaron otro y otro aviso sobre el tiroteo que se oía por los lados del Corozal, y por último, Paulo Emilio Morales, Chaux, Julio Icaza y Clément nos participaron lo mismo desde el puerto, en donde estaban.

Preocupados nos fuimos a la torre de la Iglesia a ver si desde esa altura la brisa nos revelaba en sus murmullos lo que había de cierto, y no oímos nada significativo. Si algo había habido en Corozal, todo estaba terminado, y nos volvimos a la casa, creyendo, no ya en supersticiones de las gentes, sino en que las descargas podían haber sido de algunos barrenos de la Compañía excavadora del Canal.

La marea fue a las doce, y a la una y media nuestra gente toda estaba embarcada. A las dos emprendió su marcha la flotilla: primero el “Gaitán,” en el que iban Paulo Emilio Morales, Chaux, Agüero y Gómez, remolcando un bongo y un bote; la lancha a vapor en seguida, con dos botes; la “Helvecia” sola, y por último “La Cisterna” con nosotros, remolcando tres botes más. Nuestra gente iba distribuida en esas embarcaciones, pero muy mermada ya, pues en la noche anterior, de los 53 reclutas de Chame se habían ido 30, y en el momento del embarque faltaban 15 de los que quedaban...

A las cuatro estábamos frente al Tejar y próximos a doblar la punta de Venado, después de la cual quedan Pámpano y a su lado Farfán. Era muy temprano, muy de día, claro y con sol, para acercarnos sigilosamente, y así, considerando que desde Panamná podían vernos, resolvimos aguardar ocultos detrás de la punta y del islote adyacente. Debíamos aguardar embarcados para evitar los tropiezos de un nuevo embarque de noche, y ¿cuál no sería nuestra sorpresa cuando vimos a toda nuestra gente de las demás embarcaciones dispersándose por la playa, por orden o con permiso del General Castillo, y entrando a un maizal cercano como una plaga de langostas? ¿Quién iba a dominar aquella masa? ¿Cómo hacernos oír de ella? La marea secaba ya y los bajos arrecifes de la playa interponían barrera infranqueable entre los dispersos y nosotros. Cito el hecho porque fueron horas de impaciencia de las que salimos a duras penas a las nueve de la noche. Reembarcada la gente, a las

diez, al favor de media marea llena, avanzó el convoy al escondite con luces apagadas...

Entre ese nuevo punto de partida y nuestro desembarque en Farfán, tuvimos contrariedades sin cuento, causadas por el citado General Castillo. Seguramente inferior a la posición que había alcanzado, era hombre de buena voluntad, de imaginación viva, de buena palabra, culto y de fisonomía atractiva; pero incompetente a todas luces para mandar hombres y mucho menos en acción de guerra. Se hallaba completamente desorientado de los hombres y de las cosas, en un terreno incomprendible para él, y con subalternos y oficiales a quienes jamás había tratado. Así solía confundir los grados y dar órdenes a un empleado civil tomándolo por Comandante de un cuerpo. Me parecía un ebrio, y el pobre no había tomado una sola copa de licor. De ordinario inquieto y azogado, entonces le encontré más agitado y aun convulso. A menudo se contradecía, pues lo movían ideas diversas y contradictorias y cualquiera le hubiera creído falto de confianza y turbado por temores secretos. A veces se me acercaba a decirme: “¿Sabe usted, doctor, que el enemigo tiene dos cañones en La Boca?”, y otras, envalentonándose: “Me tomaré el Ancón, respondo de ello con mis bigotes”, y, repetía, como una reminiscencia vaga, como un eco de su mente: “Me corto un bigote!”...

Con todo y esas contrariedades, pudimos desembarcar, no obstante la fuerza de la vaciante que nos alejaba, antes de que amaneciera, con el mayor sigilo; y cuando las luces del crepúsculo despertaron la ciudad y dejaron ver el horizonte, nosotros nos hallábamos en nuestros ranchos, bien ocultos, y nuestra flotilla en su fondeadero, detrás de la isla y punta de Venado.

Era el 22 de julio, y aunque esperábamos la noticia de la llegada del Ejército a Corozal, obrábamos como si supiéramos que ya estaba allí. Seguramente había llegado a tal punto o estaba llegando, porque Herrera nos había asegurado que saldría del Arraiján el día anterior, 21. En consecuencia, dimos las órdenes a Cicerón Castillo para que mantuviera listas las embarcaciones pequeñas para el paso de nuestras fuerzas del otro lado del Canal, a La Boca, San Lázaro, Gavilán, Barraza y Punta Mala, y tengo la prueba de que Castillo lo ordenó a su vez así a Paulo Emilio Morales, a José María Estévez y a los Jefes

de la fuerza. Nosotros mismos se lo prevenimos de tal modo a Morales y a Estévez, y por medio de Juan Antonio Mendoza recogimos los remos que estaban en el lugar y arraigamos en el estero las dos o tres barcas de pescadores que encontramos.

A medio día nos llegaron los rumores del combate del día anterior. Había combatido nuestro Ejército en Corozal y había triunfado; se habían tomado al enemigo muchos prisioneros y todo andaba a maravillas... Apenas lo podíamos creer. ¿Herrera en Corozal desde el 21 en la mañana? ¿Y no era, pues, ese 21 en la mañana cuando iba a salir del Arraiján? Y si había triunfado ciertamente, ¿por qué no había seguido en pos de los fugitivos? ¿No está Panamá, allí, a dos millas y media, a la vista del expresado Corozal? ¿No era de suponerse que Herrera estuviera ya en Panamá?

Con mayor razón, pues, deberíamos apresurar nuestros preparativos para pasar al otro lado; pero el “Gaitán”, en donde estaba Paulo Emilio Morales había abandonado el fondeadero. ¿Quién debía cumplir las órdenes referentes a la flotilla! La marea estaba llena, y era en ese instante, a la una de la tarde, cuando debían y podían entrar nuestros botes al estero de Farfán para disponer de ellos en la marea de la noche. Los lances de marina son siempre variables y expuestos a mudanzas repentinas; pero lo son mucho más allí que en ninguna otra parte, porque el retiro de las aguas con la marea baja, deja en seco o con muy poco fondo una extensión considerable de playa.

Había que aprovechar los momentos, pues una vez que pasaran no se presentarían más sino al día siguiente, al cabo de otro movimiento de rotación de la tierra. Desazonados estábamos, cuando un cañonazo, cuyo estallido oímos por los lados de la Bóvedas, en la ciudad, y cuya bomba cayó en el agua, cerca de nosotros, nos hizo salir del rancho en donde estábamos, ¡y cuál no sería nuestro dolor al ver entrar al estero a Paulo Emilio Morales, a Agüero y a Chau en el “Gaitán”, con un buque de vela a remolque, a la vista del enemigo que lo espiaba y le disparaba desde las murallas!...

Fue ése, indudablemente, el primer acto de imprudencia cometido por los nuestros, pues si en nuestro plan de ataque a la ciudad debía intervenir el sigilo, y así se había dispuesto, y por tal causa habíamos entrado de noche y con luces apagadas a la población que ocupábamos, y por eso precisamente nos manteníamos ocultos en ella, nada debíamos hacer que revelara nuestra

presencia por ese lado. Habíamos, es verdad, ordenado la aproximación al mismo estero de nuestros ocho botes para preparar el paso del Canal; pero esto no era lo mismo que la entrada de nuestro buquecito de guerra con un buque capturado. Los primeros, de uno a uno, o de dos en dos, costeando, pegados a la tierra, podían no ser vistos, o podían ser tomados por embarcaciones de pesca, no así el “Gaitán”; y en prueba de ello, desde entonces no cesó el enemigo de disparar con su gran cañón contra los ranchos del pueblo, llenos de ancianos, de mujeres y de niños llorosos y aterrorizados.

Pero no fue eso nada en comparación de lo que sobrevino luego. En vista de que perdíamos la marea sin poder hacer entrar los botes al estero, se convino, como obra de conciliación y para conformidad de todos, en que, no habiéndose todavía Herrera puesto a la voz con nosotros, esa noche no era cuando debíamos efectuar el paso del Canal, pero sí haríamos conducir allí, durante ella y sin remisión, validos de las sombras, nuestros botes para llevarlo a cabo el día siguiente.

No nos oponían resistencia nuestros enemigos por La Boca; eso lo sabíamos ya por diferentes conductos y estábamos tranquilos, en la seguridad de que no obstante las sospechas que había debido despertar el “Gaitán” en nuestros enemigos, las cosas marcharían del mismo modo, pues la duda en que sobrenadan siempre las sospechas, no es nunca la mejor consejera de lo que se debe hacer.

Cuando caía la tarde nos anunciaron la llegada de un expreso. Lo mandaba Herrera, y era el Coronel Don Carlos E. Jaramillo. Al atravesar el estero para llegar a los ranchos, lo habían llamado del “Gaitán” Agüero, Chau, Gómez y Paulo Emilio Morales... Querían saber lo que lo llevaba. Lo principal no era pedirnos órdenes sobre una capitulación o entrega de la ciudad, que se había estado tratando sin instrucciones y a ignorancia nuestra entre Herrera y el General Albán, después de la derrota de éste. Era evidente, indudable, que una parte de las fuerzas que comandaba Herrera había llegado a Corozal el 21 en la mañana y había batido en campo raso, en dos horas, a los dictatoriales; evidente que no habían perseguido al enemigo y habían querido entrar a la ciudad no como guerreros que conquistan, sino como triunfadores, al estilo romano; evidente que se habían cruzado notas sobre entrega de la plaza entre el vencedor y el vencido...

De modo que Herrera había trocado su papel por otro muy distinto; su impetuosidad de antes del combate se había convertido en moderación después de la victoria. No quería forzar, conquistar, emplear la violencia para tomar la ciudad, sino entrar a ella como amigo a recibir los lauros, en virtud de una entrega oficial: renunciaba a su actitud batalladora de guerrero y se asentaba en el sillón del Magistrado; envainaba la espada y empuñaba la pluma. ¿Cómo podía ser eso? Las notas estaban, sin embargo, allí. “Entregue usted incondicionalmente —había dicho— las plazas de Colón y Panamá, y toda nave, puerto o ciudad ocupada por la Regeneración”; y el otro había hallado las condiciones duras. ¡Qué barbaridad! Era imposible así la entrega de la plaza, Albán decía en nota adicional, escrita de su puño y letra: “No es imposible un arreglo en condiciones honrosas.” (*) ¿Cómo no le había puesto Herrera, pues, un puente de oro? (**) Estaba bien que usurpara esas funciones, que eran nuestras, pero siempre y cuando que las desempeñara con habilidad. ¿Qué debíamos hacer?

Lo importante no era lo de esas comunicaciones, repito: las notas no nos eran enviadas para pedirnos consejo o instrucciones, sino como una muestra de lo consumado y de lo irremediable. ¡Habían transcurrido ya 36 horas!.... Lo importante era otra cosa: dislocar el plan de ataque a la ciudad, que era un pacto; violarlo, desacreditarlo, hundirlo, impedir que se cumpliera. ¿Y cómo? Pues por medio de la concentración de todas las fuerzas. Ya Ramírez había llegado y se había reunido con Herrera. Desgraciadamente los soldados de Ramírez no eran los doscientos cincuenta ingleses que Morales, Chaux, Gómez y otros pregonaban, sino solamente ciento. (***) Con todo, ya habría un solo ejército con el de Herrera y no debía haber en definitiva sino una sola masa que él manejara. Pedía a gritos que se le enviaran las tropas que permanecían allí y debían obrar por La Boca.

Para conseguirlo no se había contentado con dar razones, a su modo, sino que hacía propaganda y levantaba influencias a mi alrededor. Por ejemplo,

(*)La nota en que expresaba el General Albán quedó en poder del Sr. Paulo Emilio Morales.

(**)Con cuanta previsión decía Kutuzof a su Estado Mayor. Deseoso de defender al Ejército francés en su retirada por el camino de Smolensko: “Haced un puente de oro al enemigo; ése es el mejor medio de perderlos!...”

(***)El partido liberal ha vivido engañándose a sí mismo.

había conseguido que Rengifo me escribiera con el mismo Jaramillo en favor de sus designios. Así—más que la manera como Herrera intimaba a Albán esta insistencia era lo que nos torturaba. (*) Confieso que a cada nuevo recla-

(*)
Sr. Dr. Don Temístocles Rengifo,

San José, C. R., octubre 14 de 1900.

Presente.

Muy estimado amigo:

Ruego a Ud. se sirva certificar a continuación si es o no verdad que el 21 de julio de este año, el día del combate de Corozal, varios allegados y amigos de Erniliano J. Herrera y éste mismo le rogaron me escribiera a Farfán aconsejándome el envío de las fuerzas que operaban por La Boca del Canal, seguros de que por la amistad que le tengo yo accedería a su solicitud.

Agregue Ud. las particularidades que recuerde, pues yo recibí efectivamente en la tarde del dicho 22 de julio una carta firmada aunque no escrita por Ud.

Soy su atento S. S. y amigo,

BELISARIO PORRAS

Sr. Dr. Belisario Porras,

Presente.

Muy estimado Dr. Y amigo:

El 21 de julio por la noche, se encontraba en Corozal el Ejército que ese mismo día había combatido y vencido a órdenes del General Erniliano J. Herrera a quien Ud., al iniciarse la campaña del Istmo, había nombrado General en Jefe del Ejército Liberal de Panamá. En el lugar, fecha y tiempo citados, el mencionado General Herrera despachó al Coronel Carlos Jaramillo, primer Jefe del Bon. “Justo Arosemena” para que fuera al Campamento de Ud a llevarle varias comunicaciones, una de las cuales; recuerdo, porque la oí redactar, tenía por objeto hacerle ver a Ud. que no tenía necesidad de atacar a Panamá por la Boca del Canal, que bastaba dejar por ese lado unos cincuenta tiradores para distraer a los que el Gobierno tuviera en los muelles, y que el resto de las tropas que Ud. tenía, y con las cuales —según el Plan convenido en La Chorrera— debía José Cicerón Castillo atravesar el Canal y ocupar el cerro de Ancón, se las remitiera a Corozal para atacar la ciudad por la línea del ferrocarril, por la Sabana y por la playa de Peña Prieta; requería también el General el envío del cañón con que estaba armado el “Picardo Gaitán O”. Mucho recomendó el General Herrera al Coronel Jaramillo el que instase a Ud. para que consintiera en mandarle tropas y el cañón y fue entonces cuando el dicho Coronel Jaramillo manifestó que yo debía escribirle a Ud. secundando los deseos del General —que así tendría él, Jaramillo— más probabilidades de obtener el envío de las tropas porque Ud. diz que me dispensaba muchas consideraciones. Como el General Herrera, de quien era yo Ayudante de Campo, conviniera en lo que Jaramillo exigía, dicté al Capitán José Manuel López Urrutia, también Ayudante del General, una carta para Ud. diciéndole que, en mi concepto, no había necesidad de emprender el peligroso paso de La Boca, pues que, dadas las condiciones en que se encontraba el Gobierno bastaba cargar el grueso del Ejército por la línea del ferrocarril, y al llegar al punto en que ésta se divide, dividir también la gente, destinando una parte de ella a flanquear la trinchera y la otra parte a ocupar el cerro de Ancón siguiendo el ramal del ferrocarril que conduce a la Boca del Canal; que por lo tanto, creía yo, que Ud. debía venirse con las tropas que tenía, a reforzar al General. También hablé a Ud. en la referida carta, del envío del cañón del Gaitán O., y opiné porque ese buque no debía entrar en combate por ser el único vehículo de importancia que la revolución poseía en el Pacífico, por no estar blindado y ser sumamente débil y porque en caso de un desastre, no contando con ese vapor quedaba la revolución paralizada en la Costa del Cauca.

La carta mía que Ud. recibió el 22 de julio, es la misma de que dejo hecha referencia; y sobre su contenido puede también informarle el Capitán José Manuel López, a quien, como ya lo dije, supliqué la escribiera, pues la herida que el mismo día 21 había recibido en el brazo derecho me impedía hacerlo personalmente. A duras penas pude firmarla.

Dejo así contestada su apreciable de esta fecha.

Soy de Ud. muy atto. S. S. y amigo,

TEMÍSTOCLES RENGIFO V.

San José de C. R., oct. 14 de 1900.

mo de Herrera sentía flaquear mis convicciones. Aquello parecía ser una convicción más honda y arraigada que la mía y debía serlo así porque allí debía residir, sin duda alguna, la verdad. La vanidad tiene ciertamente alguna semejanza con la convicción, poseedora de la verdad, y esa semejanza está en la pertinacia. ¿Qué debíamos hacer en lo que proponía Herrera?

Enviarle nuestro aplauso por su conducta levantada, y mientras por una parte resolvimos entendernos directamente con Albán, enviándole a Paulo Emilio Morales para que le ofreciera arreglo más honroso que el que quería imponerle Herrera, por otra, le contestamos a éste negándole rotundamente el envío de las fuerzas que debían operar por donde estábamos. (*)

Morales se alistó para pasar La Boca en un bote con bandera blanca, y ya íbamos para la punta llamada Bella Vista, él a tomar el bote allí y yo a despedir-

(*)—

Farfán, julio 22 de 1900.

Señor General D. Emiliano Herrera,
Donde se halle.

Estimado General y amigo:

Es tal el cúmulo de contrariedades que en estos momentos sufrimos, que me veo obligado a dejar de escribirle yo mismo la presente, como son mis deseos, y me limito tan sólo a felicitar a Ud. por el triunfo obtenido ayer, y por su conducto a los valientes copartidarios que acompañaron a usted en tan lujosa acción.

Hoy en la tarde hemos estado oyendo en esa población tiros de cañón, y todo ha demostrado que es el General Ramírez (José A.) que ha marchado sobre Panamá. Ni por un momento he creído que haya Ud. comprometido acción alguna. Esta noche he dispuesto efectuar nuestro desembarco y lo aviso a Ud. para si desea converger con nosotros al ataque a la ciudad de Panamá.

El Coronel Jaramillo (Carlos E.) me trajo sus muy apreciables cartas y oficios. El cañón y las fuerzas que Ud. me solicita no pueden serle enviados, pues esto es materialmente imposible. No tengo una sola bestia; por lo demás, como ya he tenido el gusto de decírselo, las fuerzas que figuran en esta ala son muy reducidas, en atención a la deserción de los capireños y charneros. Si esas fuerzas siguieran para allá, ni llegarían a tiempo ni causarían otra cosa que hacer llevar las fuerzas del Gobierno que están en La Boca a hacer frente a Ud.

En este momento que son las ocho de la noche, nos distraen con tiros de cañón que nos dirigen del *Cuartel de Chiriqui*. Hemos vacilado mucho en contestarles, porque en ese cuartel tienen, se nos ha dicho, encerrados a nuestros copartidarios y amigos.

El Coronel Paulo Emilio Morales salió esta tarde, como Parlamentario, a llevar una nota al señor Carlos Albán y otras para el Cónsul francés y el americano : pero su comisión no pudo al fin realizarse.

Felicito a Ud. sinceramente por su enérgico oficio dirigido al General Albán sobre capitulación de las fuerzas dictatoriales. Está perfectamente identificado con mi manera de pensar.

Cuento con que si no hay dificultad invencible, a las tres o cuatro de la mañana estaremos rompiendo los fuegos por este flanco. Opino que Ud. debe secundar este esfuerzo y excitar a Ramírez para que lo haga igualmente. Me resuelvo a hacerlo porque me imagino que Ud. también piensa que mañana es día de la lucha final. Creo que la victoria coronará nuestro esfuerzo combinado.

Afectísimo amigo,

Belisario Porras.

P. D.—Con dolor me he impuesto de que Eugenio (Porras) ha sido herido gravemente y que también trataron de cazar a nuestro amigo Dr. Rengifo (Temístocles). Sírvase dar!les un abrazo y con él mis felicitaciones.

lo, cuando oímos por detrás de nosotros, como a 100 pasos, una descarga cerrada, después de la cual sonó otra y otra más.... Sorprendidos, asombrados, nos volvimos a averiguar la causa, ¡y apenas podíamos dar crédito a lo que pasaba! En toda la playa del Farfán estaban desplegados nuestros batallones Colunje e Iturralde y los restos del Panamá... ¡Tenían a su cabeza a Tejada, a Rivera y a Vásquez, sus Jefes, y a un lado de ellos, con un corneta de órdenes, al General José Cicerón Castillo;... ¡Barbaridad inaudita! No había necesidad de averiguar más. Aquel hombre excéntrico y fatal, cuando más sigilo precisaba guardar, maniobraba un simulacro de batalla al aire libre ensayando la toma del Ancón, un combate formidable como los del personaje de Daudet en la cacería de leones en Argel. Disparaban por disparar, en dirección al mar, contra enemigos invisibles. Tranquila y callada la ciudad, frente a nosotros, parecía animarse y mirarnos alelada y triste, sus torres empinándose para vernos bien y convencerse del sainete, peregrinamente ridículo, que se estaba representando.

Cuento esto con vergüenza; pero debo referir la verdad, toda la verdad, simplemente la verdad y nada más que la verdad. ¡Todavía, al recordarlo, temo que vaya a estallar mi corazón!

Por supuesto que Morales no quiso ya cruzar La Boca para ir a Panamá; no hubo fuerza humana que lo decidiera, ni ningún otro se dispuso a hacerlo tampoco. Se había imposibilitado el movimiento con aquella algarada de entremés. Desde Las Bóvedas arreciaron los disparos de cañón, y en La Boca, en donde antes no había tropas del enemigo, situó éste la artillería, que en todo el día siguiente estuvo blanqueando sobre nosotros.

Jaramillo se nos separó a las diez de la noche, llevándole a Herrera nuestra negativa, y al cruzar el estero en donde estaba surto el “Gaitán”, llamáronlo a bordo, para informarse de lo que yo había resuelto, Agüero, Gómez, Morales y Chau. (*) El disgusto de éstos fue muy grande cuando

(*)—

Puntarenas, Octubre 12 de 1900.

Señor Dr. Belisario Porras,

San José.

Mi querido Doctor:

En la noche del 21 de Julio próximo pasado estando la mayor parte del Ejército Restaurador acampado en Corozal, el General Herrera me mandó a decir al Doctor Temístocles Rengifo que le escribiera

supieron nuestra decisión y parece que le escribieron a Herrera sobre el particular, pues en la noche siguiente, la del 23 de julio, cuando todo estaba listo para pasar el Canal, el señor General Simón Chau, que no se había movido de a bordo hasta entonces, por causa de enfermedad, vino a tierra a pedirme, en nombre de Herrera, del Ejército y del Partido Liberal, que acordado como estaba para el día siguiente 24 el definitivo ataque— le entregara las tropas para llevárselas al citado Herrera y confluir con ella, con el grueso del Ejército, al asalto de la ciudad. Una vez más, a última vez, me denegué a hacerlo; pero Chau, que hablaba en presencia de Mendoza, de Eusebio A. Morales y de Julio Icaza, movió todos los resortes, y por último, levantándose para irse y sin disimular su enojo, se expresó así:

—Pues bien, doctor: Herrera atacará mañana la ciudad, y si lo hace sin las fuerzas que usted retiene aquí y es rechazado, usted y no otro será el responsable ...

—Señor General —repuse a esta tríplice conjuración— no creo ser infalible, ni único poseedor de la verdad, y por eso cederé a la exigencia de usted, siempre y cuando que los amigos presentes, que son mis consejeros, lo resuelvan así. A menudo —no siempre— durante esta campaña, se han hecho las cosas como las he propuesto; pero no por imposición ni por capricho, sino más bien por el acierto que revelaban. La representación que tengo del Partido

una carta a Ud. a Farfán, convenciéndolo de la urgente necesidad y de lo conveniente que sería movilizar la mayor parte de las fuerzas que al mando de José Cicerón Castillo habían acampado en Farfán sobre Corozal, para proceder al ataque sobre la ciudad de Panamá. Me tocó a mí, por mandato del General, ser el conductor de la carta del Doctor Rengifo para Ud.

También es verdad que el General Herrera me comisionó a la vez para decir a Ud. veralmente que él consideraba de gran importancia traer la pieza de artillería a Corozal y que le mandara 200 hombres, por lo menos, para dar el asalto a Panamá; que opinaba dejar al frente de La Boca cincuenta tiradores para llamar la atención de las fuerzas del Gobierno, mientras duraba el asalto que debía ejecutarse por el puente.

Debo agregarle que en el desempeño de esa misión me fui a Farfán con la carta expresada de Rengifo y con la nota de Herrera para Ud. y recuerdo muy bien que no solamente conntestó Ud. denegándose a mandar las tropas solicitadas, sino que verbalmente me dijo Ud. a mí que el hacerlo como Herrera lo pedía, era destruir el plan de ataque que se había discutido y adoptado en La Chorrera, dejando en lo sucesivo todos los procedimientos sujetos al azar y la casualidad. Recuerdo, en fin, que en mi presencia se cumplieron algunos incidentes relativos a las órdenes dadas por Ud. para el paso por La Boca ; que cuando me retiré de su lado, a las 11 de la noche, del 22 de julio, los señores Simón Chau y Paulo Emilio Morales me hicieron llevar a bordo del “Gaitán” surto en el estero de Farfán, para informarse por mí, con el mayor interés, si Ud. había accedido o no al envío de las tropas, manifestando el mayor disgusto cuando supieron la negativa de Ud. Satisfaciendo sus deseos puede Ud. hacer de ésta el uso que a bien tenga.

Soy de Ud. atento S. S.,

Carlos Jaramillo E.

aquí es ocasional, y mi opinión no puede ser a veces, cuando hay sobre todo oposición, sino la resultante de la de los demás. Entiendo que el Partido ahora, por las circunstancias anormalmente extraordinarias en que estamos, son ustedes los que andan conmigo, y a ustedes me dirijo: ¿créen que voy errado y quieren que cambie de camino? Lo haré de tal modo sacrificando mi opinión, pero repitiendo ¡QUE VAMOS AL DESASTRE!

De esos amigos presentes, Eusebio A. Morales estuvo siempre identificado conmigo, de manera que creía contar con su opinión de antemano. ¡Cuál, pues, no sería mi pena y consternación cuando le oí decir:

—Sí, yo creo que usted debe poner las fuerzas a las órdenes del General Chaux para que se las lleve a Herrera!!

Reprimiendo cierta contrariedad, enojo o violencia, Mendoza, dirigiéndose a mí, agregó:

—¡Mándalas, pues!

Icaza guardó silencio.

¡Dos horas después quedábamos en Farfán con un grupo de empleados y oficiales y con los restos del llamado batallón Panamá!...

“Lo que más perturba y entorpece los actos de los hombres, dice Maquiavelo en sus Discursos sobre la primera Década de Tito Livio, es la necesidad de cambiar de plan en un momento dado y repentinamente. Estos cambios son sobremanera peligrosos en la guerra, porque en ella, lo más importante es que cada cual esté resuelto a ejecutar la parte que le toca, y si durante muchos días se vacila en el empleo de tales o cuales medios, la perturbación de los ánimos es inevitable y con ella el fracaso del proyecto, de suerte que vale más persistir en el plan convenido al principio, cualesquiera que sean sus inconvenientes, que para evitar éstos, cambiarlo y exponerse a otros mayores.” ...

El *Gaitán*, *La Cisterna* y la lancha a vapor llevando a bordo los batallones *Colunje* e *Iturralde*, bajo el mando de Chaux, habían salido del estero en dirección a la Boca de la Caja, envía al Campamento de Perry's Hill ...



Capítulo XXIII

Panamá

Amaneció al fin el funesto 24 de julio. La noche del 23 al 24, desde que Chaux partió de nuestro lado, se nos hizo interminable. La pasamos en vela y sobresalto, contando los minutos y aplicando el oído a cada tumbo resonante de las olas, creyendo oír en ellos la ronca voz de los cañones, y confundiendo los ruidos prolongados y lejanos con el aquelarre siniestro de la lucha.

Cuando la claridad invadió el espacio, nos dirigimos a la playa a ver y a oír, a adivinar los incidentes del sangriento drama. Aunque amanecía sin sol, nebuloso y triste, se distinguía bien todo en frente de nosotros; el mar aquietado ya de su batahola nocturna, la costa y la ciudad mudas, inmóviles y expectantes. No había comenzado el duelo y lo suponíamos aplazado. No podíamos creer, sin embargo, que los nuestros esperaran la luz del sol para asaltar al enemigo en sus trincheras formidables.

Hay tres modos de abordar al enemigo en cualquier parte en donde esté; pero la hora, el momento psicológico de hacerlo no es más que uno, el de la noche, al amparo de sus sombras, cuando se halla en reductos o murallas dominantes o cuando se asalta una ciudad que nos disputa, a cuya entrada se encubre y parapeta.

Concedimos a Herrera todavía la cordura de apreciarlo así, pero luego salimos del engaño, pues, pasados algunos momentos, oímos el retumbo del primer cañonazo, y en seguida, sin ningún intervalo, una descarga cerrada.

Otro estallido y nuevos y resonantes ecos. Había comenzado la batalla, y ya el fuego no cesó mas. Desde aquel instante (las ocho de la mañana) siguió

sin tregua ni descanso. Lo oíamos repetido o unísono, a manera de traqueteo constante o como un lejano y vago clamor. El viento nos alejaba las detonaciones o nos las volvía a traer secas, claras y distintas. A veces podía creerse que todo llegaba ya a su término, porque esas detonaciones eran sueltas, lentas, como disparos a un enemigo que se aleja, que huye y se le deja ir; otras veces parecía que se acosaba a ese enemigo con animosidad, de modo terrible, con encarnizamiento, precipitadamente, haciéndole descargas o un tiro sobre otro tiro y otros más para cerrarle el paso, siguiéndolo para acabar con él, para hacerle volver grupas ...

Al medio día la situación era la misma, pero en la tarde, cuando ya el sol se hundía en el ocaso, sólo retumbaban los cañones. Sus rugidos eran lúgubres, y para nosotros ya era claro que el enemigo se mantenía firme en sus trincheras y que los nuestros no habían podido entrar a la ciudad. Si no, ¿por qué ese incesante estallido de las bombas? ¿Por qué cesó el ruido de la fusilería cuando una vez adentro de la ciudad la lucha tenía que ser cuerpo a cuerpo?

Sin embargo, de los que estábamos en Farfán, no todos pensábamos de igual manera. No sé a ciencia cierta qué era lo que pensaban algunos; pero cuando les hablaba del desastre se mostraban, al contrario, llenos de esperanza y fe. A prima noche no nos quedaba más que ir a constatar la catástrofe. Por el plano inclinado de un abismo, Herrera y cuatro o seis más de sus parciales, habían estado arrastrándonos, y aunque habíamos resistido firmemente, sosteniéndonos cuanto pudimos, agarrándonos de lo que encontrábamos, habíamos caído, al fin, y ¡todo estaba terminado! En un momento de despecho me había quedado en Farfán, significando así mi reprobación, mi protesta acerca de los autores de tan forzada y tremenda desgracia; pero ahora, cuando a la rabia impotente se sucedía el dolor, ahora debíamos ir al Campamento los que allí estábamos a ver si podíamos servir de algo, a dar también la vida o a prestar un nombre, como quien da una mortaja o una capa para encubrir la vergüenza de la irreparable desventura, fruto de obcecados errores.

La lancha a vapor estaba descompuesta, con uno o dos tubos menos de la bomba de alimentación; pero no importaba, éramos pocos ya—unos cuarenta poco más o menos—y podíamos ir todos en el “Gaitán”. Así, pues, a las diez de la noche nos embarcamos en él, salimos del estero con la repunta de la

creciente, y después de doblar a Flamenco por el Oeste, reviramos sobre Panamá el Viejo hacia la Boca de la Caja. Allí, en esa irrisoria Boca, era donde debíamos desembarcar para alcanzar el Campamento de Perry's Hill, del cual dista poco más o menos una legua. Llegamos a las cinco y media de la mañana, e inmediatamente echamos mano a los botes para saltar a tierra; y aunque las dificultades eran grandes, porque la fuerza de la vaciante arrastraba mar afuera nuestras naves y éstas tenían que pasar por entre puntiagudas rocas para llegar a la ribera, en una hora más todos nos hallábamos en la playa.

Al arrimar se veían en ella, no obstante la neblina que cubría la costa, grupos de soldados y oficiales nuestros. Con todo, pesar de llevar el alma quebrantada por la desesperanza, no los tomé por desbandados de nuestro Campamento, sino por guardas de un retén colocado en ese punto por Herrera. Cuando me hallé en tierra y vi a esos hombres descalzos, con el pantalón arremangado hasta la rodilla, cubiertas las piernas de lodo, el rostro pálido y la mirada triste fue cuando me cercioré de lo que pasaba. Me rodearon en silencio, y uno de ellos, José Antonio Granados, me dijo con voz ahogada, sacudida por el llanto:

—Todo ha acabado, doctor... Tenemos como quinientas bajas... Han muerto Agüero, Temístocles Díaz, Joaquin Arosemena, Juan Antonio Mendoza, Fabio Tejada, Eugenio Porras, el Comandante Gómez, Samuel Ruiz, Chagalón, Samuel Rostrup y cien, tal vez doscientos más... Han caído heridos Chauz, Ramírez, Rengifo, Patiño, Castellanos, Domingo de la Rosa, Luis García y como otros doscientos... Nos queda poca gente... Vea los cañones que hemos recogido por orden del General Herrera y traído aquí para ponerlos a salvo. Confieso no haber tenido nunca emoción parecida a la que experimenté entonces. Había calculado, supuesto, pronosticado el desastre; pero no me había imaginado que llegara a tal extremo. Y es que nunca estamos suficientemente preparados para recibir la desgracia, ni aun para oír el anuncio de que se aproxima a nuestras puertas. Hay en esto una especie de dualidad moral, pues piensa uno que puede suceder de tal o cual modo, pero siente y espera de modo distinto. Bien podemos tener el convencimiento profundo del cumplimiento de un hecho desgraciado: la esperanza no nos abandona jamás.

Ella es siempre el último doliente que se retira del borde de la tumba, cuando todos los demás deudos de la vida se han retirado de aquélla.

Confundidos, anonadados, con la muerte en el alma, lo demás vino, sin embargo, sin arrebatamiento, sin discursos, sin esfuerzos, como un sueño... No vacilamos un instante. Había un caballo, monté en él y los demás me siguieron. Crucé vertiginosamente un llano por el cual iba hallando soldados de nuestro campamento a quienes preguntaba: ¿qué hacen? y contestaban con tristeza: ¡Buscamos qué comer!

En el Cangrejo estaban Chaux, Ramírez y Domingo de la Rosa, a quienes les curaban las heridas. Nada me dijeron, nada sabían, nada podían decirme. Habían sido soldados, habían entrado por donde les mandaron entrar, cayeron peleando y los retiraron del campo...

En Perry's Hill era distinto. Decíanme que allí estaba el Campamento, y en efecto, desde lejos alcancé a ver los grupos en la falda de la loma, tendidos unos al raso, sin sombrajos ni abrigoños; andando algunos, sentados otros alrededor de dos o tres hogueras. Al distinguir junto al verde claro de la loma el rojo de las mantas y el blanco de las ropas, mi vista se concentró por un instante. Un humo azuloso ascendía con lentitud, y no pensé en las realidades sombrías de la situación, sino en escenas de lucha y de esperanzas. Pero, ¡cuán corto fue ese instante! Al acercarme vi bien que el rojo se mezclaba con el gualda. No había risueñas filas de blancas tiendas, no ondeaban al viento las enseñas, no había ruido de armas, ni relincho de caballos, ni algazara de soldados... Reinaba, al contrario, una tristeza inmensa, semejante a la de las casas en donde hay enfermo; tal parecía a mi llegada que se andaba de puntillas y se hablaba en voz baja. Había doscientos muertos, insepultos, que se estaban hinchando y otros tantos heridos sin la primera cura, en la llamada Nevería, sin alimentos, sin medicinas, sin camas; pero lo triste, lo horrible, lo desesperante, no era nada de eso. Cualquiera puede calcular lo profunda que es la crisis que sufre un Ejército después de la batalla, y cómo hay necesidad de rehacerlo, de reorganizarlo para recomenzar; mas ésa no era crisis, era una catástrofe sin nombre. Era que aquel Ejército de bravos y abnegados, reducido a la mitad, cansado de la lucha y abrumado por el sueño, ¡¡tenía además dos días de no comer!! No era ya Ejército de hombres, sino de estatuas o de sombras, pues el hambre, la fatiga y el continuo contacto con las escenas horripilantes del campo de batalla, embotaban su espíritu y les daban una indiferencia glacial. Allí esta-

ban a pie firme, como dicen, sobre el lodo y bajo el agua, ocupando sus primeras posiciones; pero no era por ellos mismos, los pobres desventurados de rostros pálidos, de cabezas amarradas con pañuelos, de ojos hondos y mirada vaga, sino por el pánico, por el miedo cerval que habían infundido en los regenerantes. La arremetida había sido tan grande, tan horrible, que estos tres veces humillados enemigos no osaban todavía dejarse ver. Seguían en sus trincheras formidables, y, aun después, con mucho de pasado el cruento choque, apenas se atrevían a sacar las narices por entre las rendijas de ellas, a manera de armadillos en sus huecos. Estando en tal manera, cuando querían asegurarse de su situación, pegaban el ojo al enrejado de los parapetos, aguzaban el oído y tendían la mirada—si veían todavía el suelo sembrado de cadáveres—temblando volvían a agazaparse y a hundirse en sus zanjas

Cuando hube llegado a la casa de madera que se asienta en la cumbre de la loma y visto desde ella el campo en donde se había cumplido el drama, mi dolor fue más hondo y más intenso aún, porque si bien es cierto que al discutir el plan de ataque en La Chorrera, sin ninguna confusión había surgido ese campo en mi memoria y lo había transmitido así a los demás, en esa vez se recorría más distinto, más diáfano todavía a mi vista, sin la vaguedad del recuerdo. Es claro que todos tenían que verlo así, y, ¿cómo era posible que viéndolo y sabiendo que en la estrechura del fondo estaba atrincherado el enemigo, hubiera podido intentarse penetrar a la ciudad por tal estrechura? Abajo de esa loma, a corta distancia, rodaba el mar sus olas, dejando al descubierto, en seco, al retirarse con la marea baja, una extensión de media milla de playa. El enemigo no había levantado, no habría podido nunca levantar trincheras en ella, ¿por qué, pues, de noche, validos de las sombras, no habían intentado entrar a la ciudad por ese lado?

Así me interrogaba en balde a mí mismo, mientras contemplaba el panorama, y así mismo interrogaba a aquellos tristes y sombríos oficiales que se habían agrupado a mi alrededor. Inútil era; porque hay errores inexplicables y preguntas que no pueden contestarse. ¡Cuántos de ellos decían haber advertido a Herrera y reveládole la verdad! ¡Triste consuelo ése, como el de todas las desgracias, el de lamentarse uno de no haber hecho lo que habría podido hacer para evitarlas! Los procedimientos diversos que entonces in-

dica la prudencia, son como las virtudes de un muerto querido que no se ha de volver a ver. Recordamos esos medios y procedimientos de un modo inequívoco, y rehaciendo el episodio, creemos seguir la estela luminosa que dejan hasta coronar el éxito.

Todos estaban de acuerdo o en que los errores venían de muy, a trás

En Corozal, decían, triunfamos porque triunfar era lo inevitable. Albán cometió allí el gran error militar: avanzó sus fuerzas como por un tubo, que es la línea del Ferrocarril, y cuando llegó a la boca angosta de esa especie de embudo, se encontró con el *Robles* y el *Uribe Uribe* que le cerraban el paso. Dos compañías del Libres de Chiriqui y los escuadrones *Patria* y *Libres de Colombia* dieron la victoria. Cuando Herrera llegó al lugar del combate se halló con la aprehensión o captura de los prisioneros. Llegó a tiempo para cobrar el precio de la victoria, y ese precio que era la ocupación o conquista de Panamá, no lo cobró. Todavía, a su llegada, se oían las pisadas de los fugitivos y podía ponerseles los pies en los talones. La ciudad estaba tan cerca, que allí se oyen las campanas de su catedral. Transimenes está infinitamente más lejos de Roma, y todo el mundo está conforme en atribuir la pérdida de ésta para Aníbal a su vacilación después de la victoria; y Herrera vaciló no por falta de advertencias. Nicholson, por ejemplo, Salamanca, Cano, Aparicio, Salgado, Quintero y otros más se lo rogaron. Exponen muchos de éstos, que decía: “No tengo orden de seguir”, lo que de ninguna manera lo excusa, porque tampoco tenía orden de pelear fuera del plan acordado, y había peleado, y así con otras cosas. Quien ha hecho lo más, bien puede hacer lo menos. Hay desobediencias sublimes. Las órdenes en campaña se cumplen o no, según el criterio de quien las recibe. Me refiero a las órdenes relativas a las operaciones, cuando éstas deben realizarse fuera de la vista de quien las ha dictado. Todo el que conozca la guerra franco-prusiana, sabe que Moltke fue desobedecido varias veces por sus subalternos durante esa guerra, y que el gran maestro aprobó la desobediencia. Hubo más: de Panamá salieron varias personas a pintarle a Herrera la situación de ésta y a rogarle siguiera a ocuparla sin pérdida de tiempo. Una de esas personas fue una joven patriota, hija de Benjamín Ruiz, y la otra Ulpiano Sencial. (*) Le hicieron saber que muchos de los Jefes de la plaza, Belisario Losada, J. M. Guerrero, J. M. Parada Leal, Juan Antonio Henríquez y algunos más, gene-

rales unos, coroneles otros y no pocos detractores procaces, héroes de lengua, habían volado de la ciudad y se habían refugiado en Flamenco, a bordo de un vapor de guerra inglés. El mismo General Albán había hecho preparar el bote de la Capitanía del puerto para emprender la fuga... (*)

El desconcierto en la ciudad era grande: ¿qué esperaba Herrera? Es imposible saberlo; es más bien fácil adivinarlo.

El 21 lo empleó, lo mismo que el siguiente, en cruzarse notas con Albán. Intimó la rendición de la ciudad, y mientras le enviaron la respuesta, los enemigos tuvieron tiempo sobrado de reponerse del pánico. ¿Quién no ve que el que pide pudiendo tomar es porque no está seguro de su derecho o de su poder, que en la guerra se denomina fuerza? ¿Quién no comprende hoy que la intimación de rendición es un meter miedo banal? Preciso es creer que Herrera no sabía, antes de llegar a Corozal, lo que tendría que hacer, y vaciló al llegar allí. En la vida hay siempre un cuarto de

(*)-

Guayaquil, Ecuador, octubre 3 de 1900.

Señor Doctor Don Belisario Porras.

Managua.

Muy estimado Doctor:

Ya habrá llegado a su poder un folleto publicado por el General Don Salvador Toledo con motivo de las acciones de guerra en Corozal y Panamá.

Como Ud. verá, en él abundan inexactitudes que afectan la causa liberal, y lo que es más a sabiendas de la comisión que yo desempeñé al llegar a Corozal, existe un cargo que me atañe directamente y que debo aclarar.

Noticias que aquí recibimos de varios lugares, nos hacen creer que nuestra guerra continúa con vigor, por tanto no creo oportuno el momento de recriminaciones y cargos, aunque fundados, entre nosotros y por esto me he abstenido de dar publicidad a mi aclaración. Además, por fuerza tengo que hacer un cargo a Herrera y la ropa sucia es preferible lavarla en casa.

Pero como esta mi aclaración creo yo deba formar parte de los documentos para la historia de nuestra actual lucha, y como quiera que yo no declino la honra de haber cumplido con un deber sagrado en favor de la causa de mis convicciones, quiero que conste en poder de algunas personas prestigiosas. Además como supongo que Ud. escribirá algo, con referencia a aquellas acciones y rectificará el folleto de Toledo, quiero que tenga presente aquel documento.

Mi correspondencia para Ud., debe existir en la caja del Doctor Pablo y Ud. puede pedirla. El mismo Doctor Arosemena, Don Miguel Céspedes, Don Gustavo Pradilla o el Dr. J. Fortich pueden informar a Ud. cuánto he luchado por la causa y cuáles fueron mis planes al salir de Costa Rica.

Le adjunto, pues, copia de la declaración de que he hablado, suplicándole el favor de conservarla junto con esta carta, apreciándole la honra de la contestación y recibo.

Soy su muy atento servidor, amigo y copartidario,

Ulpiano B. Sencial.

COROZALYPANAMA

Con este título ha visto la luz pública un folleto de la pluma de mi amigo el General Don Salvador Toledo en el que detalla con mucha precisión aquellas grandes acciones de guerra.

hora fatal: lo tienen las mujeres, según dice Rabelais; y seguramente lo tienen también los hombres. Napoleón decía que había observado que siempre es un cuarto de hora el que decide los destinos de una batalla. ¡Ay! Herrera tuvo muchos cuartos de hora: ¡cálculése cuántos tuvo en tres días seguidos!...

Durante esos tres días se preocupó más de las pocas tropas que debían operar por Farfán, que de sus mil doscientos hombres y de la captura de la ciudad. No puedo creer que su objetivo esencial no fuese la ocupación de Panamá, sino hacer frustráneo el plan de ataque concertado por mí y acogido en Consejo de Jefes, diferente de como había indicado él; pero es evidente que no supo aprovechar los instantes embriagado por el triunfo. Mientras tanto, el enemigo, repuesto de la derrota sufrida y del pánico consiguiente, ahondaba zanjas en la barranca de Pueblo Nuevo y levantaba parapetos inexpugnables, con rieles de acero y durmientes de cocobolo y guayacán.

Leyéndole he encontrado algunas aseveraciones que por cualquier causa no son completamente exactas y como ellas me atañen personalmente y afectan la causa liberal, me veo en el caso de aclararlas.

Corresponde al aludido folleto el aparte que copio en seguida y que corre a la página 10:

...”y aún en estas circunstancias pudo haberse hecho el esfuerzo de llegar a Panamá, si los liberales que allí se encontraban presenciando el estado de las fuerzas enemigas y el desconcierto de los Jefes hubieran salido a nuestro campamento a dar cuenta de aquella situación. ¿Lo hicieron? No conozco dato alguno a este respecto y de consiguiente se perdió el momento más precioso y favorable a nuestra causa.”

Del 2 al 20 de julio permanecí en Panamá, en misión especial y espontánea que, como soldado que anhela ver restablecidos los principios liberales, me impuse en favor de aquella causa, y tuve ocasión de informarme de todo lo que convenía a mi partido con respecto al gobierno.

El 21 de julio a las 12 m., un poco después de terminado el combate de ese día, me trasladé no sin algún peligro, al campamento de Corozal y allí informé al General Herrera de la situación de Panamá; del número de fuerzas del Gobierno, del pánico que allí reinaba y del desconcierto tan singular en sus Jefes, agregándole más: que era el momento oportuno para entrar a Panamá.

Como fuera éste mi exclusivo objeto de acercarme a aquel campamento, a más de poner, como es natural, mis servicios, a la orden de nuestro Jefe allí, me extrañó que el General Toledo no tuviera conocimiento de la comisión que yo desempeñé al llegar a Corozal, y esto me hace hoy escribir estas líneas para hacer constar que si hubo un soldado liberal, que impuesto de la situación de Panamá y creyendo también como el General Toledo, que este era el momento precioso para que nuestras fuerzas avanzaran a ocupar aquella ciudad, voló a cumplir con aquel sagrado deber.

Ignoro y respeto las razones que hayan obrado en el ánimo del General Herrera para no haber ordenado la marcha inmediata y por ende dejara de aprovechar el momento oportuno de tomar a Panamá.

Son estas las razones porque me he visto precisado, aunque con repugnancia, a aclarar el aporte copiado, y no siendo la índole de mi aclaración ahondar discusiones, hago constar que siento en el alma tener que hablar con toda la verdad, aunque ésta sea en ocasión triste y amarga; pero mi deber como liberal colombiano y mi carácter me fuerzan a hacerlo así.

(*) El señor Reinaldo Hincapié, Capitán del Puerto, fue removido por no haberle alistado al General Albán el bote de la capitanía tan pronto como lo pidió. Así se nos ha informado.

El 22, al medio día, avanzaron las tropas sobre Perry's Hill, y el 23, en la tarde, se unieron con las del General Ramírez, que al fin llegó. (*) Era esta fuerza el batallón *Cazadores del Pindo*, por el estilo de nuestros diminutos batallones, de 105 hombres, más bien menos que más.

Al declinar la tarde de ese día tuvo Herrera otra inspiración desgraciada: la de retirar de Corozal las fuerzas que interceptaban la línea del Ferrocarril y que aseguraban nuestra fácil retirada por allí. (**) Con esto rompía, por decirlo así, nuestro cordón umbilical. Nuestro clastro materno, lo que nos había dado el ser, estaba en los pueblos del interior del Istmo, y era por allí, por Corozal, por donde podíamos ponernos en rápida comunicación con la madre cariñosa que todo podía darnoslo: ganado, viveres, hombres y entusiasmo.

Era evidente que con cualquier desastre no podíamos contar con nuestras naves, por su poca capacidad, por la dificultad del embarque en toda esa costa, desde Paitilla hasta el Bayano, y por la precaria suerte que correríamos cruzando el golfo en busca de los pueblos del interior del Istmo, al paso de cuatro millas por hora, que era andar de "La Cisterna", y con tres o cuatro bongos a remolque.

En tales condiciones, tenía que quedar nuestro Ejército a merced del adversario y en imposibilidad de poder realizar acción militar ninguna. Pero así quedó dispuesto por él, y el 24 en la mañana, a las cinco, el Ejército se puso en situación de combate. En ese instante con la luz del alba, se avistaron los buques en que llegaba Chaux con las fuerzas que debían operar por La Boca, y se esperó que llegara.

A las ocho de la mañana comenzó la lucha....

Imagínese cómo tuvo lugar: dos batallones por la playa, cinco por el centro y dos más por San Miguel, en busca de la orilla del pantano. Eso era lo que Herrera llamaba los tres cuerpos: ala izquierda, centro y ala derecha; cosa simplemente ficticia. Por donde él echaba el grupo, la multitud de patriotas, de simples y abnegados, no había más que una estrechura de 700 a 800

(*) Empleó 12 días de Chepo a Panamá!!!

(**) En el momento que el General Herrera ordenó la retirada de nuestras tropas de Corozal, rompiendo nuestra comunicación con los pueblos del Interior y dándole por tal movimiento libre paso al enemigo, uno de sus ayudantes, Juan Romero se manifestó tan frustrado por ello, que llegó a hacer a dos jefes más que no aceptaron, la proposición desconocerlo y amarrarlo.

metros, mermados por el pantano que forma el estero de Peña Prieta. Los demás eran callejones que desembocaban a esta estrechura: callejón entre cercas de alambre, barrancos y pantanos. ¡Qué horror! ¡Si siquiera hubiera esperado la marea baja! Así el callejón de la playa no hubiera sido de treinta varas, sino de mil o dos mil... Si siquiera hubiera llevado corta-fríos, así, rotas con ellos las cercas de alambre, se hubiera agrandado el callejón de Calidonia... Se lo habían indicado así, y a Carlos Jaramillo y Manuel Patiño, que fueron los primeros en decírselo, les contestó: “No importa; arremetan de firme y les dejarán el campo”.

Francisco Manzano, salvadoreño, tan atronado como simpático y valiente, se había ido gateando en la noche precedente, arrastrándose por entre la maleza y los escobillales, habiendo llegado tan cerca de las trincheras de los enemigos, que los vio fumar, oyó sus conversaciones y apreció la forma y condición de sus parapetos. Volvió presuroso al Campamento y se lo contó todo al General. Le dijo: ‘Las trincheras están hechas sobre zanjas con rieles de acero y durmientes, formando aspilleras en cada cruzamiento de los primeros con éstos; en el puente tienen, además, alambres y planchas de hierro; cierran directamente la entrada de la ciudad, formando una línea transversal y dos líneas oblicuas, convergentes entre el mar y el pantano; el terreno se halla despejado en su frente por los tres callejones y con árboles y matorrales con los intermedios de éstos; sus flancos por el mar y pantano dichos, son inabordables; en fin, conservan fácil comunicación entre sí y con la ciudad....

Herrera replicó: “No importa; habrá sus dijuntos”, y Salamanca, a la sazón allí, agregaba: “El puente será nuestro: dos horas y es bastante.” ...

¡Qué lenguaje! Así hablar suelen los guapos; pero también hablan así los ignorantes. El Partido Liberal es de éstos: confiado, sencillo e incauto, pródigo de su sangre. El conservador no creía entonces sino que el liberalismo lo componían forajidos y tal como ordenaban los dolores profundos con que deploraba la muerte de sus héroes cristianos, así decretaba la calificación de malhechores con que execraba a los luchadores liberales. Cuestión de parecer. ¿No loan, al contrario, los últimos, la sencillez ovejil con que dan su pecho franco, abierto, para que dispare sobre él el godo agazapado? No creo que sea ignorancia de ellos. Napoleón decía que para saber cómo se dan batallas había que leer y meditar las relaciones de 150 de las dadas por los demás grandes

capitanes; y ¿quién no lee hoy el doble de esas relaciones en los periódicos con que la prensa vocea la historia por todos los rincones del mundo? ¿Quién ignora lo que es pelear contra un enemigo atrincherado? ¿No lo habíamos visto ya en Bejuco? “No importa: arremetan y les dejarán el campo!”...

¡Con esa fe, imagínese cómo sería la hecatombe! Entraron, no por pelotones, sino en masa; doscientos y tantos hombres por un lado, doscientos y tantos hombres por otro, y algo más de quinientos por el centro; y no podían entrar de otro modo, porque no tenían campo para maniobrar en orden de batalla, ni por columnas, con distancias enteras o medias distancia...

¡Si al menos se hubieran hecho preceder de tiradores! Éstos van como grupo de cazadores que acechan una res, se arrastran por el suelo, se ocultan detrás de las matas, se agachan a la espalda de menor relieve del terreno, haciendo fuego cuando pueden, zafando el bulto de la puntería que les hace el contrario. Apoderados de una cuneta, de un barranco, entonces son reforzados por una nueva sección, que va también arañando el suelo, ganando paso a paso el campo. ¿Así? ¿De tal modo? ¡No! Proceder así debía parecer indigno del Partido Liberal. Mejor era lanzarse impertérrito, con entusiasmo, con esa especie de frenesí del gran partido, es decir, en masa, como en la infancia del arte de la guerra, sin ningún ataque preparatorio, de viaje, con un solo choque general y único.

La distancia era grande, y por eso debía iniciarse el combate con la artillería, para destrozarse la artillería del contrario, derruir sus defensas, sus abrigos, mantener su ánimo en estado de tensión y producir en él gran fatiga física y moral para preparar el éxito de las operaciones subsiguientes. La artillería sirve para eso; allí no. ¿Quién iba a tener paciencia para ese entretenimiento de bombas? Mano a mano era mejor, y frente a frente, cincuenta varas del enemigo, cañón contra cañón, metralla contra metralla, cuerpo a cuerpo, como en un pugilato; pero eso sí, el no a cara descubierta y el otro atrincherado ...

El deseo, el ansia voraz era de llegar al pelo, a las orejas, las zancadillas y topetar boca con boca, diente con diente

Entonces sucedió lo que debía suceder, que el conservador lo dejó ir, agazapado, en acecho, conteniendo la respiración, pegangando el ojo a las rendijas, tendiendo la mirada, fija el arma, apoyado el dedo en el gatillo. Los dejó ir, más, un poco más, y cuando los tuvo cerca, bien cerca,

disparó con absoluta impunidad, ¡dejándose oír la primera estentórea explosión! ¡Oh nobles! ¡Oh incautos camaradas!

La metralla, como un granizo rasante, ha derribado pelotones íntegros, y por entre una atmósfera de humo y de sangre, de olor a polvora y a trapo quemado, se ven rodar por el suelo, agitándose en las agonías de la muerte, hombres y bestias en horrible infusión.

Se oye el grito de ¡Viva el Partido Liberal! y de nuevo otros pelotones avanzan, saltando sobre los muertos... El enemigo feroz deja ir de nuevo, agazapado, en acecho, pegando el ojo a la rendija, tendiendo la mirada, y cuando están cerca, más, un poco más, vuelve y dispara, y el ronco acento va rebotando con lúgubre cadencia. Otros ruedan también, como hierbas segadas, pero hay que seguir y coronar la meta.

San Miguel, la ermita de piedra, ha caído en nuestras manos: y la mosquetería, no obstante la lluvia torrencial que se desata acrece su intensidad: la crepitación anuncia mayor encarnizamiento; renacen nuevos bríos: alienta la esperanza, y ya creen los nuestros asegurada la victoria. Sin embargo, ese inconcebible brío de leones va a estrellarse contra lo inexpugnable. Lo serio no está en los parapetos, está, y junto con lo horrible, en aquel callejón del infierno que ruga y relampaguea de un modo siniestro. Hay un punto en él desde el cual no tienen hasta el puente del Ferrocarril, ocupado por el enemigo, ninguna torcedura ni recodo, y desde ese punto es preciso recorrer andando de frente, algo más de cuatrocientos metros. ¿Qué podían hacer los héroes, desequilibrados, enloquecidos, a quienes atrae ese puente como el imán atrae las limaduras de hierro? Seguir adelante. Ya han entrado, y no pueden detenerse porque eso es sucumbir; ni retroceder porque eso equivale a la vergüenza. Como ola embravecida avanzan, pues, y el godo, agazapado apunta, pegando el ojo en la rendija, tendiendo la mirada. ¡Oh tristes! El trueno estalla y la masa de héroes rueda, triturada, en montones informes, boca-abajo, boca-arriba, de lado y unos sobre otros, como al soplo del niño, las falanges de sus soldados de plomo ...

Sólo por ese increíble amor que despierta la doctrina liberal, puede explicarse ese desprecio extraordinario por la vida. En lucha tan desigual, nuestros fuegos son sin éxito; esfuerzos vanos que un destino implacable burla ...

Ya declina la tarde; el sol se esconde, y aquel gran esfuerzo hecho con la vislumbre de la victoria, empieza a declinar también. ¡Han caído tantos en diez horas de recibir la muerte a quema ropa!...

En ese instante todavía se ven rostros sudorosos estremecidos por las contracciones del furor sublime. El enemigo, sintiéndose invencible, redobla sus esfuerzos. Fusilería y metralla, el fragor es horrendo. Sigue matando, destruyendo todo lo que se pone a su alcance; su furia salvaje elige víctimas: Joaquin Arosemena, Fabio Tejada, ¿quién puede desconocerlos? Generales, coroneles, oficiales y sargentos son los preferidos.

Al fin, la tragedia toca a la escena desbordante de dolor; los restos de nuestros batallones, mezclados en terrible confusión, son sólo un torbellino de hombres que caen, y los que aun viven, sintiendo acabárseles la esperanza de la victoria, ceden a la imposición de la desgracia que extiende su velo sombrío sobre aquel campo, cubierto de sangrientos despojos; ¡sangre noble y generosa que humea como antorcha funeraria que pronto se va a extinguir!

Los heridos se arrastran penosamente, con inauditos esfuerzos, caen, se levantan de nuevo, blancos como la cera, helados por la proximidad de las sombras, dan pasos vacilantes, dejando surcos de sangre y vuelven a caer exánimes: desesperados otros, se esfuerzan por seguir las huellas de los pelotones que se van retirando. El sol, oculto ya detrás del impasible Ancón, refleja un débil fondo rojo sobre ese lúgubre cuadro, y entre tanto, el godo, agazapado, apoya el rifle, y convulsivo aguarda, pegando el ojo a las rendijas, tendiendo la mirada... ¡Nadie se acerca! ¡Caídos están todos!... Al día siguiente reinaba en Perry's Hill tristeza inmensa... El Ejército de bravos y abnegados, mutilado, a la mitad, no era sino un Ejército de estatuas, de momias o de sombras, pues el hambre, la fatiga y el continuo contacto con las escenas horripilantes del campo de batalla, embotaban su espíritu y les daban un aspecto de indiferencia glacial. Allí estaban a pie firme, como dicen, sobre el lodo y bajo el agua, ocupando sus primeras posiciones; pero no era por ellos mismos, los desventurados, de rostros pálidos, de cabezas envendajadas, de ojos hondos y mirada vaga, sino por el pasmo, por el miedo cervical que habían infundido en los regenerantes ...

Lo demás no es para mí sino un kaleidoscopio de sombras chinescas. Reorganización del destrozado Ejército; armisticio o suspensión de hostilida-

des, ambulancias y cruz roja: todo eso pasa por mi mente de un modo oscuro y vago.

El anuncio de la llegada a Colón de 1.250 hombres al mando del titulado General José María Campo Serrano, y el de la próxima llegada de “La Boyacá” con 150, fueron dados por los Cónsules de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, y por el Director de la Compañía del Canal, que fueron a vernos y a ofrecernos su mediación. “Nosotros —nos habían dicho esos señores no estamos en favor de ninguno de los dos contendientes, pero sí deseábamos que llegaran a un arreglo honroso sin más derramamiento de sangre. Todo otro asalto a la ciudad, sería ya hoy del todo estéril”...

La revelación fue horrible; cayó sobre nosotros como ciclópea maza. Si el Gobierno podía enviar tropas de Barranquilla al Istmo, seguramente era porque ya no había para él cuidados por esa parte, y habíamos como se venía aseverando sucumbiendo en Palonegro. Nuestra Flotilla del Atlántico tenía, además, que haber desaparecido de las aguas colombianas, conforme a los rumores que nos habían llegado, pues de otro modo no viajaría tan impunemente ningún buque con tropas de Barranquilla a Colón. (*) Tales eran las inducciones a que daban lugar las afirmaciones del Cuerpo Consular. Aceptamos, pues, la mediación y consiguiente suspensión de hostilidades que, por su medio, se nos proponía; y reunidos Herrera, Chaux y yo, nos dimos a estudiar la situación. En la noche ya vimos claro lo que debíamos hacer. El enemigo rompía hostilidades, no obstante el compromiso con los Cónsules, premeditadamente, para recuperar la Iglesia de San Miguel, posición cuya pérdida le tenía humillado, y para facilitar la llegada de los refuerzos llevados por Campo Serrano. No pensamos ya sino en el modo de salvar los restos del Ejército.

(*)—Por un tiempo, según datos adquiridos posteriormente, el General Justo L. Durán, diera con el desembarque en Puerto Caimán, de todas las tropas y elementos que había en el Magdalena para atacar simultáneamente la citada ciudad. Éste era el proyecto del General Durán. Las órdenes respectivas fueron encomendadas al General F. Ruiz Sandoval, quien con tal objeto salió de Riohacha el 30 de junio hacia el puerto del Zapote, comandando los dos vapores —“Gaitán” y —“Peralonso”—, que debían regresar a más tardar el 7 de julio para llevar a cabo el proyecto de ataque a Barranquilla, fijado para el día 18. Pero Ruiz Sandoval, en su carácter de aventurero, se alzó con la flotilla, condujola a la Guaira y allí fue aprehendida por el Presidente Castro. No pudo, por consiguiente, verificarse la única buena inspiración de Durán, que habría evitado el señorío del Gobierno en el mar, el envío de refuerzos al Istmo y el desastre que de aquí resultó.

La imposibilidad de hacerlo era casi absoluta, pues en Perry's Hill, cortada nuestra salida por Corozal, estábamos como en un saco, cuyo fondo era Chepo, y en una retirada a ese punto, para continuar la lucha por allí, llegado que hubiéramos a él, no tendríamos gente con qué engrosar las filas ni víveres suficientes para sostenernos, ni campo para emprender operación ninguna seria. La retirada sólo podía tener por objeto buscar nuestra flotilla para escapar en ella y seguir la lucha en otro punto; pero aparte de que en nuestros barcos difícilmente podíamos movilizar más de 300 hombres, no teníamos en la costa sino dos puertos conocidos de abordaje, y esos puertos eran el mismo de La Caja, a la vista de Panamá, y el del río Bayano, en Chepo.

Nos colocábamos en una alternativa tremenda: o íbamos a Chepo o nos dirigíamos a la boca de La Caja dicha. Para ambas retiradas nos veíamos en la forzosa necesidad de abandonar nuestros 200 heridos, y en la de perder 500 o 600 rifles, correspondientes a nuestras bajas, que no nos sería posible transportar. Separadamente tendríamos, además, para cada una de ellas lo siguiente: por la boca de La Caja, el abandono de 300, si no más, de nuestros compañeros, ¿y cuáles iban a ser éstos? Por Chepo tendríamos la seguridad de que el enemigo, antes tal vez de que llegáramos, nos cerraría la Boca del Bayano con "La Boyacá" o cualquiera otra nave armada en guerra; y si lo hacía, quedaríamos sin poder salir al mar, sin poder avanzar más, de Chepo delante, por el ¡alto ahí! de selvas no tocadas ni por la planta de los españoles, y amenazados por detrás por un enemigo superior que iría en nuestro alcance.

Equivaldría esa retirada, sin contar, con la aspereza y fragosidad de los caminos, en los cuales empleó Ramírez con 100 caucanos, diez o doce jornadas, al desastre total, a la pérdida total de nuestra gente, de nuestras naves y de nuestras armas.

Por la boca de La Caja había un peligro inmenso, aparte del abandono de la mitad de nuestra gente, y consistía en la dificultad, y lentitud del embarque y en que estando esa Boca tan cerca de Panamá—a su vista—podían aplastarnos mientras nos pusiéramos a realizarlo. Para comprenderlo, bastaba hacer el cálculo del tiempo que se emplearía en embarcar 300 hombres por medio de cuatro a seis malos botes en los que no cabían 15, a buques anclados a dos mil o tres mil metros de la costa, y tener presente que de Panamá a la boca de La Caja no hay por tierra más que una hora.

¿A qué hablar de la falta de combustible para los buques de vapor; del tardo andar de “La Cisterna” y de las dificultades y peligros de una travesía con cuatro o cinco bongos y otros tantos botes a remolque? Era claro que sólo nos quedaban dos medios para poder salvar las naves y la mayor parte del armamento y de la gente, y eran el de contener o el de entretener al enemigo en donde estábamos, mientras tanto. Para contenerlo había que hacerle frente e impedirle el paso con los hombres que no se pudieran ir, y para entretenerlo, con uno solo era bastante.

Con rubor lo digo—porque no sé mentir—y no debo ni puedo mentir; mi relación ha de ser rotundamente verídica. Puesto que Chauz y Herrera eran de los que se querían ir a continuar la lucha, ese hombre que debía entretener al enemigo, tenía forzosamente que ser yo ¿Por qué había de vacilar un solo instante?... ¿Contener al enemigo en Perry’s Hill con la gente que no podía irse no equivalía a hacer perecer esa gente? ¿No era mejor el sacrificio de uno solo?

¿No había ido allí a prestar un nombre, como quien da su capa, para cubrir las pudendas de un yerro o el recato de nuestra consumada ruina?

Mendoza aceptó conmigo el sacrificio, y recibió las credenciales que le dio Herrera para firmar la rendición en los términos propuestos por Albán. (*)

¿Cómo se habían cambiado los papeles! Desde la madrugada al amanecer del 26, las tropas llevadas al Istmo por Campo Serrano estaban tendidas en la línea del Ferrocarril, cerrándonos el paso para Corozal; y así, idos ya Paulo Emilio Morales, Chauz, Ramírez, Toledo y Herrera, con todos los que quisieron irse, llevándose mil rifles, cien mil tiros, tres a cinco mil pesos, dos cañones y giros por valor de cuatro mil quinientos pesos contra el señor Mauricio Halphen, comerciante de David—los que mas tarde hizo efectivos el General Benjamín Herrera, cuando actuaba como Jefe de operaciones en la nombrada

(*) —Aparte de las razones ya expresadas, el clamor de los extranjeros que nos acompañaban nos decidió o proceder así. Creíanse ya aherrojados, sentenciados a muerte y colgados de un árbol, como su imaginación se lo hacía ver y como los godos se complacían en propalarlo. Algunos lloraban, y otros, desconociendo toda autoridad, vociferaban lanzando inculpaciones personales que se veía bien iban dirigida a los Jefes. El General Salvador Toledo, extranjero también, empleaba los medios persuasivos para decidirnos, contribuyendo no poco, con afirmaciones y frases indiscretas a producir tamaña flaqueza. En voces altas que las oían todos decía que no quedaba un solo tiro de cañón, o bien nos decía oír el ruido del tren que transportaba los refuerzos del Gobierno, ora veía desembarcar al enemigo en frente y a corto trecho de nuestras posiciones.

población— a la vista de aquellas tropas al alcance de sus proyectiles, se firmó el arreglo por Mendoza, a nombre del General Emiliano Herrera, y fue aprobado por mí.

Nicolás Tejada, en unión de otro Jefe cuyo nombre no recuerdo, fue escogido para la entrega de los elementos de guerra, conforme al tratado, e hicieron la de setecientos rifles, algún parque y dos cañones. No hubo un rifle más, y los regenerantes tuvieron que conformarse. A falta de otros elementos y de las naves, les habíamos dicho Mendoza y yo: aquí quedamos nosotros (Eusebio A. Morales, enfermo, en una de las casas de la sabana) : ¡hagan lo que quieran ...!

Poco a poco me fui quedando solo en Perry's Hill. El primero que se alejó de mí fue Mendoza, cuyo hermano acababan de alzar del campo de batalla... No fue nunca ese amigo hombre de sensiblerías, pero en esa vez no pudo más: ¡tan quebrantada tenía el alma!

“Amigos en la adversidad—me dijo estrechándome en sus brazos— amigos de siempre.” A las cuatro inundaron el campamento grupos de amigos de la ciudad, de curiosos y de enemigos...

A las cinco, un cuerpo de guardia pretoriana comenzó a subir la loma a hacerse cargo de nuestro campamento, y los pocos amigos que entonces me rodeaban, me hicieron ver que era tiempo ya de abandonar ese calvario en donde parecía detenerme, encadenado, el infortunio.

Bajamos, pues, a la amplia senda que conduce a la ciudad, por donde únicamente podíamos llegar a ella, y a pocas vueltas, ahogados por terrible pestilencia, nos internamos en el callejón fatal en donde se había cumplido la más terrible escena del sangriento drama. La perspectiva que se descorrió a la vista fue espantosa. Empezamos a andar por entre cadáveres, a uno y otro lado del camino, extendidos unos, amoratados y encharcados en el lodo o en su propia sangre; sentados o de bruces o encogidos otros; cuáles con espumarajos en la boca; muchos con cara como de cera, reflejando en sus rostros y en su actitud inerte la última impresión violenta de la vida; tumefactos casi todos, inconocibles y en estado de descomposición Los cuervos se cernían graznando, y salvo algunos individuos que se veían a lo lejos sobre el puente, la calle estaba solitaria y silenciosa, abandonadas las casas, entreabiertas las puertas, dejando ver dentro de algunas de ellas montones de cadáveres

en diferentes posiciones... Contemplé con angustia el lugar donde cayó Temístocles Díaz ... Aquí, me decían, cayó Agüero; acá Joaquin Arosemena; allá Juan A. Mendoza; ése es Samuel Rostrup; aquél, Diego Miranda...

Partía el corazón ver aún insepulto, en ese campo de desolación, a Fabio Tejada, anciano de cerca de sesenta años; y como él, a otros muchos a quienes dio bríos la libertad por que pelearon y rindieron la existencia. (*)

Lugares había en donde se adivinaba el paso de la metralla barriendo el terreno, levantando en torbellino agua negruzca y sangreOtros por donde se veía bien que el herido se había arrastrado con dificultad.

Como con una montaña de plomo que oprimía el corazón, después de atravesar ese osario de amigos, de camaradas y de hermanos, al llegar al puente volvimos a mirar atrás. No había detalles; sólo una calle larga de amargura y en ella un fondo lúgubre, silencioso y desolado. El sol, oculto ya tras el impasible Ancón, reflejaba un débil crepúsculo rojo sobre el tenebroso cuadro...

¡Oh tristes! ¡Oh nobles! ¡Oh incautos camaradas! El vencedor que os nombró filibusteros, como un trofeo de victoria vuestros despojos guarda, esparcidos aquí y acullá en ese suelo que habéis hecho legendario con vuestra abnegación, vuestro arrojo y vuestro holocausto. No animaréis ya las legiones del futuro; pero vais a servir de ejemplo, denodados precursores de la gloria. En el Istmo no habrá más siervos, ni se contarán los hombres como ovejas: por manadas. Sois un lóbrego silencio, y en vuestras tumbas no se ostenta ningún fastuoso y significativo epitafio; pero no podrá pasar por Calidonia ningún godo sin estremecerse y sentir nerviosa crepitación de quijadas. ¡Mañana, cuando luzca la libertad de todos y para todos en la Patria, un gran monumento señalará el lugar, hoy melancólico de vuestra heroicidad sublime!.....

Véanse a continuación los documentos relativos a la suspensión de hostilidades, o la propuesta rendición y el arreglo firmado por Mendoza:

(*) —Antes que Tejada, cayó en el Callejón del Infierno uno de sus valientes hijos. “Papá gritó éste, estoy herido”; y el heroico viejo se volvió a verlo, lo envolvió en una mirada de amor y sin perder su puesto en el pelotón de que hacía parte, avanzó a morir al pie de la trinchera.

República de Colombia.—Departamento de Panamá.—Gobernación.—
Sección de Gobierno.—Número 55.—Panamá, 25 de julio de 1900.

Señor General Emiliano Herrera.—Perry's Hill.

Los señores Cónsules de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, acaban de regresar del Campamento de usted insistiendo en su noble interés de que se evite el inútil derramamiento de sangre que durante cinco días se ha verificado con intenso dolor de nuestra patria común. Para corresponder a sus civilizadoras insinuaciones, convengo en que el armisticio que actualmente disfrutamos se prolongue hasta mañana al medio día. Ofrezco, además, a usted y demás compañeros de armas, la misma capitulación que usted ofrecía a las fuerzas de mi mando en su nota del 22 del presente julio, hecha a las 2 a. m. Reproduzco sus términos para mayor claridad:

“1°—Que ella se acuerde y se firme antes de veinticuatro horas, durante las cuales se suspenderán las hostilidades; (*)

“2° —Que durante ese término me sean entregadas las plazas o lugares que usted tiene ocupados, con todos los elementos de guerra en ellos existentes, inclusive las naves de guerra y cualesquiera otras embarcaciones que hayan sido armadas en defensa de los lugares mencionados;

“3°—La entrega en el término de la distancia, después de firmada la capitulación, de las demás poblaciones y territorios que existen aún en poder vuestro, con todos los elementos de guerra que en ellos haya;

“4° —La garantía más absoluta de la vida para los jefes, oficiales y soldados que sirven en vuestras filas, como la de los empleados de vuestro Gobierno; concediendo a los jefes y oficiales el honor de conservar sus espadas y bagajes, y a todos el derecho de permanecer en el Departamento o salir de él, incluyendo los prisioneros de guerra que están en nuestro poder”.

(*) —El primer compromiso fue violado por parte del señor General Albán. La nota que puso al pie de la comunicación fue una pueril explicación, indigna de su carácter. Las hostilidades fueron rotas por parte del Gobierno de modo premeditado para recuperar a San Miguel, aunque fuera asesinando a la pequeña guarnición que teníamos en esta plaza, y para facilitar la llegada de Colón y desembarque en Corozal de los refuerzos del General Campo Serrano. Tan indigna era la pueril explicación a que se alude, cuanto que la suspensión de hostilidades había sido propuesta por el mismo General Albán por medio de los Cónsules de Inglaterra, Francia y Estados Unidos y aceptada por nosotros.

BELISARIO PORRAS

A las anteriores condiciones debo agregar la condición de que saldrán de Colombia los extranjeros que, como invasores, han venido a este Departamento.

Según las indicaciones de los señores Cónsules, debo recibir la respuesta definitiva de usted mañana a medio día, quedando entendido que, de no recibirla, las hostilidades comenzarán inmediatamente.

Si ustedes aceptan sinceramente estas condiciones y las cumplen como hombres de honor, los recibiremos con los brazos abiertos. (*)

Para mí no hay locura más frenética que la de exterminarse incesantemente hombres que son hijos de una misma República, que apagan su sed en una misma cascada y que adoran al mismo Dios.

Soy de usted atento y S. S.,

Carlos Albán.

NOTA:—A tiempo en que iba a remitirse el presente pliego, los fuegos se rompieron de nuevo entre las siete y ocho de la noche. No obstante lo remito a usted como documento de relativo valor histórico y en cumplimiento de lo que había ofrecido a los señores Cónsules. —ALBÁN.

En Panamá, a veintiséis de julio de mil novecientos, reunidos los señores Carlos A. Mendoza, plenamente autorizado por el General Emiliano Herrera, Jefe de las fuerzas que atacan a Panamá, y Carlos Albán, Jefe Civil y Militar del Departampnto encargado del puesto como Secretario de Gobierno, también autorizado plenamente para el caso, han convenido en la siguiente capitulación:

1°—Se acuerda una suspensión de hostilidades por el término de veinticuatro horas, que se vencen mañana veintisiete a las seis de la mañana.

2°—Durante la suspensión de hostilidades no será permitido a las fuerzas combatientes abandonar sus líneas respectivas, ni menos retirar parte de las fuerzas para otros lugares. El armisticio quedará roto por el hecho de que

(*) —Tal vez el General Albán sentía sinceramente cómo hablaba, pues es hombre de grandes rasgos de hidalguía y generosidad, mas no así sus colaboradores y copartidarios del Istmo. Cuando leíamos su comunicación, nos entregaban cartas de la ciudad en las cuales se nos hacía saber lo que decían algunos de ellos: que esos arreglos ¡se cumplirían en Panamá, no así en Chiriquí, Veraguas y Coclé. ¡¡Cuántos de ellos no se sobaban las manos pensando deliciosamente en las fruiciones que tendrían con “las santas represalias que iban a tomar!!

cualquiera de las fuerzas en todo o en parte, marche por tierra o por agua con fin de trasladarse a otro lugar; (*)

3°—Durante el término del armisticio serán entregados a las comisiones que designe el señor General Albán, las posiciones que ocupan las fuerzas del señor General Herrera, con todos los elementos de guerra en ellas existentes, inclusive las naves de guerra denominadas “General Ricardo Gaitán O.”, “Ocho de Junio”, (Cisterna) “Victoria”, (Chalupa N° 26) y las embarcaciones menores que han servido al Ejército del General Herrera, con todos sus accesorios;(**)

4°—La entrega en el término de la distancia, después de firmada la presente capitulación, de los territorios y poblaciones en las cuales ejercen jurisdicción las autoridades revolucionarias, en las Provincias de Veraguas, Coclé, Los Santos, y en algunos de los distritos de la de Panamá, con todos los elementos de guerra que en ellas haya; (***) .

5°—El señor General Albán se compromete de la manera más formal a garantizar del modo más absoluto la vida de las personas de los jefes, oficiales, soldados y empleados civiles que sirven en la Revolución en el Departamento de Panamá, concediendo a los jefes y oficiales el honor de conservar las espa-

(*) —Cuando esto se acordaba, las fuerzas recién llegadas con el Sr. Campo Serrano, se deslizaban suavemente por la línea de ferrocarril, tomando posiciones para cerrarnos el paso.

(**) —Durante el término del armisticio, se entregaron a las comisiones designadas, las posiciones que ocupábamos, con todos los elementos de guerra en ellas existentes. Lo que se salvó en el “Gaitán” no estuvo nunca allí sino a bordo. De las naves de guerra fueron devueltas “La Cisterna” y la lancha a vapor que nombramos “Victoria”. El “Gaitán” siguió al Cauca, y prestó en Tumaco, en Buenaventura y en todo el litoral de ese Departamento, importantísimos servicios hasta mediados de diciembre de 1900 en que fue incendiado cuando la reocupación del primero de esos puertos por las fuerzas del Gobierno. “La Rosa del Charco”, buque de vela en el que se habían hecho colocar 375 rifles y 68.000 tiros debió seguir al Cauca también, pero en alta mar sus tripulantes, en su Mayoría extranjeros, se alzaron con él y fueron a recalar a Corinto en donde pretendieron venderlo todo, buque y elementos de guerra, ¡¡como buena presa!! El General Zelaya tuvo a bien retener esos bienes de La Revolución junto con mil rifles más y 220.000 tiros que el General Eloy Alfaro había remitido del Ecuador para la Revolución del Istmo.

(***) —Las armas y municiones que debían transportarnos los indios de Victorian Lorenzo, habían quedado en La Chorrera, a nuestra salida de allí, al cuidado del Dr. E. Abadía. Creímos entonces que el amigo no cumpliría sus ofrecimientos; pero su palabra resultó honorable y correspondió a la cita, recibió el armamento y avanzó en nuestra busca, siguiendo nuestras huellas. Cuando los sesenta de su raza que llevaba, asomaron por Cocolí a la línea del ferrocarril, Albán los tomó por Ejército y me pidió, hallándome ya en Panamá. que ordenara su desarme. Le hice saber que ignoraba tuvieramos más gente, y que eso no podía ser sino

das y bagajes de su propiedad, lo cual se hace extensivo a los empleados civiles; (*)

6°—Los extranjeros que han servido en el Ejército del General Herrera, saldrán del país lo más pronto posible, aprovechando para ello los primeros vapores que zarpen de esta bahía;

miedosa exageración. Entonces Albán, sin más consideración, mandó a Pedro Sotomayor con fuerzas para que los persiguieran. Los indios a su vez, impuestos de nuestro desastre, regresaron a su montaña, contentos con los rifles, con los cuales tendrían para matar muchos venados. No les dio Sotomayor alcance, pero sí logró entrar hasta cierto punto de sus retiros solitarios y quemó algunos ranchos... Entonces, ellos, los de color cetrino y pelo lacio, dieron el grito de guerra que resonó por las montañas circunvecinas y se pusieron en acecho, conteniendo la respiración, al estilo del godo, agazapados... Cuando lo vieron avanzar, apoyando el arma en el mampuesto y pegando el ojo a las rendijas de las piedras, tendiendo la mirada, dispararon y la explosión produjo un eco resonante por las lomas.....

Fue ese el origen y el modo como nació la guerrilla de Penonomé, de la que hicieron parte, según El Orden, Bernal, Rangel, Amador, Guial y otros muchos, hombres todos de mejor posición, de más virtudes y mayor mérito intelectual y social que aquellos que los han llamado en notas, sueltos de periódicos, resoluciones y decretos, “bandidos, cuadrilla de malhechores!!”

(*) —Al pasar por el puente del ferrocarril para entrar a la ciudad, en la tarde del 26 de julio, a todos los Jefes del Ejército Liberal que lo intentaron se les despojó de sus revólveres y espadas; y a mí mismo me quitaron mi caballo, el incomparable rojo de Salvador Salado, “la niña de sus ojos...” Cuando se le reclamó al Dr. Albán, éste se declaró incompetente para hacer que me lo entregara el usurpador de él, un oficial de apellido Caro. Tampoco pudo el citado General garantizar la libertad, la vida, ni la propiedad de nadie en el Departamento. En la conferencia que tuve con él en presencia de Rodolfo Chiari, Carlos Jaramillo E. y Saturnino L. Perigault para obtener mi pasaporte a fin de salir del Istmo, le hice saber que el segundo de éstos temía ir a Chiriquí donde tenía sus intereses, por las amenazas de los enemigos. Repetían, ya con más seguridad, lo que nos habían comunicado a Perry’s Hill: que el arreglo se cumpliría en Panamá, no así en Chiriquí, Veraguas ni Coclé...

El señor Albán entonces dio una carta de recomendación a Jaramillo y ¿qué sucedió? Que apenas puso Jaramillo el pie en David fue arrojado a inmunda cárcel, de donde no salió sino después de que le arrancaron dos mil y más pesos. Como a Jaramillo, así trataron a los demás liberales del Istmo. En Los Santos, en Coclé, por todas partes, el saqueo fue general, saqueo contra el rico liberal, saqueo contra el infeliz labriego.

La época fue propicia para la completa liquidación de nuestro partido y para la regeneración del globo... El luto y la desolación asentaron en el Istmo su morada.

¡Cuánta tristeza! Bastaría referirse a las publicaciones de *El Orden* en donde se proclamaban los principios de crueldad, de la persecución y de la “santa represalia” que, según ellos, se halla consagrada por el Código de la moral. Pero para que se conozcan detalles, mejor es que se lea a continuación el relato que hace un hombre de bien de lo que vio al llegar a David:

David, agosto 19 de 1900.

Señor Don Silvestre Quintero.

Managua.

Querido Silvestre:

Llegué aquí a los ocho días de haber salido de Panamá. Jamás el vapor había gastado tanto tiempo para llegar a David. Parece que esa demora hubiera sido Intencional, tal aguardando que se desarrollaran los horrores que han tenido lugar últimamente aquí ... Inmediatamente que Lastra tuvo conocimiento por expreso de que habíamos capitulado en Panamá, procedió a tenderle un lazo a Rosendo Herrera, en el cual éste cayó y lejos de hacerle ver lo que pasaba para

7°—Todos los demás comprometidos en la Revolución podrán permanecer en el Departamento o salir de él libremente; (*)

8°—Tan pronto como se firme y sea aprobada por el Gobierno Revolucionario la presente capitulación, serán puestos en libertad los prisioneros de guerra hechos por ambas partes, así como los presos políticos;

9°—Los heridos de las fuerzas del General Herrera quedan bajo la salvaguardia del honor del Gobierno; y

10°—Para la aprobación de este convenio, se concede término hasta las tres de la tarde de hoy.

que se entregara, asesinó cobarde y miserablemente a treinta hombres que andaban por esas montañas armados, esperando el resultado de los acontecimientos. Le dieron muerte, ya preso, a Juan Contreras, cuñado de Herrera y al hijo de Rosa Jurado (Félix Jurado). A Rosendo lo tumbaron de un balazo en la ingle y en el suelo le hicieron tres tiros más de los cuales le pegaron uno en el brazo. Tal vez creyeron que con eso se moría, pues de lo contrario lo habrían acabado de matar. Un tal Cerceño de Alanje, también salió mal herido, y del resto no se sabe. Herrera no corre riesgo de vida. Cuando yo llegué aquí encontré la cárcel llena de presos. Allí dormían en la barra Ríos, Barraza, Balbino y otros más. Lo que se asegura es que la verja de los criminales estaba atestada de gente porque tenía revueltos a nuestros copartidarios con los asesinos y ladrones. Ésta ha sido una época de terror. No ha habido casa de liberal que no hayan registrado, ni familia a quien no hayan inquietado, insultado o faltado al respeto a las señoras. A muchos esfuerzos y prestando una fianza de \$ 6.000 logré sacar a Ríos; para Barraza señalaron una fianza de \$ 2.000. A los extranjeros como el Padre Cajigas, Felipe Dávila, etc., los tienen presos para botarlos del país en la primera ocasión. En fin, han cumplido lo que dijo Victoria en Panamá: que en Chiriqui no respetarían ese tratado porque esa Provincia no se había incluido en la capitulación

A todos los liberales los han barrido por entero, desde el acaudalado hasta el más infeliz: a Jurado le han quitado como 300 novillos, lo menos; a Hernández otro tanto; a nosotros todo lo que teníamos. En los potreros nuestros no han dejado más que terneros, y de los campos no han dejado un solo liberal a quien no hayan saqueado de cuanto ganado de potrero y de sabana han tenido. Ayer trajeron todo el ganado del potrero de Julio Górnos y parte del de la sabana. Lastra ha dicho públicamente que está dispuesto a no dejar a los liberales ni ropa que ponerse. Tiene una trinca insoportable. Todo lo resuelve en consejo de Estado formado por Lastra, Obaldía, Venero, José María Jované, Oscar Terán y Juan Arias. Toda la familia te saluda afectuosamente.

Tu hermano,

Manuel

(*) —Este compromiso fue violado. A mí se me concedió el pasaporte para salir del país en día de vacilación para el General Albán, cuando no conocía muy bien aún cuáles eran las consecuencias del Golpe de Estado dado por sus congéneres en Bogotá. Eso, aparte de su carácter raro, de intermitencias, lleno de violentas y crueles exageraciones y de bondad y rasgos de hidalguía incalculables, todo me favoreció para que en un momento dado, que aproveché, me dejara salir de la especie de cárcel en que estaba. Pasados aquellos días de dudas y de sombras, y fuera ya del país, comenzó a encarcelar a todos mis amigos con pretextos banales.

BELISARIO PORRAS

En fe de lo cual se firman dos ejemplares de un mismo tenor.

Carlos Albán.

Carlos A. Mendoza.

Jefatura Civil y Militar del Departamento.—Perry's Hill, julio 26 de 1900.

Se aprueba en todas sus partes la presente capitulación.

Belisario Porras.

Carlos A. Mendoza.

Secretario de Gobierno.

El parte de los regenerantes sobre los combates librados en Corozal y Panamá, dice de este modo:

PARTE DETALLADO

de los combates librados en Panamá, del 21 al 26 de julio de 1900.

República de Colombia.—Departamento de Panamá.—Ejército Nacional.—Panamá, julio 27 de 1900.

Señor General Carlos Albán, Jefe Civil y Militar del Departamento.—Presente.

Dadas las atribuciones de que fui investido por vos durante los sucesos militares que se han cumplido en esta ciudad y en sus alrededores, del 21 al 26 del presente mes, me considero obligado hoy a rendiros el parte detallado de estos acontecimientos de armas que tan bien puesto han dejado el honor del Ejército Nacional, y que venciendo una revolución, motivo de largos días de zozobra en este Departamento, devuelven hoy la tranquilidad a esta rica sección de la República y millares de brazos a la industria.

El día 19 del presente mes, teniendo vos conocimiento de que las fuerzas revolucionarias a órdenes de los señores Belisario Porras y General Emiliano J. Herrera, se habían movido de sus campamentos de La Chorrera en dirección a esta ciudad, en número considerable, dispusisteis practicar un reconocimiento en las afueras de la población a efecto de escoger el sitio más aparente para una línea de fortificaciones. Hecha esta operación, los batallones Colombia, Quinto de Cali y Henao, de Antioquia, entraron a construirla, auxiliados por una parte del Cuerpo de Policía. Todo este día y parte del siguiente fueron de trabajo, de expectativa y de ansiedad. A las once de la noche del 20, informado vos de que una parte de la fuerza revolucionaria había acampado en Corozal, estación de la línea del Ferrocarril, poco distante de nuestro campa-

mento, ordenasteis marchar sobre ella para sorprenderla por asalto al amanecer. El movimiento se ejecutó sin demora, y a las cuatro y media de la mañana del día 21 se dejó oír el primer disparo de una avanzada enemiga sobre uno de nuestros guías. Inmediatamente resolvisteis que la 3a Compañía del batallón *Henao*, a órdenes del valeroso Capitán Maximiliano Uribe, marchase a vanguardia con instrucciones para apresar, si era posible, dicha avanzada. Pocos instantes después los fuegos con ella estaban rotos, y puesta en fuga entramos rápidamente al pequeño caserío, situándonos sobre la línea férrea, de donde dominamos las posiciones enemigas, rompiendo en el acto los fuegos contra ellas. Por el frente, el ataque lo hacía el batallón *Henao*, y para defender nuestro flanco izquierdo coloqué en una pequeña eminencia que domina parte del campo enemigo, una guerrilla de tiradores del *Quinto de Cali* y del *Colombia*. Así sostuvimos los fuegos por largo rato.

Una circunstancia, harto desfavorable por cierto, era para nosotros motivo de honda contrariedad. Consistió en que al salir a Corozal y dar principio al combate, las fuerzas revolucionarias quedaron colocadas al lado de Panamá, sobre la línea del ferrocarril, de manera que avanzando ellas rápidamente por dicha línea, podrían, sin dificultad ninguna, hacerse dueñas de nuestras fortificaciones del Puente de Calidonia, El Trujillo, etc., y ocupar la ciudad. El peligro en esta forma era, pues, supremo, inminente.

Otra contrariedad no menos amarga tuvimos que sentir en aquellas horas de combate. Como este movimiento sobre Corozal lo ejecutamos en combinación con el General Sarria, que debía moverse esa misma noche de Colón con unos 150 hombres, su llegada era para nosotros salvadora. Nuestras miradas se perdían ansiosamente de la vía que conduce a aquel lugar, pues además del refuerzo de hombres esperábamos recibir del General Sarria una buena cantidad de municiones que hacía horas habían escaseado en nuestras filas. En esta situación, una numerosa fuerza que avanza por la carrilera, precisamente por la vía de Colón, se deja ver. Nuestros soldados disparan sobre ella, pero nosotros lo impedimos, diciéndoles: “Es el General Sarria”.

Esta creencia nuestra, fundada en los términos del plan de ataque, fue, sin embargo, desvaneciéndose a la vista de banderas cuyos colores no pudimos apreciar al principio confusamente. Las fuerzas, entretanto, continuaban avanzando, y no fue sino muy de cerca cuando conoci-

mos su divisa y palpamos la realidad. Eran fuerzas revolucionarias. Era que el enemigo, moviéndose de La Chorrera, había logrado colocar esa noche parte de su artillería y dos batallones en Miraflores, los cuales, al oír los disparos de Corozal, volaban en auxilio de sus parciales. El General Sarria no había podido salir esa noche de Colón, porque la Empresa del Ferrocarril no le suministró oportunamente los trenes.

A vuestra mirada de militar experimentado, no podían ocultarse naturalmente, los peligros y dificultades de semejante situación y así ordenasteis inmediatamente contramarchar, a fin de que ocupásemos de nuevo nuestras posiciones. Al abandonar aquel campo, tuvimos que lamentar la pérdida del valeroso Sargento Mayor Manuel U. Barahona; de uno de mis ayudantes, el bizarro Capitán Ricardo Cadavid, y del Subteniente del batallón *Henao*, Abelardo Quintero y de varios individuos de tropa, así como también la prisión de los valerosos Jefes del batallón *Henao*, Coronel Heliodoro Peláez, y Comandante Amador Gómez, del Sargento Mayor Manuel Montoya, del Capitán Eduardo Echeverri, de los Tenientes Juan C. Moreno, Juan N. Muñoz, y José C. Zamora; de los Subtenientes Luis E. Molina y Alberto Roncayo y de algunos individuos de tropa. Tuvimos igualmente unos heridos entre los cuales figuran el Capitán Carlos Barahona del *Quinto de Cali*, y del *Henao* el Teniente Alberto Holguin y el Subteniente Venancio Álvarez, quienes pelearon con valor digno de nuestra causa. Luchábamos allí 300 hombres del Ejército del Gobierno contra 800 del Ejército Revolucionario.

El movimiento ordenado por vos se ejecutó sin demora, y como a las dos de la tarde todos nos hallábamos en nuestras posiciones. El día terminó sin ningún otro acto notable; la noche fue de vigilancia.

Amaneció el 22. El sol de este día nos encontró a todos listos en nuestra línea de batalla, pero nos permitió apreciar acá dentro de la ciudad una situación bien poco tranquilizadora para nosotros. Por un acontecimiento inesperado, que deploro profundamente, en aquella mañana sólo quedábamos, en esta plaza como Jefes, con grado de Generales, vos y yo. En el centro había alarma, pánico. Era que los Jefes de las fuerzas revolucionarias, situados ya en las inmediaciones de Panamá, se habían puesto esa noche a la inteligencia con varios Cónsules extranjeros a fin de que mediante su intervención les fuera entregada esta plaza por vos,

evitando así la escena sangrienta de un encuentro de armas en el poblado y la consiguiente destrucción de grandes valores. Estas noticias llegaron confusamente a nuestro campamento, pero como a las ocho de la mañana del mismo día me fueron confirmadas por vos mismo; y es del dominio público, aun cuando vos no me lo habéis insinuado nunca, que esa intervención consular fue tan peligrosa para nuestra causa y de tan perniciosos efectos morales, que de no haber encontrado con un hombre de vuestro temple habría puesto en muy serias dificultades la causa de la Legitimidad en el Istmo. Así lo apreciaron varias personas y así lo afirma un documento oficial que impreso ha visto la luz pública en esta ciudad.

A las doce del mismo día fui invitado por vos a una conferencia en el Palacio de Gobierno; e impuesto de las proposiciones del enemigo, e instado por vos para que expusiera mi concepto, os dije: “Señor General: considero que la entrega de la plaza sería la protocolización de nuestra honra. Nuestra fuerza, aunque muy inferior en número al enemigo, es valerosa y probada. La línea de batalla que hemos escogido es magnífica. Hagamos un esfuerzo, luchemos y perezcamos llegado el caso, pero salvemos ante todo el honor del Ejército Nacional”. Los Coroneles Alejandro Ortiz, Félix M. Correa y Lucas Espinosa y el Sargento Mayor Pedro P. Restrepo, que estaban presentes, expusieron sin vacilar su conformidad de ideas conmigo y vos terminasteis: “Estoy de acuerdo con todos ustedes. Vamos, pues, a luchar, mis amigos”. Pocos instantes después me hicisteis saber por conducto de vuestro Secretario, el señor Adolfo Alemán, que me investíais de las facultades necesarias para mandar todas las fuerzas que había en la ciudad y para preparar y dirigir las operaciones militares en la línea. Pasado esto me retiré de nuevo al campamento.

Como a la una de la tarde del mismo día, la parte de nuestra artillería emplazada en la pequeña eminencia de “El Tívoli” rompió fuegos sobre la enemiga para impedir que ésta nos fuese colocada al frente en el pequeño cerro de Curundú. El resultado fue satisfactorio. El enemigo quiso entonces situarla en otra pequeña altura cerca a Perry’s Hill; pero allí tenía que recibir y recibió inmediatamente los fuegos de “El Tívoli”, más los de dos cañones que teníamos en el puente de Calidonia. Los fuegos continuaron por espacio de algunas horas, contestados por el enemigo y acrecentados de vez en cuando

por descargas de fusilería, hasta que un cañonazo hábilmente dirigido de “El Tívoli”, por el sangento Enrique Jaramillo, desmontó una pieza de las del enemigo, consiguiendo de esa forma callar sus fuegos.

La tarde fue de relativa calma. A la oración hicisteis reforzar la guarnición que teníamos en La Boca, enviando a ese lugar la columna *Campo Serrano* a órdenes de los Coroneles José María y Manuel Núñez Roca. Como a las doce de la noche, preocupado yo con nuestra situación en aquel campamento, resolví visitarlo personalmente, dirigiéndome a él en compañía del Teniente Emilio Fajardo. Una hora después estuve allí. La fuerza que defendía aquella posición vigilaba toda, hábilmente colocada sobre la plaza y el muelle; permanecí allí hora y media, y al regresar a la ciudad dispuse que de dos cañones que teníamos en Chiriqui, uno fuese trasladado inmediatamente a La Boca. Así se hizo al amanecer del 23.

La aurora de este día me permitió ver con mi antejo, desde El Cerro, una numerosa fuerza enemiga que se movía en dirección a ese campamento, y al punto hice saber esta novedad por conducto de uno de mis Ayudantes de Campo.

Algunas horas más tarde di en la línea del puente de Calidonia, las órdenes e instrucciones que estimé necesarias; me dirigí al Palacio de Gobierno a comunicaros verbalmente los movimientos del enemigo sobre La Boca, y después de una ligera conferencia con vos, marché por orden vuestra a dirigir personalmente el combate, que poco después debía principiar en aquel lugar. A mi llegada a él, ya los fuegos estaban rotos, y el Coronel Manuel Núñez Roca, con su fuerza, y el Capitán Aureliano Valero B. con unos tiradores del Istmo, cumplían su deber a satisfacción. Durante el combate, el cañón emplazado allí en aquella mañana, funcionó con toda regularidad, contestando a la artillería enemiga, a la par con el fuego de nuestros tiradores que era intenso y nutrido. A las cinco de la tarde, el enemigo fue rechazado y se retiró a Farfán, decepcionado seguramente, a apreciar la esterilidad de sus esfuerzos en su empeño de desembarcar fuerzas en aquel puerto. Tuvimos algunos heridos, ninguno de gravedad.

A las 6 p. m. regresé al campamento del puente; durante la noche no se verificó ningún hecho notable. A la madrugada del 24 divisé desde la playa de El Trujillo la Flotilla enemiga al ancla en Punta Paitilla y penetré desde luego el

alcance de las operaciones ejecutadas por las fuerzas revolucionarias durante la noche. Era que los dos batallones que no habían podido desembarcar por el puerto de La Boca en el combate del día anterior, habían resuelto trasladarse por agua a las posiciones de Perry's Hill para reforzar allí al General Herrera y hacernos un ataque más intenso y poderoso por el frente de nuestras fortificaciones. Sin embargo, en el campamento enemigo no se advertía movimiento ninguno y la creencia de que hubiese sido abandonado por nuestros adversarios en aquella noche, empezaba a ser la expresión de no pocos. En esta virtud y a fin de que desapareciese todo motivo de perplejidad, —resolví a las siete de la mañana hacer personalmente una exploración al campo revolucionario, la cual practiqué en compañía del Teniente Coronel Víctor Manuel Hernández y de 30 tiradores del batallón *Colombia* y del *Cuerpo de Policía*, a órdenes del sereno y entusiasta Capitán Pedro A. Barreto.

El resultado de esta exploración superó, si se quiere, a nuestros deseos y a nuestro pensamiento. En Peñaprieta encontramos al enemigo que avanzaba sigilosamente sobre nosotros al abrigo del manglar, y al momento regresamos a nuestro campamento para esperarlo. Un cuarto de hora después (como a las ocho y media a. m.) dos batallones adversarios se presentaron en la playa en línea de tiradores, y al punto ordené romper los fuegos sobre ellos. Vos que estabais allí en aquella mañana, pudisteis apreciar la manera como se inició esa escena sangrienta; el arrojo de nuestros contendores mereció realmente nuestra admiración, pero así como avanzaban sobre nosotros, iban quedando tendidos en la playa y a la sombra del mangle, muertos unos, heridos los demás; y es afirmación de algunos oficiales enemigos, que de 300 hombres que nos atacaron por aquella vía sólo seis volvieron vivos al campamento de Perry's Hill.

Iniciada la lucha en la playa de El Trujillo, como a las ocho y media a m., diez minutos después los fuegos se habían generalizado en nuestra línea de batalla, desde aquel punto hacia Guachapalí, de aquí al puente de Calidonia y de aquí, por Pueblo Nuevo, hasta el sitio en donde se une la línea del Ferrocarril que va a La Boca y la que conduce a Colón. Nuestra artillería de El Tívoli y la del puente, lo mismo que nuestra fusilería, hacían un fuego nutrido y mortífero. Al recorrer la línea de batalla, me fue muy satisfactorio encontrar cumpliendo su deber a todos los Jefes, oficiales y soldados de los

cuerpos que allí combatían, con excepción del Comandante del batallón 1° de Infantería del Istmo Coronel Jesús Parada Leal, quien a los primeros disparos abandonó la fuerza que comandaba, sin que hasta la fecha haya obtenido dato seguro de su paradero. Afortunadamente, allí estaba el Segundo Jefe, valeroso Sargento Mayor Antonio Holguin, quien luchaba como bueno al frente de sus soldados, y a quien éstos lloran todavía, pues pasada una hora de combate, cayó herido por una bala que le produjo la muerte algunas horas más tarde. Para reemplazarlo en la Jefatura del batallón, nombré al Capitán Luis Martínez Aragón, cuya conducta en los días de lucha, lo mismo que la de sus oficiales, mereció mi aplauso.

Dispuse igualmente que para reforzar aquella posición, en caso de que fuese reciamente atacada por el enemigo, el Coronel Félix M. Correa y los Capitanes Maximiliano Uribe y Floro Roldán, la ocupasen con parte del batallón *Henao*.

Como a las doce del día, un hecho inesperado fue para nosotros motivo de inquietud. Los enemigos de nuestra causa residentes acá en la ciudad, a quienes la benevolencia del Gobierno había dejado en libertad, halagados con la falsa noticia de que ya los revolucionarios habían logrado romper nuestras líneas para entrar, se pronunciaron, saliendo unos a las calles y plazas públicas, disparando otros desde sus habitaciones por ventanas y balcones y dando principio a un horroroso saqueo, en el cual, como vos lo sabéis, yo fui la primera víctima. Felizmente, al recibir el parte de estos hechos, fui también informado —de que ya vos obrabais sobre los amotinados, a quienes habíais puesto en vergonzosa fuga, eficazmente secundado por los Coroneles Ortiz y Espinosa. Sin embargo, dispuse que el denodado Marcial Ocoró (Sargento Mayor, ascendido hoy a Teniente Coronel) acompañado del no menos sereno Teniente Antonio Jaramillo y de 30 tiradores, armados de rifle y machete, fuese a ocupar el muelle inglés de donde algunos de los revoltosos hacían fuego sobre el *Colombia*, con orden de que al hacer esto marchara en vuestro auxilio al centro de la ciudad. A la vista de esta guerrilla, los del muelle huyeron precipitadamente y los pocos que aún quedaban en las calles volvieron a sus escondites. Allí murió, traidoramente asesinado, el Guarda-parque del Colombia, intrépido P. Pacheco.

Como a las cuatro de la tarde, una terrible tempestad que se presentó en el campo en donde se libraba la batalla, nos hizo creer que sería al menos motivo de una ligera tregua entre las fuerzas combatientes; pero no sucedió así: los fuegos se avivaron más y más, y en el fragor de la tempestad y de la lucha, hubo ciertamente algunos momentos en que el estampido de los cañones se confundía con los truenos de las descargas eléctricas. El espectáculo era solemne.

Los fuegos continuaron sin interrupción. De las diez a las once p. m., pudimos observar, aunque confusamente, que el enemigo, aprovechando las tinieblas de aquella noche intensamente oscura, avanzaba en silencio sobre nuestras fortificaciones; y al toque de carga que ordené inmediatamente y que repitió la corneta con entusiasmo en toda la línea, nuestros tiradores contestaron con el fuego más activo que se haya presenciado.

Al amanecer del 26 la luz del día nos permitió ver, cerca e nuestra línea de defensa y principalmente en el camellón de Calidonia, regado el campo de cadáveres del enemigo. Los más arrojados habían pagado esa noche con la vida su intrepidez.

La lucha continuó durante el día 25, y como a las cuatro de la tarde recibí un pliego vuestro, según el cual, conveníais en una ligera suspensión de hostilidades a efecto de que las ambulancias inglesa y chilena penetraran al campo enemigo a recoger siquiera los heridos, cuyos ayes y quejas oíamos a poca distancia.

Así se hizo, en efecto, pudiendo entonces apreciar el destrozo que nuestras armas habían causado en las filas revolucionarias: 600 hombres, entre muertos y heridos, yacían tendidos en aquel campo.

Hacia las cinco y media de la tarde, los gritos de ¡Viva el General Sarria!, pronunciados en Pueblo Nuevo, nos avisaron el arribo de este leal servidor de nuestra causa, quien venciendo al cabo las dificultades con que había tropezado en su marcha, venía con 200 hombres a compartir con nosotros las fatigas de aquella gloriosa jornada.

Acompañábanlo Don Antonio Burgos, Prefecto de Colón; el Coronel Pedro Sotomayor, el entusiasta Capitán Ricardo C. Stevens, Don Orondaste Martínez y algunos amigos más.

A las siete y media de la noche rompiéronse de nuevo las hostilidades, y un fuego sostenido vivamente de parte y parte se dejó oír hasta la madrugada del 26.

A las siete y media de la mañana de este día, el pito de la locomotora nos anunció desde lejos la llegada de mil hombres que, a órdenes de los Generales José María Campo Serrano, Francisco Jaramillo U., Fortunato Garcés y Wenceslao Rodríguez, venían de Barranquilla en nuestro auxilio. El desaliento producido en las filas enemigas con la presencia de este poderoso refuerzo y con el destrozo que le habíamos causados en los días anteriores fue motivo para que los Jefes revolucionarios se rindieran, mediante la capitulación que el público conoce, entregándonos la Flotilla, su cuantioso armamento y su artillería.

Combatimos en nuestra línea de batalla 415 hombres del Ejército del Gobierno contra 2.000 de la revolución. Esta tuvo 600 bajas entre muertos y heridos, y nosotros, contando las de Forozal, 32 muertos y 66 heridos. En las bajas que tenemos que lamentar figuran principalmente, la del bizarro Sargento Mayor Rolando Linares, muerto el 24, y la del no menos entusiasta Subteniente Aparicio Ramírez, atravesado por una bala en la madrugada del 25 al hacer un disparo de cañón.

Si hubiese de hacerlos una relación de los jefes, oficiales y soldados que se distinguieron en aquellos días de lucha y de fatiga, os afirmo con justa satisfacción y con orgullo, que necesitaría presentaros la lista de cuantos combatieron.

Más que su valor, yo admiré su abnegación y su constancia durante esos ocho días que permanecieron a pie firme en nuestra línea de batalla, sin esperanza de ser relevados, sin un momento de descanso, y en que sólo a ligeros intervalos disponían de un instante para tomar un poco de agua o una taza de café.

Sin embargo, no terminaré esta relación sin dejar en ella un párrafo que exprese nuestro agradecimiento para las personas que, como el señor Antonio Zubieta, se interesaron vivamente por la suerte de nuestra tropa, y sin tributar un justo elogio al señor Secretario de Hacienda, don Adolfo Alemán, quien estuvo atento siempre a las necesidades de la guerra, haciendo indicaciones oportunas y cooperando así al triunfo de nuestras armas.

La batalla que acabamos de librar tendrá, señor General, la más justa resonancia en la República y fuera de ella cuando sean conocidos sus pormenores y pueda apreciarse la naturaleza de los peligros que eran nuestra amenaza. Triunfante la Revolución en el Istmo, en pocos días habría extendido su influencia a los vecinos Departamentos del Cauca, Bolívar y el Magdalena, llevando a ellos elementos de todo género y produciendo la más desastrosa complicación para la causa del Gobierno. Vencida como ha quedado, hemos puesto ejemplar escarmiento al filibusterismo nicaragüense y ecuatoriano, y podemos afirmar sin exageración que lo que pasa en el interior de la República carece de importancia y que la guerra ha terminado.

Con sentimiento de la más distinguida consideración, soy de usted, señor General, vuestro atento y S. S.,

El General,

Víctor M. Salazar.

LISTA

de las bajas que sufrió el Ejército del Gobierno en los combates ocurridos en esta ciudad y en Corozal del 21 al 26 de julio de 1900.

Batallón "Colombia".

Muertos: Guarda-parque, Pedro P. Pacheco P.; Teniente, Aparicio Ramirez; Cometa, Félix Cordoso; Soldados: Cipriano García, Leonardo Rodríguez, Salvador Hernández, José G. Lucumí y Pedro Osorio.

Heridos: Subteniente, Juvenal Roso; Cometas, Hipólito Guevara y Celso Ballesteros; Sargentos Segudos, Eladio R. Martínez y Clemente Rodríguez; Cabos Primeros, Alfoso Vásquez y Aparicio Tarquino; soldados: Jesús M. Arango, Pastor Vanegas, Germán Salcedo, Roberto Mondragón, Santos Molina, José M. Duque, Marcos A. Duque, Eugenio Martínez, Nicomedes Sandoval, Lorenzo Malagén, Nicolás Correa, Hipólito Murillo, Venancio Biáfara, Isaías Capote, Juan de J. Leiva, Isidro Páez y Pedro Ortiz.

Batallón "Hena" de Antioquia.

Muertos: Capitán Ricardo Cadavid; Subteniente, Abelardo Quintero; Sargento 1º Luis F. Ríos; Cabo

1º Camilo Ceballos; Cabo 2º Antonio J. Cuervo; Soldados: Pedro A. Patiño Maximiliano Congate, Ricardo Reyes, Florentino Lopera, Rosendo Serna, Basalio Caro y José J. Hernández.

Heridos: Teniente, Alberto Holguin; Subteniente, Venancio Álvarez; Sargentos Primeros, Tomás Guardia y Pedro Jaramillo; Soldados: Julio Bustamante, Lorenzo Echeverría, Manuel Saavedra, Jesús M. Alvarez, Isidro Santa Cruz, Clímaco Betancourt y Manuel Ramírez.

Batallón "Quinto de Cali".

Muertos: Sargento Mayor, Manuel M. Barahona; Sargento 2º. Evangelista Ruiz; Soldados: Pedro A. Solís y Federico Sarria.

Heridos: Sargento Mayor, Marcial Ocoró; Capitán, Carlos Barahona; Teniente, Jacinto Trujillo; Sargentos Primeros, Adriano Marmolejo y Simeón Salcedo; Cabos Primeros; Zenón Luzcando, Pedro

Camacho y Salvador Bonilla; Cabo Segundo, Balbino Cortés; Soldados: Gregorio Arias, Baltazar Pretelt, Pedro López, Agustín Peña, Antonio Gil, Vicente Valencia, Francisco Mosquera y Gustavo Paredes.

Batallón "1° de Infantería del Istmo".

Muertos: Sargento Mayor, Antonio Holguin; Soldados: Manuel Carbacho, José de los Reyes Atencio, Adolfo Montenegro y Martín Palma.

Heridos: Soldados: Justo Padilla, Juvenal Villalobos y Encarnación Flores.

Columna "Campo Serrano".

Heridos: Capitán, Mario Ramírez; Soldados: Raimundo Rodríguez y Abraham González.

Cuerpo de Policía.

Muertos: Agentes, Valentín Linares y Joaquín Hernández.

Heridos: Agentes, Segundo Aguillón, Gerardo Delgado y Pablo Zapata.

Comandancia de la Quinta División.

Muertos: Sargento Mayor: Rolando Linares.

RESUMEN:

	Mtos.	Hdos.
Batallón "Colombia".	8	24
Batallón "Henaó".	12	11
Batallón "Quinto de Cali",	4	22
Batallón "Primero de Infantería del Istmo"	5	22
Columna "Campo Serrano"	3	
Cuerpo de Policía.	2	3
Comandancia de la Quinta División	— 1 —	
Total	32	66

Panamá 27, de julio de 1900.

El General
VÍCTOR M. SALAZAR

LISTA

de los Jefes y Oficiales del Ejército del Gobierno que asistieron a los combates librados en Corozal, La Boca y Panamá, contra las fuerzas revolucionarias, del 21 al 26 de julio de 1900.

Estado Mayor

Generales, Carlos Albán, Víctor M. Salazar y Carlos M. Sarria. (*)

Estado Mayor de la División Antioqueña y Batallón "Henaó".

Coroneles, Félix M. Correa (***) y Heliodoro Peláez; Teniente Coronel, Amador Gómez J.; Sargento Mayor, Pedro P. Restrepo y Manuel Montoya; Capitanes, Ricardo Cadavid, Floro Roldán, Juan A. Díaz y Eduardo Echeverri; Tenientes, Obdulio Córdova, Julián Vásquez J., Juan C. Moreno, Alberto Holguin y Eleázar Orozco; Subtenientes, Luis E. Molina C., Abelardo Quintero, Antonio María Ceballos, Tobías Orozco, Juan C. Toro, Antonio Morales, Alberto Roncallo, José J. Uribe, Emiliano Orrego, Venancio Álvarez y Macario González.

Batallón "Colombia"

Coronel, Alejandro Ortiz; Sargento Mayor, Vicente Navia y Enrique Acosta; Capitanes, Rafael Aranza, Belisario Valencia, Ignacio Molineo, (Habilitado) Pedro A. Barreto y Eduardo Holguin; Tenientes, Juan N. Muñoz, Clodomiro Alfonso y Delfín del Busto; Subtenientes, Juvenal Roza, Felipe Sánchez, Aurelio Corro M., Manuel Guardado, Epifanio Torres, José D. Neira, Manuel Latorre; Guarda-parque, Pedro P. Pacheco.

Batallón "Quinto de Cali"

Coronel, Lucas Espinosa; Sargentos Mayores, Manuel M. Barahona, Jorge E. Martínez y Marcial

(*) —Combatió en la noche del 25 hasta la mañana del 26.

(**) —El Coronel Correa, del Estado Mayor, combatió como Jefe del Batallón Henaó después de Corozal, en donde cayó prisionero el Coronel Feláez.

MEMORIAS DE LAS CAMPAÑAS DEL ISTMO 1900

Ocoró; Capitanes, Pedro M. Galindo, Pedro A. Moreno, Carlos Barahona, Saturnino Reina, Víctor Cárdenas, Aureliano Sánchez y Antonio Jaramillo; Tenientes, Nicolás Payán, Juan Bautista Ramírez, Jacinto Trujillo y Manuel J. Urrutia; Subtenientes, Andrés J. Lenis, Maximiliano Gómez, Efraín Mafla, Eduardo A. Martínez, Carlos Sanclemente y Belisario Valencia.

Batallón "Primero de Infantería del Istmo".

Sargento Mayor, Antonio Holguín; Capitán Ayudante, Luis Martínez A., Damián Espinosa y Aureliano Valero B., Teniente Ayudante de Campo, E. Herrera G., Rafael Pardo G. y Arcadio Díaz; Subtenientes, Isidoro Bocanegra, Emigdio Martínez y Luciano Herrera.

Cuerpo de Policía.

Coronel, Leopoldo Corredor; Comandante, Emilio Linares V., Capitán, Octaviano B. Pérez; Tenientes, Augusto S. Colmenares, Gavino Gutiérrez, Manuel Soto B. y José Zamora; Vigilantes: Ernesto Gómez, Manuel Vergara, Mateo Hernández, Federico

Torres, Francisco Gutiérrez, José A. Mateus, Nicolás Leiva, Delio Noriega, Heliodoro López, Feliciano Saldaña, Aníbal Franco, Gustavo Medina, Enrique Cárdenas.

Columna "Campo Serrano".

Coronel, Manuel Núñez R.; Capitanes Ayudantes: Mario A. Ramírez, Epaminondas Quintero, Gonzalo Jiménez, Aníbal García, Santiago Toledo, Lisandro Espinosa; Tenientes: Ramón Pacheco, José M. Navarro;

Subteniente, Eleázar Escobar, Subteniente Abanderado, Aureliano Bernal.

Comandancia de la Quinta División.

Coronel, Pedro Sotomayor; Teniente Coronel, Victoriano Hernández; Sargento Mayor, Carlos Fajardo H.; Capitán, Ricardo Borbúa; Subtenientes: Julio E. Ramos, Héctor N. Borrero, Emilio Fajardo H., Juan Lombardi; Habilitado, Eleázar Guerrero; Médico, Genaro Payán; Artilleros: Charles Rose, Luis F. E. de los Monteros.

El General,

VÍCTOR M. SALAZAR.



República de Colombia.—Departamento de Panamá.—Gobernación.—Sección de Gobierno.—Número 59.

Señor General don Víctor M. Salazar.—Presente.

Muy grato me es comunicaros que por vuestro brillante comportamiento en los combates de 21 a 26 del presente mes, en los cuales las fuerzas del Gobierno—dejaron bien sentado el honor nacional, distinguiéndoos por vuestro valor, constancia y decisión, he tenido el placer de ascenderos por decreto de esta fecha, distinguido por el número 100, a General de División del Ejército de la República, seguro de que éste se congratulará por contaros entre sus bravos y dignos defensores.

Soy vuestro atento servidor y compatriota,

Carlos Albán.

Así como es grande el regocijo que sigue a la victoria, así es de profunda la aflicción que sobreviene a la derrota, y la nuestra, después de lo sucedido en Calidonia no pudo ser mayor. En un solo día nuestro ejército que victorioso había recorrido el Istmo y que del mismo modo debía entrar a la ciudad, donde numerosísimos copartidarios, amigos y parientes nos esperaban con ansias, quedó completamente aniquilado, muertos muchos de nuestros más valientes compañeros y heridos muchísimos más de los restantes; no pocos emprendieron viaje al Cauca y otros quedamos en Panamá presenciando la magnitud del desastre.

Quienes lean estas páginas, en las cuales hemos querido recoger la historia de aquellos días, ya casi olvidada, sabrán cómo sucumbió una gran empresa al influjo de pasiones egoístas que destruyeron la unidad de acción y la finalidad del propósito, porque cuando fue más necesaria la cohesión entre sus dirigentes, un mal entendido regionalismo llevó ante las defensas de la ciudad, objetivo de la campaña, un ejército desconcertado bajo la dirección de un Jefe que quiso a toda costa realizar un plan de ataque que había sido previamente rechazado por el Consejo de Guerra de La Chorrera.

Tal parece como que en nuestro Istmo, por un hado fatal, estamos destinados a destruirnos nosotros mismos, como los soldados de Cadmo, dividiéndonos cuando más necesaria se hace la unión para luego, después del fracaso, entrar en recriminaciones estériles que ahondan aún más la división.

Anexos



I

Mi misión al Ecuador

Acabo de leer con el más intenso interés y poseído de la más viva emoción, el primer volumen de la obra *Memorias de las campañas del Istmo*, escrito por el doctor Belisario Porras, entre los años 1900 y 1902, y esa lectura ha despertado en mí recuerdos de sucesos y de personas que parecían ya tan remotos en el tiempo que no me imaginaba podrían recobrar jamás la vida y el color que las circunstancias de entonces les prestaron. Y sin embargo, ¡han pasado apenas veinte años! Pero si es posible condensar en un país y en un período de pocos años los acontecimientos de varios siglos, Panamá nos presenta el caso tal vez único de un país que ha tenido en un quinto de siglo la vida más intensa y más precipitada de que haya ejemplo en la historia.

En esta balumba casi increíble de acontecimientos inesperados y de súbitas transformaciones, nuestra memoria colectiva se ha embotado y los hombres que podían hacerla renacer se han visto envueltos en el turbión de los nuevos sucesos. La obra del doctor Porras viene como un estímulo a remover las dormidas impresiones, a evocar las realidades de una época oculta todavía a los ojos del mayor número, y por eso incomprendible; a darle elementos de información directa y autorizada a la historia del país.

Como es notorio, yo tomé parte en el movimiento liberal revolucionario que conmovió a Colombia, desde octubre de 1899 hasta noviembre de 1902; fui uno de los miembros de la expedición armada que bajo las órdenes del doctor Porras desembarcó en el Istmo el 31 de marzo de 1900, y puedo por esas circunstancias confirmar con mi testimonio la veracidad y la fidelidad

completas de la narración contenida en el libro que acabo de leer. *C'est icy un livre de bonne foy, lecteur*, como dice Montaigne en el prólogo de sus célebres *Ensayos*.

En el curso del libro el doctor Porras hace varias referencias a una misión importante que me llevó al Ecuador en mayo de 1900, pero no era posible para él, cuando escribió, obtener de mí los detalles más interesantes de mi viaje y de mis gestiones, y creo que es oportuno complementar la relación histórica de los sucesos con esta breve colaboración.

Entre el doctor Porras y yo existe la amistad más cordial e íntima desde el día en que nos conocimos, el año de 1888. Era yo un jovencillo, recién salido del colegio, muy amante del estudio, y siempre deseoso de presenciar exámenes y fiestas escolares, cuando dos amigos, los hermanos Valverdes que me servían de guías y directores en Colón, fueron invitados por el doctor Simón Araújo a presenciar los exámenes finales de su colegio establecido en Panamá. Vine a los exámenes y allí conocí al doctor Porras, quien, si mal no recuerdo, era Profesor de la institución. Mi primera impresión al verle fue la de que era un extranjero, un alemán o suizo, de piel blanca, cabello rubio y gafas profesoriales; pero luego conversamos, cambiamos ideas generales sobre enseñanza y nació entre los dos una viva simpatía que luego con el curso de los años se fue convirtiendo en amistad íntima, atraídos recíprocamente por la identidad de ideas y aspiraciones, y por un irreprimible espíritu de rebeldía contra toda opresión, que ha sido nuestro vínculo más estrecho. Escribimos juntos en los *Anales Judiciales* y en *La República*, periódicos de distinto carácter pero ambos de combate, y cuando el doctor Porras se ausentó de Panamá en 1896 yo era uno de sus más íntimos confidentes.

Cuando estalló la revolución liberal armada en 1899, y los jefes del partido en Panamá se hallaban impotentes para lanzarse a la guerra, pensamos todos en que el doctor Porras debía venir del exterior si se conseguían algunas armas, para contribuir con el concurso del Istmo a hacer más pronto el triunfo del partido liberal. Y al discutirse sobre quién debía ir a Nicaragua a tratar con el doctor Porras la grave cuestión de su venida con una expedición armada, fui designado yo por las circunstancias personales que he mencionado. A propósito de las discusiones que precedieron a mi viaje, recuerdo una con el doctor Pablo Arosemena, quien no se oponía al plan de la invasión al Istmo, pero lo

consideraba muy aventurado y peligroso. “Ves”, me decía una vez en el zaguán de la casa de don Pedro A. Díaz, con la vivacidad que le era habitual, “en el interior de Panamá, no encontrarán ustedes quien tome un rifle; apenas desembarquen, todo el mundo se irá a los montes en fuga y después que hayan pasado ustedes con los pocos soldados que traigan, todos los pueblos se les volverán enemigos al ver que les han comido las gallinas, los pavos y los marranos. Usted verá, usted verá, pero dígame al doctor Porras que algo hay que hacer”.

Salí de Panamá el 10 de enero de 1900 y llegué a Managua unos cinco o seis días después.

No me cansaré de repetir lo que muchos amigos saben desde hace años sobre mis impresiones al llegar a Managua. Yo pensaba encontrarme allí con un hombre en circunstancias modestísimas, como pasa casi siempre con los extranjeros que van sin recursos a buscar fortuna en tierras desconocidas; y mi sorpresa fue inmensa al ver que el doctor Porras se hallaba en una situación realmente envidiable. Tenía en Managua a sus dos hijitos Belisario y Demetrio, internos en un buen colegio; desempeñaba el importante puesto de Abogado Consultor del Gobierno con el aditamento de gozar de la más absoluta confianza del Presidente General Zelaya; era abogado de una Compañía de Navegación establecida en Bluefields, y tenía además una importante clientela privada; era Profesor de Derecho Internacional en la Universidad o en la Escuela de Derecho y no tenía más ocupaciones productivas porque a pesar de su increíble laboriosidad, las horas del día y muchas de la noche no eran suficientes para atender a aquel cúmulo de trabajo. Por último, en un concurso abierto por el Gobierno para escribir la Geografía de Nicaragua, el doctor Porras había tomado parte y su obra había sido premiada como la mejor y más completa. Pocos meses antes de llegar yo, el doctor Porras había sido nombrado Cónsul General de Nicaragua en Londres y estaba listo para salir a dirigir personalmente la edición de su libro, cuando estalló la revolución colombiana. ¡Y era a un hombre en aquella situación a quien iba yo a pedirle que abandonara a sus hijos, que despreciara una fortuna segura, que perdiera una posición social y política privilegiada, para correr los azares de una invasión armada, los peligros más grandes y hasta la muerte! Debo confe-

sar que aquello me pareció, como le parecería a cualquiera persona juiciosa, una enormidad que llegaba a los linderos del absurdo. Generalmente el revolucionario tiene algo de aventurero y de desesperado, y yo iba a convidar a un amigo querido a tomar parte en una aventura extraordinaria y peligrosa precisamente en la hora en que este amigo recuperaba su tranquilidad de espíritu después de torturas íntimas inmensas, se hallaba en plena prosperidad, gozando de distinguidísima posición social, querido de todas las capas del pueblo nicaragüense, ¡estimado, agasajado, sin enemigos y sin penas!

Narro estas circunstancias porque ellas forman una base cierta para conocer el temple de un carácter y son datos positivos para estimar la calidad de un patriotismo.

El doctor Porras no vaciló un solo instante. El deber nos llama, me dijo; cumplámoslo sacrificándolo todo, hasta nuestras vidas. Sé que vamos a lanzarnos en una aventura sin precedentes, llena de azares, de sufrimientos y de peligros, pero no podemos evadir el cumplimiento de ese deber, y lo cumpliremos con fe, con valor y con entusiasmo. Éstas fueron poco más o menos sus palabras, dichas con la vehemencia del convencido y repetidas después siempre que hablábamos sobre nuestros planes.

No es preciso que yo haga comentarios sobre esa actitud del doctor Porras, pues ella se comenta por sí misma; pero la historia de los sucesos que él narra en su libro demuestra que en aquella empresa no le tocó como cosecha final sino el sacrificio de todo, fortuna, posición política, amistades, influencias; no salvó sino la vida y el prestigio que siempre adquiere y conserva quien arriesga todo por servirle a una doctrina o por realizar una aspiración nacional.



Lo que antecede explica por qué me hallaba yo en la expedición desembarcada en San Bartolo, cerca de Charco Azul, en marzo de 1900, y hasta cierto punto explica por qué fui designado, después de maduras deliberaciones, para ir al Ecuador en busca de nuevos elementos de guerra con que proseguir la empezada campaña.

Mis compañeros salieron de Chitré en dirección de Santa María, en la tarde del 10 de mayo, y yo me quedé solo, hospedado en la casa del Presbítero Melitón Martín, esperando embarcarme en las primeras horas de la

madrugada del 11. Iba a conducirme a Taboga un marino muy práctico en nuestros mares, Marcelino Cedeño, en el bote abierto llamado *San Francisco*, sin otra tripulación que un niño hijo de Cedeño que le acompañaba. El bote llevaba un cayuco pequeño en que podían apenas sentarse incómodamente dos personas.

Mi plan, discutido y convenido previamente con Cedeño, era llegar tan cerca de Taboga como nos fuera posible en la madrugada del 13, trasbordarme al cayuco para desembarcar donde pudiera y ocultarme durante el día en algún punto de la isla hasta ponerme en contacto con algunos amigos personales de absoluta confianza que yo tenía en el pueblo.

El único incidente de la navegación digno de ser relatado fue la aparición en la mañana del 12, entre San Carlos, Chame y los Otoques, de un buque velero que parecía cargado de tropas por la gran aglomeración de hombres en su cubierta. Le pregunté a Cedeño si en su concepto corríamos algún peligro y me contestó sencillamente: “No, doctor, ellos también andan a la vela y deben ir con miedo”. En Taboga averigüé después que aquella gente era parte de la que el Gobierno había tenido escalonada entre Santa María, Aguadulce y Antón, embarcada precipitadamente a la aproximación de nuestras fuerzas.

Como habíamos previsto Cedeño y yo, en la madrugada del 13, después de dos días completos de una navegación incómoda, llegamos al canal de Urabá, con la intención de pasar por él y aproximarnos lo más posible a un buen desembarcadero. La marea bajaba ya y había en el Canal una corriente tan poderosa hacia afuera, que después de una media hora de lucha para avanzar, Cedeño reconoció que ello era imposible y resolvimos dejar el *San Francisco* anclado al cuidado del niño que nos acompañaba, para seguir Cedeño y yo en el cayuco bajo una lluvia incesante, hasta un lugar en que yo pudiera ocultarme antes de amanecer.

Después de una hora de brega angustiada por estar ya amaneciendo, llegamos a Playa Honda; yo salté con precipitación y corrí hacia la casa del viejo amigo don José Navarrete, en momentos en que las gentes del pueblo comenzaban ya a levantarse y había movimiento en el matadero público, y cuáles no serían mi pesadumbre y mi agonía al ver que el señor Navarrete, por no saber

quién llamaba con tanta tenacidad a sus puertas, se negaba a abrirlas manifestando que era muy temprano y que quien llamaba debía volver más tarde. Fue su hija Ramona quien reconoció al fin mi voz y le indujo a recibirme. Aquel viejo amigo y sus hijos Gregorio y Alberto me dieron todas las noticias que sabían, me informaron sobre la salida próxima de los vapores y se encargaron de ir a Flamenco a iniciar los arreglos de mi viaje directo a Guayaquil, pues yo no podía tocar en el puerto colombiano de Buenaventura.

Durante cuatro días estuve oculto en una especie de sótano que miraba al mar, formado por el barranco sobre el cual estaba asentada la casa, y tres tabiques endebles de madera que cubrían imperfectamente el frente y los costados. Ni aun toda la familia Navarrete supo que yo me encontraba en aquel lugar, arreglado, según me pareció, para cambiarse de vestido las bañistas que usaban la playa cercana.

Al fin, con la esperanza de embarcarme en el vapor chileno *Imperial*, salí en la noche del 16 de mayo para Flamenco en un bote conducido por los Navarretes. Llegamos frente al vapor y uno de mis acompañantes entró a éste a terminar los arreglos para la admisión de un pavo (todo el mundo en Panamá sabe lo que esto significa). Después de una larga espera regresó el comisionado diciendo que había agentes de policía abordo, que el cocinero del vapor decía que sí me admitía pero que el único modo era que yo entrara al amanecer confundido con los grupos de trabajadores empleados en la carga y descarga del buque. Tuve que permanecer toda la noche en vela, acurrucado en un rincón del bote y temeroso de ser reconocido. En la madrugada, como estaba convenido, entré al vapor con un grupo de trabajadores, fui conducido a la presencia del hombre que disponía de mi suerte, un cocinero chileno con la cara llena de hondas cicatrices, quien me miró de arriba a abajo, y convencido por mi traje de la poca importancia del *pavo*, me dijo con aire definitivo: “Bueno, treinta pesos”. Después que le hube pagado me llevó a un lugar de la cubierta en donde quedé medio oculto entre fardos, barriles de comestibles y pacas de alfalfa; pero como una hora después vino a buscarme y con grandes precauciones me llevó a un cuarto de metal contiguo a la cocina, frente al corral del ganado, y allí me encerró con llave. Mis torturas en aquel lugar fueron horribles. A medida que entraba a funcionar la cocina y que el sol ascendía, la temperatura de aquel cuarto iba subiendo también hasta lo intole-

rable. Y en aquel infierno permanecí el 17, el 18 y el 19 de mayo, hasta que el buque zarpó, después de dos días de atraso.

El último día tuvo para mí grandes sobresaltos, pues la vigilancia de la policía era más severa y el tráfico con la ciudad de Panamá era más activo. Hubo un momento en que me creí descubierto y detenido. El cocinero, además de su trabajo, tenía un negocio corriente de contrabandos con los países del Sur, y compraba artículos de seda a varios comerciantes de la ciudad.

Como a las nueve de la mañana del día 19, abrió repentinamente la puerta y se me presentó medio ebrio, con un cuchillo en la mano, acompañado de un individuo que al verme se quedó pasmado de asombro. Cerraron su trato sobre sedas y cuando iban a retirarse no pude reprimirme y le hablé al vendedor, que era un miembro de la familia Merel, llamándole la atención hacia las consecuencias que para mí podía tener una indiscreción suya, y él me contestó que no tuviera temor alguno, pues él era liberal, y efectivamente, fue él quien después de mi partida pudo dar en Panamá la noticia cierta de mi paso por la bahía.

Ya en alta mar, como a treinta millas de Flamenco, llamé al cocinero, le dije que no quería ser más *pavo*, y entre el asombro y el temor me llevó él mismo al Contador, con quien me expliqué satisfactoriamente. Era yo el pasajero de primera clase más curioso de aquel buque. Mis únicas ropas consistían en las que pude acomodar en una pequeña maleta de cuero; mi sombrero era uno de paja del país, de anchas alas, hecho en Penonomé; mis recursos, ciento treinta y cinco dólares en monedas de a cinco dólares, obtenidas por compra en Chitré, y unos diez pesos en plata colombiana que me quedaban después de haberle dado veinticinco pesos a Cedeño y treinta al cocinero. Pagado el pasaje, sesenta y cinco dólares, ¡me quedaban para llegar a Guayaquil setenta dólares!

Apenas llegué a mi destino le comuniqué mi arribo al General Alfaro, en Quito, y al doctor Fernando Sánchez, en Managua, y les expliqué por telégrafo y por cable la situación de la revolución en el Istmo y la necesidad absoluta de más armas y pertrechos.

El General Alfaro no perdió un momento. Dispuso darme mil rifles Manlicher, doscientos mil tiros y dos cañones Krupp con sus dota-

ciones, y desde el 31 de mayo hubieran podido salir aquellos elementos si no hubiéramos tropezado con el tremendo obstáculo de la falta de vehículo.

Yo había conocido personalmente al General Alfaro en León de Nicaragua, el año de 1894. El General vivía en la casa del doctor Fernando Sánchez, y desde allí dirigía los preparativos de la revolución ecuatoriana que un año después le llevó triunfante hasta Quito. Era aquel grande hombre un tipo acabado de benevolencia y de generosidad, incapaz de comprender la doblez humana y hasta inocente en su trato con todo el mundo. Su amor por las ideas liberales era pasión indomable y a un mismo tiempo fe ciega, inquebrantable optimismo. Pocas veces he hallado en mi vida un hombre más convencido que el General Alfaro en materia de partido y más seguro, con seguridad que parecía visión profética, del triunfo de su partido en el Ecuador, en Colombia, en el mundo entero. Pues el General Alfaro no era simplemente un liberal ecuatoriano; era un liberal universal, que lo mismo clamaba contra la tiranía de su país como contra la del Czar de todas las Rusias. Sus doctrinas no tenían fronteras y eso explica por qué, sin vacilaciones ni dudas de ningún género, abría sus brazos y su corazón a todos los peregrinos del derecho y les daba cuanto tenía, a más de infundirles su fe y su entusiasmo. Era un anciano joven con una inteligencia clara y una exuberante imaginación, arrastrado por la cual muy frecuentemente presentaba ante sus oyentes el cuadro de lo que sería, de lo que habría de ser según sus sueños, la Nación formidable reconstruida que en un futuro no distante se debía extender desde las riberas del Orinoco hasta los confines del Ecuador: la Gran Colombia.

Como ya he dicho, el General Alfaro me acogió con extrema cordialidad. Inmediatamente por medio del telégrafo me puso en contacto con Flavio Alfaro, su sobrino, y con los señores Lapierre, Director de *El Telégrafo*, Coral, Director de *El Tiempo*, y Emilio Estrada, Gerente de un Banco y después Presidente de la República, para que arregláramos el modo de prestarme una ayuda eficaz y rápida. Sabedor de que yo había llegado sin recursos, hizo que el señor Estrada me entregara mil sucres, con los cuales compré ropa presentable, dos docenas de sables para los oficiales de nuestro ejército, pagué mis gastos de dos meses justos que permanecí en Guayaquil y el costoso pasaje desde aquel puerto hasta Corinto.

La obtención de las armas no encontró obstáculo. Todo estaba listo para serme entregado tan pronto como consiguiéramos vehículo. En Gua-

yaquil la imposibilidad era absoluta. El tráfico exterior y aún parte del interno estaba en manos de compañías extranjeras muy cuidadosas de sus obligaciones internacionales y los buques menores nacionales eran inadecuados para empresas guerreras. Tanto el General Alfaro como yo le hicimos al General Zelaya y al doctor Sánchez diversas indicaciones para enviar la *Momotombo* hasta Guayaquil o Santa Elena o para enviar el *Osorno*, otro buque fondeado en Corinto, pero ellos contestaban ser imposible la combinación. Entonces me puse en comunicación con los jefes liberales que se habían apoderado de Tumaco para pedirles que me facilitaran el vaporcito *Gaitán*, del cual eran ellos dueños, pero el General Alfaro se oponía a mi partida en tal buque y me observaba con razón que el objeto de mi viaje era obtener armas y que en el *Gaitán*, pequeño buque mercante construido para navegar en ríos y en mares tranquilos, no cabían ni cincuenta de las cuatrocientas cajas de rifles y pertrechos que yo debía llevarme.

El problema parecía insoluble desde Guayaquil. Después de inútiles gestiones hasta para conseguir un buque de vela que me desembarcara en las islas de las Perlas con todo el cargamento, se le ocurrió al General Alfaro una solución aceptable. La *Momotombo* no podía ir hasta Guayaquil, pero sí podía venir hasta el Istmo en cuatro o cinco días; las armas y pertrechos que nosotros necesitábamos no eran Manlicher sino Remington, pues ya teníamos armamento de esa clase; y en consecuencia, lo cuerdo era hacer un canje de armamentos, remitir a Nicaragua los rifles Manlicher para que el General Zelaya rellenara sus parques y recibir yo allá una cantidad igual de rifles Remington que transportaría a Panamá en la *Momotombo*. El plan fue al fin convenido, pero antes de relatar cómo fue realizado, debo hacer una digresión interesante.

Cuando llegué a Guayaquil el 24 de mayo me encontré repentinamente en el Hotel Victoria con un antiguo amigo. Era éste el doctor Manuel Padrón, recién llegado allí con el carácter de Cónsul General de Colombia, conservador de tuerca y tornillo, que seguramente había aceptado aquel puesto para hacerle a la revolución colombiana todo el daño que pudiera. Yo estaba en Guayaquil precisamente para hacerle a su Gobierno el mayor daño posible, ¡y lo primero que nos pasaba era tropezarnos en el hotel y ser vecinos de cuartos! Mi situación era incómoda pero al mismo tiempo me repugnaba cambiar

de hotel o siquiera de cuarto, pues ello equivalía a manifestar una ofensiva desconfianza de aquel amigo.

Fuimos compañeros casi inseparables, nos observábamos recíprocamente, atendíamos discretamente a nuestros asuntos; él presumía lo que yo estaba haciendo; yo sabía que él trabajaba por obtener el fracaso de mis planes, y sin embargo, nunca hubo entre los dos la más leve desavenencia. Su caballerosidad y su delicadeza eran tan extremas que si ocasionalmente llegaba a mi cuarto en momentos en que yo atendía a mi correspondencia o a la preparación de cables en clave, ni siquiera pasaba adelante. Sólo en una ocasión me habló de guerra. Fue unos diez o quince días antes de mi salida para Corinto, en el mes de junio. “Eusebio, me dijo, yo no quiero mezclarme en que tú cumplas lo que consideras tu deber; pero al mismo tiempo tengo el deber de amistad de decirte que las noticias positivas que acabo de recibir, me demuestran la pérdida completa de la revolución en Palo Negro. Después de ese desastre no es posible que la revolución recobre las fuerzas necesarias para vencer y todo lo que ustedes hagan me parece inútil y antipatriótico”. Mi respuesta fue poner en duda sus noticias, pues los liberales estábamos ya acostumbrados a las mentiras del Gobierno y no le creíamos a éste nada que dijera.

No son para contar las maravillas de equilibrio y de prestidigitación de que tuve que hacer uso para combinar mis movimientos y mis operaciones sin que el doctor Padrón se apercebiera y al mismo tiempo sin emplear burdos subterfugios. Me sirvieron en esto con suma inteligencia los dos hermanos Vallarinos, Ramón y Antonio, quienes se entendieron en todos los preparativos de mi viaje.

Las armas que el General Alfaro me concedía debían ser embarcadas directamente a Corinto en un vapor alemán de carga de la línea Cosmos y yo debía salir en un vapor anterior, de carga también y de la misma línea, para llegar a aquel puerto antes que el armamento.

Mi pasaje fue tomado, con un nombre supuesto, por Antonio Vallarino, y en un momento en que el doctor Padrón salió de su cuarto a alguna diligencia, saqué mi escaso equipaje y volé a embarcarme. Años después me encontré con aquel excelente amigo en esta ciudad y él me confesó que cuando vio mi cuarto desocupado experimentó a un tiempo asombro y pesadumbre, pues comprendió que yo había partido, tal vez para siem-

pre. Le dejé escritas unas cortas líneas de despedida, cosa natural, teniendo en cuenta nuestra antigua amistad.

El viaje directo de Guayaquil a Corinto se hace entre ocho y diez días, y así llegué a Managua el 2 o 3 de julio.

El General Zelaya, el doctor Fernando Sánchez, todos los miembros del Gobierno me recibieron con verdadero entusiasmo. Habían tenido detalles del combate de la Negra Vieja y de la heroicidad de nuestras fuerzas, y tenían ya ciega confianza en el triunfo de la Revolución en el Istmo; el doctor Porras había crecido para ellos a proporciones legendarias y se notaba en todos cierto orgullo secreto al ver que aquellos éxitos repetidos se debían a la ayuda eficaz dada por Nicaragua en hombres y en armas.

En Managua encontré, desesperados ya por la demora y por las incertidumbres, a muchos panameños que habían ido llegando para aprovechar la primera oportunidad de volver con armas al Istmo. El Jefe más visible de ellos era el Coronel Nicolás Tejada V. y era natural que yo pusiera en sus manos la organización del personal de oficiales que iban a acompañarnos. Así lo hice apenas llegué.

No hubo pérdida de tiempo en los preparativos del viaje de la *Momotombo*. Los rifles Remington, un cañón Krupp y los pertrechos prometidos por el General Zelaya, fueron embarcados en los tres días siguientes a mi llegada, y el día 6 de julio los arreglos estaban terminados. El Coronel Zubiría venía con la expedición para atender al regreso del buque a Nicaragua, y como sucediera que en Managua trabara yo relaciones con el General Salvador Toledo, distinguido militar guatemalteco del arma de artillería, le entusiasmé hasta el punto de decidirle a acompañarnos.

El viaje de Corinto al Istmo no tuvo incidentes de ningún género. Sólo es digno de anotarse el hecho de que el Capitán del buque, el mismo *Barba Azul* de la primera expedición, al ver en la tarde del 12 de julio la costa de Punta Mala, hacia el Golfo de Parita, se le metió en la cabeza que allí estaban San Carlos y la Costa de Chame, y en convencerle de su error perdimos la tarde. No pudimos por eso llegar a nuestro destino sino en la mañana siguiente.

Aquí termina mi relato que completa la narración del doctor Porras.

BELISARIO PORRAS

EPÍLOGO

Después del desastre del puente de Calidonia, el doctor Porras se fue para Centro América, nuestras gentes se dispersaron por la línea del Ferrocarril o se ausentaron del país, y Mendoza y yo tuvimos que quedarnos en Panamá por la imposibilidad de irnos a otra parte.

Sobre Mendoza y yo venía a reconcentrarse, en consecuencia, el odio de los adversarios intolerantes, la rabia de los que habían perdido ganados u otros bienes, y la sospecha de los que seguían temiéndole al espíritu revolucionario despierto y activo en todo el país.

Así sucedió que por motivos baladíes ambos fuimos reducidos a prisión, yo el primero, en agosto de 1900. El General Albán no hizo caso de nuestros reclamos escritos sobre el cumplimiento las cláusulas protectoras del Convenio celebrado el 26 de julio, y trató con el mayor desdén nuestras gestiones y las de algunas personas imparciales interesadas en nuestra libertad.

Estábamos, pues, resignados a que aquello continuara indefinidamente, cuando un día fuimos llevados juntos a la presencia del General. Nos hizo pasar con gran solemnidad al Salón Amarillo y luego apareció él vestido como acostumbraba, medio militar y medio paisano, con un kepi ornado de laurel de oro, y calzado con chinelas de seda bordadas.

Nos saludó cordialmente y después nos dijo: “Les he hecho venir para manifestarles que habiendo tenido conocimiento de que en poder del señor Rodolfo Chiari estaban los libros y papeles de la revolución en que ustedes tomaron parte, lo he obligado a entregármelos y los he leído con detenimiento. Al leer esos libros me he quedado asombrado del modo como el doctor Porras y ustedes condujeron su campaña y manejaron y usaron los fondos de que disponían. Ustedes han hecho una revolución con *guante blanco* y con una honradez que me complazco en proclamar con orgullo porque todos somos hermanos en el país, todos somos colombianos. Yo me consideraría como un hombre injusto y muy poco noble si después de haber adquirido esta convicción les dejara a Uds. presos un solo día más. Y al Dr. Porras, díganle que por los documentos que he leído, he podido apreciar su carácter; que se venga a su país, pues aquí encontrará de mi parte respeto, estimación y absolutas garantías, a más de posibilidades inesperadas, porque yo tampoco soy sostenedor de los gobiernos corrompidos que hemos

tenido y soportado. Yo también he sido opositorista y podría hasta ser revolucionario a mi modo contra el desorden y el desgüeño que hemos estado viendo en Colombia. Me alegro de haber encontrado hombres como el doctor Porras y ustedes. Quedan en libertad sin fianza y sin condiciones de ningún género”.

Aquellas palabras dichas en el tono sentencioso que el General Albán usaba y sin interrupción de nuestra parte, nos causaron una extraordinaria sorpresa. Mendoza y yo ignorábamos que los libros de la Revolución habían sido exigidos al señor Chiari, y cuando íbamos para el Palacio creíamos que el objeto de nuestra llamada era notificarnos la expulsión del país o hacernos alguna exigencia inaceptable. Al oír aquella manifestación tan espontánea como honrosa para el doctor Porras, para nosotros y para los que habían tenido algún papel directivo en la campaña, nuestra satisfacción fue profunda, pues de los propios labios de nuestro más hábil y severo adversario oíamos la aprobación de nuestra conducta en términos explícitos y encomiásticos.

Nuestra conversación fue larga y por lo que nos dijo sobre su pasado, sobre sus luchas y sobre sus proyectos pudimos convencernos de que aquel hombre estaba resuelto a aprovechar el prestigio nacional que había conquistado para alcanzar una posición más alta y una influencia más directa en los destinos de Colombia.

Llamaban *loco* al General Albán por sus excentricidades, sus pasajeras violencias y sus transiciones súbitas e inexplicables de la nobleza y generosidad más extraordinarias a las pequeñeces y ruindades más extravagantes; pero en el fondo era un hombre de corazón, rígido en su moralidad, enemigo de la injusticia, íntegro como administrador y como ciudadano. El tributo de respeto que en la ocasión mencionada en las líneas anteriores le rindió al doctor Porras y a sus compañeros fue un arranque generoso, una explosión de su espíritu de justicia, necesaria entonces, cuando una jauría desenfrenada desgarraba el nombre de todos los revolucionarios atribuyéndoles crímenes y desafueros horribles.

Es justo y es necesario que un rasgo semejante del adversario más noble e inteligente que tuvimos los liberales en las campañas del Istmo, quede consignado en este libro.

Panamá, mayo 20 de 1922.

Eusebio A. Morales.



II

Órdenes generales del Ejército Restaurador

Al leer nuevamente este libro noto que en él no he consignado sino relativamente muy pocos de los nombres de mis compañeros de armas de mi primera campaña, y como es de justicia citar por lo menos los que más se distinguieron en el combate de la Negra Vieja en que nuestras tropas se cubrieron de gloria, he creído oportuno reproducir a continuación varios documentos de esa época, gracias a la gentileza de don Julio Orillac, quien los conserva desde entonces con otros muchos, cuidadosamente recopilados en un libro de gran valor histórico.

También aprovecho esta oportunidad para hacer mención especial de un amigo que aún vive y que con grandísimo entusiasmo ingresó a nuestras filas en San Carlos. Era entonces un mozo de unos veinte años, robusto y jovial, y desde entonces comenzó a prestarle sus servicios al Partido Liberal que lo considera hoy como uno de sus principales dirigentes en el Istmo. Se llama don Guillermo Andreve. Desde que lo vi acercarse a mí con el rifle al hombro y al costado una bolsa llena de tiros, con un sombrero de grandes alas adornado de ancha cinta roja, me llamó mucho la atención; desde entonces comprendí que era un muchacho de porvenir, y a la verdad que no me he equivocado.

Cargado así con su pesado rifle, con doscientas cápsulas, y llevando además alguna ropilla y una manta, Andreve salió una tarde de San Carlos para Chame, a pie, caminando marcialmente, lleno de alegres pensamientos y de vivos deseos de entrar al fuego; pero, según él mismo lo confesó, a la media hora el rifle comenzó a hacérsele pesado: al principio le parecía una paja, luego un chopo de verdad, y como el peso lo sintiera cada vez más, al cabo de una hora ya no sabía qué hacer con él, ni con el pertrecho, ni con su propio

cuerpo, a tal punto que casi no podía dar cuenta ni de su propio nombre cuando a eso de las ocho de la noche llegó a Chame cansado, desollado, muerto de hambre y rendido de sueño.

También quiero consignar aquí que con el fin de dejarle a mi obra el mismo tinte que le imprimí al escribirla, me he abstenido de hacerle grandes cambios, motivo por el cual aparecen en él algunas palabras poco usadas, pero muy en boga en aquella época, y es por eso por lo que en el curso del libro cada vez que me refiero a los conservadores, por ejemplo, hablo de “godos”; pero no es porque sienta contra ellos rencores que realmente no he abrigado nunca, sino porque ésa era la literatura de la época, lo mismo que ellos nos llamaban “ravacholistas”, a los liberales, o descastados, filibusteros y otros títulos.

El espíritu de los conservadores ha evolucionado mucho, y así sólo digo la verdad al afirmar que hoy no los considero mis enemigos irreconciliables de antaño, y lejos de eso, muchos de ellos figuran hoy en el número de mis buenos amigos y hasta desempeñan cargos de honor que yo mismo les he proporcionado en el gobierno que presido, convencido como estoy de que la República es de todos y para todos y que los gobernantes debemos aprovechar el concurso de todos los buenos elementos, sin distingos de colores políticos.

• • • • •

Orden General del Ejército Expedicionario en Alanje, a 3 de abril de 1900.

SERVICIO

Coronel Santiago Palomeque. —Jefe de día.

Capitán Matías Medina. —Órdenes.

.....
Artículo 7º —Deseoso el General Jefe que la moralidad, disciplina y subordinación y el buen nombre del Ejército se conserven siempre inalterables, previene terminantemente a los miembros que lo componen, la prohibición absoluta de las bebidas alcohólicas a fin de evitar la embriaguez, para lo cual cuenta con la buena voluntad de los Jefes de Cuerpo, que, no duda, le

prestarán su apoyo en este sentido. Advirtiéndole que el infrascrito está resuelto a castigar severamente a todo individuo del Ejército, cualquiera que sea su categoría, que en lo sucesivo se presente en estado de embriaguez, haciendo responsables por la falta de cumplimiento de esta disposición a los Jefes respectivos.

Artículo 8°—Igualmente encarece a los Comandantes de los Cuadros, para que tomen interés con el objeto de que el servicio se haga con la regularidad que previene el Código Militar, y además para que en las formaciones y en las marchas se guarden el orden y la compostura que indica el mismo Código.

Artículo 9°—Habiéndose notado la incalificable falta que algunos de los individuos del Ejército han cometido, abandonando en cualquier parte los elementos y provisiones de Guerra que se les ha confiado, el infrascrito hace saber que en adelante se hará responsable a todo individuo que pierda alguna de las prendas que le sean entregadas, quedando desde luego responsables directamente al Jefe de cada cuadro.

Artículo 10°—Siendo indispensable para la buena marcha del Ejército mantener la disciplina, la subordinación, el orden y la obediencia en los individuos que lo constituyen, se encarga a los Jefes de cuadro hagan conservar con toda energía estas disposiciones respecto de superiores a inferiores y viceversa y evitar a todo trance las susceptibilidades de lugareñismo o nacionalidades, puesto que todos deben estar sujetos a las prescripciones que señala el código Militar.

Artículo 11°—Por disposición del General en Jefe, se hacen las siguientes variaciones: el Capitán Diego Navas del Estado Mayor, pasará a prestar sus servicios al 4° Cuadro; lo mismo que el Teniente Víctor M. Quijano y el Capitán José J. Lopera y José Yolí, que pertenecen al Cuadro 2°, pasarán al Estado Mayor.

El General en Jefe,

E. J. Herrera.



Orden General del Ejército Expedicionario, en David, a 4 de abril de 1900.

SERVICIO

Coronel Miguel Hoyos.—Jefe de día.

Capitán Esteban Aparicio.—Órdenes.

Artículo 12.—Debemos consagrar a los héroes de este día, que fueron víctimas del fuego dictatorial, toda nuestra veneración, todo nuestro entusiasmo, el mismo con que emprendimos la santa cruzada de la reivindicación de los derechos de la Patria.

La sangre vertida de los muertos queridos refrescará el abril sagrado de la libertad y, semejante a ésta, servirá para robustecer nuestras fuerzas y nuestro patriotismo en la lucha generosa que tenemos emprendida.

Dignos del ejemplo por el sacrificio, son el Coronel Feliciano Morales, el Sargento Mayor Jaime Víquez y los compañeros que rindieron su vida en la memorable jornada.

Artículo 13.—Esta Comandancia dispone que el Ejército guarde luto por tres días en señal de duelo, por la muerte de sus denodados compañeros.

Artículo 14.—Quedan ascendidos desde la fecha, por su buen comportamiento en el combate de este día, para los efectos a que hubiere lugar, los siguientes individuos: a Brigadier, el Coronel Feliciano Morales; a Tenientes Coroneles, los Mayores Jaime Víquez y José Manuel Loredó; a Sargentos Mayores, los Capitanes Benito Prado, Enrique Espinosa y Guillermo Reyes; a Capitanes, los Tenientes Serapio Montalván y Aquilino Vásquez; a Sargento 1º el Sargento 2º Macedonio Gómez; el Cabo 1º Gabriel Amador a Sargento 2º; y a Cabo 1º el Cabo 2º Miguel Martínez.

Artículo 15.—Con fecha 2 del presente queda de alta en el Estado Mayor el Capitán Rafael Díaz.

El General en Jefe,

E. J. Herrera.

• • • • •

Orden General del Ejército Expedicionario, en David, a 6 de Abril de 1900.

SERVICIO

Coronel Francisco Albarracín.—Jefe de día.

Capitán José Yolí.—Órdenes.

Artículo 17.—Por orden de la Jefatura Civil y Militar, en Decreto No. 26, comunicado a esta Comandancia el 1º del presente, se ha conferido al Sr. Manuel Quintero V. el grado de Coronel, y al señor Dn. Rafael Urriola, el de Capitán, prestando sus servicios el primero en la Jefatura Civil y Militar y el segundo como Comandante de un escuadrón de lanceros que se va a organizar y se llamará “Escuadrón Ramón Neira”. En tal virtud el Ejército obedecerá en lo relativo al servicio a dichos señores.

Artículo 18.—Igualmente ha sido comunicado a esta Comandancia el Decreto No. 12 de 6 de Abril, dictado por la Jefatura Civil y Militar del Departamento, por el cual se organiza una Ambulancia para el servicio del Ejército en la forma siguiente: un 1º Jefe Médico asimilado a Coronel, un 2º Jefe Médico asimilado a Teniente Coronel; un Farmacéutico asimilado a Sargento Mayor; tres sirvientes ordenanzas para los tres Jefes anteriores, asimilados a Cabos 2º.

Es nombrado 1º. Jefe Médico del Cuerpo de Ambulancia el señor Doctor Dn. Ezequiel Abadía.

El 1º Jefe Médico queda facultado para hacer la reglamentación técnica del Cuerpo de Ambulancia y para escoger con la aprobación superior, el personal que ha de estar a sus órdenes.

El General en Jefe,

E. J. Herrera.

BELISARIO PORRAS

• • • • •

Orden General del Ejército Expedicionario, en David, a 7 de abril de 1900.

SERVICIO

Coronel Federico Villamarín.—Jefe de día.

Capitán Luis A. Moquin.—Órdenes.

Artículo 19.—Por haberse dejado de poner en la orden correspondiente la nota que a continuación se inserta, hoy se publica para que quede constancia de haber sido conocida por el Ejército Expedicionario y haberse comunicado a esta Comandancia el 29 de marzo pasado, la cual dice: “Tengo el gusto de incluir a ésta, para su conocimiento, la resolución que he tomado en esta fecha de invadir el Departamento de Panamá en cuyas fronteras nos encontramos, asumir el carácter de Jefe Civil y Militar de ese Departamento, organizarlo civil y militarmente con la colaboración de los señores doctores Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales, a quienes he nombrado Secretarios de Gobierno y de Hacienda respectivamente, y nombrar a Ud. General en Jefe de las operaciones militares. Lo comunico a Ud. con el fin de saber si Ud. acepta el puesto de peligro, de gloria y de confianza que le he designado para el éxito de la empresa patriótica de que se trata.

“Soy de Ud. con toda consideración muy atento S. S.,

Belisario Porras”.

La anterior nota fue dirigida al Señor General Emiliano J. Herrera, fechada en Punta Burica el 29 de marzo del corriente.

Artículo 20.—Para conocimiento de los señores Jefes, Oficiales y tropa del Ejército, se inserta el decreto que a continuación se expresa:

DECRETO NÚMERO 5 DE 1900

(DE 4 DE ABRIL)

sobre honores a los muertos y heridos en el combate para la toma de la ciudad de David.

El Jefe Civil y Militar del Departamento,

CONSIDERANDO:

Que en el combate de hoy murieron heroicamente en esta ciudad varios de los defensores de la causa de la Revolución.

Que otros varios servidores de la misma causa, voluntarios unos y otros pertenecientes al Ejército, fueron heridos en el mismo combate;

Que la Revolución tiene contraída deuda de gratitud con los abnegados servidores que han ofrendado su vida noblemente en aras de la victoria liberal, y, con los que sufren en lecho de dolor por el triunfo de sus ideales políticos;

Que en el campo enemigo halló la muerte cumpliendo su deber el Capitán del Ejército Nacional señor Dn. Roberto Cuevas,

DECRETA:

Artículo 1º.—El Gobierno de la Revolución inscribe en el martirologio de los defensores de la República, los nombres de los que recibieron muerte gloriosa en el combate de hoy, a saber: Coronel Feliciano Morales, Sargento Mayor Jaime Víquez y voluntarios Aurelio Zamora y Juan Miranda.

Artículo 2º.—Los funerales de los defensores de la Revolución se harán a costo de ella y con los honores de ordenanza.

Artículo 3º.—A los herederos de los que murieron gallardamente en el campo de batalla, se les declarará el derecho que tienen a una pensión, de acuerdo con las leyes y de conformidad con los grados y sueldos que les corresponden.

Artículo 4º.—Los heridos, señores Coronel Miguel Hoyos, Sargentos Mayores Manuel Loredó, Juan A. Mendoza y José Gonzalo Moreno, Capitanes Benito Prado y Enrique Espinosa, Tenientes Serapio Montalván y Aquilino Vásquez, Cabo 2º Gabriel Amador y Cabo 1º, Miguel Martínez, y voluntarios Isabel Ardines, Antonio Quintero, Acisclo Albarracín, Manuel Sosa y Simón Esquivel, serán atendidos y curados por cuenta de la Revolución, y se les reconocerá la pensión a que tengan derecho como inválidos al servicio de la Patria.

Artículo 5º.—Al cadáver del Capitán Roberto Cuevas, adversario, muerto cumpliendo su deber, se le harán los honores que corresponden a su categoría en la Milicia.

Artículo 6º.—Copia de este Decreto se le enviará al señor General en Jefe del Ejército de la Revolución en el Departamento, excitándolo a que se sirva comunicarlo a las fuerzas de su mando, como reconocimiento del Gobierno por sus meritorios servicios y para que se sirva

BELISARIO PORRAS

comunicar a las familias de los fallecidos las disposiciones que respectivamente les conciernen.

Belisario Porras.

El Secretario de Gobierno,

Carlos A. Mendoza.

El Secretario de Hacienda,

Eusebio A. Morales.

El General en Jefe,

E. J. Herrera.

• • • • •

Orden General del Ejército Expedicionario, en Bejuco, a 10 de junio de 1900.

SERVICIO

Coronel Santiago Vergara. —Jefe de día.

Capitán Luis López.—Órdenes.

El Ejército ha rendido gloriosa jornada en la batalla del 8, que recordarán los fastos de la historia contemporánea por los grandes resultados que de ella se desprenden.

Orgullosa el enemigo con victorias obtenidas sobre ciudadanos, se presentó ante las filas de nuestro Ejército creyéndose, como lo habían decantado de mil modos, que los soldados de la Restauración huirían ante sus falanges asalariadas; y vosotros, soldados de la Patria, en cuyo holocausto habéis ofrecido vuestras vidas, habéis probado lo que vale un pueblo que ha jurado su emancipación política a despecho de los tiranos y los detentadores de la Patria.

Cual más, cual menos, cada uno de vosotros ha contribuido al hecho que enaltece la armas liberales. Muertos y heridos atestiguan que supieron cumplir como buenos la consigna de honor que se les había señalado; y los que salieron ilesos también probaron que eran capaces de ocupar los puestos que el fuego mortífero del enemigo dejaba vacíos en nuestras filas.

Aquí, como ejemplo solamente, si no como objeto de nuestra admiración y nuestro cariño, la Patria teje inmarcescibles coronas de laurel, y éstas son: Capitán Ezequiel Agámez del E. M. de la 2ª División; Cabo 1º Tomás Malespín,

del escuadrón Libres de Colombia; Teniente Oscar Durán, del escuadrón “Patria”; Capitán Alberto Chacón, Teniente Miguél Solís, Cabo 1º Tito Bonilla, Soldados Pedro Pinzón y Félix Hurtado, del Batallón “César Conto”; Sargento Mayor Juan de D. Ortiz, Cabo Pichincha, 2º Jefe y Soldados Cristóbal Cedeño e Isidoro Rubio, del Batallón “Luis A. Robles”; Tenientes José Valle y Gregorio Romero, soldados Timoteo Osorio y José de la C. Campos, del Batallón “Uribe Uribe”; Teniente Manuel Martínez, Sargentos 1º Cristóbal Cuevas y Nepomuceno Jiménez, Cabo 1º José del C. Saavedra y soldado Pedro Vejarano.

Sargento Mayor Lubín Manique, del Estado Mayor de la 1ª División; Sargento Mayor David Juliao, 1º Jefe; Sargento 1º Agustín Rodríguez y soldados Antonio Samudio, Cecilio Pugasti y Luis Montenegro, del Escuadrón “Libres de Colombia”; Subteniente Luis Robles, del escuadrón “Patria”; Sargento 2º, Julio Silvera y soldados, Eusebio Aguilar y Germán López, del Cuerpo de Artillería; Capitán Leovigildo Lapeira, Subteniente Raimundo Riascos, Cabos 1ºs Isaías Araúz y Luciano Almengor y soldados Silvestre González, Leandro Montenegro, Pedro Rodríguez, Rafael Ortega, Isidoro Sánchez, Gregorio Camarena, Miguel Gutiérrez y José M. Martínez, del Batallón “César Conto”; Coronel Luis Salamanca, Capitán Luis A. Moquin, Teniente Lucio Molinares y soldados Felipe Cosme, Ulises Pérez, Gerardo Navarro, Brígido Caballero, Gregorio Méndez y Pedro González, del Batallón “Luis A. Robles”; Teniente José A. Jiménez y soldados Serafín Méndez y Manuel Rodríguez, del Batallón “Uribe Uribe”; Sargento Juan Ledesma y Juan Martínez, Cabo 1º Úrsulo Samudio, heridos.

Y mañana, que nuestros hijos repasando las páginas de la historia cuenten los nombres gloriosos de los que supieron inmolarse en esta suprema hora de nuestras reivindicaciones nacionales, pronunciando con júbilo la bendita hora de sus heridas inmortales.

El ejército enemigo desbandado, lleno de pánico ha huido y seguirá huyendo, no lo dudéis, al empuje de las huestes restauradoras, y pronto les sabremos probar que el terreno que conquistamos no lo abandonamos impunemente y antes bien lo acrecentaremos con la conquista definitiva de la Capital del Istmo. Así lo esperan nuestros hermanos del interior de la República, y en vuestra abnegación confío para llevar a término la obra emprendida que a vuestro valor se debe y a vuestro honor está encomendada.

BELISARIO PORRAS

Dése de alta en esta fecha en el Batallón “Robles” a los Subtenientes Valerio Donado y Eduardo de la Guardia y al Subteniente Mateo Araúz, con destino al Batallón “Chiriquí”.

El General en Jefe,

E. J. Herrera.

• • • • •

DECRETO NÚMERO 74 DE 1900

(DE 11 DE JUNIO)

por el cual se honra a los muertos y heridos en el combate de la
“Negra Vieja”.

El Jefe Civil y Militar del Departamento,

CONSIDERANDO:

Que el día 8 de los corrientes obtuvo el Ejército Restaurador una espléndida victoria en el sitio de la “Negra Vieja” sobre las tropas dictatoriales, en doble número éstas y comandadas por tres Generales que jactanciosamente habían anunciado que tenían asegurado el triunfo;

Que en dicho combate el Ejército Restaurador desde el señor General en Jefe hasta el último soldado lucharon con heroicidad ejemplar durante ocho horas de terribles y mortíferos fuegos de infantería y artillería;

Que a las familias de los individuos del Ejército Restaurador que murieron en ese día de gloria, se les debe alguna manifestación de gratitud, para recompensarles el sacrificio de sus respectivos deudos;

Que la Revolución cumple apenas con el deber de elemental justicia al mirar por la suerte de sus heridos en el expresado combate del día 8,

DECRETA:

Artículo 1º.—Merecen de la Patria los miembros del Ejército que concurrieron el 8 del mes en curso a la gloriosa batalla de la “Negra Vieja”.

Artículo 2º.—La República recordará con gratitud los nombres de los que con patriotismo digno de encomio inmolaron sus vidas el 8 de junio, en holocausto a la causa restauradora, y se declara que sus familias tienen derecho a una pensión de acuerdo con las leyes de la materia y de conformidad

MEMORIAS DE LAS CAMPAÑAS DEL ISTMO 1900

con los grados y sueldos que correspondían a los finados, cuyos nombres y colocación en el Ejército van a mencionarse:

PRIMERA DIVISIÓN

Escuadrón “Libres de Colombia”:

Cabo 1º Tomás Malespín.

Batallón “César Conto”:

Capitán Alberto Chacón, Teniente Solís, Cabo 1º Tito Bonilla, soldados Pedro Pinzón y Félix Hurtado.

Batallón “Luis A. Robles”:

Sargento Mayor Juan de D. Ortiz, Segundo Jefe. Soldados Cristóbal Cedeño e Isidoro Rubio.

Batallón “Uribe Uribe”:

Tenientes Gregorio Romero y José Valle; soldados Timoteo Osorio y José de la C. Campos.

SEGUNDA DIVISIÓN

Estado Mayor:

Capitán Ezequiel Agámez.

Escuadrón “Patria”:

Teniente Óscar Durán.

Batallón “Libres de Chiriquí”:

Teniente Manuel Martínez, Sargentos 1º Cristóbal Cuevas y Nepopuceno Jiménez; Cabo 1º José del C. Saavedra; soldado Joaquín Zamora.

Batallón “Azüero”:

Soldado Pedro Vejarano.

Artículo 3º.—Los heridos tendrán los asiduos cuidados de la ambulancia militar, y se les reconocerá la pensión a que tengan derecho como inválidos al servicio de la Patria.

Para este fin y para que sean recordados por el agradecimiento general, se inscriben sus nombres y el grado que tienen en el Ejército.

PRIMERA DIVISIÓN

Estado Mayor:

Sargento Mayor Lubín Manrique.

Escuadrón “Libres de Colombia”:

Sargento Mayor David Juliao, 1º Jefe; Sargento 1º Agustín Rodríguez, y soldados Antonio Samudio, Cecilio Sugasti y Luis Montenegro.

Cuerpo de Artillería:

Sargento 1º Julio Silvera y soldados Eusebio Aguilary Germán López.

Batallón “César Conto”:

Capitán Leovigildo Lapena, Subteniente

Raimundo Riasco, Cabos 1º Isaías Araúz y Luciano Almengor, soldados Silvera González, Leandro Montenegro, Pedro Rodríguez, Rafael Ortega, Isidoro Sánchez, Gregorio Camarena, Miguel Gutiérrez y José M. Martínez.

Batallón, “Luis A. Robles”:

Coronel Luis Salamanca, 1er. Jefe; Capitán Luis A. Moquin, Teniente Lucio Molinara, soldados Felipe Cosme, Ulises Pérez, Gerardo Navarro, Virgilio Caballero, Gregoria Méndez y Pedro González.

Batallón “Uribe Uribe”:

Tenientes José A. Jiménez, soldados Serafín Jiménez y Manuel Rodríguez.

BELISARIO PORRAS

SEGUNDA DIVISION

Escuadrón "Patria"

Subteniente Luis Robles.

Batallón "Libres de Chiriquí":

Sargento 2º. Juan Ledesma, Cabo 2º. José M. Martínez, Soldado Ursulo Samudio.

Comuníquese al señor General en Jefe para conocimiento del Ejército y publíquese.

Dado en Chame, a 11 de Junio de 1900.

BELISARIO PORRAS

El Secretario General,

CARLOS A. MENDOZA.

Es copia, Chame 11 de Junio de 1900.

El Secretario General,

CARLOS A. MENDOZA.

Esta Comandancia ha tenido conocimiento que en los campamentos de los Cuerpos del Ejército, existen materias en completa descomposición que pueden producir en las tropas funestas consecuencias, en tal virtud se recomienda a los Jefes de los Cuerpos hagan conservar en el radio de su campamento el mayor aseo posible, prohibiendo en ellos la permanencia de carnes podridas y otras materias que infectan a sus subordinados.

También se dispone que el Capitán Gonzalo Cuaresma, del Batallón "Robles", pase a prestar sus servicios al Batallón "Uribe Uribe", y que el Capitán Federico Barrera de la 1ª Compañía del Batallón "Azuelo" perteneciente a la 2ª División, pase a prestarlos al Batallón "Conto" de la 1ª División. Los Jefes de los respectivos Cuerpos harán las novedades en los documentos correspondientes.

El General en Jefe,

E. J. Herrera.

• • • • •

Orden General del Ejército en Bejuco, a 13 de junio de 1900.

SERVICIO

Sargento Mayor Julio Silva.—Jefe de día.

Para conocimiento del Ejército y para que los Jefes respectivos hagan en la documentación correspondiente las novedades del caso, se inserta a conti-

nuación el “Decreto No. 76 dictado por la Jefatura Civil y Militar del Departamento” en esta fecha, el cual a la letra dice:

**DECRETO NÚMERO 76 DE 1900
(DE 13 DE JUNIO)**

por el cual se recompensa a algunos de los combatientes
en la Batalla de la “Negra Vieja”.

El Jefe Civil y Militar del Departamento,

CONSIDERANDO:

Que es de estricta justicia reconocer y premiar las acciones de distinguido valor ejecutadas por miembros del Ejército Restaurador en el combate del 8 de los corrientes de los cuales tiene conocimiento personal el señor Jefe Civil y Militar del Departamento,

DECRETA:

Artículo 1º.—Concédense los siguientes ascensos: el Sargento Mayor Lubín Manrique, a Teniente Coronel efectivo; el Sargento Mayor Roberto Cano, a Teniente Coronel efectivo; el Capitán Roberto Castellanos, a Sargento Mayor graduado; el Capitán José A. Ruiz, a Sargento Mayor graduado; el Sargento 2º José M. Rueda, a Subteniente efectivo; los Tenientes Guillermo J. Ruiz, Víctor M. Pavón, y Vianor Bellido, a Capitanes graduados; el Capitán Juan Goitía, a Sargento Mayor graduado; el Sargento Nemesio Saucedo, a Subteniente efectivo; los Subtenientes Florentino Rivera, Luis Robles, José R. Goty y José M. Marina, a Tenientes graduados; el Sargento 1º Antonio Alvarado, a Subteniente efectivo.

Artículo 2º.—Se concede la efectividad de sus grados y se extenderán los respectivos despachos al Teniente Coronel Toribio Salgado, al Mayor José J. Castillo, al Teniente Juan Lambert Díaz, al Capitán Luis A. Moquin, al Subteniente Domingo Dupuy, al Teniente Eugenio Porras y al Teniente Francisco Valles.

Artículo 3º.—El Jefe Civil y Militar del Departamento, recomienda al señor General en Jefe del Ejército Restaurador, promueva al grado supe-

BELISARIO PORRAS

rior inmediatamente al Cabo 1° del Cuerpo de Artillería José Domínguez y a los soldados Antonio M. Drosco, Félix Restrepo, Elíseo Villalobos, Germán López, Eusebio Aguilar, Úrsulo Samudio, Cecilio Sugasti, Cristóbal Caballero, Mariano Tejeira, Ulises Pérez, Daniel Ayala y Gerardo Navarro.

Comuníquese al señor General en Jefe del Ejército y a los señores Jefes de Estado Mayor Divisionarios para que se sirvan poner en conocimiento de los interesados las gracias que se les otorgan.

Dado en Chame, a 13 de junio de 1900.

Belisario Porras.

El Secretario General,

Carlos A. Mendoza.

• • • • •

En vista del Decreto No. 75 de la fecha dictado por la Jefatura Civil y Militar del Departamento, comunicado en Nota No. 394, se da de alta en el Estado Mayor de la 2ª División del Ejército al Coronel Federico Villamarín, y al servicio especial del señor Jefe Civil y Militar del Departamento. Los señores Jefes de los Cuerpos quedan autorizados para promover clases a los grados inmediatos entre aquellos individuos de tropa que por su comportamiento lo hayan merecido. El Ejército estará mañana en parada a las 9 a. m. en frente a la Comandancia General para pasar revista de armas. En consecuencia los señores Jefes de los Cuerpos alistarán sus batallones para el referido acto.

Comuníquese además al señor Jefe Civil y Militar y al señor Comisario General de Guerra.

El General en Jefe,

E. J. Herrera..

• • • • •

Orden General del Ejército en Bejuco, a 20 de junio de 1900.

SERVICIO

Sargento Mayor Santiago Barreiro.—Jefe de día.

Capitán David Villadiego.—Órdenes.

Para conocimiento del Ejército en general se publica el

DECRETO NÚMERO 81 DE 1900

(DE 19 DE JUNIO)

por el cual se confieren unos ascensos.

El Jefe Civil y Militar del Departamento,

CONSIDERANDO:

Que los ascensos conferidos por Decreto No. 76 de 13 de junio a los combatientes del Ejército Restaurador en la batalla de la “Negra Vieja” se otorgaron sólo por el conocimiento personal que tuvo el Jefe Civil y Militar del Departamento de la conducta observada por los ascendidos;

Que en oficios No. 396 de 1° de junio y No. 442 del propio mes, excitó al señor General en Jefe del Ejército para que propusiera los ascensos que a su juicio se deben conferir por valeroso comportamiento en la mencionada batalla;

Que en nota 77, fechada el 17 del mes en curso, el señor General en Jefe del Ejército propone los ascensos a que se refiere el considerando anterior,

DECRETA:

Artículo 1°.—Se confiere la efectividad de sus grados a los Ayudantes del Cuartel General cuyos nombres se expresan enseguida: Coronel Dn. Santiago Palomeque, Sargento Mayor efectivo Dn. Alejandro Ardila R.; Capitanes efectivos Dn. Luis García y Dn. M. A. Franco; Tenientes Ayudantes del Cuartel General, Dn. Rogelio Fábrega y Dn. Moisés de la Rosa ascendidos a Tenientes graduados.

Artículo 2°.—En el batallón “Luis A. Robles” se dan estos ascensos: a Dn. Luis Salamanca, el de Coronel efectivo con mención honorífica; Teniente efectivo a Dn. Lucio Molinares; a los Subtenientes Dn. Leandro Padilla, Dn. Fernando Arosemena y Dn. Samuel Ruiz de Tenientes graduados; al Sargento 1° Juan Pérez se le asciende a Subteniente efectivo.

Artículo 3°.—Se confieren los siguientes ascensos en el Batallón “Uribe Uribe”: Sargento Mayor, Dn. Carlos Funk; Capitanes efectivos, Dn. José del

R. Mena y Leovigildo Lapeira; Teniente graduado, a Dn. Raimundo Riascos. Se excita al señor Comandante del Batallón “Uribe Uribe” para que con la aprobación general promueva a Sargentos 2º, a los Cabos 1º, Isaías Araúz y Luciano Almengor, y a Cabo 2º a los soldados Silvestre González, Leandro Montenegro, Pedro Rodríguez, Rafael Ortega, Isidoro Sánchez, Gregorio Camarena, Miguel Gutiérrez y José M. Martínez.

Artículo 4º.—Se confiere en el Escuadrón “Libres de Colombia” el grado de Capitán efectivo a Dn. Nicanor López, y de Teniente graduado a Dn. Carlos Barroso. Se excita al Comandante del Escuadrón para que con las formalidades de ordenanzas, promueva al Cabo Ramón Palacios a Sargento 2º, y a Cabo 1º al Cabo 2º José Milar, y a Cabos 2º a los soldados Luis Montenegro, Aristides Caparrosa, Agustín Acosta, Tomás Alvarado y Antonio Samudio.

Artículo 5º.—Al Cabo 2º, Asistente de Ambulancia Militar, Arcadio Romero, se le asciende a Sargento 1º.

Artículo 6º.—En el Estado Mayor de la 1ª División se confiere la efectividad de sus grados al Coronel Dn. Rafael Neira y al Sargento Mayor Dn. Juan A. Granados.

Artículo 7º.—Se confiere la efectividad de sus grados en el Batallón “Libres de Chiriqui” al Coronel Manuel Quintero V. con mención honorífica; y a los Capitanes Dn. Juan Chaves y Dn. Angel Terrientes, y se asciende a Subteniente efectivo al Sargento Juan Ledesma. Se excita al señor Comandante de este Batallón para que con las formalidades de ordenanza promueva a Sargento 2º a los Cabos 1º Daniel Ayala, con mención honorífica, y Daniel de J. Martínez; a Cabo 1º al Cabo 2º José M. Martínez; y a Cabos 2º a los soldados Rafael Henríquez, Úrsulo Samudio, Alejandro Atencio y Pablo Castillo.

Artículo 8º.—Se da la efectividad de sus grados en el batallón “Azuelo” al Coronel Dn. Genaro Mendoza, al Sargento Mayor Francisco J. Correa, a los Capitanes Ezequiel Angulo, Federico Barrera y Alejandro Trujillo, al Teniente Manuel García y a los Subtenientes Domingo Quintana, Rafael Santo Cruz y Alejo Correa. Se asciende a Subteniente efectivo al Sargento 1º Lisandro Chiari. Se excita al señor Comandante del Batallón “Azuelo” para que con la aprobación superior promueva a Sargentos 1º a los 2º Juan Pinzón y Domingo Salazar y también a los soldados Luis Marulanda, con mención honorífica por haber tomado la bandera del batallón enemigo “Colombia”; a Cabo 1º al Cabo 2º,

Quintín Palma y a Cabo 2º a los soldados Modesto Fuentes, Félix Zaldívar, Jesús A. Orozco, Valentín Riquelme, Tomás Marín y Salvador Salvatierra.

Artículo 9º.—Se confieren los siguientes ascensos en el Escuadrón “Patria”: de Teniente graduado a Dn. Francisco González y a Subteniente efectivo al Sargento 1º Eusebio Ávila. Se da la efectividad de sus grados a los Subtenientes Dn. Víctor M. Vega, Dn. Carlos López, Dn. Esteban Batista, Dn. Sebastián Robles, Dn. Octaviano Pérez, Dn. D. Goytía, Dn. Gil Vargas, Dn. Justo P. Espino, Dn. Matías Tejada, Dn. José Suárez y Dn. David Vega.

Artículo 10º.—En el Estado Mayor de la 2ª División se confiere la efectividad de sus grados a los Sargentos Mayores Heliodoro Vermejo y Juan A. Mendoza y al Capitán José A. Cajar.

Artículo 11º.—Se confirma en efectividad el grado de Subteniente a Dn. Ricardo Cartas.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Chame, a 9 de junio de 1900.

El Secretario General,

El General en Jefe,

Belisario Porras.

Carlos A. Mendoza.

E. J. Herrera.



Índice

Belisario Porras

MEMORIAS DE LAS CAMPAÑAS DEL ISTMO

IX	Obertura.
3	Introducción.
15	Carta a <i>El Comercio</i> .
17	Capítulo I. Trabajos en Guatemala. Mi colaboración con Uribe Uribe.
33	Capítulo II. Trabajos en Nicaragua.
65	Capítulo III. El Istmo y su situación antes de la invasión a Chiriquí.
91	Capítulo IV. Justificación de la guerra.
99	Capítulo V. Expedición al Istmo.
107	Capítulo VI. El desembarque.
113	Capítulo VII. Primeros actos de la expedición.
119	Capítulo VIII. El filibusterismo.
127	Capítulo IX. Marcha de San Bartolo al interior y combate en David.
139	Capítulo X. Nuestros actos y nuestra conducta en David.
183	Capítulo XI. De Pedregal a Tonosí, Los Santos y Aguadulce, por Coiba e Hicarón.
203	Capítulo XII. El Plan de Campaña.
209	Capítulo XIII. Nuevos planes. Correspondencia con Herrera.
221	Capítulo XIV. Operaciones militares de los regeneradores.
231	Capítulo XV. En Aguadulce y Natá. Incidentes personales.
241	Capítulo XVI. A Chame por la Cordillera de los Andes.
249	Capítulo XVII. De Chame a Capira. Incidentes personales.
255	Capítulo XVIII. De Capira a Chame. ¿Por qué retrocedimos?
265	Capítulo XIX. El combate en Bejuco.
285	Capítulo XX. Nuestra situación en Chame.
301	Capítulo XXI. Nuestras ansiedades en Chame.
325	Capítulo XXII. El plan de ataque a Panamá y su ejecución. Corozal.
352	Capítulo XXIII. Panamá.
389	Anexos.
391	I. Mi misión al Ecuador.
405	II. Órdenes generales del Ejército Restaurador.



Biblioteca de la Nacionalidad

TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN



- **Apuntamientos históricos (1801-1840)**, Mariano Arosemena.
El Estado Federal de Panamá, Justo Arosemena.
- **Ensayos, documentos y discursos**, Eusebio A. Morales.
- **La décima y la copla en Panamá**, Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate.
- **El cuento en Panamá. Estudio, selección, bibliografía**, Rodrigo Miró.
Panamá: Cuentos escogidos, Franz García de Paredes (Compilador).
- **Vida del General Tomás Herrera**, Ricardo J. Alfaro.
- **La vida ejemplar de Justo Arosemena**, José Dolores Moscote y Enrique J. Arce.
- **Los sucesos del 9 de enero de 1964. Antecedentes históricos**, Varios autores.
- **Los Tratados entre Panamá y los Estados Unidos.**
- **Tradiciones y cantares de Panamá. Ensayo folklórico**, Narciso Garay.
Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá, Gonzalo Brenes Candanedo.
- **Naturaleza y forma de lo panameño**, Isaías García.
Panameñismos, Baltasar Isaza Calderón.
Cuentos folklóricos de Panamá. Recogidos directamente del verbo popular, Mario Riera Pinilla.
- **Memorias de las campañas del Istmo 1900**, Belisario Porras.
- **Itinerario. Selección de discursos, ensayos y conferencias**, José Dolores Moscote.
Historia de la instrucción pública en Panamá, Octavio Méndez Pereira.
- **Raíces de la Independencia de Panamá**, Ernesto J. Castillero R.
Formas ideológicas de la nación panameña, Ricaurte Soler.
Papel histórico de los grupos humanos de Panamá, Hernán F. Porras.
- **Introducción al Compendio de historia de Panamá**, Carlos Manuel Gasteazoro.
Compendio de historia de Panamá, Juan B. Sosa y Enrique J. Arce.
- **La ciudad de Panamá**, Ángel Rubio.
- **Obras selectas**, Armando Fortune.

- **Panamá indígena**, Reina Torres de Araúz.
- **Veintiséis leyendas panameñas**, Sergio González Ruiz.
Tradiciones y leyendas panameñas, Luisita Aguilera P.
- **Itinerario de la poesía en Panamá (Tomos I y II)**, Rodrigo Miró.
- **Plenilunio**, Rogelio Sinán.
Luna verde, Joaquín Beleño C.
- **El desván**, Ramón H. Jurado.
Sin fecha fija, Isis Tejeira.
El último juego, Gloria Guardia.
- **La otra frontera**, César A. Candanedo.
El ahogado, Tristán Solarte.
- **Lucio Dante resucita**, Justo Arroyo.
Manosanta, Rafael Ruiloba.
- **Loma ardiente y vestida de sol**, Rafael L. Pernet y Morales.
Estación de navegantes, Dimas Lidio Pitty.
- **Arquitectura panameña. Descripción e historia**, Samuel A. Gutiérrez.
- **Panamá y los Estados Unidos (1903-1953)**, Ernesto Castellero Pimentel.
El Canal de Panamá. Un estudio en derecho internacional y diplomacia, Harmodio Arias M.
- **Tratado fatal! (tres ensayos y una demanda)**, Domingo H. Turner.
El pensamiento del General Omar Torrijos Herrera.
- **Tamiz de noviembre. Dos ensayos sobre la nación panameña**, Diógenes de la Rosa.
La jornada del día 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes, Ismael Ortega B.
La independencia del Istmo de Panamá. Sus antecedentes, sus causas y su justificación, Ramón M. Valdés.
- **El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)**, Luis Navas.
Blázquez de Pedro y los orígenes del sindicalismo panameño, Hernando Franco Muñoz.
El Canal de Panamá y los trabajadores antillanos. Panamá 1920: cronología de una lucha, Gerardo Maloney.
- **Panamá, sus etnias y el Canal**, varios autores.
Las manifestaciones artísticas en Panamá. Estudio introductorio, Erik Wolfschoon.
- **El pensamiento de Carlos A. Mendoza**.
- **Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos. Historia del canal interoceánico desde el siglo XVI hasta 1903 (Tomo I)**, Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno.



A los Mártires de enero de 1964,
como testimonio de lealtad a su legado
y de compromiso indolegable
con el destino soberano de la Patria.

